3 1761 08166248 8

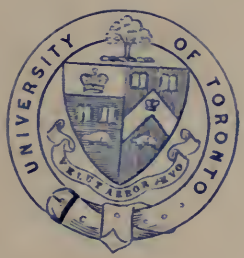
ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO V NÚM. XLIX

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

ENERO—1893

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

462618

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 5
no. 4-9-51

EL CONDE LEON TOLSTOY [1]

Ha ya treinta años, al hablar de la notable novela *Madame Bovary*, en la época de su primera publicación, decía Sainte-Beuve que con Flaubert llegábamos á un género de inspiración distinto del que había predominado hasta entonces: nos encontramos, afirmaba, con un hombre de una generación nueva y de un tipo diferente de los novelistas á lo Jorge Sand. El ideal ha cesado, se ha agotado la vena lírica; los nuevos hombres están curados de lirismo y de idealidad; «una verdad rígida y despiadada apodérase hasta

(1) Como Mateo Arnold, autor del presente estudio, es tan poco conocido en España, publicamos á continuación algunos juicios que acerca de este ilustre crítico ha escrito el Sr. Menéndez y Pelayo:

«Esta admiración ha traspasado los límites de Francia, y ha dictado al primero de los críticos ingleses de nuestros días, á Matthew Arnold, páginas que terminan con una especie de apoteosis.» *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo v, siglo xix, pág, 210.

.....

«Está (la crítica literaria en Inglaterra) en manos de espíritus tan cultos, elegantes é ingeniosos como Mateo Arnold.» *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo iv, siglo xix, página 136.

.....

«Mateo Arnold (que acaba de fallecer al tiempo que escribimos esta nota) era, sin duda alguna, el menos inglés de los críticos. Por la variedad de su cultura y por la extremada independencia de su espíritu; por su incesante curiosidad aplicada á todo género de asuntos, pertenecía á la literatura universal, más bien que á la particular de su país. Por la viveza y claridad de su estilo, por la gracia fácil y la continua transparencia, recordaba la manera de los mejores críticos franceses, si bien la de Arnold tenía un sabor más clásico, lo cual se explica bien considerando que el catedrático de Poesía de Oxford era consumado helenista. No tenemos que tratar aquí de sus audacias y temeridades teológicas, ni de la parte tan activa que tomó en la crisis religiosa que hoy atraviesa el protestantismo británico. Pero considerado meramente como crítico literario, pocos hay en Europa que le aventajen en delicadeza y buen gusto. Descansa el ánimo cuando de las enmarañadas concepciones de Carlyle ó de las rapsodias (á veces elocuentes) de Ruskin, pasa á la prosa de Arnold, tan modesta, tan desnuda de toda afectación, tan limpia de todo énfasis, tan felizmente acomodada al suave balanceo de su pensamiento. Sus aficiones literarias eran parecidas á su estilo, y así, en la literatura francesa, que conocía y apreciaba mejor que ningún otro inglés, no se fija con preferencia en las obras más ruidosas y más generalmente tenidas por clásicas, sino que, buscando senderos menos trillados por el vulgo de los declamadores, reserva sus simpatías para los espíritus suaves y distinguidos, para los moralistas ingeniosos, para los poetas íntimos y sinceros que menos se han dejado arrastrar del tumulto literario de su tiempo. Así dió á conocer á sus compatriotas, en estudios de mucho primor y de una delicadeza verdaderamente ática, á Joubert, á Sénancour y á los dos Guérin, *nobile par fratrum.*»

de los dominios del arte, como la última palabra del progreso». Los caracteres de la nueva literatura de ficción son: «ciencia, espíritu de observación, madurez, fuerza y un asomo de dureza». *L'ideal a cessé, le lyrique a tari.*

El espíritu de observación y el asomo de dureza (permítasenos conservar estas suaves é inofensivas expresiones) los ha llevado después la novela francesa bastante lejos, tan lejos que, no obstante las ventajas de que disfruta esa novela por estar escrita en un idioma familiar á las clases cultas de todos los países, ha perdido mucho de su interés para tales clases, y no absorbe ya su atención como en otro tiempo. Los famosos novelistas ingleses se han extinguido sin dejar sucesores de su fama. No es, pues, la novela inglesa la que ha heredado el ascendiente perdido por la francesa, sino la novela de un país nuevo para la literatura, ó, por lo menos, desconocido hasta hace poco de la masa general del público: la novela de Rusia. Esa es la que ahora está en boga, y la que merece estarlo. Sus recientes producciones mantienen y levantan ese crédito; vamos á acabar todos por aprender el ruso.

El eslavo, ó si se quiere, el ruso, y el ruso tal y como se manifiesta en sus novelas, parece dotado de extraordinaria sensibilidad, de una conciencia vivísima y penetrante, tanto de sí propio como de lo que piensan y sienten los que están en relación con él. En una nación joven, llena de vida, y en contacto reciente con una antigua y poderosa civilización, no es mucho que se despierten esa sensibilidad y esa propia conciencia. En los americanos las vemos desenvolverse en gran escala, lo mismo que en los rusos. Tales cualidades no dejan de ser elementos de agitación y desasosiego para quienes las poseen; pero bien dirigidas, tienen gran poderío para suscitar y enriquecer una literatura. Pero los americanos, como sabemos, propenden á dejarlas dormir al modo de mi amigo el coronel Higgison de Boston. «Figúrome yo que la Naturaleza decía hace algunos años: «Hasta aquí la mejor de mis razas es la inglesa; pero ya hemos tenido bastantes ingleses; ahora nos hace falta algo un poquito más boyante que el inglés; aligeremos la complexión, aun á trueque de algún peligro. Pongamos una gota más de fluido nervioso, y hagamos el americano.» Con esa gota abriéronse nuevos horizontes á la especie humana, y nació un tipo de humanidad de una organización superior, más ligera y sutil.» Pueblo que por tal causa deja dormir su sensibilidad y su pujante conciencia de sí propio, pue-

de ir muy bien camino de grandes prosperidades materiales y de gran poder político, pero dista mucho de seguir la vía que conduce á una gran literatura, á un verdadero arte.

El ruso no refrena de ese modo su sensibilidad. El literato ruso no hace decir á la Naturaleza: «Mi mejor raza es la rusa.» Complácese en dejar libre juego á sus percepciones y en reproducir fidelísimamente lo que le muestran. La fidelidad de esa reproducción tiene algo de infantil que seduce. En la novela de que voy á hablar no hay una línea escrita para glorificar á Rusia ó alimentar su vanidad; cosas y personas aparecen tales y como la Naturaleza las hizo, y el autor se abstrae totalmente en la contemplación y en la pintura de esa obra de la Naturaleza. Pero aquí se reunen circunstancias sumamente ventajosas para la producción de una buena literatura, de un verdadero arte. Encontramos gran sensibilidad, sutileza y penetración, empleadas con absoluta sinceridad y desinterés en la representación de la vida humana. De esta suerte el novelista ruso es dueño de un amuleto ante cuya virtud se revelan espontáneamente los secretos de la humana naturaleza, así lo externo como lo interno, así el gesto y la acción como el pensamiento y el sentimiento. La corona de la literatura es la poesía, y los rusos no han tenido aún un gran poeta; pero en el género de literatura más popular en nuestros días me parece que mantienen el campo al frente, como diría Mr. Gladstone. Cuentan con grandes novelistas, y de uno de esos grandes novelistas me propongo hablar ahora.

El Conde León Tolstoy tiene cerca de sesenta años, y dice que no escribe ya más novelas. Su preocupación de ahora es la religión y la vida cristiana. Creo que en Rusia no es permitida la publicación de sus obras sobre esas grandes cuestiones; pero de vez en cuando llegan á nosotros algunos trozos de las mismas, en francés y en inglés, que me parecen muy interesantes. Con todo, me interesa más aún su novela *Ana Karenine* (1). Creo que muchos lectores prefieren á esta obra otra gran novela del Conde Tolstoy: *La Guerra y la Paz*. En mi sentir, no obstante, debe preferirse siempre aquella novela en que el autor trata de la vida que conoce por experiencia propia, y no la que sólo está inspirada en lecturas ó referencias. Si hubiésemos de elegir una obra típica de Thackeray, elegiríamos la *Feria de las Vanidades*. De igual modo escojo *Ana Karenine* como la novela que mejor da á conocer al Conde Tolstoy. Utilizo la traduc-

(1) En breve verá la luz en la «Colección de libros escogidos».

ción francesa, porque, en general, como dije ya ha tiempo, las obras de esta clase se hacen mejor en Francia que en Inglaterra.

En *Ana Karenine* hay muchos caracteres, y aun puede decirse que demasiados, si se considera la novela como una obra de arte que ha de poseer una unidad de acción acentuada, hacia la cual converja todo. Hasta hay dos acciones principales en el curso del libro; continuamente se pasa de la una á la otra, de lo relativo á Ana y Wronsky á lo referente á Kitty y Levine. En relación con estas dos acciones aparece una muchedumbre, cuya presencia y cuyos actos no contribuyen en lo más mínimo á su desarrollo; acumúlanse incidentes de donde se supone que va á resultar algo importante, y de donde á la postre no resulta nada. El episodio, por ejemplo, de la amiga de Kitty, Warinka, y del hermano de Levine, Sergio Ivanich, aquella inclinación del uno por el otro sin llegar á entenderse, ¿en qué contribuye al desarrollo del carácter ó del destino de Kitty y de Levine? Y la tardanza de Levine en ir á la iglesia para casarse, aquella tardanza que, á medida que se lee, parece tener su significación, ¿qué importa en realidad? En resumidas cuentas no importa absolutamente nada, y el autor no se detiene en tal episodio más que para darse el gusto de decirnos que se habían metido en el equipaje todas las camisas de Levine.

Pero el hecho es que no debemos mirar á *Ana Karenine* como una obra de arte, sino como un fragmento de vida, porque un fragmento de vida es. El autor no ha inventado ni combinado nada: lo ha visto: todo lo que dice se desenvolvía ante su vista interna, y pasaba de aquel modo. Las camisas de Levine estaban en el equipaje, y por eso fué tarde á la boda: Warinka y Sergio Ivanich se encuentran en la casa de campo de Levine, y salen á pasear juntos; Sergio estuvo á punto de declararse, pero no se declaró. El autor vió suceder así todas aquellas cosas, y como las vió las cuenta, y lo que su novela pierde en arte por ese motivo, lo gana en realidad.

Porque tal es el resultado que consigue el autor, merced á la extraordinaria delicadeza de sus percepciones y á la sincera fidelidad con que las traduce: suscita en nosotros la impresión de la completa realidad de sus personajes y de sus acciones. Los hombros de Ana, su abundante cabellera y sus ojos entornados; la elevación de cejas, la desmayada sonrisa y el crujir de los nudillos de Alejo Karenine; los ojos de Stiva tan propensos á humedecerse; todas esas cosas son tan reales para nosotros como cualquiera de las parti-

cularidades exteriores que en el círculo de nuestros conocimientos vemos diariamente, mientras que, al revés, el hombre interior de nuestro propio círculo de relaciones se nos revela, por fortuna ó por desgracia, con mucha menos claridad que el de las creaciones del Conde Tolstoy.

Sólo he de hablar de algunas de esas creaciones, de los personajes principales. El libro empieza con Stiva, y ¿quién después de conocerlo, lo olvidará nunca? La novela del Conde Tolstoy nos pone en contacto con los personajes de Moscu y de San Petersburgo, con los nobles y los altos funcionarios, con la clase gobernante de Rusia. Esteban Arcadievich, Stiva, es príncipe Oblonsky, y descendiente de Rurico, aunque es difícil imaginárselo de ninguna manera más que como Stiva. Su cara risueña, sus bondadosas miradas, su satisfacción, la irradiación de toda su persona, que contemplaba gozoso el mozo del hotel, su afición á las ostras y al Champaña, su deseo de hacer feliz á la gente y de prestar servicios, su penuria de fondos, sus amoríos con la institutriz francesa, sus apuros por las angustias de su mujer, su cariño á ella y á los niños, la renuncia á sus devaneos de un día sólo para sustituirlos con otros al siguiente... no, jamás podremos olvidar á Stiva.

Ana, la protagonista, es hermana de Stiva. La mujer de él, Dolly (estas abreviaturas inglesas (1) abundan en los nombres de damas del Conde Tolstoy) es hija de los príncipes Cherbatzky, que nos presentan la alta sociedad rusa bajo su aspecto más respetable; el príncipe, en particular, es excelente; sencillo, sensible, recto, hombre de dignidad y de honor. Sus hijas, Dolly y Kitty (2), son encantadoras. Dolly, la mujer de Stiva, vive sometida á duras pruebas, llena de ansiedad por sus hijos, sin recursos que invertir en ellos ni en sí propia, vestida pobremente, consumida y aviejada antes de tiempo. A ratos desespera, preguntándose si no está en lo cierto; después de todo, la gente alegre, si responden á algo la virtud y los principios, si la felicidad no es patrimonio de aventureras y disolutas, de aventureras y disolutas brillantes y expléndidamente vestidas, de un mundo donde corren á oleadas el Champaña y los rublos. Pero al minuto se rehace y vuelve á ser la misma, la mujer recta, honrada, fiel, amante, de sano corazón; así es y seguirá siendo; no puede ser de otro modo. Su hermana Kitty es, en el

(1) Dolly en inglés es abreviatura de «Dorotea».—(N. DEL T.)

(2) Abreviatura inglesa de «Catalina».—(N. DEL T.)

fondo, de la misma índole, pero le falta aún experiencia, mientras que Dolly, al empezar la obra, ha adquirido ya la suya. Kitty es adorada por Levine, en quien parece que se descubren varios rasgos del carácter y de la historia del Conde Tolstoy. Levine pertenece á las clases elevadas por su nacimiento y su riqueza, pero no es ni remotamente un hombre de mundo. Ha leído y pensado, es hombre de conciencia, hombre de espíritu público, que desea mejorar la condición del pueblo, vive en sus dominios rurales, y se consagra con celo á los asuntos locales, á las escuelas y á la agricultura. Pero en la alegre sociedad de Moscu se encuentra como fuera de su elemento, es esquivo, susceptible, algo intratable. Kitty lo quiere, pero cautiva su imaginación un brillante militar, el conde Wronsky, que corresponde á sus atenciones. Stiva nos describe este personaje: es «uno de los más hermosos ejemplares de la juventud dorada de San Petersburgo; inmensamente rico, guapo, ayudante de campo del emperador, bien relacionado, y chico excelente; más que chico excelente, persona de talento y de instrucción, un hombre de gran porvenir».

Completemos el retrato añadiendo que es hombre que frisa en los treinta, con la coronilla calva, de maneras intachables, frío y sereno, pero algo altivo; un héroe, se dice uno, muy en la cuerda de Guy Livingstone, aunque sin bravuconería ni exageración. Y tal es, justamente quizá, la primera impresión que produce, y que continúa durante todo el primer volumen; pero Wronsky mejora hacia el fin, como veremos.

Kitty desengaña á Levine, que se retira afligido y confuso. Pero Wronsky, atraído por Ana Karenine, interrumpe sus atenciones á Kitty. Aunque no era profunda la impresión que Wronski había hecho en su corazón, la joven se siente tan vivamente mortificada y avergonzada, que cae enferma, y va á pasar el invierno fuera con su familia. Allí recobra la salud y la serenidad de juicio, y descubre á la vez que su cariño á Levine era más profundo de lo que pensaba, que era un verdadero sentimiento, enérgico y durable. A su regreso, se ven los dos, se entienden sus corazones, se casan; y, á pesar de la aspereza de genio, de la irritabilidad y de las cavilaciones de Levine, sobre las cuales habré de insistir, son profundamente felices. ¿Y quién podría no ser feliz con Kitty? me digo yo á mí mismo involuntariamente. Porque las heroínas del Conde Tolstoy son á la verdad tan vivas y encantadoras, que, por fingidas que

sean, las toma uno más en serio de lo debido.

Pero el interés de la obra se concentra en Ana Karenine. Es hermana de Stiva, y mujer de un alto funcionario de San Petersburgo: Alejo Karenine. Está casada con él hace nueve años, y tiene un hijo llamado Sergio. El matrimonio no le proporcionó dichas, no ofreció satisfacción ninguna á su corazón ni á su alma; experimenta una sensación de vacío y aislamiento; pero está consagrada á su hijo, y hace una vida tranquila y laboriosa. Sentimos el encanto de su personalidad aun antes de que aparezca, desde que sabemos que envían á buscarla como ángel bueno para reconciliar á Dolly con Stiva. Luego llega á la estación de Moscu desde San Petersburgo, y vemos sus ojos pardos con sus largas pestañas, su airosa figura, la dulce y cariñosa sonrisa de sus frescos labios, su viveza reprimida, pero pronta á desbordarse, su plenitud de vida, su afabilidad y su energía á un tiempo junto, la armonía de su persona, su lozanía, su encanto. Va á casa de Dolly, y con infinito tacto y ternura consigue la reconciliación. Pocos días después, en un baile, completamos la primera impresión que nos produce la belleza de Ana, observando su pelo negro, los rizitos que la caen por las sienes y la nuca, sus hombros esculturales, el firme perfil de su garganta y sus hermosos brazos. Lleva un vestido sencillo de terciopelo negro, un collar de perlas, un ramito de no-me-olvides en el pecho y otro en el pelo. Tal es Ana Karenine.

Había venido de San Petersburgo con la madre de Wronsky; vió á éste en la estación de Moscu, cuando se acercó á su madre; le llamaron la atención sus miradas y su porte, y quedó impresionada de su conducta con motivo de la muerte de un pobre operario aplastado por un tren. Vuelve á verlo en el baile, y se sienten fascinados el uno por el otro. Había oído hablar del capricho de Kitty, é iba al baile con intención de ayudarla; pero se olvida de Kitty, ó, por lo menos, la desatiende; el encanto que atrae á Wronsky y á Ana es irresistible. Kitty se encuentra frente á ellos en una «cuadrilla»: «Creía advertir en Ana los síntomas de una sobreexcitación que conocía por propia experiencia—la del triunfo.—Ana le parecía como embriagada por él. Kitty sabía á qué atribuir aquella mirada animada y brillante, aquella venturosa y victoriosa sonrisa, aquellos labios entreabiertos, aquellos movimientos llenos de donosura y armonía.»

Ana regresa á San Petersburgo, y allí torna Wronsky al mismo tiempo. Se ven durante el viaje, se

ven en sociedad, y á Ana empieza á hacérsele intolerable su marido, que ya antes no le era simpático. Alejo Karenine es de mucha más edad que ella, un burócrata, un hombre formalista, un pobre diablo; tiene su conciencia y su fondo de bondad, pero en la superficie, y aun muy por dentro, es enojoso, pedantesco, vano, irritante. No repara ni poco ni mucho en el cambio de Ana, no ve nada de lo que vería en semejante caso un hombre de seso, ni hace lo que haría ese hombre. Ana se abandona á su pasión por Wronsky.

Recuerdo que M. Nisard me decía hace varios años en la Escuela Normal de París que él respetaba á los ingleses, porque son *une nation qui sait se gêner*, un pueblo que sabe reprimirse y sufrir lo que le desagrada. Quizá la naturaleza eslava carece hasta cierto punto de esa valiosa facultad, quizá propende demasiado á mirar como irresistibles los impulsos muy enérgicos, y se inclina poco á considerarlos como cosas que pueden y deben resistirse, por difícil y desagradable que pueda ser la resistencia. En nuestra alta sociedad, con su vida de placeres y de disipación, pueden enseñorearse hasta cierto límite principios más laxos que los que profesa la mayoría; pero en general un espíritu inglés se extrañará de que Ana se resigne á dejarse arrastrar y avasallar tan irresistiblemente por su pasión, de que la mire casi desde el primer momento como una cosa contra la cual era empeño vano la lucha. Y digo esto independientemente del mérito del amante—que es harto discutible que las prendas y atractivos de un Wronsky sean los más á propósito para despertar una pasión tan instantánea y poderosa en una mujer como Ana.—Pero no es esa la cuestión. Supongamos que tales pasiones son incontrastables; concedamos que un individuo del sexo masculino no hace tal vez justicia á los atractivos del apuesto y avasallador militar. Con todo, así Wronsky hubiese sido un amante como Alcibíades, todavía sería cosa extraña á nuestros ojos que, siendo Ana quien es, y concurriendo en ella las circunstancias que concurren, no abrigase la menor esperanza ni la más remota idea de dominar su pasión, de sustraerse á su fatal influjo.

He ahí mi reparo. Añadiré ahora que, á pesar de eso, todo se oscurece para nosotros ante el triunfo del encanto de Ana; que, á despecho de sus faltas, errores y miserias, jamás nos abandona la impresión que nos produce aquella naturaleza tan grande, tan sana, rica, noble y deliciosa: siempre conserva nuestra simpatía, y aun diría casi nuestro respeto.

Pero, volviendo á nuestra historia, la pobre Ana no tarda en comprobar la verdad de lo que ha tiempo dijo el sabio: que «el camino de los transgresores es penoso». Su agitación cuando ve á Wronsky en peligro en una carrera de caballos atrae la atención y provoca las reconvenciones del marido. Alejo Karenine la habla de una manera acerba y desdeñosa. Ana, en un transporte de pasión, le dice que ha dejado de ser su mujer, que ama á Wronsky, y á Wronsky pertenece. Duro al principio, rigorista, cruel, sin pensar más que en sí propio, Karenine, que, como he dicho, tiene un fondo bueno, siéntese inclinado al perdón cuando llegan al último extremo los sufrimientos de Ana. Torna á ella para volverla á ver con un niño que acaba de dar á luz; Wronsky está en la casa, y Ana moribunda. Karenine no tiene más que palabras de bondad y de olvido. Aquel noble y victorioso esfuerzo lo transfigura, y todo lo que gana el marido á los ojos de Ana lo pierde el amante. Wronsky se acerca al lecho de Ana, estando allí presente Karenine, y oculta la cara entre las manos. Ana le dice febrilmente:

—Destápate la cara; mira á este hombre; es un santo. Sí, destápate la cara, destápatela—repetía con semblante airado.—Alejo, destápale la cara; necesito vérsela.

Alejo cogió las manos de Wronsky, y le descubrió la cara desfigurada por el sufrimiento y la humillación.

—Dale la mano; perdónalo.

Alejo le estrechó la mano sin tratar siquiera de reprimir las lágrimas.

—¡Gracias, gracias, Dios mío! —exclamó Ana.

—Ahora todo está dispuesto. ¡Qué feas son esas flores!—prosiguió, señalando el papel de las paredes.—No se parecen á las violetas. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cuándo acabará todo esto? Deme V. morfina, doctor; necesito morfina. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Parece moribunda. Wronsky se precipita fuera y se dispara un tiro. Aquí podría acabar la historia, tratándose de una novela vulgar. Ana moriría, se suicidaría Wronsky, y Karenine sobreviviría, granjeándose nuestra simpatía y nuestra admiración. Pero las cosas no acaban siempre así en la vida, y no acaban así en la novela del Conde Tolstoy. Ana recobra la salud y Wronsky cura de su herida. Renace la pasión de Ana por Wronsky, y su desvío respecto á Karenine. Karenine, á su vez, no se conserva á la altura en que lo vemos durante la escena del perdón. Vuelve á ser formalista, pedantesco, irritante. ¡Ay! Aunque no fuese todo eso,

quizá sus anteojos, la elevación de sus cejas y el chasquido de sus nudillos serían provocación bastante. Ana y Wronsky desaparecen. Pasan cierto tiempo en Italia, y después regresan á Rusia. Pero ella se encuentra en una falsa posición, vive en perpetua inquietud y no puede ser feliz. Todas las noches toma opio, sin lograr más que convencerse de que «ni adormideras ni mandrágoras le darán nunca el alivio de aquel dulce sueño que en otro tiempo disfrutaba». Se vuelve celosa é irritable; atormenta á Wronsky y se atormenta á sí misma. Hay que confesar que Wronsky soporta esas pruebas como bueno, y crece en nuestra estima. Sigue amando á Ana, se conduce como un caballero y da muestras de una paciencia ejemplar. Verdad es que Ana no deja de ser quien es hasta lo último, en medio de todas sus penalidades y sinsabores; siempre conserva algo que atrae; más aún, algo que consuela y hace bien. Pero su vida en tales condiciones empezaba á ser imposible. Una mala inteligencia trajo el fin inevitable. Una mañana, después de un altercado entre los dos, Wronsky se va al campo á ver á su madre; Ana le telegrafia que vuelva inmediatamente, y él contesta que no puede regresar hasta las diez de la noche. Ana lo sigue, dirigiéndose al punto de residencia de su madre, y una carta recibida en la estación la induce á creer que Wronsky no vuelve. Trastornada por los celos y el sufrimiento, se arroja bajo las ruedas de un tren de mercancías que atravesaba la estación. Todo acabó. La graciosa cabeza queda intacta, pero el resto del cuerpo es una masa informe. ¡Pobre Ana!

Hemos vivido en un mundo tan descarriado casi como el de una novela francesa de palpitante «modernismo». Pero hay dos cosas en que la novela rusa, ó, por lo menos, la del Conde Tolstoy, se distingue ventajosísimamente de la que ahora priva tanto en Francia. En primer lugar, no se falsea el carácter de ningún sentimiento; no se pretende, v. gr., sublimar y ennoblecer á Ana por la pasión que sienta hacia Wronsky. El lector inglés se libra con eso de más de un suspiro de impaciencia. La otra cosa es más importante aún. Nuestro novelista ruso habla ampliamente de la pasión criminal y del adulterio; pero no parece creerse obligado á prestar homenaje á la diosa Lubricidad. En *Ana Karenine* hay muchas cosas que apenan, hay muchas que desagradan, pero ninguna que turbe los sentidos ó deleite á los que desean ese linaje de excitaciones. La obra está libre de esa mancha. En las novelas francesas,

donde, al contrario, es muy frecuente, el letal influjo de esa ponzoña no acaba con ella. Ya Burns advertía con profunda verdad que *petrifica el sentimiento*. Volvamos por un instante á la notable novela de que hablaba al principio, á *Madame Bovary*. Aquí, indudablemente, existe la mancha en cuestión, aunque en mucho menor grado que en novelas francesas más recientes, que estarán en la mente de todos. Pues *Madame Bovary*, con esa mancha, es una obra de *sentimiento petrificado;* sobre ella se cierne una atmósfera de amargura, de ironía y de impotencia; no hay un personaje en el libro que nos regocije ó nos consuele; ninguno ha brotado de un manantial de frescura y sentimiento. Ema Bovary sigue una senda semejante, en ciertos sentidos, á la de Ana; pero, ¿dónde está el encanto de Ana en Ema Bovary? Sólo tesoros de compasión y de ternura pueden tener virtud bastante para subsistir y salir á flote en medio de tantas culpas y miserias, y esos tesoros faltan en Flaubert. Es cruel con su heroína, pero con la crueldad de un corazón empedernido; la persigue sin piedad ni reposo, como con saña; á mi juicio, ningún lector se inclinará á ser tan duro con la protagonista como lo es el mismo autor.

Veamos, en cambio, á dónde han conducido al Conde Tolstoy las fuentes del sentimiento desde que creó á Ana, hace diez ó doce años.

Tenemos que volver á Constantino Levine. Levine, como ya he dicho, piensa. Entre la edad de veinte y treinta y cinco años perdió, según afirma, las creencias cristianas en que había sido educado, pérdida de que hoy existen, sin duda, múltiples ejemplos en todas partes, pero que en Rusia, como en Francia, es cosa más corriente que entre nosotros, más general y manifiesta en todos los jóvenes de las clases elevadas y cultas. Levine adopta las ideas científicas que circulan en torno de él; habla de células, de organismos, de la indestructibilidad de la materia, de la conservación de la fuerza, y opina, como sus compañeros de la universidad, que ya no hay religión. Pero era un hombre serio, y en los momentos de crisis dolorosas, presentábanse á él con tenacidad irresistible las cuestiones tocantes á la significación, origen y destino de su vida, y, no obteniendo respuesta, lo obsediaban y atormentaban, haciéndole pensar en el suicidio.

Veía dos cosas, sin embargo. Una era que él y sus amigos de la universidad se habían engañado al suponer que ya no había fe cristiana; la habían perdido ellos, pero ellos no eran todo el mundo. Levi-

ne observaba que las personas más allegadas á él, empezando por su propia mujer, conservaban esas creencias y les debían consuelos, y que en el mismo caso se encontraban las mujeres en general y la casi totalidad de la masa común del pueblo ruso. La otra cosa era que, si sus amigos doctos no se preocupaban, como él, de las cuestiones referentes á la significación de la vida humana, el hecho se debía, no á que hubiesen encontrado una respuesta para tales cuestiones, sino á que, embebido su pensamiento en la teoría celular, en las doctrinas de la evolución, de la indestructibilidad de la materia, de la conservación de la fuerza y otras semejantes, se hallaban satisfechos con ese alimento intelectual y no se engolfaban en investigaciones sobre la significación de su propia vida.

Pero Levine advertía juntamente que él, por su parte, no seguía pensando en el suicidio. Lejos de eso, vivía en sus propias tierras, como antes su padre; atendía á todos los deberes de su posición; se había casado con Kitty y se regocijaba al nacerle un hijo. Sin embargo, en el fondo no era feliz, sentíase inquieto, desasosegado, y su inquietud se convertía á veces en verdadera angustia.

Así las cosas, hallándose uno de sus malos días entre sus campesinos, y como llegase á preguntar por qué un propietario obraría en ciertas circunstancias más humanamente que otro, uno de los campesinos respondió: «No todos los hombres son iguales; unos viven para su panza, como Mitiovuck, y otros para su alma, para Dios, como el viejo Platón (1).»—«¿Qué quiere decir eso de vivir para su alma, para Dios?»—exclamó Levine.—«Pues muy sencillo—contestó el interpelado:—vivir conforme á Dios, conforme á la verdad. Todos los hombres no son lo mismo, esa es la cierta. V., v. gr., no perjudicaría á un pobre.» Levine se marchó sin responder, pero sin dejar de oir interiormente las palabras del campesino: *Vivir conforme á Dios, conforme á la verdad.*

Reflexionó después que él había nacido de padres que profesaban esos principios, como antes los habían profesado sus abuelos; que se había amamantado en tales creencias; que, aun sin saberlo, siempre había conservado en el fondo algo de su sentido; que si se había esforzado por cumplir los deberes de su posición, había sido con la secreta ayuda que esa fe le prestaba; que si en sus momentos de desesperación y de angustia, si en las horas en que llegaba á pensar en el

(1) Nombre común entre los campesinos rusos.

suicidio, no puso por obra su pensamiento, fué porque esa misma fe, permitiéndole cumplir sus deberes hasta cierto punto, le había dado algún apoyo en la vida, y, por consiguiente, alguna felicidad.

Aquellas palabras resuenan en sus oídos como la voz de un guía de quien no podría volver á apartarse, y á quien debía seguir en lo sucesivo con plena conciencia y decidida voluntad. Ve á sus sobrinos divertirse tirándose leche á la cara los unos á los otros, y oye á Dolly reñirlos. Se dice entonces que aquellos niños derrochan su sustento, porque, no teniendo que ganarlo, no conocen su valor, y exclama interiormente: «Yo, cristiano, educado en la fe, colmado de los beneficios del cristianismo, viviendo por su virtud sin saberlo, me afano en destruir, como esos niños, lo que forma el cimiento de mi vida.» Pero ahora se despierta en su seno la clara y preciosa conciencia de que lo que tiene que hacer es *ser bueno;* ha «clamado á *El.*» ¿Qué resultará de todo?

«Yo seguiré probablemente impacientándome con mi cochero, discutiendo inútilmente, pregonando mis ideas fuera de sazón; veré siempre una barrera entre el santuario de mi alma y el alma de los demás, incluso la de mi mujer; seguiré haciéndola á ella responsable de mis enojos para arrepentirme al minuto siguiente; continuaré rezando sin poder explicarme á mí mismo por qué rezo; pero mi vida interior ha conquistado su libertad: no estará ya á merced de los acontecimientos, y cada minuto de mi existencia tendrá una significación clara y profunda, que podré imprimir en cada una de mis acciones: la de *ser bueno.*»

Con estas palabras termina la novela *Ana Karenine.* Pero en las vicisitudes religiosas de Levine el Conde Tolstoy refería las suyas propias, y la historia continúa en tres obras autobiográficas, que han aparecido en París durante estos dos ó tres últimos años: *Ma confessión, Ma Religión* y *Que faire.* Nuestro autor anuncia otras «dos grandes obras», en que ha empleado seis años: una crítica de teología dogmática y una nueva traducción de los Evangelios, con una concordancia suya. Pero las conclusiones á que afirma haber llegado en estas dos obras están bastante indicadas en los tres volúmenes que acabo de citar.

Esos volúmenes autobiográficos revelan la misma penetración extraordinaria y la misma perfecta sinceridad que campean en la novela del autor. Como autobiografía, son de profundo interés, y están llenos, además, de perspicaces y fecundas observaciones. He hablado

de las ventajas que posee el genio ruso para la literatura de imaginación. Quizá para la exégesis bíblica, para la crítica religiosa, la ventaja está de parte de las viejas naciones del Occidente, que pueden poseer en mayor grado la experiencia, la amplitud de conocimientos, la paciencia y la sobriedad que requieren esos estudios, aunque acaso son menos decididas, menos arrojadas.

El Conde Tolstoy mira el cambio que se ha realizado en él durante los últimos seis años, mira sus recientes estudios y las ideas adquiridas en su prosecución como hechos de capital importancia que forman época en su vida:

«Hace cinco años nació en mí la fe: creí en la doctrina de Jesús, y cambió de repente toda mi vida. Dejé de desear lo que antes deseaba, y empecé á desear lo que antes nunca había deseado. Lo que solía parecerme bueno anteriormente me parece malo ahora; lo que solía parecerme malo me parece bueno.»

La novela *Ana Karenine* pertenece á ese pasado del Conde Tolstoy; lo que importa son sus nuevos estudios y las obras en ellos fundadas. Ahí están la luz y la salvación. Dudo, sin embargo, que, como tributo para la causa de la religión y para definir el verdadero espíritu y mensaje de Jesús, adelanten mucho esas obras sobre lo que ya exponía ó indicaba el Conde Tolstoy al referir en *Ana Karenine* la historia mental de Levine. Desenvuelven, sí, y refuerzan puntos indicados en esa historia; encierran admirables tesoros de conocimiento de la naturaleza humana, de intuición profunda, de animosa sinceridad, de ingenio, de sarcasmo, de elocuencia, de estilo; y, amén de esto, nos ofrecen la autobiografía directa de un hombre, que nos interesa, no sólo por su alma y su talento, sino más aún por su nacionalidad, por su posición y su modo de proceder; pero, en mi sentir, no nos acercan mucho más que la historia de Levine á la luz salvadora de la religión cristiana. Añadiré que lo que encierra ya esa historia me parece de alta importancia y sumo valor. Notemos su trascendencia.

Necesito ser breve y ceñirme á indicaciones generales; ni los límites de este estudio ni mi propósito me permiten entrar en nada abstracto. Bien es verdad que en la filosofía religiosa del Conde Tolstoy pocas cosas hay abstractas y áridas. Su idea cardinal en el dominio de estas especulaciones es la idea de la *vida*. El ve en San Pablo, como en los Padres y en los Reformadores, una fuente de esa teología eclesiástica, que yerra lo esencial y no interpreta rectamente el Evangelio de Cristo. A pesar de eso, la medula

de la teología del Conde Tolstoy es «la ley del espíritu de vida en Jesucristo», que, según San Pablo, libra «de la ley del pecado y de la muerte». La vida moral es don de Dios, es Dios, y esa vida verdadera, esa unión con Dios á que aspiramos, se alcanza mediante Jesús, mediante la unión con Jesús y adoptando su vida. Prueban la verdad de esta doctrina las advertencias del infortunio, cuando la olvidamos, y la sanción de la felicidad, cuando la seguimos. Pero lo esencial, de todas suertes, al menos para *nosotros,* los que hemos nacido en el cristianismo, los que, á sabiendas ó sin saberlo, nos inspiramos en él, es el acceso al espíritu de vida. Las cuestiones sobre la Trinidad, sobre la divinidad de Cristo, sobre la procedencia del Espíritu Santo, esas cuestiones en que gastan tanto trabajo y tanto tiempo las diversas iglesias, no son vitales; lo capital es la doctrina del acceso al espíritu de vida mediante Jesús.

Sana y salvadora doctrina ésta, en mi opinión. Ya se desprende en gran parte de lo que dice el Conde Tolstoy en *Ana Karenine,* aunque no hay que añadir que las obras ulteriores la desenvuelven especialmente. Varias de esas explicaciones, lo repito, son de una fuerza, de un interés y de un valor notables. *Ana Karenine* nos había hablado del escepticismo de las clases superiores y educadas de Rusia; pero ¡cuánta realidad añade una anécdota como la siguiente de *Mi confesión!:*

«Recuerdo que, cuando yo tenía unos once años, fué á vernos un domingo un muchacho, muerto después, el cual nos anunciaba á mi hermano y á mí, como una gran noticia, un descubrimiento que acababa de hacer en la escuela. El descubrimiento era que no existe Dios, y que todo lo que nos enseñan sobre él es pura fábula.»

El Conde Tolstoy indicaba en *Ana Karenine* que la ciencia es impotente para decir á un hombre lo que significa su vida. Sus últimos escritos añaden más de un toque sobre este punto:

«El desarrollo sigue su curso, y hay leyes que lo rigen. V. mismo es una parte del todo. Llegando á comprender lo mejor posible el todo y la ley del desarrollo, comprenderá V. también su puesto en el todo, se comprenderá V. á sí mismo.

»Por mucha vergüenza que me cueste, lo confieso, ¡hubo un tiempo en que yo procuraba darme por satisfecho con esta clase de cosas!»

Pero los hombres de ciencia pueden consolarse al ver que el Conde Tolstoy no trata mejor á los literatos, á pesar de serlo él.

«Según el juicio de mis colegas literarios, la vida en general se

halla en vías de progreso, y á nosotros, á los literatos, nos corresponde la parte principal en ese desarrollo. La vocación de artistas y poetas es instruir al mundo; y para evitar que les saliese al paso con las preguntas naturales: «¿Qué soy yo y qué puedo yo enseñar?», me decían que era inútil saber eso, que el artista y el poeta enseñan sin saber cómo. Yo pasaba por un artista soberbio, por un gran poeta; ¿qué mucho, pues, que me apropiase esa teoría? Yo, el artista, el poeta, escribía y enseñaba sin saber qué. Me pagaban por lo que hacía. Lo tenía todo: casa y comidas espléndidas, mujeres, sociedad; disfrutaba de la gloria. Por consiguiente, lo que enseñaba era óptimo. Aquella fe en la importancia de la poesía y del progreso de la vida era una religión, y yo uno de sus sacerdotes, oficio sumamente agradable y ventajoso.

»Y en esa creencia vióse mucho tiempo, sin dudar nunca de su verdad.»

Los adeptos de la religión literaria y científica no son muchos seguramente, comparados con la masa del pueblo; y la masa del pueblo, como Levine notaba, halla consuelo aun en la antigua religión del cristianismo. Pero de la masa del pueblo no se preocupan nuestros doctores literarios y científicos. A ejemplo de Salomón y Schopenhauer, esos señores y sus secuaces son muy abonados para decir que la vida, después de todo, es vanidad; no hay más sino que ninguno de ellos conoce más vida que la suya.

«Solía figurarme que el pequeño número de hombres cultos, ricos y ociosos, entre los cuales me contaba, constituía toda la humanidad, y que los restantes millones y millones de personas que han vivido y viven aún no eran hombres realmente. Por incomprensible que ahora me parezca haber podido mirar la vida sin ver la que me rodeaba por todas partes, la vida de la humanidad, por extraño que parezca que me engañase hasta ese punto, tomando mi vida, la vida de los Salomones y de los Schopenhauer, por la vida normal y verdadera, sin conceder importancia ninguna á la vida de las masas; por extraordinario que ahora me parezca todo esto, así era, no obstante.»

¡Y qué mísera existencia la de esa pretenciosa minoría, que presume representar la sociedad, y considera su propia vida, la vida mundana, como la única digna de ese nombre! El autor habla por propia experiencia:

«En mi vida, vida excepcionalmente afortunada desde el punto de vista mundano, puedo enumerar tal serie de sinsabores sufridos por cau-

sa del «mundo», como los que puede soportar un mártir por Jesús. Todos los acontecimientos más sensibles de mi existencia, empezando por las orgías y duelos de mi época de estudiante, las guerras á que he asistido, las enfermedades y las condiciones anómalas é intolerables en que vivo al presente, todo eso no es ni más ni menos que un martirio sufrido en nombre de la doctrina del mundo. Sí, y hablo de mi vida, excepcionalmente afortunada desde el punto de vista mundano.

»Repase su vida todo hombre sincero, y verá que jamás, ni una sola vez, ha sufrido por practicar la doctrina de Jesús; la parte principal de sus infortunios dimana de haberse rendido, contra su inclinación, á las halagos de la doctrina del mundo.»

En cambio, la gente sencilla, la muchedumbre, extraña á esos halagos, vive relativamente contenta:

«En oposición á lo que observo en nuestro círculo, donde es posible la vida sin fe y donde dudo que haya uno entre mil que se declare creyente, pienso que en el pueblo (de Rusia) no hay un excéptico entre varios millares de creyentes. Contra lo que observo en nuestro círculo, entregado á la ociosidad y á las diversiones, y disgustado de la vida, veo que esos hombres del pueblo llevan una existencia de duro trabajo, y, sin embargo, están bien avenidos con la vida. En vez de quejarse, como las personas de nuestra esfera, del rigor de su suerte, ese pobre pueblo aguanta sus dolencias y contrariedades sin rebelión ni protesta, sino con la firme certidumbre de que así tiene que ser, de que no puede ser de otro modo y de que «es una cosa completamente natural».

Todo esto no es más que un desarrollo, á veces sorprendente, pero siempre poderoso é interesante, de lo que ya habíamos leído en las páginas de *Ana Karenine*. Y como Levine en la novela, el Conde Tolstoy, bajo el imperio de sus luchas y sufrimientos interiores, estuvo á dos dedos del suicidio. Lo nuevo en los libros recientes es la solución y el remedio que anuncian. Levine aceptó una solución provisional de las dificultades que lo oprimían; había vivido rectamente, por decirlo así, obedeciendo á su conciencia, pero sin preguntarse hasta qué punto se armonizaban y compaginaban todas sus acciones:

«Adelantaba dinero á un campesino para sacarlo de las garras de un usurero, pero no perdonaba los atrasos que le debían; castigaba severamente los robos de leña, pero sentía escrúpulos en detener el ganado de un campesino que se metía en sus praderas; no pagaba su salario al trabajador que por causa de

la muerte de su padre tenía que interrumpir sus faenas en la época de la recolección, pero sostenía y alimentaba á los servidores viejos; hacía esperar á los campesinos para ir á besar á su mujer cuando volvía á casa, pero no los hubiese hecho esperar por ir á ver las colmenas.»

El Conde Tolstoy ha llegado después á una norma de vida más definida y rigurosa: á la doctrina positiva de Jesús, según su pensamiento. La determinación y promulgación de tal norma es la novedad de las obras recientes de nuestro autor. Saca esa doctrina esencial, ó ley de Jesús, del Sermón de la Montaña, y la presenta bajo forma de mandamientos—los mandamientos de Cristo:—la medula, según dice, del Nuevo Testamento, como el Decálogo es la medula del Antiguo. Esos mandamientos primordiales de Cristo son «mandamientos de paz», y cinco en número. El primero es: «Vive en paz con todos los hombres; no trates á ninguno como un ser despreciable é inferior á ti; no te permitas tú ninguna cólera, ni descanses hasta haber disipado la de los demás contra ti, aun siendo injusta.» Segundo: «Ni libertinaje ni divorcio; tenga cada hombre una mujer, y cada mujer un marido.» Tercero: «Jamás, bajo ningún pretexto, hagas juramento de servicio de ninguna especie; todos esos juramentos son impuestos por malos designios.» Cuarto: «Nunca emplees la fuerza contra el que te dañe; soporta cualquier mal que te hagan sin ponerte frente á su autor ni procurar su castigo.» Quinto y último: «Renuncia á toda distinción de nacionalidad; no pienses en poder tratar nunca como enemigos á hombres de otra nación; ama á todos los hombres igualmente como igualmente cercanos á ti; haz bien á todos ellos del mismo modo.»

Si estos cinco mandamientos se observasen universalmente, dice el Conde Tolstoy, todos los hombres se harían hermanos. La sociedad actual en que vivimos se transformaría y disolvería. Renunciaríase á los ejércitos y á las guerras, como también á los tribunales de justicia, á la policía y á la propiedad. Y haga lo que quiera todo el mundo, el Conde Tolstoy, por su parte, cumplirá su deber y seguirá sinceramente los mandamientos de Cristo. Ha renunciado rango, oficio y bienes, y gana el pan con el trabajo de sus manos. «Creo en los mandamientos de Cristo—dice—y esta fe cambia totalmente mi antigua apreciación de lo que es bueno y grande ó malo y bajo en la vida humana.» Ahora, «todo lo que yo solía considerar como malo y bajo—la rusticidad del campesino,

la sencillez de la vivienda, del alimento, del vestido y de las maneras—todo eso ha pasado á ser bueno y grande á mis ojos. Ahora no puedo ya contribuir á nada que me levante exteriormente sobre los demás, que me separe de ellos. No puedo reconocer, como antes, ni en mí ni en otros, ningún título, rango ó calidad fuera del título y calidad de hombre. No puedo buscar fama y nombradía; no puedo buscar una cultura que me separa de los hombres. No puedo menos de procurar en toda mi existencia—en mi morada, en mi alimento, en mi vestido y en mi conducta con el pueblo—todo lo que, lejos de separarme de la masa de la humanidad, me acerca más á ella.»

Ahora, júzguese como se quiera al Conde Tolstoy, habrá de convenirse, por lo menos, en que es un alma grande y un gran escritor. En su exégesis bíblica, en la crítica por cuya virtud deduce y construye los cinco mandamientos de Cristo que deben ser norma de nuestra existencia, encuentro muchas cosas discutibles con otras muchas ingeniosas y de peso. Pero no tengo espacio para criticar aquí esa exégesis, ni entra en mi propósito. Esto aparte de que la ocasión oportuna de juzgarla será el día en que aparezcan las «dos grandes obras» en preparación.

Por el momento, me limito á una sola observación de carácter general. El cristianismo no puede encerrarse en el molde de unos cuantos mandamientos. Como he dicho en alguna otra ocasión, «el cristianismo es un *manantial,* y no puede considerarse como cifra y compendio del cristianismo ninguna emanación de agua y de frescura que de él proceda. Es una ilusión, y puede inducir á grandes errores, presentar una serie de máximas, aun las del Sermón de la Montaña, como la última fórmula en que el cristianismo puede condenarse».

Y la razón principal es el carácter del Fundador del cristianismo y la naturaleza de sus afirmaciones. No menos importante que la enseñanza de Jesús es el *temperamento* del que la da, su dulzura y moderación, su *epieikeia.* Goethe lo califica de *Schwärmer,* visionario; con mucha más exactitud puede calificársele de oportunista. Pero es un oportunista de diferente especie que los que se dan á sí mismos tal nombre en política, ese «tráfico desenfrenado» donde impera la doblez. Estos aprietan ó aflojan, son rígidos ó acomodaticios, según conviene á su medro personal y al interés de su partido.

El Conde Tolstoy estima acertadamente que, piensen lo que gusten las clases pudientes y satisfechas, el mundo está juzgado desde

que vino Jesucristo. Hay en perspectiva «una nueva tierra»; y el ideal entrevisto ha de realizarse. «Felices vosotros, si, sabiendo estas cosas, las hacéis.» Pero han de hacerse á favor de un cambio grande, extenso y lento, y han de empezar con el cambio del hombre interior. Así, pues, las enseñanzas más importantes y fecundas de Jesús no son las que pueden inscribirse en un cuadro de secos mandamientos exteriores, sino las que encierran más espíritu en su seno, porque esas pueden penetrar más profundamente en nuestras almas, labrar en su interior, ejercer influjo, formar hábitos de conducta y preparar el porvenir. En este sentido, las bienaventuranzas son más eficaces que las afirmaciones con que el Conde Tolstoy construye sus cinco mandamientos. El verdadero *secreto* de Jesús: «El que ame su vida la perderá; el que pierda su vida la salvará», no nos ofrece un mandamiento que deba tomarse y seguirse al pie de la letra, sino una idea de inagotable valor destinada á labrar en vuestro espíritu.

Jesús pagó tributo al gobierno y comió con los publicanos, aunque ni el imperio de Roma, ni los capitalistas de Judea eran compatibles con su ideal y con la «nueva tierra» que ese ideal debe crear á la postre. Tal vez, en una sociedad como la nuestra, la solución provisional de Levine se acercaba más á «la ley de Dios, de la verdad», que la solución más radical adoptada después por el Conde Tolstoy. Parece más beneficiosa. No sé lo que pasa en Rusia, pero en una aldea inglesa la determinación de «nuestro círculo» de ganarse el pan con el trabajo de sus manos no producirá sino ansiedades, en vez de fraternal regocijo, en esa «mayoría», que se logana ya de tal manera. «Somos sobrados para competir, como están las cosas—dirían los labradores, los carpinteros y los herreros;—aténganse Vds. ¡por favor! á sus artículos, á su poesía y á sus jergas; en el trabajo manual vendrán Vds. á hacernos mal tercio á nosotros y á quitarnos el pan de la boca.»

Por lo mismo, llego á la conclusión de que el Conde Tolstoy no ha hecho bien quizá en abandonar la obra del poeta y del artista, y que puede volver á ella con ventaja. Pero, haga lo que quiera en el porvenir, lo que ha hecho ya, así en religión como en literatura, es más que suficiente para distinguirlo como uno de los hombres más notables é interesante de nuestro tiempo, uno de los que más simpatías despiertan, y debo añadir que una honra para Rusia, aunque él nos vede preocuparnos de la nacionalidad.

MATEO ARNOLD.

EL CANTO DEL CISNE

HISTORIA DE UN MÚSICO

I

Cinco jóvenes ricos entraron á las tres de la madrugada en un baile público de Petersburgo.

Habíase bebido mucho champagne. Los hombres que componían la concurrencia eran muy jóvenes; las mujeres bonitas. El piano y el violín tocaban polka tras polka. No cesaban el baile y el barullo.

Pero cerníase como una especie de aburrimiento. Había disgusto. Todo el mundo notaba, sin saber por qué, cómo iba languideciendo el jolgorio. Varias veces se intentó renovar la alegría, y esa fingida animación era peor que el tedio.

Uno de nuestros cinco jóvenes estaba más descontento que los otros, hastiado de sí mismo, de sus compañeros y de la fiesta nocturna. Con un sentimiento de fastidio, se levantó, fué en busca del sombrero y se dispuso á partir sin que le viesen.

No encontró á nadie en el vestíbulo; é iba á marcharse á escape, cuando oyó en una habitación próxima dos voces que disputaban. Detúvose el joven y se volvió todo oídos.

—No se puede; hay gente ahí—decía una voz de mujer.

—Déjeme V., se lo ruego, no haré nada—suplicaba una débil voz de hombre.

—No puedo, sin permiso de la señora. Pero ¿á dónde va V.? ¡Ah, qué hombre es V.!

Abrióse de pronto la puerta y apareció en el umbral una extraña figura masculina.

Al ver al joven que escuchaba, la criada dejó de retener á su interlocutor; la extraña figura, saludando con timidez y temblándole

las encorvadas piernas, penetró en la antesala.

Era un hombre de regular estatura, estrecho de hombros y algo cargado de espalda; los largos cabellos caíanle en desorden. Llevaba gabán corto y pantalón rozado y roto cayéndole sobre las botas sin lustrar. Sobre sus huesudas manos asomaba por las bocamangas la sucia camisa. A pesar de su excesiva flacura, su rostro era cándido y de bella palidez; y hasta un ligero color sonrosado animaba sus mejillas, sobre la barba y el bigote castaños poco poblados. El pelo, sin peinar, echado hacia atrás, descubría una frente baja y sumamente pura. Los fatigados ojos negros tenían dulce mirar, penetrante y digno á la vez. Su expresión concertaba con la encantadora expresión de la boca.

Después de dar algunos pasos, detúvose y se dirigió al joven, bosquejando una sonrisa forzada; en cuanto esa sonrisa iluminó á aquel rostro, el joven sonrióse también sin saber por qué.

—¿Quién es ese caballero?—preguntó á la criada, cuando el extraño personaje hubo entrado en el salón de baile.

—Es un músico del teatro, un verdadero loco; viene algunas veces á ver á la dueña.

—¡Dónde te has metido, Delessov?—gritaron en ese momento en la sala.

El joven á quien llamaban Delessov volvió á entrar en el salón. El músico se encontraba precisamente en la puerta y miraba á las parejas. Su sonrisa, sus ojos, sus pies que se agitaban llevando el compás, todo revelaba en él el placer que sentía con ese espectáculo.

—¡Vaya, entre V. también á bailar!—le dijo uno de los asistentes.

El músico se inclinó y echó una miraba interrogante á la dueña del establecimiento.

—¡Bueno, vaya V., vaya V., puesto que esos caballeros le invitan!—dijo esta última.

Los flacos miembros del músico empezaron entonces á moverse; y sonriendo, estirándose, guiñando los ojos, saltó con torpeza dentro de la sala. En medio de una cuadrilla, un alegre oficial y excelente bailarín, empujó por casualidad en la espalda al músico, cuyos vacilantes pies no pudieron resistir ese choque; se tambaleó un momento y acabó por caerse cuan largo era. A pesar del sonido brusco y seco que produjo su caída, casi todo el mundo echóse al pronto á reir; luego, como el músico no se levantase, la muchedumbre se calló y hasta el piano cesó de tocar. Delessov fué uno de los primeros, con la dueña,

en precipitarse hacia el desventurado que yacía inmóvil en la misma postura, echado de bruces y con los ojos fijos en el suelo. Cuando le levantaron y pusieron en una silla, hizo con la mano un ademán para echarse atrás los cabellos, y sonrióse sin responder á ninguna pregunta.

—¡D. Alberto, D. Alberto!—exclamaba la dueña.—¿Se ha lastimado V.? Bien le decía yo que no bailase. ¡Está tan débil! —continuó, dirigiéndose á la concurrencia.—Apenas puede andar, ¿cómo ha de ser posible que baile?

—¿Quién es?—preguntaron á la dueña.

—Un pobre artista, un buen muchacho; pero es desgraciado, como Vds. ven.

Hablaba así, sin cuidarse de la presencia del músico. Este recobró el conocimiento, y, como si tuviese miedo de alguna cosa, rechazó el corrillo que le rodeaba.

—Esto no es nada—dijo de pronto, levantándose con esfuerzo.

Y para demostrar que no tenía daño alguno, se irguió en medio de la sala y trató de saltar; pero tambaleóse, y se hubiera caído á no sostenerle.

Todos experimentaban una penosa impresión, y le miraban sin decir una palabra.

Apagáronse de nuevo los ojos del músico; y olvidándose entonces de todo el mundo, se frotó la rodilla con la mano. De repente levantó la cabeza, y adelantando un pie tembloroso, al mismo tiempo que con su ademán de costumbre echaba atrás los cabellos, se acercó al violinista y le quitó de las manos el instrumento.

—Esto no es nada—volvió á repetir otra vez, empuñando el violín.—¡Vamos, señores, música!

—¡Qué extraño personaje!—decía la gente.

—¡Quizá sea algún gran talento desconocido!—dijo uno.

—¡Qué admirable figura! Hay en él algo extraordinario—pensaba Delessov.—En fin, vamos á oirle.

II

En ese momento, sin hacer caso de nadie y violín al hombro, Alberto se paseaba alrededor del piano mientras templaba; sus labios adquirían una expresión indiferente; no se veían sus miradas. Pero la estrecha espalda huesuda, el largo cuello blanco, las piernas arqueadas y la cabeza con desmelenados cabellos castaños, ofrecían un espectáculo raro, sin ser grotesco. Habiendo templado el violín, atacó

una cuerda con seguridad; y levantando la cabeza, se dirigió al pianista, que se disponía á acompañarle.

—Melancolía, *Sol mayor*—dijo con actitud de mando.

En seguida, como para pedir perdón por su ademán imperativo, lanzó una sonrisa tímida en torno suyo, y otra vez rechazó hacia atrás las melenas con la mano derecha.

Alberto se detuvo en el ángulo del piano, y acarició las cuerdas con un cadencioso movimiento del arco. Entonces oyóse en la sala un sonido puro, armonioso y divino; reinó profundo silencio. El músico empezó por un preludio que parecía una ardiente aspiración, el ideal y el bien supremos. Despertábase de su embotamiento todo el ser interior y se abría con placer á ese mundo maravilloso y sublime, demasiado tiempo desconocido por el goce ruidoso y grosero.

Sucedíanse los sonidos, expresivos, limpios y melodiosos, sin que una nota falsa ó una falta de compás viniera á romper el encanto; difundían una especie de luz inesperada y acariciadora, que inundaba y serenaba el alma de los oyentes fascinados; silenciosos y estremecidos por una vaga esperanza, seguían todos con emocionada atención el desarrollo del tema musical. Cada frase armoniosa despertaba en los corazones los más lejanos recuerdos, y este pasado volvía á su memoria con dulzura y tranquilidad, ó bien con la violencia de los deseos apasionados del amor y de la ambición ó con el triste pesar de una ternura descaecida. Todos esos diversísimos estados de ánimo sucedíanse en ellos y obedecían á los cadenciosos ritmos de aquel arco mágico. Se entremezclaban los sonidos y se fundían unos con otros hasta no formar más que un torrente de melancolía.

Alberto parecía crecerse con cada nota. Distaba mucho á la sazón de parecer feo ó estrafalario.

Con la barba apoyada en el violín, escuchando su propia música con una atención apasionada, movía nerviosamente los pies, ya erguido con toda su estatura, ya con el torso encorvado. Su mano izquierda, crispada de un modo convulsivo, parecía remachada al mástil del instrumento; y la derecha continuaba en sus movimientos elegantes, de que apenas podía uno darse cuenta.

Su rostro irradiaba con un éxtasis de felicidad; sus ojos relucían con intenso fulgor, dilatábanse las ventanillas de su nariz, sus rojos labios se entreabrían voluptuosos.

De vez en cuando inclinaba aún más la cabeza sobre el violín, se le cerraban los ojos; y todas sus fac-

ciones, medio ocultas por las melenas, animábanse con una sonrisa de dulce gozo. A veces se enderezaba con rapidez y echaba un pie adelante; entonces su pura frente y la luminosa mirada con que envolvía el salón brillaban de grandeza, de altivez y con la conciencia de su poder.

Una vez equivocóse el pianista y dió una nota falsa; en seguida un sufrimiento físico conmovió todo el ser del músico. Se detuvo, y golpeando con el pie con cólera infantil, gritó: «*Menor,* eso es *menor.*» El pianista corrigió inmediatamente. Alberto cerró de nuevo los ojos, se sonrió, y olvidándose de sí mismo, olvidando á los otros y al mundo entero, abandonóse á su inspiración.

Y todo el tiempo en que estuvo tocando Alberto, el auditorio permaneció fascinado: cada cual parecía vivir y respirar por aquella música.

El alegre oficial estaba inmóvil junto á la ventana, con la respiración oprimida y jadeante, contemplando fijo el suelo con una mirada sin vida. Las muchachas, en un silencio absoluto, sentadas á lo largo de las paredes y sin volver de un asombro que no podían definir, mirábanse unas á otras á hurtadillas.

La rechoncha cara de la dueña resplandecía de beatitud. El pianista no quitaba ojo al rostro de Alberto, temiendo siempre equivocarse, y haciendo los mayores esfuerzos por adivinarle y seguirle.

Uno de los bailarines, que había bebido más que los otros, permanecía tumbado en el diván y se tapaba la cara para no hacer ruido y manifestar su emoción sin querer.

Delessov experimentaba sensaciones no acostumbradas en él. Oprimíale la cabeza, sintiendo su frialdad, un anillo que ahora se ensanchaba, ahora se encogía. Comenzaba á ponérsele sensible la raíz de los cabellos. Por su espalda corría un escalofrío helado. Un no sé qué le subía más arriba de la garganta y pinchaba como con finas agujas su nariz y su paladar; lágrimas inconscientes caían sobre sus mejillas. Hacía todo lo posible por contenerlas y dominarse, pero nuevas lágrimas rodaban por su rostro.

Por un extraño encadenamiento de sensaciones y de sentimientos, los primeros sonidos del violín de Alberto transportaron á Delessov á sus años juveniles. Maduro ya, hastiado de la vida, decaído, veíase de pronto en la edad de diecisiete años, guapo y satisfecho de sí mismo, candoroso y feliz en su indolencia. Recordaba su primer amor por la prima con traje de color de rosa, la confesión de ese primer amor en el paseo de los Tilos; recordaba la in-

confuso; apresuróse á entregar al músico el importe de la colecta.

—Le doy á V. infinitas gracias—dijo Alberto, recogiendo el dinero. —Ahora volvamos á la música y tocaré todo el tiempo que Vds. quieran; sólo que necesito beber un poco. ¡A beber!—añadió, levantándose.

Delessov volvió á traer más vino, y le rogó que se sentara junto á él.

—Dispénseme V. si le hablo con franqueza—dijo Delessov.—Su talento me interesa mucho, y veo con pena que se halla V. en una situación bastante precaria.

Alberto tan pronto miraba á Delessov como á la dueña, quien acababa de entrar en el aposento.

—Permítame V.—continuó Delessov—que le ofrezca mis servicios si necesita V. alguna cosa. Por tanto, me complacería V. si viniera á vivir conmigo durante algún tiempo; vivo solo y tal vez pueda serle á V. útil.

Alberto se sonrió, sin contestar.

—Pero, ¿por qué no da V. las gracias á este caballero?—dijo la dueña.—Lo que le ofrece sería para V. una verdadera suerte. Sólo que yo no se lo hubiera aconsejado á V. —dijo á Delessov.

—Le estoy á V. agradecidísimo —dijo entonces Alberto, estrechando con sus manos húmedas las de Delessov.—Pero, por el momento, toquemos música.

Los demás que estaban presentes disponíanse ya á partir; y, á pesar de todas la súplicas de Alberto, se dirigieron á la puerta.

Alberto se despidió también de la dueña, y cubriéndose con el usado sombrero de alas anchas, y envolviéndose en su vieja capa española, demasiado ligera para la estación, siguió á Delessov.

Cuando el joven hubo subido á un coche de alquiler con su nuevo amigo y notó el desagradable olor á borracho y sucio que exhalaba el músico, empezó á arrepentirse del buen impulso que le había dado de recoger al infeliz.

Además, era tan estúpido y vulgar lo que decía al músico, su embriaguez resultaba tan repugnante bajo la influencia del aire, que Delessov quedó enteramente disgustado de eso.

«¿Qué haré con él?» pensaba.

Después de un cuarto de hora de carrera, Alberto se calló; se le había caído el sombrero á los pies, se acurrucó en un rincón del carruaje y se puso á roncar.

Las ruedas del coche rechinaban de una manera monótona sobre la nieve helada; á través de los escarchados vidrios apenas podía pasar el débil resplandor del alba naciente.

Delessov se volvió hacia su vecino, cuyo largo cuerpo yacía inmóvil junto á él. Parecíale que una larga cabeza con un gran lazo oscuro se balanceaba sobre ese cuerpo extendido; pero, mirando más de cerca, notó que lo que tomaba por la nariz y la cara eran los cabellos del músico y que el verdadero rostro estaba debajo.

Inclinóse y examinó las facciones de esa cara; entonces le chocaron de nuevo la hermosura de la frente y de la boca, apaciblemente cerrada.

Bajo la influencia de una fatiga nerviosa, de la estimulante hora matutina y de la música que había oído, Delessov se transportó otra vez á aquel mundo de venturas y de ensueños que había entrevisto esa noche; de nuevo recordó su juventud feliz y generosa, y no le pesó haberse llevado consigo á Alberto. Entonces le quería sincera y apasionadamente; y tomó la firme resolución de hacerle bien.

IV

A la mañana siguiente, al despertar para irse á sus quehaceres, Delessov quedó desagradablemente sorprendido é impresionado al ver su vieja mampara, su criado y su reloj puesto encima de la mesa de noche.

«¿Qué tenía yo que ver, además de lo que me rodea de ordinario?» —dijo para sí.

Y se acordó de los negros ojos y la sonrisa del músico; lo melodioso de la *Melancolía*, y toda aquella extraña noche viniéronle á la memoria.

Sin embargo, no tuvo tiempo para ponerse á pensar si estaba bien ó mal hecho el haber traído á Alberto á su casa.

Al vestirse, distribuyó mentalmente su jornada; luego cogió sus papeles, dió las órdenes necesarias á su criado, y se puso de prisa y corriendo el gabán y los chanclos de goma. Al pasar por delante del comedor, echó un vistazo por la abertura de la puerta y vió á Alberto tumbado en el diván de cretona, con la cabeza hundida en el almohadón, despechugado, con la sucia y rota camisa, en el mismo lugar donde por la noche le había dejado borracho como una cuba.

«No puede quedarse así» —pensó Delessov, y dijo á su criado:—Vete de mi parte á casa de Borinzovsky, á que haga el favor de prestarle el violín por algunos días á este señor. Cuando se despierte, sírvele café, dale ropa blanca mía, y algunas prendas viejas; en una palabra, cuídale bien, te lo encargo.

confuso; apresuróse á entregar al músico el importe de la colecta.

—Le doy á V. infinitas gracias—dijo Alberto, recogiendo el dinero. —Ahora volvamos á la música y tocaré todo el tiempo que Vds. quieran; sólo que necesito beber un poco. ¡A beber!—añadió, levantándose.

Delessov volvió á traer más vino, y le rogó que se sentara junto á él.

—Dispénseme V. si le hablo con franqueza—dijo Delessov.—Su talento me interesa mucho, y veo con pena que se halla V. en una situación bastante precaria.

Alberto tan pronto miraba á Delessov como á la dueña, quien acababa de entrar en el aposento.

—Permítame V.—continuó Delessov—que le ofrezca mis servicios si necesita V. alguna cosa. Por tanto, me complacería V. si viniera á vivir conmigo durante algún tiempo; vivo solo y tal vez pueda serle á V. útil.

Alberto se sonrió, sin contestar.

—Pero, ¿por qué no da V. las gracias á este caballero?—dijo la dueña.—Lo que le ofrece sería para V. una verdadera suerte. Sólo que yo no se lo hubiera aconsejado á V. —dijo á Delessov.

—Le estoy á V. agradecidísimo —dijo entonces Alberto, estrechando con sus manos húmedas las de Delessov.—Pero, por el momento, toquemos música.

Los demás que estaban presentes disponíanse ya á partir; y, á pesar de todas la súplicas de Alberto, se dirigieron á la puerta.

Alberto se despidió también de la dueña, y cubriéndose con el usado sombrero de alas anchas, y envolviéndose en su vieja capa española, demasiado ligera para la estación, siguió á Delessov.

Cuando el joven hubo subido á un coche de alquiler con su nuevo amigo y notó el desagradable olor á borracho y sucio que exhalaba el músico, empezó á arrepentirse del buen impulso que le había dado de recoger al infeliz.

Además, era tan estúpido y vulgar lo que decía al músico, su embriaguez resultaba tan repugnante bajo la influencia del aire, que Delessov quedó enteramente disgustado de eso.

«¿Qué haré con él?» pensaba.

Después de un cuarto de hora de carrera, Alberto se calló; se le había caído el sombrero á los pies, se acurrucó en un rincón del carruaje y se puso á roncar.

Las ruedas del coche rechinaban de una manera monótona sobre la nieve helada; á través de los escarchados vidrios apenas podía pasar el débil resplandor del alba naciente.

Delessov se volvió hacia su vecino, cuyo largo cuerpo yacía inmóvil junto á él. Parecíale que una larga cabeza con un gran lazo oscuro se balanceaba sobre ese cuerpo extendido; pero, mirando más de cerca, notó que lo que tomaba por la nariz y la cara eran los cabellos del músico y que el verdadero rostro estaba debajo.

Inclinóse y examinó las facciones de esa cara; entonces le chocaron de nuevo la hermosura de la frente y de la boca, apaciblemente cerrada.

Bajo la influencia de una fatiga nerviosa, de la estimulante hora matutina y de la música que había oído, Delessov se transportó otra vez á aquel mundo de venturas y de ensueños que había entrevisto esa noche; de nuevo recordó su juventud feliz y generosa, y no le pesó haberse llevado consigo á Alberto. Entonces le quería sincera y apasionadamente; y tomó la firme resolución de hacerle bien.

IV

A la mañana siguiente, al despertar para irse á sus quehaceres, Delessov quedó desagradablemente sorprendido é impresionado al ver su vieja mampara, su criado y su reloj puesto encima de la mesa de noche.

«¿Qué tenía yo que ver, además de lo que me rodea de ordinario?» —dijo para sí.

Y se acordó de los negros ojos y la sonrisa del músico; lo melodioso de la *Melancolía*, y toda aquella extraña noche viniéronle á la memoria.

Sin embargo, no tuvo tiempo para ponerse á pensar si estaba bien ó mal hecho el haber traído á Alberto á su casa.

Al vestirse, distribuyó mentalmente su jornada; luego cogió sus papeles, dió las órdenes necesarias á su criado, y se puso de prisa y corriendo el gabán y los chanclos de goma. Al pasar por delante del comedor, echó un vistazo por la abertura de la puerta y vió á Alberto tumbado en el diván de cretona, con la cabeza hundida en el almohadón, despechugado, con la sucia y rota camisa, en el mismo lugar donde por la noche le había dejado borracho como una cuba.

«No puede quedarse así» —pensó Delessov, y dijo á su criado:—Vete de mi parte á casa de Borinzovsky, á que haga el favor de prestarle el violín por algunos días á este señor. Cuando se despierte, sírvele café, dale ropa blanca mía, y algunas prendas viejas; en una palabra, cuídale bien, te lo encargo.

Por la noche volvió tarde Delessov, y con asombro suyo no encontró á Alberto.

—Pero, ¿dónde está?—preguntó al criado.

—Ese señor se fué en seguida de comer, llevándose el violín. Había prometido volver al cabo de una hora y todavía no lo he visto.

—¡Ah!—dijo con despecho Delessov.—¿Y por qué le has dejado marcharse, Zakhar?

Zakhar era un lacayo petersburgués, que servía en casa de Delessov desde ocho años ha. Su amo era célibe y vivía solo; á pesar suyo le confiaba, por tanto, sus intenciones, y le gustaba conocer su opinión acerca de todo lo que emprendía.

—¿Y cómo había de atreverme á impedir que saliera?—respondió Zakhar, jugando con sus dijes.—Dmitri Ivanovitch, si me hubiera dicho V. que le detuviera, lo hubiese hecho; pero no me dejó V. órdenes sino respecto á la ropa interior y de vestir.

—¡Ah, qué aburrimiento! ¡Bueno! ¿Y qué hacía aquí sin mí?

Zakhar se sonrió.

—Sí, no es hablar por hablar: bien se vé que es un artista, Dmitri Ivanovitch. En cuanto se despertó, me pidió vino de Madera; luego se puso á charlar con la cocinera y el criado de los vecinos. ¡Qué picarón es!... Sin embargo, tiene buen carácter. Le di té, y después la comida; pero no quería comer solo y me invitó á partir con él. ¡Y qué bien toca el violín! ¡Ah, la verdad es que Izler no tiene muchos artistas así! Debiera hacerse grande aprecio de un hombre como él. Cuando nos tocó la *Madre Volga* en el violín, hubiérase dicho que era un hombre quien lloraba. ¡Ah, eso es hermosísimo! De todos los pisos ha bajado gente á escuchar á nuestra puerta.

—¿Le has vestido?—preguntó el amo.

—¡Cómo no! Le di la camisa de V. y mi gabán. Un hombre semejante bien merece que se le ayude; es un muchacho encantador:

Sonrióse Zakhar y añadió:

—Sin cesar me preguntaba qué categoría es la de V., si tiene V. grandes relaciones y muchos siervos.

—Vamos, está bien. Pero ahora es preciso encontrarle. En adelante no le des de beber, porque sería hacerle un mal servicio.

—Es verdad—dijo Zakhar—parece que no disfruta de buena salud. En casa de mi antiguo *barín* había también un empleado...

Dmitri Ivanovitch, que era sabedor desde mucho tiempo atrás de la historia del empleado que bebía con exceso, no dejó concluirla á Zakhar; le ordenó que preparase todo para

la noche y fuera en seguida en busca de Alberto.

Luego se metió en la cama y apagó la luz, pero en mucho tiempo no pudo dormirse. Pensaba en Alberto.

«Aunque todo esto pueda parecer extraño á muchos de mis conocimientos—pensaba—es tan raro poder hacer bien, que debe darse gracias á Dios cuando se presenta ocasión de hacerlo; y ciertamente que ésta no la desperdiciaré. Haré todo, absolutamente todo lo que pueda por ayudarle. Quizá no es loco del todo, sino tan sólo alcoholizado. Por otra parte, esto no me saldrá muy caro: donde come uno, comen dos. En primer lugar, que viva conmigo; después le buscaremos una plaza ú organizaremos un concierto; tendámosle la mano, y luego ya veremos.»

Después de este razonamiento sintió una grata satisfacción.

«En verdad, no soy del todo mal muchacho. Y hasta, si me comparo con otros, puedo decir que soy un buen chico.»

Iba á dormirse, cuando le sacó de su letargo un ruido de una puerta al abrirse y de pasos en la antecámara.

«Al cabo, ya está aquí. Voy á ponerme serio con él. Eso es lo mejor, y debo hacerlo.»

Tiró de la campanilla.

—¡Vamos! ¿Le has traído?—preguntó á Zakhar, que entraba.

—Es una mala pieza, Dmitri Ivanovitch—respondió Zakhar con un significativo movimiento de cabeza y cerrando los ojos.

—¿Qué es eso? ¿Está borracho?

—Sí, señor; no puede sostenerse.

—¿Tiene el violín?

—Lo he traído conmigo; la dueña me lo ha dado.

—Pues bien, no le dejes entrar en mi cuarto en este momento; acuéstale, y mañana impídele que salga.

Pero aún no había tenido tiempo para salir Zakhar del cuarto, cuando entró en él Alberto.

V

—¿Quiere V. ya dormir?—preguntó sonriéndose.—Yo he ido allá, á casa de Ana Ivanovna, donde he pasado una deliciosa velada. Hemos ejecutado música, nos hemos reído; la sociedad era muy grata. Permítame V. beber un vaso de cualquiera cosa, con tal de que no sea agua —dijo, agarrando la botella que estaba encima de la mesa.

Encontrábase Alberto en el mismo estado que la víspera. La misma hermosa sonrisa vagaba por sus la-

bios y en sus ojos; resplandecía de serenidad é inspiración su frente; sólo su cuerpo parecía abatido, como de costumbre. El gabán de Zakhar se ajustaba muy bien á su talle. El largo, limpio y no almidonado cuello de la camisa de dormir volvíase de un modo pintoresco en torno de su cuello largo y blanco, dándole un aire candoroso é infantil.

Tomó asiento al pie de la cama de Delessov y le miró en silencio, con una sonrisa de gozo y de gratitud. Delessov le miraba también y de nuevo se sintió seducido por aquella sonrisa. Se le quitaron las ganas de dormir; también olvidó su propósito de ser severo, y, por el contrario, deseó regocijarse, oir música y charlar amigablemente con Alberto, aunque fuese hasta el amanecer. Ordenó á Zakhara que trajese una botella de vino, cigarrillos y el violín.

—Perfectamente—dijo Alberto; no es tarde aún; ejecutaremos música y tocaré todo el tiempo que V. quiera.

Con evidente placer trajo Zakhar una botella de Château-Laffite, dos vasos, cigarrillos suaves que fumaba Alberto, y el violín. Luego, en vez de irse á acostar, como le mandaba Delessov, encendió un cigarro y se sentó en la estancia próxima.

—Mejor será que hablemos—dijo Delessov al músico, quien agarraba el violín.

Alberto se sentó sumiso al pie de la cama, y una sonrisa de contento iluminó su rostro.

—¡Ah, sí!—dijo de pronto, dándose una palmada en la frente y expresando su fisonomía cuidado y curiosidad (las diversas expresiones que se pintaban en su rostro precedían siempre á sus palabras).—Permítame V. que le pregunte... (Se detuvo un poco.) Llamó V. X*** á aquel caballero que ayer noche estaba con nosotros. ¿No es hijo del célebre X***?

—Su propio hijo—respondió Delessov, quien no comprendía qué le importaba eso á Alberto.

—Eso es—exclamó con tono satisfecho.—En seguida advertí lo aristocrático de sus modales. Me gustan los aristócratas. Hay en ellos un algo de hermosura y de gracia. Y también me agradó mucho aquel oficial tan buen bailarín. ¡Es tan alegre, tan noble! ¿No es ayudante de campo de X***?

—¿Quién?

—Aquel que me tropezó durante el baile. Debe de ser un buen muchacho.

—Es muy nulo.

—¡Oh! Dispense V.—dijo Alberto con calor.—Es muy agradable. Y además, es un buen músico. Ha tocado una hermosa pieza de ópera.

Hace mucho tiempo que nadie me ha gustado tanto como él.

—Sí, toca bien, pero no me gusta su estilo—dijo Delessov, quien quería llevar á su interlocutor á una conversación acerca de la música. —No comprende la música clásica; porque Donizetti y Bellini no han escrito verdadera música. Probablemente será V. del mismo parecer.

—¡Oh, no, no; dispense V.!—dijo Alberto con presteza y por defender al oficial.—La antigua música es música, y la moderna es música también. En esta última hay bellezas extraordinarias, por ejemplo: *Sonámbula,* y el final de *Lucía,* y Chopin, y *Roberto*... Pienso con frecuencia—se detuvo como para concentrar sus ideas—que si Beethoven viviese aún, lloraría de alegría al oir *Sonámbula*. Hay bellezas en ella por todas partes. Oí por primera vez *Sonámbula* cuando vinieron á Rusia Mad. Viardot y Rubini... He ahí lo que pasaba—dijo poniéndose las manos en el pecho como para arrancar de él alguna cosa.—Si durase un poco más, no se pudiera resistir.

—Bueno. ¿Y cómo encuentra V. hoy la ópera?

—La Bozzio es hermosa, hermosísima en extremo, graciosa, pero no sabe tocar á éste—dijo volviéndose á golpear el hueco pecho.—Para ser cantatriz se necesita pasión, y ella no la tiene. Causa placer, pero no hace sufrir.

—Bueno. ¿Y Lablache?

—Le oí en otros tiempos en París, en *El Barbero de Sevilla,* cuando era único; ahora es viejo, ya no puede ser artista.

—¿Y qué importa que sea viejo? Aún está bien en las piezas de conjunto—exclamó Delessov, quien siempre decía esto á propósito de Lablache.

—¡Cómo! ¿Qué importa que sea viejo?—replicó Alberto con tono terrible.—No debiera ser viejo; un artista no debe ser viejo. El arte exige muchas cualidades, y, en particular, brío—dijo fulgurándole los ojos y alzando los brazos al cielo.

Una llama intensa é interior iluminaba todo su rostro.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó de pronto.—¿No conoce V. á Petrov, el pintor?

—No; no le conozco—respondió Delessov sonriéndose.

—¡Cuánto querría que V. le conociese! Tendría V. un placer si con él hablase. ¡Cómo comprende el arte, él también! En otro tiempo nos encontrábamos á menudo en casa de Ana Ivanovna; ahora ella está enfadada con él, no sé por qué, y ya no va allí.

Bien quisiera yo presentárselo á V. para que le conociese. Tiene grandísimo talento.

—Pero, ¿en qué? ¿Pinta buenos cuadros?

—No lo creo, pero estuvo en la Escuela de Bellas Artes. ¡Qué ideas tiene! Cuando habla se queda uno asombrado muchas veces. ¡Oh, Petrov tiene gran talento! Sólo que lleva una vida demasiado alegre, y es una lástima—añadió sonriéndose.

Luego, se levantó de la cama, cogió el violín y se puso á templarlo.

—¿Hace mucho tiempo que no ha ido V. á la Opera?—dijo Delessov.

Volvióse Alberto y suspiró.

—¡Ah, no puedo más!—dijo cogiéndose la cabeza con las manos; y de nuevo se sentó al pie de la cama. —Le diré á V... (y su voz volvíase baja como un murmullo), yo no puedo ir allí, no puedo tocar allí, no tengo nada, nada... Ni siquiera vestidos, ni casa, ni violín... Mala vida, mala vida... Y luego, ¿por qué yo había de ir? ¿Para qué me serviría? Es inútil. ¡Ah, el *Don Juan!*

Y se golpeó la cabeza.

—Vámonos entonces juntos á cualquiera parte—dijo Delessov.

Alberto se levantó sin contestar nada y se puso á tocar el final del primer acto de *Don Juan*, relatando improvisadamente el asunto de esta ópera.

Cuando Alberto llegó al pasaje del Comendador, empezáronsele á poner los pelos de punta á Delessov.

—No, hoy no puedo—exclamó dejando el violín—he bebido demasiado.

Y acercándose en seguida á la mesa, se echó un vaso de vino y lo bebió de un trago. Luego se sentó en la cama de Delessov.

Este no le quitaba ojo ni un instante. Alberto se sonreía á veces y Delessov contestábale lo mismo. Ambos guardaban silencio; pero, con la mirada y la sonrisa, cambiábase entre ellos la expresión de su mutua simpatía, que aumentaba á cada minuto.

Delessov notaba que cada vez quería más á aquel hombre, y experimentaba con ello una ventura indefinible.

—¿Ha estado V. enamorado alguna vez?—preguntó de pronto á Alberto.

El músico se quedó pensativo algunos segundos. Triste sonrisa cruzó por su rostro.

Inclinóse hacia Delessov y le miró fijamente á los ojos.

—¿Por qué me lo pregunta V.?—dijo en voz baja.—Pero, ya le contaré á V. todo. V. me agrada—continuó, mirando en torno suyo. —No le engañaré; le contaré á V. todo, desde el principio.

Detúvose, y su mirada se volvió dura y salvaje.

— Ya sabe V. que soy débil de espíritu — dijo de pronto. — Sí, sí, Ana Ivanovna le habrá hablado probablemente á V. de eso: á todo el mundo le dice que estoy loco. Pero no lo cree, lo dice en broma; es una buena mujer. Y, sin embargo, me he vuelto enfermo de veras desde hace algún tiempo.

Se calló de nuevo; y, con los ojos fijos y muy abiertos, miró en dirección á la tenebrosa abertura de la puerta.

— Me preguntaba V. si he estado alguna vez enamorado. Sí, lo estube—dijo levantando y aproximando las cejas una á otra.—Hace mucho tiempo que me sucedió eso; cuando aún estaba yo en el teatro. Era segundo violín, y *Ella* presenciaba el espectáculo desde el palco platea de proscenio, del lado izquierdo.

Levantóse y se inclinó al oído de Delessov.

— ¡No! ¿Para qué nombrarla?— dijo. — Probablemente la conocerá V. Todo el mundo la conoce. Yo no hacía más que contemplarla; estaba convencido de que no soy más que un pobre artista, y ella una señora de lo más principal... Lo sabía yo muy bien; y por eso me limitaba á mirarla, sin pensar en ninguna cosa.

Alberto se sumió en sus recuerdos, como para coordinarlos.

— No me acuerdo cómo sucedió aquello. *Ella* me hizo llamar un día para que la acompañase con el violín... Pero ¡cómo! ¡Yo, un pobre artista!... No, yo no sé narrar— dijo cogiéndose la cabeza con las manos—no lo sé. ¡Qué feliz era yo!

— ¿Estuvo V. muchas veces en casa de ella?

— Una sola vez... pero fué culpa mía... estaba como loco. Yo soy un pobre artista; ella una gran señora. Yo no debí decirla ni una palabra; pero me puse loco é hice barbaridades. Después, todo se acabó. Bien me lo decía Petrov: «mejor hubiera sido no verla más que en el teatro...»

— Pues, ¿qué hizo V.?

— Espere V., espere... No, no puedo contar esto.

Y tapándose la cara con las manos, se quedó silencioso por algún tiempo.

— Una noche llegué tarde á la orquesta; había bebido con Petrov, y me encontraba un poco calamocano. Estaba ella en su palco y hablaba con no sé qué general. Estaba sentada junto al antepecho del palco, con la mano puesta en el borde de terciopelo. Iba vestida de blanco y con un collar de perlas. Al hablar con el general, me miró dos veces. Su tocado venía á ser

así... Yo no podía tocar, estaba junto al contrabajo... y la miraba. En ese momento sentí una cosa extraña en mi interior: ella se sonreía con el general, mirándome. Entonces comprendí que de mí hablaba; y de repente me encontré, no en la orquesta, sino en su palco, junto á ella, agarrándola el brazo.

—¿Qué podía significar eso?—preguntó Alberto, después de un rato de silencio.

—Un efecto de la imaginación —dijo Delessov.

—No, no... yo no sé contar—respondió Alberto, haciendo una mueca.—Entonces yo era pobre, no tenia hogar y algunas veces me quedaba á dormir allí.

—¡Cómo! ¿En el teatro? ¿En una sala oscura y vacía?

—¡Ah! Yo no paraba mientes en tales futilezas; pero, aguarde V... En cuanto se marchaba todo el mundo, me acercaba á su platea y me metía dentro... Era mi única felicidad. ¡Qué noches he pasado allí! Tantas cosas pasaban ante mis ojos, que no pudiera contárselas á V.

Alberto miraba á Delessov con los ojos bajos.

—¿Qué podía significar eso?

—¡Es extraño!—dijo Delessov.

—¡No! Aguarde V., aguarde...

Y continuó hablando en voz baja, inclinándose hacia Delessov.

—Besaba yo su mano, lloraba junto á ella, ¡la decía tantas cosas!... Aspiraba el olor de sus perfumes, oía su voz... Una noche me habló ella; entonces cogí el violín y me puse á tocar; y toqué mucho tiempo. Pero de pronto sentí miedo... Yo no temo esas tonterías, no las concedo atención; pero tuve miedo de mi cabeza (dijo con una sonrisa conmovedora), temblé por mi pobre inteligencia, pues parecíame que alguna cosa se rompía en mí. Quizá tampoco fuera eso nada. ¿Qué opina V.?

Ambos permanecieron silenciosos algunos segundos.

—Und wenn die Wolken sie verhüllen
Die Sonne bleibt doch ewig klar (1),

cantó Alberto con dulce sonrisa. Y añadió:

Ich auch habe gelebt und genossen (2).

¡Ah! El viejo Petrov le hubiera explicado á V. todo esto.

Delessov miraba silencioso con terror el rostro pálido y contraído de su amigo.

—¿Conoce V. el *Juristen Walzer?*—exclamó de repente Alberto.

Y sin esperar la respuesta, se levantó, cogió el violín y se puso á

---

(1) Aunque las nubes lo cubran
Siempre queda claro el sol.
(2) Yo también he gozado de la vida.

tocar un vals alegre. Olvidándose á sí mismo por completo, é imaginando que una orquesta entera tocaba con él, se sonreía, se balanceaba sobre las piernas, golpeaba con los pies y tocaba con furia.

—Vamos, ¡basta de alegría!—dijo después de acabar y blandiendo el violín. Y sentándose otra vez en el borde de la cama, añadió:—Voy á hablar. ¿Vendrá V. conmigo?

—¿Adónde?—dijo extrañando Delessov.

—A casa de Ana Ivanovna. Allí se divierte uno; hay barullo, hay música y hay gentío.

El primer impulso de Delessov fué aceptar. Sin embargo, lo reflexionó y trató de convencer á Alberto para no salir esa noche.

—Pero ¡si no estaré mucho tiempo!—respondió.

—Créame, no salga V. esta noche.

Alberto suspiró y dejó el violín.

—Entonces hay que quedarse.

Miró otra vez la botella, que estaba vacía. Y después de dar las buenas noches á su compañero, salió.

Delessov tiró de la campanilla.

—Ten cuidado, no dejes salir á don Alberto sin advertírmelo—dijo á Zakhar.

VI

El día siguiente era festivo. Después de levantarse, Delessov pasó á su gabinete y se puso á leer, mientras tomaba el café. Aún no se oía ningún ruido en la habitación próxima, ocupada por Alberto. Zakhar entreabrió la puerta con precaución y miró al comedor.

—¿Creerá V., Dmitri Ivanovitch, que duerme en el diván sin colchón ni manta? No ha permitido siquiera que le pongan nada debajo. Palabra de honor: es como un niño. ¡Ah! Es un verdadero artista.

Hacia mediodía se oyó toser á Alberto.

Zakhar entró de nuevo en su cuarto y empezóse entre ellos una discusión. Zakhar suavizaba la voz; la de Alberto era suplicante.

—Bueno, ¿y qué?—preguntó el *barín* á Zakhar, que volvía junto á él.

—Se aburre, Dmitri Ivanovitch; no quiere levantarse; está tétrico, y no hace más que pedir de beber.

—No; hay que atarle corto—dijo para sí Delessov.

Y sin ordenar que sirviesen vino á Alberto, otra vez se puso á leer.

Sin embargo, escuchaba, á pesar suyo, lo que pasaba en el comedor. Nada se removía. A veces oíanse tan sólo una tos penosa y esputos.

Pasaron dos horas. Vistióse Delessov; pero antes de salir, quiso ver lo que hacía su comensal.

Alberto estaba inmóvil junto á la ventana, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados. Volvióse al ruido hecho por Dmitri Ivanovitch; su rostro, amarillo y lánguido, tenía una expresión de tristeza y de hondo pesar. Trató de sonreirse, lo cual le dió un aspecto aún más desgraciado; parecía que iba á llorar. Se levantó con trabajo y saludó.

—¡Si pudiese conseguir un vasito de aguardiente nada más!—dijo con tono de súplica.—¡Estoy tan débil!... ¡Se lo ruego á V.!

—Mucho mejor le vendría el café. Le aconsejo á V. que lo tome.

Fríamente y sin contestar, Alberto miró por la ventana con aire desfallecido y se dejó caer en una silla.

—¿Prefiere V. almorzar?

—No, gracias; no tengo hambre.

Delessov puso el violín encima de la mesa.

—Cuando quiera V. tocar, no me molestará por eso.

Alberto arrojó una mirada despreciativa al violín.

—No, estoy demasiado débil; no puedo tocar.

Y rechazó el instrumento.

Delessov propuso en seguida ir á paseo, ó por la noche al teatro... Por única respuesta saludó Alberto con sumisión.

Marchóse Delessov; hizo algunas visitas y comió de convite. Antes de ir al teatro se fué á casa, para vestirse y saber noticias del músico.

Alberto estaba en la antesala, sin luz, con la cabeza apoyada en las manos y mirando la estufa, que zumbaba. Estaba pulcramente vestido, lavado y peinado. Pero, desde la mañana había ido aumentando su desfallecimiento; eso se echaba de ver en sus ojos mustios y la actitud floja y abatida de todo su cuerpo.

—¿Ha comido V., don Alberto?—preguntó Delessov.

Alberto hizo con la cabeza una señal afirmativa; y, mirando á Delessov con una especie de pavor, bajó los ojos. Dmitri Ivanovitch se encontraba molesto.

—Hoy he hablado de V. al director de la Opera—dijo bajando los ojos á su vez.—Si quisiera V. dejarse oir, tendría gusto en admitirle en su orquesta.

—Gracias, no puedo tocar—murmuró Alberto en voz baja.

Y pasó á su cuarto, cerrando suavemente tras de sí la puerta. Algunos instantes después volvió á

abrirla, sin hacer ruido, y trajo el violín; lo dejó en una silla, echando á Delessov una mirada furtiva y socarrona.

Dmitri Ivanovitch encogióse de hombros y se sonrió.

«¿Qué más puedo hacer? ¿En qué puede quejarse de mí?» se preguntaba á sí mismo.

Y se fué al teatro.

—¡Vamos! ¿Y el músico?—fué la primera pregunta que hizo al regresar á casa á hora avanzada de la noche.

—Va mal—respondió Zakhar, con breve y cortado acento.—No hace más que suspirar, toser y no decir una palabra; sólo, cinco veces lo menos, me ha pedido aguardiente; le he dado una copita, porque negándoselo siempre, Dmitri Ivanovitch, muy bien pudiera hacérsele un daño. Así le sucedió al empleado .

—Pero ¿no toca el violín?

—Ni siquiera le pone encima la mano. Yo también se lo he traído dos veces, y siempre lo cogía y lo rechazaba con dulzura—respondió Zakhar.—De modo que ¿no manda V. darle de beber?

—No; esperemos un día más, y veremos lo que ocurre. ¿Qué hace ahora?

—Se ha encerado en el salón.

Delessov entró en su gabinete de trabajo y eligió allí varios libros franceses y el Evangelio en alemán.

—Lleva mañana esos libros á su cuarto, y cuida de que no salga.

A la mañana siguiente, Zakhar contó al *barín* que el músico no había dormido en toda la noche, y que se había estado paseando por todas las habitaciones.

—Hasta se acercó al aparador y trató de abrirlo; pero, por fortuna, había yo tenido la precaución de recoger la llave.

Zakhar contó también que, haciendo como que dormía, había oído á Alberto hablar solo á oscuras y le había sentido agitar los brazos en el aire.

De día en día iba poniéndose Alberto más tétrico y silencioso; temía á Delessov, y su rostro denunciaba un terror insano cuando se encontraban sus miradas. No cogía los libros ni el violín, y no contestaba á las preguntas que se le dirigían.

Una noche Delessov entró tarde en casa, rendido y contrariado. Estuvo de caminata todo el día por un asunto, al parecer sencillo y fácil; y, según suele ocurrir á menudo, no había adelantado un paso, á pesar de todos sus esfuerzos. Además, habiendo estado en el club, perdió allí dinero. Por tanto, estaba de un humor malísimo.

—¡Que se vaya á paseo!—respon-

dió á Zakhar, quien le explicaba la triste situación de Alberto.—Mañana pondré las cosas en claro. Veremos si quiere ó no permanecer en mi casa y seguir mis consejos. Si no le place, peor para él. A lo menos, habré hecho cuanto estaba de mi parte.

«¡Vaya, haga V. bien á las gentes! Me tomo molestias por su causa, tengo en mi domicilio esa sucia criatura que me impide recibir visitas por la mañana. Ando de acá para allá, doy pasos en beneficio suyo; y él me considera como un verdugo que le hubiese encerrado en una jaula por gusto.

» Y luego, no quiere hacer nada por sí mismo: todos son iguales.» (Este «todos» referíase á los hombres en general, y aquellos con quienes había tratado durante el día, en particular.)

»¿Qué le pasa? ¿Qué piensa? ¿Por qué se apura? ¿Echa de menos esa vida de crápula de donde lo he sacado? ¿Tal vez la humillación y la miseria de que lo salvé? ¡Ah! Probablemente ha caído tan abajo, que ahora se le hace cuesta arriba querer llevar una existencia honrada. No, en verdad que era demasiado cándido por mi parte al obrar así. ¿Cómo puedo meterme á corregir á los demás, cuando ni siquiera sé conducirme yo mismo?»

Entonces resolvió dejar que Alberto se marchase; pero, después de meditarlo, aplazó esto para el día siguiente, y luego se acostó.

Hacia media noche, le despertó la caída de una mesa en la antesala, y un ruido de voces y pataleo. Encendió la vela y escuchó, asombradísimo.

—Espere V. un poco, yo se lo diré á Dmitri Ivanovitch—amenazaba Zakhar; mientras que Alberto murmuraba con vehemencia palabras incomprensibles.

Delessov se levantó con presteza y corrió con su luz á la antesala. Zakhar, en paños menores, prohibía el acceso á la puerta á Alberto, el cual, embozado en su capa española y cubierto con el sombrero de alas anchas, le rechazaba y gritaba con voz lacrimosa:

—No puede V. retenerme aquí; tengo pasaporte, y no les he robado nada. Pueden Vds. registrarme... Iré á casa del comisario de policía.

—Vea V., Dmitri Ivanovitch—dijo Zakhar, defendiendo siempre la puerta.—El señor se ha levantado durante la noche, ha cogido las llaves en el bolsillo de mi gabán y se ha bebido una garrafa entera de licor. ¿Está bien eso? Ahora quiere marcharse; yo no puedo dejarle ir, puesto que V. me lo tiene prohibido.

Cuando vió Alberto á Delessov, dirigió apóstrofes todavía más violentos á Zakhar.

—¡Nadie puede detenerme, no hay ningún derecho para ello!—gritaba, levantando cada vez más la voz.

—¡Déjale, Zakhar!—dijo Delessov.—No puedo ni quiero detenerle á V., pero le aconsejaría que se quedase hasta mañana por la mañana—dijo á Alberto.

—¡Nadie puede detenerme! ¡Iré á ver al comisario!—proseguía Alberto dirigiéndose siempre á Zakhar y sin mirar á Delessov. Después se puso á gritar con todos sus pulmones.—¡Socorro!

—¿Por qué grita V. así? Nadie le detiene—dijo Zakhar, abriendo la puerta.

Alberto cesó de gritar.

—No les ha resultado... Querían anonadarme, ¡ah! Pero no—dijo poniéndose los chanclos de goma.

Salió sin decir adiós, mientras continuaba profiriendo palabras ininteligibles.

Zakhar le alumbró hasta la puerta cochera, y volvió á subir.

—¡Tanto mejor, Dmitri Ivanovitch! De otro modo, la tentación hubiera sido demasiado fuerte... Haré bien en contar la vajilla de plata.

Por única respuesta, Delessov meneó la cabeza.

Acordóse entonces de las dos primeras veladas que pasó con el músico, y las comparó con los últimos tristes días; sobre todo, pensó en el extraño sentimiento, mezcla de asombro, cariño y lástima, que le había inspirado Alberto; y aún tuvo más conmiseración para el desdichado:

—¿Qué será de él ahora, sin dinero, sin ropa de abrigo, solo en medio de la noche?...

Iba á enviar en su busca por medio de Zakhar, pero reflexionó que ya era muy tarde.

—¿Hace frío?—preguntó.

—Hiela mucho, Dmitri Ivanovitch. Se me ha olvidado decir á V. que será necesario comprar otra vez leña antes de acabarse el invierno.

—Decías que aún sobraría.

VII

En efecto: hacía mucho frío, pero Alberto sin sentirlo. ¡Tanto le hicieron entrar en calor el alcohol que bebiera y su disputa con Zakhar!

Cuando estuvo en la calle, miró en torno suyo y se frotó alegremente las manos.

La calle estaba desierta, y las largas filas de faroles iluminábanla aún con sus rojizas luces. El cielo estaba puro y estrellado.

—¿Y qué?—dijo dirigiéndose á las iluminadas ventanas del piso de Delessov.

Y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón é inclinándose hacia adelante, marchó por la derecha con paso pesado é inseguro.

Sentía en las piernas y en el estómago suma pesadez; le zumbaba la cabeza; una fuerza invisible le echaba á derecha é izquierda; pero seguía siempre avanzando á la casa de Ana Ivanovna.

Por su turbio cerebro pasaban ideas incoherentes. A ratos acordábase de su última discusión con Zakhar, y bruscamente pensaba en el mar y en su primera travesía para venir á Rusia. Al pasar por delante de una tiendecilla, recordó la feliz velada que habían pasado allí él y uno de sus amigos. Luego, de pronto, un aire conocido cantaba en su memoria, volviéndole á poner ante los ojos el objeto de su loca pasión y la terrible noche transcurrida en el teatro. A pesar de su incoherencia, todos esos recuerdos alzábanse en su imaginación con tal limpieza, que ya no sabía qué era más real, si lo que hacía ó lo que soñaba. No se daba cuenta del movimiento que le impelía hacia su objetivo, ni de cómo le llevaban las piernas; dábase encontrones con las paredes y seguía maquinalmente su camino, impulsado por una fuerza instintiva é invisible. No veía ni oía, sino lo que se intrincaba y sucedía fantásticamente en su imaginación.

Al cruzar la calle Malaia-Morskaia, tropezó y cayóse. Volviendo en sí pocos momentos después, continuó su camino y luego se encontró ante un inmenso y magnífico edificio. No se veían en el cielo estrellas, ni luna, ni resplandor crepuscular; también los reverberos habían desaparecido, y, sin embargo, todos los objetos se distinguían con mucha claridad. Centelleaban luces en las ventanas del gran edificio erguido ante Alberto y que se le aparecía cada vez más cerca. Iba á entrar en él; oscilaban las luces y desaparecieron así que hubo traspuesto la ancha puerta. En el interior reinaba la oscuridad; los pasos de Alberto resonaban solitarios bajo la bóveda; deslizábanse sombras y huían al acercarse él. «¿Para qué he venido aquí?»—pensaba. Pero arrastrábale una fuerza insuperable hasta lo más profundo de una sala inmensa. En medio de la sala había un estrado circuido por hombres de mínima estatura.

—¿Quién va á hablar?—preguntó Alberto.

No respondió nadie; sólo uno de ellos le señaló con el dedo el estrado. Lo ocupaba un hombre alto y flaco, de áspera cabellera, envuelto

en una bata de colorines. Alberto conoció al instante á su amigo Petrov.

«¡Qué raro es que se halle aquí!» —pensó.

—No, hermanos—decía Petrov señalando á alguien—no habéis comprendido al hombre que vivía entre vosotros, ¡no le habéis comprendido! No era un artista venal, un ejecutante mecánico; no era un loco. ¡Era un genio, un gran genio musical que zozobró en medio de vosotros, inadvertido y no comprendido!

Alberto adivinó en seguida de quién hablaba su amigo; pero, no queriendo molestarle, bajó la cabeza con modestia.

—Se dejó consumir todo él como una paja por el sacro fuego de que todos somos servidores, y realizó su destino. He aquí por qué debe llamársele grande hombre. ¡Podéis menospreciarle, martirizarle, humillarle—continuaba Petrov con voz cada vez más vibrante;—no por eso dejará de estar muy por encima de todos vosotros! Es feliz, es bueno, ama ó desprecia igualmente á todo el mundo, lo cual es la misma cosa; pero no se inclina sino ante su arte, no ama sino un solo objeto: la belleza, que es la única y verdadera felicidad en este mundo. ¡Sí, vedle, ahí está; hincaos de rodillas delante de él!

—¡De rodillas!—gritó con voz tonante.

Otra voz alzóse dulcemente desde un rincón opuesto de la sala:

—Yo no quiero hincarme de rodillas delante de él.

Alberto reconoció en seguida la voz de Delessov.

—¿En qué es grande? ¿Por qué nos hemos de prosternar delante de él? ¿Acaso guardaba una conducta tan honrada, tan justa? ¿Tan útil era á la sociedad? ¿No sabemos que pedía prestado dinero para no devolverlo; que una vez cogió el violín de un compañero suyo y lo empeñó?

«¡Dios mío! ¿Cómo sabe todo eso?» pensó Alberto, inclinando aún más abajo la cabeza.

—¿No sabemos cuán obsequioso era con los hombres más viles, y sólo por tener dinero? ¿No sabemos cómo fué expulsado del teatro? ¿Y cómo Ana Ivanovna quiso mandarlo á la prevención?

«Dios mío!—suspiraba Alberto.—Todo eso es verdad. Pero defiéndeme, tú que sabes por qué lo hice.»

—¡Basta, avergonzaos!—prosiguió Petrov.—¿Con qué derecho le acusáis? ¿Habéis llevado su vida? ¿Habéis sentido sus goces y sus dolores?

—Es verdad, es verdad—murmuró Alberto.

—El arte es la más alta manifestación del poderío humano. Su don está otorgado á escasos elegidos, y los eleva á tal altura, que sienten el vértigo y difícilmente conservan la razón. En el arte, como en todas las luchas, hay héroes que se sacrifican y mueren por su causa, sin haber triunfado.

Callóse Petrov, alzó Alberto la cabeza, y exclamó con brío:

—Es verdad, es verdad.

Pero su voz no produjo ningún sonido.

—Eso no os importa—le dijo severamente Petrov; y continuó:—Sí, humilladle, menospreciadle; es el mejor y el más feliz de todos.

Alberto, que escuchaba con delicia estas palabras, no pudó contenerse; se acercó á su amigo y quiso darle un abrazo.

—¡Vete con mil diablos; no te conozco!—dijo Petrov rechazándole.—¡Sigue por tu camino!...

—¡Qué borracho está!—continuó el agente sobre quien se había arrojado Alberto.—No va á poder llegar nunca á su casa.

Alberto se detuvo y reunió todas sus fuerzas; tratando de guardar el equilibrio, torció por una calleja. La casa de Ana Ivanovna distaba ya pocos pasos. Delante de la puerta cochera había parados trineos y carruajes; y la luz del vestíbulo se proyectaba sobre la nieve. Agarrándose á la baranda con sus rígidas manos, subió con rapidez la escalera y llamó. Entreabrióse la puerta y apareció, el adormilado rostro de la criada.

—No se puede; me han mandado que no le deje á V. entrar—dijo con mal humor.

Y cerró la puerta.

Alberto se sentó en el suelo, apoyó la cabeza en la pared y se le cerraron los ojos. En un instante rodeáronle vagas y familiares visiones, las cuales se apoderaron de él con más fuerza que nunca para llevarle allá lejos, á la libre región de los ensueños.

«¡Sí, es el mejor y el más feliz», resonaba siempre en su imaginación.

Detrás de la puerta tocaban una polka, cuyos acordes decían que era el mejor y más feliz. Oíanse las campanas de la próxima iglesia y aquellos repiques decían:

«¡Sí, es el mejor y el más feliz!»

«Pero, voy á entrar otra vez en esa sala—pensó Alberto.—Petrov aún tiene muchas cosas que decir.»

La sala estaba vacía; y en lugar de Petrov, encontrábase en el estrado el mismo Alberto, tocando en el violín lo que antes había dicho la voz. Ese violín era de extraña construcción, y todo él de cristal; era preciso tenerlo con ambas manos y oprimirlo despacio contra el pecho

para sacarle sonidos; pero estos sonidos eran tan dulces y arrobadores, que Alberto jamás había oído otros análogos. Cuanto más apretaba el violín contra el pecho, más feliz se sentía. Cuando los sonidos eran intensos, los fantasmas se dispersaban con rapidez, y las paredes de la sala iluminábanse más aún con una luz transparente. Había que tocar en ese instrumento con grandes precauciones para no romperlo; Alberto lo sabía y estaba con cuidado. Ejecutaba melodías tan hermosas que estaba seguro de que nunca se oirían otras como ellas. Comenzaba ya á fatigarse, cuando le distrajo un sonido vago y remoto; era el de una campana que hablaba y decía: «Sí; os parece deplorable, le despreciáis, y, sin embargo, es el mejor y el más feliz. Nadie tocará más en ese instrumento.»

Estas conocidas palabras pareciéronle tan verdaderas á Alberto, tan nuevas y tan justas, que cesó de tocar. Lentamente alzó los ojos y los brazos al cielo; se sentía magnífico y lleno de felicidad; aun cuando no había nadie en la sala, se irguió y levantó con orgullo la cabeza, colocándose en aquel estrado de manera que todo el mundo pudiese verle y admirarle.

De pronto, una mano le tocó ligeramente en el hombro; volvióse, y entre la penumbra vió á una mujer que le miraba con tristeza, haciendo con la cabeza un ademán negativo. Comprendió que obraba mal, y tuvo vergüenza.

—¿Pues qué?—preguntó.

Miróle de nuevo ella larga y fijamente, é inclinó con tristeza la cabeza.

Era *Ella*, la que él amaba, vestida como en otros tiempos. En torno de su cuello redondo y blanco se arrollaba un collar de perlas, y sus admirables brazos estaban desnudos. Cogióle ella de la mano para conducirle fuera de la sala.

—La salida está por el otro lado —dijo Alberto.

Sonrióse ella sin contestarle, y, sin saber cómo, se encontraron fuera. Vió entonces un extraño y magnífico espectáculo: bajo sus pies, sobre su cabeza, á la derecha, á la izquierda, delante y detrás de él, se extendía hasta lo infinito una inmensa sábana de agua, y aquel agua estaba íntimamente mezclada con el pálido color de la luna; el astro no parecía existir ya, pero su azulado resplandor estaba difundido y disperso por el agua, y envolvía á los dos. Alberto se arrojó con ella dentro de la luna y del agua; comprendió que entonces podía estrechar contra su corazón á aquella á quien amaba sobre todo el mundo;

abrazóla y sintió una inexpresable ventura.

—Pero, ¿no es un sueño esto?—se preguntaba á sí mismo.

No; era más que la realidad; era realidad y recuerdo.

Comprendía que aquella ventura inexpresable iba á pasar y á no volver nunca más.

—¿Pues por qué he llorado?—preguntó á su compañera.

Ella le miró tristemente, y Alberto comprendió lo que quería decir.

—¿Cómo es eso? Estoy vivo...

Sin responderle ella, miraba sin cesar y con fijeza ante sí.

—¡Esto es espantoso! ¿Cómo la explicaré que estoy vivo?—se preguntaba aterrado, y murmuró: ¡Dios mío! Si estoy vivo, comprén-delo.

—Es el mejor y el más feliz—dijo una voz.

Alberto se sentía cada vez más angustiado. ¿Eran la luna y el agua? ¿O los abrazos y las lágrimas de su amada? No lo sabía. Sólo era sabedor de que iba á faltarle tiempo para decirlo todo, y que bien pronto iba todo á concluir.

.....

Al salir de casa de Ana Ivanovna, dos concurrentes habituales tropezaron con el cuerpo inerte del músico; uno de ellos volvió á entrar y llamó á la dueña.

—Es una crueldad—dijo;—puede V. dar margen á que se muera de frío.

—¡Ah! ¡Si es Alberto! Estoy de él hasta por encima del moño—respondió Ana Ivanovna.—¡Annuchka (dijo á la criada), mételo en cualquiera parte, en una habitación!

Al levantar á Alberto, notaron que ya no era más que un cadáver.

Una vez más confundíase con la realidad el sueño, y la voz podía repetir que era el mejor y el más feliz de todos.

Conde León Tolstoy.

ANNUCHKA [1]

I

Tenía yo entonces veinticinco años... y esto basta para indicar que se trata de recuerdos antiguos — dijo al empezar. —Dueño de mis acciones desde hacía poco tiempo, resolví viajar, no para completar mi instrucción, como entonces decían, sino por correr mundo. Era joven, alegre y fuerte, poseedor de un buen bolsón, y veíame libre de todo linaje de cuidados importunos; no me preocupaba lo más mínimo de lo por venir, satisfaciendo todos mis caprichos. En una palabra: vivía como una flor que se despliega al sol. Aún no se me había ocurrido esta idea de que el hombre no es una planta y que su flor no puede durar mucho tiempo. Dice un proverbio ruso que la juventud se alimenta de tortas de alajú, tomándolas candorosamente por el pan cotidiano, hasta que llega el día en que falta el pan mismo. Mas ¿á qué conducen estas reflexiones?

Viajaba al azar, sin plan preconcebido, haciendo alto en los sitios donde me encontraba bien, partiendo de ellos desde el instante en que sentía la necesidad de ver caras nuevas. Nada más.

Lo que me interesaba exclusivamente era las personas; sentía marcada aversión por los monumentos notables, las colecciones célebres y los guías de oficio. En Dresde casi me produjo un acceso de furor la *Galería Verde* (1). En cuanto al espectáculo de la naturaleza, cau-

(1) Annuchka ó Assia, diminutivo de Ana (como si dijéramos *Anita*).

(1) *Grüne gewölbe.* Colección de piedras preciosas, perlas, esmaltes, etc.

sábame impresiones muy vivas, pero no iba en busca en manera alguna de lo que comúnmente se llama sus bellezas, las montañas, los peñascales, los saltos de agua: no me gustaba que la naturaleza me impusiese la admiración, que perturbase mi espíritu. En cambio, no podía vivir sin mis semejantes: sus palabras, sus risas, sus movimientos eran para mí objetos de primera necesidad. Sentíame muy á gusto en medio de la muchedumbre; seguía alegremente el oleaje humano, gritando cuando daban gritos y observando á todos con atención cuando se entregaban á esos transportes. Sí, estudiar hombres constituía en verdad mi gozo; y ni la palabra «estudiar» es aún exacta. Los contemplaba deleitándome con inmensa curiosidad.

Pero otra vez me salgo del asunto.

Así, pues, hace unos veinte años habitaba yo en el lugarejo de Z*** á orillas del Rhin. Apetecía el aislamiento: acababa de herirme en el corazón una viudita á quien conocí en baños. Linda y graciosa, coqueteaba con todo el mundo y particularmente conmigo; luego, después de haberme alentado, me infirió una cruel herida sacrificándome á un teniente bávaro de sonrosados mofletes. Hablando con franqueza, aquella herida no era de mucha profundidad; pero me parecía conveniente abandonarme por algún tiempo á la tristeza y á la soledad, y fijé mi residencia en Z***.

Lo que me agradaba no era únicamente la situación de aquel pueblecillo al pie de dos altas montañas; sino que me sedujo por sus vetustas murallas flanqueadas de torres, sus tilos seculares, el puente escarpado, sobre el cual cruzábase su límpido río afluente del Rhin... y, sobre todo, por sus buenos vinos.

Después de la postura del sol (estábamos en el mes de Junio) bajaban á pasearse por sus angostas calles unas alemanitas de rubios cabellos, las cuales saludaban á su encuentro á los forasteros con un *guten Abend* dicho con voz graciosa. Algunas de ellas no se retiraban aun después de que se alzaba la luna tras de los agudos aleros de las viejas casas, haciendo centellear con la claridad de sus rayos inmóviles los guijarros con que estaban empedradas las calles. Gustábame vagar entonces por el pueblecillo de Z***; la luna parecía mirarle fija desde el fondo de un cielo puro, y la villa, al sentir esta mirada, estaba tranquila y como despierta, inundada por aquella claridad que llena el ánimo de melancólica dulzura. El gallo puesto por veleta en la gótica espadaña de la iglesia brillaba con un pálido

reflejo de oro; análogo reflejo serpeaba en áureas culebrillas sobre el oscuro fondo del río; en las estrechas ventanas, bajo los aleros de pizarra, brillaban luces aisladas... ¡Es tan económico el alemán! Los parrales alzaban misteriosamente sus festones por encima de las bardas. A veces se oía un ruido de roce entre la oscuridad junto á la antigua cisterna existente en la plaza de la villa; el sereno respondía con un prolongado silbido y un honrado perro exhalaba un gruñido sordo. Luego, era tan dulce la brisa que acariciaba con su aliento el rostro, tan odorífero el aroma de los tilos, que involuntariamente dilatábase más y más el pecho y quería brotar de los labios el nombre de Margarita, con tanto de exclamación como de llamamiento.

La villa de Z*** está á dos kilómetros del Rhin. A menudo iba á admirar ese magnífico río; y mientras, no sin trabajo, procuraba introducir en mis meditaciones soñadoras la imagen de mi pérfida viudita, pasábame las horas muertas en un banco de piedra, al pie de un fresno gigantesco. Una pequeña Virgen de facciones infantiles, cuyo pecho dejaba ver un corazón rojo atravesado por varias espadas, me miraba melancólicamente desde en medio de las frondas. En la opuesta margen se alzaba la villa de L***, un poco mayor de la en que yo vivía. Una tarde fuí á tomar asiento en mi banco favorito; me entretuve en mirar por turno el agua, el cielo y las viñas. En frente de mí trepaban unos niños rubios por el embreado casco de una barca puesta con la quilla al aire sobre la arena de la ribera. Avanzaban con lentitud barquichuelos con las velas ligeramente hinchadas por la brisa; olas verdosas pasaban deslizándose por delante de mí, alzábanse un poco y expiraban con débil murmurio. De pronto me pareció distinguir el ruido de una orquesta, resonando á lo lejos. Agucé el oído. En la villa de L*** tocaban un vals. El violón rugía á intervalos, el violín cantaba de un modo confuso y sólo se oían bien los silbos de la flauta.

— ¿Qué es eso? — pregunté á un viejo que se me acercó. Llevaba, á estilo del país, chaleco de terciopelo, medias azules y zapatos con hebillas.

— Son estudiantes, que han venido de B*** á celebrar un *commersch* — me respondió, después de haber hecho pasar su pipa de un ángulo al otro de la boca.

— Veamos qué es un *commersch* —dije para mí.—Así como así, aún no he visto la villa de L***.

Llamé á un barquero y le hice me pasara á la otra margen.

II

Probablemente muchas personas ignoran lo que significa la palabra *commersch*. Llámase así una fiesta en que toman parte todos los estudiantes de una misma comarca ó de una misma sociedad *(Landsmannschaft)*. La mayoría de los jóvenes que acuden á esas reuniones llevan el traje tradicional de los estudiantes alemanes, compuesto de un capote con alamares, botas altas y una gorrilla cuyos galones son del color adoptado para cada comarca. Los estudiantes se reunen para el banquete, presidiéndolo un *senior* ó antiguo condiscípulo, y permanecen á la mesa hasta el amanecer. Beben, cantan el *Landesvater* y el *Gaudeamus igitur*, fuman, se burlan de los *Filisteos* y muchas veces se permiten el lujo de pagar una orquesta.

Una reunión de este género es la que había en la villa de L***, en el jardín de un ventorro que tenía por muestra *el Sol*. La casa y el jardín, que daban á la calle, estaban empavesados con banderas; los estudiantes estaban sentados debajo de los tilos; sobre una de las mesas descansaba un enorme perro dogo; en un ángulo, bajo un cenador de yedra, estaban sentados los músicos, quienes tocaban á más y mejor, empinando cerveza de lo lindo para tener alientos. Gran número de curiosos habíanse reunido en la calle, ante la poco elevada verja del jardín, pues los pacíficos vecinos de L*** no quisieron desperdiciar la ocasión de examinar de cerca á los huéspedes que se les habían metido en el pueblo. Me uní á ese grupo de espectadores. Me daba gusto observar las caras aquellas de los estudiantes. Sus brazos, sus exclamaciones, la inocente presunción de la juventud, esas miradas entusiastas, esas risas sin motivo (las mejores de las risas posibles), ese tumultuoso hervor de plenitud de vida, ese impulso impetuoso hacia cualquiera meta (no importa cuál, con tal de que sea hacia adelante), ese abandono lleno de descuido, todo eso me conmovía y me subyugaba.

—¿Por qué no acercarme adonde están ellos?—me decía.

—Annuchka, ¿ vámonos ya ?—dijo de pronto, en ruso, una voz masculina, detrás de mí.

—Quedémonos aún—le respondió una voz de mujer, en el mismo idioma.

Me volví con presteza, y mis miradas se encontraron con un guapo mozo con gabán de viaje y cubierto

con un gorrito; llevaba del brazo á una jovencita de breve estatura y cuyas facciones ocultaba casi por completo un sombrero de paja.

—¿Son Vds. rusos?—les pregunté, por un impulso que no fuí dueño de reprimir.

—Sí, somos rusos—me respondió el jóven, con la sonrisa en los labios.

—No esperaba en un país extraño encontrarme...

—Y tampoco nosotros—dijo interrumpiéndome.—Pero, permitidme que nos demos á conocer á V. Yo me llamo Gaguine, y aquí tiene V.... (vaciló un momento), aquí tiene V. á mi hermana. ¿Y V., caballero?

Di mi nombre á mi vez, y trabamos conversación. Supe que Gaguine viajaba por gusto, lo mismo que yo, y que habiendo llegado á L*** ocho días ha, se había detenido allí momentáneamente.

Debo confesar que no me agrada tratarme por vez primera con rusos en países extranjeros. Los conozco con facilidad en cuanto los veo desde lejos, por su modo de andar, por el corte de sus trajes, y, sobre todo, por la expresión de su rostro. Esa expresión altiva y desdeñosa de suyo, á veces imperiosa, se reviste súbitamente de circunspección y hasta de timidez. Parece que de ellos se apodera una especie de inquietud; sus miradas manifiestan una extraña ansiedad. «¡Señor! ¿Habré dicho alguna majadería? ¿Acaso no se burlarán de mí?» Eso parecen preguntar sus miradas. Luego se les ve recobrar su serenidad majestuosa, hasta que una nueva sensación de malestar los trastorna. Sí, lo repito; evitaba todo trato con mis compatriotas. Sin embargo, desde el principio me sentí atraído por Gaguine.

Andan por el mundo caras tan felices por su aspecto, que siente uno placer en mirarlas; reflejan un calor comunicativo y que hace bien, cual si le acariciasen á uno. La de Gaguine pertenecía al número de ellas: unos ojos grandes y tan suaves como los rizos de sus cabellos, una voz cuyo sonido hacía adivinar que hablaba con la sonrisa en los labios.

Desde el primer golpe de vista me pareció encantadora la joven á quien llamaba hermana suya. Tenía una expresión muy particular, picaresca y gallarda á la vez, en su faz redonda y ligeramente morena, cuya nariz era pequeña y afilada, con las mejillas regordetas como las de un niño, con los ojos negros y de sereno mirar. Aunque bien proporcionada, su talle parecía no haber adquirido aún todo su desarrollo. Aparte de todo, en nada se asemejaba á su hermano.

—¿Quiere V. honrar nuestra ca-

sa?—me dijo Gaguine.—Paréceme que bastante hemos mirado á esos alemanes. Si fuesen rusos ya hubieran hecho trizas los vasos y las sillas; pero esta juventud que estamos viendo es demasiado reservada. Vamos, Annuchka, ¿no es hora de volver á casa?

La joven contestó con un afirmativo ademán de cabeza.

—Nosotros vivimos fuera de la villa—añadió Gaguine—en una casita aislada en un ribazo en medio del viñedo. ¡Ya verá V. qué cosa más bonita! Venga V.: la patrona nos ha ofrecido prepararnos leche cuajada. Además, comienza á oscurecer, y atravesará V. el Rhin con más comodidad á la luz de la luna.

Partimos. Pocos instantes después salimos por la puerta baja de la villa, circunvalada por una antigua muralla que aún tenía algunas almenas. Avanzamos por la campiña; después de bordear una larga tapia durante un centenar de pasos, nos detuvimos frente á una puertecita. Abrióla Gaguine y nos hizo tomar por un camino escarpado, á los lados del cual se escalonaban las viñas.

Acababa de ponerse el sol. Un matiz purpúreo de suma finura coloreaba las cepas, los rodrigones que las sostenían, la tierra desecada cubierta de fragmentos de pizarra, así como los blancos muros de una casita cuyas ventanas claras veíanse circuidas por marcos pintados de negro, y hacia la cual encaminaba el sendero por donde subíamos.

—¡He aquí nuestra morada!—exclamó Gaguine cuando llegamos á poca distancia de la casa.—Y al mismo tiempo veo á nuestra patrona, que nos trae leche para darnos un refrigerio. *¡Guten Abend!*—la gritó.—Vamos á tomar nuestra meriendilla; pero ante todo, mire V. en torno suyo, y dígame qué le parece este punto de vista.

En efecto, era admirable el panorama que me señalaba. A nuestros pies corrían por entre verdeantes márgenes las argentadas aguas del Rhin, inflamadas en medio por la púrpura de la puesta de sol. La villa, apaciblemente asentada sobre la ribera, desplegaba ante nuestros ojos todas sus casas y sus calles todas; alrededor desplegábanse las laderas y los campos.

Si era hermoso lo que á nuestros pies teníamos, aún era más encantador el espectáculo encima de nuestras cabezas. Daban asombro la profundidad y limpidez del cielo, la transparencia y el esplendor del aire. En derredor nuestro agitábanse blandamente las puras y leves ondulaciones de la brisa: también ella parecía gozarse en las alturas.

—Ha elegido V. una admirable habitación—dije á Gaguine.

—Annuchka es quien la ha descubierto—me respondió.—Vamos, Annuchka, da órdenes. Haz que lo traigan todo aquí; comeremos al aire libre para oir mejor la música. ¿Ha reparado V.—añadió dirigiéndose á mí—en tal ó cual aire de vals, que de cerca parece detestable, oído de lejos encanta y hace vibrar todas las cuerdas poéticas del corazón?

Annuchka se encaminó hacia la casa, y bien pronto volvió á salir de ella, acompañada por la patrona. Traían entre las dos una enorme bandeja con un jarro de leche, cucharas, platos, azúcar, frutas y pan. Tomamos asiento, y comenzamos á comer. Annuchka se quitó el sombrero; los negros cabellos, que llevaba cortos, le caían en gruesos rizos sobre las orejas y el cuello. Mi presencia parecía contrariarla; pero Gaguine la dijo:

—Vamos, Annuchka, no te hagas el erizo; no te morderá.

Estas palabras la hicieron sonreir, y pocos instantes después me dirigía la palabra sin la menor cortedad. No podía estarse quieta ni un minuto. Apenas se sentaba, levantábase, corría hacia la casa y reaparecía cantando á media voz; se reía á menudo, y su risa tenía algo extraño; dijérase que no le provocaba á ella lo que los demás decían, sino las ideas que á ella misma se le pasaban por las mientes. Sus grandes ojos miraban cara á cara, con franqueza, con audacia; pero á veces entornaba los ojos, y su mirar era de pronto profundo y cariñoso.

Estuvimos de charla unas dos horas. Hacía largo tiempo que anocheciera: la luz de la tarde, primero resplandeciente de fulgores, luego serena y encendida, al cabo confusa y pálida, fundióse poco á poco con las tinieblas de la noche. Sin embargo, aún se prolongaba nuestra conversación. Gaguine hizo que nos trajesen una botella de vino del Rhin, y la apuramos sin darnos prisa. La música no había cesado, pero los sonidos que nos llevaba el viento parecían más suaves. Empezaban á encenderse luces en la villa y en las riberas. Annuchka bajó de pronto la cabeza, los rizos le cayeron sobre la frente, y después se puso silenciosa y suspiró. Al cabo de algunos instantes nos dijo que tenía sueño, y se metió en la casa. La seguí con la vista y la observé apostada largo tiempo inmóvil, á oscuras, tras de la cerrada ventana. Al fin apareció en el horizonte la luna, y sus rayos rielaron con suave centelleo en las aguas del Rhin. Todo cambió de aspecto en seguida: por todas partes surgieron clarida-

des y sombras, y el mismo vino adquirió un brillo misterioso en las talladas copas de facetas. Ya no soplaba el viento: acababa de aquietarse de súbito, cual un ave que cierra sus alas. Alzábase del suelo un olor sutil y cálido.

—Ya es hora de irse—exclamé—pues de lo contrario ya no encontraría al barquero.

—Sí, ya es tiempo—me respondió Gaguine.

Tomamos por la senda que bajaba del monte. De pronto, oímos rodar guijarros detrás de nosotros: era que Annuchka nos alcanzaba.

—¿Pues no te habías acostado?—dijo su hermano.

Pero ella no contestó, y siguió bajando á todo correr. Algunos de los candiles que los estudiantes habían hecho encender en el jardín lanzaban todavía una luz moribunda que iluminaba por el envés el follaje de los árboles, al pie de los cuales ardían, y les daban un aspecto solemne y fantástico.

Encontramos á Annuchka á orillas del agua: hablaba con el barquero. Salté á la barca, y me despedí de mis nuevos amigos; Gaguine me prometió visitarme al siguiente día. Le alargué una mano, y la estrechó con la suya; presenté la otra á Annuchka, pero limitóse á mirarme moviendo la cabeza.

El batel se apartó de la orilla, y la corriente lo arrastró con rapidez; el batelero, robusto anciano, sumergió los remos con fuerza en las oscuras aguas del río.

—Acaba V. de entrar en el reflejo de la luna—me gritó Annuchka; —lo ha roto V.

Dirigí la vista á la ribera; sus vagas sombras envolvían la barca.

—¡Adiós!—dijo la joven otra vez.

—¡Hasta mañana!—añadió Gaguine.

Atracó la barca, descendí de ella y miré á mi alrededor; pero no vi á nadie en la otra orilla. La luna rielaba de nuevo, extendiendo su reflejo como un puente de oro de una á otra margen del río.

Oyéronse los últimos acordes de un antiguo vals de Lanner como para darme un adiós. Tenía razón Gaguine: aquellos sones lejanos me conmovieron de un modo muy particular.

Volví á casa á través de los campos, sumidos en una profunda oscuridad, aspirando con lentitud el aire embalsamado; y cuando penetré en mi cuartito sentí removida mi alma hasta el fondo, en confusa espera de no sé qué gran ventura. ¡Qué digo! Era ya feliz. ¿Por qué? No hubiera podido decir lo que esperaba ni aun lo que apetecía en mi ensueño, y, sin embargo, era feliz.

Casi me daba risa aquella super-

abundancia de sensaciones, á la vez extrañas y deliciosas; me metí en la cama, y estaba á punto de cerrar los ojos, cuando de pronto recordé que en toda la noche no me había acordado de mi inhumana... «¿Qué significa esto?—dije para mí.—¿Será que yo no estoy enamorado?» Pero esta pregunta quedó sin réspuesta, y me dormí como un niño en la cuna.

III

Al día siguiente me desperté al amanecer; pero aún estaba en el lecho, cuando oí resonar el ruido de un bastón debajo de mi ventana, y una voz, que conocí ser la de Gaguine, me endilgó este cantar:

«Si te encuentras todavía
Entre los brazos del sueño,
Con el son de mi guitarra
Para despertarte vengo (1).»

Me apresuré á abrirle la puerta.

—Buenos días—me dijo al entrar. —Tempranito le trastorno á V.; pero, ¡hace un tiempo tan hermoso! Vea V.: un fresco delicioso, el rocío, el canto de las alondras...

También él tenía toda la frescura de la aurora, con sus rosadas mejillas, sus cabellos ensortijados y su cuello semidesnudo.

Me vestí, pasamos á mi jardinillo, nos sentamos en un banco, nos llevaron allí el café y nos pusimos á charlar.

Gaguine me comunicó sus proyectos para lo por venir. Dueño de una fortuna bastante regular, y no dependiendo de nadie, quería consagrarse á la pintura; sólo sentía una cosa, y es haberse apasionado por ella un poco tarde y haber perdido mucho tiempo. Le confié á mi vez los planes que había yo formado, y aproveché la ocasión para hacerle confidente de mis amores desgraciados. Me escuchó con paciencia; pero pude advertir que los sufrimientos de mi corazón le inspiraban muy poco interés. Después de haber acogido mi relato por cortesía con dos ó tres suspiros, me propuso que fuese con él á ver sus estudios. Acepté en seguida, y partimos. Annuchka no estaba en casa; la patrona nos dijo que debía de estar en las ruinas. Así llamaban á los restos de un antiquísimo castillo feudal, que existía á dos ó tres kilómetros de la villa. Gaguine abrió delante de mí todos sus cartapacios. Vi que sus estudios tenían mucha vida y verdad, algo de soltura y atrevimiento; pero ninguno estaba concluido, y el dibujo me

(1) Versos de una romanza de Glinka.

pareció incorrecto y descuidado. Le dije francamente mi parecer.

—Sí, sí—me respondió suspirando;—tiene V. razón. Todo esto es malo, y le falta la madurez de la reflexión. ¿Qué le hemos de hacer? ¡No he trabajado bastante, y nuestra maldita indolencia eslava concluye siempre por dominar! Mientras la obra se halla en estado de proyecto, parecemos un águila que se cierne en los aires, nos creemos con fuerzas para remover el globo; pero en los instantes de la ejecución sobreviene el desfallecimiento, y después... la fatiga.

Le dirigí algunas palabras para darle ánimo, pero me interrumpió haciendo un ademán con la mano, recogió todos sus cartapacios y los arrojó revueltos encima del sofá.

—Si no me falta perseverancia, llegaré á vencer—dijo entre dientes.—En el caso opuesto vegetaré como un aguilucho eternamente menor de edad... ¡Vamos en busca de Annuchka!

IV

El camino que conducía á las ruinas iba á lo largo de la ladera de un valle estrecho y frondoso. Por el fondo, y entre piedras, un arroyo rumoroso corría cual si tuviese prisa por ir á perderse en el gran río que se veía brillar en lontananza tras los oscuros contrafuertes de montañas escarpadas. Gaguine me hizo fijarme en muchos hermosísimos efectos de luz; y sus palabras me revelaron, si no un pintor de talento, por lo menos un verdadero artista. Bien pronto aparecieron ante nuestros ojos las ruinas. En la cumbre de un árido peñascal había una torre cuadrada, completamente ennegrecida, sólida aún, pero como hendida desde la cúspide á la base por una grieta profunda. Pegadas á la torre había unas murallas cubiertas de musgo. Trepaba la yedra acá y acullá; achaparrados arbustillos salían por las grisáceas troneras y por las bóvedas quebrantadas. Un sendero pedregoso conducía hasta una puerta de ingreso, que permanecía en pie. No distábamos mucho de ella, cuando de pronto apareció ante nuestros ojos una forma femenina. Saltó ligeramente por encima de un montón de escombros y se irguió sobre el saliente de un muro al borde de un precipicio.

—¡No me engaño, es Annuchka! —exclamó Gaguine.—¡Qué loca!

Franqueamos la puerta y nos encontramos en un patinillo casi enteramente lleno de ortigas y de manzanos silvestres. Annuchka era,

en efecto, quien estaba sentada sobre el saliente de la muralla. Volvió la cabeza hacia nuestro lado y se echó á reir, pero sin moverse de su sitio.

Gaguine la amenazó con un dedo; yo la vituperé su imprudencia, elevando la voz.

—Cállese V. y déjela hacer su gusto—me dijo Gaguine al oído. —No puede imaginarse V. de lo que es capaz cuando la irritan: treparía á lo más alto de la torre. Vale más que admire V. el industrioso espíritu de las gentes de la comarca.

Me volví y reparé que en un rincón había una barraca de tablas, en el fondo de la cual estaba agazapada una mujer vieja haciendo media y echándonos con el rabillo del ojo una mirada por debajo de sus gafas. Tenía un despacho de cerveza, bollos y agua de seltz, para uso de los viajeros curiosos.

Nos sentamos en un banco y nos pusimos á beber en pesadas escudillas de estaño una cerveza que no carecía de frescura. Annuchka continuaba sentada en el mismo sitio, con los vestidos replegados debajo de sí, con la cabeza envuelta en su rebocillo de muselina. El encantador perfil de su rostro se destacaba claramente sobre lo azul del cielo; pero la miré con cierta irritación. Ya me había parecido notar la víspera que sus maneras eran afectadas y poco naturales.

—Quiere asombrarnos—dije para mí.—Pero ¿por qué?

¡Qué antojo de niña! Parecía que me adivinó el pensamiento; pues echándome una mirada penetrante y rápida, púsose de nuevo á reir, se bajó del muro en dos saltos, acercóse á la vieja y pidió un vaso de agua.

—¿Crees que quiero beber?—dijo á su hermano.—No. Quiero regar allá arriba, en lo alto del muro, unas flores que se mueren agostadas por el sol.

Gaguine no la contestó. Marchóse ella con su vaso en la mano, y escaló otra vez las ruinas. A ratos se detenía, se bajaba al suelo y vertía con cómica gravedad algunas gotas de agua, que centelleaban al sol. Sus movimientos eran muy graciosos; pero continué mirándola con disgusto, aunque admirando su ligereza y su agilidad. Al llegar á un punto peligroso nos alarmó de intento exhalando un grito, y en seguida se echó á reir. Esto hizo llegar al colmo mi impaciencia.

—Es una verdadera cabra—masculleó entre dientes la vieja, que había interrumpido su labor.

Así que Annuchka hubo vertido la última gota del vaso de agua, vino al fin á reunírsenos contoneando las caderas con aire picaresco.

Una extraña sonrisa contraía por el momento sus labios y dilataba las ventanillas de la nariz y el arco de sus cejas, guiñando á la vez sus negros ojos con aire de provocadora burla.

« Encontráis inconveniente mi conducta—parecía decir su cara;—poco me importa, sé que me admiráis. »

—¡Sublime, encantador, Annuchka!—dijo Gaguine.

La joven pareció avergonzarse de pronto, y bajando la vista vino á sentarse junto á nosotros con timidez, como una culpable. Por vez primera examiné con atención sus facciones; pocas he visto más movibles. Apenas habían transcurrido unos instantes, cuando su rostro se quedó completamente pálido y adquirió una conmovedora expresión casi de tristeza. Me pareció que sus rasgos hasta habían adquirido grandeza y sencillez. Parecía absorta por entero.

Exploramos con minuciosidad las ruinas, caminando Annuchka detrás de nosotros, y comenzamos á admirar los puntos de vista. Cuando llegó la hora del almuerzo, Gaguine pagó á la vieja y pidió una postrera jarra de cerveza. Después, volviéndose hacia mí, me dijo con maliciosa sonrisa:

—¡A la señora de sus pensamientos!

—¿Conque tiene... conque tiene V. una señora en quien piensa?—me preguntó Annuchka.

—¿Y quién no la tiene?—respondió Gaguine.

Annuchka se quedó unos instantes pensativa, cambió de nuevo la expresión de su fisonomía, y en sus labios apareció otra vez una sonrisa de reto casi insolente.

Volvimos á tomar el camino de la casa, y Annuchka comenzó de nuevo á reir y loquear con más afectación aún que antes. Desgajó una rama de árbol, se la puso al hombro como un fusil y lió el rebocillo alrededor de la cabeza. Recuerdo que nos encontramos entonces con una numerosa familia de rubicundos ingleses, de estirado aspecto; todos ellos, cual si obedeciesen un mandato, fijaron en Annuchka sus vidriados ojos, en los cuales se pintó una estupefacción fría; la joven se puso á cantar á voz en grito, como para mofarse de ellos. Cuando entramos en casa, inmediatamente se metió en su cuarto y no reapareció ya hasta la hora de comer, en que se presentó engalanada con su mejor traje, peinada con esmero, con el talle encorsetado y enguantadas las manos. En la mesa estuvo con dignidad; apenas probó de algunos platos y no bebió más que agua. Era evidente que deseaba representar en mi presencia

un nuevo papel: el de una joven modesta y bien educada. Gaguine la dejó que hiciera lo que quisiese; veíase que tenía por costumbre no contrariarla en nada. A veces se limitaba tan sólo á encogerse ligeramente de hombros, y su benévola mirada parecía decirme: es una niña, perdónela V. En seguida de comer, se levantó de la mesa, nos hizo una reverencia, y poniéndose el sombrero, preguntó á Gaguine si podía ir á visitar á doña Luisa.

—¿Desde cuándo necesitas mi permiso?—respondió con su habitual sonrisa que, sin embargo, entonces fué ligeramente forzada.—¿Es que te aburres con nosotros?

—No es eso, sino que ayer prometí á doña Luisa que iría á verla; además, creo que sin mí estarán Vds. más á sus anchas. Acaso el señor tenga que hacerte alguna otra confidencia—añadió, refiriéndose á mí. Y se fué.

—La señora doña Luisa—me dijo Gaguine, tratando de evitar mis miradas—es la viuda del antiguo alcalde de la villa. Es una señora anciana, un poco simple, pero excelente. Profesa grande amistad á Annuchka, quien, por su parte, tiene la manía de relacionarse con personas de una clase inferior á la suya; manía que, según he podido observar, casi siempre se origina en el orgullo.

Al cabo de un momento de silencio, añadió:

—Ya ha visto V. que trato á Annuchka como á una niña mimada, y no puede ser de otro modo. Si no soy exigente para con nadie, ¿cómo había de serlo con ella?

No respondí nada. Gaguine cambió de conversación. Cuanto más le conocía, mayores simpatías me inspiraba. Era la suya una agradable y buena naturaleza de ruso, recto, honrado y sencillo, pero por desgracia desprovisto de energía y de ardor. Su juventud no arrojaba fuego ni llamas, sino que brillaba con un resplandor pálido y suave. Tenía chispa y una gracia hechicera; mas, ¡cuán difícil era presagiar qué sería de él cuando llegase á la edad de ser hombre! ¿Un artista? No... Todas las artes requieren un trabajo penoso, esfuerzos asiduos (me decía yo, mirando sus plácidas facciones y escuchando su lánguida palabra): nunca sabrá imponerse un trabajo constante y bien dirigido. Y, sin embargo, era imposible no quererle; atraía involuntariamente el afecto.

Pasamos juntos cerca de cuatro horas, ya sentados mano á mano en el sofá, ya paseándonos con paso lento por delante de la casa; y aquella conversación acabó de unirnos. Se puso el sol y traté de volverme á casa.

Annuchka aún no había regresado á la suya.

—¡Ah! ¡Qué voluntariosa criatura! —exclamó Gaguine.—Espere V., yo le acompañaré. ¿Quiere? De paso entraremos en casa de doña Luisa, para saber si todavía está allí; no será gran rodeo para V.

Bajamos á la villa, y después de haber seguido por algunos instantes una calle estrecha y tortuosa, nos detuvimos ante una casa alta, de cuatro pisos, pero sólo con dos ventanas en cada uno; el segundo piso avanzaba hacia la calle más que el primero, y lo mismo sucedía con los otros dos. Aquella extraña vivienda con molduras góticas, encaramada sobre dos enormes postes, dominada por una puntiaguda techumbre de tejas con una buharda, y sobre ésta una grulla de hierro alargada en forma de pico... hacía el efecto de un enorme pajarraco replegado sobre sí mismo.

—¡Annuchka! —gritó Gaguine. —¿Estás ahí?

Abrióse en el tercer piso una ventana con luz, y vimos la morena cabeza de la joven. Detrás de ella se asomó el desdentado rostro de una vieja alemana, con los ojos débiles por la edad.

—Aquí estoy—dijo Annuchka, poniéndose de codos con coquetería en el alféizar de la ventana;—estoy bien aquí. Toma esto; figúrate que soy la dama de tus pensamientos.

Y tiró á Gaguine una rama de geranio. Doña Luisa se echó á reir.

—Se marcha, y ha querido decirte adiós—dijo Gaguine.

—¿De veras? —contestó Annuchka.—Pues bueno; ya que se va, dale mi rama. En seguida iré á casa.

Cerró á escape la ventana, y me pareció verla abrazar á la vieja alemana. Gaguine me alargó la rama en silencio. Sin decir una palabra, la metí en el bolsillo; y dirigiéndome al sitio por donde se atraviesa el río, pasé á la otra margen. Recuerdo que iba yo andando hacia la casa con el corazón extrañamente triste, aunque sin estar preocupado por nada, cuando de pronto me llamó la atención un olor muy conocido para mí, pero bastante raro en Alemania. Me detuve y vi junto al camino un terreno sembrado de cáñamo. El aroma que difundía aquella planta de nuestras estepas, me transportó súbitamente á Rusia y provocó en mi alma una apasionada vehemencia por la patria; concebí el ardiente deseo de respirar el aire natal y de sentir bajo mis plantas el suelo del país. «¿Qué hago aquí?—me dije.—¿Qué interés tengo en vagar por tierra extranjera, entre personas que nada son para mí?» Y la opresión que

abrumaba á mi alma, dejó el puesto en seguida á una emoción violenta y llena de amargura.

Entré en casa en un estado de ánimo diametralmente opuesto al de la víspera; sentíame casi irritado, y tardé largo tiempo en sosegarme. Experimentaba un profundo despecho, de que no podía darme cuenta; acabé por sentarme, y habiéndoseme presentado el recuerdo de mi pérfida viudita (me ocupaba oficialmente de ella todas las noches), cogí una de sus cartas, pero ni siquiera la abrí, porque mi pensamiento había tomado vuelo con otro rumbo. Me puse á soñar, y Annuchka era el objeto de mis ensueños. Me vino á la memoria que en el transcurso de nuestra conversación, Gaguine me había dado á entender que ciertas circunstancias le impedían regresar á Rusia... «¿Quién sabe si, en efecto, es hermana suya?»—me pregunté en alta voz.

Me metí en la cama é intenté dormir; pero una hora después aún estaba apoyado en el codo y pensaba de nuevo en aquella caprichosa chiquilla de risa forzada. Tiene las formas de la *Galatea* de Rafael, del palacio Farnesio—murmuré...—En efecto, eso es... y no su hermana. Durante ese tiempo, la carta de la viuda descansaba tranquilamente en el suelo, iluminada por un pálido rayo de la luna.

V

La siguiente mañana fuí á L***. Quería convencerme á mí mismo de que me guiaba el que tendría el mayor placer en ver á Gaguine; pero el hecho es que secretamente me impulsaba el deseo de saber cómo se conduciría Annuchka y si se presentaría tan incomprensible como la víspera. Me encontré á ambos en el salón y (¡cosa rara!, aunque quizá dependiese de que durante la noche había soñado largo tiempo con Rusia) Annuchka me pareció una completa y acabada rusa; la encontré con un aire de muchacha del pueblo, casi como el de una doncella de labor. Llevaba un traje bastante usado, sus cabellos echados detrás de las orejas, y estaba sentada junto á la ventana bordando con lentitud, con tranquilo aspecto, cual si en su vida hubiera hecho otra cosa. Con los ojos clavados en la labor, casi no hablaba; y sus facciones tenían una expresión tan deslucida y vulgar, que involuntariamente pensé en nuestras Macha y Katia (1). Para

(1) Diminutivos familiares de María y Catalina.

completar la semejanza se puso á tararear la canción:

«¡Oh mi madre, mi dulce paloma! (1)»

Mientras observaba yo su rostro se me representaron los ensueños que forjé la víspera, y sentí oprimírseme el corazón sin poder decir por qué. El tiempo era magnífico. Gaguine nos dijo que tenía el proyecto de salir á copiar del natural. Le pedí permiso para acompañarle, si eso no le molestaba.

—Al contrario—me dijo—puede darme V. buenos consejos.

Se puso una blusa, se encasquetó un sombrero redondo á lo Van Dyck, se echó la cartera bajo el brazo y partió. Me fuí con él, y Annuchka se quedó en casa. Gaguine la encargó al salir que cuidase de que la sopa no estuviese demasiado clara, prometiendo ella que daría un vistazo por la cocina.

Habiéndome conducido Gaguine al valle que ya conocía, sentóse en una piedra y se puso á copiar un viejo roble muy frondoso.

Me tumbé en la hierba y cogí un libro, pero á lo sumo leí dos páginas. Gaguine, por su parte, no hizo más que un mal chafarrinón. En cambio no dejamos de discurrir con mucha amplitud, y, á mi juicio, no sin ingenio y sana crítica, acerca del mejor método que conviene seguir para trabajar con fruto, los escollos que deben evitarse, el fin á que se debe aspirar y la misión del verdadero artista en el siglo en que vivimos. Gaguine acabó por declarar que hoy por hoy no estaba de vena, y fué á tumbarse junto á mí. Entonces nos entregamos á la irresistible atracción de una de esas conversaciones tan gratas para la juventud, ora entusiastas, ora ilusas y melancólicas, pero siempre sinceras y vagas, en las cuales tenemos tanto gusto de expansión los rusos. Después de haber charlado hasta la saciedad, tomamos de nuevo el camino de la villa, satisfechísimos de nosotros mismos, cual si acabáramos de realizar una tarea difícil ó de llevar á cumplido término una gran empresa. Encontramos á Annuchka absolutamente lo mismo que la habíamos dejado. Por más que la observé con la más minuciosa atención, no pude descubrir en ella ni sombra de coquetería ni el más leve indicio denunciador de un papel ensayado; era imposible encontrar entonces en ella pretensión alguna de singularizarse.

—Decididamente ayuna y hace penitencia—dijo Gaguine.

Hacia la noche bostezó dos ó tres veces sin ninguna afectación, y se retiró temprano. En seguida me

(1) Cantar popular ruso.

despedí de Gaguine; y una vez en casa, no abrí la puerta á los ensueños. Acabóse la jornada sin que mi espíritu experimentase el menor trastorno. Sólo me parece que al acostarme pronuncié involuntariamente en alta voz:

—¡Oh! Esa jovenzuela... es un verdadero enigma. ¡Y, sin embargo—añadí después de meditar un instante—sin embargo... no es su hermana!...

VI

Después de estos sucesos pasaron dos semanas. Todos los días iba á visitar á Gaguine. Annuchka parecía evitar mi presencia, y ya no se permitía ninguno de aquellos caprichos que tanto me chocaron en los primeros días de nuestro conocimiento. Parecía ocultar una pena ó una contrariedad secretas, se reía cada vez con menos frecuencia. Continué observándola con curiosidad.

Conocía bastante bien el francés y el alemán, pero una multitud de detalles indicaban que en su infancia no tuvo los cuidados de una mujer, y que había recibido una educación extravagante, desordenada, enteramente distinta de la de Gaguine. En éste, á pesar de la blusa, del sombrero á lo Van Dyck, encontrábase bien pronto el hidalgo ruso, indolente y algo afeminado, al paso que ella no se parecía en nada á una señorita noble. Todos sus movimientos manifestaban una especie de inquietud: era un arbusto silvestre recién ingerto, un vino que aún fermentaba. Tímida por naturaleza y desconfiada por sí misma, contrariábala el sentirse sin soltura, y, en su despecho, trataba de adquirir un aire resuelto y atrevido, pero no siempre lo conseguía. Varias veces conduje la conversación hacia su pasado y su género de vida en Rusia, y advertí que respondía de mal talante á mis preguntas. Todo lo que llegué á saber fué que en el momento de partir de Rusia, habitaba en el campo. Un día la encontré sola y leyendo. Tenía la cabeza apoyada en ambas manos, los dedos metidos entre el cabello, y devoraba con los ojos un libro que tenía delante de sí.

—¡Bravo!—exclamé al acercarme.—¡Qué amor al estudio! Alzó la cabeza y me miró con aspecto formal y digno.

—¿Pensaba V. acaso que sólo sé reir?—me dije; y se levantó como para marcharse.

Dirigí la vista al título del libro: era una novelucha francesa.

—Podía V. haber elegido mejor —la dije.

—¿Pues qué es preciso leer?—exclamó, y arrojando el libro encima de la mesa, añadió:—Puesto que así es, voy á divertirme.

Y echó á correr hacia el jardín. Aquel mismo día leía yo á Gaguine, durante la velada, *Hermann y Dorotea*. Al comenzarse esta lectura, Annuchka iba y venía sin cesar de un lado para otro; luego se detuvo de repente, prestó atención, se sentó con suavidad junto á mí y escuchó hasta el final.

El siguiente día me vi de nuevo sorprendido, y Annuchka ya no era la misma de la víspera. Acabé por comprender que de golpe y porrazo se le había puesto en la cabeza ser una mujer hacendosa penetrada de sus deberes, como lo era Dorotea. En una palabra, me parecía inexplicable su carácter. A pesar del excesivo amor propio que descubría en ella, sentíame seducido hasta cuando me causaba enfado. Un solo punto adquirió para mí todo el grado de la certidumbre, y, es que no era hermana de Gaguine. No encontraba en éste para con ella la conducta de un hermano. Por una parte demasiados miramientos y condescendencia. Por otra, quizá excesivo encogimiento.

Una circunstancia extraña pareció, según todas las apariencias, fortalecer mis sospechas. Una tarde, al aproximarme á la cerca de la viña que rodeaba á la casa de Gaguine, me encontré cerrada la puerta. Sin detenerme por este obstáculo, me fuí hacia un sitio donde días antes noté que parte del seto estaba destruido y salté por encima de él; á poca distancia de allí y á algunos pasos del sendero había un cenador de acacias; apenas pasé de él distinguí la voz de Annuchka, quien exclamaba con calor y llorando:

—¡No, nunca amaré á otro hombre más que á ti! ¡No, no; á ti solo quiero amarte y para siempre!

—Vamos, tranquilízate—la respondió Gaguine.—Bien sabes que te creo.

Las voces salían del cenador. Les vi á través del follaje poco espeso; ellos no repararon en mí.

—¡A ti, á ti solo!—repitió ella, y arrojándose á su cuello, le abrazó con sollozos convulsivos, cubriéndole de besos.

—¡Cálmate, sosiégate!—continuaba diciendo él, y pasaba la mano por entre los cabellos de la joven.

Permanecí algunos instantes inmóvil. Al cabo tomé alientos... «¿Debo acercarme á ellos?—me pregunté.—No, por nada de este mundo»—me respondí en seguida.

Fuime á paso largo al seto; de una zancada pasé por encima de él

y tomé á escape el camino de mi casa. Me sonreía, me frotaba las manos, asombrábame de la casualidad que inesperadamente había confirmado mis sospechas. No parecía posible ya la menor duda, y al mismo tiempo sentía en el corazón la amargura más intensa.

«¡Preciso es reconocer — dije para mí—que saben disimular bien! Pero, ¿cuál es su objetivo? ¿Y á mí, por qué tratan de chasquearme? ¡No me esperaba de ellos semejante proceder!... Y luego, ¡vaya una escena de melodrama!»

VII

Pasé mala noche. Me levanté muy temprano, me eché acuestas la mochila de viajero, anuncié á mi patrona que no volvería para la noche y me dirigí á pie por el lado de las montañas, bordeando contra corriente el río, en las márgenes del cual se asienta la villa de L***. Esas montañas, cuya cadena lleva el nombre de *Hundsrück* (lomo del perro), pertenecen á una formación muy curiosa: nótanse en ellas, sobre todo, bancos de basalto de suma regularidad y gran pureza de formas, mas entonces no estaba yo para pensar en hacer observaciones geológicas. No me daba cuenta de lo que sentía; únicamente era claro para mí que ya no quería volver más á ver á Gaguine ni á Annuchka. Quería persuadirme á mí mismo de que la causa única de la repulsión repentina que me inspiraban era mi despecho por haberme engañado. Nadie les obligó á presentarse como parientes. Aparte de eso, trataba de expulsar de mi alma su recuerdo.

Sin excesiva premura recorrí montes y valles; hice largos altos en ventorrillos de aldea, trabando plácida conversación con hospederos y caminantes; ó bien, tumbándome sobre alguna piedra plana, caldeada por el sol, veía correr las nubes. Felizmente para mí, el tiempo era admirable. De esta suerte ocupé mis ocios durante tres días y encontré en ello cierto goce, aunque á veces tenía entristecido el corazón. El estado de mi espíritu formaba acorde perfecto con la tranquila naturaleza de aquellas comarcas.

Me abandoné por completo á los caprichos del azar, á todas las impresiones que venían á mi encuentro; sucedíanse con lentitud y me dejaban en el fondo del alma una sensación general en que se fundía armoniosamente todo cuanto había visto, sentido y escuchado durante esos tres días. Sí, todo sin excep-

ción: el penetrante olor de la resina en los bosques, el grito y los picotazos del picoverde, el murmurio incesante de los claros arroyos, en cuyo fondo de arena se esconden las abigarradas truchas, los peñascos movedizos, los lugarejos aseaditos con sus respetables y vetustas iglesias, las cigüeñas en las praderas, los lindos molinos de rápidas ruedas, las regocijadas figuras de los campesinos, vestidos con blusas azules y medias grises, las rechinadoras carretas arrastradas por pesados caballos, y algunas veces por vacas, los jóvenes compañeros viajantes, de luengas melenas, yendo por grupos en los llanos caminos franjeados de perales y manzanos.

Todavía encuentro encantos en el recuerdo de esas impresiones.

¡Salve, humilde rincón del solar germánico, morada de un bienestar modesto, donde á cada paso se ven las huellas de una mano diligente y de un trabajo lento, pero lleno de perseverancia! ¡A ti van mis votos y mi saludo!

No volví á casa hasta la noche del tercer día. Se me había olvidado decir que, en mi despecho contra Annuchka, traté de resucitar en mi pensamiento la imagen de mi viudita de corazón de peña, pero fueron ineficaces mis esfuerzos. Recuerdo que en el momento en que me asía á su dulce memoria, me encontré frente á frente con una aldeanilla de unos cinco años de edad, de carita redonda é inocente, de ojos animados por una curiosidad sencilla. Me miraba con una expresión tan cándida, que me sentí avergonzado ante su vista; me repugnó mentirme á mí mismo en su presencia, y mi antiguo ídolo desapareció de mi memoria para siempre jamás.

Al entrar en casa me encontré una carta de Gaguine. Me manifestaba el asombro que le había causado mi repentina marcha, se condolía conmigo de que no le hubiese llevado de compañero, y me rogaba que tan pronto como estuviera de regreso fuese á verlos.

Aquella carta me causó penosa impresión; mas no por eso dejé á la mañana siguiente de ponerme en camino para la villa de L***.

VIII

Gaguine me dispensó una acogida amistosa y me colmó de recriminaciones afectuosas; en cuanto á Annuchka, cual si lo hubiese hecho de propósito, así que me vió de lejos se echó á reir sin el más mínimo motivo y huyó en seguida, según costumbre. A Gaguine pareció con-

trariarle esto; á gritos balbucientes la llamó loca, y me rogó que la dispensase. Confieso que, estando ya muy mal predispuesto, me ofendió aún más aquella hilaridad forzada y aquella afectación extravagante. Sin embargo, fingí no concederla ninguna importancia, y conté á Gaguine los detalles de mi pequeña excursión. El, por su parte, me informó de lo que había hecho durante mi ausencia; eso no obstante, la conversación iba languideciendo; y Annuchka, que á cada momento entraba en el gabinete, salíase en seguida de allí. Acabé por pretextar un trabajo indispensable, y manifesté la intención de retirarme. Gaguine, al principio, intentó detenerme; luego, después de dirigirme una ojeada escrutadora, se ofreció á acompañarme. En la antesala se acercó de pronto á mí Annuchka y me tendió la mano; oprimí ligeramente la punta de sus dedos y apenas me incliné.

Atravesé el Rhin con Gaguine, y cuando estuvimos junto al fresno del retablito de la Virgen, nos sentamos en el banco para admirar el panorama.

Allí se entabló entre nosotros una conversación que nunca olvidaré.

Al principio cambiamos algunas palabras insignificantes, pero luego nos quedamos en silencio. Fijábanse nuestros ojos en las transparentes aguas del río.

De repente me dijo Gaguine con su habitual sonrisa:

—Quisiera saber lo que piensa V. acerca de Annuchka. ¿No es verdad que le parece á V. algún tanto antojadiza?

—Sí—contesté, sorprendido por la pregunta, pues no le aguardaba en manera alguna en este terreno.

—Eso depende de que no la conoce V. lo suficiente, y por eso no puede juzgarla bien—dijo.—Tiene un corazón excelente, pero muy mala cabeza. ¡Hay que andar con unos miramientos con ella! Pero, aparte de esto, no se la puede vituperar por ello. ¡Y si supiera V. su historia!...

—¿Su historia?—exclamé.—De modo que no es...

Gaguine me contuvo con la mirada.

—No vaya V. á imaginar que no es mi hermana—repuso, sin fijarse en mi confusión.—Sí, en efecto, es hija de mi padre. Présteme V. atención. Tengo confianza en V., y se lo voy á contar todo.

«Mi padre era un hombre excelente, de inteligencia y cultura, pero cuya vida fué, á pesar de eso, muy triste. Y no porque la fortuna le hubiese maltratado más que á otros, sino porque no tuvo resignación para sufrir la primera desgra-

cia que le afligió. Se casó joven por amor; su esposa y madre mía no vivió mucho tiempo; seis meses tenía yo á su fallecimiento. Mi padre me llevó entonces al campo, y durante doce años no puso los pies fuera de sus dominios.

»El mismo emprendió mi educación, y nunca se hubiera separado de mí si no hubiese ido á verle á sus haciendas su hermano, mi tío paterno. Este tío residía siempre en Petersburgo, donde ocupaba un puesto de bastante importancia. Consiguió persuadir á mi padre de que me confiase á su dirección, ya que no podía decidirse á abandonar sus tierras él; le hizo ver que el aislamiento era perjudicial para un niño que entraba en la adolescencia, y que en manos de un preceptor triste y taciturno, como lo era mi padre, me quedaría muy por bajo de los muchachos de mi edad, por lo cual pudiera resentirse hasta mi carácter.

»Mi padre resistió por mucho tiempo sus instancias, pero acabó por ceder. Lloré al separarme de su lado, porque le amaba, aun cuando jamás vi una sonrisa en sus labios. Al llegar á Petersburgo, bien pronto olvidé los tristes y sombríos lugares donde se deslizó mi infancia. Entré en la escuela militar y luego en un regimiento de la Guardia. Iba todos los años al campo, para pasar allí algunas semanas. Cada vez encontré á mi padre más lúgubre, más reconcentrado y melancólico, hasta ponerse feroz á veces. Iba todos los días á la iglesia, y casi había perdido por completo la costumbre de hablar.

»Durante una de aquellas visitas (tenía yo entonces unos veinte años), vi por vez primera una niña delgada, de ojos negros y de unos diez años de edad: era Annuchka. Mi padre me dijo que era una huérfana de quien se había hecho cargo, y no presté ninguna atención á aquella niña salvaje, silenciosa y ágil como una fierecilla. En cuanto penetraba yo en la estancia predilecta de mi padre, vasta habitación donde había muerto mi madre, y tan oscura, que en pleno día se alumbraba con luz artificial, Annuchka se ocultaba detrás de un gran sillón ó de la biblioteca. La casualidad quiso que durante tres ó cuatro años después de aquella última visita, me viese imposibilitado por asuntos del servicio para ir á ver á mi padre; pero todos los meses recibía cuatro líneas suyas, en las cuales rara vez se mentaba á Annuchka, y siempre sin entrar en detalles de ningún género acerca de ella. Tenía ya cincuenta años cumplidos, pero aún parecía joven. Así, pues, figúrese V. mi impresión dolorosa, cuando de pronto recibo

una carta de nuestro intendente, en la cual me anuncia que mi padre está enfermo de peligro y me encarga que vaya cuanto antes, si quiero decirle adiós para siempre.

»Parto á escape, y encuentro vivo todavía á mi padre, pero en el momento de exhalar el último suspiro. Se puso muy contento de volverme á ver, me estrechó en sus brazos descarnados, fijó en mí una mirada que á la vez parecía sondear mi pensamiento y dirigirme una muda plegaria, y habiéndome hecho prometer que cumpliría su última voluntad, ordenó á su antiguo ayuda de cámara que hiciese entrar á Annuchka.

»El viejo lo hizo así; ella apenas podía sostenerse, y temblaba con todo su cuerpo.

—»Toma—me dijo mi padre con esfuerzo—te confío mi hija y hermana tuya. Iakof te lo contará todo—añadió, señalándome al sirviente.

»Annuchka se puso á sollozar y cayó sobre el lecho, tapándose la cara. Media hora después expiró mi padre. He aquí lo que supe.

»Annuchka era hija de mi padre y de una antigua doncella de mi madre, llamada Tatiana. Me acuerdo muy bien de aquella Tatiana: era de elevada estatura, tenía magníficos ojos oscuros, facciones nobles, severas é inteligentes, y pasaba por una joven altiva y nada fácil.

Por el relato lleno de reticencias respetuosas que hizo Iakof, me fué posible comprender que mi padre no se había fijado en Tatiana hasta muchos años después de morir mi madre. A la sazón, Tatiana ya no vivía en la residencia señorial, sino con una hermana suya, casada y encargada de vigilar el corral.

»Mi padre la había cobrado afecto; y cuando abandoné yo el campo, hasta pensó en casarse con ella, á lo que ésta se opuso á pesar de todas sus instancias. «La difunta Tatiana Vlassievna — dijo Iakof, manteniéndose respetuosamente junto á la puerta con las manos á la espalda—era una persona de muy buen juicio: no quería perjudicar á su señor padre de V. «¡Yo convertirme en esposa de V., ser aquí el ama! ¡No piense V. en eso!—exclamó ella, dirigiéndose á su señor padre de V. en mi presencia.»

»Inflexible Tatiana en este punto, ni siquiera quiso cambiar de habitación y continuó viviendo en casa de su hermana con Annuchka. Cuando yo era niño no me acuerdo de haber visto á Tatiana sino los días de fiesta en la iglesia. Cubierta la cabeza con un pañuelo oscuro y

los hombros con un chal amarillo, estaba entre las demás gentes de la aldea, cerca de una de las ventanas. Veíase su perfil severo destacarse con correcto dibujo sobre las vidrieras, y rezaba con modesta gravedad, inclinándose profundamente según costumbre del tiempo viejo, y tocando la tierra con la yema de los dedos antes de inclinar hasta ella la frente.

»Por la época en que mi tío me llevó consigo, Annuchka sólo tenía dos años, y á los nueve se quedó sin madre. Después de morir Tatiana, mi padre llevó á su lado la niña; muchas veces había manifestado ese deseo, pero siempre se había opuesto á él Tatiana. Ya comprenderá V. lo que debió de experimentar Annuchka cuando se quedó á vivir en casa del que llamaban «el señor». Hasta el presente ha guardado el recuerdo del día en que por primera vez la hicieron ponerse un traje de seda, en que la besaron la mano. Su madre la había educado con severidad; mi padre no la impuso la menor traba. Se encargó de su educación, y ya no tuvo ella otro maestro. No la mimaba ni la rodeaba de cuidados inútiles, sino que, amándola con pasión, no podía negarla nada, fuera lo que fuese. Su alma delicada creía tener adquiridas graves deudas para con su hija. Annuchka aprendió muy pronto que ella era el principal personaje de la casa, supo que el amo era su padre; después tuvo el presentimiento de su falsa posición, y creció en ella un amor propio enfermizo y lleno de desconfianza. Echaron raíces los malos hábitos; desapareció su sencillez. Más tarde me lo confesó: quería forzar al mundo entero á que olvidase su origen; á veces se ruborizaba de él, y avergonzándose luego de haberse ruborizado, se manifestaba orgullosa de su madre. Ya ve V. que sabía y aún sabe muchas cosas que á su edad debieran ignorarse; pero, ¿de quién es la culpa? El brío de la juventud tenía en ella impetuoso arranque, y no tenía ninguna mano amiga que la dirigiese. ¡Es tan difícil hacer buen uso de una completa independencia! Por tanto, no queriendo ser menos que otras hijas de señores, se dió á la lectura. Pero, ¿qué provecho podría sacar de ella? Su existencia, iniciada por mal camino, manteníase en él fatalmente, pero su corazón permaneció puro.

»Heme, pues, aquí solo á la edad de veinte años, con la carga de una niña de trece. Durante los primeros días que siguieron á la muerte de mi padre, bastaba el sonido de mi voz para darla fiebre; mis caricias la causaban angustias, y sólo poco á poco y casi insensiblemente fué como acabó por habituarse á mí. Verdad es que más tarde, cuando vió que

la consideraba y quería como á una hermana, se unió á mí con pasión. No puede sentir nada á medias.

»La conduje á Petersburgo; y aunque me daba pena separarme de ella, no pudiéndola tener junto á mí, la puse en uno de los mejores colegios de la ciudad. Annuchka comprendió lo necesaria que era aquella separación, pero de resultas cayó enferma y por poco se muere. Más adelante se habituó á ese nuevo género de vida. Cuatro años estuvo en el colegio, y, contra lo que yo esperaba, salió de él casi como había entrado. La directora me dió muchas quejas de ella, diciéndome: «Los castigos no la hacen mella alguna, y las muestras de afecto la dejan también insensible.» Annuchka era muy inteligente, estudiaba con aplicación, y, desde ese punto de vista, excedía á todas sus condiscípulas; pero nada podía doblegarla al reglamento común, y era voluntariosa y de un humor feroz. Yo no podía echarla por completo la culpa; estaba en una posición que no admitía sino dos maneras de ser: ó servilismo complaciente, ó altiva independencia. Entre todas sus condiscípulas, sólo se relacionó con una: era una una niña bastante fea, pobre y perseguida. Las demás alumnas del colegio, la mayoría señoritas de buenas casas, no la querían y la zaherían de continuo con sarcasmos. Annuchka se las tenía tiesas con ellas en todos los puntos. Un día que el sacerdote encargado de la enseñanza religiosa hablaba de los defectos de la juventud, Annuchka dijo en alta voz: «¡No hay defectos más grandes que la adulación y la cobardía!» En una palabra, su carácter no cambió; sólo se urbanizaron sus maneras, aun cuando todavía dejan mucho que desear.

»Así llegó á los diez y siete años; fué preciso pensar en sacarla del colegio. Mi posición era bastante dificultosa. Pero, de pronto, se me ocurrió una idea feliz: abandonar el servicio, pasar dos ó tres años en el extranjero y llevar conmigo á mi hermana. Al punto que tomé esta resolución la puse en práctica; y he aquí por qué nos hallamos ambos en las orillas del Rhin, yo tratando de pintar y ella continuando en hacerlo todo á su manera, sin más norma que su capricho. Ahora, por lo menos, confío en que no la juzgará V. con excesiva severidad; pues le prevengo que Annuchka, aparentando que no se le da nada de nada, es muy sensible á la opinión que acerca de ella se tiene, y sobre todo, á la de V.»

Al pronunciar Gaguine estas palabras, se sonrió con la tranquilidad que le era característica. Le estreché cordialmente la mano.

—Todo esto no es nada—continuó—pero tiemblo de antemano por ella. Es una naturaleza de las más inflamables. Hasta ahora nadie la ha petado; pero si alguna vez llega á amar, ¿quién sabe lo que resultaría? No sé á veces qué conducta observar con ella. Figúrese V. que estos días se le metió en la cabeza querer probarme que se había enfriado mi cariño hacia ella, mientras que por su parte no amaba á nadie más que á mí, ni amaría nunca á ningún otro hombre; y al decir esto, lloraba á lágrima viva.

—¿Entonces, por esa razón...?—comencé á decir, pero en seguida me contuve, y luego continué:—Puesto que estamos en el capítulo de las confidencias, permítame V. una pregunta: ¿Es cierto que nadie le ha gustado hasta ahora? Sin embargo, en Petersburgo ha debido ver muchos jóvenes.

—Todos la han desagradado hasta más no poder. Mire V.; Annuchka quisiera encontrar un héroe, un hombre extraordinario ó algún pastor que morase en una gruta de la montaña. Pero ya es hora de que me calle; le estoy entreteniendo á V. demasiado—añadió, levantándose.

—No—le respondí—mejor es que nos vayamos á casa de V., no tengo ganas de entrar en la mía.

—¿Y el trabajo de V.?—me preguntó.

No le contesté. Gaguine se sonrió con ingenuidad, y regresamos á L***. Al ver otra vez el cercado de la viña y la casa blanca de la montaña, experimenté no sé qué dulce emoción que penetró en mi alma. Era como si me hubiesen echado un bálsamo en el corazón.

El relato de Gaguine me produjo un gran alivio.

IX

Annuchka vino á nuestro encuentro en los umbrales de la puerta. Esperábame otra risotada; pero se acercó á nosotros pálida, silenciosa, con los ojos bajos.

—Lo traigo—dijo Gaguine—pero bueno es decirte que él mismo lo ha querido.

Me miró ella con aire interrogativo. La tendí la mano á mi vez, y entonces oprimí calurosamente sus dedos fríos y temblorosos. Sentía una lástima profunda por ella, y entonces comprendí bien muchos aspectos de su carácter que me habían parecido inexplicables. Aquella agitación que dejaba adivinar, ese deseo de ponerse en evidencia unido con el temor de parecer ri-

dícula, en fin, todo resultaba puesto en claro para mí.

Constantemente la oprimía una secreta pesadumbre; su inexperto amor propio se aguzaba y se ofendía sin cesar, pero todo su ser iba en pos de la verdad. Comprendí lo que me atraía hacia aquella extraña joven: no era únicamente el semisalvaje encanto de su adolescente cuerpo gracioso y flexible lo que me cautivaba, sino también su alma. Gaguine se puso á revolver sus cartapacios; propuse á Annuchka que me acompañase á las viñas. Consintió en seguida, con ademán alegre y casi sumiso. Bajamos hasta media ladera de la montaña y nos sentamos sobre una roca.

—¿Y V., no se ha aburrido sin nosotros?—me preguntó.

—¿Es que se ha aburrido V. sin mí?—la contesté.

Annuchka me miró á hurtadillas, y casi en seguida me dijo:

—Sí... ¡Qué hermosas deben de ser las montañas! Son altas, más altas que las nubes. Cuénteme V. lo que ha visto. Ya ha hecho V. el relato á mi hermano, pero yo no he oído nada.

—Porque no ha querido V., puesto que se salió.

—Me salí porque... Pero, ya ve V. cómo ahora no me marcho—añadió con tono cariñoso.—Esta mañana estaba V. enfadado.

—¿Que estaba yo enfadado?

—¡Sí!

—¡Qué ocurrencia! ¿A asunto de qué?

—No sé nada; pero estaba V. enfadado, y en esa misma disposición de ánimo se marchó. Me contrarió muchísimo verle irse así, y estoy satisfecha de ver que ha vuelto V.

—Yo también estoy muy contento de estar aquí.

Annuchka hizo con los hombros un ademán como el de los niños cuando les agrada una cosa.

—¡Oh, sé adivinar!—continuó.—En otro tiempo, por la manera como tosía mi padre, adivinaba yo si estaba contento de mí ó no lo estaba.

Era la primera vez que me hablaba de su padre, y me sorprendió.

—¿Amaba V. mucho á su padre?—pregunté. Y de pronto advertí, con gran disgusto mío, que me ruborizaba.

—No—me respondió, y también se puso encarnada.

Guardamos silencio durante algunos momentos. El humo de un barco de vapor alzábase á lo lejos en el Rhin; lo seguimos con la vista.

—¿Y el relato de V.?—me dijo á media voz.

—¿Por qué se echó V. á reir al instante de verme?

—No lo sé. Algunas veces me

dan ganas de llorar, y me pongo á reir. No debe juzgárseme por mi modo de conducirme. A propósito: ¿qué hay de aquella leyenda sobre el hada Loreley? ¿No es su peñasco el que se ve desde aquí? Dícese que en otros tiempos ahogaba ella á todo el mundo, pero que habiéndose enamorado, se precipitó ella misma en el Rhin. Me gusta ese cuento. Doña Luisa sabe muchos y me los cuenta todos. Doña Luisa tiene un gato con ojos amarillos...

Annucka levantó la cabeza y sacudió los rizos de sus cabellos...

—¡Ah! ¡Estoy muy contenta!

En aquel momento comenzaron á dejarse á oir á intervalos sones monótonos y lentos. Algunos centenares de voces salmodiaban á coro un cántico religioso, con interrupciones acompasadas. Más abajo de nosotros apareció en el camino una larga procesión con cruces y estandartes.

—¡Si fuésemos á reunirnos con ellos!—me dijo Annuchka, prestando oído á los cánticos que llegaban hasta nosotros debilitándose poco á poco.

—¿Con que es V. piadosa?

—¡Iría á cualquier sitio lejano para sacrificarme, para realizar una obra peligrosa! Sin eso transcurren los días, pasa la vida inútilmente...

—Es V. ambiciosa. ¿No querría V. abandonar la vida sin dejar huellas de su paso?

—¿Es, pues, imposible?

—¡Imposible!—iba á responderla; pero miré sus ojos que brillaban con ardor, y me limité á decir:—¡Inténtelo V.!

—Dígame V.—repuso al cabo de un corto silencio, durante el cual pasaron no sé qué sombras por su rostro, que había palidecido de nuevo—...¿con que le gustaba á V. mucho aquella dama... ya sabe V.... aquella por quien mi hermano brindó en las ruinas, la mañana del día de que data nuestro conocimento?

Me eché á reir.

—Su hermano de V. bromeaba: ninguna mujer me ha preocupado, ó por lo menos me preocupa ahora.

—¿Y qué le gusta á V. en las mujeres?—me preguntó, echando atrás la cabeza con pueril curiosidad.

—¡Vaya una pregunta estrafalaria!—exclamé.

Annuchka se turbó en seguida.

—No debí habérsela hecho á V., ¿no es verdad? Perdóneme V.: acostumbro á decir todo lo que se me pasa por la cabeza, y por eso temo hablar.

—¡Hable V., se lo suplico! No tema nada. ¡Soy tan feliz al ver á V. menos altanera!

Annuchka bajó los ojos, y por

primera vez oí salir de su boca una risa dulce y lève.

—¡Vamos, cuénteme V. su viaje!—replicó, arreglando los pliegues de la falda sobre las rodillas, como si se instalase para largo tiempo.—Comience V., ó bien recíteme V. algo por el estilo de lo que me leyó de *Oneguine* (1).

De pronto se quedó pensativa, y murmuró en voz baja:

¿En dónde están hoy la cruz,
Los cipreses y los sauces
Que señalaban la tumba
De mi pobrecita madre?

—No es así exactamente como se expresa Pouchkine (2)—la dije.

—Hubiera querido ser Tatiana (3)—continuó siempre pensativa. Y dijo luego con viveza:—¡Vamos, hable V.!

Mas no pensaba yo en esto, sino en mirarla. Inundada por la cálida luz del sol, ¡me parecía tan tranquila, tan serena!... En derredor de nosotros, á nuestros pies, por encima de nuestras cabezas, la campiña, el río, el cielo, todo estaba radiante; hasta el aire mismo parecía saturado de esplendor.

—¡Vea V. qué hermoso!—dije bajando la voz involuntariamente.

—¡Sí, muy hermoso!—me respondió ella en el mismo tono, sin mirarme.—Si V. y yo fuésemos aves, ¡cómo nos lanzaríamos al espacio, á todo ese infinito azul! Pero no somos pájaros.

—Verdad; pero pueden salirnos alas.

—¿Cómo es eso?

—La vida se lo enseñará á V. Hay sentimientos que nos levantan por encima de esta tierra; estése V. tranquila, ya le nacerán las alas.

—¿V. las ha tenido alguna vez?

—No sé qué decirla. Me parece que nunca he alzado el vuelo hasta ahora.

Annuchka se quedó otra vez meditabunda. Me incliné hacia su lado.

—¿Sabe V. valsar?—me dijo de pronto.

—Sí—contesté un poco sorprendido por aquella pregunta.

—Pues entonces, vamos á escape; venga V. Voy á rogar á mi hermano que nos toque un vals. Nos haremos cuenta de que nos han brotado las alas y de que volamos por el espacio.

Echó á correr hacia la casa, me lancé en su seguimiento, y apenas habían transcurridos algunos minutos cuando girábamos ya en la estrecha sala, al compás de un vals de Lanner. Annuchka bailaba con mucha gracia y fogosidad; no sé qué hechizo femenino apareció de re-

(1) Célebre poema de Pouchkine.
(2) En lugar de *madre*, el texto ruso dice *nodriza*.
(3) Nombre de la protagonista del poema.

pente en su rostro virginal. Durante largo tiempo después conservó aún mi mano la impresión de su flexible talle; mucho tiempo senti su rápido alentar cerca de mí, y soñaba yo con los ojos oscuros, inmóviles y semicerrados de aquella fisonomía expresiva aunque pálida, en torno de la cual revoloteaban los rizos de una perfumada cabellera.

X

Todo aquel día pasó de la manera más grata. Nos divertimos como criaturas. Annuchka era gallarda y cándida. Gaguine la contemplaba embebecido de gozo. Salí muy tarde de su casa. Después de llegar al centro del Rhin, encargué al barquero que dejase la barca á merced de la corriente. El viejo sacó del agua los remos, y el majestuoso río se nos llevó. Miré á mi alrededor, escuché, me acordaba... De golpe sentí un profundo trastorno dentro de mi corazón. Asombrado, alcé los ojos al cielo; tampoco él estaba tranquilo. Sembrado de estrellas, el cielo entero parecía moverse, palpitar, estremecerse... Me incliné hacia el río: pero allá abajo, en aquellas frías y oscuras profundidades, temblaban y se removían también las estrellas. Todo parecía animado por una inquieta agitación, y mi propio turbamiento no hacía sino aumentar. Me apoyé de codos en la borda de la barca... El susurro de la brisa en mis oídos, el chapoteo del agua que se abría en surco tras la popa, me irritaban, y el frío aliento del oleaje no me refrescaba. Un ruiseñor se puso á cantar junto á la ribera, y la dulcedumbre de aquella voz melodiosa me invadió como un veneno delicioso y ardiente. Se me llenaron de lágrimas los ojos, pero no eran lágrimas de una exaltación sin motivo; lo que experimenté no era la confusa emoción de deseos vagos... No era aquella efervescencia del alma que quisiera abarcarlo todo con un inmenso abrazo, por parecerle que comprende y ama á todo cuanto existe. No; habíase encendido dentro de mí la sed de la dicha. No me atrevía aún á precisarla; pero dicha, dicha hasta la hartura: he aquí lo que yo apetecía, lo que ardientemente deseaba. Sin embargo, la barca seguía bajando el curso del río, y el viejo barquero dormitaba inclinado sobre sus remos.

XI

Al salir de casa la mañana siguiente para encaminarme á la de

Gaguine, no me pregunté si estaba enamorado de Annuchka, pero no cesé de pensar en ella, de preocuparme por su suerte. Me convencí de que la comprendía sólo desde la víspera; hasta entonces habíase descarriado de mí. En fin, ahora que se me había revelado, ¡qué hechicera luz rodeaba á su imagen, qué original era y cuánto prometía!

Seguí de propio intento el camino que tantas veces había yo recorrido, dirigiendo á cada paso los ojos á la casita blanca que á lo lejos se mostraba. No tenía fijo mi pensamiento en un remoto porvenir, ni siquiera estaba preocupado por el mañana: ¡era feliz!

Cuando entré en la estancia, ruborizóse Annuchka; advertí que llevaba nuevas galas, pero la expresión de su fisonomía no hacía parejas con su vestir: estaba triste. ¡Y yo que iba tan alegre! Hasta creí notar que, según costumbre, estuvo á punto de huir; pero que habiendo hecho un esfuerzo sobre sí misma, por eso se quedó. Gaguine se encontraba en ese particular estado de exaltación que, como un acceso de furia, acomete á los «aficionados» cuando se imaginan haber sorprendido y fijado el natural.

Estaba de pie, despeluznado y chafarrinado de colores, delante de un lienzo y dando vigorosas pinceladas á diestro y siniestro.

Me saludó con un ademán de cabeza que tenía algo de feroz, retrocedió unos pasos, entornó los ojos y se lanzó de nuevo contra su cuadro. Me guardé mucho de molestarle, y fuí á sentarme junto á Annuchka. Volvió ésta lentamente sus sombríos ojos hacia mi sitio.

—Hoy no está V. como ayer—dije, después de haber intentado en vano hacerla sonreir.

—Es verdad, no soy la misma—me respondió con voz lenta y sorda;—pero eso no importa. ¡No he dormido bien! He estado reflexionando toda la noche.

—¿En qué?

—¡Ah! Dios mío, en muchas cosas. Es una costumbre de mi infancia, de los tiempos en que aún vivía con mi madre.

Pronunció con trabajo esta última palabra, pero la repitió.

—Cuando yo vivía con mi madre... me preguntaba con frecuencia á mí misma por qué ninguno de nosotros sabe nunca lo que le ha de suceder, y cuál es la causa de que, aun previendo una desgracia, no se pueda evitarla. Y también, por qué no se ha de poder decir toda la verdad. Esta noche he pensado en que era preciso instruirme, en que no sé nada; tendría necesidad de una nueva educación, he sido muy mal criada. No he aprendido dibujo, ni piano; apenas si sé coser.

No tengo ningún talento, debe de aburrir mucho mi compañía.

—Es V. injusta consigo misma; ha leído V. mucho, y con su ingenio...

—¿Pero tengo ingenio?—preguntó con un aire curioso tan ingenuo que no pude contener la risa.

—¿Tengo ingenio, hermano mío?—preguntó á Gaguine.

Este no contestó y siguió pintando con encarnizamiento, cambiando á cada instante de pincel y levantando muy en alto la mano á cada toque.

—De veras, á veces no sé lo que tengo en la cabeza—continuó Annuchka, siempre con aspecto pensativo.—Algunas veces, se lo juro á V., tengo miedo de mí misma. ¡Ah! Hubiese querido... ¿Es cierto que las mujeres no deben leer mucho?...

—Mucho no es necesario; pero...

—Dígame V. lo que debiera leer, lo que debiera hacer; seguiré los consejos de V. en todo—añadió, volviéndose hacia mí en un arranque de confianza.

De buenas á primeras no di con lo que debería contestarla.

—¡Veamos! ¿No temería V. hastiarse junto á mí?

—¡Qué extraña duda!

—Pues bien, gracias por esta palabra; porque tenía miedo de que se aburriese V. en mi compañía.

Y estrechó mi mano con la suya, pequeña y ardiente.

—Dígame V., amigo mío—exclamó Gaguine en aquel momento.—¿No es demasiado oscuro este tono?

Me acerqué á él; la joven levantóse y se marchó.

XII

Reapareció al cabo como de una hora en el umbral de la puerta, y me llamó haciéndome señas con la mano.

—Escuche V.—me dijo.—Si me llegase á morir, ¿se disgustaría V. por eso?

—¡Qué ideas tan particulares tiene V. hoy!—exclamé.

—Me imagino que no viviré mucho tiempo. A menudo me parece que todo cuanto me rodea me dice adiós... ¡Antes morir que vivir como...! ¡Ah! No me mire V. así; le aseguro que no finjo; sin eso volvería á tener miedo de V.

—¿Con que ha tenido V. miedo de mí?

—Si soy extravagante, no hay que echármelo en cara. Vea V., ya no me puedo reir...

Permancció triste y meditabunda hasta el fin de la velada. Yo no po-

día comprender lo que pasaba en ella. Sus ojos se fijaban en mí con frecuencia, y mi corazón se oprimía con aquella enigmática mirada. Parecía tranquila, y, sin embargo, al fijar en ella mi vista, conteníame para no decirla que moderase su turbación. La contemplé conmovido; encontraba un tierno hechizo en la palidez difundida por sus facciones, en lo tímido de sus indecisos movimientos.

Durante ese tiempo, imaginábase ella, no sé por qué, que yo tenía mal humor.

—Escuche V.—me dijo antes de marcharme;—lo que temo más que nada es que no me tome V. en serio. En lo sucesivo crea V. en todo lo que le diga; pero á su vez, sea V. franco conmigo, y esté seguro V. de que nunca le diré sino la verdad. Le doy á V. palabra de honor.

Aquella frase de «palabra de honor» me hizo sonreir otra vez.

—¡Ah, no se ría V.!—me dijo con viveza.—De lo contrario, le repetiré lo que V. ayer me decía: «¿Por qué se ríe V.?» ¿Se acuerda—añadió al cabo de un momento de silencio—que ayer me hablaba V. de alas? Pues ya me han nacido esas alas, pero no sé á dónde volar.

—¡Pues, vamos!—respondí.—Tiene V. francos todos los caminos.

Me miró con fijeza algunos instantes.

—Hoy tiene V. mala opinión de mí—dijo frunciendo el entrecejo.

—¡Yo! ¿Mala opinión de V.?...

—¿Qué hacen Vds. ahí, de pie, con esas caras de cuaresma?—preguntó Gaguine en aquel momento. —¿Quieren Vds. que les toque un vals, como ayer?

—¡No, no!—exclamó Annuchka juntando las manos.—¡Hoy, por nada del mundo!

—¡Sosiégate! No quiero contrariarte...

—¡Por nada del mundo!—repitió la joven palideciendo.

«¿Me amará acaso?»—pensé al aproximarme al Rhin, cuyas aguas casi negras corrían con rapidez.

XIII

«¿Me amará acaso?»—preguntábame yo al día siguiente, al despertarme por la mañana.—Temía interrogarme más. Sentía que su imagen, la imagen de la joven de «risa forzada», se había grabado en mi mente, y que no la borraría de allí con facilidad. Me marché á L***, donde estuve todo el día, pero no vi á Annuchka sino de paso. Estaba indispuesta, con jaqueca. No bajó sino

algunos minutos, vendada la frente con un pañuelo. Pálida y tambaleándose, tenía los ojos medio cerrados. Se sonrió un poco, y me dijo:

—Esto pasará; no es nada. Todo pasa, ¿no es así?

Y salió.

Me sentí lleno de tedio, dominado por una sensación de vacío y de tristeza; y, sin embargo, no podía decidirme á partir. Volví tarde á mi casa, sin haberla vuelto á ver.

Pasé toda la mañana del día siguiente con una especie de somnolencia moral. Traté de ponerme á trabajar: imposible, no pude hacer nada. Quise esforzarme por no pensar en ninguna cosa, y tampoco fuí más afortunado. Anduve errante por la villa, regresé á casa, y volví á salir nuevamente.

—¿No es V. el señor N***?—dijo de pronto detrás de mí la voz de un chicuelo.

Me volví y se me acercó un niño:

—De parte de la señorita Ana.—Y me entregó una carta.

La abrí y conocí su escritura rápida é incorrecta. Decía así:

«Es absolutamente preciso que le vea. Vaya V. hoy á las cuatro á la capilla de piedra, en el camino que conduce á las ruinas. He cometido una gran imprudencia. ¡Venga V., en nombre del cielo! Lo sabrá todo. Diga V. al portador: *Sí*.»

—¿Tiene contestación?—preguntó el muchacho.

—Dile á la señorita que *Sí*—le contesté.

Y se alejó corriendo.

XIV

Entré en mi cuarto; y, sentándome, me puse á meditar. Mi corazón palpitaba con fuerza. Releí varias veces la carta de Annuchka. Miré el reloj: no era mediodía.

Abrióse la puerta y entró Gaguine. Le encontré taciturno. Me cogió la mano y la estrechó con fuerza. Se veía que estaba bajo el peso de una profunda emoción.

—¿Qué le ha sucedido á V.?—le pregunté.

Gaguine cogió una silla y se sentó á mi lado.

—Hace tres días—me dijo con sonrisa forzada y voz insegura—que le referí á V. cosas que le sorprendieron; hoy le he de asombrar aún más. Con otro que no fuera V. no me espontanearía con tanta franqueza; pero V. es un hombre de honor y (quiero creerlo) un verdadero amigo. Así, pues, óigame: mi hermana Annuchka ama á V.

Me estremecí y me levanté de pronto.

—¿Su hermana? Me dice V....

—Sí—respondió bruscamente—se lo digo á V.: es una loca, y me hará perder la cabeza. La suerte es que no sabe mentir y todo me lo confía. ¡Ah, que corazón tiene esta niña! ¡Pero se perderá, de seguro!

—Verdaderamente está V. en un error—exclamé interrumpiéndole.

—No, no puedo equivocarme. Ayer estuvo echada todo el día, sin tomar ninguna cosa. Verdad es que no se quejaba de nada, por más que nunca se queja. No tenía yo ninguna inquietud, aunque hacia la tarde tuvo un poco de fiebre. Pero á eso de las dos de la madrugada, vino á despertarme la patrona, y me dijo:

—Vaya V. á ver á su hermana; me parece que está enferma.

Corrí al cuarto de Annuchka y la encontré aún vestida, devorada por la fiebre, hecha un mar de lágrimas; le ardía la cabeza, castañeteaban los dientes.

—¿Qué tienes?—la pregunté.

Se me arrojó al cuello y me dirigió infinidad de ruegos para que me la llevase cuanto antes, si estimaba en algo su vida. Sin poder comprender nada, trato de tranquilizarla; redoblan sus gemidos, y de pronto, en lo más intenso de su dolor, me confiesa... en una palabra, llego á saber que le ama á V.... Mire V. Ambos somos unos hombres hechos y derechos, gobernados por nuestra razón. Pues bien; jamás llegaremos á comprender cuán profundos son los sentimientos que experimenta Annuchka y con qué violencia se manifiestan; tienen algo de imprevistos é irresistibles á la vez, como la explosión de una tempestad. No cabe duda de que V. es un hombre muy digno de que le amen—continuó Gaguine.—Pero, sin embargo, ¿cómo la ha inspirado V. una pasión tan violenta? ¡Eso es lo que no concibo, se lo confieso á V.! Pretende ella que desde el primer día que le vió se sintió atraída por V. Por eso lloraba tanto últimamente al asegurarme que no quería amar á nadie del mundo sino á mí. Piensa que V. la desdeña, por conocer probablemente su origen. Me ha preguntado si había referido á V. su historia. Como puede V. suponer, la he dicho que no; pero me espanta su perspicacia. No desea más que una cosa: marcharse, partir cuanto antes. Me quedé á su lado hasta el amanecer; me hizo que la prometiese ponernos en camino mañana sin falta, y sólo entonces se ha adormilado. Después de madura reflexión, me he decidido á venir para conferenciar con V. acerca de este asunto. A mi parecer, tiene razón mi hermana; lo mejor es partir. Y ya me la hubiera llevado hoy mismo si no se me hubiese ocurrido una idea que me ha parado. ¿Quién sabe?

Pudiera ser que le gustase á V. mi hermana. En ese caso, ¿por qué separarnos? Así, pues, me resolví; y dejando á un lado mi amor propio, apoyándome en algunas observaciones que he hecho... sí... me he decido á venir... á venir á preguntarle á V....

Al llegar aquí Gaguine, se detuvo desconcertado.

—Dígnese V. dispensarme... por favor... No estoy acostumbrado á conversaciones de este género.

Le cogí la mano, y le dige con firmeza:

—¿Quiere V. saber si me gusta su hermana? ¡Sí, me gusta!

Gaguine fijó en mí los ojos, y replicó titubeando:

—Pero, en fin, ¿se casaría V. con ella?

—¿Cómo quiere V. que le responda categóricamente á esta pregunta? Hago á V. juez de ello... ¿Puedo yo ahora...?

—Ya lo sé, ya lo sé — exclamó Gaguine.—No, no tengo derecho á exigirle á V. una respuesta; y la pregunta que acabo de hacerle ataca á todas las conveniencias sociales; pero me he visto obligado á obrar así. ¡Es imprudente jugar con fuego! No puede imaginar V. lo que es Annuchka. Es de esperar que ó caiga enferma, ó que huya, ó bien... ó bien, que le dé á V. citas... Otra sabría disimular sus sentimientos y tener paciencia, pero ella no puede. Esta es su primera prueba: ¡ese es el mal! Si V. hubiera sido testigo del modo cómo sollozaba hoy á mis pies, participaría V. de mis temores.

Me puse á reflexionar. Las palabras de Gaguine «*que le dé á V. citas*» me oprimieron el corazón. Me parecía vergonzoso no corresponder á su honrada franqueza con una confesión leal.

—¡Sí—le dije á la postre—tiene V. razón. Hace una hora he recibido una carta de su hermana: aquí la tiene V.

La cogió, la leyó con rapidez, y dejó caer las manos sobre las rodillas. La sorpresa que expresaban sus facciones hubiera sido divertida, si en aquel momento hubiese estado yo para pensar en reirme.

—Es V. un hombre de honor—me dijo;—mas no por eso estoy menos en vilo acerca de lo que debo hacer. ¡Cómo! ¡Me pide la fuga, y en esta carta se acusa de su imprudencia! Pero, ¿cuándo ha tenido tiempo de escribirle á V.? ¿Y cuáles son sus intenciones para con V.?

Le tranquilicé, y nos pusimos con la mayor sangre fría posible á discutir lo que debíamos hacer. He aquí el partido que tomamos, por último, para precaver cualquiera desgracia. Quedó resuelto que acudiría á la cita y me explicaría lealmente con An-

nuchka; Gaguine se comprometió á quedarse en su casa, sin dar á entender que había visto la carta; además, convinimos en volvernos á ver por la noche.

—Tengo plena confianza en V.—me dijo, apretándome la mano.—Tenga V. miramiento para con ella y conmigo. Mas no por eso dejaremos de irnos mañana, puesto que es cosa segura que no se casará V. con ella—añadió levantándose.

—Deme V. plazo hasta esta noche.

—Concedido. ¡Pero no se casará V. con ella!

Salió. Me eché en el sofá y cerré los ojos. Sentía vértigos: dentro de mi cabeza se habían entrechocado demasiadas impresiones. Tenía mala voluntad á Gaguine por su franqueza. Se la tenía también á Annuchka: me llenaba de gozo su amor... y, sin embargo, sentíame alarmado.

No podía explicarme lo que la indujo á hacerle á su hermano una confesión completa. Lo que sobre todo me causaba un verdadero suplicio era la fatal necesidad de tomar una decisión repentina y casi instantánea.

«¡Casarme con una mocita de diez y siete años, y de un natural como el suyo! ¡Eso es imposible!» —exclamé, levantándome.

XV

A la hora convenida pasé el Rhin, y la primera persona á quien vi en la otra margen fué al mismo chiquillo que había ido en mi busca por la mañana. Parecía aguardarme.

—De parte de la señorita Ana—me dijo, bajando la voz; y me entregó otra carta.

Annuchka me anunciaba el cambio de sitio para la cita. Decía que dentro de hora y media fuese, no á la capilla, sino á casa de doña Luisa; que tocara á la puerta, entrase y subiese al tercer piso.

—¿Otra vez que *Sí?*—me preguntó el chico.

—*Sí*—le contesté, y me dirigí á lo largo de la ribera.

No tenía tiempo suficiente para volverme á casa, y no quise andar vagando por las calles. Detrás de los muros de la villa extendíase un jardinillo, con un juego de bolos bajo un cobertizo, y unas mesas para los bebedores de cerveza. Entré allí.

Varios alemanes de edad madura jugaban á los bolos; rodaban con estrépito las bolas, y de vez en cuando se oían aclamaciones. Una linda criadita, con los ojos hinchados de llorar, me trajo una jarra de cerve-

za; la miré á la cara, dió me dia vuelta más que á escape, y se alejó.

—¡Sí, sí!—murmuró un gordo y coloradote vecino, que estaba sentado cerca de mí.—Nuestra Hanuchen está hoy muy afligida, porque su novio ha sentado plaza.

La miré en aquel momento: retirada en un rincón, tenía puesta una mejilla sobre una mano, y gruesas lágrimas escurrían lentamente á lo largo de los dedos. Alguien hubo de pedir cerveza: llevóle un jarro y se volvió á su sitio. Aquel dolor repercutía en mí; me puse á pensar en mi cita con tristeza é inquietud. No acudía satisfecho á esa entrevista, no podía abandonarme en ella á los goces de un amor correspondido: tenía que cumplir mi palabra, realizar una tarea difícil. *Es imprudente jugar con fuego.* Aquella expresión, usada por Gaguine al hablar de su hermana, había penetrado como una flecha de acero hasta el fondo de mi alma. Sin embargo, tres días antes, en aquella barca arrastrada por las ondas, ¿no me vi atormentado por una sed de ventura? Ahora podía satisfacerla y vacilaba; rechazaba esa dicha, me veía forzado á rechazarla; asustábame lo que tenía de imprevista. La misma Annuchka, con su cabeza caliente y su educación, aquella niña extraña y llena de seducciones, francamente lo confieso, me daba miedo.

Largo tiempo pugnaron en mí esos sentimientos. Acercábase el instante prefijado. «No puedo casarme con ella—me dije al fin—¡ignorará que la he amado!»

Me levanté, puse un *thaler* en la mano de la pobre Hanuchen (quien ni siquiera me dió las gracias) y me dirigí hacia la casa de doña Luisa.

Las sombras de la tarde descendían ya por el aire, y encima de la oscura calle se extendía una estrecha zona de cielo teñida de púrpura por el sol poniente. Llamé á la puerta con suavidad, y se abrió en seguida.

Pasé los umbrales y me encontré en una completa oscuridad.

—Por aquí—me dijo una voz cascada—le esperan á V.

Di algunos pasos á tientas y una mano huesuda se apoderó de la mía.

—¿Es V. doña Luisa?—pregunté.

—Sí, yo soy, buen joven.

La anciana me hizo subir por una escalera muy pina y se detuvo en el rellano del tercer piso. Reconocía entonces, con la débil luz que dejaba pasar una pequeña claraboya, el arrugado rostro de la viuda del burgomaestre. Una sonrisa picaresca y dulzarrona entreabría su desdentada boca y hacía guiñar sus ojos apagados. Me señaló una puer-

ta. La abrí con un movimiento convulsivo y la volví á cerrar con fuerza tras de mí.

XVI

El cuartito dentro del cual me hallé estaba bastante oscuro, y pasó un rato antes de que pudiese ver á Annuchka.

Estaba sentada junto á la ventana, cubierta con un gran chal, con la cabeza vuelta y casi escondida, como un pájaro asustado. Sentí profunda compasión por ella; me acerqué, y volvió todavía más la cabeza.

—¡Ana Nikolavna!—exclamé.

Se volvió con viveza, y quiso fijar su vista en la mía, pero no tuvo fuerzas para ello. Me apoderé de su mano, que permaneció como la de una muerta, inmóvil y helada entre las mías.

—Quería—dijo con un esfuerzo para sonreirse, pero sus pálidos labios no se prestaron á hacerlo—quería... ¡No, imposible!—murmuró y callóse; en efecto, su voz se debilitaba á cada palabra.

Me senté junto á ella.

—¡Ana Nicolavna!—dije otra vez, y tampoco yo pude añadir nada más.

Reinó un gran silencio. La contemplaba reteniendo su mano entre las mías. Doblada sobre sí misma, respiraba con pena y se mordía con suavidad el labio inferior, á fin de contener y no dejar que se escapasen las lágrimas que pugnaban por abrirse paso. Continué mirándola: su actitud inmóvil y tímida tenía una expresión de debilidad profundamente enternecedora. Diríase que se había desplomádo anonadada sobre aquella silla, de donde no podía moverse. Mi alma llenóse de conmiseración.

—¡Annuchka!—la dije en voz baja.

Alzó lentamente los ojos hacia mí.

¡Oh mirada de la mujer cuyo corazón acaba de abrirse al amor! ¿Dónde hallar palabras con que describirte?... Aquellos ojos suplicaban, interrogaban, se entregaban... No pude resistirlos; un fuego sutil circuló por mis venas, me incliné sobre su mano y la cubrí de besos... De repente hirió mis oídos un sonido tembloroso, análogo á un sollozo entrecortado; sentí pasar sobre mis cabellos una mano que temblaba como la hoja en el árbol. Levanté la cabeza y vi su rostro... ¡Qué súbita transfiguración la suya!... ¡Había desaparecido el espanto, la mirada vagaba no sé por dónde y me invitaba á seguirla, sus

labios se habían entreabierto un poco, y sólo su frente conservaba la palidez del mármol, al paso que los rizos de su cabellera flotaban detras de su cabeza cual si un soplo de viento los hubiese rechazado!

Me olvidé de todo, la traje hacia mí por su mano, que no oponía resistencia alguna, y á cuyo impulso obedeció siguiéndola su cuerpo entero; después deslizósele el chal á lo largo de los hombros, inclinó la cabeza y la apoyó dulcemente sobre mi pecho, bajo la impresión de mis besos ardorosos...

—¡Vuestra!—murmuró con voz desfallecida.

De pronto me hirió como el rayo el recuerdo de Gaguine.

—¿Qué estamos haciendo?—exclamé, echándome convulsivamente para atrás.—¡Su hermano lo sabe todo, sabe que estamos aquí juntos!

Annuchka volvió á desplomarse en la silla.

—Sí—dije levantándome y apartándome de ella.—¡Vuestro hermano lo sabe todo!... Me he visto obligado á confesárselo todo.

—¿Obligado?—balbuceó ella.

Veíase que apenas me comprendía.

—Sí, sí—repetí con una especie de dureza.—¡De V. es la culpa, de V., de V. sola! ¿Qué motivo tenía V. para entregarle su secreto? ¿Estaba V. obligada á confesárselo todo á su hermano? Vino esta mañana á verme, y me repitió toda vuestra conversación.

Intentaba no mirarla más, é iba andando á paso largo por la estancia.

—Ahora—continué—todo está perdido, todo, absolutamente todo.

Annuchka quiso levantarse.

—¡Quédese V.!—exclamé.—Quédese V., se lo ruego; no tema nada, trata V. con un hombre de honor. Pero, ¡en nombre del cielo, hable V.! ¿Cuál ha sido la causa de alarmarse? ¿Había yo cambiado de conducta para con V.? En cuanto á mí, cuando su hermano fué á verme hoy, no pude hacer otra cosa sino confesarle dónde estábamos juntos.

—¿Por qué decirle todo esto?—pensé.

Y la idea de que yo era un cobarde seductor, que Gaguine estaba enterado de nuestra cita, que todo estaba descubierto y perdido sin remedio, cruzaba sin cesar por mi mente.

—Yo no he hecho llamar á mi hermano esta noche—dijo con voz ahogada;—él vino por sí mismo.

—Vea V., sin embargo, á lo que ha conducido eso. Ahora quiere V. marcharse...

—Sí, es preciso que me vaya—me dijo con voz muy débil.—Sólo

he rogado á V. que viniese aquí para darle la despedida.

—¿Y acaso cree V.—exclamé—que el separarme no le costará nada á mi corazón?

—Pues entonces, ¿por qué era preciso que hiciese V. confidencias á mi hermano?—replicó Annuchka con tono de extrañeza.

—Se lo repito á V.: no pude pasar por otro punto. ¡Si V. no se hubiese hecho traición á sí misma!...

—Me había encerrado en mi cuarto —contestó ella con candidez—é ignoraba que la patrona tuviera otra llave de él.

Esta excusa inocente me encolerizó casi en aquel instante... y ahora no puedo pensar en ella sin profunda emoción. ¡Pobre niña, alma honrada y franca!

—Así, pues, todo ha concluido —repliqué otra vez—concluido... y es preciso separarnos...

La miré á hurtadillas... Tenía el rostro enrojecido; apoderábanse de ella la vergüenza y el terror, yo lo veía demasiado bien. Por mi parte, iba y venía, sin dejar de hablar como presa de un acceso de fiebre.

—¡Había dentro de mi alma—continué—un sentimiento que comenzaba á germinar y al que no le ha dado V. tiempo para que se desarrollase! V. misma ha roto el lazo que nos unía; le ha faltado confianza en mí.

Mientras hablaba yo, Annuchka se había inclinado cada vez más hacia adelante... De pronto cayó de rodillas, ocultó el rostro entre las manos y se puso á sollozar. Corrí hacia ella y traté de levantarla, pero oponía tenaz resistencia.

Las lágrimas de una mujer me sacan de quicio. Exclamé:

—¡Ana Nicolavna!... Annuchka... por favor... en nombre del cielo... sosiéguese V.... ¡se lo suplico!

Y volví á coger su mano entre las mías.

Pero en el momento que menos me lo esperaba, levantóse ella de repente; luego, con la rapidez del relámpago, corrió hacia la puerta y desapareció.

Doña Luisa, que entró en el cuarto algunos instantes después, me encontró en el mismo sitio, como herido por el rayo.

No pude comprender cómo había podido aquella entrevista concluir tan pronto y de un modo tan ridículo, antes de que yo hubiese expresado ni la centésima parte de lo que me proponía decir, ni siquiera antes de que pudiese precaver cuales serían las consecuencias.

—¿Con que se ha marchado la señorita?—me preguntó doña Luisa, levantando sus cejas amarillas hasta el vértice de su frente.

La miré con aire atontado y salí.

XVII

Atravesé la villa y marché en derechura por los campos. Un violento despecho me roía el corazón. Me abrumaba á mí mismo de recriminaciones. ¿Cómo no me había dado cuenta del motivo que indujo á la joven á cambiar el sitio de nuestra entrevista? ¿Cómo no había yo hecho aprecio de cuánto le debió de costar el decidirse á ir á casa de aquella anciana? ¿Cómo, en fin, no la había detenido?

Solo con ella, en aquel cuarto oscuro y aislado, tuve valor para rechazarla y dirigirla amonestaciones; y ahora su imagen me perseguía y la imploraba perdón... Su pálido rostro, sus ojos tímidos y llenos de lágrimas, sus cabellos en desorden cayendo sobre su cuello inclinado, el contacto de su frente que apoyó en mi pecho; todos esos recuerdos me ponían fuera de mí y aún me parecía oirla murmurar *¡Vuestra!*

Repetíame yo: «He obedecido á la voz de mi conciencia...» ¡Pero, no! Era falso, pues de seguro que mis deseos nunca hubieran exigido semejante desenlace... Y luego... separarme de ella, vivir sin ella... ¿Tendría yo fuerzas para tanto?... ¡Insensato! ¡Miserable insensato de mí!—exclamé al cabo con ira.

Durante ese tiempo había llegado la noche. Me dirigí á paso largo hacia la vivienda de Annuchka.

XVIII

Gaguine salió á mi encuentro y me gritó desde lejos:

—¿Ha visto V. á mi hermana?

—Pues qué, no está en casa?—le pregunté.

—No.

—¿No ha vuelto?

—No... pero tengo que vituperarme una cosa—continuó.—A pesar de la promesa que hice á V., no he podido contenerme sin ir á la capilla. No la he encontrado allí. ¿Acaso no ha comparecido en ese sitio?

—No, no ha ido á la capilla.

—¿Y no la ha visto V.?

Me vi obligado á confesar que la había visto.

—¿Pues dónde?

—En casa de doña Luisa... La he dejado hace una hora; pensé que estaba de regreso.

—Aguardémosla—me dijo Gaguine.

Entramos en la casa y me senté junto á él.

Estábamos en silencio; ambos sentíamos una penosa contrariedad. Con el oído alerta al más ligero rumor, ora nos mirábamos con el rabillo del ojo, ora clavábamos la vista en la puerta.

—¡No puedo resistir más!—dijo levantándose.—Me hará morir de inquietud. Vamos en su busca.

—¡Sí, vamos!

Salimos. Era enteramente de noche.

—Veamos, ¿cómo ha pasado eso? —preguntó Gaguine, calándose el sombrero hasta los ojos.

—Nuestra entrevista no ha durado á lo sumo más que cinco minutos, y la he hablado como habíamos convenido.

—¿Sabe V.?—me dijo.—Creo que haríamos mejor en separarnos. Busquémosla cada uno por su lado, es el medio de encontrarla más pronto; pero en todo caso vuelva V. por casa dentro de una hora.

XIX

Bajé rápidamente la senda que atravesaba los viñedos y entré en la villa; después de haber recorrido todas las calles deprisa y dado un vistazo por todas partes, incluso á las ventanas de doña Luisa, me acerqué al Rhin y me puse á seguir la orilla corriendo; acá y acullá veía formas femeninas, pero ninguna era Annuchka. No es el despecho lo que me corroía, sino un secreto terror; aún más: sentía remordimiento, la más ardiente conmiseración, amor, en fin, sí, el más tierno amor. Me retorcía los brazos, llamaba á Annuchka en medio de las crecientes tinieblas de la noche, al principio á media voz, luego cada vez más alto. Repetí cien veces que la amaba, jurando no abandonarla. Hubiera dado todo lo del mundo por apretar de nuevo su yerta mano, por oir de nuevo su tímida voz, por volverla á ver ante mis ojos. ¡Había estado tan cerca de mí, habíaseme presentado con tanta resolución, con toda la franqueza de su pecho, trayéndome su juventud, su candor...! ¡Y yo no la había estrechado entre mis brazos, me había privado de la ventura de ver regocijarse su rostro hechicero!... ¡Esta idea me volvía loco!

«¿Dónde se habrá ido? ¿Qué habrá hecho?...»—exclamaba yo, con la impotente rabia de mi desesperación.

De pronto se me apareció á orillas del agua una cosa blanquecina.

Conocía aquel lugar. Allí, sobre la tumba de un hombre que se había ahogado setenta años antes, alzábase una cruz de piedra medio hundida en el suelo y cubiérta de caracteres ilegibles. Mi corazón palpitaba como si fuese á romperse. Corrí hasta la cruz; la forma blanca había desaparecido.

—¡Annuchka!—grité con una voz tan salvaje, que me asusté yo mismo.

Pero nadie me respondió. Al fin me decidí á ir á saber si Gaguine la había encontrado.

XX

Al subir á escape por el camino de las viñas, vi luz en el cuarto de Annuchka; eso me tranquilizó un poco. Me acerqué á la casa. La puerta estaba cerrada. Llamé. Una ventana sin iluminar se abrió con suavidad en el piso bajo, y Gaguine asomó la cabeza por ella.

—¿La ha encontrado V.?—le pregunté.

—Ha vuelto—me contestó en voz baja.—Está en su cuarto; va á acostarse. Todo va bien.

—¡Alabado sea Dios!—exclamé en un rapto de indecible alegría.—¡Bendito sea Dios! Ahora todo va bien. Pero ya sabe V. que aún tenemos que hablar nosotros.

—Ahora no—me respondió medio cerrando la ventana.—Otra vez será... Mientras tanto, ¡adiós!

—¡Hasta mañana!—le dije.—Mañana se decidirá todo.

—¡Adiós!—repitió Gaguine. Y cerró la ventana.

Estuve á pique de llamar en ella. ¡Tenía unas ganas de decir á Gaguine en el mismo instante que le pedía la mano de su hermana! ¡Pero una proposición de matrimonio á tales horas... «¡Hasta mañana—pensé—mañana seré feliz...!»

La felicidad no tiene mañana, no tiene ayer; no se acuerda del pasado, no piensa en el porvenir; no conoce más que el presente, y aun ese presente no es un día sino un instante.

No sé cómo volví á Z***. No eran las piernas quienes me llevaban, no fué una barca lo que me transportó á la otra margen; levantáronme en alto no sé qué alas anchas y potentes.

Pasé por delante de un matorral donde cantaba un ruiseñor. Me detuve, le escuché largo tiempo; me pareció que entonaba el epitalamio de mi amor y de mi felicidad.

XXI

Al acercarme la mañana siguiente á la casita blanca, me llamó la atención ver abiertas las ventanas, así como la puerta de entrada. En los umbrales había pedazos de papel desparramados. Una criada, escoba en mano, se presentó en la puerta. Me dirigí hacia aquella parte.

—¡Se han marchado!—me gritó, antes de que yo la preguntase si Gaguine estaba en casa.

—¡Marchado!—repetí.—¿Cómo es eso? ¿A dónde van?

—Salieron esta mañana á las seis, y no han dicho á dónde iban. Pero, ¿no es V. el señor N...?

—Sí.

—Pues bien; mi ama tiene una carta para V.

Subió, y volvió con una carta en la mano.

—Tome V., aquí está.

—Debe haber algún error en esto, ¡es imposible!—balbuceé.

La criada me miró con aire estúpido, y se puso á barrer.

Abrí la carta: era de Gaguine. ¡Ni un renglón de Annuchka!

Comenzaba rogándome que le dispensara por lo precipitado de la marcha, añadiendo que cuando recobrase yo la sangre fría, aprobaría sin duda su determinación. Esta era el único medio de salir de una situación difícil y que pudiera llegar á ser peligrosa.

«Ayer noche, mientras esperábamos silenciosos á Annuchka, me confirmé en la necesidad de una separación. Hay preocupaciones que respeto: comprendo que V. no pueda casarse con ella. Todo me lo ha contado; y por la tranquilidad suya, he tenido que ceder ante sus apremiadoras súplicas.»

Al final de la carta manifestaba el pesar que sentía al romper tan pronto nuestras amistosas relaciones; luego hacía votos por mi ventura, me estrechaba la mano y me pedía por favor que no intentase reunirme con ellos.

—¡Conque cuestión de preocupaciones!—exclamé como si pudiera oirme...—¡Necedades! ¿Con qué derecho me la puede arrebatar?

Me agarré la cabeza con desesperación.

Habiéndose puesto la criada á llamar á gritos á su ama, su espanto me hizo entrar en razón. Me sentí dominado por una sola idea: ¡encontrarlos, encontrarlos á todo precio! ¡Soportar semejante golpe, resignarse con un desenlace de ese género, era en verdad superior á mis fuerzas! Por la patrona supe

que habían partido á las seis de la mañana para bajar por el Rhin en un barco de vapor. Me encaminé al despacho y me dijeron que habían tomado billetes para Colonia. Volví á casa para empaquetar mis efectos y seguir inmediatamente la pista.

Cuando pasaba por delante de la casa de doña Luisa, oí que me llamaban. Alcé la cabeza y vi á la viuda del alcalde asomada á la ventana donde la víspera había yo visto á Annuchka. En sus labios vagaba esa sonrisa cargante que la caracterizaba. Me llamó por señas. La volví la espalda y me disponía á seguir adelante, pero me dijo á voz en grito que tenía que entregarme una cosa; estas palabras me detuvieron, y entre en la casa. ¿Cómo expresaros mi emoción al encontrarme dentro de aquel cuartito?

—A decir verdad— comenzó la vieja, enseñándome una carta—no debía entregársela sino en el caso de que V. viniera á verme, por su propio impulso. ¡Pero es V. tan guapo mozo! ¡Tome!

Cogí la carta y leí en un pedacito de papel las líneas siguientes, escritas de prisa y corriendo, con lápiz:

«¡Adiós! Ya no nos veremos más. No me alejo por orgullo, sino porque no puedo hacer otra cosa. Ayer, cuando yo lloraba delante de V., si me hubiese dicho *una* palabra, *una sola palabra*, me hubiera quedado. Pero no la dijo V.... ¿Quién sabe? ¡Quizá sea mejor que así haya sucedido! ¡Adiós para siempre!»

¡No esperaba más que *una sola palabra!* ¡Qué insensato fuí! Esa *palabra* la repetía yo la víspera entre lágrimas, arrojándola á los vientos, gritándola en medio de los desiertos campos. ¡Pero yo no la había dicho, no la dije que la amaba! Sí, entonces me fué imposible pronunciar esa palabra. En aquella estancia fatal, donde me había visto á solas con ella, aún no tenía clara conciencia de mi amor. Ni siquiera se despertó cuando estaba con su hermano, en un silencio triste y estúpido... No había brotado súbito é irresistible sino pocos instantes después, cuando, despavorido por la idea de una desgracia, me puse á buscarla llamándola con fuertes gritos. ¡Pero entonces era ya demasiado tarde!

—Eso es imposible—se me dirá. —No sé si es posible, pero así sucedió. Annuchka no se hubiera marchado si hubiese tenido la menor coquetería, si no se hubiese encontrado en una posición esencialmente falsa. Encontraba ella intolerable una situación indecisa, que cualquiera otra mujer hubiese aceptado. No se me ocurrió esto. Mi mal genio había contenido esta confesión que acudía á mis labios cuando tuve mi última entrevista con Gaguine,

al pie de su oscura ventana, y de esta suerte se me había escapado de las manos el postrer hilo que aún podía yo agarrar.

Me volví el mismo día á L*** con mi equipaje y salí para Colonia. Me acuerdo de que en el momento de zarpar el barco de la orilla, y cuando decía adiós á todas aquellas calles, á todos aquellos lugares que ya no podría olvidar nunca, vi á Hanuchen, la criadita. Estaba sentada en un banco junto á la ribera; aunque todavía pálida, su rostro no estaba ya entristecido. Un guapo mozo estaba junto á ella, hablándola risueño; mientras que, desde la otra margen del Rhin, mi Virgencita, perdida entre el oscuro follaje del fresno viejo, me seguía tristemente con la mirada.

XXII

En Colonia encontré la pista de Gaguine y de su hermana: supe que habían salido para Londres. Inmediatamente me dirigí á esta ciudad: todas las investigaciones que hice allí fueron infructuosas. Durante mucho tiempo no me desalenté; durante mucho tiempo di pruebas de una tenaz perseverancia. Pero á la postre, me fué preciso renunciar á la esperanza de reunirme con ellos.

¡Y ya no los volví á ver! ¡No vi más á Annuchka!... Más tarde me dieron vagas noticias de su hermano; respecto á ella, jamás he vuelto á oir hablar nada, ni siquiera sé si vive aún.

Hace algunos años, en un viaje que hice, entreví por un instante en la portezuela de un vagón una mujer cuyo rostro tenía parecido con aquellas facciones que nunca olvidaré. ¡Pero esa semejanza quizá no era sino efecto de la casualidad! Annuchka ha permanecido en mi memoria siendo la adolescente á quien en nuestra postrera entrevista vi pálida y temblorosa, apoyada en el respaldo de una silla de madera, en el ángulo oscuro de una estancia aislada.

Aparte de eso, debo confesar que mi dolor no fué muy duradero. Bien pronto llegué á persuadirme de que me había sido favorable la suerte al impedir mi enlace con ella; y de que una mujer de ese carácter de seguro que no me hubiera hecho dichoso. Por aquella época aún era yo joven, y ese tiempo tan breve y fugaz que se llama «lo por venir» me parecía infinito. Lo que encontré una vez en mi camino—me decía—¿no puedo encontrarlo de nuevo, más encan-

tador y más completo? Después he conocido otras mujeres... pero aquel sentimiento tan tierno, que antaño me inspiró Annuchka... eso no se ha vuelto á renovar. No, ninguna mirada ha reemplazado para mí á la de aquellos ojos fijos en los míos; no he vuelto á estrechar contra mi pecho otro corazón á cuyas palpitaciones respondiera el mío con una embriaguez tan regocijada. Condenado á la solitaria existencia del hombre errante y sin hogar doméstico, llego ya á los días más tristes de la vida. Pero conservo como una reliquia sus dos cartitas y una rama seca de geranio, la que cierto día me arrojó desde la ventana. Aún exhala ahora tenue olor; al paso que la mano que me la dió, aquella mano que sólo una vez pude oprimir contra mis labios, quizá esté reducida á polvo hace largo tiempo. Y yo mismo, ¿en qué me he convertido? ¿Qué ha quedado en mí del hombre de otros días, de todas aquellas agitaciones, de mis proyectos, de mis ambiciosas esperanzas? ¡Así el tenue aroma de una brizna de hierba sobrevive á todas las alegrías y á todos los dolores humanos, sobrevive al hombre mismo!

Iván Turguenef.

EL CURA DE CUCUÑÁN

Todos los años, por las Candelas, los poetas provenzales publican en Aviñón un regocijado librito lleno hasta los bordes de versos hermosos y de bonitos cuentos. Acábame de llegar el de este año, y en él encuentro un adorable cuento en verso, que voy á tratar de traduciros abreviándolo un poco... Parisienses, preparad vuestras canastas. Esta vez se os va á servir fina flor de harina provenzal.

El abate Martín era cura... de Cucuñán.

Bueno como el pan, franco como el oro, amaba paternalmente á sus cucuñanenses. Cucuñán hubiera sido para él el paraíso en la tierra, si los cucuñanenses le hubiesen dado un poco más de satisfacción. Pero, ¡ay!, las arañas tejían en su confesonario, y el hermoso día de Pascua las hostias permanecían en el fondo de su sagrado copón. El buen sacerdote tenía lacerado el corazón con esto, y no cesaba de pedir á Dios de continuo la merced de no morirse antes de haber vuelto al redil su descarriado rebaño.

Pues bien, vais á ver cómo Dios le oyó.

Un domingo, después del Evangelio, el señor Martín subió al púlpito, y dijo:

«Hermanos míos, creedme si queréis: la otra noche, ¡mísero de mí, pecador!, me hallé á las puertas del paraíso.

»Llamé: ¡abrióme San Pedro!

—»¡Caramba! ¿Es V., mi buen señor Martín? — me dijo. —¿Qué buen viento le trae por acá? ¿En qué puedo servirle?

—»Buen San Pedro, Vmd. que tiene el gran libro y las llaves, pudiera decirme (si no peco de curioso

en demasía), ¿cuántos cucuñanenses tienen Vds. en el paraíso?

— »No puedo negarle nada, señor Martín; siéntese, vamos á ver la cosa juntos.

»Y San Pedro cogió su abultado libro, lo abrió y se puso las antiparras.

— » Veamos un poco: ¿Cucuñán, decimos? Cu... Cu... Cucuñán. Aquí está. ¡Cucuñán!... Mi buen señor Martín, toda la página está en blanco. ¡Ni un alma!... No hay aquí más cucuñanenses que espinas en una pava.

— » ¡Cómo! ¿Nadie de Cucuñán aquí? ¿Nadie? ¡No es posible! Mire Vmd. mejor...

— »Nadie, santo varón. Mire V. mismo, si piensa que me burlo.

»Yo ¡por vida! hería el suelo con los pies, y juntando las manos clamaba misericordia. Entonces, San Pedro dijo:

— »Créame, señor Martín, no hay que tomarse tanta desazón, pues podría darle un arrebato de sangre. Después de todo, V. no tiene la culpa. Mire, sus cucuñanenses de seguro que deberán estar pasando su cuarentenilla en el purgatorio.

— » ¡Ah! ¡Por caridad, excelso San Pedro, haga V. que á lo menos pueda verlos yo y consolarlos!

— » Con mucho gusto, amigo mío... Mire, cálcese pronto estas sandalias, porque los caminos no están nada buenos... Bien... Ahora camine en derechura. ¿Ve V. allá abajo, en el fondo, á la vuelta? Pues allí encontrará V. una puerta de plata, llena de cruces negras... á mano derecha... Llame y le abrirán. ¡Adiós! Conservarse tan sano y tan guapo.

»¡Y anduve... anduve! ¡Vaya un trajín! Carne de gallina se me pone, sólo de pensarlo. Un senderito lleno de cambroneras, de carbunclos relucientes y de culebras que silbaban, me llevó hasta la puerta de plata.

—»¡Tan, tan, tan!

—» ¿Quién llama?—me dijo una voz ronca y quejumbrosa.

—»El cura de Cucuñán.

—»¡Ah!... Pase V.

»Entré. Un ángel grande y hermoso, con alas oscuras como la noche y un traje talar resplandeciente como el día, con una llave de diamante colgando del cinturón, escribía *cra-cra,* en un gran librote más gordo que el de San Pedro...

—»Acabe pronto, ¿qué quiere V. y qué pregunta?—dijo el ángel.

—»Bello ángel de Dios, quiero saber (si no peco tal vez de curioso) si tienen Vds. aquí á los cucuñanenses.

—»¿Los...?

—»Los cucuñanenses, las gentes de Cucuñán... Que yo soy su párroco.

—»¡Ah! El abate Martín, ¿no es eso?

—»Para servir á Vmd., señor ángel.

—»Decía V. que Cucuñán...

»Y el ángel va y abre su gran libro, mojando el dedo en saliva para que las hojas corran mejor...

—»¿Cucuñán?—dice, exhalando un largo suspiro.—Señor Martín, en el purgatorio no tenemos á nadie de Cucuñán.

—»¡Jesús, María y José! ¡Nadie de Cucuñán en el purgatorio! ¡Santo Dios! Pues ¿dónde están?

—»¡Eh, santo varón! Estarán en el paraíso. ¿Dónde diantres quiere V. que estén?

—»¡Pero si vengo de allí, del paraíso!...

—»¿Que viene V. de allí? Bueno, ¿y qué?

—»Bueno, ¿y qué?... ¡Que no están allá!... ¡Ah Santa Madre de los ángeles!

—»¿Qué quiere V., señor cura? Si no están en el paraíso ni en el purgatorio, ¡qué duda tiene! están en el...

—»¡Santísima cruz! ¡Jesús, hijo de David! ¡Ay, ay, ay! ¿Es posible?... ¡Habrá mentido el gran San Pedro!... ¡Sin embargo, no he oído cantar el gallo!... ¡Ay, pobres de nosotros! ¿Cómo he de ir al paraíso, si allí no están mis cucuñanenses?

—»Oiga, mi pobre señor Martín; puesto que se empeña, cueste lo que cueste, en estar bien seguro de todo ello, y ver por sus propios ojos lo que haya, tome V. esa senda y ande á buen paso, si sabe correr... A la izquierda encontrará un gran portal. Allí le darán razón de todo. ¡Váyase con Dios!

»Y el ángel cerró la puerta.

»Era un largo sendero, empedrado todo él de brasas rojas. Tambaleábame, como si hubiese bebido; á cada paso un tropiezo; iba chorreando agua, en cada pelo de mi cuerpo había una gota de sudor y jadeaba de sed... Pero, á fe mía, gracias á las sandalias que me prestó el buen San Pedro, no me abrasaba los pies.

»Así que hube dado muchísimos pasos renqueando, vi á la mano izquierda una puerta... no, un portón, un enorme portón, abierto de par en par, como la puerta de un gran horno. ¡Oh, hijos míos, qué espectáculo! Allí no me preguntan

mi nombre, allí no hay registro. Por hornadas y con puerta franca éntrase allá, hermanos míos, lo mismito que entráis vosotros el domingo en la taberna.

»Sudaba yo la gota gorda, y sin embargo estaba yerto, escalofriado. Poníanseme los pelos de punta. Olía á chamusquina, á carne asada, algo así como el olor que se difunde por nuestro Cucuñán cuando el albéitar Eloy quema el casco de un burro viejo al herrarlo. En aquel aire pestífero y caluroso me quedaba sin aliento; oía un clamor horrible, gemidos, aullidos y juramentos.

—»¡Vamos, tú! ¿Entras ó no entras?—me dijo un demonio cornudo, pinchándome con su tenedor.

—»¿Yo? No entro. Soy un amigo de Dios.

—»¿Conque eres un amigo de Dios?... ¡Eh, bribón de tiñoso! ¿Qué vienes á hacer aquí?...

—»Vengo... ¡Ah, no me hables de eso, que ya no puedo tenerme en pie!... Vengo... vengo de lejos... á preguntarle á V. humildemente... si... si, por casualidad... hay aquí... alguno... alguno de Cucuñán...

—»¡Ah, fuego de Dios! Te haces el tonto, como si no supieras que todo Cucuñán está aquí. Mira, cuervo feo, mira y verás cómo apañamos aquí á tus famosos cucuñanenses...

»Y en medio de un espantoso torbellino de llamas, vi:

»Al larguirucho de Coq-Galine (todos le habéis conocido, hermanos míos); Coq-Galine, aquel que se emborrachaba tan á menudo, y con tanta frecuencia sacudía las pulgas á su pobre Clairon.

»Vi á Catarinet... aquella mendiga pequeña... con su nariz al aire... que dormía sola en el hórreo... ¿Os acordáis, tunantones?... Pero, chito; he dicho lo bastante.

»Vi á Pascal Doigt-de-Poix, que hacía su aceite con las olivas del señor Julien.

»Vi á Babet, la espigadora, que al espigar, para atar más pronto su gavilla, robaba á puñados en los montones de haces.

»Vi al maestro Grapasi, que aceitaba tan bien la rueda de su carretón.

»Y á Dauphine, que vendía tan cara el agua de su pozo.

»Y al Tortillard, que cuando me encontraba llevando al Santísimo seguía como si tal por su camino, calada la gorra en la cabeza y con la pipa en el morro, y orgulloso como Artabán... cual si se hubiese topado con un perro.

»Y á Coulau con su Zette, y á Santiago, y á Pedro y Antonio...»

Conmovido y pálido de miedo, gimió el auditorio al ver en el infierno, abierto de par en par, quién á su padre y quién á su madre, éste á su abuela, estotro á su hermana...

—«Ya comprenderéis, hermanos míos—prosiguió el buen abate Martín—ya comprenderéis que esto no puede continuar así. Tengo cura de almas, y quiero, ¡quiero! salvaros del abismo adonde todos estáis en vías de rodar cabeza abajo. Mañana pongo manos á la obra, mañana mismo, sin tardar. ¡Y no faltará quehacer! He aquí cómo voy á arreglármelas. Para que todo ande bien, hay que hacerlo todo con orden. Iremos en filas, como en Jonquières cuando hay baile.

»Mañana, lunes, confesaré á los viejos y viejas. Esto no es nada.

»El martes, á los chiquillos. Pronto acabaré.

»Miércoles, los mozos y las mozas. Esto podrá ser largo.

»Jueves, los hombres. Cortaremos por lo sano.

»Viernes, las mujeres. Diré: ¡nada de chismes!

»Sábado, ¡el molinero!... No es mucho un día sólo para él...

»Y si el domingo hemos acabado, seremos muy felices.

»Ya veis, hijos míos; cuando el trigo está maduro, hay que segarlo; cuando el vino está echado, hay que beberlo. Basta ya de ropa sucia; se trata de lavarla, y de lavarla bien.

»Esta es la gracia que á todos os deseo. *Amén.*»

Dicho y hecho. Hubo colada de lejía.

Desde aquel memorable domingo, el aroma de las virtudes de Cucuñán se respira á diez leguas en contorno.

Y el buen pastor, Sr. Martín, dichoso y lleno de regocijo, soñó la otra noche que, seguido de todo su rebaño, subía el clarísimo camino de la ciudad de Dios, en resplandeciente procesión, en medio de los cirios encendidos, de una nube de incienso que embalsamaba, y de los niños de coro cantando el *Te Deum*.

Y hete aquí la historia del cura de Cucuñán, tal como me ha mandado contárosla ese gran tunarra de Roumanille, quien la sabía á su vez por otro buen compañero.

ALFONSO DAUDET.

LAS DOS MARGARITAS

I

Lambert y Landry, que no eran felices en el seno de su familia, por ser hijos de unas gentes muy pobres, resolvieron ir á correr mundo en busca de fortuna. Pusiéronse en camino una mañanita de primavera. Landry tenía quince años, Lambert diez y seis; eran, pues, muy jóvenes para vagabundear de aquella suerte; á la vez que mucha esperanza, tenían poca inquietud. Pero confortáronse grandemente con una aventura que les ocurrió en los comienzos del viaje.

Al bordear los linderos de un bosquecillo, salió al encuentro de ellos una dama; iba engalanada toda con flores; los botones de oro y las pimpinelas sonreíanse entre sus cabellos, las volúbilis que formaban guirnaldas en su vestidura caían hasta sus breves zapatitos de musgo semejante á terciopelo verde; sus labios parecían una eglantina y sus ojos dos coronillas azules. Cada vez que se movía, volaban desde ella las mariposas como una rociada. No es sorprendente que así fuese, puesto que era el hada Primavera, á quien desde Abril se la ve pasar cantando por los bosques reverdecidos y por las praderas esmaltadas otra vez de flores.

—Vaya—dijo á los dos hermanos—puesto que partís para un largo viaje, quiero hacer un regalo á cada uno de vosotros. Landry, toma esta margarita; y tú, Lambert, recibe una margarita también. Os bastará arrancar un pétalo á estas flores y tirarlo lejos, para sentir en el mismo instante un placer sin igual y que será precisamente aquel que hayáis deseado. Idos, seguid vuestro camino, y tratad de hacer

buen uso de los presentes de la Primavera.

Con mucha cortesía dieron las gracias á aquella hada obsequiosa, y luego pusiéronse en camino, satisfechos hasta más no poder. Pero al llegar á una encrucijada, hubo discordancia de pareceres entre ellos: Lambert quería ir por la derecha, Landry quería ir por la izquierda; tanto que, para acabar la disputa, convinieron en que cada cual hiciera su gusto, y se separaron después de besarse. Quizá no le disgustara á cada hermano el verse solo, á fin de usar con más libertad el obsequio que les había hecho la dama vestida de flores.

II

Al entrar Landry en la próxima aldea, vió á una joven puesta de codos en una ventana, y apenas pudo contener un grito: ¡tan linda le pareció! No, jamás había visto una personita tan encantadora; ni siquiera había soñado que pudiera existir una así. Casi una niña todavía, con cabellos tan finos y rubios que apenas se distinguían del aire iluminado por el sol, tenía la piel pálida aquí, un poquito enrojecida allí (lirio por la frente, rosa por las mejillas); abríanse sus ojos como dos azules pervincas donde brillase una perla de lluvia; no había labios que, al ver los suyos, no hubiesen querido ser abejas. ¡Guardóse bien Landry de vacilar! Arrancó y tiró á lo lejos uno de los pétalos de su margarita: aún no había arrebatado el viento el frágil despojo, cuando la niña de la ventana estaba ya en la calle, sonriéndole al viajero. Marcháronse al bosque vecino, con las manos unidas, hablando en voz baja, diciéndose que se amaban; experimentaban tales delicias, nada más que con escucharse el uno al otro, que se creían en el paraíso. Y conocieron muchos momentos parecidos á ese primer momento, muchos días tan dulces como aquel primer día. Hubiera sido una dicha sin término, á no ser porque la niña murió una tarde de otoño, mientras las hojas secas arrastradas por el cierzo chocaban contra las vidrieras dando golpecitos, como los ligeros dedos de la Muerte que pasa. Landry lloró durante largo tiempo; pero las lágrimas no ciegan tanto que no se pueda mirar á través de ellas. Cierto día vió una hermosa transeunte vestida de raso espolinado con oro, audaces los ojos, locos los labios; y echando al viento otro pétalo, partió con ella. Desde entonces, indolente, pidiendo á cada hora que fuese un goce y á cada goce

que no durase más de una hora, ávido sin descanso de cuanto encanta, enloquece y extasía, gastó sin contarlos días y noches, todos entre risas, todos con besos. Las auras apenas tenían tiempo para mover las ramas de los rosales y levantar los velitos de las mujeres, ocupada siempre en llevarse los pétalos de la margarita.

III

Enteramente opuesta fué la conducta de Lambert. Era un mocito económico, incapaz de derrochar su tesoro. En cuanto se encontró solo en el camino, prometióse ahorrar el regalo del hada. Por numerosas que fuesen las hojuelas de la corola, si las arrancaba á cada instante, llegaría época en que ya no hubiese ninguna. La prudencia exigía reservarlas para el porvenir; obrando de ese modo, de seguro que se conformaba con las intenciones de la Primavera. En la próxima ciudad por donde pasó, compró una cajita muy sólida, con cerradura y llave; metió en ella la flor, resuelto á no mirarla más; quería evitar las tentaciones. ¡Qué había de cometer la falta de levantar los ojos hacia las mocitas de las ventanas, ó seguir á las hermosas transeuntes de encendido mirar y labios locuelos! Razonable, metódico, preocupado por cosas serias, hízose comerciante y ganó sumas cuantiosísimas. No tenía más que desprecio para esos aturdidos que pasan los días en fiestas, sin cuidarse del mañana; si había ocasión, no dejaba de sermonearles de lo lindo. Por ese motivo considerábanle mucho las gentes honradas, de acuerdo todas ellas en elogiarle, en ponerle como ejemplo. Y continuaba enriqueciéndose, trabajando desde la mañana á la noche. A decir verdad, no era dichoso como hubiera querido serlo; pensaba, á pesar suyo, en los goces que rehuía. ¡No hubiera tenido más que abrir la cajita y tirar al aire un pétalo, para amar y ser amado! Pero, en seguida refrenaba esas veleidades peligrosas. Aún tenía tiempo. Conocería el placer, pero más tarde. Sería ya machucho cuando quedara sin pétalos su margarita. «¡Paciencia, no nos apresuremos!» Nada arriesgaba con aguardar, puesto que la flor estaba á buen recaudo dentro de la caja. La brisa, revoloteando en torno suyo, no cesaba de murmurar: «¡Tira un pétalo, échamelo, á fin de que me lo lleve y te sonrías!» Pero el se hacía el sueco; y el viento se marchaba para ir á menear las ramas de los rosales y sacudir sobre las mejillas de las

mujeres jóvenes los velitos de encaje.

IV

Pues bien; al cabo de muchos y muchos años, llegó un día en que visitando Lambert sus haciendas encontróse en el campo con un hombre bastante mal vestido, que iba á lo largo de un campo de alfalfa.

—¡Ah! ¡Qué veo! ¿No eres tú, Landry, hermano mío?

—Sí, yo soy—respondió el otro.

—¡En qué mísero estado te vuelvo á encontrar! Todo me induce á creer que has hecho mal uso del regalo de la Primavera.

—¡Ay!—suspiró Laudry—quizá he tirado demasiado deprisa todos los pétalos al aire. Sin embargo, aunque un poco triste, no me arrepiento de mi imprudencia. ¡He tenido tantos goces, hermano mío!

—¡De valiente cosa te valieron! Si hubieras sido tan circunspecto como yo, no te verías reducido á estériles duelos. Porque, sábelo, no tengo más que hacer un gesto para gustar todos los placeres de que estás harto.

—¿Es posible?

—Como lo oyes, puesto que he guardado intacto el presente del hada. ¡Ah, ah! Puedo pasar buenos ratos, si quiero. Mira lo que vale el tener economía.

—¡Qué! ¿Intacto, de veras?

—Mira si no—dijo Lambert, abriendo la caja que había sacado del bolsillo.

Pero se quedó muy pálido, pues en lugar de la fresca margarita abierta, no tenía ante los ojos sino un montoncito de polvo grisáceo, semejante á una pulgarada de ceniza sepulcral.

—¡Oh—exclamó con ira—maldita hada perversa, que se ha burlado de mí!

Entonces una señora joven, toda vestida de flores, salió de un chaparro del camino, y dijo:

—No me he burlado de ti ni de tu hermano: ya es tiempo de explicaros las cosas. En efecto, las dos margaritas eran vuestra misma juventud: la tuya, Landry, que has arrojado á todos los vientos del capricho; la tuya, Lambert, que has dejado marchitarse sin hacer uso de ella, dentro de tu corazón siempre cerrado. ¡Y tú no tienes ni siquiera lo que le queda á tu hermano: el recuerdo en flor de haberla deshojado!

Catulo Mendes.

LA MINIATURA

Señora, esto pertenece á la historia eterna, sin lo cual correspondería por completo á la historia antigua; porque mi amigo el viejo Akhar ha muerto hace ya mucho tiempo, y tenía ochenta años cumplidos cuando me refirió esta rara anécdota, ocurrida antes de inventarse la fotografía. Akhar, miniaturista de genio, compartía á la sazón la fama con Isabey padre, y lo mismo que éste, sobresalía en componer retratos de mueres pintadas con suma solidez, pero que parecían vaporosos: ¡tal era el talento con que este hábil artista rodeaba á sus modelos con flotantes gasas que los envolvían en una especie de bruma ideal! Era por la época de la Restauración. Algunos años antes había causado tantos estragos la guerra, que los hombres considerábanse como una mercancía escasa; las mujeres temblaban aún, por un recuerdo retrospectivo. Así es que el amor iba al vuelo, y con el amor la miniatura; pues no había señora prendada de verdad, que no quisiera cometer la absurda y encantadora imprudencia de ofrecer al muy amado su retrato en un medallón rodeado de brillantes. Akhar estaba, al pie de la letra, abrumado de trabajo; y no hubiera sabido qué hacer con tanto oro como ganaba, si no hubiese sido también él mismo uno de esos hombres enamoradizos, que evaporan las fortunas y encuentran hermosas á todas las mujeres que lo son.

Un día en que se desesperaba ante treinta miniaturas comenzadas, juzgando imposible satisfacer á su rica clientela, su ayuda de cámara introdujo en el taller á una mujer que era un portento de hermosura, sin anunciarla por su nombre. Joven, esbelta, graciosa, rubia, de

un rubio hecho exprofeso para los pintores, con facciones de una deliciosa pureza, los ojos llenos de encendidas llamas, labios de un vivo color de rosa y una garganta como la de Mad. Recamier, aquella visitante, vestida de terciopelo azul, parecía mucho mejor que un ángel y que una reina, pues una formidable intensidad de vida animaba su rostro y sus miradas.

—¿No me conoce V.?—preguntó ella á Akhar, tomando asiento.

—No, señora—respondió maquiavélicamente el artista, quien, por el contrario, había reconocido muy bien en ella á la marquesa de Torsy.

Por una extraña casualidad, hasta sabía cosas muy gordas acerca de ella; pues un día en que estaba él pintando unos estudios de paisaje en el bosque de Compiègne, la vió tiernamente apoyada en los brazos del joven conde de Lignères, en un momento en que sólo creia ser vista por las aves del cielo.

—Pues bien—dijo la marquesa—debo continuar siendo para V. una desconocida, y es preciso que haga V. mi retrato.

—Señora—dijo Akhar, mostrándola los trabajos empezados—ya ve V. que eso no podrá ser hasta de aquí á seis meses.

—Es necesario que me lo haga V. hoy mismo—replicó la marquesa. —¿Quiere V. que le diga las razones en virtud de las cuales pretendo que descontente V. en favor mío á todas las personas que cuentan con las promesas de V.? Pues no hay más que una, y es que deseo ardientemente ese retrato.

—Es la mejor de todas—contestó Akhar.—Empecemos, pues.

La señora de Torsy había encontrado naturalmente una postura admirable; resultaba del todo hecha la miniatura, y no había más que copiarla. Pero lo que no se esperaba el artista era que poco á poco se transfigurase el modelo hasta el punto de darle vértigos; la cabeza inclinada adelante, los ojos, la boca, los temblorosos cabellos, todo había adquirido tal expresión de goce amoroso, que el pobre Akhar, pálido de admiración, esgrimía el pincel comprendiendo que había emprendido una terrible lucha.

—No se espante V.—dijo la marquesa.—Lo que me hace tal como V. me ve, es el recuerdo; y eso es lo que debe V. expresar en mí. Sí *(continuó, abandonando la postura y yendo á sentarse junto al pintor)*. Mi marido, nombrado para un puesto importante lejos de Francia, me lleva consigo para largos años; y ese retrato está destinado para el hombre á quien amo, y que se morirá con mi ausencia. Pues bien, hace falta que posea la imagen, no de la que parezco ser para todos,

sino de la mujer que él sólo ha conocido. ¡Es preciso que vuelva á verme tal como era yo en aquellas horas que huyeron tan cruelmente, horas en las cuales, ocultos en nuestro gabinete desconocido para todo el mundo, escuchaba su voz querida y bebía sus palábras, creyendo ver el cielo!

Akhar estaba envuelto por estos efluvios de pasión; parecíale sentir junto á sus mejillas carbones hechos ascuas. Cogió las manos de la marquesa y las cubrió de besos locamente; pero ella no pareció notarlo.

—Hágame V. una obra maestra —dijo.—Quiero que, á despecho del mismo destino, lleve sobre el corazón á su Genoveva.

Pero Akhar, con el rostro inyectado de sangre, pensaba que le iba á estallar la frente. Se acercó á una ventana, la abrió y tomó como un baño de aire fresco; sin embargo, la marquesa le llamó pronto á sus deberes.

—¡Trabajemos!—decíale ella con una voz tan melodiosa que el pintor quedó embriagado.

Volvió á la mesa y se puso otra vez á trabajar furiosamente, si es que puede trabajarse con furia en una miniatura. ¡Porque para comprender cuál fué la violencia de su suplicio, hay que pensar en que se complicaba con el minucioso esmero requerido por ese lento trabajo; y el desventurado artista no podía, como lo hubiese hecho un Géricault, vengarse con los pinceles y hacer palpitar un lienzo con sus violencias.

Akhar trabajaba. Y la extática marquesa, que había vuelto á encontrar su postura y su rostro de mujer amante, cual hubiera podido hacerlo una gran actriz, hablaba, hablaba sin parar de Raul de Lignères, ensalzando su juventud, su hermosura, su valentía, y sin cansarse de entonar aquella especie de himno feroz. Akhar no la escuchaba; ó, más bien, con la fiebre del trabajo y de toda aquella situación extraña, la oía vagamente, como un jinete arrebatado por el galope rapidísimo de su caballo ve con vaguedad los hombres, las casas y los paisajes que se va dejando atrás con desenfrenada carrera. Sin embargo, vino el cansancio; y entonces el pintor oyó con claridad estas palabras de la señora de Torsy.

—¡Ah, es tan guapo! ¡Es para él, para un héroe con rostro de niño; para él, mi Raul, tan altivo y tan tierno! ¡Es necesario que haya en el retrato lo mismo que llevo en el corazón, y toda la lumbre que me abrasa!

Akhar tenía esto de común con Tartuffe: que no era un ángel. Se arrojó á los pies de la marquesa, y

no se hubiera meneado de allí aunque hubiese visto caer sobre sí rayos del cielo. Mientras continuaba hablando aquella gran señora enamorada, la cogió en sus brazos y la besó en el cuello, en los ojos, en el peinado, esperando que ella le echaría como á un perro; pero no se le daba nada de nada, y hubiera dado su vida por menos de un cuarto. Viviendo así, en pleno ensueño, en plena locura, cuando contra todo lo esperado le devolvieron sus besos, no se asombró más de lo que le hubiese asombrado el caer, después de arrojarse desde lo alto de las torres de Nuestra Señora.

¿Cuántas veces fué abandonado y proseguido aquel pasmoso retrato? Lo importante es que en aquella sesión de delirio, que duró más de nueve horas, sin comer ni beber, había hecho Akhar, no sólo una obra maestra, sino la obra maestra de toda su vida. Al llevársela consigo, la marquesa dió las gracias al pintor con las más expresivas muestras de gratitud y de alegría, pero con tanta nobleza y dignidad como si jamás le hubiese visto. ¡Y en verdad que, en aquel momento, Akhar no se hubiera atrevido ni á tocarla la puntita del guante! No volvió en sí de su atolondramiento, sino al encontrar una cartera de tafilete blanco dejada por la marquesa y que contenía diez mil francos, lo cual le humilló un poco; mas, bien pronto comprendió que hubiera sido demasiado insolente en él, pretender pintar de balde el retrato de aquella gran señora.

—Así—continuó el pintor Mosquin, concluyendo esta historia, la cual narraba á la hermosa duquesa de Chambrillac—así es como se hacen las obras maestras; y así fué como consiguió un inestimable recuerdo el conde Raul de Lignères, que había de morir tan joven en la guerra.

—¡Ah!—dijo la duquesa.—¡Si hubiese sabido á precio de qué cosa!

—Señora—contestó Mosquin—no conviene saber nunca nada. ¡Jamás se comería ninguna cosa, si supiéramos cómo se hace el más sabroso de los guisos!

—Bueno—exclamó la duquesa, retirando la punta de un dedo, que Mosquin había tratado de cogerla. —Ya pasó la moda de las miniaturas. Y, en todo caso, me felicito de haber tenido una madre prudente que me educó en los quehaceres domésticos, y me enseñó á saber guisar por mí misma en caso necesario.

Teodoro de Banville.

EL MIEDO

Después de comer volvimos á subir al puente. En torno nuestro veíase el Mediterráneo, sin que un estremecimiento siquiera rizara su superficie, donde rielaba tranquilamente la espléndida luna llena. Deslizábase el gran buque, lanzando una gruesa serpiente de negro humo al cielo, tachonado de estrellas. Y detrás de nosotros el agua blanca del todo, agitada por el rápido paso del pesado vapor, espumarajeaba azotada por la hélice, parecía retorcerse y despedía tanta claridad que hubiérase dicho que eran hervores de luz de la luna.

Silenciosas estábamos allí seis ú ocho personas, admiradas, con la vista fija á lo lejos en el Africa, adonde nos dirigíamos. El comandante, que fumaba un cigarro en medio de nosotros, reanudó de pronto la conversación que sosteníamos durante la comida.

—Sí; aquel día tuve miedo. Mi barco estuvo seis horas encallado en la roca y azotado por el mar. Felizmente, al atardecer fuimos recogidos por un buque carbonero inglés que nos vió.

Entonces un mocetón de rostro atezado y serio aspecto, uno de esos hombres que se comprende que han atravesado inmensos países desconocidos en medio de peligros incesantes, y cuyos ojos tranquilos parecen conservar en lo más profundo de ellos algo de los extraños paisajes que han visto; uno de esos hombres en quienes adivínase que son todo valentía, habló por primera vez, y dijo:

—Dice V., mi capitán, que ha tenido miedo; no lo creo. Se equivoca V. acerca de la palabra y la sensación que tuvo. Un hombre enérgico nunca tiene miedo en el peligro inminente. Está comovido, agitado, ansioso; pero el miedo es otra cosa.

El capitán replicó riéndose:

—¡Cáspita! Le respondo á V. de que yo he tenido miedo, yo.

Entonces el hombre de tez bronceada pronunció con voz lenta estas frases:

—¡Permita V. que me explique! El miedo (y los hombres más atrevidos pueden tener miedo) es algo espantoso, una sensación atroz, una como descomposición del alma, un horrible espasmo del pensamiento y del corazón, á cuyo solo recuerdo siéntense escalofríos de angustia. Pero, cuando se es valiente, no se siente esto ante un ataque, ni ante la muerte inevitable, ni ante todas las formas conocidas del peligro. Esto sólo ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas en vista de vagos riesgos. El verdadero miedo es una cosa así como una reminiscencia de los terrores fantásticos de antaño. Un hombre que cree en los aparecidos y que se imagina ver un espectro por la noche, debe de experimentar el miedo con todos sus pavorosos horrores.

Yo he adivinado el miedo en pleno día hace unos diez años. Y he vuelto á sentirlo el invierno último una noche del mes de Diciembre.

Y, sin embargo, he corrido muchos azares, muchas aventuras que parecían peligros mortales. Me he batido con frecuencia. He sido abandonado por muerto por bandoleros. He sido condenado como insurrecto á que me ahorcaran allá en América. Y me han arrojado al mar desde el puente de un buque en las costas de la China. Cada vez que me tuve por perdido tomé en seguida mi resolución sin enternecerme ni pesarme.

Pero esto no es el miedo.

Lo he presentido en Africa. Y, sin embargo, es hijo del Norte: el sol lo disipa como una niebla. Noten Vds. bien esto, señores. Entre los orientales no se tiene la vida en nada; resígnanse al momento; las noches son claras y están vacías de leyendas; también las almas carecen de esas sombrías inquietudes que acuden con frecuencia al cerebro en los países fríos. En Oriente puede conocerse el pánico, pero se ignora el miedo.

Pues bien; he aquí lo que me sucedió en aquellas tierras del Africa.

Atravesaba yo los grandes méganos al Sur de Uarglá, uno de los más extraños países del mundo. Ya conocen Vds. los arenales lisos y rectos de las interminables playas del Océano. Pues bien; imagínense Vds. el Océano mismo trocado en arena en medio de un huracán; imagínense una tempestad silenciosa con olas inmóviles de polvo amarillo. Esas olas son de altas como montañas, desiguales, diferentes, alzándose enteramente como ondas desencadenadas; pero aún

más grandes que éstas, y con estrías como el *moaré*. Sobre aquella mar furiosa, muda y sin movimiento, vierte sus llamas implacables y directas el sol abrasador de mediodía. Hay que subir por aquel oleaje de cenizas de oro, y bajar y volver á subir, subir sin cesar, sin descanso y sin sombra. Los caballos resuellan con hipo, se hunden hasta las rodillas y se escurren al descender por la opuesta ladera de los sorprendentes mogotes.

Ibamos dos amigos, seguidos por ocho *spahis* y cuatro camellos con sus camelleros. No hablábamos una palabra, abrumados por el calor y la fatiga, secos de sed como aquel ardoroso desierto. De pronto uno de aquellos hombres dió una especie de grito; detuviéronse todos, y nosotros permanecimos inmóviles, suspensos ante un inexplicable fenómeno conocido por los viajeros en aquellas comarcas solitarias y remotas.

No sé dónde, cerca de nosotros, en una dirección indeterminada, tocaba un tambor, el misterioso tambor de los arenales movedizos; tocaba con claridad, unas veces más vibrante, otras más débil, para volver de nuevo á su fantástico redoble.

Los árabes se miraban con espanto, y uno de ellos dijo en su idioma: «La muerte está sobre nosotros.» Y hete aquí que de repente mi compañero, mi amigo, mi casi hermano, se cae de cabeza abajo del caballo, muerto de una insolación cual si le matase un rayo.

Y durante dos horas, mientras en vano intentaba yo reanimarle, aquel intangible tambor no cesaba un segundo de aturdirme los oídos con su rumor monótono, intermitente, incomprensible. Y sentía yo metérseme hasta dentro de la medula de los huesos el miedo, el verdadero miedo, el horroroso miedo, frente á aquel cadáver amado, en ese hoyo abrasado por el sol entre cuatro mogotes de arena, mientras que el eco desconocido nos lanzaba el rápido redoble del tambor á doscientas leguas de todo poblado francés.

Aquel día comprendí lo que era tener miedo. Todavía lo he sabido mejor otra vez...

El capitán interrumpió al narrador.

—Dispense V., caballero. Y ¿qué era aquel tambor?

Y respondió el viajero:

—¡Yo qué sé! Nadie lo sabe. Los oficiales, sorprendidos con frecuencia por ese extraño ruido, lo atribuyen, por lo general, al eco, aumentado, multiplicado, desmedidamente abultado por los altibajos de los méganos, de una rociada de granos de arena arrastrados por el

viento y que chocan contra un matorral de hierba seca; porque siempre se ha visto que el fenómeno se produce en las inmediaciones de pequeñas matas agostadas por el sol y duras como pergamino.

Así, pues, ese tambor no debe de ser más que una especie de espejismo del sonido. Ni más ni menos. Pero yo no supe esto sino más tarde.

Llego á mi segunda emoción.

Era el invierno último, en un bosque del Nordeste de Francia. Tan oscuro estaba el cielo, que se hizo de noche dos horas antes. Llevaba yo por guía un lugareño que iba junto á mí por un sendero bajo una bóveda de pinsapos, á los cuales hacía dar alaridos el viento huracanado. Por entre las copas veía yo correr las nubes en derrota, nubarrones enloquecidos que parecían huir ante un pánico. A veces una inmensa racha inclinaba todo el bosque en la misma dirección, con gemidos como de sufrimiento; y á pesar de mi rápido paso y de mi pesada ropa, íbame entrando frío.

Teníamos que cenar y acostarnos en casa de una guarda de montes, la cual estaba ya cerca de nosotros. El objeto de mi ida allí era para cazar.

A veces mi guía levantaba la vista y murmuraba: «¡Qué tiempo tan triste!» Luego me habló de las personas á cuya casa nos encaminábamos. El padre había muerto á un cazador furtivo dos años antes, y desde entonces tenía un humor tétrico, como si no cesara de atormentarle el recuerdo. Con él vivían sus dos hijos, ambos casados.

Las tinieblas eran profundas. Yo no veía gota delante ni en torno mío; y todo el ramaje de los árboles, al entrechocarse, llenaba la noche con un rumor incesante. Al fin percibí una luz, y bien pronto mi compañero dió golpes á la puerta. Agudos gritos de mujer nos respondieron. Luego una voz de hombre, una voz ahogada, preguntó: «¿Quién va ahí?» Mi guía se dió á conocer, y entramos. Vi un cuadro inolvidable.

Un viejo, de cabello blanco y ojos alocados, con el fusil cargado en la mano, nos aguardaba de pie en medio de la cocina; mientras guardaban la puerta dos fornidos mocetones, armados con hachas. Distinguí en los rincones oscuros á dos mujeres, de rodillas, cara á la pared.

Nos explicamos. El viejo dejó su arma contra el muro y dió órdenes para que preparasen mi cuarto. Luego, al ver que las mujeres no se movían, me dijo bruscamente:

—Vea V., señor; he matado á un hombre, esta noche hace dos años justos. El año pasado vino á lla-

marme. También le espero esta noche.

Y después añadió, con un tono que me hizo sonreir:

—Por eso no estamos tranquilos.

Le tranquilicé como pude, satisfecho de haber llegado precisamente aquella noche y de asistir al espectáculo de aquel terror supersticioso. Conté anécdotas, y conseguí casi calmar á todo el mundo.

Junto al hogar, un perro viejo y bigotudo, uno de esos perros que se parecen á personas conocidas, dormía con el hocico metido entre las patas.

Por fuera, una tempestad deshecha azotaba la casita; y por un estrecho ventanillo con vidrio, una especie de gatera situada junto á la puerta, veía yo todo un macizo de árboles bamboleados por el viento al resplandor de grandes relámpagos.

A pesar de mis esfuerzos, comprendía yo que esas gentes eran presa de un terror profundo; y cada vez que cesaba yo de hablar, ponían-se todos los oídos á escuchar á lo lejos. Harto de presenciar aquellos temores imbéciles, iba á proponer acostarme, cuando de pronto el viejo guarda dió un bote de su asiento y empuñó de nuevo la escopeta, balbuceando con voz extraviada: «¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Lo oigo!» Las dos mujeres volvieron á caer de rodillas en sus rincones respectivos, tapándose la cara, y los hijos tomaron otra vez las hachas. Iba á intentar apaciguarlos nuevamente, cuando el dormido perro se despertó de un modo repentino, levantó la cabeza, alargó el pescuezo, miró al fuego con sus ojos casi apagados, y lanzó uno de esos lúgubres aullidos que hacen temblar á los caminantes por la noche en los campos. Todas las miradas se dirigieron á él; se había quedado entonces inmóvil, erguido sobre las patas, como si tuviera una visión; y se puso á aullar hacia una cosa invisible, desconocida, tremenda á no dudar, puesto que se le erizaron todos los pelos. El guarda, lívido, gritó: «¡Lo huele, lo siente! ¡Estaba ahí cuando yo le maté!» Y enloquecidas ambas mujeres, pusiéronse á aullar con el perro.

A pesar mío, sentí correrme un escalofrío por entre los hombros. Aquella visión del animal, en aquel sitio, en aquella hora, en medio de aquellas gentes extraviadas, era cosa que infundía pavor el verla.

Entonces el perro aulló durante una hora, sin moverse del sitio; aulló como en la angustia de una pesadilla. Y el miedo, el espantoso miedo se apoderaba de mí. ¿Miedo de qué? ¡Qué sé yo! Miedo, y nada más.

Estábamos inmóviles, lívidos, á

la espera de un suceso horrible, con el oído atento, palpitante el corazón, trastornados al menor ruido. Y el perro se puso á dar vueltas alrededor del aposento, olfateando las paredes y sin cesar de gañir. ¡Aquel animal nos volvía locos! Entonces el aldeano que me había conducido se arrojó sobre él, con una especie de paroxismo de terror furioso, y abriendo una puerta que daba á un corralejo echó fuera al animal.

Al momento se calló; y permanecimos sumidos en un silencio todavía más aterrador. Y de repente, todos juntos tuvimos una especie de sobresalto: un ser se deslizaba contra la pared por fuera, hacia el bosque; luego pasó contra la puerta que pareció palpar con mano vacilante; luego no se oyó nada en dos minutos, que nos convirtieron en unos insensatos; luego volvió, rozando siempre la pared, y la rascó ligeramente como lo haría un niño con las uñas; después apareció de pronto una cabeza contra el vidrio de la mirilla, una cabeza blanca, con ojos luminosos como los de las fieras. Y salió un sonido de su boca, un sonido indistinto, un murmullo quejumbroso.

Entonces un estrépito formidable estalló en la cocina. El viejo guarda había disparado. Y en seguida precipitáronse los hijos y taparon el ventanillo, levantando la gran mesa y sujetándola con el arcón.

Y juro á Vds. que al estruendo del disparo, que no esperaba, sentí tal angustia de corazón, en el alma y en el cuerpo, que me sentí desfallecer y poco me faltó para morirme de miedo.

Allí estuvimos hasta la aurora, incapaces de movernos y de decir una palabra, crispados por un enloquecimiento inenarrable.

Nadie se atrevió á desatrancar la salida, hasta que se vió por una hendedura del sobradillo penetrar un pálido rayo de la luz del día.

Al pie de la pared y contra la puerta yacía el viejo perro, con las quijadas rotas de un balazo.

El hombre del rostro moreno se calló; al cabo de un momento, dijo:

—Sin embargo, aquella noche no corrí ningún riesgo. Pero, mejor quisiera ver comenzar de nuevo las horas en que afronté los más terribles peligros, que aquel solo minuto del disparo de fusil contra la barbuda cabeza del ventanillo.

G. DE MAUPASSANT.

EDUCACIÓN, AMBIENTE Y CRIMINALIDAD

Cuál y cuánta es la eficacia de la educación y del medio ambiente sobre la criminalidad? He aquí un asunto que se presta muchísimo á las declamaciones sentimentales de publicistas que, aun teniendo entre sí de común rosadas ilusiones acerca de la fácil rapidez de la enmienda humana, tienden, sin embargo, á un fin opuesto. Por una parte se proclama, pero no se demuestra, el poder de la educación sobre el carácter del hombre; porque se quiere conservar el espíritu ético y expiatorio que, más ó menos conscientemente, se encuentra todavía en el fondo del derecho primitivo. Por otra parte se proclama, también sin demostrarlo, el poderío de la educación y del ambiente para afirmar la posibilidad de que, derrocada de golpe la presente constitución social, en el novísimo orden de cosas tiene que desaparecer el delito.

Interesa examinar positivamente este problema, que tiene íntima relación con algunos principios de la escuela positivista de derecho penal, distinguiendo las dos partes que lo componen.

I

¿Puede la educación, y en qué cuantía, modificar al hombre haciéndole mejor ó peor de lo que es?

Fuera del campo científico, este problema se resuelve con una tan fácil repetición de frases hechas acerca de la misión regeneratriz de la educación en esta humanidad, que desde hace cuatro ó cinco mil años dícese que se va corrompiendo cada vez más, que el solo enunciado de la pregunta se acoge con desconfianza y casi con indignación.

Parece, pues, que en el campo científico debiera encontrarse la respuesta en los tratados de pedagogía; y sin embargo (es inverosímil, pero verdadero), ninguno de los pedagogos que conozco y de los más com-

petentes sabios á quienes interrogué ha tratado nunca con verdadero método científico este problema, que no obstante debería ser el punto de partida para todo estudio acerca del arte de educar á los hombres. Aceptando cual cómodo axioma la opinion común sobre el poder de la educación, los tratadistas sólo han discutido hasta ahora los modos y la calidad de ésta; precisamente lo mismo que si los médicos, á propósito de un medicamento dado, discutiesen la conveniencia de administrarlo en cocimiento, en píldoras ó en polvo, sin ver antes si en realidad tiene ó no alguna eficacia terapéutica para una ú otra dolencia.

Pero las observaciones científicas en los animales y en el hombre acerca de la herencia orgánica y psíquica han dado tan rudo golpe al optimismo idealista común en materia de educación, que aquel problema impónese cada día más al moralista y al sociólogo.

Para no perderse en los laberintos de los múltiples elementos que se entrecruzan en esta investigación, es preciso distinguir la educación *física* y la educación *intelectual* de la educación *moral,* en el sentido estricto de la palabra; y entonces claro es que la cuestión varía bastante, según se trate de una ú otra especie de educación.

En el orden físico, la potencia modificatriz de la educación puede alcanzar un alto grado, puesto que son menos desconocidos los órganos que se trata de mejorar y el modo cómo funcionan; la gimnástica y la higiene, si bien no pueden convertir un pobre inválido en un atleta, producen todavía transformaciones, algunas veces asombrosas.

En el orden intelectual, resulta menor la eficacia educativa, porque son menos conocidos la constitución íntima y el funcionalismo del órgano pensante. Cuando el cerebro de un niño no es apto para el estudio en general ó para ciertos estudios en particular, no hay fuerza pedagógica que en cinco, diez ni veinte años pueda deshacer el trabajo acumulado en aquel organismo durante tantos siglos. Aun así y todo, como quiera que hasta ahora la pedagogía se ha dedicado casi exclusivamente á la educación intelectual (y, de pocos años á esta parte, con el método experimental y observador, que es el único instrumento fecundo en el estudio de la naturaleza), también se ha obtenido algún progreso, especialmente en la instrucción infantil; claro es que no hasta crear facultades mentales no heredadas por el individuo, pero siquiera lo suficiente para hacer menos difícil el desarrollo de las potencias intelectuales congénitas.

Pero en el orden moral, ¿cuál y

cuánta es la eficacia de la educación? He aquí precisamente el problema más especial y más abandonado por los pedagogos, y al que debemos limitar nuestra atención.

Sin embargo, también aquí se necesita destruir una anfibología, distinguiendo la verdadera y propia educación, como influencia directa y metódica del educador sobre el educando, del medio ambiente físico y social en que este último haya nacido y vivido. Las relaciones entre el ambiente y la criminalidad, ó en general entre el medio y la moralidad, son muy diversas; nos ocuparemos de ellas más adelante.

La cuestión redúcese ahora á esto: la bondad y la maldad, la moralidad y la inmoralidad, ¿en cuánto dependen de la educación adquirida en la familia y en la escuela?

Hablándose de algún delincuente ó de algún joven calavera, nada más frecuente que oir afirmar que la causa de su extravío es la falta de educación moral. Pero aun cuando, si en parte pueda ser verdad que la falta de educación llegue á extraviar al individuo, por dar á los gérmenes malos mayor facilidad que á los buenos para desarrollarse; sin embargo, de esto no puede concluirse que sea cierta la recíproca, esto es, que la educación pueda mejorar el carácter moral.

El problema no es tan sencillo. Hay en esto, por el contrario, un hecho comunísimo y muy elocuente, que no debe olvidarse: en una familia hay cuatro ó cinco hijos; todos ellos edúcanse con el mismo afán y con los medios adecuados á la índole de cada uno; tres ó cuatro son más ó menos buenos, obedientes, estudiosos; por el contrario, uno sale indisciplinado, holgazán, incorregible.

Este hecho no se puede explicar sino de dos maneras: atribuir á la sola voluntad del individuo la diversa conducta moral, ó atribuir esta á las predisposiciones heredadas. Sea cual fuere la solución que se prefiera, ya la primera, más consentida por la opinión común, ó ya la segunda, más de acuerdo con las observaciones científicas, la última consecuencia siempre será que aquella diversidad de conducta no depende de la educación. Pues bien; esta conclusión, fácilmente admitida cuando los términos de comparación son tan próximos y fáciles, como en el caso de los hermanos, ¿por qué se desatiende luego, cuando se juzga de algún caso aislado?

Y el motivo de esta ineficacia de la educación *moral* estriba todo él en que hasta ahora no sabemos aún cuáles son el asiento orgánico y el funcionalismo de las pasiones humanas; y, por consiguiente, no conociéndose los datos físicos de la mo-

ralidad, como por el contrario se conocen más ó menos los de la salud física é intelectual, nos falta la primera condición necesaria para obrar con eficacia.

Hasta hoy, la educación moral no consiste sino en una serie de sensaciones auditivas y visuales presentadas al individuo por medio de consejos y de ejemplos. Pues bien; es evidente que, en especial las máximas abstractas de moralidad, aun repetidas y reforzadas con comentarios acerca de las relativas sanciones de la religión y del Código penal, á lo sumo podrán dejar una huella, y esa bien poco honda, en la inteligencia del individuo, que sobre todo vive de elementos adquiridos precisamente con las sensaciones del mundo exterior; pero quedarán lejos del origen interno de las pasiones, las cuales son efecto de especiales disposiciones orgánicas desconocidas todavía y que tienen su asiento quizá no tanto en el cerebro como en otras disposiciones de las vísceras, indirectamente relacionadas con el sistema nervioso central. Y esta observación nos sugiere algunas consideraciones.

En primer lugar, destruye la ilusión tan difundida entre los estadistas en la primera mitad de nuestro siglo, y aún bastante acreditada entre los doctrinarios, de que la instrucción intelectual (siquiera no sea más que conocer el alfabeto) puede ser un elemento de moralidad; mientras que sólo es una fuerza, que ciertamente es preciso difundir lo más posible en todas las clases sociales, pero que se dirigirá al bien ó al mal según las predisposiciones congénitas del individuo y hasta según las circunstancias en que se encuentre.

En segundo lugar, puede modificarse una famosa afirmación de Buckle *(Hist. of civilisation in England,* I, IV), que dice, no ya que el progreso humano se deba de un modo exclusivo al aumento de conocimientos, porque la moralidad, por ser estacionaria, es impotente para producir los grandes beneficios de la civilización; sino que, por el contrario, debe reconocerse que el progreso es infinitamente mayor en el orden intelectual que en el orden moral. En efecto, entre el hombre civilizado y muchas tribus salvajes de la Australia ó de la Papuasia, que no saben contar más allá de cinco, hay un abismo intelectual, mientras que existe por el contrario una diferencia menor, pero mucho menor, en el orden moral. Spencer y Taylor, entre otros, han recogido numerosos testimonios del grado de moralidad propio de muchos salvajes, que en materia de honradez, lealtad y benevolencia no desmerecen de ningun pueblo civilizado.

Tanto, que mientras en el nivel medio intelectual todo pueblo civilizado sobrepuja inmensamente á todo pueblo salvaje, en cambio moralmente se encuentran en unos y en otros las mismas cualidades buenas y malas; con una sola y ligera restricción de las tendencias malas en un número menor de individuos en las razas superiores, que, sin embargo, han empleado algunos centenares de miles de años para conquistar una tan leve mejoría moral.

En fin, también se quita toda base positiva á una de las más frecuentes afirmaciones del socialismo teórico, según la cual realizado alguno de tantos nuevos órdenes sociales apetecidos por las diversas escuelas comunistas, colectivistas, anárquicas ó autoritarias, el cambio de ambiente y la mejor atendida educación moral borrarían, ó poco menos, de la haz de la tierra la inmoralidad y el delito. Del ambiente hablaremos dentro de poco; pero, en cuanto á la educación moral, tenemos sificientes datos de hecho para considerar enteramente ilusorio aquel deseo, por lo demás nobilísimo, común no sólo á las diversas escuelas socialistas, sino también á todos los mantenedores de las viejas ideas.

Así, pues (se dirá), la última conclusión es esta: que la educación es por completo impotente para mejorar el carácter moral del hombre, y, por consiguiente, es del todo inútil.

Distingamos: en las asociaciones restringidas de hombres, en las escuelas, en los cuarteles, en las cárceles, lo mismo que en la sociedad entera, la observación de los hechos nos lleva á esta clasificación. Hay una categoría, poco numerosa, de hombres buenos á carta cabal: son los estudiantes que trabajan sin necesidad de premios ni castigos, los soldados disciplinados y deseosos de servir bien sin necesidad de consignas ni prisiones, los hombres que respetan el derecho ajeno sin necesidad de código penal, por la única y prepotente fatalidad orgánica.

Hay una categoría opuesta á la anterior, por fortuna también poco numerosa, de hombres malos á toda costa, indisciplinados, incorregibles, recidivistas eternos á pesar de las penas más severas y de las más grandes humillaciones, sólo por prepotente anomalía orgánica innata. Hay, en fin, la más numerosa categoría media de los no decididamente buenos ni resueltamente malos, oscilantes entre el vicio y la virtud, naturalezas término medio.

Ahora bien: ante todo, es evidente que la educación moral, por lo menos como se ha hecho hasta ahora, ya fuese atea ó religiosa,

por la ignorancia en que estamos de los coeficientes orgánicos de las pasiones humanas, es perfectamente inútil para la categoría de los malos de remate. Para ellos no queda sino la conmiseración, sin desligarla por eso de las medidas de defensa en pro de los honrados: son locos, son alocados, son delincuentes natos, obran sujetos á la llamada fuerza irresistible. Está bien; pero, entre tanto, si pasan á cometer actos criminales ó peligrosos, encerrémoslos en una penitenciaría ó en un manicomio criminal (el nombre poco importa) con tal de que estén á buen recaudo, y de que aquellos elementos antisociales, deletéreos é incorregibles, sean segregados de la sociedad sin falso humanitarismo y sin crueldades inútiles. Permanezcan aislados y no propaguen su desdichada estirpe, porque aquel poco de progreso moral que la humanidad ha conseguido en tantos millares de años débese, mucho más que á la eficacia educativa (observa Bagehot), á una lenta y continua selección de los buenos (1), como Galton *(Hereditary Genius,* 1870, página 347) notaba que la docilidad de los animales es igualmente debida á la selección inconsciente que desde los tiempos salvajes hasta nuestros días se ha practicado, matando con preferencia los peores.

Y Darwin insiste en ello hablando del hombre: «Por lo que concierne á las cualidades morales, cierta eliminación de los peores va siempre progresando hasta en las naciones menos civilizadas. Los malhechores son ajusticiados ó tenidos en largas prisiones, por lo que no pueden transmitir sus malas cualidades. Los enajenados y los hipocondríacos van á un encierro ó se suicidan. Los violentos y pleitistas tienen á menudo un fin sangriento. Los hombres inquietos (y este residuo de barbarie es un gran obstáculo á la civilización) que no saben ocuparse regularmente emigran á países recién constituidos, donde se convierten en útiles colonos. La intemperancia es tan nociva para la salud, que la vida probable de un intemperante de treinta años, por ejemplo, sólo es de trece años, mientras que para los campesinos ingleses de aquella edad es de cuarenta años. Las mujeres disolutas tienen pocos hijos, y los hombres disolutos raras veces se casan; unas y otros están sujetos á enfermedades (1).»

Y no es sólo esto, sino que la sanción natural última contra los excesos de todo género, es la comple-

(1) Bagehot: *Leyes científicas del desarrollo de las naciones.* París, 1875, págs. 55-56.

(1) Darwin: *Origen del hombre.* Turín, 1872, página 129.

ta esterilidad (1); así, pues, esta selección hereditaria podrá más que la educación, si bien con suma lentitud, aproximarnos á aquel estado ideal de moralidad de que habla Spencer (2).

Entre tanto, elimínense, pues, del cuerpo social estos elementos incorregibles y deletéreos; así lo sostiene la escuela positivista del derecho penal, y no me parece mal pensado, en contraposición de aquellos que, una vez admitida la locura ó la fuerza irresistible en el acusado, lo absuelven *ipso facto* y le dejan libre las más de las veces para repetir los desahogos de su naturaleza patológica, de la cual cierto es que él no tiene la culpa, pero de quien, sin embargo, la sociedad tiene derecho á defenderse.

En cuanto á los buenos á carta cabal, claro es que para ellos es bastante superflua la educación moral; aun así, como se ha dicho antes, no podrá hacer más que ayudar á que se conserven y desarrollen siempre mejor los gérmenes benéficos heredados por el individuo; y tanto más si, como dice muy bien Anguilli, llega á aplicarse á la educación moral también el método intuitivo ó natural, adoptado ya para la instrucción intelectual.

Queda la categoría de los que no son decididamente buenos ni malos. Ribot, en su reciente y apreciable obra acerca de la *Herencia psicológica* (pág. 231), tocando de pasada las relaciones entre la educación y la herencia, como ya lo había hecho Comte (*Curso*, III, 566), concluye que es preciso evitar la ilusión de la omnipotencia educativa, y que la educación no produce efecto eficaz sino en las naturalezas medias. Pero, contra esta afirmación puede objetarse que si un carácter es poco firme, flojo por naturaleza, su misma falta de temple excluye la posibilidad de una acción eficaz, esto es, continua y estable de la educación en un sentido ó en otro. En las arenas del desierto, movibles por todos los soplos del viento, no puede permanecer impresa ninguna huella; y esto significa que si la educación podrá muy poco sobre estas naturalezas medias, en cambio podrá mucho más el medio ambiente dentro del cual se hallen. Y aquí también la nueva escuela del derecho penal tiene la gloria de haber introducido en la ciencia de la seguridad social la capitalísima distinción entre los delincuentes natos, de quienes hemos hablado poco ha, y los delincuentes ocasionales, para quienes mejor que

(1) Jacobi: *Estudios acerca de la selección en sus relaciones con la herencia en el hombre.* París, 1881.

(2) Spencer: *Las bases de la moral*, capítulos XV y XVI.

los rigores del Código penal serán las medidas sociales que mejoren el medio ambiente, quitando, hasta donde sea posible, las ocasiones de delinquir.

Por el contrario, Pérez, uno de los más distinguidos pedagogos positivistas, en su libro acerca de la *Educación desde la cuna* (1880, página 265), después de haber dicho que la educación encuentra gérmenes suministrados por la herencia, concluye que éstos «son indiferentes por sí mismos y darán como fruto el bien ó el mal según la cultura, el ejemplo y las circunstancias». Pero también aquí, eliminada la parte del ambiente, que va confundida con la de la educación, es fácil observar que no existe la indiferencia en sí en la naturaleza; porque en un individuo se equilibre más ó menos la suma de las disposiciones congénitas buenas con las malas, podrá decirse al tuntún que el temperamento de él es indiferente; pero, en realidad, existen tanto los gérmenes malos como los buenos, y solamente se compensan para no ser preponderantes los unos ó los otros.

Y por eso, la consecuencia respecto á la tercera categoría del limbo moral es que la educación moral puede inmensamente menos que la herencia y mucho menos que el medio ambiente; y que, á lo sumo, en la mínima parte que á la primera concierne, puede tener la eficacia de desarrollar los gérmenes buenos, más bien que la de destruir ó modificar los malos. Y esto, como se ve, no es tan desconsolador cual á primera vista parece.

Por consiguiente, la última conclusión redúcese á destruir en nombre de la observación de los hechos mucho de aquel optimismo idealista, que hay por lo común á propósito de la educación moral; y, por el contrario, lejos de contentarnos con frases altisonantes pero vacías, nos induce á la solución de otros problemas, entre los cuales los mayores son estos dos. Aprovecharse de los descubrimientos científicos que se han hecho y se hagan acerca de la herencia orgánica y psíquica, para regular en los casos extremos, hasta con leyes, la procreación de los hijos, concediendo á los hombres un poco de esos cuidados que se han concedido á la crianza de los animales. Pedir á la fisiología y á la psicología el estudio orgánico de las pasiones humanas, para que en él pueda cimentarse la investigación de los medios menos ineficaces de educación moral, y, por consiguiente, de poner obstáculos al mayor incremento de la criminalidad.

II

Y pasemos ahora á la acción del medio sobre la delincuencia.

Todos los actos humanos, y por consiguiente también los criminales, son en parte producto personal del individuo, en parte del ambiente en que éste ha nacido y vive.

Es mérito de las ciencias naturales el haber puesto á plena luz la íntima correspondencia y la constante reciprocidad de acción y reacción entre todo ser y el mundo que le rodea; mientras que la filosofía tradicional encerraba sólo en la persona, y hasta nada más que en su conciencia volitiva, la total causalidad de las acciones humanas. Y al paso que el naturalista habíase ocupado sobre todo del ambiente físico que obra por todas partes sobre los organismos, ha venido después el sociólogo á poner de relieve la grandísima participación que el medio ambiente social tiene en la vida del hombre, organismo físico y psíquico como cualquier otro animal, pero con un predominio del sistema nervioso, y, por tanto, de la parte moral y psíquica, superior en mucho á lo que sucede en todos los demás seres vivos.

Era lógico que estas miras generales se reflejaran también en el estudio de la delincuencia, porque ésta no es más que el otro lado de la actividad humana; la cual, si en la lucha por la existencia permanece en el campo jurídico, es trabajo honrado que se estudia por la economía política; si rompe los límites del derecho, es actividad deshonrosa que da materia á la ciencia criminalista y penal. He aquí por qué muchos criminalistas fueron también economistas, como Beccaria, Filangieri, Romagnosi, Rossi, Bentham.

Y la sociología criminalista establece precisamente que el delito tiene sus causas en la constitución física y moral del delincuente, pero también en gran parte en el medio físico y social que le rodea. El predominio constante de los delitos de sangre en los climas meridionales, en la estación cálida, en los años de estíos más ardorosos, en las épocas de mayor cosecha de vino y mayor producción de alcohol; por el contrario, el aumento de los delitos contra la propiedad en los climas septentrionales, en la estación fría, en los años de inviernos más crudos, en las épocas de carestía agrícola, son elocuentes indicios de esta acción del medio físico sobre la criminalidad. La frecuencia indómita de los delitos por

causa política en los países donde el gobierno choca demasiado con las aspiraciones nacionales; los duelos y muchos infanticidios fomentados por un estado particular de la opinión pública; las supresiones y sustituciones de recién nacidos donde no existe registro civil de nacimientos; muchos uxoricidios, rompimiento criminal de un vínculo que ha llegado á ser insoportable, pero que es legalmente indisoluble; muchos casos de bandolerismo provocados por alguna injusticia, porque, como dice Filangieri, cuando no se puede con facilidad usar la espada de la justicia, se acude al puñal del asesino; y tantos otros delitos que desaparecen ó disminuyen con el cambio de las instituciones de que eran producto, son indudables pruebas de la influencia que tiene el medio social ambiente en la vida del ciudadano.

Sin embargo, hasta ahora los criminalistas y legisladores han descuidado por completo estas enseñanzas de la observación positiva. Guiados por la sola lógica y la filosofía tradicional, los unos, como dice Ellero, han escrito volúmenes en folio acerca de la tortura y la pena de muerte, pero poquísimos y breves opúsculos sobre las causas del delito y modos de extinguirlo ó disminuirlo; y los otros han creído y creen todavía que un código penal, una ley represiva basta para impedir la criminalidad, mientras se dejan subsistir ó quizá hasta se aumentan las causas naturales de ella.

Y así ha llegado á suceder que aquellas observaciones hechas de un modo superficial se prestan fácilmente á una precipitada conclusión por parte de quien, preocupado ya por otras conclusiones suyas en el campo económico y guiado por la lógica abstracta nada más, llega á decir: Pues si las presentes instituciones de la sociedad son la raíz de la delincuencia, echémoslas abajo y desaparecerá el delito; cambiado el medio cambiará el hombre, y con la ayuda también de la educación vendrá de ese modo al mundo la paz universal.

Pero estas opiniones, aun cuando á mi parecer movidas de seguro por un nobilísimo deseo del bien, necesitan cimentarse todavía un poco en las investigaciones científicas, que no ceden sólo á los solícitos arranques del sentimiento, sino que encuentran siempre un contrapeso en la observación positiva de los hechos físicos y morales. Y he aquí precisamente á la sociología científica, representada en esta materia por la nueva escuela positivista del derecho penal, puesta en el caso de tener que examinar esas afirmaciones.

Ya hemos visto poco ha si la educación puede, y en qué cuantía,

modificar el carácter del hombre. Ahora nos quedan estas otras dos conclusiones del socialismo teórico: destruidas las presentes instituciones sociales, desaparecerá el delito; cambiando el medio social, también cambiará el hombre en su actividad criminal.

Fácil es ver que la primera de estas proposiciones olvida un hecho gravísimo: olvida que el delito, como todo acto humano, no sólo es efecto del medio social, sino también del ambiente físico y de la constitución del individuo. Y, por consiguiente, es fácil corregirla pronto, diciendo: acaso, destruidas las instituciones sociales presentes, desaparecerá *aquella parte* de los delitos que en éstas tienen su origen. Y he aquí un primer y gran límite del absolutismo de aquella afirmación; porque, en efecto, ¿cómo suprimiréis la influencia del medio físico y del temperamento individual, si uno y otro sólo en mínima parte son modificables por el esfuerzo humano, ya sea individual, ya colectivo?

No sólo esto, sino que aquella conclusión, como en general todas las del socialismo teórico, en la parte reconstitutiva de los varios sistemas (de los cuales, por el contrario, vale bastante más la parte crítica, que es un verdadero servicio meritorio de los socialistas y en gran parte es aceptable), tiene un gravísimo defecto: el de ser demasiado sencilla, y, por lo mismo, en extremo absoluta. Todo cuanto se refiere á la vida del hombre, y mucho más á la de la sociedad humana, es tan vertiginosamente complejo en sus factores y en sus manifestaciones, que para un hombre de ciencia es de todo punto imposible resolver un problema humano con un corte sencillo y limpio. La sentencia absoluta, monosilábica, del socialismo, atiende á la apariencia saliente del fenómeno y olvida todos los elementos ocultos é infinitos que forman parte sustancial de él.

Así, es frecuentísimo, por ejemplo, que el economista sólo vea el lado económico de un fenómeno social y que el criminalista sólo vea en el mismo su lado técnicamente jurídico. Pero, despacio: aquel fenómeno tiene un lado económico ó criminal que estudiáis, pero tiene también otros muchos aspectos que no debéis abandonar. Así, en nuestro caso, la función social de defensa del orden jurídico, que se llama ministerio punitivo, no es la sola y única función del Estado. El Estado tiene que ejecutar otras muchas funciones para existir, y, por consiguiente, debe ejercer cada una de ellas en armonía y relación con todas las demás. El legislador que lo olvida, como sucede con suma

frecuencia, es imprevisor. ¿Se estudia una ley represiva? Pues bien; sólo se piensa en oprimir lo más que se pueda los resortes criminales, por decirlo así, en que se apoya el fenómeno que se examina; oprímense, y se olvida que su fuerza de reacción, impedida aquí, en el campo jurídico, se levantará en otra parte, en el campo económico, familiar, político, etc.

Así, es fácil decir: abolida la propiedad individual, desaparecen los hurtos; abolido el matrimonio legal, desaparecen los adulterios, los uxoricidios, los infanticidios, los atentados contra la honestidad y así sucesivamente.

Pero, despacio. Lo primero de todo, dudo de que, aun concediendo esas premisas abolitivas, sean verdaderas las conclusiones optimistas. Por ejemplo, dudo que, abolida la propiedad individual, deban desaparecer del todo los hurtos, y por analogía, dudo lo mismo respecto á la abolición del matrimonio. Cierto es que, quitadas estas instituciones, desaparecerían la mayor parte de los delitos con ellas relacionados, pero no todos. No olvidemos los factores personales y los factores físicos de los delitos. Sin embargo, dado en hipótesis el colectivismo, el comunismo ú otro sistema, siempre existirá el vagabundo nato, que profesa una repugnancia orgánica á cualquier trabajo, y, por ejemplo, para vivir robará los bonos de alimentos para proveerse en los almacenes comunes. No sólo esto; la estadística criminal demuestra que el aumento de bienestar material en las actuales condiciones de la sociedad, al paso que disminuye los delitos contra la propiedad aumenta los delitos contra las personas. Y entonces, ¿cómo se evitará este correlativo criminal de la diminución de delitos contra la propiedad? Con la educación y con el cambio de medio, responden los históricos. Pues bien, ya vimos la importancia que puede concederse á la educación; veamos ahora la que tiene el medio ambiente.

Y así, por ejemplo, destruido el vínculo matrimonial, siempre habrá un hombre que guste de una mujer y sea rechazado por ella; y he aquí el atentado contra la honestidad, si aquel hombre cede á ciertos impulsos de su organismo y del ambiente físico.

Pero (se responde), estos son casos patológicos, y á ellos proveerá un manicomio criminal. Bueno; pero entonces distamos ya un poco de aquella absoluta desaparición de toda criminalidad y de aquella abolición de todo el orden judiciario, etc., que se pronosticaban como bienhechores efectos de la tabla rasa he-

cha con la presente sociedad. Y entonces se viene á decir lo mismo que la sociología criminalista, ni más ni menos: cárcel, ó mejor, manicomio criminal; en último término, eliminación de los elementos antisociales, patológicos, peligrosos.

Y no sólo esto; si, como vemos, la abolición de las presentes instituciones sociales ni siquiera suprimiría del todo la delincuencia, falta considerar también los otros aspectos de esta propuesta abolición, no sólo el criminal ó el económico. Muchos son los demás aspectos de esas instituciones, pero basta recordar uno: su raíz en las *condiciones de existencia,* que diría Spencer, de la humanidad.

Porque es preciso hacer una sencilla observación: es pura metafísica eso de creer que una institución social, especialmente de las fundamentales como la propiedad ó la familia, sean efecto del capricho de un hombre ó de una clase dominante, y, por consiguiente, sólo por el arbitrio de otro hombre ó de otra clase pueda instantáneamente abolirse de una plumada en una ley ó de un disparo de fusil en las barricadas. Requiérese otra cosa. Todo cuanto ahora existe, lo mismo en la naturaleza física que en la sociedad humana, es el efecto acumulado de una cadena infinita en el tiempo y en el espacio de causas anteriores, que gravitan y gravitarán inexorablemente sobre las generaciones actuales y futuras; y, por tanto, todo teórico que en su gabinete de estudio imagina proyectos de un nuevo orden social en un todo diferente de los que existen, aun cuando lo haga por un sentimiento humanitario nobilísimo, se asemeja mucho á un arquitecto que propusiera la construcción de edificios sustancialmente nuevos en comparación con los actuales, por ejemplo, fuera de las leyes de la gravedad ú otras. Uno y otro olvidarían que si las instituciones sociales son como son y las casas son como son, eso es un efecto muchas veces milenario de causas infinitas arraigadas en la humanidad, la cual, conviene recordarlo, cuenta de vida muchos centenares de miles de años. Y como Ardigó decía que al construir ahora un ingeniero una estación de vía férrea seguía las mismas leyes generales que guiaron á nuestros progenitores prehistóricos en la construcción de las primeras é informes habitaciones, así también puede afirmarse que las presentes instituciones sociales se apoyan en las mismas leyes psicológicas que dieron por resultado las prístinas manifestaciones de la socialidad en los más remotos predecesores nuestros.

Pero, entonces, se dirá: negáis

la posibilidad de todo cambio, negáis todo progreso.

Y respondemos: Poco á poco con estos absolutos. Para decirlo con breves palabras: lo que negamos son los *saltos* en la naturaleza, los cambios sustanciales é instantáneos; pero admitimos perfectamente el progreso, porque lo vemos en todos los hechos, y lo defendemos cuando otros pretenden ilusamente detenerlo, aunque sólo sea por un segundo de tiempo; pero el progreso en su sentido natural, no en el sentido fantástico de esta palabra; en resumen: en el sentido de la *evolución*.

Admitimos, pues, que la sociedad puede progresar y modificarse sin límite alguno, y hasta á ello se ve constreñida por una inexorable y bienhechora necesidad. Y por eso reconocemos también el justo mérito del socialismo, como el de cualquier otro, cuando al poner de relieve las injusticias actuales, cumple con la primera condición precisa para destruirlas ó mitigarlas.

Otra cuestión es, la de si el trabajo voluntario del hombre puede influir en este progreso, y en cuánto; nosotros, por ejemplo, no estamos en esto conformes del todo con el *quietismo* de Spencer. Pero, en cambio, para nuestro asunto, nos importa examinar aquella segunda afirmación teórica: Cambiando el medio social ambiente, cambiará el hombre.

Esta proposición, en sentido absoluto, no es científica; en sentido relativo es positiva. En sentido absoluto, si se cree que el medio social puede sustancial é instantáneamente convertir lo blanco en negro, entonces se aventura una idea que choca diametralmente con la universal de evolución, lo cual es un hecho y no una idea teórica. Y, entre paréntesis, aquí resulta claro que no es cierto, como algunos dicen, que el darwinismo y el evolucionismo sean favorables á las miras del socialismo teórico.

Es necesario explicarse un poco acerca de esta velocidad del progreso humano. Ateniéndose á la tradición de que el mundo existe desde hace seis ó siete mil años, puede incurrirse en la ilusión de que, siendo un siglo, dos siglos, un período bastante largo ya en la vida de la humanidad, pueden producir cambios sustanciales y profundos. Pero si, por el contrario, se piensa que desde el estado prehistórico, análogo al de muchos salvajes de hoy, ha empleado la humanidad no muchos siglos, no muchos millares de años, sino muchos centenares de miles de años para llegar en algunos pueblos al presente estado de civilización, entonces compréndese en seguida cómo en un siglo ni dos no pueden

obtenerse variaciones sustanciales en la humanidad. Es como si en un individuo se quisiera alcanzar en pocas horas, ó en pocos días, la estatura de uno ó dos metros; precisamente lo mismo, porque dos ó tres siglos son para la humanidad, para un pueblo, como pocas horas en la vida de un individuo. Y es una suprema ilusión el creer que una idea ocurrida á algunos teóricos pueda infringir en el acto esta ley eterna de la gran lentitud en la vida humana y social.

Y adviértase que en la evolución comprendemos nosotros hasta los sacudimientos de las revoluciones que entran en el ritmo general de la vida social como la fiebre en el de la vida individual; del mismo modo como en la vida física, la gran teoría evolucionista de Lyell para la geología admite los revolucionarios sacudimientos de las erupciones volcánicas y de los diluvios parciales. Sí; la evolución comprende también la revolución, cuando obstáculos contrarios al ritmo general del movimiento humano detienen un poco el progreso continuo, y hacen inevitable la explosión de fuerzas que no se pueden suprimir.

Pero si la evolución es un hecho continuo, tantas veces milenario que se acumulan poco á poco siglos en serie infinita, ¿qué vale frente á ella un torbellino de revolución que dura un mes, tres meses, un año? Una cosa infinitesimal, una mínima vibración, si se compara con el ritmo continuo de la vida universal.

En el pequeño cúmulo de arena que rodea la boca del hormiguero, unos cuantos granillos de arena removida son un cataclismo para las hormigas, y son un movimiento casi imperceptible en el espacio que lo circunda. De igual manera, una revolución social es grande y horrible cataclismo para la generación que la presencia, pero es una vibración apenas sensible para la humanidad, una sacudida infinitesimal en el tiempo, y por consiguiente, de mínima eficacia. Pongamos un ejemplo: la gran revolución francesa, la mayor de muchos siglos á esta parte. Pues bien, ¿qué cambios sustanciales ha producido y arraigado en el mundo, en Europa, desde hace ya cien años que se realizó? Grandes, dirá quien sólo se fije en las apariencias; mínimos en extensión y en intensidad, especialmente en lo que atañe á las instituciones fundamentales, arraigadas en las condiciones de la existencia humana, responde el observador de la universal evolución, quien halla las causas seculares y lentas, pero continuas é inexorables, de los pocos cambios de más relieve obtenidos después de aquella Revolución, causas anteriores á ésta.

Así, pues, concluimos que este ambiente social puede cambiarse y corregirse; pero en una medida que, si puede parecer muy grande al hombre que lo realice, llega á ser infinitesimal para la humanidad entera, bastante escasa para un pueblo (1).

Y, por consiguiente, he aquí también la conclusión final, en lo que se refiere á la delincuencia: dado que el medio social es en gran parte causa de delincuencia, es cierto que para disminuir ésta es preciso en primer término corregir las partes viciadas de aquél; pero no pudiendo provocar instantáneamente variaciones sustanciales y generales en ese ambiente, es necesario dirigir con constancia la atención y la actividad á las correcciones parciales más ó menos amplias, recordando, sin embargo, que la función represiva y preventiva de los delitos debe estar en armonía con todas las demás funciones del Estado y con las otras condiciones de existencia de los individuos, que precisa altamente respetar.

Y he aquí por qué la escuela positivista del derecho penal, estudiando las causas de los delitos para suprimir en parte, cuando sea posible, ó á lo menos para evitar el desbordamiento de este fenómeno patológico de la delincuencia, defiende el estudio, hasta ahora descuidado, de la prevención social y científica de los delitos; pero no una prevención de policía y empírica, sino aquella prevención remota, útil, civil, que va hasta las raíces del mal en todos los órdenes de la actividad humana, y no sólo en el campo del Código penal y terrenos limítrofes; esta última es una prevención miope, inútil, violenta, á menudo provocadora, porque pretende impedir el mal inminente, sin preocuparse de quitar sus causas remotas. Y esta prevención social de la criminalidad se reduce precisamente á modificar el medio social en sus partes contrarias á las leyes naturales, no de un salto sino siempre, continuamente, en cada una de las demasiadas leyes que se van haciendo. Y de ese modo representará la solución positiva y científica, libre del cúmulo de miras más ó menos idealistas del sentimiento y de la metafísica social.

Cuando se propone un arancel de aduanas, aparte del lado económico, es preciso pensar en que el contrabando resiste á la cárcel y al tiroteo de fusil; pero desaparece ó disminuye suprimiendo ó rebajando los derechos de entrada. Cuando se hace una ley ó un decreto acerca

(1) Lo mismo dice Bertillon, artículo «Mesología», en el *Diccionario enciclopédico de ciencias médicas*, serie II, tomo VII.

de las tabernas, recuérdese que el alcoholismo es uno de los más poderosos factores de la delincuencia, y en vez de estancar la sal póngase límites fiscales al abuso de los alcohólicos. Cuando se habla de vías públicas, no se olvide que los robos á mano armada huyen, no ante los que se llaman trabajos forzados, sino ante la mayor viabilidad y mejor iluminación de las ciudades. Cuando se dicta una ley acerca del trabajo de los niños, piénsese también que la aglomeración industrial fomenta muchos delitos contra las buenas costumbres. Cuando se proyecta el divorcio, considérese también el lado de la prevención de los adulterios, de los uxoricidios. Cuando en el Código civil se prohibe la investigación de la paternidad y queda exento de responsabilidades en absoluto el seductor, recuérdense los homicidios cometidos por las mujeres seducidas. Cuando se permite que la ceremonia religiosa preceda al matrimonio civil, no se olvide el séquito de venganzas y delitos provocados por la posibilidad de abandonar legalmente á la mujer engañada. Y así en otros muchísimos asuntos, como ya dije en otras ocasiones.

En resumen, estas, en esta medida y con estos criterios, son las respuestas de la sociología científica acerca de las relaciones entre la educación, el medio ambiente y la criminalidad; alejadas de todo idealismo en uno ú otro sentido, son el único medio de obtener poco á poco lo más que se pueda, en el continuo, pero tardo mejoramiento de los destinos humanos.

Enrique Ferri.

LA FATUIDAD MODERNA

Se han perdido algunas enfermedades, como la *pituita vítrea* y otras, cuya extinción deplora la Medicina con una candidez cómica; pero las enfermedades del espíritu continúan incólumes, y no tenemos que sentir la pérdida de ninguno de los defectos con que la naturaleza ó la civilización tan espléndidamente dotan á la humanidad: testigo de ello son los caracteres de Teofrasto, los grandes retratos de Plutarco, los calcos de La Bruyère, los cuadros vivos de Aristófanes, de Terencio, de Molière y la colección moderna de nuestros pintores de costumbres.

De esta inalterable constancia en los vicios y extravagancias, resulta una monotonía que desespera á los observadores y delatores de las debilidades humanas. No teniendo más recursos que matices casi imperceptibles y algunos cambios de vestimenta, vense reducidos á rebautizar á sus modelos. El avaro de Terencio se trueca en el padre de Eugenia Grandet; Werther se llama Chatterton; Valmont, Ramière, Volmar, Jacques; y, á pesar de todo el ingenio empleado en estos disfraces, aún se conocen demasiado los modelos. Por tanto, es prestar un servicio á nuestros modernos Teofrastos el señalarles, á falta de caracteres nuevos, el cambio acaecido en ciertas ridiculeces, el cual comunica un particular aspecto á la sociedad y puede suministrar picantes observaciones á su genio crítico.

Por ejemplo, la fatuidad ha existido en todos tiempos; y este defecto, cuyo origen se pierde en las tinieblas de lo pasado, ha sufrido grandes mutaciones en nuestros días, desde Acteón, á quien por tan extraño modo castigó Diana, hasta

Monaldeschi, cuyo atroz castigo no corrigió á ninguno de los amables fatuos del tiempo de Luis XIV y de la Regencia.

Es en vano buscar hoy en nuestros salones un caballero de Gramont, un duque de Lauzun, un marqués de Wardes, un mariscal de Richelieu, en fin, uno de esos brillantes seductores que no sabían conservar el secreto de una conquista. Tampoco se encontraría la copia de esos *cavalieri serventi,* que seguían los pasos de una mujer bonita, aguantaban sus desdenes, sus caprichos, con el único fin de dejar creer que tanta complacencia era recompensada; ni de esos galanes subalternos á caza de una carta imprudente, de una simple inconsecuencia, para comprometer á la mujer más deseada por presunción que amor. Estos originales han desaparecido: la política, la literatura, la riqueza tienen aún fatuos; el amor ya no los tiene.

Y no es porque la fatuidad galante, ese achaque del amor propio, haya ido á reunirse con la pituita vítrea de los antiguos, no. Aquella manía de pregonar el triunfo que debiera ocultarse, y de hacer creer en los que no se han logrado, siempre existe ante nuestros ojos; pero ha cambiado de sexo, y es curioso ver los efectos de esa transmigración en todas las clases sociales.

El aire de indiferencia, la negación positiva, el disimulo, han pasado á ser patrimonio de los hombres; las preferencias ostensibles, las miradas tenaces, los pasos indiscretos, son la hijuela de las mujeres. Ellas son quienes exigen hoy lo que antaño no podían conseguir, á saber: que las visiten por la mañana; que las acompañen por la noche al teatro y al baile; que vayan á su encuentro en todas partes y se sienten junto á ellas en un salón para conversar allí á duo toda la velada como pudieran hacerlo delante de la chimenea de su gabinete, sin dárseles un ardite de lo que puedan pensar los doscientos maldicientes que compongan la reunión; que rompan toda clase de relaciones de amistad ó de cortesía con las demás mujeres. ¡Tanto les importa que nadie pueda equivocarse acerca del objeto de una predilección tan señalada! Ellas son quienes representan á gritos las escenas de celos y tienen aire de lástima para con las mujeres á las cuales se precian de arrebatarles sus jóvenes maridos. En otro tiempo delataban su amor por el escrupuloso cuidado que ponían en no pronunciar nunca el nombre de aquellos á quienes amaban; ahora, ese nombre figura en todas sus frases, preside al relato de lo hecho durante la víspera, al proyecto

formado para mañana; es el eje sobre el cual gira su conversación.

De esta preferencia marcadísima no debe inducirse que ocurran cosas tan hondas como se aparentan. No; por desgracia ó por prudencia, la mayoría de esos amorosos sentimientos son muy honestos en el fondo. En primer término, porque la crueldad se ha hecho hombre; y después, porque teniendo esos caballeros por norma sostener á la vez unos amores positivos y una intriga novelesca, resulta de aquí mucho menos peligro para la última. Las fuerzas del corazón, como todas las demás, se empobrecen al dividirse; lo que se ama por la noche perjudica mucho á lo que se ha de amar por la mañana, y de las agitaciones del vicio nace un sosiego del que se aprovecha la virtud. De ahí provienen esa complacencia en dejarse adorar, esa paciencia para esperar ó esa habilidad para evitar los momentos felices, lo cual presta á nuestros jóvenes una lánguida gracia que sus padres no conocían. No es posible desesperarlos; no desean con viveza nada; su imaginación ya no se atormenta por buscar las ocasiones de verse, de confirmarse en el sentimiento que se inspira; por el contrario, sólo después de reiteradas negativas ceden y se condenan á sufrir el aburrimiento de una función teatral, la sonora charla de una tertulia ó el calor molesto de un baile. Este sublime sacrificio se ve recompensado con las más rendidas gracias: «*¡Qué amable es V. al haber venido aquí!*» se les dice con acento de gratitud. ¡Cuánto se aprecia lo poco que hacen!

Ese heroico sacrificio no llega hasta á bailar con la mujer á quien cautivan. ¡Quita allá! Eso sería comprometerse demasiado. En primer lugar, el verdadero elegante baila poco ó no baila, y siempre con notabilidades como la señora de la casa, la heredera de más viso, ó la dama que piensa dar un baile. Porque es de advertir que esos encantadores desdeñosos de los placeres de sociedad tienen empeño en ser invitados á todas partes.

Y ya no es, como antaño, por seguir allí al objeto de sus afanes, por gozar con sus triunfos, por sentir palpitar el corazón, oyendo á todo el mundo «¡Qué hermosa es!» No, en verdad; donde más le importa ser admitido es, sobre todo, en la casa adonde no va ella. Es de ver entonces á la pobre mujer azacanarse por llegar á obtener la esquela de convite que ha de proporcionarla la felicidad de ser testigo de las coqueterías del ingrato con otra. ¡Cuántas visitas, cuántos pasos, qué de adulaciones para conseguir ese objeto! No estaría bien

invitar sin ella á sus más íntimos amigos, dice. Sería una injuria ignorar la intimidad de que hace gala; y, sin embargo, esa intimidad se reduce á recibir de tarde en tarde un ramo de flores, lo cual le da derecho á comprar otros, aparentando que de él proceden.

Nada hay tan divertido como la fatuidad de las mujeres por enseñar ese magnífico ramillete de camelias y brezo, de cuyo precio están bien sabedoras, puesto que se ha visto á persona de su servidumbre encargarlo en casa de Mad. Prévost; nada tan chistoso como su fingido apuro cuando se les habla sin la más mínima segunda intención del pesar de haberse presentado en su casa un día en que ellas no reciben, y todos sus arrumacos á propósito de una carta entregada sin disimulo y oculta en seguida en el cinturón, con el cuidado de dejarla ver lo suficiente para llamar la atención á los curiosos. Todos esos manejos, remozados por el cambio de lugar, son de lo más cómico y reclaman el tan exacto pincel de nuestros autores contemporáneos.

Hace poco se contaba la historia de un marido engañado como nunca lo fué marido alguno.

Un anónimo le había advertido caritativamente del amor de su mujer por un joven muy de moda. Todo se le indicaba sin ambajes, las pruebas de la intimidad, los medios de escribirse, los sitios de cita. Encontraría un retrato en el secreto de un atril gótico, cartas en una cartera oculta detrás del marco de un cuadro, y á la infiel en una casita de la alameda de las Viudas, á la hora en que las Cámaras discuten los presupuestos.

Todos esos indicios, tan claramente detallados, comenzaban á perturbar el espíritu del pobre hombre. Sin embargo, le da vergüenza otorgar crédito á un anónimo. Quiere observar por sus propios ojos y juzgar por sí mismo la importancia que merece la denuncia. Le llaman la atención los aires preocupados, las miradas lánguidas, los ramos de flores, los pasos misteriosos; ya no duda de su desdicha, y, como todos los maridos que no dudan, quiere convencerse. Fuerza el secreto del atril gótico.

Ofúscale la vista el retrato de un hombre; no conoce esa cara, pintada muy medianejamente á la acuarela, por la sencilla razón de que no tiene ni pizca de parecido; pero, la levita abrochada hasta el cuello, la corbata con el lazo hecho de cierta manera, la roseta en el ojal, todo eso está hablando. *Es él*—dice el marido;—y corre á la cartera que contiene la correspondencia. Allí cesa su incertidumbre; porque al decir *es él,* el buen hombre no sabía

precisamente de quién hablaba; pues las levitas y corbatas negras, las rosetas rojas en la solapa, son muy comunes; por eso, en realidad, sólo supo á qué atenerse cuando tuvo en sus manos varias cartas firmadas con todas sus letras: A. de N.

Por supuesto, ya se comprenderá que esas cartas, firmadas como simples peticiones, no contenían sino frases corrientes y de lo más respetuosas. «*Están escritas en cifra*—pensó el marido;—estas frases frías y ceremoniosas representan indudablemente las más apasionadas expresiones; de no ser así, no las escondería con tanto cuidado.» Entonces todo lo sacrifica, intereses políticos y jugadas de Bolsa, por la premura en dirigirse á la alameda de las Viudas.

A la puerta de la indicada casa hay un coche de alquiler.

—Esto es hecho—dice el marido, asegurándose de que lleva en los bolsillos las pistolas;—veremos si el malvado es valiente.

Baja del tílburi con el corazón lleno de rabia, decidido á matar al rival, á la culpable y á todo el que le quiera impedir hacerse justicia por su mano.

Toma por una calle de serbales, oye reir y hablar detrás de un seto... Esa alegría aumenta su furia. Se precipita, pálido y con los ojos torvos, hacia la primera salida que encuentra, y va á dar en medio de un colegio de niñas en plena hora de recreo.

Allí está su mujer hablando con la profesora, á quien recomienda particularmente dos pobres gemelas que hace educar á sus expensas. y que han sido confiadas á su caridad por el respetable cura de San Roque.

No comprende una jota del aire extraviado de su marido; y le pide explicaciones, á la vez que se las da del por qué se encuentra allí ella. No caben dudas acerca del motivo de aquel paso y de esta beneficencia en secreto; pero hay otros hechos acusadores. El marido despide su tílburi, monta con su mujer en el simón, y allí la hace sufrir un interrogatorio en toda regla.

La confesión de un crimen le hubiera costado quizá menos á aquella joven é inocente señora, que la de la extraña fatuidad que la había inducido á confiar á una pérfida amiga el enredo que no tenía. Porque ese señor A. de N., para con el cual habíase mostrado ella un poco coqueta, ni siquiera lo había reparado. Ese retrato, tan mal hecho como bien oculto, lo había pintado ella de memoria, y la media docena de cartas conservadas con tanto esmero eran la prueba escrita en luga-

res comunes de la más absoluta indiferencia; pero era preciso tener una confidencia que hacer, una debilidad que alardear, una conquista de que presumir, y quiso la desgracia que la confidente fuese traidora y rival. Pero como la debilidad era imaginaria nada más, el marido se calmó muy pronto, contento de no tener que maldecir en aquella circunstancia más que la *fatuidad venida á parar en rueca*.

Sofía Gay.

RETRACTACIÓN

(De Shakespeare.)

Cuando á los rudos golpes de la suerte
Siento el horror de mi infelice estado,
Viendo en mi daño el mundo conjurado
Y sordo á mi querella el cielo inerte,
Tal vez el cofre henchido, el cetro fuerte
Envidio de soberbio potentado;
Olvido el bien que me reserva el hado
Y más refugio no hallo que la muerte.
Mas si revuelvo á ti mi pensamiento,
Como la alondra que, rayando el día,
Sube, y su vista abierto el cielo abarca,
Canto de gozo, y tan feliz me siento,
Que el caudal de mi amor no trocaría
Por los tesoros del mayor monarca.

M. A. Caro.

EL DUELO EN LO PRESENTE

I

El duelo durante la Revolución, la monarquía, el imperio y la república.—Estadísticas. Su utilidad, según M. Lacassagne.—Estadísticas italianas.

Está el duelo en alza ó en baja numérica desde comienzos de nuestro siglo? ¿Cuáles son hoy sus caracteres y el grado de su gravedad? Es bastante difícil responder con precisión á estas preguntas, por falta de los documentos necesarios; sin embargo, lo vamos á intentar. Paréceme que bien pronto se notará haber habido en estos últimos años un ligero aumento, pero que en conjunto ha disminuido desde la Restauración; además, esta deplorable costumbre se localiza cada vez más en ciertas profesiones (periodistas, políticos, oficiales del ejército), y con este carácter profesional, cada vez más marcado, parece ser menos difícil de extirpar que en otros tiempos. En seguida se verá también que una de las grandes causas de que persista el duelo es la falta de una legislación especial acerca de la materia, lo cual nos ha valido las lamentables palinodias de una jurisprudencia que oscila de un exceso al opuesto, ora juzgando que el duelo es un asesinato ó una tentativa de asesinato, puesto que quiere aplicar la ley á todo trance en hechos no previstos por ella; ora decidiendo que no se aplique la ley, y, por consiguiente, se absuelven el duelo y el homicidio cometido en duelo.

Siendo los edictos contra el duelo una institución del antiguo régimen abolida por la Revolución, el deseo de hacerlos revivir formulando una ley especial acerca de esta materia hubiera parecido contrarrevolucionario, aun cuando no

pareciese aristocrático el batirse como los grandes señores de antaño; y, sin duda, esta es la razón que ha motivado el inexplicable silencio de nuestro Código penal sobre ese extremo. Decíase que el legislador no quería conceder al duelo el honor de nombrarlo. Eso es muy de sentir, porque, en general, ese pudor legislativo tiene consecuencias no previstas por sus autores. Por ejemplo: nuestro Código civil no ha querido dispensar el honor de ocuparse de él á esa especie de estado civil, al que llama incidentalmente concubinato, y que se denomina en lenguaje familiar *arrimo;* de ahí ha resultado que estando prohibida la investigación de la paternidad hasta en ese caso, mientras que en el del matrimonio es presunción legal firme la paternidad, el sexo masculino encuentra mayores ventajas en preferir la forma no legal á la legal en las uniones entre ambos sexos, y se precipita cada vez más en la primera. La ley favorece el *arrimo* despreciándolo. Lo mismo ha sucedido con el duelo.

Ya hemos dicho que el duelo era raro durante el primer Imperio. Los tribunales, inspirándose en los motivos de la ley, lo perseguían como delito grave ó menos grave, según las circunstancias, con la aplicación más ó menos forzada de la ley común. Al principio de la Restauración proceden con mucho celo (1), y varios fiscales de S. M. juzgan, con razón, que ha llegado el momento de tratar legislativamente un punto tan grave. En 1819 pónese á la orden del día este problema, y las discusiones á que da margen en el Senado, en el Congreso y en el Tribunal Supremo son testimonio de la preocupación de que es objeto. Si se ve rechazada una proposición de M. Clausel de Coussergue que tendía á llenar la laguna de nuestras leyes penales, en cambio la ley del 17 y 26 de Mayo de ese año acerca de la difamación y la injuria, fundamento primero de todas las leyes posteriores sobre la *Prensa,* esa arma de largo alcance para la calumnia, intenta atacar de raíz el mal y apunta directamente el objetivo que se propone alcanzar, sin lograrlo no obstante. Por desgracia, mientras las asambleas políticas se esforzaban en poner remedio á la situación, el Tribunal Supremo, con su célebre sentencia de 8 de Abril de 1819, contribuía á empeorarla. Declaraba el duelo no punible, según el Código de 1810. Esta jurisprudencia ha imperado hasta la sentencia contraria de 22 de Junio de 1837,

(1) Está reconocido así oficialmente. (Véase Cauchy, 1, 289, notas.)

la cual, por inspiración de Dupin, puso el duelo y sus consecuencias dentro del derecho común. De una indulgencia exagerada se pasó á una severidad draconiana.

A pesar de todo, ese cambio de jurisprudencia tuvo buenos resultados. Según informe del canciller, en 1846, hizo descender desde 28 á 6 el promedio anual de homicidios cometidos en duelo. Este aserto se funda en la estadística siguiente:

AÑOS	MUERTOS	
1827.....	19	
1828.....	29	
1829.....	13	
1830.....	20	
1831.....	25	
1832.....	28	Período agitado.
1833.....	32	
1834.....	23	
1839.....	6	
1840.....	3	
1841.....	6	
1842.....	7	
1843	6	

Es lo cierto, que tal contraste entre las cifras anteriores y posteriores á la sentencia de 1837, es elocuente en pro de la utilidad de la represión. Pero, aun rebajado á un promedio de seis al año, el número de homicidios en duelo es muy superior al promedio actual, que desde 1880 á 1889, es inferior á dos por año. De donde debe deducirse que el promedio de los duelos era, por lo menos, triple que el de hoy, ó que los duelos eran tres veces más graves y encarnizados.

El *Anuario del duelo*, por Ferréus (París, Didier, 1890), publicación debida á la iniciativa privada, pero concienzudamente hecha al parecer, presenta los elementos brutos de una estadística del duelo civil. Los duelos militares están excluidos de ella, salvo raras excepciones, así como los duelos de extranjeros. Es probable que al autor se le haya escapado cierto número de lances al registrar los periódicos de París y de provincias que le han servido de documentos fehacientes; pero el número será insignificante, sin duda alguna, pues rarísimo es que los llamados lances de honor, hasta los más pequeños, no tengan una resonancia excesiva. Toda clase de asuntos de sangre (asesinato, duelo, ejecución de pena de muerte), apasionan y conmueven al público.

He aquí los resultados que extracto de esta información:

A cs.	Duelos consumados.	Duelos arreglados.	Total.	Muertos en duelo.
1880	31	9	40	2
1881	32	10	42	»
1882	31	17	48	1
1883	40	25	65	1
1884	48	12	60	2
1885	52	11	63	1
1886	51	19	70	2
1887	52	24	76	3
1888	47	26	73	2
1889	47	14	61	2
	431	167	598	16

Ha habido, pues, un aumento

bastante sensible en el transcurso de estos diez años; si la elevación de las cifras no se produjese más que en las épocas marcadas por crisis electorales, 1885 y 1889, ese aumento pudiera considerarse como transitorio; pero tiene bastante regularidad, y ¡cosa extraña!, los dos años de que se trata, sobre todo el segundo, distan mucho de señalarse por el predominio excepcional de su contingente. Es sensible que nos falten las cifras del duelo militar.

Según M. Teissier, «desde 1875 ha habido en Francia 647 duelos, pero en esta cifra no figuran los duelos militares. Por término medio, hubo un muerto por cada 77 combates». Ignoro de dónde ha tomado sus cifras este autor. Según las mías, la mortandad es doble. En 422 combates realizados (deducidos los duelos militares) hubo 12 muertos, es decir 1 por 35. Añadamos también que hubo 40 heridos graves, es decir 1 por 10. Algunos de esos lances no serían indignos de figurar en el libro de Brantôme. Léase entre líneas esta concisa relación de Ferréus: « 7 de Setiembre (1882). M. D..., director del *Petit Caporal*. M. de M..., director del *Combat*. Al primer asalto se tocaron ambos adversarios á la vez, siendo herido M. D... de tres estocadas *bajo la axila, en la mano* y *gravemente en la cabeza;* M. de M... en mitad del pecho. M. de M... murió en el acto.» Otra acta: «Febrero (1884). M. W..., profesor de inglés. M. G..., oficial de infantería de marina. Encuentro á espada. Al segundo asalto, M. W... recibe *catorce pulgadas de acero* en el pecho, y muere en el acto. M. W..., hijo, *testigo de su padre*, coge la espada y quiere continuar el combate. M. G... se niega á aceptar.»

En Italia no existe la progresión indicada; más bien hay una tendencia opuesta. Podemos fiarnos aquí sin reserva de la estadística que nos sirve de guía. Aun cuando hecha por un simple particular, M. Jacopo Galli, ha merecido el honor de ser aceptada por M. Bodio y de figurar en su sabia publicación oficial. Entre paréntesis, vergüenza debiera darnos en Francia, cuna de la estadística, al ver que nuestros vecinos se nos adelantan en este punto; y, diremos con nuestro amigo M. Lacassagne, «en los momentos en que la estadística criminal que publica anualmente nuestro canciller parece que, so pretexto de economías mal entendidas, va á ser sometida á restricciones que disminuirán su importancia, puede ser útil poner de manifiesto la utilidad de tales informes» aun de los (ó más bien, sobre todo de los) que no tienen con la criminalidad más que

un enlace indirecto, como los resultados referentes al suicidio y al duelo.

Esta estadística italiana no abarca más que nueve años completos: de 1880 á 1888. Refiérese al duelo militar y al duelo civil, mezclados, por desgracia. He aquí las cifras:

Años.	Duelos.	Muertos.	A espada.	A sable.	A pistola.
1880	282	7	6	260	16
1881	271	5	10	246	15
1882	268	3	12	239	17
1883	259	6	8	231	20
1884	287	8	10	258	19
1885	261	2	4	241	16
1886	249	6	9	223	17
1887	278	2	11	243	24
1888	269	4	9	245	15
	2.424	43	79	2.186	159

Vemos que, desde 282, se desciende casi con regularidad hasta 269, después de haber bajado á 249. Pero el promedio es todavía muy superior al de nuestro país, aun haciendo abstracción del duelo militar, cuya importancia puede valorarse con arreglo á otros datos. Verdad es que al ver que en la casi totalidad de los casos el arma elegida no ha sido, como entre nosotros, la espada ó la pistola, sino el sable, pudiera inducirse de aquí que la gran mayoría de los duelistas han jurado las banderas. Pero en la elección de este arma debe más bien verse la imitación de Alemania, por quien tan extrañamente se ha encaprichado Italia. Por otra parte, dos páginas más adelante se nos hace saber que el año 1888 (no se habla de los otros), de 538 combatientes, no hubo más que 165 militares (1). Tomando la mitad de esa cifra, podemos contar 82 ú 83 duelos en el ejército. Es, á lo sumo, un tercio nada más de la cifra total; queda para los paisanos la cifra de 167 combates. Es considerable, sobre todo, si se observa que al otro lado de los Alpes el homicidio es décuplo del nuestro, y que el duelo le hace la competencia, digámoslo así, en lo que atañe á la venganza del honor.

II

Influencia del *qué dirán*: frecuencia del duelo literario. — Acción predominante de los grandes centros.

Clasificados por los motivos que los inspiran, los duelos italianos se distribuyen de otro modo que los

(1) De esos 165 militares, no hay más que ocho sargentos y 12 alumnos de las academias militares; los demás son oficiales y hasta jefes. Paréceme resultar de esto que la costumbre del duelo ha permanecido más aristocrática allí que entre nosotros, donde ha descendido hasta los soldados. En el pueblo italiano, el navajazo *(la coltellata)* sustituye ventajosamente á la estocada, como procedimiento de venganza.

duelos franceses. En Italia, de 2.842 duelos (1), se atribuyen 974 á polémicas de periodistas, 780 á altercados de otro género, 348 á la política, 219 á insultos, 183 á motivos de carácter íntimo, etc. No copio más que las cifras principales. Por grande que sea la cuota del periodismo en este reparto, y aunque está á la cabeza de la lista, sin embargo, sólo constituye un tercio de la suma total (2). En Francia es aproximadamente de dos tercios, es decir, dos veces mayor. A lo menos esto resulta examinando con atención el repertorio de Ferréus. Por lo general, no está indicado el motivo del duelo; sólo se dice en 63 casos. Descontando esta cifra de 589, total de los duelos realizados ó intentados, resultan 535 duelos; de ellos, por la explicación casi siempre demasiado sucinta que los acompaña, 363 me ha parecido que tenían por causa evidente artículos de periódico, y por actores casi siempre periodistas. Añadiré que 60 han sido entre políticos ó disputas políticas; y sólo 109 pueden atribuirse á diversos motivos, entre los cuales ocupan un lugar insignificante las razones de carácter íntimo.

Merece notarse esta preponderancia enorme y casi absorbente del duelo, digámoslo así, literario. Da al duelo contemporáneo su color propio, el cual se acentúa á medida que prosigue su curso nuestra civilización. Si es más marcado entre nosotros que entre nuestros vecinos, quizá dependa (dicho sea sin ánimo de ofenderlos) de que nuestro pueblo está más general, ya que no más profundamente, civilizado que el suyo. Entre nosotros, aún más que entre ellos, la prensa es un poder en vías de ser omnímodo. Como directora de los espíritus y de las costumbres, ha sucedido al clero de la Edad Media (que también se batía) y á la nobleza de los dos últimos siglos. Ha tomado de esta última el gusto elegante y aristocrático del duelo, pero arreglándolo á su antojo. ¿Diremos que ha llegado á ser el riesgo profesional del oficio de periodista, ó una de sus artimañas y de sus medios de reclamo más gastados aún que usados, ó uno de los síntomas reveladores de lo intenso de esa enfermedad endémica en ella, la irritación y la inflamación del amor propio? En todo caso, lo cierto es que la clase de los literatos puede considerarse (con los cuarteles) como la conservadora del duelo entre nosotros; y

(1) Esta cifra total es superior á la anotada poco ha por nosotros; consiste en que se han sumado con ella los resultados de siete meses de 1879 y seis meses de 1889.

(2) El año 1888 hubo 155 publicistas, de 538 combatientes; viene á ser la misma proporción, poco más ó menos.

estamos autorizados para decir, con las anteriores cifras, que si los periodistas no diesen ese mal ejemplo al resto de la nación, no muy dispuesta á seguirlo, ningún *paisano* se batiría ya en Francia. Desde otro punto de vista, vecino del anterior, nada prueba tan bien como esta proporción creciente y grandísima de duelos por causa de la prensa, el aminoramiento, la desaparición gradual de la utilidad supuesta del duelo para reparar el honor ofendido. En otros tiempos, en los mejores días de los carteles, una injuria en recinto cerrado, ante dos ó tres amigos y hasta sin ningún testigo presencial, bastaba casi siempre para armar á los mejores amigos unos contra otros. En la actualidad, un hombre insultado ante poca gente, nunca ó casi nunca recurre á las armas: he aquí un procedimiento reconocido ya como inútil para la mayoría de los ultrajes contra el honor. Sólo la publicidad, la gran publicidad de la injuria ó de la calumnia, nos decide á desnudar la tizona. Prueba de ello es, no sólo el enorme contingente de la prensa en el duelo, sino también el de la política y el de lo que hemos llamado motivos diversos. La mayor parte de los duelos clasificados con estas dos últimas rúbricas reconoce por causa altercados en sitios públicos, bolsas, casinos, teatros, tribunales. Según esto, claro es que, en el fondo, los desafíos cada vez se celebran más por el *qué dirán* ó *á causa del qué dirán*. La espada ó la pistola no tratan de poner remedio á la gravedad de la injuria, sino á su publicidad; y este específico, ruidosamente anunciado, rara vez mortal, casi siempre inofensivo y que jamás cura nada, toma en verdad un aspecto cada vez más charlatanesco. Los pueblos lo hubieran abandonado ya desde hace mucho tiempo, si no viesen recurrir aún á él á la aristocracia de los nuevos tiempos.

Ya he dicho, y he creído demostrarlo en otro sitio (1), que la aristocracia de nuestras democracias está en las grandes ciudades, y en primer término en las capitales. Pues bien; acerca de esto conviene notar que, de 598 duelos registrados por Ferréus, sólo 107 me han parecido ser de origen provinciano por su causa ó por el domicilio habitual de los combatientes. Así, pues, los cuatro quintos de los duelos franceses son parisienses, de los círculos más parisienses de París; y los que constituyen el último quinto se originan también su mayoría en las grandes ciudades: Mar-

(1) Me permito remitir acerca de este punto á la lectura de mis *Leyes de la imitación* y de mi *Filosofía penal* (segunda ed., Storck, 1891.)

sella, Nimes, Lyon, etc. En resumen: el duelo es esencialmente urbano; no existe, digámoslo así, duelo rural. ¡Cuán lejos estamos de los tiempos en que esta usanza estaba en todo su esplendor! Durante las guerras de religión del siglo XVI batíanse en todas partes, en los campos igual que en las ciudades, alrededor de los castillos lo mismo que en las cortes. Ahora es grato ver que se localiza el virus. Sólo que, por desgracia, se refugia en las alturas muy visibles, universales puntos de mira. Son de dos clases: por una parte, las capitales, de lo cual acabo de hablar; y por otra parte, los ejércitos.

III

El duelo militar.—Nada hay tan opuesto como el duelo á la finalidad del ejército.—Circular ministerial de M. de Freycinet.—Es absolutamente injusto en todo caso castigar al herido.

El duelo militar merece que fijemos en él un instante la atención. El ejército da el tono en materia de honor, como París en cuestión de gusto; y su ejemplo, bueno ó malo, ha de tener grandísimo influjo en la propagación de los combates singulares, sobre todo desde el formidable aumento de los contingentes. El cuartel estrecho y cerrado de otros tiempos, en el cual podían nacer y morir las plagas en el mismo sitio, se ha transformado en cuartel abierto, amplia y muy hospitalariamente abierto á todos, y desde donde todos los contagios pueden desbordarse por la nación entera. Pero, en cambio, esta transformación tiene la ventaja de facilitar el remedio del mal. Porque es infinitamente más fácil, por la acción de la disciplina y las penas de ordenanza, obrar sobre el medio militar que sobre el medio civil para la extirpación de los abusos. Por estos dos motivos importa saber en qué estado se halla la costumbre del duelo en nuestros regimientos y lo que ha hecho la autoridad militar para desarraigarla.

El ejército es para el sociólogo un campo de estudios como ningún otro. En una sociedad especial (no artificial, antes al contrario, demasiado natural), pero excepcionalmente densa, homogénea y fuerte, manifiesta el verdadero carácter de los hechos sociales y su verdadera relación con los hechos vitales, por efecto de la misma exageración de unos y otros. Las funciones fisiológicas, los instintos de raza, las tendencias innatas á la cobardía, al valor, á la perfidia ó á la rectitud, cosas hereditarias y vitales, elévan-

se al más alto grado de energía, por lo selecto de su población, purgada de todo elemento parásito y estorbante, niños, mujeres, ancianos, achacosos, toda ella en la plenitud de vigor de la edad, del sexo y de la salud. Y por la extrema densidad de su población siempre aglomerada, entran en juego con una fuerza extraordinaria las funciones sociales propiamente dichas, las acciones de presencia y de contacto mental que se multiplican entre individuos próximos: las cualidades adquiridas y ejemplarmente sugeridas. En otra parte pueden ponerse en duda el poder de la educación, de la sugestión iniciadora; aquí es palpable, así como la subordinación habitual de la herencia, empleada maravillosamente por su rival. Por diversos que sean los temperamentos y los caracteres que allí se reunan, refúndense y se pliegan ó se rompen bajo el uniforme moral obligatorio, tan despótico como la ordenanza. Claramente se ve que la naturaleza de la *relación* social elemental es el mando ó la obediencia, la imposición por uno y la aceptación por otro de una idea ó de una voluntad; que, por otra parte, la naturaleza del *acto* social, sea por parte de quien manda y persuade, sea por parte de quien obedece y cree, consiste en ser una copia de actos análogos ó una combinación original de copias (1); en fin, que la naturaleza del *vínculo* social, de la cohesión no física ni sexual entre individuos diferentes, consiste en la unanimidad, en la solidaridad producida á la larga por el funcionamiento de ese acto y por la repetición de esa relación, que concluyen por hacer pasar del alma del jefe al ánimo del último soldado un mismo fin general y una misma fe en la eficacia de los medios ordenados para lograrlo, en la utilidad del puesto y de la especial tarea impuestos á cada uno.

Tal es el ejército, sociedad intensiva; sólo tiene de ficticio su misma intensidad, la excesiva pureza del elemento social en ella. Más puro ya en las ciudades que en los campos, es todavía incomparablemente más puro en los cuarteles que en las ciudades. He aquí por qué, lo bueno y lo malo, todo es allí contagioso y exagerado; en un abrir y cerrar de ojos, el miedo de uno solo se convierte en pánico, el ar-

(1) Es decir, en ser la dirección de las fuerzas vitales en el sentido que se les traza por intermedio de una acción ajena, también imitada del mismo modo, remontándose hasta un primer acto original, y por eso mismo extrasocial, promovido por la observación de la naturaleza ó por el brote de un genio natural. Notemos que siendo todo ser hasta cierto punto original, es imposible que sus actos sean nunca una pura imitación; siempre hay en ellos variantes, es decir, invención hasta cierto punto.

dimiento de uno solo en *furia francesa*. El imperio de la opinión es allí absoluto. Así como es mucho más grande en los medios urbanos que en los medios rurales la fuerza de los encaprichamientos y de los *desencaprichamientos,* la tiranía de las opiniones hechas que circulan de boca en boca, y de las conductas trazadas de antemano por los demás, asimismo es aún superior en los medios militares (1). Unas veces, la rapidez de los cambios producidos por la moda; otras veces, y más á menudo la pertinacia de las costumbres, aun de las más contradictorias con la finalidad del ejército, tales como el suicidio y el duelo, dan testimonio de la inclinación esencial del hombre en sociedad á modelarse por sus semejantes. Cosa notable: en ninguna parte llegan tan arriba la semejanza de los hombres, á la vez que su desigualdad. Pero la desigualdad jerárquica no es allí más que un medio de asimilación rápida, de difusión casi instantánea de un sentimiento ó de un propósito particular en el corazón de todos.

Verdad es que en el pueblo la imitación suele ser espontánea, inconsciente é involuntaria casi siempre; en los regimientos es forzosa, calculada, requerida. Pero con esto acrece su precisión y no cambia su naturaleza. Imitar por imitar, como hace el imbécil, ó imitar por conseguir un fin perseguido por imitación, comunicado por ajeno contagio, como lo hace el hombre cuerdo, lo mismo da desde este punto de vista. Por lo demás, precisamente porque todo se realiza ó tiende á realizarse por cálculo consciente en el ejército, los enormes errores de cálculo y las inconscientes inconsecuencias en que á veces se ve incurrir al estado mayor más ilustrado, por efecto de ciertas tradiciones de que está imbuido ó de ciertas costumbres inveteradas que lo subyugan, son palmarias pruebas del poder que tiene el ejemplo entre los hombres.

¿Qué hay más contrario, en particular, á la finalidad del ejército que el duelo? Si es formal, hace perder vidas útiles en el campo de batalla; si es inofensivo, resulta una farsa ridícula. ¿Es posible tener ilusiones acerca de este punto? Parece que no; y, con seguridad, si se tratase de importar esta costumbre bárbara en un regimiento que jamás hubiera oído hablar de ella, su introducción se estrellaría contra uná-

(1) Acerca de la extremadamente rápida propagación de los delitos y de los suicidios, una vez dada la iniciativa, en un regimiento, puede leerse á Setti, *El ejército y su criminalidad*, pág. 15.—Consúltese también una memoria de Corre, *La criminalidad en el ejército.* (Storck, 1890.)

nimes protestas. Pero se trata de expulsarla, y por todas partes se protesta por su mantenimiento, como se ha protestado contra la supresión de la banda de tambores. Pase aún por la rutina del tambor, no es más que ruidosa; pero la de la espada y el florete es peligrosa. Admito que es menos peligrosa que la del suicidio; pero el suicidio, que diezma á los ejércitos europeos, y del cual dan muchas veces ejemplo los oficiales á las tropas, es un mal contra el que nada pueden los esfuerzos de los jefes. No sucede lo mismo con el duelo, que pudieran refrenar cesando de permitírselo ellos mismos, ó que, por lo menos, no debieran alentar, ya permitiendo, ya ordenándoselo á sus inferiores. Si el ejército es el sitio de elección del duelo, ellos tienen la culpa.

Es monstruoso que el duelo pueda ser autorizado, y á veces hasta impuesto por orden de la autoridad militar. Sin embargo, esto es público y notorio; los mismos documentos militares dan fe de ello. En primer término, es de advertir que los duelos militares *nunca* han sido objeto de persecución en consejos de guerra. Este hecho es por sí solo bastante significativo. Pues bien; en 1862, habiendo ocurrido un duelo seguido de muerte entre dos sargentos del regimiento núm. 41 de infantería, conmovióse el ministro de Justicia y habló de ello con su colega el de la Guerra. «El duelo—dijo el canciller—tan rigorosamente perseguido conforme á las leyes por los órganos de la justicia criminal, no sólo es tolerado en el ejército, sino hasta alentado, prescrito ó autorizado abiertamente por los jefes de los cuerpos. Esta diferencia tan marcada entre la conducta de las autoridades civiles y militares, ¿no es á propósito para debilitar el respeto á las leyes del país? ¿No ha habido un cambio sensible en los procedimientos de los jefes de cuerpo, quienes se limitaban á cerrar los ojos ante ciertos abusos, cuya tolerancia ha llegado á convertirse en un estímulo?» Esta última frase parece indicar que el abuso de que se quejaba el ministro era de fecha reciente; quizá penetrase en el ejército á consecuencia de las guerras de Crimea y de Italia, como hemos visto prestarle nuevo vigor la guerra de 1870.

En contestación á esta nota, consultado el cuerpo jurídico militar, emitió dictamen conforme con los deseos del canciller, y desde esa época, «los ministros de la Guerra no han cesado de recordar á los generales, contestando á comunicaciones particulares de éstos, que estando prohibido el duelo por las leyes civiles y religiosas, la autori-

dad militar no debe ordenar encuentros de armas, sino limitarse á velar por qué en los lances exigidos por los interesados todo suceda de un modo leal. Hasta pudieran citarse varios ejemplos de jefes de cuerpo, castigados disciplinariamente por haber obligado á inferiores á batirse (1).» En una de esas cartas, el ministro se expresa así: «Sé que existen casos en que el honor se encuentra de tal manera comprometido ó envuelto, *que es muy difícil, sobre todo para los militares, no recurrir á la vía de las armas;* pero, por fortuna, son raros esos casos...»

Entre los teólogos del antiguo régimen, promovióse la cuestión de saber si es lícito el duelo ó puede excusarse cuando se realiza con permiso del príncipe. Cayetano se inclina á aceptar esta excusa; pero el docto Suárez, que no transige en materia de principios, la rechaza con indignación. Y en esto (¿quién lo creería?) es del parecer del cardenal de Richelieu. Este niega también, y terminantemente, al príncipe el derecho de autorizar la inútil efusión de sangre. Ya se ve cómo nuestros oficiales son más absolutistas que ese eminente teórico y práctico del absolutismo.

De veinte años á esta parte han adelantado mucho las tendencias de reforma y de innovación, sobre todo en lo que concierne al ejército. ¿Han tocado al duelo militar? Sí, pero con una timidez que contrasta por extraño modo con su habitual audacia. Una circular de M. de Freycinet, que en parte merece elogios (8 de Julio de 1889) suprime el duelo obligatorio, dejando subsistir el duelo potestativo y autorizado, y como arma reglamentaria sustituye el florete por la espada de combate. ¿Tiene ó tendrá esta circular la misma suerte que sus predecesoras? Es de temer. Ha sido juzgada de diversos modos. Aprobada sin ambajes y completamente por M. Enrique Fouquier (1), la ha criticado varias veces *El Progreso militar*, en lo que concierne á su segunda disposición. M. de Freycinet motiva la preferencia concedida á la espada sobre el florete en el mayor peligro que éste ofrece. Semejante razón no convence á los autorizados escritores de ese periódico. «La espada ensarta lo mismo que el florete, con tanto más motivo cuanto que el soldado no sabe manejarla de ninguna manera... Puesto que la

(1) Reproduzco los términos de una comunicación que me ha dirigido un corresponsal de los más competentes, como consecuencia de investigaciones que se ha dignado hacer á petición mía.

(1) En *El Progreso*, artículo titulado «El duelo y el ejército», fecha 10 de Octubre de 1889.

esgrima de florete es la única que se enseña en las salas militares, dejemos que nuestros soldados se batan á florete. Se necesita una gran costumbre para utilizar, con una espada rígida los principios del florete. Lo mismo sería poner palos puntiagudos en manos de esos pobres diablos (1).» En otro artículo insiste el mismo periódico: «La espada es un anacronismo en 1890; tan reconocido se halla esto, que el ministro de la Guerra ha obligado á llevar también revólver á todos los que llevan ese arma (cuerpos administrativo y sanitario). ¿En qué batalla se bate ya nadie á espada al venir á las manos?» En los combates cuerpo á cuerpo se disparan tiros de revólver, se dan sablazos, se ensartan con la bayoneta ó se aporrean á culatazos... La espada, desenvainada en un campo de batalla, no resiste contra un palo manejado por una mano robusta, y mucho menos contra el fusil agarrado á dos manos, por la culata.

Pues bien, el duelo tiende á eternizar en el ejército y fuera de él este arma, digna del Museo de Cluny, esta miniatura del espadón caballeresco. Y lo cierto es que no se ve la utilidad de imponer su manejo á infelices soldados, «espadachines á la fuerza», cuya «actitud generalmente incorrecta y lastimosa no es lo más á propósito para realzar la ciencia de las armas». Pero la espada tiene su prestigio propio, su nobleza tradicional, y no puedo menos de ver en esto el inconfeso motivo inconsciente de la tan general predilección de los duelistas por ella.

El extraordinario poderío de las tradiciones, aun feudales, sobre los ejércitos, hasta los más inteligentes é ilustrados, se nos manifiesta también por una singularidad del duelo militar en ciertos regimientos. Dos sargentos ó dos hombres de tropa acaban de batirse por orden del coronel, en presencia de un oficial y de un maestro de armas. Uno de los dos adversarios recibe una leve herida—por lo común poco grave, en vista de la distancia que los separa.—¿Qué sucede después? Uno de esos dos combatientes, que han luchado por obediencia, ó por lo menos con una autorización en regla, ¡se ve condenado á unos cuantos días de arresto en el calabozo! Esto ya es extraño; pero he aquí lo increíble: *¡el castigado es el herido!* No digo que este uso esté generalizado en todas partes, pero se practica en algunas. «Desde 1874—dice un maestro de armas—se ha visto á jefes de cuerpo castigar al duelista

(1) *El Progreso militar* del 24 de Julio de 1889. El otro artículo es del 9 de Agosto de 1890.

herido (1).» «Ora el herido cumple el total de las penas impuestas á los dos, por indulto del no herido; ora cumple el doble del tiempo del castigo impuesto primitivamente, sin que se indulte al no herido; sin embargo, otras veces no se aumenta la pena. *Entiéndase bien:* el duelo ha sido autorizado en todos los casos.» Hubiera deseado saber qué razones se alegan para justificar tan extraño procedimiento. Probablemente se dirá que es una prima de emulación á la destreza y al vigor, una especie de premio de esgrima. Pero resulta con suma claridad que esto es pura y simplemente una supervivencia de los Juicios de Dios, el último eco del prejuicio que en el vencido en un combate veía un culpable (2).

IV

El duelo en el ejército alemán; el duelo recomendado por el Emperador; imitación por el ejército italiano.—Contraste con el ejército inglés; el nuestro debe tomar por modelo á este último.—Importancia del duelo militar desde el punto de vista social.

A la verdad, cuando se ven perpetuarse y pasar inadvertidas tales prácticas, sin que nadie se indigne ni se asombre de ellas, ya no sorprende que en la Edad Media el duelo judiciario, aunque reprobado por la Iglesia (como lo está el duelo militar por las circulares del ministro), haya sido bendito á menudo por el sacerdote (como el duelo militar es autorizado por el coronel ó el capitán), y que, no obstante aquella bendición, se negase la sepultura eclesiástica al vencido (como se le impone al herido un arresto en el calabozo). Compréndese entonces, con más motivo, los edictos reales autorizando los combates de Jarnac y de La Châtaigneraye, y la regia pompa de esas carnicerías en el patio del Louvre, ante la más galante de las cortes, con gran asombro del embajador turco. Algunas veces revive en nuestros ejércitos una imagen de ese brillante aparato, un recuerdo de los antiguos torneos. En el *Anuario* de Ferréus leo lo siguiente: «28 de Enero (1885). Duelo á sable entre *seis jinetes* del regimiento de dragones, núm. 13, en Compiègne. Veinticinco minutos de combate. Al segundo asalto tres jinetes re-

(1) M. Lacassagne, con su habitual complacencia, ha tenido á bien recoger para mí la información siguiente, así como otras muchas.

(2) Según informes que debo á la amistad de M. Enrique Ferri, en Italia se castiga no sólo al herido, sino á los dos combatientes. A pesar de eso—porque en duelo siempre se nada en el absurdo—si un militar *desafiado* se niega á batirse, «se le expulsa del ejército, ó se toman medidas más ó menos legales contra él».

sultan heridos en el antebrazo. *Además de los testigos, presenciaban el combate algunos oficiales, médicos y maestros de armas.*»

Afirmo que tales espectáculos son aflictivos para la razón humana. A esta indulgencia, á esta incomprensible complacencia de las autoridades civiles ó militares de hoy, contrapongo su severidad de otros tiempos; y tanto menos me lo explico cuanto que el duelo está en su declinación, cada día más rechazado por el buen sentido, la humanidad y el progreso de las costumbres. En efecto, el duelo se muere por sí mismo; se sobrevive á sí propio; ha desaparecido su alma, la venganza odiosa y feroz, el apasionado anhelo de matarse recíprocamente; ya no queda más que la forma exterior y la corteza, como las de un sauce decrépito (1). De aquí deduzco que bastaría un leve esfuerzo para derribarlo; y hallo la prueba manifiesta de ello en el hecho de que no progresa más, á pesar del favor que le dispensan quienes tienen el deber de reprimirlo. Supongamos que los jefes lo hubieran estimulado en el siglo XVI como ahora: eso hubiera sido la señal para una espantosa matanza. Por más que se hace por favorecerlo en nuestros días, alcanza cifras muy bajas.

Verdad es que no nos ha sido posible conseguir una enumeración exacta de los duelos militares; pero, por inducción, se obtiene el convencimiento de que son raros. Ya se ha visto más atrás que en el ejército italiano parecen ser unos 82 ú 83 al año. ¿Son más numerosos entre nosotros? No lo creo. Ferréus no los menciona en su *Anuario* sino á título excepcional, pero los menciona siempre que su desenlace ha sido trágico. Pues bien, sólo se cuentan siete, á saber: el duelo de los seis oficiales antedicho, otros dos seguidos de heridas graves, y cuatro seguidos de muerte. Cuatro muertos en diez años entre los militares, mientras entre los paisanos hubo doce por lo menos, permiten suponer que ha habido pocos lances ú poco graves. Pero por otra parte, si no estamos mal informados, la opinión general en los regimientos es que se ha hecho allí más grave. De ser esto así, debo creer que es muy poco frecuente, lo cual es también la opinión más difundida. ¿Qué sería si se emprendiese contra él con alguna firmeza? El soldado tiene menos empeño por el duelo que por la *nova-*

(1) Lo mismo sucede con todas las supervivencias, lingüísticas, religiosas, políticas, estéticas, etc. La ley de la imitación *ab interioribus ad anteriora* (véanse nuestras *Leyes de la imitación*) así lo exige. Precisamente porque el *fondo* precede á la *forma* es por lo que ésta debe, en último término, sobrevivir á aquél algún tiempo.

tada; los dos se harán desaparecer cuando se desee, y quizá el primero con más facilidad que la segunda.

¿Por qué no se desea con resolución? Mucho me temo que en este punto, como en otros, no nos dejemos dar el tono por nuestros vencedores. Siempre ha habido un ejército europeo, al cual han tomado por norma los otros en todo; en otros tiempos era el nuestro; en el siglo XVI, el de España; hoy es el de Alemania. Antes de 1870, el duelo jamás quedaba impune en el ejército alemán; y hasta el castigo era severísimo. Verdad es que si la ley penal castigaba á los oficiales prusianos con reclusión en una fortaleza por haber aceptado un reto (1), el tribunal de honor los condenaba á veces á la degradación por haberlo rehusado. En 1846, la negativa de uno de ellos le valió la pérdida de su grado, en virtud de este extravagante motivo: «Considerando que se ha negado aduciendo que el duelo es una preocupación de casta; que al obrar así ha faltado al respeto á lo que debe ser la base de los ejércitos, al honor militar, etc. (2).» Pero la historia del duelo nos ha habituado á esa inversión de toda lógica: un dilema análogo se les ofrecía á los caballeros del antiguo régimen. Hasta en las épocas en que la ley ó el parlamento eran más feroces contra los duelistas, tenían éstos que optar entre el cadalso y el deshonor. No importa; los principios estaban bajo la salvaguardia del legislador. En Alemania había un medio bien sencillo de suprimir la contradicción: era la reforma de los tribunales de honor. Precisamente se ha hecho lo contrario: desde 1874, el duelo militar está allí abiertamente autorizado ó tolerado. Así es que ha vuelto á retoñar. El actual emperador lo recomienda públicamente. En un banquete ofrecido por una corporación de estudiantes, ha dicho: «Los *mensuren* (duelos), que una parte del público no comprende, son lo mismo que los torneos de la Edad Media. ¡Consérvese este espíritu caballeresco mientras existan universidades alemanas!» He aquí, por lo menos, franqueza y claridad,

(1) Véase Colombey, *Historia anecdótica del duelo*, obra escrita en 1861.

(2) Por lo demás, los tribunales de honor se esforzaban por impedir la mayoría de los duelos, y lo conseguían. Cuando, por excepción, autorizaban el combate, á despecho de la ley, el lance se realizaba con gran pompa, como en la corte de los Valois. El mismo año 1846, el tribunal de Munster, ya nombrado, autorizó un combate entre dos oficiales; y el duelo se efectuó solemnemente, en medio de una gran concurrencia popular, siendo presidido por los miembros de aquella extraordinaria magistratura. Batiéronse á sable; uno de los adversarios recibió una grave herida en un muslo. (Véase Colombey, *Historia anecdótica del duelo*, pág. 220.)

y comprendo que un autócrata hable de ese modo; ¡pero nuestros demócratas! Los estudiantes alemanes se baten mucho; verdad es que en el círculo de los católicos observantes no se permite el duelo; pero en la mayoría de los demás «no se es miembro activo sino después de haber tenido duelos» dice M. de Wyzewa *(Revista de Ambos mundos,* 15 de Marzo de 1891). A ejemplo de Alemania, lo mismo sucede en Suiza.

Leo en una correspondencia de Berna, del 4 de Febrero último: «En este momento se está efectuando en los alrededores de la ciudad un duelo entre 15 estudiantes berneses y 15 estudiantes de Basilea y Zurich, llegados para provocar á sus colegas. Varios de los combatientes están ya heridos. Un carruaje se los lleva á medida que esto sucede.» Estas deplorables costumbres me parece que deben de enlazarse con las del ejército alemán.

Naturalmente, el ejército italiano ha seguido este impulso (1). Nótese que el duelo, reprimido hasta entonces, casi había desaparecido. Se han empeñado—dice la *Rivista penale*—no en conservarlo, sino en introducirlo en él, por seguir la moda. Y, sin embargo, bien sabe Dios lo oportuno de esta introducción en la patria del homicidio. En la discusión habida en el Senado italiano sobre el proyecto del nuevo Código penal, el general Mezzacapo, presidente de una comisión, ha sostenido que «en el ejército hace falta ahora el duelo *entre oficiales*».

Entre oficiales, adviértase esto, recuerdo del tiempo en que el duelo era un privilegio de nobleza. Nada hay tan aristocrático como el ejército, esa inflorescencia de nuestras democracias (1). «El duelo en la vida militar—añade este respetable senador—no puede considerarse como en la vida civil... Es una válvula, gracias á la cual las pequeñas discordias entre oficiales, que sin él se harían permanentes, se descargan: después de un duelo, quedan tan buenos amigos y compañeros como antes. Además, destruirlo ¿no sería debilitar ese exquisito sentimiento del honor y de la delicadeza, que se trata de desenvolver en los

(1) Acerca de este asunto, léase un excelente artículo de la *Rivista penale* (Mayo, 1890).

(1) Hasta en el ejército francés, la opinión obliga á los oficiales más imperiosamente que á sus inferiores á lavar con sangre sus injurias. *A fortiori*, en los ejércitos extranjeros El art. 223 del Código penal militar de Hannover, en 1841, autorizaba el duelo *entre oficiales* «en el caso de que la injuria causante del duelo sea de las que, según la opinión reinante entre los militares acerca del punto de honor, no puedan repararse de otra manera».

militares?» Y el ministro Zanardelli, respondió al general: «que se tendrían en cuenta sus importantes consideraciones». Por lo menos, no dejan de ser curiosas. Si el duelo es indispensable para el honor y el compañerismo, si es necesario tratar de matarse unos á otros para probarse recíprocamente lo que se estiman y lo que se quieren, ¿por qué no permitírselo ó mandárselo á los soldados igual que á los oficiales?

Fáltanos saber, además, si en el ejército inglés, donde el duelo es desconocido (1), donde la viuda de un oficial muerto en duelo pierde sus derechos á pensión, no hay honor, ni valentía, ni amistosa confraternidad. Admirables tropas, de las cuales á menudo decía Bugeaud, quien las había visto de cerca, que «felizmente, no hay muchas». Sin embargo, M. Teissier acusa á los soldados ingleses de entregarse á escenas de pugilato, lo cual depende, según él, de que han perdido la costumbre de acudir al campo del honor; y para impedir ese escándalo en nuestras filas, quiere que se mantenga entre nosotros el duelo. Pero se olvida de que entre nuestros vecinos del otro lado del canal de la Mancha es una institución nacional el pugilato. Lo mismo se darían de puñetazos, aunque se les obligase á espadachinear á la vista de un profesor de esgrima. En cuanto á nuestros oficiales, ¿se cree formalmente que, suprimido el duelo, se batieran á puñetazos? Ni siquiera nuestros soldados rasos andarían más á trompis (1).

¡Feliz Inglaterra! Por su situación insular, se libra de las epidemias del continente. Esforcémonos por tomar ejemplo de ella, y no de Alemania. Ya es tiempo de concluir con una superstición de otras edades. Aún podían cerrarse los ojos acerca del duelo militar cuando el ejército era un pequeño mundo aparte (2); pero, lo repito, ahora

(1) Sir Harding podía decir en 1884 que «en Chatam, donde había 25 depósitos de regimiento y 70 á 80 oficiales de diferentes cuerpos viviendo juntos, no ha habido ni un solo duelo desde hace ocho años (Cauchy).» Este es un progreso reciente. Durante el reinado de Jorge III, que duró sesenta años (1760-1820), es cierto hubo 172 duelos, *de los cuales resultaron* 91 *muertos*. Ya se ve que no eran desafíos de farsa.

(1) Según informes que me ha suministrado M. Delbœuf, el ejército belga, á semejanza del ejército inglés «conoce poco ó nada el duelo». Por lo demás, en Bélgica «el duelo no está en buen predicamento, aun sin verse ridiculizado como en Inglaterra». Señalemos una Real orden de Mayo de 1889, que instituye en el ejército belga Consejos de honor con la mira de suprimir por completo el duelo. Compárese con los estímulos dados á los duelistas por el emperador Guillermo.

(2) En este pequeño mundo aparte, el

que se ha extendido hasta el punto de abarcar toda la parte masculina y adulta de la nación, crece cada día más el peligro de tal negligencia. Dejad que el duelo cunda en el ejército y bien pronto se difundirá por todo el país. Por el contrario, arrancadlo del ejército y bien pronto quedará desarraigado del suelo nacional entero, incluso del *clan* de los periodistas. Ahí es donde debe obrarse, y donde precisamente es más fácil obrar. No sólo los reglamentos y las penas son allí más eficaces que en cualquiera otra parte, gracias á la jerarquía y á la disciplina militares, sino que allí, más facilmente que fuera, es posible fundar tribunales de honor dignos de la confianza de los hombres pundonorosos. ¿Qué hombre de pluma podrá decirse impelido por el honor á aceptar un reto, cuando se vea dar el ejemplo de la negativa á bravos oficiales superiores, á valientes generales?

---

duelo adquiriría á veces un carácter particular: como la *vendetta* corsa, servía para expresar una animosidad ó una emulación colectivas más bien que una venganza individual. En las memorias del general Marbot, recién publicadas, se lee que durante la juventud de Augereau existía entre su regimiento y el de gendarmes de Luneville un odio inveterado, análogo á esas rivalidades de *clan* á *clan* que asuelan á ciertos países. Cada vez que se encontraban estos dos cuerpos, donde era tan intenso el espíritu de cuerpo, cada uno de ellos elegía un campeón entre doce de sus mejores tiradores, y efectuábase un combate singular. Como muestra de esos feroces encuentros, citemos el relato de uno de ellos, del cual fué protagonista Augereau, y que las antedichas memorias refieren:

«El adversario de Augereau era un hombre terrible, tirador de primer orden y duelista de profesión, que en los días anteriores había matado á dos sargentos de guardias francesas. Augereau, sin dejarse intimidar por la reputación de ese espadachín, dirígese al café donde sabía que iba á ir y se sienta en una mesa.

»Entra el gendarme y en cuanto le hubieron señalado el campeón de los carabineros, se levanta los faldones de la casaca y va á sentarse con insolencia encima de la mesa, con el trasero á un pie de distancia de la cara de Augereau.

»Este, que en aquel momento estaba tomando una taza de café muy caliente, entreabre con suavidad la escotadura llamada ventosa, que existía entonces en la parte trasera del pantalón de ante de los jinetes, y vierte el líquido hirviendo sobre las nalgas del impertinente gendarme.» Vuélvese furioso éste... He ahí armada la pelea; y van al terreno, seguidos por una multitud de carabineros y de gendarmes.

»Durante el trayectó, queriendo burlarse el feroz gendarme de aquel que esperaba fuese víctima de él, pregunta á Augereau con tono zumbón: «¿Quiere V. que lo entierren en la ciudad ó en el campo?» Augereau responde: «Prefiero el campo, siempre me ha gustado más el aire libre.» «Pues bueno, replica el gendarme dirigiéndose á su testigo, haz que lo pongan junto á los dos que he despachado ayer y anteayer.»

»Esto era poco halagüeño, y cualquiera que no fuese Augereau hubiera podido sentirse emocionado por ello. No le sucedió tal; antes bien, resuelto á defender cara su vida, hizo un juego tan ceñido, que su adversario, furioso al no poderle tocar, se descompuso é hizo falsos movimientos; los cuales aprovechó Augereau, siempre sereno, para atravesarle el cuerpo de una estocada, diciéndole: «Le enterrarán á V. en el campo.»

Si nos cuesta trabajo imitar á nuestros vecinos los ingleses, á lo menos tomemos por modelo á nuestros buenos amigos los rusos, modelo digno de seguirse en esta materia. «Antes de la época de Pedro el Grande—me escribe un sabio ruso muy bien informado (1)—nunca se ha hablado de duelos en Rusia. De él datan las primeras leyes contra el duelo, *que fué importado por los extranjeros que entraron á su servicio.*

»La usanza del duelo se arraigó entre nosotros *en la nobleza y en el ejército, y sólo en los oficiales.* Hoy se practica casi exclusivamente en estas clases. Está muy poco generalizado, y cae en desuso. Conozco mucha gente de diversas clases de la sociedad, y coordinando mis recuerdos no hago memoria sino de dos personas que se hayan batido en duelo hace unos treinta años. El fiscal del tribunal militar de Moscu me ha afirmado que de veinticinco años á esta parte no recuerda haber visto un proceso de este género juzgado por ese tribunal. Respecto á estadísticas oficiales, he aquí el número de duelos de que han tenido que ocuparse los tribunales ordinarios: en 1873, 6; en 1874, 2; en 1875, 7; en 1876, 7; en 1878, 2; en 1879, 5; en 1880-81, 1; en 1882, 1; en 1883, 0; en 1884, 1; en 1885, 3; en 1886, 0.

»Hubo una época de nuestra historia en que eran frecuentísimos los duelos, el período de las guerras napoleónicas. Esta desdichada moda, prolongada hasta 1850, nos valió la prematura muerte de dos de nuestros más grandes poetas: Puschin y Lermonto. Después de la guerra de Crimea y el sitio de Sebastopol, donde nuestros oficiales fraternizaban con los oficiales franceses, hubo un recrudecimiento en la moda de los duelos, pero mucho más corto y más acentuado.

»El duelo á espada, que es la regla en Francia, no se ha propagado entre nosotros, y generalmente los desafíos son á pistola; así es que los resultados de los lances son mucho más funestos que en la patria de V.»

Había rogado al Dr. Bajenof que investigase si en el ejército ruso se obligaba á los soldados á batirse en duelo; he aquí lo que me ha contestado: «Esa usanza es absolutamente desconocida entre nosotros, y nunca se ha oído hablar de soldados que dirimiesen sus cuestiones espada ó pistola en mano; las dirimen sencilla y brutalmente á puñetazo limpio.» En resumen, concluyo, el duelo no está en las costumbres del

(1) Debo las noticias que transcribo á la amistosa benevolencia del Dr. Bajenof, director de un manicomio en Moscu.

país, y llama muy poco la atención. Puesto que nos ha dado un rapto de entusiasmo por la santa Rusia (1), muy justificado por cierto, ¡ojalá podamos modelarnos por ella también en esto!

(1) Como ejemplo de la manera que tienen de cumplir sus deberes en este punto ciertas autoridades militares, cito sin comentarios el hecho siguiente, que leo en *El Vigía Argelino* del 22 de Agosto de 1891. «Un médico mayor del primero de *spahis*, práctico de primer orden, advierte irregularidades en la alimentación de los hombres de su regimiento, y como son de tal naturaleza que dañan la salud de las tropas, revela graves hechos de indelicadeza contra un capitán. Este, que precisamente acaba de ser sorprendido en flagrante delito de pederastia, provoca en duelo al honrado y valiente médico mayor; el doctor, fundándose en la notoria indignidad de su agresor, se niega á un lance.» Ciertamenmente, como dice muy bien *El Vigía Argelino*, había más valor en denunciar los actos revelados por él que en aceptar un reto. Sin embargo, no todo el mundo fué de ese parecer. Reúnese un consejo de información. ¿Se creerá que fué para aclarar los hechos fraudulentos ó degradantes de que se trata y para castigar á un oficial indigno del cuerpo? No. Examina la conducta del médico mayor y decide que éste ¡ha faltado al honor, no batiéndose con el capitán!

G. Tarde.

LA AMBICIÓN

El amor á la celebridad, esta última debilidad de un alma elevada, es el acicate que aguijonea á un espíritu recto á menospreciar las voluptuosidades y á consagrar su vida al trabajo.

MILTON.

Si el amor á la celebridad es la última debilidad de las almas elevadas, la ambición es á menudo la primera; sin embargo, bien dirigida, puede no ser inútil á la virtud.

«Si en mi juventud—dice Cicerón—mi espíritu no se hubiese impregnado, leyendo muchos libros y preceptos, de la verdad de que la gloria y la virtud deben ser el fin preferido, mejor dicho, el fin único de la vida, y de que para conseguirlo es preciso despreciar los sufrimientos físicos y los peligros de muerte y destierro, jamás hubiera yo expuesto mi persona hartas veces en diarios conflictos con los peores hombres, por vuestra libertad. Todo nos demuestra esta verdad: los libros, la voz de los prudentes, los ejemplos de la antigüedad; ejemplos que aún estarían sumidos en la noche de la barbarie si no la hubiese iluminado el sol de la ciencia.»

El poeta Tennyson, nos dice:

«Donde muchos fracasan, uno triunfa.»

Eso no es cierto del todo. Triunfan cuantos lo merecen, pero quizá no como lo habían esperado. Una derrota honrosa vale más que una vergonzosa victoria, y nadie queda rebajado porque le hayan batido, á menos de que no pierda los ánimos. Podemos no ser capaces de llegar á la meta, pero esto no es razón para que aspiremos á alcanzarla. «Conozco—dice Morris—¡cuánto supera una noble derrota á muchos vulgares triunfos!»

Y Bacón nos asegura que «si un

hombre tiene abiertos los ojos y mira con atención, verá la fortuna; porque si ésta es ciega, no es invisible».

Para esperar razonablemente el triunfo, debemos darnos cuenta de lo que queremos hacer, y sacar entonces el mejor partido posible de las circunstancias.

Lo que ante todo se necesita, es utilizar bien el tiempo. «¿Para qué tenemos tiempo á nuestra disposición—pregunta Wendell Holmes—como no sea para ocuparlo con el trabajo?» Dice Napoleón: «En la batalla de Montebello di orden á Kellerman de que comenzase el ataque con ochocientos caballos, con los cuales cortó en dos trozos un cuerpo de seis mil granaderos húngaros, á vista de la caballería austriaca. Esta se hallaba á media legua de distancia, y necesitaba un cuarto de hora para llegar al campo de la acción; he notado que estos cuartos de hora siempre son los que deciden la suerte de una batalla.» Lo mismo sucede, añadiremos nosotros, en la batalla de la vida.

No debemos resguardarnos en manera alguna, pues «el que quiere conquistar, peleando, un renombre inmortal, debe obrar sin cuidarse para nada de su vida». (Beowulf.)

Por otra parte, en el ardor de la refriega sufrirá, comparativamente poco, de heridas y golpes que en otras circunstancias le hubieran causado vivos dolores. Por eso conviene conocer con exactitud el fin que se persigue, con objeto de limitar todo lo posible los riesgos y calcular las expensas. Pero una vez tomada la resolución, no miréis atrás, no escatiméis el trabajo, no retrocedáis ante el peligro.

«Poquísima confianza en su destino, ó muy escasos méritos, tiene quien no se atreve á ponerlos á prueba, para perderlo ó ganarlo todo.» (Montrose.)

«La gloria—dice Renán—después de todo, es lo que tiene mayores probabilidades de no ser por completo una vanidad.»

Pero ¿qué es la gloria?

Hace notar Marco Aurelio que «una araña está orgullosa de haber atrapado una mosca, un hombre de haber cogido una liebre, otro de haber pescado unos pocos peces en su red, otro de haber cazado jabalíes montaraces, otro de haber capturado osos, otro de haber hecho prisioneros á los sármatas (1)». Pero si, desde cierto punto de vista, la celebridad parece cosa vana. esta observación da ánimo, porque prueba que cada cual puede lograr buen éxito con tal de proponerse una meta razonable.

---

(1) Alude á una de sus expediciones.

Alejandro puede considerarse, digámoslo así, como el tipo del ambicioso, en su forma habitual, pero llevada al exceso. Su deseo no era heredar y gobernar, sino conquistar. Si recibía la noticia de que su padre Filipo había tomado una ciudad ó ganado una batalla, en vez de regocijarse por ello, decía á sus compañeros: «Tanto irá mi padre de conquista en conquista, que ya no tendremos nada extraordinario que hacer vosotros y yo.» (Plutarco.) Hasta refiérese que le mortificaba ver el espacio estrellado, pensando que ni siquiera había podido conquistar un planeta entero. Una ambición así está fatalmente condenada á no verse nunca satisfecha.

Los juicios de los filósofos acerca de la vanidad de la ambición se refieren de ordinario á esta forma inferior, de que puede considerársele á Alejandro como tipo: exaltación de la personalidad, que no se cura de la dicha ni aun de los sufrimientos ajenos.

«La persecución continua y encarnizada del buen éxito—dice Bacón—roba demasiado tiempo á aquellos que tienen que ocuparse de cosas más nobles.» Haciendo aún más extensiva esta observación, añade en otro sitio: «El buen éxito personal no debe considerarse nunca como el objetivo de la existencia.»

Gœthe observa, con razón, que el hombre existe para cultivar sus facultades; lo importante no es lo que pueda realizar, sino lo que puede realizarse dentro de él.

En cuanto á la reputación, no confundamos el nombre con la cosa misma. Ser conocido no es necesariamente ser admirado. Hay renombres infames y renombres gloriosos; por desgracia, casi hay tantos de los unos como de los otros, y un número bastante grande de ellos participa de ambos caracteres.

Sin embargo, ¿quién no preferiría ser olvidado á tener la celebridad de Akab ó Jezabel, de Nerón ó Cómmodo, de Mesalina ó Heliogábalo, del rey Juan ó de Ricardo III?

«Vale más—como dice sir T. Browne—no haber llevado á cabo ningún acto brillante, que verse en la historia con marca de infamia. Aunque el nombre de la Cananea se ignore, su recuerdo es más dulce que el de Herodíades. ¿Y quién no preferiría ser el Buen Ladrón antes que Poncio Pilatos?»

Los reyes y los generales deben su renombre, tanto á sus reveses como á sus triunfos, á su muerte como á su vida. El héroe de las Termópilas es Leónidas y no Jerjes. El imperio de Alejandro se derrumba con él. Napoleón fué un gran genio, pero no un héroe. ¿Para qué sirvieron todas sus vic-

torias? Disipáronse como el humo de sus cañonazos; dejó debilitada á Francia, empobrecida y menos extensa de lo que era á su advenimiento al poder. El testimonio más duradero de su genio no es su gloria militar, sino el Código de Napoleón.

Un simple acto de justicia ó de propio sacrificio es un título de gloria ó de celebridad más seguro: la abnegación de Leónidas y la buena fe de Régulo se cuentan entre las más admirables páginas de la historia.

En ciertos casos, cuando los hombres tienen por apellido nombres de ciudades, se recuerdan los individuos y olvídanse los lugares. Al hablarse de Palestrina, del Perusino, de Nelson, Wellington, Newton, Darvin, ¿quién se acuerda de las ciudades cuyos son los nombres que llevan? No pensamos más que en los personajes mismos.

Gœthe ha sido llamado el alma de su siglo.

Sólo poseemos flacas biografías de Shakespeare y de Platón, y, sin embargo, ¡cuántas cosas no sabemos acerca de ellos!

Los hombres de Estado y los generales gozan de una gran celebridad durante su vida; los periódicos registran todas sus palabras y acciones; pero la reputación de un poeta y de un filósofo es más duradera.

Por eso Wordsworth se opone á que se eleven monumentos á los poetas, con raras excepciones. No sucede lo mismo—dice—con los hombres de Estado: se tiene razón al perpetuar su recuerdo, porque sin esto quedarían olvidados, mientras que los poetas viven para siempre en sus libros.

Los verdaderos conquistadores del mundo no son los generales sino los pensadores; no se llaman Gengis-Khan, Akbar, Ramsés y Alejandro, sino Confucio y Budha, Aristóteles, Platón y Cristo. Los reyes y los legisladores que reinaron sobre nuestros antecesores cayeron en el olvido porque les faltó un poeta inspirado capaz de hacerlos revivir; ó bien, si se conserva su recuerdo es por haber estado, como Suddhondana y Pilatos, en relación con espíritus superiores.

La vida de estos magnos ingenios no puede encerrarse dentro de los límites de una biografía. No sólo vivieron para su propia generación sino para todos los tiempos. Cuando hablamos del siglo de Isabel pensamos en Shakespeare, en Bacón, en Raleigh; con dos ó tres excepciones á lo sumo, apenas nos acordamos de los ministros y secretarios de Estado de aquella época; y el mismo Bacón es menos conocido como canciller que como filósofo.

Aparte de eso, ¿á qué deben su reputación los generales y los hombres de Estado? Si han sido celebrados por sus altos hechos, al poeta y al historiador son deudores de su inmortalidad; y al poeta y al historiador debemos el conservarse el glorioso recuerdo y el ejemplo de las virtudes de aquellos.

«Hubo muchos jefes valerosos antes de Agamenón; pero, privados todos de lágrimas y de gloria, yacen en la larga noche del olvido, á falta de un poeta inspirado.» (Horacio.)

Montrose reune afortunadamente el guerrero y el poeta, cuando exclama en *My dear and only love*: «Te haré célebre con mi pluma y gloriosa con mi espada.»

Es notable y alentador el ver cuántos hombres, entre los más célebres, han salido de la clase más humilde y han triunfado de obstáculos en apariencia insuperables; y es más, la oscuridad del nacimiento puede convertirse en un título de honor. La incertidumbre del sitio donde nació Homero ha contribuido á su gloria; siete ciudades, que sepamos, reclaman para sí el gran poeta: Esmirna, Rodas, Colofón, Salamina, Kios, Argos, Atenas.

Fijaos tan sólo en los hombres de ciencia: Ray era hijo de un herrero, Watt de un constructor de barcos, Franklin de un fabricante de velas de sebo, Dalton de un tejedor á mano, Fraunnofer de un vidriero, Laplace de un colono, Linneo de un pastor pobre, Faraday de un herrero, Lamarck de un dependiente de banca, Jorge Stephenson era operario carbonero, Davy mancebo de botica, Wheatstone guitarrero, Galileo, Kepler, Sprengel, Cuvier, sir W. Herschel eran hijos todos ellos de familias pobrísimas.

Por otra parte, es triste cosa pensar que muchos de nuestros más grandes bienhechores son desconocidos hasta de nombre. ¿Quién descubrió el arte de proporcionarse fuego? Prometeo no es más que un símbolo de la previsión. ¿Quién inventó las letras? Cadmo no es más que un simple nombre.

Sin duda, estas invenciones se pierden en las brumas de la antigüedad; pero, aun en lo que se relaciona con los recientes descubrimientos, son tan próximos y numerosos los escalones, que pocos inventos pueden atribuirse entera ó principalmente á una sola persona.

Tiénese, y con justo título, á Colón como descubridor de América; y, sin embargo, habían estado allí antes que él los normandos.

Nosotros los ingleses tenemos toda suerte de razones para estar orgullosos de nuestros compatriotas. Limitémonos á los filósofos y á los sabios: tenemos á Bacón y

Hobbes, Locke y Berkeley, Hume y Hamilton; los nombres de los cuales irán siempre asociados á los progresos del espíritu humano; Newton, debe su gloria á la gravitación; Adam Smith, á la economía política; Young, á la teoría de las ondulaciones luminosas; Herschell, al descubrimiento de Urano y al cálculo de la distancia de las estrellas; lord Worcester, Trevethick y Watt, á la máquina de vapor; Wheatstone, al telégrafo eléctrico; Jenner, á la extinción de la viruela; Simpson, á la aplicación práctica de los anestésicos; y Darwin á la creación de la historia natural moderna.

Estos y otros hombres de la misma valía, son quienes han creado nuestra historia y formado nuestras opiniones; y aun cuando quizá ocupasen durante su vida un puesto comparativamente insignificante á los ojos de sus compatriotas, á la larga han llegado á ser una potencia innegable, y conseguido, con justo título, la más gloriosa celebridad.

JOHN LUBBOCK.

RESPETO Á LA DESGRACIA

(DE SÉNECA)

Crudo enemigo á quien desdichas nuevas
No saciaron la furia vengativa,
Tú, que hollando á quien hado infiel derriba,
Odio feroz á los sepulcros llevas;
Tú, que en el cráneo de los muertos cebas
El hierro de tu saña siempre viva,
¡Oh! Escucha el trueno que retumba arriba;
¡Oh! ¡No á los Manes á venganza muevas!
Hacer al vencedor puede el vencido
Mortal herida, y un poder secreto
Tiene el que yace en la mansión de olvido.
Siempre fué el desgraciado sacro objeto,
Y el sacrílego mismo y el bandido
Miró siempre las tumbas con respeto.

M. A. CARO.

LA GUERRA Y EL DERECHO

Sorprende, en verdad, que después de tanto como se ha escrito y discutido acerca de la justicia de la guerra, sea forzoso reconocer, á quien desapasionadamente examina el asunto, que el problema está mal planteado de ordinario, y que las soluciones propuestas pecan, por regla general, de parciales y defectuosas en cuanto únicamente revelan aspectos verdaderos, sí, pero incompletos, de la cuestión controvertida.

La observación famosa de Bonald, que llamaba á los sistemas filosóficos *viajes al país de la verdad*, en que los viajeros se extravían siempre, proporcionando, sin embargo, todos alguna noticia exacta ó aprovechable, puede perfectamente aplicarse á esa multitud de pareceres encontrados que, con respecto al valor jurídico de la guerra, se han formulado por pensadores eminentes.

Quien sólo mira á los servicios que la civilización debe á la guerra, dado que ésta ha aproximado pueblos y otorgado en ocasiones la victoria al que representaba la *idea más progresiva*, ensálzala como la ensalza Hegel, sin pensar en que también fueron á veces vencedores los descendientes de Gengis-Kan y las bárbaras hordas de Atila. Quien, deslumbrado por falsas relaciones entre la fuerza y el derecho, santifica el éxito de las victorias, ve, como Proudhon, en el resultado de la lucha los esplendores de la justicia, aunque para ello tenga que olvidar que hubo un día en que los turcos pisotearon la independencia griega y sucumbieron los polacos, capitaneados por Kosciusko. Quien recuerda la ocasión que dan las batallas á que se manifiesten el amor á la patria y el noble desinterés y el sacrificio heroico, enaltécelas como Moltke, sin contar con que no basta despertar heroísmos de resistencia para que una agresión se legitime, ni es tan sólo virtud lo que en los combates se engendra, sino pasiones criminales, ambiciones bastardas y males sin número. Finalmente, quien sólo á los

horrores de la guerra atiende, á lo que hay en ella de fuerza ciega ó á lo que suele haber de criminal conducta, califícala de delito de lesa humanidad, como la califica Cimbali, prescindiendo, en tan absoluta afirmación, de cuanto en la guerra puede haber de grande, de generoso y de justo.

Así, pues, los indicados autores, como otros muchos que podrían citarse, no hacen otra cosa que examinar por un lado el arduo problema de las relaciones entre la guerra y el derecho; y de este modo la doctrina verdadera, desprovista de exageraciones y exclusivismos, en ninguno aparece, aparte de que, aun los que más sensatamente abordan esta delicadísima materia, suelen incurrir en grave defecto, abandonando el rigorismo del método científico para llegar por más breves y expeditos caminos á la conclusión deseada.

No hay que considerar, sin embargo, como vano intento el de fijar las condiciones de que la justicia de la guerra depende, si bien para lograrlo es indispensable la previa inteligencia, de lo que aquélla sea con respecto á las perturbaciones del derecho internacional.

Porque escritores hay, y escritores muy respetables ciertamente, que parecen otorgar á la guerra el carácter de *medio reparador* (1), y esta equivocada concepción de la naturaleza de aquélla constituye un obstáculo poco menos que insuperable para la explicación de su justicia.

Nadie ignora que las perturbaciones del derecho se reducen á las dos grandes categorías de perturbaciones civiles y criminales, ya que la falta de cumplimiento de aquél (que esto es lo que la perturbación supone ó significa) sólo puede nacer de un error de la inteligencia ó de una perversión de la voluntad.

Ahora bien; esto que del Derecho en general puede decirse, no hay razón alguna para que á las relaciones internacionales deje de ser aplicado. Como he tenido ocasión de observar en otro estudio (1), «la regla con que el Dere»cho internacional traza la línea de »conducta á que deben acomodarse los »Estados en sus relaciones exteriores, »encomendada, como toda norma jurí»dica, á la voluntad libre del sujeto »obligado á su cumplimiento, está »continuamente expuesta á ser desco»nocida y quebrantada; porque si, al »fin y al cabo, la representación for»zosa propia de las personas sociales »exige que determinados individuos »obren en su nombre, la manera de »obrar de aquellos que representan al »Estado no puede estar asegurada con»tra las imperfecciones que acompañan »á la humana naturaleza, y la inteli»gencia individual de quien, en nom»bre de una comunidad soberana, pien-

(1) «Cada Estado—dice Wheaton—tiene el derecho de recurrir á la fuerza, como único *medio de reparación* para las ofensas que le infieren los demás.»—*Eléments du Droit international*. Leipzig, 1852, t. I, pág. 274.

(1) Discurso leído en la sesión inaugural de las Academias de Derecho de la Universidad Literaria de Sevilla, en el curso de 1890-91, págs. 10 y 11.

»sa y dirige, es inteligencia que ye»rra, y la voluntad que en análogas »circunstancias ejecuta es voluntad »que se pervierte.

»Por otra parte, como el Derecho in»ternacional abarca cuantas relaciones »jurídicas trascienden de la esfera de »acción de un solo Estado, las reglas »que formula no son obligatorias sim»plemente para la persona pública so»cial (1); el hombre, cuyos derechos »fundamentales son protegidos por la »universal sociedad de los pueblos (2), »está inmediatamente sometido tam»bién á deberes internacionales, y en »este orden, como en los inferiores de »la nación, del municipio y la familia, »puede directamente, sin obrar en otro »nombre que en el propio, contribuir »al cumplimiento de la justicia ó cau»sar una violación del Derecho. La »perturbación jurídica conserva, pues, »en la esfera internacional, los carac»teres esenciales que la distinguen, y »no hay razón para que deje de ser »criminal ó civil, según los casos, ya »que si unas veces procede de la vo»luntad, nace en otras de un error de »la inteligencia.»

Entendidas de este modo las perturbaciones jurídicas internacionales, síguese lógicamente cuál ha de ser la índole del procedimiento reparador, porque entre la naturaleza de la perturbación y la de la reparación consiguiente hay relaciones necesarias; la segunda ha de ser movimiento inverso al que la primera supone, reacción completa contra aquélla para restablecer el perdido equilibrio, negación de la negación, que decía Hegel, á fin de destruir y borrar, en cuanto sea posible, el principio perturbador y sus perniciosas consecuencias.

Así tenderá la reparación civil á esclarecer el derecho desconocido, la penal á corregir la voluntad extraviada, y una y otra á remediar también los males derivados de la infracción; principios que obligan á negar todo carácter *reparador* en la guerra, la cual, ni es medio adecuado para declarar el Derecho, ni para conseguir la enmienda del culpable, porque la guerra es hostilidad total entre dos pueblos, fuerza que vence resistencias y asola territorios, violencia que se desencadena, lucha que destruye, pero no sentencia que disipe dudas ó pena que enmiende voluntades.

No debiendo, por lo tanto, reputarse la guerra como verdadero medio reparador, otra y muy distinta es la naturaleza que le corresponde y la consiguiente razón de su legitimidad ó justicia.

Bien sea actual ó pasada la infracción del Derecho de donde la guerra se origina, tiene ésta siempre un carácter de *ejecución* imposible de confundir con el peculiar ó distintivo de los medios *reparadores*.

La reparación implica que termine

(1) En vez de estas últimas palabras, dice equivocadamente el texto transcrito «persona privada individual», resultando así casi ininteligible el sentido del párrafo.

(2) Véase Bluntschli, *Le Droit international codifié*, troisième edition. París, 1881, páginas 55 y 56.

el ataque injusto, que se indemnicen los daños por él ocasionados, que satisfaga suficientemente, y en todo caso, el infractor por los males nacidos de su proceder arbitrario. Pero después de fijar por un procedimiento más ó menos perfecto (que esto no importa ahora) los términos de la reparación, hay necesidad de traducir en hechos la trazada línea de conducta, y entonces es cuando las imperfecciones de la vida internacional suelen oponer gravísimas dificultades, resistiendo el que debiera obedecer y oponiendo los Estados la fuerza de las armas á la realización del Derecho. Surge de aquí forzosamente la lucha abierta que llamamos guerra, la cual, puesta al servicio de una reparación por anteriores y diversos medios decretada (1), aparece siempre, desde el punto de vista en que se coloca el Estado que rectamente obra, como simple *medio ejecutivo*, con cuyo empleo se intenta conseguir el cumplimiento de decisiones justas, venciendo arbitrarias agresiones ó resistencias y arrollando los obstáculos acumulados por unas ú otras causas (2).

Del mismo modo que en el interior de una comunidad soberana hay que emplear, á veces, la fuerza para cumplir el Derecho judicialmente declarado, siéntese necesidad análoga en el orden internacional. La diferencia está en que la organización política hace poco frecuente en el primer caso lo que multiplica la desorganización en el segundo; en que la resistencia del individuo enfrente de la sociedad es siempre débil, mientras que de Estado á Estado las fuerzas se equilibran y la lucha se prolonga y mantiene en proporciones desoladoras; y, por fin, en que es suficiente, aunque muy modesta, la fuerza ejecutiva ordinariamente empleada en la vida interna del Estado, mientras que en el orden internacional constituyen esa fuerza ejércitos disciplinados y numerosos, costosamente mantenidos, y á cuya suerte va unida la riqueza, prosperidad y aun la existencia de los pueblos.

Una vez admitido el carácter ejecutivo de la guerra, fácil es precisar las condiciones de su justicia. Es aquella nada más que un medio que tiende á realizar en la práctica, de manera inmediata, las exigencias de la reparación y, por tanto, de la rectitud de este fin concreto que persigue, de la aptitud ó adecuación que para lograrlo haya en el medio, y de la seguridad con que se afirme de este que es indispensable su empleo, en cuanto no quepa sustituirlo por más suaves procedimientos, dependerá exclusivamente en todo caso la conformidad ú oposición entre la guerra y el Derecho.

Ahora, por lo que toca á la justicia del fin, no hay duda posible: porque si es verdad que á veces falta, nadie puede atribuir tan grave mal á la guerra misma, sino al uso abusivo que de ella se hace, á la manera en que na-

(1) Anteriormente decretada la reparación, á lo menos en sus líneas generales, aunque no en todos los detalles.

(2) Desde el punto de vista del Estado que obre injustamente, la guerra aparece también como medio ejecutivo; sólo hay diferencia en cuanto á la justicia de su empleo.

die culpa y proscribe un sistema judicial porque, en ocasiones, dicte sentencias contrarias al Derecho. Basta con que la guerra pueda tener y tenga de hecho fines justos, para que la condición á que me refiero esté cumplida, y que esto sucede así, ¿quién podrá negarlo?

Fuera de alguna excepcionalísima opinión, como la de Wayland (1), los autores están aquí de perfecto acuerdo. Podrán disentir respecto á la justicia de determinada causa de guerra, pero algunas hay que todos admiten; siendo lícito afirmar que el célebre *omnia quæ defendi repetique et ulcisci fas sit* del general romano, sintetiza, con pequeñas diversidades de interpretación, el común sentir de los jurisconsultos en esta interesante materia.

Defender el Derecho contra la agresión injustificada ó remediar la perturbación en forma debida son fines de evidente justicia, que sólo es posible desconocer cuando se deje á merced de la caprichosa voluntad del sujeto la reparación del mal por su propia conducta causado. La necesidad del orden jurídico siéntese en la esfera internacional como en cualquiera otra, y, si en la primera un defecto de organización pone la tutela del Derecho en manos de cada asociado y no en las de la sociedad toda, podrá significar tal estado de cosas imperfección transitoria ó mal inevitable, pero en nada afecta á la justicia esencial de las funciones tutelares que dan seguridad y garantía al cumplimiento del Derecho, expuesto, en otro caso, á infracciones continuas alentadas por una impunidad desastrosa. De aquí que la defensa opuesta á la agresión actual y el remedio del daño sufrido sean fines perfectamente justos de la guerra, de consuno admitidos por Vitoria y Baltasar de Ayala, Juan Ginés de Sepúlveda y Grocio, Puffendorf y Vattel y una inmensa serie de escritores modernos, cuya enumeración sería tan enojosa como inútil (1).

Pero de nada serviría la justicia del fin si el medio para conseguirlo fuera inadecuado ó impropio y llevara directamente á un resultado distinto del propuesto: que, en tal hipótesis, el extravío de la conducta la apartaría del fin reconocido justo, tan ilusorio cuando no existe en realidad como cuando no se lo alcanza por desconocimiento del camino que á él conduce; razón por la cual se explica fácilmente la doctrina expuesta por Mackintosh, cuando afirma que la justicia de la causa no es nunca el único ni siempre el principal punto que debe examinar-

(1) Afirma este escritor en sus *Elements of moral science* que «si á pesar de la persuasión moral que le oponemos, un Estado nos ataca, debemos soportar el mal con resignación».

(1) Taparelli considera también como causa justa de guerra la necesidad de asegurarse contra *verdadero* y *cierto* peligro; pero, atendida la explicación que da á esta causa, resulta completa y admisible la doctrina del texto, puesto que el peligro futuro á que se alude nace siempre de una ofensa anteriormente realizada. Véase el *Ensayo teórico de Derecho natural apoyado en los hechos*, del citado autor. Madrid, 1867, t. III, pág. 64

se para establecer la legitimidad de una guerra.

En tesis general, la conveniencia ó adecuación entre la guerra considerada como medio y su fin, nace de que la fuerza se vence con la fuerza, y de que si ésta sirve para agredir ó resistir injustamente, no se presta menos á vencer esta resistencia ó paralizar aquel ataque.

Ahora, si el asunto se mira con relación á las circunstancias concretas en que determinado país pueda hallarse, es más bien la política que el derecho quien ha de resolver la cuestión, porque de las fuerzas de que cada Estado disponga, de su proporción con las del Estado enemigo, de la situación económica y de otra multitud de condiciones imposibles de apreciar *à priori* en su valor real y efectivo, dependerá la mayor ó menor prudencia de la apelación á las armas; grave problema siempre para el gobierno que ha de resolverlo, porque las tremendas responsabilidades que acarrea lo mismo pueden nacer si se disfraza de prudencia la cobardía, que si se invocan la dignidad y el valor para encubrir ó paliar ambiciosos ó insensatos proyectos.

La adecuación del medio al fin en la guerra debe mirarse como un principio general, fecundo en consecuencias y reglas particulares de conducta; rectamente observado mata de raíz las crueldades inútiles y las arbitrariedades de la fuerza; limita la lucha á los ejércitos beligerantes, con absoluta exclusión de las poblaciones pacíficas, y, en una palabra, dirige la acción de los combatientes á la realización de la justicia, reprobando á la vez el culpable *defecto* que impide conseguir el fin y los bárbaros *excesos* del vencedor, simbolizados en el triste *¡Vae victis!* de Breno.

Finalmente: aunque recto el fin, y proporcionado el medio, no hay razón todavía para acudir á éste cuando quepa reemplazarlo suficientemente por otro menos peligroso y más humano. Es la guerra recurso supremo á que, en último término, se acude; pero que precipitadamente no se puede con justicia emplear, porque es demasiado incierto en sus resultados y demasiado doloroso en su desarrollo para que, por dar rienda suelta al odio ó la venganza, se lo anteponga á las soluciones pacíficas que de manera amistosa resuelven los conflictos entre los pueblos.

Así que sólo cuando es racionalmente necesaria, es decir, cuando inútilmente se ha intentado la avenencia ó el acuerdo, y ciertamente se sabe (con la certeza relativa de las previsiones humanas) que es infundada toda esperanza de lograrlo, y la autoridad competente, entendiéndolo así, se decide á comenzar la lucha, sólo entonces puede estar justificada la guerra, que en tal caso ni el apasionamiento irreflexivo guía, ni la situación de las cosas permite otro recurso, viniendo de esta suerte á reunirse la *justicia del fin*, la *adecuación del medio* y la *racional necesidad de su empleo*, para establecer una perfecta armonía entre la guerra y el derecho.

JOAQUÍN FERNÁNDEZ PRIDA.

LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA

EL PRÓLOGO

No hay para qué encarecer la importancia de las Exposiciones con que el antiguo y el Nuevo Mundo conmemoran en la capital de España el cuarto Centenario del descubrimiento realizado por Cristóbal Colón, en el año memorable y dichoso de 1492. Demostrar con hechos tangibles, con monumentos y reliquias arqueológicas, con obras de arte y productos industriales, con documentos escritos y antropológicos, lo que fué América antes de su descubrimiento y conquista, lo que ha sido bajo la dominación española y lo que aún son las razas indígenas que representan la antigua cultura de aquel país; lo que era la Europa y especialmente la España, en los siglos de adelanto que preparan, realizan y aprovechan tan gran suceso: tal es la idea que entraña ese doble certamen.

El fin á que responden las dos Exposiciones no puede ser en modo alguno un estudio comparativo del estado de civilización en que se hallaban el pueblo conquistado y el conquistador; porque semejante comparación retrospectiva no puede producir ningún resultado útil para lo por venir. Responden á fines análogos, pero independientes: la Exposición americana al de conocer esa historia llena de lagunas, aquel pasado lleno de oscuridades y de misterios que al cabo de cuatro siglos de investigaciones no ha podido desentrañarse; la Exposición europea es un conjunto de preciosos elementos para completar y corregir la Historia y la Arqueología del último tercio de la Edad Media y el primero de la moderna.

La Exposición americana, que es de la que, por el pronto, nos vamos á ocupar, ofrece un conjunto tan completo, tan vasto y tan rico, que sin duda excede á los cálculos más optimistas que antes de su celebración pudieron formularse. España podía esperar que las Repúblicas americanas acu-

dieran al certamen de un modo digno; pero atendiendo á los peligros que para objetos frágiles y preciosos ofrece la travesía del Océano, no podía pensar que los envíos fueran en número tan crecido y de piezas tan sobresalientes. Este es un hecho que, tratándose de una Exposición de antigüedades y de objetos históricos, no tiene par; un hecho que debe consignarse con orgullo y enaltecerse con noble entusiasmo; un hecho, en fin, que no puede menos de contribuir poderosamente á estrechar los lazos de fraternidad de América y España.

La ocasión se presenta única á los americanistas para completar sus investigaciones, puesto que la Exposición es un conjunto de museos tanto de América como de Europa, lo cual facilita extraordinariamente el estudio, permite examinar las series y establecer útiles comparaciones.

Por nuestra parte no vamos á hacer otra cosa que dar cuenta de las colecciones, señalando los puntos de vista desde los cuales deben apreciarlas las personas no versadas en americanismo. El autor de estas líneas no pretende pasar por americanista; es tan sólo un cultivador de la Arqueología que se detiene á repasar unas antigüedades que por lo extrañas y preciosas excitan su curiosidad.

***

Dado el hecho que se conmemora, todo lo referente á Colón, á su obra, á la conquista de América y todo aquello que pueda y deba considerarse como documento útil para la historia precolombina de aquel continente, forma *el prólogo* de la Exposición, á la manera que los antecedentes de una materia cualquiera forman el necesario prólogo de un libro doctrinal de la misma.

Los retratos del Almirante reclaman puesto de honor y merecen detenido estudio, pues la serie se ofrece completísima, aunque en su mayor parte compuesta de reproducciones á *blanco y negro*, tales como dibujos, grabados ó fotografías. Estas reproducciones, juntamente con otras de los monumentos y estatuas erigidos al personaje, vistas de los lugares que visitó y otros asuntos referentes al mismo, forman una exhibición especial, que en dos salas han hecho los Estados Unidos. Retratos originales sólo hay tres, y los ha expuesto España; pero sus copias figuran también en la serie anterior. Es muy laudable la idea del Sr. Curtis, de Washington, de haber formado esta *iconografía colombina*, pues contribuye poderosamente á realzar el recuerdo del inmortal descubridor; y aunque las imágenes carecen de color, aunque algunos dibujos son flojos y aunque por el deseo de completar la colección se han incluido hasta las obras más caprichosas é irrisorias, en conjunto sirven de material utilísimo para las investigaciones.

Sobre esta materia se han hecho tabajos muy estimables, alguno de ellos reciente, y si bien no los conocemos todos, apreciándolos en general diremos que, á nuestro modo de ver,

los iconografistas no han tenido en cuenta dos cosas muy esenciales para conseguir su objeto. Tratándose de determinar cuál entre varios puede ser el retrato más parecido de un personaje de tiempos pasados, la base de toda investigación debe ser la noticia auténtica de cómo era el personaje, para, partiendo de ella, dar con el verdadero retrato; y en cuanto al juicio de éstos, no debe olvidarse un punto de vista puramente artístico y aun arqueológico de apreciar los retratos, que es el carácter. Por lo que á Colón se refiere, su hijo Fernando, testigo de mayor excepción en el punto de cómo era su padre, nos le describe en su obra titulada *Historia del Almirante de las Indias*, diciendo: «Fué el Almirante hombre de bien formada y más que mediana estatura, la cara larga, las mejillas un poco altas, sin declinar á gordo ó macilento, la nariz aguileña, los ojos blancos (1), y de blanco de color encendido; en su mocedad tuvo el cabello blondo, pero de treinta años ya le tenía blanco...» Este es el *retrato* más auténtico de Cristóbal Colón. Las imágenes que á él no se ajusten, son apócrifas.

Por desgracia, los retratos más antiguos de Colón, que tenemos, datan de la segunda mitad del siglo XVI, de modo que sólo pueden considerarse como copias más ó menos felices de alguno hecho en vida del sujeto; y en el mismo caso están otros posteriores á aquella fecha. Que todos proceden de un tipo sucesivamente modificado, lo prueba la circunstancia de estar representado en todos de busto, y en todos con la cabeza ligeramente vuelta á tres cuartos, obedeciendo á un tipo tradicional. En cuanto al carácter que se observa en todo retrato, tanto en la expresión física ó plástica de la fisonomía como en las modas del peinado y del traje, en los pocos retratos que se conservan está algo perdido ó desfigurado.

Sentadas estas premisas, los retratos que á nuestros ojos resultan más verosímiles, por ser los que más se ajustan á la noticia, son: el de la galería de Jovio, en Como, grabado en madera por Paolo Giovio, para la obra *Elogia Virorum*, en 1575; el grabado en Roma por Aliprando Capriolo (quizá el de más carácter), en 1596, del cual es copia moderna el del Museo Naval de Madrid; el que posee el doctor Orchi, de Como, y el de nuestra Biblioteca Nacional, que excepción hecha del cabello, que es negro, es el que mejor responde á la descripción, y que tiene en su abono sobre los demás lo aguileño de la nariz, en lo cual, y en la conformación de los labios, ofrece por rara circunstancia gran parecido con el actual duque de Veregua, descendiente del Almirante, y cuyo retrato figura también en una de las salas de los Estados Unidos, no sabemos si solamente en homenaje al ilustre aristócrata español que lleva el nombre y el apellido de su glorioso ascendiente, ó si también como término

(1) Garzos, dice el P. Las Casas en su *Historia de las Indias*.

de útiles comparaciones. Hay otro retrato, el mejor de todos como obra de arte, al cual presta visos de autenticidad la suposición de que fué pintado por Lorenzo Lotto «para Domenico Malipiero, dice el catálogo, senador veneciano é historiador, á petición de su corresponsal Angelo Trevisan (Trivigiano), secretario de la embajada enviada á España por los venecianos en 1501, y que estaba en constante comunicación con Colón en esa época». Es el único original que figura en la colección iconográfica que nos ocupa, y es propiedad de James W. Ellsworth, de Chicago. Se trata de un buen cuadro, sólido de dibujo y agradable de color. Diríamos que este era el retrato del descubridor de las Indias si no lo desmintiese la descripción en el característico detalle de lo aguileño de la nariz, que tienen los antedichos y éste no, y si no respondiese á un tipo de facciones finas, completamente distinto del de los demás. Por consiguiente, hay que convenir en que, si realmente ese retrato se hizo del natural, el artista estuvo poco afortunado en encontrar el parecido.

Los demás retratos, hasta el número de 74, entre ellos el que posee don Mariano Hernando, de Madrid, cuyo original figura en la Exposición Histórico-Europea, el que forma parte de la galería de Versalles, etc., etc., nos muestran las sucesivas modificaciones que á través de los tiempos ha sufrido el tipo primitivo; primero conservando, como en los dos citados, cierto carácter fisionómico é indumentario; luego con barbas, vestido de gola y jubón, á lo Cervantes; después con melena, bigote y perilla, ancho cuello caído y herreruelo, cual caballero del siglo XVII; y, por último, con peluca, según la moda de la última centuria.

En resumen, de nuestro ligero examen sacamos la impresión de que no se conserva un retrato verdaderamente auténtico.

La colección de cuadros representativos de diversos lugares y de asuntos referentes á Colón, es más de curiosidad que de estudio. Comprende la casa en que se casaron los padres de Colón, en Quinto, vistas de la ciudad, la playa, la calle y la casa en que se supone nació Colón en Cogoleto, y vistas análogas de Génova, que disputa á Cogoleto la cuna de Colón; la casa de Valladolid, donde murió; la catedral de la Habana y enterramiento en ella del Almirante; detalles de la catedral de Santo Domingo y urna allí existente con los supuestos restos de Colón; urna cineraria, de Génova; vistas de la isla de San Salvador ó de Wallings (antigua Guanahani), que se supone fué la primera tierra americana divisada y pisada por Colón; tipos de los actuales habitantes de la isla; vistas del puerto de Jibara (Cuba), Guarico (Haiti), sitio en que fué levantado el castillo de la Navidad en 1492, la Isabela y ruinas del primer pueblo europeo que allí se construyó en 1493; Jamaica, Fortaleza en Concepción de la Vega, Truxillo (Honduras), primer establecimiento español en Tierra-Firme, y otra porción de lugares que Colón visitó en sus via-

jes. Termina la serie con vistas de Santo Domingo, su muralla, su convento y las ruinas del palacio que allí habitó D. Diego Colón, del cual palacio proceden dos azulejos, los dos españoles, uno mudéjar y otro de gusto plateresco, que con iguales vistas de aquellos monumentos ha presentado en su instalación la República dominicana.

Sirven de complemento á esta colección iconográfica, tres series de dibujos, una de vistas de la ciudad y del monasterio de Saint-Dié, en Francia, donde América recibió su nombre en 1507; otra de retratos de los hombres que dieron su nombre á la América, el rey René II, duque de Lorena, Jean Basin, el matemático profesor de Saint-Dié Matthias Ringman, el cronista de René II, Gautrin Lud, y la última de varias vistas de ciudades, edificios, etc., que conservan ó son otros tantos recuerdos de la dominación española en el Nuevo Mundo.

España, por su parte, ha rendido un tributo al descubridor y al descubrimiento, presentando en la primera sala de la Exposición, bajo el lema: *Primeras tierras pisadas por Colón y por los españoles en* 1492 *y* 1493, una colección de rocas y minerales, que, aunque reducida, es suficiente para dar idea de la riqueza del suelo americano en los lugares de América á que el lema se refiere, y que son las islas de Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico. La colección más importantante pertenece á la Comisión del Mapa Geográfico y á la Escuela de Ingenieros de Minas, y las más reducidas, una al distinguido profesor Sr. Fernández de Castro, y otra al ingeniero Sr. Olavarría. La comisión pre-colombina de la isla de Cuba también presenta algunos ejemplares.

También hay en la Exposición algunos recuerdos de la conquista de América, que es de lamentar no se hallen convenientemente agrupados. En primer término los retratos de Hernán Cortés, Pizarro y Magallanes, que con el de Colón, de la Biblioteca Nacional, debieron formar parte de la colección que se formó en el siglo XVI en el Supremo Tribunal de Indias, en Sevilla. De la Biblioteca es propiedad también el retrato de Hernán Cortés, de cuyo parecido no podemos juzgar. El retrato de Pizarro, que figura en la instalación del Museo Naval, es mejor como obra de arte. Y á los tres supera en mérito y en carácter el de Magallanes, propiedad de la Academia de San Fernando, y que con los de Colón y Cortés aparece en la sala de documentos. Mejor recuerdo aún que estas imágenes son las espadas de Cortés y de Pizarro que la Real Casa ha presentado en la Exposición Histórico-Europea, y la de Pedro de Alvarado, que ha expuesto la Republica dominicana. La espada del conquistador de Méjico es de las llamadas de lazo, sencilla, sin adornos, pero muy elegante de forma. La del conquistador del Perú es, por el contrario, lujosa; su empuñadura es de gusto morisco, de gavilanes anchos y caídos, patillas, pomo chato, toda ella con labor arábiga, damasquinada de oro. La de Pedro de Alvarado, el fundador de la ciudad de Guatemala,

donde se ha encontrado, es mucho más modesta, pues su empañadura, de gavilanes rectos, no lleva otro adorno que un sencillo *lazo*.

***

Intimamente unida al recuerdo del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo está la historia de la navegación. A esta idea han respondido en el certamen la exposición especial que ha hecho el Museo Naval y una buena parte de lo expuesto en la sección portuguesa. El documento más antiguo de la historia de la navegación en cuanto se relaciona con América es un precioso modelo ó reproducción exacta, á un cuarto del tamaño natural, de un buque de los empleados por los *vikings* (antiguos noruegos), para atravesar el Atlántico, por el Norte, en los siglos IX, X y XII hasta llegar á Islandia y Groenlandia, Salvador (Helleland) y Nueva Escocia (Vinland). El original de este buque se halló en 1880, dentro de un *tumulo*, cerca de Sondefjor, en la costa meridional de Noruega. Es de levantada proa, lleva, como las antiguas naves, numerosos remos, que salen por otros tantos agujeros, y toda la borda va protegida por rodelas. El modelo á que nos referimos lo ha expuesto Noruega; pero en la exposición del Museo Naval figura otro modelo del mismo buque (á escala de $^1/_{16}$), que el rey de Suecia y Noruega, Oscar II, ha regalado á España con destino á dicho centro. En el catálogo correspondiente hallamos indicadas las dimensiones del original en esta forma: eslora, $23^m,80$; manga en la maestra, $5^m,10$; puntal medio, $2^m,25$.

En las salas ocupadas por el Museo Naval hay, entre diversidad de objetos, no todos pertinentes al caso, algunos modelos y reconstrucciones de barcos, de verdadero interés para los fines de la Exposición. Debemos citar, en primer término, la colección de marinas, utilísimas para el estudio de la arqueología naval, pintadas con este fin científico por el distinguido pintor y restaurador de ese Museo D. Rafael Monleón; otra colección análoga de fotografías que reproducen barcos de tiempos pasados á contar del siglo XV, y la sección de una galera de esta misma centuria. Figura además, y verdaderamente como pieza sobresaliente que merecía haberse colocado en lugar más visible y principal, la reproducción de la nao *Santa María*, en que Colón se aventuró por el *mar tenebroso* hasta abordar la tierra americana. La circunstancia de haberse reconstruido ahora en su verdadero tamaño y con todos sus detalles la nao y las dos carabelas (que ya surcan los mares), bajo la sabia dirección y por los dibujos del citado Sr. Monleón, á cuyos estudios especiales y raro talento debe España una de las páginas más gloriosas del Centenario, nos eximen de toda descripción. Por otra parte, la memoria recién publicada sobre la nao *Santa María*, ilustrada con numerosas noticias y con dibujos del Sr. Monleón, da suficiente materia y cuenta cabal de lo que sobre el particular puede decirse.

El Sr. Monleón es autor también de un modelo de bombarda del siglo XV, representando las que llevaba dicho barco, que figura también en aquella instalación.

Allí mismo figuran los restos, enviados de América para la Exposición, de la nave española la *Marañona*, que llegó al Río de la Plata (donde se fué á pique) en Abril de 1538, al mando del capitán Alonso de Cabrera. Consisten los restos en un codaste y parte de varengas de cuadernas de popa. Fueron hallados en el fondo del río, juntamente con un falconete y un recibidor ó recámara de cañón, de los llamados truenos, ambos de hierro y del siglo XVI, que forman parte del indicado envío y que se exhiben en el mismo lugar.

Portugal, deseoso de patentizar el importante papel que desempeñó en los descubrimientos allende los mares, ha presentado un bonito modelo de la nao *San Gabriel*, en que hizo su primer viaje á la India el famoso explorador Vasco de Gama, cuyo retrato auténtico, pintado al óleo, se vé también en una vitrina; dos cuadros con dibujos hechos á pluma por el oficial de la marina portuguesa, Sr. Braz de Oliveira, representando, según documentos auténticos, los principales tipos de los barcos portugueses en el siglo XVI, y otros modelitos de barcos de pesca.

Como útil complemento de los modelos de embarcaciones, han expuesto Suecia, Portugal, el Vaticano y España, antiguas cartas de marear y cartas geográficas. Luce en la sala de Suecia la colección de las obras cartográficas más antiguas, perteneciente al ilustre explorador baron A. E. Nordenskiold, y en la cual figuran, además de copias exactas de numerosos mapas, entre ellos el de Olaus Magnus, y de varios portulanos y libros geográficos, unas copias exactas de los dos primeros globos. En cuanto á España, el Museo Naval exhibe las dos cartas geográficas más interesantes: una (en facsímile), la de tierra y mar que trazó en 1439 el célebre cartógrafo mallorquín Gabriel de Valseca, en la cual, como es consiguiente, no consta aún el Nuevo Mundo; la otra es el célebre mapamundi hecho en el Puerto de Santa María, en 1500, por Juan de la Cosa, propietario de la nao *Santa María*, y maestre de Cristóbal Colón en su primer viaje, que acompañó también al Almirante en el segundo á bordo de la *Niña*, titulándose ya *maestro de hacer cartas*, y volvió á América, por último, como piloto mayor, con Alonso de Ojeda en 1499. Esta famosa carta, la primera en que aparece América, esto es, las islas Antillas y las costas de Tierra Firme desde el río de las Amazonas hasta Panamá, ofrece además: Europa, Asia y Africa completas y casi con igual forma que las conocemos, la indicación de los reinos y capitales famosos, mas la representación de algunos monumentos y de los reyes, tales como los tres magos de Oriente, que á caballo cruzan el continente asiático. Está dibujado á pluma y colorido sobre pergamino, como un códice, y en su parte superior se ve una imagen de San Cristóbal llevando al Niño, en la cual

imagen se supone que el miniaturista quiso representar á Cristóbal Colón, ó, por lo menos, aludir al nombre de éste, lo cual es más verosímil.

Junto á estas cartas hay que poner dos, enviadas por el papa León XIII y expuestas en la Histórico-Europea. Ambas merecen particular atención por su crecido interés histórico; en una se ve la línea que trazó el papa Alejandro VI para deslindar en el continente americano los dominios de Portugal y de España, y contiene el plano de la ciudad de Méjico, con los retratos de Moctezuma, Atahualpa y el preste Juan. La otra carta, trazada por el titulado *cosmographo de Su Majestad*, Diego Rivero, y fechada en el *año de* 1529, *en Sevilla*, también está dividida en dos partes, campeando en la del Brasil el pendón portugués y en las otras tierras americanas el español, *conforme* (dice la inscripción de que hemos sacado los anteriores datos) *la capitulación que hicieron los catholicos Reyes de España é el Rey Juan de Portugal en Tordesillas, Año de* 1494.

Completa esta serie la sección portuguesa con una curiosa colección de cartas marítimas, mapas y portulanos, referentes al vecino reino y á sus colonias, sobresaliendo en ella el mapa titulado *Partes d'Africa*, debido á uno de los Reinel, *pilotos portugueses de mucha fama*, que dice el historiador de las Indias, Herrera; los mapas de los descubrimientos de las islas de la Madera, de las Azores, de Cabo Verde, del golfo de Guinea, del Congo, del cabo de Buena Esperanza, del camino de la India, y, en fin, de la primera circunnavegación de la tierra y de la América Septentrional y Austral, mapas, estos últimos, que inmortalizan el nombre de Magallanes.

***

Completan este *prólogo*—que en la Exposición hubiera sido más patente, si cuanto á él concierne y de que aquí tratamos se hubiera expuesto reunido—la copiosa serie de manuscritos é impresos que el distinguido americanista D. Justo Zaragoza ha ordenado y clasificado en dos salas especiales, bajo el lema de *Documentos históricos de Indias*. Esta colección diplomática es de un valor incalculable, porque aquellos documentos, pertenecientes á los Archivos de Indias, de Simancas, de Alcalá de Henares é Histórico Nacional, de la Academia de la Historia y de otros centros, son los testimonios preciosos y las fuentes auténticas del descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo y de las tradiciones que los españoles recogieron del pasado de las razas americanas. Es cierto que una exposición de documentos, en que sólo pueden verse algunas páginas de ellos, no puede tener el interés inmediato que ofrece una exposición de objetos, los cuales se manifiestan, desde luego, enteros, sin reserva alguna; pero aun así, la idea de hacer ostensibles las pruebas históricas de los sucesos á que la Exposición se refiere, ha sido feliz y responde á un fin tan evidente como necesario.

En aquellas vitrinas puede admirar

el curioso varias partidas que acreditan el dinero que los Reyes Católicos hicieron dar á Cristóbal Colón, mientras éste andaba de pretendiente en 1487; el *asiento* que los dichos Reyes hicieron con el mismo para el descubrimiento de las Indias, fechado en Santa Fe el 17 de Abril de 1492, el título de Almirante y los demás privilegios que le concedieron, las cartas que Colón les escribió y las relaciones de sus viajes; la Bula de Alejandro VI, de 3 de Mayo de 1493, concediendo á los Reyes Católicos y sus sucesores todas las tierras de las Indias descubiertas por Colón, las Azores y Cabo Verde; cartas de los hijos de Colón, D. Diego y D. Fernando, y diversos documentos referentes á ellos; numerosos papeles de los conquistadores, cartas de éstos y relaciones de sus viajes y descubrimientos. Pueden verse también importantes manuscritos de las misiones, gran copia de papeles relacionados con nuestra administración y política en América hasta los primeros años de este siglo. Y, por último, reclaman muy principal atención los trabajos lingüísticos hechos por los frailes misioneros, tales como las reglas sobre la lengua pamé, la ortografía y diccionario de la lengua othomí, por D. Luis de Neve, el vocabulario de la lengua quichua, por el P. Diego González y las gramáticas de lengua mexicana; los manuscritos originales de las Historias de Indias, de Gonzalo Fernández de Oviedo, de Fray Bartolomé de las Casas, de Fr. Bernardino de Sahagún, de Francisco López de Gómara y de Fr. Diego de Landa, los cuales son respecto de la América precolombina lo que son los autores griegos y latinos para el conocimiento del Mundo antiguo; pues sin ellos nada sabríamos de los imperios que destruimos allende los mares.

La *Relación de las cosas del Yucatán*, del obispo Landa, se halla expuesta de modo que muestra al público la página más culminante y preciosa del manuscrito: la que contiene las indicaciones y el alfabeto de la lengua maya; la página que ha servido de base á los americanistas para intentar la lectura de los códices yucatecos, que será la última conquista y la más provechosa para la historia de la América precolombina.

José Ramón Mélida.

HOMENAJE

al eminente crítico é inimitable escritor Mr. Henry Harrisse.

Al coordinar en la reseña anterior noticias de libros nuevos con el Centenario relanados, dejé deliberadamente aparte uno que por muchos conceptos se distingue y merece consideración especial separada. Trátase de la más reciente lucubración de Mr. Henry Harrisse, del eminente crítico, del sabio colombino por excelencia, ya reconocido, sin que la posteridad tenga que hacerlo, por astro esplendente de la Luisiana, cuya luz apaga la de los que brillaron en el firmamento literario desde la antigua Grecia hasta nosotros; por maestro consumado del raciocinio, verdadero fundador y padre de la Historia.

Por obra suya, incurriera en censura de irreverente el que con otras la parangonara ó siquier la pusiera entre el montón voluminoso de las que han elaborado simples mortales. Sola debía estimarse, pues, que única en su especie es, y sola ocupa el reclamo que al público dirijo en su favor, por ser á lo que mi pobre caletre se arresta: ¡juzgarla!

«Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada.»

Sépase que pocos días antes de dar á la imprenta las cuartillas originales había concluido el Sr. Harrisse otra obra escrita en inglés, sobre el descubrimiento de la América del Norte, y que entre aquellas hubo de escribir una de anuncio, que en la cubierta del último libro aparece, y dice (1):

---

(1) *The Discovery of North America. A critical, documentary and historic investigation...* by Henry Harrisse.

Cet ouvrage, j'en ai la conviction absolue, fera époque dans l'histoire des sciences géographiques et historiques. C'est en réalité une encyclopédie de tout ce que l'on sait de certain sur l'histoire des découvertes transatlantiques, et cela avec une abondance de

«Tengo absoluta convicción de que esta obra hará época en la historia de las ciencias geográficas é históricas. Es, en realidad, una enciclopedia de cuanto se sabe con certeza acerca de los descubrimientos transatlánticos, y esto con riqueza de pruebas, de análisis críticos y de noticias de origen diverso, auténticas todas, que los sabios habrán de apreciar. Algún día servirá este libro de modelo para historias de otros países, por el método y el raciocinio. La parte material es digna del puesto de honor que con seguridad ha de ocupar la obra en la literatura del Centenario.»

Puede, pues, el lector abrir el libro titulado *Cristóbal Colón ante la Historia* (1), con la seguridad absoluta también de haber á las manos una maravilla en lengua francesa, de las que de siglo en siglo, por rareza, se suelen ver, y eso que al engendrarla, amargaba al espíritu privilegiado del autor el espectáculo penoso al Centenario dado por escritorzuelos despreciables.

El mismo se sirve confiarlo á sus admiradores. «Le aflige ver cómo perecen las conquistas del examen libre; cómo renace y crece la leyenda, desdeñada la crítica, desconocida y en parodia la verdad. No ya aparecen sólo ridículas falsificaciones en galería caricaturesca; la ignorancia de los rudimentos de la historia, la falta absoluta de criterio, la presunción que todo quiere saberlo y explicarlo sin estudio y sin prueba, se exhiben con audacia igual en los impresos que de algún tiempo acá circulan. En España, en Francia, en Italia, en los Estados Unidos, se han fabricado en abundancia biografías de Cristóbal Colón, del gran genovés; unas sobando todavía lo que más de un siglo ha se desechó en libros fútiles ó desconceptuados; otras con pretensiones de investigación profunda, mutilando, triturando, parafraseando los hechos, los documentos, los frutos de trabajo ajeno.

»Muy pocos—dice—son los escritos que, acerca de Colón ó del descubrimiento del Nuevo Mundo, han salido á luz desde larga fecha, atestiguando búsquedas siquiera superficiales en los archivos de España ó de Italia. Los autores que han

---

preuves documentaires, d'analyses critiques et de renseignements puissés à tant de sources diverses, mais toutes authentiques, que les savants de tous les pays ne sauraient manquer d'apprécier. Comme methode et comme principes, il est à peu près certain que ce livre servira un jour de modèle pour les histoires critiques et documentaires des autres pays qui resteraient encore à écrire. L'exécution matérielle es digne de la place d'honneur que le livre est certain d'occuper parmi la littérature du Centenaire.

(1) *Christophe Colomb devant l'Histoire*, par Henry Harrisse. París. H. Wetter, editeur, 12 Octobre, 1892, 4.°, 124 p.

acometido la ingrata labor de llegar á la verdad por el examen crítico, paciente é imparcial de las fuentes históricas, son todavía menos, porque las pocas obras llevadas á término con este espíritu y con la lealtad que semejante examen requiere (que son las del señor Harrisse), ofrecen cuadro hecho, mina casi inagotable de enseñenza útil. Así, pues, los académicos, profesores, folicularios y falsos eruditos se han lanzado á la rebatiña sobre esas obras, copiando ó robando lo que eran capaces de entender, y mordiendo casi todos, después, la mano á que lo debían. Esto, en una palabra, es piratería literaria ejercida bajo múltiples formas: es plagio elevado á la altura de una institución.

»Hay que reconocer la conveniencia de considerar de esta manera los fueros del saber y los derechos del prójimo. ¿Para qué sirven los trabajos, los desvelos y los sacrificios? Para consagrar el tiempo, la inteligencia, los recursos, á sacar de entre el polvo de archivos y bibliotecas, acá un dato, allá una fecha, más allá indicios perdidos, extraer por el análisis y la meditación el átomo de verdad que los papeles guardan, preciso es olvidar que hay en el mundo seres nacidos exprofeso para librar á otros de tan enojosa labor. Especie plebeya, reducida, pero satisfecha de ser útil á los espíritu conspiscuos (1).»

Tiene razón sobrada el Sr. Harrisse: el que siembra un olivo no piensa que otro se ha de comer las aceitunas. Esta idea cruel que acibara su existencia, que de su mente un punto no se aparta, le instiga á copiar y repetir las frases de la obsesión ya revelada (2), y le llevará sin duda á mandarlas estereotipar para que sirvan de proemio común á las obras futuras. Porque, no lo dudemos, la amargura del alma, el torcedor de la imaginación dolorida, no han de evitar que el iluminado librepensador, por instintivo arranque, por innata propensión más poderosa que la voluntad, siga siendo el astro radiante de la Luisiana; el cometa que en Europa imprima con la espléndida cola impresiones inconcebible-colombinas.

Consuelo ha de dar á sus tribulaciones la idea filosófica de que

> «Por estas asperezas se camina
> De la inmortalidad al alto asiento
> Do nunca arriba quien de allí declina.»

En tanto ya es algo la convicción atesorada de ser filón viviente, tesauro de académicos, *vade mecum* de catedráticos, Holloway de le-

---

(1) *Christophe Colomb devant l'Histoire*, págs. 24-25.

(2) *Un historiem espagnol de Colomb. Revue Critique d'histoire et de litterature*, 1892, número de 26 de Septembre et 3 Octobre.

trados, y Géraudel de eruditos á la violeta, ó sea, en una palabra, benefactor de la humanidad necesida en la república universal de las letras, y día vendrá en que sobre el fangoso dique new-orleanés, cabe la oculta sepultura de Soto, acaso, se alce monumento rematando en punta, y con letras de oro, enlazadas las trompetas de la diosa parlera, inscripciones trilingües, tributación y homenaje respetuoso de académicos reconocidos. Paciencia y labor por ahora.

Desahogado el corazón, dedica Mr. Harrisse lo sustancial del libro en que aparece *Colón ante la Historia*, á hacer patente lo que el ligur eximio le ha costado. Ante todo descubrió la superchería que atribuye á Don Hernando, el cordobés retoño de Beatriz Enríquez, la historia novelesca de su padre, y, ¡quién lo dijera!, hubo entendidos que dudaran de sus apreciaciones y académicos que las contradijeron. No obstante, agotado el cáliz, pensando que ninguno de los doctores ortodoxos presenta como nuevo Coram ó depósito de todo, absolutamente de todo lo que es permitido saber, al libro del dicho Don Hernando; apartándose con desdén de cierta categoría de autores incapaces de investigar ni aun de ver nada por sí mismos, echóse por esos trigos de Dios á la ventura, corriendo á Italia, á Portugal, á España, sin más ayuda que el tiempo ni otro auxiliar que el lápiz. Bibliotecas, archivos, notarías, parroquias, cementerios, boticas, nada dejó de escudriñar. Doquiera se encerraran libros ó papeles sueltos, iba presuroso, y

> A los palacios subía;
> A los sótanos bajaba.

Ni en Italia, ni en Portugal, ni en España; ¡ah, en España sobre todo!, tropezó con persona perita en paleografía que pudiera leer una escritura del siglo XVI ni que supiera si alguna existía.

Tuvo que adivinar dónde estarían las que á su objeto importaban; perseguirlas, descifrar en Saona, en Cogoletto, en Génova, en Sevilla, en Simancas, en Madrid, en Evora, en Coimbra, en la Torre do Tombo, sinnúmero de pliegos de caligrafía procesal endemoniada, ya en latín macarrónico, ya en dialecto derivado de la lengua franca, en castellano, en lemosín, en portugués, tal vez en vascuence, y aunque por importuno le tuvieran y con no buenos ojos le miraran, suspicaces aquí, desconfiados allá, envidiosos por todas partes (¡oh, la envidia malvada!), él solo, solito, con el lápiz fiel, digámoslo otra vez, por toda ayuda, descubrió maravillas ignoradas, copió, coligió, almacenó resmas de preciosidades,

llevándose á París bagaje portentoso.

Después, á solas igualmente, en el doméstico retiro, con la penetración de berbiquí, con la sagacidad de mohicano, con el análisis crítico de que no más que él es capaz, desentrañó los documentos, llegando casi, casi, á descubrir por ellos dónde y cuándo nació el inspirador de sus trabajos gigantes, satisfacción seguida por la evidencia de que no estudió en la universidad de Pavía, pues que gastaba el tiempo en el telar de su padre ó en la tienda de tocino de su hermana...

Apuntar una por una las sucesivas fructíferas investigaciones, sería robar al texto de Mr. Harrisse el interés de las declaraciones y defraudar al lector con la parodia de su estilo inimitable; basta aquí decir que él las enumera en compendio, tanto por acreditar que la modestia fué siempre compañera del verdadero mérito, como por no dar al libro volumen tanto, como tiene la *Bibliotheca Americana Vetustissima,* blasón preciado de su escudo de armas y título de que con noble inspiración se sirve para firmar con las iniciales (1), trabajos de medio incógnito. Otra razón que ha debido influir en la concisión de las confesiones personales, es la de dejar libre algún espacio de la obra con destino á la amenidad y el atractivo que campean en todas las suyas, y que en ésta rebosan y cautivan. Lo que le ocurre, en hipótesis, de la fecundidad de Beatriz Enríquez, de Susana Fontanarossa y de cierta amiga de Don Bartolomé Colón (1), es delicioso, peregrino, cultísimo... entre sabios, para los que, naturalmente escribe.

No es, sin embargo, halagüeño todo lo del libro: la necesidad, penosa por cierto, de dar á conocer de qué manera se ha celebrado el Centenario cuarto de la invención americana en el mundo literario, le obliga á insinuar alguna censura; eso sí, con el tacto, con la delicadeza, con la consideración que han de conquistarle mayor simpatía de aquellos á quienes favorece con paternales advertencias. A nadie sorprenderá el resultado de las perspicaces observaciones, pues que nadie ignora que el carácter de Mr. Harrisse transparenta un fondo de bondad, de dulzura, de respeto, de tolerancia suma, sin ejemplo entre críticos, y menos entre escritores doloridos. El lo ve todo por el lado hermoso; jamás encuentra en los demás error que no tenga disculpa, ni frase que no pueda explicarse satisfactoriamente. Las suyas se ajustan al mol-

(1) B. A. V.

(1) Pág. 39.

de de la discreción embellecida por el buen gusto y al patrón de la cortesía más aquilatada; así va influyendo en la mejora y pulimento de la lengua francesa, su predilecta, con dominio irresistible, imponiendo á la imitación un lenguaje movido, pintoresco, chispeante de naturalidad y gracia, originalísimo, tan lejano de las soseras del águila de Meaux y de los arcaismos del autor de *Phèdre,* que ya entre hombres de letras de las Galias se proclama por sin par genialidad, divulgadora del apotegma

«El que imprime neceda-
Dálas á censo perpe-».

Lleguemos á lo que le mortifica. De la memoria del preclaro investigador no se ha borrado que nació en la patria de Barnum; en aquel país en que el ingenio se acomoda siempre á las circunstancias, mas no empece el recuerdo á la justicia; pues que un doctor de la primera universidad de los Estados Unidos ha caído en la debilidad de maldecir del descubridor de las Indias Occidentales; pues que John Fiske se ha distraído hasta el punto de poner á Magallanes por encima de Colón y otros hombres serios, eruditos de verdad, desbarran, descendiendo hasta ponerse al nivel de los organizadores ridículos de la exposición de Chicago, preciso es castigarlos, es decir, amonestarles suavemente.

En Italia, el orgullo nacional, plaga de la historia, no deja ver que Colón, Vespucci, Caboto, Verrazano, formados, instruídos, ejercitados en diversas partes, no tienen de aquel país más que la cuna fortuita, ni para él adquirieron gloria que pueda generalizarse. Los numerosos volúmenes escritos bajo la engañosa inspiración de la vanidad de campanario, han de leerse con compasiva lenidad.

¡España! Suenen las castañuelas (1); España ha dado á la literatura del Centenario un contingente merecedor de estudio más detenido, y de elogio, cual los esfuerzos laudables de sus hijos merecen. ¿Pesará en el ánimo sereno de Mr. Harrisse más el afecto que la equidad al hacerlo? De temer es por primera reflexión, siendo notorio que el crítico americano siente por nuestra nación atractivo irresistible, amor, entusiasmo, pasión loca, capaz de desequilibrar las facultades de su cerebro privilegiado y de inclinar del lado de la bondad ingénita el juicio severo. Todo lo de aquí le encanta, atrayéndole principalmente los académicos con fascinación hipnótica. Cualquiera que conozca sus conceptos, creería que el título expedido por los institutos españoles imprime carácter que tiene

(1) *Voisi venir la clochette et les verges*, página 54.

algo de sobrenatural, que transfigura á los favorecidos por la elección de los compañeros, haciéndolos dignos de admiración rayana en culto. El respeto y altísima consideración con que Mr. Harrisse los trata, no dista mucho de latría; es exagerado, marcando por exégesis el delirio en el alma sentido por estas tierras meridionales.

Concíbese, en cierto modo, porque no sólo halló entre nosotros la hospitalidad hidalga que encuentra cualquier extranjero; tuvo también agasajo, facilidad en cuanto deseaba, oficiosidad que prevenía sus deseos; las puertas abiertas, las voluntades francas; sin tasa la obsequiosidad, sin medida la disposición; guías, indicadores, corresponsales cuantos hubo menester, y la satisfacción incomparable de obtener los comprobantes de más precio entre los materiales componentes de las obras que le dieron renombre.

Una vez publicadas, de ellas hicieron elogio los caudillos del fonsado literario castellano, los Cánovas del Castillo, los Castelar, Menéndez y Pelayo, Valera; cuantos del descubrimiento de América trataron, declaraban por exordio que no cabe estudiar hoy el portentoso suceso sin tener á la vista las indagaciones del diligente escudriñador, y la Academia de la Historia en cuerpo, caso raro, al dar á luz la bibliografía colombina, hizo del crítico americano la mención justa que acredita sus méritos.

Proceder semejante se graba por necesidad en almas bien nacidas; nada obliga más al caballero que la gratitud; he aquí definida la predilección y la flaqueza de Mr. Harrisse por España y por sus académicos.

Ahora bien, lo humano tiene límites; el colombino de precisión está obligado á recoger para la posteridad lo que de Colón se ha dicho en el Centenario; no podía exceptuar al pueblo que dió al grande hombre las carabelas, antes bien, por lo mismo y por su afición acendrada había de pulir en el particular la Crónica. Que ejercitara el raciocinio con parsimonia debía esperarse; pero, *Amicus Plato*...

«Quien bien te quiere, te hará llorar.»

Dicho tiene, reservando la oportunidad de demostrarlo, «que los españoles, por fatal influencia del suelo, por estado cerebral particular innato ó rebelde, ó por una de las consecuencias de la Inquisición, que atacó al entendimiento humano en su iniciativa y hasta la medula de los huesos, son incapaces para el estudio (1)». ¿Por qué se meten

(1) *Un historien espagnol de Christophe Colomb.*

en honduras en que hay que irse con pies de plomo, contando con entidad que los ilustra continuadamente? ¿Cómo han caído en la tentación de darse el tono de autoridad preludiando las fiestas en la cátedra del Ateneo de Madrid como levitas al ejercer el sacerdocio (1)?

Así salió ello.

Sin haber leído por completo ó en extracto más que tres de las cincuenta y tantas conferencias que se pronunciaron y algún recorte de periódico, por el perfecto conocimiento del lugar y de los hombres, penetra en lo discurrido acá sin que punto esencial escape á su perspicacia sorprendente. Todo lo abarca, todo lo domina, huyendo del ligero juicio que en los demás sanamente reprueba (2). Y no le asombra que unos cercenen al marino genovés merecimientos, ni que abulten otros sus buenas cualidades; sabe que era el Virrey hombre como los de su tiempo, y aun sabe y apunta que con él ó sin él se hubiera hecho el descubrimiento por entonces (3). No estriba en esto la cuestion, sino en haber hablado de lo que no se entiende. *Hors d'Espagne* (dice muy bien), *personne n'admet plus les historiens a science infuse, qui parlent du haut de leur cravate et dictent des arrêts* (1).

Los envidiosos, polilla del género humano que por doquiera pulula, han hincado el diente en este libro magistral, manchándolo con la asquerosa baba de la malignidad al buscar con cedazo faltas que subrayar con tinta roja. Si á su proceso diabólico se diera asenso, parecería que Mr. Harrisse falta á la verdad á sabiendas muchas veces; incurre, como cualquier colegial de segunda enseñanza, en las ligerezas que tiene condenadas; conoce por la práctica tanto como en teoría el ejercicio de la piratería literaria; multiplica en su lenguaje plástico las demostraciones de petulancia, grosería, suciedad y bajeza, y al rebajar la crítica española, en general (2), hace resaltar que la cacareada suya, crítica á la alta escuela, fenomenal, especialísima, ha de formar iglesia con un título así como de Crítica del Mississipí.

Como á todo se atreven estas gentecillas, intentan la justificación de sus disparatadas apreciaciones, copiando lo que el autor ha escrito

(1) *Christophe Colomb devant l'Histoire*, pág. 54.
(2) Idem, pág. 57.
(3) Idem, pág. 54.

(1) «Fuera de España nadie admite ya historiadores de ciencia infusa que hablan desde la altura de su corbata dictando sentencias.» Idem, pág. 38.
(2) «*Celui qui n'a pas lu ce livre* (el de don Baldomero de Lorenzo) *ne possède qu'une idée incomplète de la science et de la critique spagnoles.*» Pág. 115.

de la señora Pardo Bazán, lo que mutila en el discurso del Sr. Vidart y lo que calla de otros académicos favorecidos con su mención. A la calificación de calumniador que aplica al Sr. Castelar por admitir que la enamorada Beatriz contribuyera con sus *excelentes* al armamento de las carabelas, objetan que, sabiendo tanto Mr. Harrisse, qué digo, sabiéndolo todo, no puede ignorar fué Baltasar Colombo el que divulgó la tradición recogida por Roselly de Lorgues, de quien sin duda la tomó el Sr. Asensio, y probablemente de éste el aludido. De cualquier modo, el falso testimonio de adjudicar voluntad y dinero á una pobre, no es comparable en gravedad al de poner por embustero al P. Las Casas, gritando desde la altura de la corbata que Martín Alonso Pinzón, hasta en griego enaltecido (1), nada hizo en la preparación de las carabelas (2). Y aún peor es (dicen) poner en boca del Sr. Cánovas del Castillo frases y en su mente ideas que ni ha pronunciado ni le han ocurrido, teniendo á la vista el discurso (3); volver del revés lo que expresan las conferencias de otros (4); componer á gusto las declaraciones. Leyendo estas cosas es cuando se sienten ganas de cantar con voz de bajo profundo:

«...e un venticello,
Un' auretta assai gentile.»

Como ejemplares de la crítica mississipiana (siguen propalando) merece grabarse á cincel éste: «En las instrucciones que Colón dió á su hijo Diego antes de hacer el tercer viaje, instrucciones encontradas por Vargas Ponce en una genealogía de la casa de Portugal, se lee... «Tomé copia del manuscrito tiempo ha, y no contiene pormenores, pero evidentemente trata del segundo viaje (1).»

Dice el Almirante en uno de los párrafos: «Muchas deudas que en la Española me son debidas, y otras cosas que allá me tomó Bobadilla»; por tanto, es en efecto evidente que se trata del segundo viaje; en la historia del Sr. Harrisse constará que el comendador fué en el primero, y allá, en el fuerte de Navidad, tomaría esas cosas de que habla don Cristóbal.

Da la pícara casualidad que el manuscrito de Vargas Ponce, que tiempo ha copió el diligente americano del tomo LII de la colección guardada en la Academia de la His-

(1) En la Academia poética de Chamartín de la Rosa.

(2) «*Pinzon ne fit rien de sa personne ou de ses biens pour le nolis et l'équipement des caravelles.*» Pág. 61.

(3) Vide pág. 117, nota 104.

(4) Idem pág. 55.

(1) Idem pág. 119, nota 119.

el tomo LIV, fol. 1 423; pero también se encuentra copia con explicación y comentarios en un librejo español titulado *Nebulosa de Colón* (1).

No es menos digno de notoriedad el juicio que forma Harrisse de la pérfida conducta de Pinzón, porque autores de superficial penetración le han tildado de desertor en los mares de Cuba, arrastrado por la codicia de un oro imaginario, y no es eso; cuandó Pinzón desertó *de una manera indigna* fué á la altura de las islas Bermudas, corriendo el temporal en que cada una de las carabelas creyo á la otra zozobrada (2).

La observación de que, así Colón como Vespuccio y Corte-Real, se persuadieron de haber llegado á un continente nuevo que nada tenía que ver con Asia, sutilizan la sagacidad de la crítica mississipiana, toda vez que los navegantes citados aseguraban lo contrario, significándolo D. Cristóbal en la carta que escribió á los reyes desde Jamáica y la declaración prestada por don Bartolomé en Santo Domingo. Con aquella corre parejas la de que Sebastián Caboto era un botarate charlatán que no descubrió nada (1). Y no se queda á la zaga, al discutir la fecha del nacimiento del Almirante, la demostración de que serían muchos cincuenta y dos años en D. Diego para entrar en el Seminario y hacer estudios teológicos. Claro es que no para optar á una mitra ó á canongía siquiera, pedía el tal D. Diego la naturalización española; lo hacía sencillamente para imponerse en el derecho canónico con los muchachos. Así es como ha de interpretarse en crítica sublime la cláusula de la institución de mayorazgo de D. Cristóbal, «quiere ser de la Iglesia». Esta demostración, por irrebatible, es de las repetidas (2).

Todavía pretenden los Zoilos acreditar el respeto de Mr. Harrisse á la alta institución del plagio (en la hipótesis de que haya para él algo respetable, fuera de su persona), sacando á colación el opúsculo que un tal F. Hardt publicó en Madrid el año pasado 1890 (3), pues encuentran que el plan allí desarrollado de una exposición humorística en que se re-

(1) Págs. 25-32, y notas 19-34.

(2) *C. Colomb devant l'Histoire:* «*Cette fois* »*ce marin, prétendu romantique et desintéresé,* »*cet «astre de première grandeur», abandonne* »*tout à fait son chef d'une façon indigne, et vo-* »*gue vers l'Espagne, comptant recueillir avant lui* »*l'honneur de la découverte.*» Pág. 61.

(1) *Il ne fut qu'un charlatan fieffé et n'a jamais rien découvert.* Id. pág. 89.

(2) En *Un historien espagnol de C. Colomb.* Aquí, págs. 39 y 111, nota 67.

(3) *¿Es el centenario de Colón? Carta al señor don Marcos Jiménez de la Espada,* por F. Hardt. Madrid, imp. de M. G. Hernández. 8.° mayor.

toria, se encuentra, en realidad, en unieran las supercherías originadas por el entusiasmo colombino, coincide con el que ahora propone el señor Harrisse, en los objetos, en su clasificación y hasta en el estilo, de una manera prodigiosa. Hallan semejantes coincidencias con otras españolas, si bien insignificantes obras, singularmente con la *Nebulosa de Colón,* antes citada, y con la que se nombra *Pinzón en el descubrimiento de las Indias,* entre muchas, la aseveración de no haber ido religiosos en la expedición del descubrimiento, la de que Colón olvidó la lengua materna, la falta de fundamento al describir la recepción en Barcelona, lo que se refiere á la casa mortuoria de Valladolid...

Vociferan que se aprovecha de investigaciones de otros sin citar el nombre de los afortunados, satisfaciendo á la conciencia elástica con apuntar que las ha visto en el tomo X de las *Memorias de la Academia de la Historia* ó en el tomo tantos de su *Boletín.*

Se han fijado los que tan lastimosamente pierden el tiempo en el pasaje del *Colomb devant l'Histoire* que reza: «En las adiciones manuscritas á *la traducción española inédita* de Pedro Mártir de Anglería, conservada en la biblioteca de la Academia Real de la Historia (Est. 27, gr. 3. E, núm. 93.) se lee... (1).»

Lo que en la Academia de la Historia existe, con la signatura indicada, es el Códice de Fr. Antonio de Aspa en que se refiere el viaje de Colón, traduciendo la parte en que á él hacen relación las epístolas y la primera década latina de Pedro Mártir, pero intercalando noticias de diversa procedencia. El Códice está descrito y extractado en la *Nebulosa de Colón* (2).

En él ha hecho Mr. Harrisse un descubrimiento importantísimo.

Más escarban los envidiosos; que Mr. Harrisse habla en este libro de italianos, norteamericanos y largamente de españoles, sin acordarse de los franceses (que son los que le han tundido el pellejo, y dádole malos ratos en los círculos y en los archivos), á no ser en un piropo enderezado, al parecer, á los funcionarios de la Biblioteca Nacional de París (3), en pago de lo mucho que les debe. Comentan los hábitos del lobo, que no hace presa jamás en los terrenos en que radica su madriguera, abrigando temor de que, á seguir cerrándose los centros al crítico pasmoso, tuviera que dedicar la actividad á disertar sobre las aplicaciones de la ley de

(1) Pág. 118, nota 118.
(2) Págs. 73, 133, 174 y notas 69 y 124.
(3) *C. Colomb devant l'Histoire*, pág. 26.

Lynch ó á describir costumbres yankées poco vulgarizadas todavía en Europa.

Llega la tendencia luciferina de estos malvados, á pensar que la animadversión del Sr. Harrisse por la pobre Bianchinetta, hermana del ilustre D. Cristóbal, sólo porque vendía torreznos, y la inquina que hacia la Inquisición siente, trascienden á prevenciones heredadas, y se escudan con textos de autoridad, transcribiéndolos en ramillete por este estilo.

Del Conde Roselly de Lorgues (1).—«El más importante y bullidor de los bibliógrafos, el abogado americano autor de la *Bibliotheca Americana Vetustissima,* no contento con haber regalado á su país una idea falsa de Colón, ha venido á Europa para desfigurar al mensajero de la Providencia. No perteneciendo á ninguno de los cultos cristianos, y dedicando osadamente su disertación al enemigo principal de Cristo, al impío Ernesto Renán, procura oscurecer la gloria de Colón minando la obra de su hijo don Fernando, que el protestante Washington Irving consideró justamente clave de la historia del Nuevo Mundo.

» Como misionero del error, despliega inusitada actividad en su funesta tarea; ahonda los textos con argucia para interpretarlos á medida de su deseo, cediendo siempre la profesión nueva de bibliógrafo, el puesto, á la antigua de abogado. Ha corrido tierra y mar en busca de documentos desconocidos; mantiene relaciones con las sociedades geográficas, sobre todo con la de París, cuyo boletín le sirve de tribuna. Parece que considera al descubridor de su país como cosa suya, como propiedad retrospectiva que se ha adjudicado para ejercer sobre ella toda suerte de reivindicaciones protestantes. No se puede hablar de Colón sin que se mezcle en altercado con pretexto de aclaraciones, espesando, por lo contrario, la oscuridad con la duda; y tal es su ardor por acaparar al héroe, que por haberle reclamado en nombre del catolicismo, hemos de parecerle audaz en extremo. Más de veinte años ha que el americano quiere monopolizar la grande imagen, y aunque proyecta esculpirla algún día á su modo, en tanto la va demoliendo por partes.»

Del Sr. Próspero Peragallo (1). —«Yo había inaugurado la polémica en forma de conversación cor-

(1) *Histoire posthume de Christophe Colomb.* París. Perrin, editeur, 1885.

(1) *Cristoforo Colombo e la sua famiglia. Rivista generale degli errori del Sig. Harrisse.* Lisboa, 1888.

tés, con miramientos, acaso excesivos hacia el escritor americano, entendiendo que la controversia doctrinal no excluye la estimación ni el respeto mutuos. Fuí recompensado con una especie de libelo en que, no sólo adulteraba mis doctrinas, sino que hería salvajemente mi piedad filial, no escaseándome epítetos de los que suenan á injuria...»

De M. Leon Bloy (1).—Lo que más me sorprende es la inmensa tontería de ese charlatán cosmopolita que se imagina le ha de responder cualquiera que se tenga por honrado... Tiempo ha se atrevió á escribir al conde Roselly de Lorgues una carta firmada con un seudónimo ecuatoriano, diciéndose americano del Sur, apasionado por la gloria de Colón y ávido de ciertos datos que solicitaba. El Conde tuvo la amabilidad de responderle, y descubrió el fraude cuando el atrevido había ensuciado la limosna intelectual estafada.

«Se reta á Mr. Harrisse á que presente la cara al director de la librería católica Victor Palmé.»

De inédito reciente.—«*Nous commençons en France à avoir par dessus la tête de ce personnage grossier et vaniteux à l'excès. Il crie par dessus les toits qu'on le pille et c'est lui qui demarque les autres. Il le fait d'ailleurs d'une manière assez adroit pour ne pas être pris la main dans le sac* (1).»

Al concluir preguntan los susodichos para quién se escribió el soneto famoso:

«Caco, cuco, faquín, bibliopirata,
Tenaza de los libros, chuzo, púa;
De papeles, aparte lo ganzúa,
Hurón, carcoma, polilleja, rata.
Uñilargo, garduño, garrapata;
Para sacar los libros, cabria, grúa,
Argel de bibliotecas, gran falúa,
Armada en corso haciendo cala y cata...»

Da pena ver estas cosas en letra de molde, y vergüenza nos daría también el zumo obtenido de frases estrujadas, á no tener presente la ocurrencia del alcalde Ronquillo: «Dadme dos líneas escritas por mano del hombre más de bien, y le llevaré á la horca.»

Está visto; no hay caridad ya en este mundo, como el villancico canta.

Quiero ser yo, y no por vez primera, aunque flaco, defensor del ingenio de Mr. Harrisse, de este propugnáculo de la razón y órgano melifluo de la palabra; quiero confun-

(1) *Christophe Colomb devant les taureaux*, París, 1890.

(1) «Vamos cansándonos de este personaje grosero y vanidoso hasta el extremo. Chilla constantemente que le roban, y es él quien desbalija á los demás. Pero eso sí, lo hace con suficiente destreza para no dejarse coger con las manos en la masa.»

dir á los modernos Aristarcos extirpando las raíces de su bellaquería en los reparos del libro que tengo por dechado.

Vamos á ver. ¿No estampa que es la señora Pardo Bazán gentil dama, meredora de título académico? ¿Deja de decir que la duquesa de Alba ha dado á la prensa una obra que vale cien veces más que cuantas han publicado los académicos españoles?

Se repara, lo ha dicho por inciso en nota del fin del tomo, sin haber visto de la obra más que la cubierta elegante, pues que en otro caso, habiendo hojeado los documentos, no dijera que fué preso Colón, sin oirle y sin verle siquiera (1). Subterfugios; el mimo de todos modos consta, dejando en su lugar la urbanidad del errático americano. ¿Qué más quiere exigirse á un individuo procedente de la ciudad contigua á la *terre haute des lépreux?*

¡Que echa en cara á D. Emilio Castelar no haber aprendido la fecha en que murió Colón! De seguro va á perder el sueño nuestro tribuno porque en el año de gracia de 506 cayera la Ascensión del Señor en 21 y no en 20 de Mayo.

¡Que á D. Antonio Cánovas del Castillo pincha con redomada mala fe, teniendo en la mano el discurso que pronunció y valiéndose de falsas referencias para espetarle que, no por ser ministro ni presidente del Consejo de Ministros, está nadie dispensado de saber historia (1)!

Entendámonos: Mr. Harrisse confiesa, también en nota del final, que recibió á última hora el discurso del Sr. Cánovas, y que en él *se encuentra el lenguaje de S. E. bastante atenuado;* pero el hecho es que un periódico titulado *España y Portugal,* que tal vez en Portugal circule mucho, publicó entre comillas otra cosa, y no habiéndola desautorizado el Sr. Cánovas, está en perfectísimo derecho el que la copia.

Otras minucias. En los prolegómenos de la vida de Cristóbal Colón que redactó D. José M. Asensio, escribía: «Un docto escritor asegura servirá siempre de base á toda historia de los descubrimientos marítimos al otro lado del Atlántico (la colección de documentos de Navarrete), no alabándose nunca con exceso el espíritu crítico, el juicio, la imparcialidad y el cuidado con que está formada. La introducción y las notas, añade el Sr. Harrisse, son dignas del texto, y anuncian á un escritor profundamente versado en estas materias.»

Aun los topos creerían ver en estas líneas un elogio del susceptible

(1) *C. Colomb devant l'Histoire*, pág. 70.

(1) Idem, págs. 69 y 117, nota 104.

abogado, máxime hallando frecuentemente mencionado y citado en las siguientes «al doctísimo y laborioso colombista Mr. Harrisse»; mas, en realidad, lo que encierran es agravio, porque, ¿qué base ni qué calabaza puede haber en vidas de Colón sin las enseñanzas del crítico americano, ni á qué asunto encomiar otra cosa?

Sube de punto la ofensa por poner á renglón seguido el Sr. Asensio: «No son estas todas las fuentes, ni hemos tenido el pensamiento de mencionar todos los escritores... sólo hemos indicado los principales...» ¡Omitiendo á Harrisse!

Esto al cielo clama. ¿Qué más explicación requieren el folleto-primor y el diploma distinguido de académico rural con que por aguinaldo ha sido obsequiado el literato sevillano, y con él todos los literatos españoles? ¡Qué indigna, piensan, la confesión ingenua del despecho y de náuseas la exhibición repetida de suficiencia propia! Hombre, jamás se ha desconocido el derecho de pataleo ni se ignora que al comensal de etiqueta se hacen pasar segunda vez los platos selectos.

Detrás del Sr. Asensio viene otro académico humedecido ó mohoso, poco menos amado. También tiene explicación clara el afecto: en la infortunada *Nebulosa de Colón* (1) escribió: «Tratando de Colón el señor Harrisse, en aquellas materias que se rozan con la doctrina, no piensa como pensamos los católicos; en las que solicitan el raciocinio congetural ó crítico, como cualquiera otro suele equivocarse; no encuentra, sin embargo, el desapasionado lector en la serie de sus estudios ni en el raciocinio con que los desenvuelve, especie que le haga sospechoso de animosidad ó pasión preconcebida contra el Almirante de las Indias... Dado el Sr. Harrisse á la busca, ordenación y examen de documentos auténticos, ha levantado sobre los cimientos sólidos de Navarrete la trabazón ó andamiaje del monumento de Colón.»

Agravio asimismo. El Sr. Harrisse no es cualquiera, ni jamás se equivoca ni puede equivocarse. Para él hubo de crear la filosofía popular el adagio «díjolo Blas, punto redondo». Son, por consiguiente, merecidas las caricias que recibe *el sabio especialista de la Academia de la Historia en asuntos de descubrimientos colombinos, cuyos trabajos históricos son gloria de España* (1).

Sin embargo, alega un imparcial, no estuviera de más que el abogado de los Estados Unidos,

(1) Página 11.

(1) *C. Colomb devant l'Histoire*, pág. 98, nota 26.

como cita la explicación puesta al pie de un grabado de *La Ilustración Española y Americana* en aniversario de la muerte de Colón de 1875, mencionara el estudio serio de la casa mortuoria en Valladolid de ese académico, publicado en 1890.

Se contesta lo mismo que á la objeción correspondiente al Sr. Cánovas del Castillo: lo escrito, escrito. Bien sabe Mr. Harrisse lo que se hace, adoptando un medio de dilucidar cuestiones, que recomienda á los legistas (1); además, compensa el olvido con la noticia de que el académico precitado, en ceremonia patriótica, conmovedora, verificada en Huelva, fué laureado y... ¿cómo supliremos el salero del americano? Fué, fué... ¿laureado y flauteado? En el original *lauré et sérénadé* (2).

Acabemos. Las coincidencias notadas entre el opúsculo de F. Hardt y algunas más de escritores españoles con la obra del maestro, son reparos de imaginación pueril y maliciosa; nada más fácil que ocurra la misma idea ó idéntica serie de ideas y de razonamientos á dos ó más personas que discurran sobre el propio asunto. Se advierte, desde luego, que en la enumeración de objetos designados por Harrisse para el museo burlesco hay algunas más que en la de Hardt, y que con muchísima gracia presume el primero se ha de presentar en la Exposición histórica de Madrid el cráneo de Colón cuando era joven, ocurrencia mona con la que no compiten los chistes del alemán. Por otro lado, el que no quiera que sus ideas trasciendan, *cristalícelas* por el procedimiento de la naturaleza, acá bien conocido, ó guárdelas con tres llaves en el cerebro. Es probado:

«No plantes nunca viña
junto al camino,
porque todo el que pasa
corta un racimo,
y, andando, andando,
cata que lo que pagas
van vendimiando.»

En vano se fatigan los Catones; si Mr. Harrisse toca frase ajena, procede como Midas (salvo las orejas) convirtiendo en oro materiales viles, trabajo lícito, labor de artista. ¿Qué es el diamante en bruto? ¿Quién lo conoce?

Ya que vale meter la hoz en mies ajena, digamos con el P. Barrientos (1):

«En fin, es esta obra (de Mr. Harrisse), Digna Cedro: que fué el

(1) Tratando del partido sacado por cierto conferenciante del Ateneo de los pleitos de Colón, escribe: *Nous recommandons aux légistes cette manière si impartiale d'elucider une enquête.* Idem, pág. 57.

(2) Pág. 114, nota 86.

(1) Copiado por D. José Gómez Imaz.

adagio antiguo en las cosas que merecen inmortalidad. Por esto los libros de Numa duraron quinientos años, enterrados, á beneficio del óleo con que se preservaron de la corrupción... Con que se deja entender que nunca podrá ofenderle de la censura siniestra el aguijón, pues obra es esta de calidad de cedro, *Cuius actura semper crescere, nec, aliquando fini ire in senectam.* ¡Oh! Crezca felices siglos árbol tan fecundo, para que al mundo dé frutos tan generosos, que, apostando en edades á lo eterno, nunca padezca las quiebras de la ancianidad. Así sea: y así lo siento y deseo.»

Enviémos plácemes al insigne mississipiano; es lo que nos toca hacer, y, apercibidas las castañuelas, enfrenemos las impaciencias mientras da la última mano á la joya anunciada con anticipación impía, que ha de llamarse *Christophe Colomb et les Academiciens espagnols*.

Cesáreo Fernández Duro.

LA PRENSA PERIÓDICA

Entre los diversos elementos de la vida moderna, es el periodismo uno de los más importantes. Difícil sería calcular, ni siquiera de una manera aproximada, la influencia social de esa hoja diaria que llama á todas las puertas, que habla á todos los entendimientos, que aumenta la solidaridad entre todos los hombres, y que á un tiempo mismo dirige la opinión y es por la opinión dirigida. No hay rincón, por apartado que esté, á donde el periódico no llegue; las ideas que, por decirlo así, van como disueltas en él, semejanse á la nieve, que lo mismo cubre con sus copos los valles que las hondonadas. Posible fué en otro tiempo poner barreras al libro, y aun someterle á las mismas leyes que se emplean para dificultar en los pueblos atrasados la entrada de los productos extranjeros; mas la pretensión de atajar el vuelo de la prensa periódica sería tan difícil tarea como el intento de poner puertas al Océano. La idea que en otro tiempo brotaba en el cerebro del sabio tardaba largos años, y á veces hasta siglos, en descender desde las inteligencias privilegiadas hasta los entendimientos vulgares. Los inventos de todo género caminaban con tanta lentitud, que aun hoy mismo pasan como novedades, descubrimientos hechos y teorías expuestas ya en edades remotas. Sin salir de España, existen en las obras de Pereira, Gracián, Huarte, Simón Abril y otros esclarecidos ingenios, verdaderas adivinaciones que han yacido durante siglos como momificadas en los infolios de las bibliotecas; faltóles á aquellos escritores el medio de difusión que nosotros poseemos, el periódico que es al libro lo que fué la imprenta con relación al manuscrito.

Mas la acción del periódico no es sólo de arriba abajo; su principal fuerza depende de ser, por decirlo así, el órgano vocal de las muchedumbres. Antes la multitud no tenía más poder que el ciego poder del número: era un monstruo enorme que rugía alguna vez, que se encrespaba como las olas del

mar que destruía como el huracán, pero que carecía de palabra. En los tiempos modernos ha adquirido el don poderoso y terrible, habla. El periódico es su voz, y merced á ella discute, afirma, niega, interviene en todos los asuntos, acepta ó recusa los jueces, ensalza ó deprime, levanta ó abate, y sus asertos son en suma veredicto justo ó injusto, pero siempre inapelable. ¿Qué valen el jurado, el sufragio, el derecho de manifestación y todos los demás derechos al lado de la fuerza inmensa que el periódico supone? La prensa, á semejanza de los antiguos tribunos de Roma respecto del Senado, ejerce su misión fiscalizadora en frente de todas las manifestaciones de la vida moderna. Si alguna de estas manifestaciones va en contra de la muchedumbre, el periódico recorrerá las calles y las plazas y alborotará á la multitud. Si por ventura se vende al poderoso, hay que desconfiar de su venta: en este punto es como ciertas mujeres, podrán ofrecerse al comprador, mas solamente se dan al amante, y el amante de la prensa es el público.

***

Próximo está todavía el tiempo en que era el periódico órgano de una agrupación política. Su misión consistía en defender determinados ideales y en combatir á sangre y fuego los contrarios. Para ello se tergiversaban los hechos y se desfiguraban las más evidentes verdades. Por mejor era tenido aquel que con más pasión y con mayor saña combatía al enemigo. El periodista acudía entonces al famoso estadio de la prensa, armado de todas armas, á luchar por una idea política como los antiguos paladines por su dama. La prensa era entonces una tribuna y el periodista un orador que escribia. A discursos nos suenan, en efecto, aquellos largos artículos de fondo declamadores, atestados de frases sonoras y de apóstrofes apasionados y hasta delirantes. Parece todavía, al leerlos, que escuchamos las arengas de un club. El periodista no era entonces, como lo es ahora, oscuro obrero, especie de artesano de la literatura, dispuesto á ofrecer su pluma á cambio de salario en cualquier periódico, como el trabajador sus brazos en cualquier fábrica; era el sectario convencido, decidido á ir desde la redacción á la barricada; escribía no por oficio, sino por entusiasmo; combatía no por la vida, sino por la gloria.

En las antiguas publicaciones, todo lo absorbía la política, y si de otras cosas se ocupaban, todo ello estaba supeditado á la absorbente y tiránica deidad. Lo que ahora se llama información no existía más que de una manera embrionaria; lo puramente literario ó científico quedaba relegado á las publicaciones ilustradas ó á las Revistas, y sólo de tarde en tarde y como por caridad, se daba albergue en las columnas de los diarios á los elementos extraños á la política. Consecuencia era de este carácter exclusivo de los periódicos la evolución por que han pasado durante la primera mitad de

siglo casi todas las naciones de Europa más ó menos influidas por las consecuencias de la revolución francesa. Los pueblos europeos ofrecían el aspecto de un campo de batalla en que todos los hombres luchaban por conseguir una nueva organización política ó por la defensa de las antiguas instituciones; y el industrial y el literato, el sacerdote y el seglar, el soldado y el hombre civil, el vulgo y las clases elevadas, luchaban y reluchaban sin descanso, agitados por la misma violenta pasión, que en todos los combatientes tomaba el carácter del más exaltado fanatismo.

Hoy existen periódicos vaciados en los antiguos moldes, órganos de los partidos, que con menos fe pero que siempre con carácter exclusivo, viven consagrados á la defensa de sus respectivos ideales. Su influencia es muy escasa, y su filiación, cualquiera que ella sea, basta para que el público los mire con desdén, ó por lo menos con indiferencia. Esto depende de que la sociedad presente tiene ya conquistado el grado político propio de nuestro siglo: las diversas formas de gobierno á nadie apasionan, puesto que en rigor son algo accidental y efímero. La democracia, que ha sido la aspiración de los tiempos modernos, ha triunfado en toda la línea; ¿quién ha de preocuparse en conquistar lo que ya posee? Por su parte, los elementos que le son adversos se consideran impotentes para luchar con ella. Las pasiones se han calmado, y la actividad social, concentrada antes en un solo punto, extiende cada vez más su esfera de acción. La democracia ha dejado de ser una aspiración política para convertirse en un movimiento universal. Son democráticos el arte, la ciencia, las costumbres, y si no en absoluto, por lo menos para el público, es axiomática la frase igualitaria de *no hay clases*. De aquí esa tendencia á criticarlo, ó más bien á censurarlo todo. Merced á la semicultura propia de nuestros tiempos, nos creemos autorizados á tener opinión aun en las cuestiones más complicadas y difíciles: el que más y el que menos arregla á su modo, todas las tardes después de almorzar, ante la mesa del café, la marcha de los negocios públicos, truena contra tal ó cual obra artística, y echa su cuarto á espadas respecto á las más hondas cuestiones de la filosofía. Para alimentar estas aficiones omniscientes, necesita el periódico ser algo así como una enciclopedia, superficial en cuanto á su calidad, pero vastísima en cuanto á su extensión.

Por otra parte, los adelantos modernos de la ciencia han hecho crecer nuestra facultad perceptiva y multiplicado de modo extraordinario las relaciones entre los pueblos y las razas. El telescopio y el microscopio han aumentado de tal modo la potencia de nuestra vista, que nuestro ojo puede abismarse en las profundidades de lo infinitamente grande y en las entrañas prodigiosas de lo infinitamente pequeño: nuestro oído, con el auxilio de la electricidad, percibe la voz humana á grandes distancias, y nuestro pensamiento se pone en fácil é instantánea

comunicación con el pensamiento de los demás hombres. Los montes no son ya murallas infranqueables ni fosos insalvables los mares, y bien puede decirse con verdad absoluta que ha desaparecido de nación á nación y de gente á gente, y de raza á raza, todo aislamiento y toda solución de continuidad. De este aumento de facultades, de esta mayor suma de actividad y de esta multiplicación de relaciones proviene, como no podía menos de acontecer, un desarrollo inmenso de sensaciones, de ideas y de anhelos.

***

Esta nueva fase de la vida social, por fuerza había de producir un cambio radical en el carácter del periódico moderno, el cual aspira á ser la crónica sincrética de cada día, algo semejante á un fonógrafo que diese minuciosa y detenida cuenta de cuanto acontece en el período de cada veinticuatro horas. Ved cualquiera de los periódicos importantes de Europa ó de América; en él palpita la vida de la humanidad; os habla de todo: de los arduos problemas de gobierno y del hecho insignificante ocurrido en la vía pública; os refiere el acontecimiento que pocas horas antes ha sembrado el espanto entre vuestros antípodas, y os relata el suceso de que acaba de ser testigo la casa vecina. En él está la palabra elocuente del tribuno y el engañoso reclamo del charlatán, la página conmovedora que llena de lágrimas vuestros ojos y el regocijado cuento que os hace reir á carcajadas, el cruel epigrama y el entusiasta ditirambo, lo grande y lo pequeño, lo vulgar y lo sublime, lo noble y lo menguado, lo grave y lo ligero, lo que hiere y lo que consuela, lo que destruye y lo que edifica.

Para responder á tan diversos fines, no basta ya un grupo de hombres unidos por una aspiración política, es menester una multitud numerosa de inteligencias y de aptitudes, una suma inmensa de trabajo y un capital enorme. Desde este momento la prensa entra en una nueva fase: se convierte en industria, y, á decir verdad, en industria lucrativa. El día en que el capital se convenza de lo explotable que es *la opinión pública*, habrá más accionistas para las empresas periodísticas, que las que hay ahora para el laboreo de las minas ó para la construcción de los caminos de hierro. Por de pronto, el periódico industrial ha logrado sobreponerse á los demás periódicos que conservan la antigua tradición: entre los mismos periódicos industriales, la lucha que sostienen no es la de las ideas, es la del interés: el estadio de la prensa es la plaza del mercado. Las ideas se han hecho siervas del negocio, y la redacción aquella, semejante á un cenáculo en que hervía el entusiasmo, se ha trocado en taller colosal en que las inteligencias se mueven como los volantes de una fábrica. No busquéis ya en el periodista la abnegación desinteresada y noble de otro tiempo; ya no es el voluntario de una causa por él amada y defendida, es el soldado á sueldo, que tal vez

combatirá mañana lo mismo que hoy defiende; anónimo bracero que obedecerá á la empresa que le explota como el jornalero al capataz. No escribe ya lo que su corazón y su entendimiento le dicta; atenido está al arbitrio ajeno como la pluma á la mano que la mueve y su tarea se reduce á labrar la pieza que, juntamente con otras, ha de formar el gigantesco organismo que se llama periódico.

Y no puede menos de suceder así; en el momento en que el periodismo se convierte en industria, el periódico ha de someterse forzosamente á la ley capital de toda mercancía: complacer al consumidor. El precepto de Lope, tan repetido y comentado, se impone como regla inquebrantable al periódico; vivir del público é ir contra sus gustos y caprichos, son dos casos imposibles de armonizar. Es, por lo tanto, preciso inquirir qué es lo que apetece al tirano con la misma solicitud con que el sirviente estudia los caprichos del amo. ¿Le complace lo espeluznante? Pues habrá que servirle el crimen del día convenientemente aderezado y de modo que estimule su curiosidad y su interés. Cierto que tales relatos pueden extraviar el juicio de las impresionables multitudes, quizá se comprometa la libertad, la honra, la vida acaso de algún inocente... ¿Qué importa?... ¡el negocio no tiene entrañas! Cosa es sabida y comprobada, hasta la evidencia, que el suicidio tiene mucho de sugestivo; los moralistas refieren infinidad de casos en que esta especie de crimen ha sido motivada por un sentimiento de trágica imitación ó por un vano deseo de póstuma celebridad; pero estas narraciones deleitan al pueblo soberano, y el periódico, á trueque de satisfacer ese apetito, no sólo referirá el hecho lastimoso, sino que lo adornará con todo género de folletinescos afeites. ¿Le agradan al público la procacidad y el escándalo? Pues el periódico echará á volar lo procaz y lo escandaloso á fin de complacer á su tirano Segismundo. No hay ya puerta por entre cuyas rendijas no mire el ojo inquisitivo del periodista, no hay dolor que no profane, ni cosa alguna pública ó privada que no cuente á la indiferente y poco piadosa multitud. ¡Triste cosa es pensar que nuestra fama, nuestro crédito, nuestras desgracias, se han de vender por unos cuantos céntimos en la plaza pública!...

***

Asombra ver las contorsiones con que la prensa solicita el favor del público. ¡Qué de equilibrios! ¡Qué de adulaciones! ¡Qué de sacrificios algunas veces hasta heroicos! Nada tan implacable como ese tirano á quien se le da el nombre de opinión. En el teatro, capaz es de hacer morir al cantante si le recrean los esfuerzos de su voz; en el circo, exige al pobre payaso que descoyunte sus huesos, y al diestro, en la plaza de toros, le pide que arriesgue cien veces su vida. El hombre que se consagra al público, bien puede dirigirle el terrible saludo que dirigía al César el gladiador antiguo. Y lo peor de todo es que para el esclavo de esa

tiránica entidad, no hay emancipación posible; el que una vez entrega su libertad, jamás la recobra; que no hay pasión en el hombre como la pasión por la multitud. Poco tiempo ha, refirió la prensa de Chicago que un *reporter* de no se qué periódico, encontrábase en el último piso de una casa incendiada; atento á cumplir lo que consideraba su principal deber, telegrafió hasta que las llamas le rodearon por todas partes, desatendiendo todos los medios que para salvarse se le ofrecían. Cuando el fuego prendía ya en el aparato telegráfico, puso el periodista el último despacho y se arrojó por la ventana. En estos últimos meses hemos admirado el heroismo de Stenoppe... ¿No recuerdan estos sacrificios el fanatismo de aquellos indios que se precipitan bajo las ruedas del carro de Djagernat para ser despedazados por el peso de la divinidad terrible?

Pero así como el público ejerce una influencia despótica sobre el periódico, éste, por su parte, aprovecha en beneficio propio los caprichos de la multitud. Obedece á la opinión, pero al mismo tiempo la mueve y la arrastra; ésta no se deja conducir más que por aquello que le halaga, pero de buena gana sigue á su agradador. Es la historia eterna del poderoso y del cortesano. Antes el tirano vestía de púrpura y oro, llevaba corona en la cabeza y cetro en la mano; el favorito se inclinaba ante él y le envolvía con el humo de sus adulaciones. Aquel humo que hasta los dioses llega, desvanecía casi siempre al tirano, y el favorito lograba encaminar hábilmente y en favor propio los movimientos de la voluntad soberana. Hoy, el señor á quien se rinde pleito homenaje, es la multitud anónima: el periódico la sirve, la lisonjea y la explota.

No es esto censurar, es consignar un hecho. Bien podría, en comprobación de lo que acabo de decir, citar numerosos ejemplos. Basta con uno, con el que nos ofrece actualmente la prensa de la vecina república. No hay más que hojear los periódicos franceses para ver en ellos el vergonzoso afán de revolver el charco de su propia difamación, sin parar mientes en que al agitarlo, ha de sacar á la vergüenza su propia venalidad. Como Triboulet, la prensa francesa entrega su propia honra para solaz de su señor.

Quizá llegue día en que el periódico se reduzca á ser eco imparcial y crónica fiel de los sucesos, sin alteraciones ni inexactitudes; quizá aproveche su poder en encauzar, en el sentido de lo bueno, de lo justo, de lo verdadero y de lo bello, la voluntad de sus lectores; pero ese día está muy lejos, tanto, que apenas, como remota hipótesis, puede admitirse la posibilidad de que llegue alguna vez.

Injusto sería, al hablar de la prensa, desconocer, dicho sea en disculpa de su ligereza, la precipitación con que se ve obligada á emitir juicios y opiniones. El detenido examen y el estudio concienzudo son incompatibles con la manera cómo se elabora el periódico, el cual casi siempre responde al primer movimiento del pensar, como la acción

instintiva á la impresión violenta. Una vez lanzada la afirmación periodística, es como la piedra despedida por la honda: el periódico no tiene fe de erratas. Lo que se escribió, escrito queda, y en parte por un sentimiento de vanidad muy propio del que tiene presente el coro formidable de la opinión, en parte también por la necesidad de no quebrantar su crédito, es lo cierto que rara vez—y siempre por fuerza mayor—confiesa el periódico sus errores ó sus inexactitudes. Referiré á este propósito un hecho seguramente verdadero. Cierto intencionado periodista hizo correr, por medio de la prensa, la noticia de que un general, que hace algunos años figuraba bastante en política, tenía la costumbre de embriagarse. Aunque el susodicho militar no sólo no se embriagaba, sino que ni siquiera probaba las bebidas alcohólicas, la leyenda, no sé si decir calumniosa, adquirió tal credito, que las borracheras del ilustre soldado llegaron á ser cosa de proverbio. Cuando al inventor de la noticia se le demostró la equivocación en que había incurrido y se le invitó á que rectificase, contestó: «Yo nada tengo que rectificar; que rectifique él emborrachándose.» Tal criterio es el que suele predominar en la prensa.

Resultado de este carácter irreflexivo es el auxilio inconsecuente que presta el periodismo á las ideas socialistas cada vez más acogidas por las clases pobres, que, como es consiguiente, son también las más numerosas. Quizá en la evolución ó revolución social que se avecina ejerza papel análogo al que desempeñó la Enciclopedia en la Revolución francesa. La necesidad que el periódico tiene, por las razones expuestas, de halagar al mayor número, el apoyo que busca en las pasiones populares, sus lamentaciones no siempre sinceras á favor de los desvalidos, los odios por fuerza concita contra los abusos que del poder ó de la riqueza, abusos unas veces ciertos, otras imaginados, el poco respeto á las leyas y la burla casi sistemática hacia todo lo que representa respetabilidad, tradición ó autoridad, todo esto bajando hasta el pueblo con el carácter autoritario que siempre tiene en las personas de poca cultura la letra impresa, es motivo más que suficiente para que poco á poco vayan minando las bases sobre las que descansa el actual orden social.

Hasta qué punto es un mal esta labor inconsciente del periodismo, el porvenir lo dirá. Lo que visto desde el momento presente nos parece malo, quizá es una ley sabia y providencial de la Historia. No siempre es lo peor lo que nos perjudica; pero sea de esto lo que quiera, lo que no deja lugar á duda es la intervención que en la nueva etapa histórica que ahora comenzamos á recorrer, ejerce la prensa periódica. Malo es de todos modos sembrar vientos...

***

Tal es, en ligeros rasgos, el carácter de la prensa moderna. No negaré yo su fuerza civilizadora: gracias al perio-

dismo se extiende más y más cada día la instrucción, crece la cultura general y se fomenta el sentimiento de la fraternidad entre todos los pueblos. Es un poder que auxilia al débil contra el fuerte, que limita ya que no corrige los abusos del poderoso; pero su carácter mercantil de una parte, y de otra la fuerza incalculable que representa, la convierten en algo que, si no es un verdadero peligro presente, es, sin embargo, una grave amenaza para lo futuro; que todo poder excesivo, cuando no hay quien lo regule ni freno que lo sujete, fácilmente se trueca en tiranía insoportable.

F. F. Villegas.

EL SUICIDIO EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACIÓN

Escribiré al principio de estas líneas una cifra que por sí sola ha de despertar gran interés. Cierta estadística moderna hace subir á 300.000 el número de suicidios acaecidos en Francia desde principios de siglo hasta el año 1850. ¿Se forma el lector perfecta idea de esta necrópolis tan poblada como cualquiera de las ciudades más florecientes del mundo?

Nada más sencillo que la cuestión de la muerte voluntaria si se la considera desde el punto de vista del simple deber, en la abstracción pura fuera de toda paradoja y de toda parcialidad. La cuestión es más difícil si se la hace salir de la tesis moral, que fácilmente se convierte en vulgar y en declamatoria, tratando de penetrar en la psicología dolorosa del suicidio, analizando las influencias generales, las causas particulares, las ocasiones que han podido borrar el horror á la muerte, y determinar al hombre, á pesar de sus vivas repugnancias, á un acto tan desesperado. No llega á nosotros uno solo de los sueltos relativos al suicidio, á los que la prensa da una publicidad peligrosa, sin que hagamos esfuerzos para representarnos el drama de las últimas horas y de las decisiones supremas. Tratamos de reconstruir con unas cuantas líneas de necrología insustancial toda aquella existencia tan fatalmente terminada. Quisiéramos penetrar en los secretos de esa pobre alma, calmar la porción de libertad que poseía, al mismo tiempo que las influencias perversas que ha respirado, y excusar lo inexcusable con débiles complacencias, marcar la responsabilidad que corresponde á las ideas falsas, á las paradojas malsanas, á los sistemas deplorables que son como las corrientes emponzoñadas de la atmósfera social.

Esto, que es muy difícil de hacer con exactitud cuando se trata de un

hecho aislado, es posible realizarlo en la medida de una precisión suficiente, agrupando cierto número de hechos según la ley de las analogías. La psicología derrama en este caso vivísima luz sobre la estadística. Así lo ha comprendido perfectamente M. Brierre de Boismont al escribir su libro *Del suicidio y de la locura suicida*, libro que nos proporciona curiosos documentos para el presente estudio. Esta obra contiene multitud de cifras inteligentes, cifras que quieren decir y dicen de hecho algo importante. M. de Boismont, médico distinguído, ha estudiado el problema del suicidio contemporáneo con viva curiosidad y con celo infatigable, proporcionándonos curiosísimos datos. La ilustrada magistratura no ha vacilado en abrirle los archivos de París, y gracias á esta liberalidad excepcional, mejor aún que á su profesión, ha podido encontrar M. de Boismont tan numerosas y exactas informaciones, tesoro fúnebre de un precio inestimable, lo mismo para la filosofía que no olvida el cuerpo, como para la medicina que cree en el alma. Gracias, pues, á los 4.595 casos consultados con ardor, analizados en su parte más curiosa y dando materia á relaciones de vivísimo interés, es como el autor ha podido escribir los dos capítulos más interesantes y más nuevos de su libro, consagrado el uno á la exposición *de causas predisponentes y determinantes del suicidio*, y el otro al *análisis de los últimos sentimientos expresados por los suicidas en sus escritos*. La lectura de estos dos capítulos es de lo más instructivo, y al mismo tiempo de lo más penetrante que se puede leer acerca del asunto en que nos ocupamos. Se piensa al estudiarlos que no se trata de una pura especulación de filosofía, buscando *à priori* las causas probables ó posibles del suicidio, ni de la fantasía lúgubre de una imaginación desarreglada, explotando *la Morgue* á costa de interés malsano. Es una cuenta exacta, auténtica y deducida con absoluta seguridad de procesos verbales libres de toda pasión. Tal es el efecto de estas páginas, en que la estadística nos proporciona altas lecciones.

Nosotros hemos concebido el asunto á nuestro modo. Pero de nuestro deber es declarar que sin las noticias que M. de Boismont nos ha facilitado, imposible nos hubiese sido dar á nuestro estudio el grado de exactitud á que nos proponemos llegar.

I

Uno de los puntos de vista más interesantes y acaso el más útil de

todos, en la cuestión del suicidio, es el estudio de sus relaciones con las diversas formas de la civilización. Hay países y siglos tristemente privilegiados, en que el suicidio se multiplica en proporciones verdaderamente espantables. Hay, por el contrario, comarcas y tiempos en que la muerte voluntaria se convierte en un crimen tan raro como monstruoso. ¿De qué depende esta diferencia? El dolor es universal; no cambia con los grados de longitud ni con las épocas. Siempre es, sobre poco más ó menos, el mismo; varía de expresión y de aspecto, pero no de intensidad, y golpea sin tregua el corazón humano. Las pasiones, que son el eterno alimento del sufrimiento, no cambian apenas: el amor y su delirio, el orgullo y sus equivocadas exaltaciones, los celos y sus torturas. ¿En qué, pues, consiste que las mismas causas, eternamente subsistentes, no produzcan siempre los mismos resultados? Se ha querido reducir toda la cuestión á una cuestión de clima. Se ha dicho, por ejemplo, que si Inglaterra es la tierra eterna del suicidio, es á causa de sus brisas, que impulsan hacia la melancolía, mientras que el suicidio es muy raro en los pueblos del Mediodía, en donde el aire que se respira infunde amor á la vida. Explicación insuficiente, y que no nos aclara el por qué de los holocaustos humanos de que han sido constantemente teatro las riberas del Ganges. No me explico tampoco que el suicidio sea menor en aquellos pueblos relegados á las extremidades heladas del globo, allí donde lo áspero del clima debería inspirar las más siniestras tristezas, entre los lapones y samoyedos, por ejemplo. Al paso que vamos en Francia, pronto arrebataremos á Inglaterra la triste gloria de ser la tierra privilegiada del suicidio, y el argumento del clima caerá entonces por su base. No pretendo negar las influencias melancólicas de la naturaleza; bien sé en qué estrecha relación vive el hombre con el suelo, el cielo y el mar de su país, para no reconocer y marcar la parte de esas afinidades misteriosas del ser humano con el clima en que habita. Pero hay una causa más activa que penetra más profundamente en el hombre y que explica de una manera más verdadera sus diferencias: la civilización. Entiendo por esta palabra, sin que pretenda hacer una definición en regla, el medio moral de ideas, de deseos, de necesidades y de intereses generales, en cuyo seno nacemos y vivimos; esa atmósfera de principios y creencias que respira nuestra alma y que influye en nosotros produciendo la renovación insensible de la vida inmaterial. No

es posible escapar á esas influencias vivas, casi inapreciables, que penetran en nosotros y por todos lados á la vez, por la educación, la conversación, la lectura, y por la inevitable participación de cada hombre en la vida general de la humanidad. Cada uno es irremisiblemente de su tiempo y de su país. No todos sufren igualmente en la misma medida la acción de las doctrinas reinantes, pero desigualmente todos las experimentan. Si esta atmósfera es sana y pura se respira la salud, si es viciada y malsana se respira la fiebre, y si no todos mueren, si todos no están enfermos, por lo menos todos sufren inevitablemente. Es una ley de la que en vano nos quejamos, porque esta ley física, á la vez que moral, consigna, por decirlo así, de una manera sensible la solidaridad sagrada de los hombres y los impulsa, aun á pesar del aislamiento que crea el egoísmo ó el orgullo, á que nos reconozcamos hermanos, al menos en la fraternidad del sufrimiento.

Fácil nos sería demostrar la realidad de esta ley, valiéndonos de consideraciones generales, si no nos estimulase el deseo de llegar á los hechos que á los ojos de muchas personas son siempre más concluyentes que los razonamientos. Mas los mismos hechos se encargan de hablar por nosotros y de hacer lo que me permitiré llamar la filosofía del asunto. Ellos nos dirán cómo cuando la civilización es tranquila la vida es reposada, uniforme, lenta, deslizándose pacíficamente en el sentido de un horizonte limitado, sin sacudidas de ninguna especie, sin grandes venturas, pero también sin grandes catástrofes. El hombre nacido en un surco toma los linderos de su campo por los límites de su esperanza. Jamás entrega su corazón á los deseos quiméricos y muere en el lecho de sus mayores. En este caso, en este modo de existencia inmóvil, la tentación del suicidio es rara y casi desconocida. Por el contrario, allí donde la civilización está como sobreexcitada, ardiente, febril, y la vida de cada uno se resiente profundamente de ardores y de fiebres, la imaginación se acalora, el deseo se exalta, horizontes inmensos y desconocidos se entreabren, esperanzas frenéticas agitan el alma de esas generaciones alocadas y ambiciones colosales agitan los espíritus en todos sentidos con actividad jadeante. Emulaciones gigantescas producen una concurrencia desesperada, y de ahí el contraste de fortunas fabulosas y de catástrofes sorprendentes, precipitando en el fondo del abismo sueños insensatos. En ese conflicto de deseos y de decepciones inmensas, el suicidio hace el

papel del dios de las tragedias antiguas que intervenía en el desenlace. No todos pueden vencer en esta mezcla furiosa de la vida. A los vencidos les queda el recurso de morir.

He aquí lo que nos dicen los hechos, testigos incorruptibles. Nos señala también qué especie de influencia directa, inmediata, ejercen sobre la tentación del suicidio las ideas dominantes de un siglo. La muerte voluntaria no es solamente el efecto casi inevitable de las agitaciones febriles de una sociedad enfermiza, puede ser también la consecuencia de un dogma religioso, ó de un sistema filosofico, ó de una moda poética y hasta literaria. Sus diversas influencias forman parte de la civilización, y no son otra cosa, en rigor, que fases ó factores de un mismo asunto. Es ley reconocida que el suicidio aparece raramente ó se multiplica según las creencias de un siglo. Segura es también otra ley en cuya virtud tornan exactamente las mismas formas respondiendo al impulso de las ideas reinantes, y reproduciendo con asombrosa fidelidad el estado de las almas en las épocas principales de la historia. Podría comprobarse esto que acabamos de decir siguiendo la triste historia del suicidio al través de las diversas edades de la humanidad, desde el sacrificio místico ante el ara de Brahama, en loor del infinito que late en sus misteriosas profundidades, hasta la escuela estoica que abre á las almas romanas la puerta de la libertad; desde la doctrina druídica enviando al joven galo, gozoso con la vida, en busca de un mundo mejor, hasta el suicidio literario de los soñadores, hijos de Werter y René.

No esperen nuestros lectores una historia regular y profunda. Bastarán algunos ejemplos bien elegidos. Tomaremos tres ó cuatro puntos de la historia de la humanidad, limitando á ellos nuestra demostración. Lo que pretendemos hacer es un estudio de las diferentes disposiciones del espíritu favorables al suicidio que pueden influir sobre el curso movedizo de las sociedades, ó, lo que es lo mismo, una investigación psicológica de los tiempos y de las razas.

Lo primero que se presenta á nuestra consideración es el Oriente, y en el Oriente la India, cuna de los pueblos. Prescindamos de la cronología sin fondo de esa antigüedad fabulosa, las sabias tinieblas que pesan sobre los orígenes de esas grandes filosofías religiosas, las extrañas invenciones de esas teogonías bordadas de misterios, las herejías gigantescas que dividen desde hace tantos siglos las poblaciones del Indo y del Ganges. Vamos en seguida á lo que

interesa. El suicidio ha sido una tradición permanente en los pueblos fanáticos. No fué, ciertamente, una de las aventuras menos maravillosas del viaje armado y civilizador de Alejandro al fondo del Oriente, aquella de Taxila con sus filósofos que vivían desnudos en las márgenes del Ganges, y á los que llamaron los griegos *gimnosofistas*. Fué aquello la Grecia frente á frente con los brahamanes. No es posible dudar: en los rasgos circunstanciados que nos han dejado Arriano, Plutarco, Estrabon acerca de aquella extraña oposición que tanto impresionó la imaginación griega, es uno de los más extraordinarios el encuentro de los ginnosofistas sectarios de Brahama. La primera manifestación de su doctrina que hicieron ante el conquistador y su ejército fué un suicidio. Mandonio, el jefe de estos filósofos, había rehusado seguir á Alejandro. Calanus sólo consintió, mas fué para morir con más ostentación en presencia del ejército extranjero, al que dió el extraño espectáculo de su muerte en medio de magnifica pompa preparada por los cuidados del rey. Alejandro se retiró antes de que terminara aquella ceremonia cruel que por fuerza habia de repugnar á una alma elevada y estar en pugna con las costumbres de la civilización griega. Plutarco pretende que César tuvo también su ginnosofista, que se quemó también como el de Alejandro. Fué, pues, por sus holocaustos siniestros por lo que la filosofía india se reveló á Grecia y Roma. Se ve, por tanto, que ese fanatismo extravagante viene de muy lejos, con las costumbres de los indios, y se sabe que hoy los discípulos de los brahamanes se matan con la misma facilidad que en los tiempos de Alejandro y bajo la impresión de las mismas doctrinas. No se cuenta el suicidio por individuos, como entre nosotros, en esta tierra mística, sino por cientos y por millares. Más bien que suicidios individuales son hecatombes humanas exigidas cada año por la superstición homicida, que causa á la vez el terror y el placer de esos pueblos. ¿Será necesario recordar aquellas fiestas monstruosas en que se ve al ídolo de Djaggernat pasar sobre los cuerpos aplastados de sus adoradores; sus devociones tristemente extravagantes, en cuya virtud sectas enteras de penitentes se condenan á horribles y lentos suplicios? Por una especie de atroz emulación se inventan los más refinados sufrimientos. No es bastante quitarse la vida, es preciso inmolar ingeniosamente el cuerpo; es menester sacrificarse en medio de nuevas torturas, y la imaginación se pone también al servicio de este fanatismo de la muerte. El budis-

mo, al introducirse en el Japón, ha difundido sobre aquella tierra las mismas costumbres é idénticas locuras que desde tiempo inmemorial existían sobre el suelo sagrado de la India. Las narraciones de Charlevoix nos muestra con qué exaltación estos desgraciados sectarios de un culto implacable se extasían en los barcos que abandonan al impulso de la corriente, dejándose sumergir cantando sus himnos religiosos, ó bien se sepultan vivos en las cavernas abandonándose á la muerte y bendiciendo al mismo tiempo su destino. Por todas partes se echa de ver el fanatismo desarrollando sus fuerzas sobrehumanas y demostrando cómo una fe implacable puede dar este temple á ese valor violento y frío.

En esta fe está el secreto de tanta energía gastada en sufrir y en morir. Sin entrar en el análisis de las doctrinas que separan el Oriente indio en dos mundos irreconciliables, el mundo que sigue el culto de Brahama y el que cree en el budhismo, podemos afirmar que ambas religiones, que cuentan por centenares de miles el número de sus sectarios, tienen el mismo sentimiento vago del Infinito, abismo sin fondo en el cual son absorbidas todas las formas perecederas, toda alma individual, después de las etapas sucesivas de una laboriosa metempsícosis. Estos vastos sistemas tienen el carácter común de proponer al hombre, como el objeto más grande á que pueden aspirar, una felicidad final perfecta: la emancipación y la libertad. Poco importa saber qué cosa sea esta felicidad ideal. ¿Habrá de ser la reunión última con el alma suprema como la prometen los brahamanes? ¿Será, por el contrario, como la prometen los budhistas, el reposo del Nirvana, la apatía perfecta, la existencia libre de todo atributo corporal considerada como la suprema beatitud; una cesación de todo movimiento, una negación de todo modo de ser y de sentir, un reposo absoluto parecido al sueño de la nada? Poco importa esto para nuestro objeto. Nos basta saber que la doctrina de la liberación, es decir, de la muerte final del individuo, absorbido por el gran Todo, es el fondo de la teogonía y de la moral indias, las cuales se han extendido desde las orillas del Ganges por innumerables poblaciones de Asia. El suicidio es despojarse de este principio individual, ilusión del ser contra el principio universal que encierra en su seno todas esas existencias dispersas y esas almas errantes. Se poseerá el secreto de todos esos suicidios llevados á cabo con perfecta calma, bajo el influjo de la exaltación interior, cuando se sepa que la muerte no es para el indio,

como para nosotros, la angustia de lo desconocido ó la incertidumbre del juicio supremo. Para él, cansado de esta vida miserable y precaria, impaciente del ser absoluto ó de la nada divina, la muerte no es nada, no es más que el sacrificio de una personalidad dolorida, un desvanecimiento místico, un arrobamiento voluptuoso en el Infinito ó bien la extinción radical de todo deseo y de toda existencia.

De las riberas de Indus transportémonos al otro extremo del mundo conocido de los antiguos, entre nuestros antepasados los galos, discípulos de los druidas. El rasgo esencial que de ellos nos han transmitido todos los historiadores de la antigüedad es una bravura incomparable, una calma impasible en presencia del peligro, un desprecio absoluto de la muerte. «¡Felices estos pueblos, decía Lucano en versos citados á menudo; felices en su error esos pueblos del Norte! Entre ellos el más grande de los terrores, el temor á la muerte, no les atormenta. Son valerosos corazones decididos para acudir al combate, son almas capaces de arrostrar la muerte, esa idea que no evita una vida que ha de volver.» La muerte no era para ellos más que un accidente. Penetrados de la esperanza de una emigración en las regiones espléndidas del firmamento, pobladas por sus antecesores y por sus amigos, se lanzaban con esforzado corazón hacia esa vida nueva que, en rigor, no era más que la continuación de la vida presente. Hacían un voluntario préstamo, cuyo reintegro estaba en el otro mundo. El dogma druídico de la inmortalidad no estaba, como en la India, en la creencia de un reposo eterno en la nada, ó bien en una apoteosis en el alma universal. No; era el mismo mundo prolongado, era la personalidad humana continuada en cualquier globo celeste. Se comprende que con tales esperazas morir era un juego. También se ve, al través de los documentos imperfectos que nos restan de la antigua civilización de nuestros abuelos, aparecer la costumbre de la muerte voluntaria como una tradición profundamente nacional. Se moría para acompañar á un amigo á las playas lejanas. Se moría otras veces por salvarse de una enfermedad, y estos sustitutos del gran ejército de la muerte partían sin temor para la patria misteriosa.

En Grecia y en Roma, la doctrina del suicidio tuvo otro origen. Se esparció por el mundo antiguo como enseñanza filosófica más bien que como dogma religioso. Platón tuvo inspiradas palabras para anatematizar el suicidio. El fué el primero que comparó al hombre al

soldado que debe guardar el puesto en que le ha colocado la voluntad de los dioses. Pero en otros lugares de sus escritos su severidad se debilita, y en *Las Leyes* admite tantas circunstancias atenuantes, que parece, en nombre de la filosofía, levantar el anatema lanzado antes sobre la muerte voluntaria. Después de él y de Aristóteles, hay un relajamiento de aquella doctrina que no podía menos de ser muy favorable al dogma del suicidio. La duda algo velada de los académicos y la duda absoluta de Pirrón y de su escuela abusaron demasiado abiertamente de la indiferencia en moral y de la incertidumbre de la vida futura, para no enervar el resorte de la voluntad humana y para no predisponer al alma cansada de sí misma á pedir á la nada el reposo. Se cree que Arcesilao y Carneades, al cabo de una larga vida, apresuraron la hora de la muerte que tardaba para ellos demasiado. La escuela *cínica*, madre brutal del estoicismo, produjo á Diógenes, especie de Sócrates delirante, como le llamaba Platón, que termina por el suicidio su existencia orgullosamente extraña. Conocida es la historia del vanidoso descendiente de Diógenes el Cínico, Peregrino, que en el siglo II de la Era Cristiana se arrojó solemnemente á la hoguera en presencia de toda la Grecia reunida en los juegos olímpicos, parodiando á su manera á los mártires cristianos, pero sin tener como ellos la humildad y fe; espectáculo abominable hijo de un tonto orgullo. Los filósofos de Cirene, sectarios elocuentes del placer, hicieron por primera vez la apología regular y doctrinal del suicidio. Existen algunos fragmentos escritos por Hegesías, uno de los más autorizados maestros de esta escuela. Considerando la felicidad como el único fin de la acción humana, busca por qué medios podría conseguirse y llega á esta conclusión que desarrolla con rara habilidad: la felicidad es una cosa imaginaria que se escapa á todos nuestros esfuerzos; los males sobrepujan á los bienes y los bienes mismos y las pocas alegrías que experimentamos, nada tienen de real ni de durable, puesto que se embotan con el hábito y la sociedad puede arrebatárnoslos. Toda esta doctrina se resumía en esta máxima. La vida sólo parece un bien al insensato; el sabio sólo siente hacia ella indiferencia, así es que la muerte le parece cosa deseable. De esta suerte pasa revista, con un escepticismo desolador, á todos los bienes de la vida, á las virtudes, á los sentimientos, á las alegrías del corazón como á las buenas cualidades del cuerpo y de la fortuna. Quería que el sabio se

acostumbrase á despreciar el reconocimiento y la amistad, los beneficios y la estimación de los demás hombres y hasta su misma libertad, bienes todos ilusorios cuya perezosa alegría sólo puede embriagar á espíritus vulgares. Tal ingenio tenía para pintar la existencia humana con tristes colores, que un gran número de sus oyentes, acometidos de invencible disgusto hacia la vida, se dieron muerte al salir de escuchar las dramáticas lecciones del maestro. De aquí le vino el sobrenombre de *Pisithonata* (el que aconseja la muerte). La influencia de este predicador llegó á ser un verdadero peligro, á tal punto, que el rey Ptolomeo, asustado del contagio de su palabra, hizo cerrar la escuela, que se había convertido en escuela pública de suicidio. Una doctrina mucho más elevada, el estoicismo, colocó la libertad humana bajo la salvaguardia de la muerte. Busquemos esta filosofía y veamos qué resultados produjo en Roma. Recordemos solamente aquí que Zenon, fundador de la secta, ya viejo y maltratado por la edad, se dió la muerte, legando á sus discípulos un ejemplo que encontró numerosos imitadores.

Al tratar de Roma no hemos de ocuparnos de los innumerables suicidios que tuvieron su origen en circunstancias particulares, ya por el amor á la patria como en la muerte de Decio, ya por la energía del amor conyugal que con tanta fuerza brilla en el valor de Porcia, la mujer de Bruto; de Arria, la mujer de Proto; de Paulina, la mujer de Séneca: ya, en fin, por el sentimiento de la castidad ofendida, como aconteció en los primeros tiempos de Roma con el sacrificio heroico de Lucrecia. No queremos ocuparnos aquí más que del suicidio filosófico y político inspirado por doctrinas y como consecuencia de ciertos principios. En Roma, en efecto, el suicidio llegó á ser toda una filosofía, toda una política, todo un sistema.

Trataremos de resumir en pocas palabras esta doctrina, no sin prestigio, que sirvió de refugio á tantas almas incapaces de luchar con fruto, pero incapaces también de someterse. En Séneca, sobre todo, se encuentra la reivindicación de ese pretendido derecho del hombre sobre sí mismo. Se esfuerza en probar que el hombre puede morir cuando no le agrada la vida. «El suicidio es el acto enérgico en cuya virtud tomamos posesión de nosotros mismos, nos libramos de inevitables servidumbres y solemnemente proclamamos nuestra libertad enfrente de la humanidad agobiada bajo el yugo de la fortuna.» El sabio no puede ser jamás esclavo y en su

mano está la libertad. Endereza su esfuerzo á mantener su independencia, y sabe, cuando es preciso, buscar un abrigo seguro contra toda tiranía. Conserva también su inalterable felicidad, pronto á morir para guardarla intacta, colocándose por su virtud, por encima de los dioses, porque la felicidad de los dioses es el privilegio de su naturaleza, y la felicidad del sabio es una conquista de su libertad. Tal es el fondo de la demostración, lo demás es pura oratoria. Esta doctrina tuvo en Roma doble prestigio, el prestigio de la oposición republicana y el brillo de los grandes nombres que á ella pertenecen. El pretendido derecho del hombre sobre sí mismo fué reivindicado por Catón en Utica, por Bruto en Filipo, por Thraseas y Séneca en Roma. Se propagó bajo los auspicios de estos nombres consagrados, y se convirtió en el dogma favorito de aquella minoría siempre amenazada del Senado romano, la cual, por lo menos, supo sostener con honor, gracias á huestes ilustres, la tradición de la República expirante. Estos republicanos de la última hora no defendían más que una sombra; no cubrían con su gloria más que un principio abstracto; ¿pero no es una cosa grande saber morir así, aunque sólo sea por un recuerdo, ó, si se quiere, por una hermosa quimera? El estoicismo padeció el error de darse en espectáculo al mundo como sobre un teatro; tuvo aún el más grande de declamar. ¿Pero es esta una razón para declamar contra él? Al defender á los estoicos contra excesivas acusaciones no pretendemos asociarnos á los apologistas del suicidio. En todos los tiempos será una verdad que la vida que sabe ser útil á los otros vale mucho más que aquélla que no busca más que su propio honor por medio de un sacrificio estéril y orgulloso. Pero es, sin embargo, imposible desconocer que á falta de más noble doctrina que debía enseñar á la humanidad la ciencia superior de la sumisión, hay grandeza en estas muertes voluntarias, que eran una protesta más bien que un suicidio. Doctrina falsa; sea, pero tales errores no son propiedad de los corazones vulgares ni de las almas ruines.

No fué solamente el dogma estoico de la libertad el que armó el brazo de los romanos contra ellos mismos, fué también el dogma del placer. La secta de Epicuro no regateaba sus víctimas. Después de haber repetido á menudo que la muerte es buena cuando falta en la vida la alegría, es aquélla adoptada por algunos ilustres maestros. En vez de esperar la muerte, ¿no es mejor prevenirla? ¿A qué conduce diferir la hora inevitable? ¿Para

qué disputar unos cuantos precarios momentos á la fortuna, cuando no se cuentan los días más que por disgustos y sufrimientos? Mientras que la escuela estoica decía á sus adeptos: «La fuerza te oprime, pero nadie es tu dueño; en tu mano está tu libertad», la doctrina de Epicuro infundía la embriaguez de la muerte á sus sectarios. «Tú has obtenido de la vida hasta sus últimos placeres; nada tienes que esperar de ella más que el dolor, las enfermedades, la vejez. Una última libación; mas decídete esta vez á mezclar en ella algunas gotas de sutil veneno. Bebe tu muerte, que no es otra cosa que la felicidad del reposo.» Tal era la última lección y la suprema sabiduría del placer antiguo. De este modo las dos más célebres doctrinas de la moral pagana defendían la muerte como único remedio de una vida cansada de sí misma ó de un valor quebrantado por la lucha. Se moría, por consiguiente, sin esperanza y sin temor. Sería sin duda una temeridad colocar el suicidio de Antonio entre los suicidios epicúreos. Y, sin embargo, aunque la causa de su muerte fué completamente política, por lo menos la forma fué la de una muerte epicúrea preparada despacio con toda especie de precauciones y cuidados para evitar el sufrimiento, y aceptada en seguida con la resignación de un fatalismo voluptuoso cuando llegó el momento. Se sabe que Antonio y Cleopatra habían formado en Egipto una academia de la muerte *(Los coomurentes)*, cuyos miembros se comprometían á morir juntos, y cuya única ocupación consistía en buscar los medios más dulces para dejar alegremente la vida (1). Cleopatra faltó al compromiso fúnebre, y sólo se rindió á él más tarde cuando se vió forzada á ello. Lucrecio, el gran poeta, que supo cantar en versos enérgicos y ardientes el dogma árido de Epicuro, puso fin á su vida, según se dice, por medio de un suicidio cumplido con misteriosas circunstancias. Petronio, el pintor de la orgía romana, jugó hasta el último momento con la muerte, haciéndose abrir y cerrar sucesivamente las venas. Parecía que cada uno fué el *conviva satur* del poeta. A medida que los tiempos avanzaban se multiplicaban los suicidios. Extraño constraste á que nos acostumbrará la historia de todas las civilizaciones gastadas por sus propios excesos. A los pechos de la voluptuosidad nace un extraño gusto por la muerte. Se vierte sangre al final de todas las orgías. Cuando se han apurado las sensaciones de la vida, nace un apetito nuevo por aquella sensación suprema con que

(1) Plutarco: *Vida de Antonio.*

la vida acaba. Se ha notado que las almas impuras encuentran no sabemos qué alegría malsana en ver sufrir y aun en sufrir ellas mismas, y que el suicidio ha sido á menudo el último sueño de los excesos. Los romanos de la decadencia, agotados por el placer, fatigados de no encontrar jamás, al cabo de sus deseos, otra cosa que los mismos placeres eternamente previstos, arrojaban su vida como un mentís al destino y se tendían con una especie de impaciencia en el olvido profundo y en el gran reposo.

El desprecio de la vida, he aquí un fenómeno que nos presentan invariablemente todos los siglos en decadencia. Parece que nada vale la vida cuando no existe fin noble á que ella pueda dirigirse. Cansada de sí misma la sociedad, fatigada de placeres sin objeto, deja marchar el vivir en la sangre de sus venas agotadas. Se deja morir porque no tiene fuerza para la existencia. Era ya tiempo de que una doctrina más austera y más humana viniese á detener la mano violenta de la humanidad, vuelta contra sí misma; tiempo era ya de que el cristianismo viniese á detener esta imposición por la muerte y á mostrar á la vida su alta significación, la prueba; á la libertad humana su fin, el deber; al alma, por último, el secreto perdido de sus destinos inmortales.

En nuestra creencia San Agustín fué el primero que con una argumentación sólida y sutil formuló en términos expresivos y dogmáticos la reprobación del suicidio. Resumiré los principales argumentos, desarrollados en una serie de capítulos de *La Ciudad de Dios*. «No es por falta de razón el no existir en los libros santos ningún pasaje en que Dios nos recomiende ó nos prometa, ya sea para evitar algún mal, ya para ganar la vida eterna, que nos demos voluntariamente la muerte. Antes bien, la muerte está prohibida en aquél precepto: *No matarás*... Estos términos son absolutos y nada hay que los limite—añade la ley divina; —de donde se sigue que la prohibición es general y que el precepto de *no matar* no tiene excepción. Puede ser admitida la grandeza de alma de los que atentaron contra su vida, mas no es posible alabar su sabiduría. Y al examinarlos más de cerca y á la luz de la razón, ¿es justo llamar grandeza de alma á la debilidad que se rinde impotente antes que soportar los propios males ó las faltas ajenas? Nada señala mejor un alma sin energía que el no poderse resignar á la esclavitud del cuerpo y á las locuras de la opinión. Más fuerza es menester para continuar una vida miserable que para huir de ella, y las alabanzas du-

dosas de la opinión, sobre todo de la opinión vulgar, no deben prevalecer sobre los puros resplandores de la conciencia... Se cita á Catón, que se dió la muerte en Utica. Se olvida que sus propios amigos, hombres tan ilustres como él, se esforzaron en disuadirle, prueba de que veían más debilidad que fuerza en esta resolución. El mismo Catón se contradice en el consejo que dió al morir á su bien amado hijo. Si era, en efecto, vergonzoso vivir bajo la dominación de César, ¿por qué el padre aconseja al hijo sufrir esta vergüenza recomendándole que tenga confianza en la clemencia del vencedor? ¿Por qué no obligarle á morir con él? La verdad es que tanto ama á su hijo, seguro que sus dotes y su voluntad llamaban la clemencia de César, cuanto envidia á César la gloria de perdonarle. Nuestros adversarios no quieren que prefiramos á Catón el santo Job, quien acepta sufrir en su carne los más crueles dolores antes que librarse de ellos por medio de la muerte. Busquemos en sus propios libros el ejemplo de Régulo. Vencido después de haber sido vencedor, quiere mejor resignarse y quedar cautivo que libertarse siendo el asesino de sí mismo. Inquebrantable en su paciencia para sufrir el yugo de Cartago y en su amor á Roma, no consiente en hurtar su cuerpo vencido á los enemigos ni á su patria su corazón invencible. ¡Qué lección para los cristianos adoradores del verdadero Dios y amantes de la celeste patria! Después de esta refutación viva y completa del estoicismo, San Agustin pasa revista á los diferentes pretextos que pueden ser alegados á favor de la muerte voluntaria. ¿Está en peligro una mujer de sufrir los últimos ultrajes? Pero, ¿dónde reside la castidad, en el alma ó en el cuerpo? ¿Se evitará con un crimen cierto la falta incierta de otro? Si la muerte voluntaria fuese deseable como un refugio contra el pecado, habría que aconsejar á los hombres que se diesen la muerte en el momento en que el agua del bautismo acabe de regenerarlos. Este lenguaje ¿no sería criminal? Se alega el ejemplo de algunos santos en determinadas circunstancias en las que la fe nos asegura que han obrado en virtud de una permisión expresa del Creador. Permitido es para aquel que sabe que está prohibido atentar contra sí mismo, el matarse si lo hace por obedecer á Aquél, cuyas órdenes no deben ser despreciadas; mas debe guardarse de equivocar esos órdenes. No pretendemos juzgar las cosas ocultas. Lo que decimos, lo que afirmamos y aprobamos de todas maneras, es que nadie tiene derecho á matarse, es decir,

por evitar todas las miserias del tiempo correr el riesgo de caer en las de la eternidad; ni para evitar los pecados de otro, porque para evitar un pecado que á él no le perjudica comienza por aceptar un pecado que le es propio; ni por sus pecados pasados, porque si él ha pecado le es necesario vivir para hacer penitencia; ni, en fin, para conseguir una vida mejor, porque no hay vida mejor para los que son culpables de su muerte.» Hemos tenido necesidad de citar estos párrafos de argumentación decisiva, porque ella rompe con las vacilaciones de las doctrinas antiguas, y fija de una manera definitiva la idea cristiana sobre el suicidio. Los Concilios la establecieron bien pronto en la legislación canónica. Conviene seguir esta curiosa historia en los sabios escritos de M. Bourguelot. El Concilio de Arlés en 452 declaró que la muerte voluntaria no podía ser otra cosa que el efecto de un furor diabólico. Los Concilios de Auserre, de Troyes y otros muchos, y las instrucciones pastorales del papa Nicolás I, niegan á los suicidas las oraciones de la Iglesia y la sepultura cristiana. Esta severidad pasó de la ley religiosa á las leyes civiles de la Edad Media, que perseguían el crimen del suicidio en el honor y en la fortuna de las familias, y hacían de esta suerte sobrevivir el castigo al criminal.

No tenemos necesidad de seguir esta historia en todos sus detalles; lo que queremos hacer notar es las grandes influencias religiosas, filosóficas ó sociales sobre el suicidio.

Queremos señalar, en el caso especial de que tratamos, la influencia decisiva del cristianismo en esta gran cuestión en que la filosofía antigua había errado tan á menudo. Por efecto de la enseñanza cristiana, la idea de crimen se ha asociado irresistiblemente á la idea de la muerte voluntaria y echado asi raíces en la conciencia moderna. El cristianismo, por consiguiente, vino á restablecer el sentimiento de la dignidad de la vida en las almas, sentimiento que se había perdido por completo. Enseñó al hombre á respetar en él ese principio misterioso de la existencia que se nos ha dado, no como un instrumento de placer ó de orgullo, sino de lucha saludable y de prueba. La vida tuvo desde entonces un gran objeto; el perfeccionamiento del alma y el alma misma que la corrupción romana había arrojado en medio de los sueños desenfrenados de la disipación, tomo á los ojos de la razón cristiana un valor infinito, rescatada como lo había sido por los sufrimientos y la muerte de un Dios.

Tal era la enseñanza de la Iglesia, y nada menos que esta doctrina fué

necesaria para detener la tentación universal del suicidio, que parecía haberse apoderado del mundo. Fué preciso una legislación rigurosa para cambiar violentamente las costumbres paganas, y no fué una de las menores conquistas del nuevo dogma, haber hecho sentir al alma el respeto hacia la vida, de haber reprimido aquel furor por el homicidio propio, que no era otra cosa que una de las formas del desprecio de la humanidad.

Se engañaría, sin embargo, quien supusiese que estas preocupaciones severas, terribles, de la Iglesia, bastaron para suprimir completamente aquella enfermedad en las almas. Un mal moral como el suicidio puede ser reprimido, pero jamás desaparece por completo, y deja siempre su huella en el mundo, porque en rigor es el extremo de las pasiones, y mientras que éstas existan, ó, lo que es lo mismo, existan hombres, habrá desesperaciones violentas y cóleras terribles contra la vida. Gregorio de Tours nos refiere con horror algunos rasgos del suicidio, en el que ve, no sólo la inspiración, sino la mano del demonio. Nos bastará recordar la desesperación de Meroveo, hijo de Chilperico, preso por los soldados de su padre, el cual Meroveo obligó á su amigo Gailén á que le asestara una puñalada. Citaremos también al conde Palladio que, despojado de su provincia y amenazado de muerte, fué acometido de una especie de delirio y dos veces se lanzó sobre su espada.

E. Caro.

ÍNDICE

	Páginas.
El Conde León Tolstoy, por Mateo Arnold	5
El canto del cisne, por el Conde León Tolstoy	25
Annuchka, por Iván Turguenef	51
El cura de Cucuñán, por Alfonso Daudet	99
Las dos margaritas, por Catulo Mendes	104
La miniatura, por Teodoro de Banville	108
El miedo, por G. de Maupassant	112
Educación, ambiente y criminalidad, por Enrique Ferri	118
La fatuidad moderna, por Sofía Gay	135
Retractación (soneto), por M. A. Caro	140
El duelo en lo presente, por G. Tarde	141
La ambición, por John Lubbock	162
Respeto á la desgracia (soneto), por M. A. Caro	167
La guerra y el derecho, por Joaquín Fernández Prida	168
La Exposición Histórico-Americana, por José Ramón Mélida	174
Homenaje al eminente crítico é inimitable escritor Mr. Henry Harrise, por Cesáreo Fernández Duro	183
La prensa periódica, por Francisco Villegas	200
El suicidio en sus relaciones con la civilización, por E. Caro	208

España moderna

AÑO V NÚM. XLX

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

FEBRERO—1893

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

HISTORIA DE UN CABALLO

I

Los primeros rayos del sol naciente disipaban las tinieblas de la noche; la aurora invadía el cielo, que parecía elevarse, extenderse y ensancharse. La plata mate del rocío blanqueaba más; el bosque se volvía cada vez más rumoroso... Todo comenzaba á despertarse y á rebullirse en el patio de las cuadras señoriales; los caballos rezongaban y piafaban en medio de la paja, relinchando de impaciencia y de cólera.

—¡Hola! ¿Te has dado mucha prisa? ¿De modo que tienes mucha hambre?—gritaba un viejo mozo de cuadra, abriendo la puerta cochera, cuyos goznes rechinaron.

—¡Eh! ¿A dónde vas tú?—continuó, echando mano á una potranca que intentaba aprovecharse de ver abierta la puerta para irse.

Nestor, el guarda de la yeguada, iba vestido con un casaquín ajustado al talle por medio de una correa adornada con chapas de acero; llevaba al hombro el látigo, y un zoquete de pan dentro de una servilleta atada á la cintura. Tenía en la mano una silla de montar y unas bridas.

Los caballos no parecieron asustarse ni ofenderse por el tono truhanesco de su guardián; fingieron no concederle importancia alguna y se alejaron á paso lento de la puerta. Sólo una yegua vieja, de pelo bayo intenso y largas crines, alzó las orejas y volvió grupas á escape.

Aprovechando la ocasión la joven revoltosa, á quien no le importaba nada el apóstrofe del mozo, se puso á relinchar estrepitosamente

y soltó un par de coces á un caballo viejo, inmóvil junto á ella.

—¡Hola!—gritó el viejo con voz aún más amenazadora, dirigiéndose al fondo del patio.

De toda la yeguada, el único que no daba ninguna muestra de impacia era un caballo pío, que permacía aislado debajo del cobertizo. Con los ojos medio cerrados, lamía la viga de encina del tinglado, con aire serio y pensativo.

—¡Basta de animaladas!—exclamó el guarda, acercándose á él y dejando sobre un montón de estiércol la silla y la pequeña manta usada que tenía en la mano.—El caballo pío se detuvo, y, sin menearse, miró largo tiempo al viejo Nestor. No se sonrió, no se enfadó ni se puso fosco; pero dió un paso adelante, suspiró con tristeza y se apartó á un lado.

El guardián echó los brazos alrededor del cuello de la bestia para pasarle la brida.

—¿Qué te pasa para suspirar así? —le dijo.

Por única respuesta, el caballo meneó la cola como si hubiera querido decir:

—Anda; eso no es nada, Nestor.

Nestor le puso la manta y luego la silla; el caballo agachó las orejas, como para expresar su descontento, y fué tratado de pillo. El viejo quería apretarle la cincha; entonces el caballo se llenó de aire y retuvo el resuello; pero Nestor le puso el dedo en los belfos y le dió una patada en el vientre; el animal no tuvo más remedio que soltar el aire. A pesar de este castigo, y mientras el viejo apretaba la cincha con los dientes, el caballo bajó de nuevo las orejas y hasta sacudió su cabezota. Aunque profundamente persuadido de que toda resistencia era inútil, creía deber suyo expresar que aquello le desagradaba y que siempre manifestaría su descontento. Una vez ensillado, removió una de las patas delanteras que tenía embotada, y se puso á tascar el freno, sin duda con una intención particular, pues al cabo de sus años bien sabía que el acero no tiene gusto alguno.

Nestor montó á caballo, empuñó la fusta, se arregló el casaquín, acomodóse en la silla á estilo de los carreteros y cazadores, y tiró de la brida. El caballo levantó la cabeza, queriendo expresar así que estaba pronto á obedecer, pero no se movió del sitio; sabía de mucho atrás que, antes de partir, era preciso dar muchas órdenes al guarda joven Vaska.

En efecto, Nestor se puso á gritar:

—¡Vaska! ¡Eh, Vaska! ¿Has soltado las yeguas? ¿A dónde te has ido,

demonio? ¿Estás durmiendo, caramba? Abre la puerta y deja que salgan primero las yeguas, etc.

Rechinó la puerta. Vaska, medio dormido y furioso, tenía con una mano la brida de su caballo y dejaba salir á todos los demás. Desfilaron uno á uno, resoplando la paja; pasaron primero las potrancas, luego los potrillos, y, por último, las yeguas preñadas, que salían por la puerta con precaución, balanceando su vientre lleno. Las potrancas iban en grupos de dos ó tres, con los hocicos puestos encima del espinazo de sus compañeras, y al llegar frente á la puerta no podían seguir adelante. Por eso recibían denuestos, lo cual las hacía apretarse aún más. Los potrillos mamones se extraviaban de sus madres y dirigíanse á otras yeguas, respondiendo con sus relinchos á las llamadas de sus madres.

Una potranca juguetona bajó la cabeza y soltó al aire un par de coces y un sonoro relincho así que se vió en libertad. Sin embargo, no se atrevió á ponerse delante de la vieja yegua gris *Juldiba,* que marchaba siempre á la cabeza de la yeguada, pavoneándose con paso grave y serio.

Quedóse triste y solitario el patio, tan animado poco antes. No se veían más que los postes abandonados y los montones de paja.

Este cuadro de desolación pareció entristecer al viejo caballo pío, aunque estuviese desde larga fecha acostumbrado á verlo. Levantó y luego bajó con lentitud la cabeza, como si hubiera querido saludar á alguien; suspiró todo cuanto se lo permitía la cincha, y después encaminóse tras la yeguada, cojeando con sus viejas patas rígidas y con Nestor á lomo.

«Ya sé lo que va á hacer ahora—pensaba:—en seguida que lleguemos á la carretera, sacará del bolsillo la pipa pequeña, encenderá con los avíos y se pondrá á fumar. ¡Cuánto me gusta eso! ¡El olor del tabaco, mezclado con la frescura del rocío, es grato por la mañanita y me recuerda mis buenos tiempos pasados!

»La lástima es, tan sólo, que cuando el viejo lleva entre los dientes la pipa, imagínase á veces toda clase de cosas; se yergue, fanfarronea y se apoya con las dos piernas colganderas siempre en el mismo lado en que precisamente me duele... Pero, en fin, ¡bendito sea Dios! Para mí no es ninguna novedad el sufrir por gusto ajeno; hasta comienzo á experimentar con ello una especie de satisfacción caballuna. ¡Que continúe, pues, en la misma postura!»—decíase el viejo caballo, caminando lentamente y doblándosele las patas en medio del camino.

II

Así que hubo llegado á orillas del río donde había de pastar la yeguada, Nestor apeóse del caballo y desensilló su vieja montura. Poco á poco se dispersó la grey á lo largo de la pradera, cubierta de rocío; ligeros vapores surgían de la húmeda tierra, y se elevaban con lentitud.

Después de haberle quitado la brida, Nestor rascó el pescuezo al viejo caballo pío, quien cerró los ojos en señal de agradecimiento.

—¡Cómo le gusta eso á este perro viejo!—dijo Nestor.

Pero el caballo no sentía ningún gusto con tal caricia, y sólo por delicadeza aparentaba estar encantado. Bajó la cabeza en señal de asentimiento.

De pronto y sin motivo alguno, creyendo quizá Nestor que aquella caricia pudiera considerarla el viejo caballo como un signo de familiaridad, rechazó con violencia la cabeza del animal y le atizó un gran golpe con la brida; luego se alejó en silencio y sentóse junto al añoso tronco de árbol donde solía pasar la jornada. Aquella brutalidad apesadumbró al viejo caballo, quien, sin embargo, hizo como que nada veía, y se dirigió hacia el río rumiando la hierba y moviendo la cola. Ninguna atención prestaba á las potrancas y á los potros, quienes, contentos de su libertad, corrían y triscaban de aquí para allí. Sabiendo por experiencia que no hay nada tan bueno para la salud como beber agua fresca por la mañana en ayunas, acercóse á orillas del río, eligió el sitio menos hondo y donde era menos rápida la corriente, y metió los belfos en el agua, poniéndose á sorberla despacito con sus viejos labios, rotos por los dos ángulos. A medida que llenaba la tripa sentía un bienestar indefinible. Para dar testimonio de su satisfacción meneó su pedazo de cola, desprovista de pelos.

Una potranca alazana, que se gozaba en contrariar al pobre viejo, hizo como que no le veía y enturbió el agua que con tanta delicia estaba bebiendo. El caballo pío había terminado ya; fingió no advertir la jugarreta que quiso hacerle la potranca; sacó uno tras otro sus cascos hundidos en el agua, y se fué á pacer lejos de la gente joven. Pastó así con mucha seriedad durante tres horas, tratando de aplastar con las patas la menos hierba posible. Cuando se hartó, colgábale el vientre como un talego, estirándole el pellejo sobre las descarnadas costillas.

Se puso entonces en cuatro patas echado en el suelo, apoyándose con la misma fuerza en todas ellas, á fin de fatigarse lo menos posible, y se quedó apaciblemente dormido.

Hay vejeces de todas clases: vejez majestuosa, vejez horrible y vejez que inspira profunda lástima. La del caballo era á la par horrible y majestuosa; presentaba á la vista las repulsivas señales de la decrepitud; las manchas de su pelaje aumentaban aún más su fealdad, y, sin embargo, su impasibilidad, su conciencia de lo puro y fuerte de su raza, le daban cierto aire de grandeza que imponía más. Era de gran talla: dos *archines* y tres *verschoks* de alzada; su pelaje fué en otros tiempos negro y pío; á la sazón, las manchas negras habíanse trocado en un color castaño sucio. Tenía tres grandes manchas: una en la cabeza, á la derecha, junto al hocico, bajaba hasta medio del cuello; la segunda estaba á lo largo del costado derecho, hasta medio vientre; la tercera ocupaba la grupa y los dos cuartos traseros. Sus largas crines, enmarañadas, eran medio blancas, medio pardas; el trozo de cola era de esos dos colores mezclados con sucias tintas. La cabeza, grande, huesuda, con dos hoyos profundos encima de los ojos, con el belfo inferior negro y desgarrado de mucho tiempo atrás, parecía estar suspensa del flaco y encorvado pescuezo. A través de la desgarradura de la boca veíase la punta de la negruzca lengua desviada á un lado, y restos amarillentos de los dientes inferiores. Las orejas, una de ellas rota á lo largo, pendían á cada lado del cuello, y rarísima vez se enderezaban para espantarse las moscas importunas. De su antiguo copete sólo le quedaba un mechón de crines, que le colgaban por detrás de la oreja izquierda. La descubierta frente estaba hundida y rugosa; la piel hacía pliegues y honduras sobre los flacos carrillos; las venas formaban gruesos nudos á lo largo de la cabeza y del pescuezo, y esos nudos se estremecían cada vez que encima se posaba alguna mosca. Sus patas delanteras, en arco, estaban hinchadas alrededor de los cascos; la de la izquierda tenía un gran bulto junto á la rodilla. Las patas de atrás estaban menos enfermas; pero, á fuerza de frotar una con otra, no habían echado pelo en mucho tiempo. En comparación del tronco, las extremidades parecían largas con exceso. Los ijares, aunque redondos, estaban descarnados y recubiertos solamente por la piel, que parecía pegarse á los espacios intercostales. En la cruz y en la espalda tenía huellas de antiguos golpes; más lejos, hacia atrás, veíase una matadura reciente aún, y á lo

largo de la parda grupa desplegábase otra más antigua y recubierta de gruesos pelos; se notaba otra cicatriz en el omoplato derecho. En la rabona cola descarnada se dibujaban las últimas vértebras, y todo vestigio de pelo había desaparecido á lo largo de aquella cola siempre sucia, así como los corvejones, á causa de una continua diarrea. El pelo, aunque muy corto, estaba erizado en todo el cuerpo.

A pesar de su feísima estampa, al verle un inteligente hubiera reconocido en él en seguida un caballo de pura raza. Y hubiera añadido que sólo hay en Rusia una raza de caballos con huesos tan largos, con tales cascos, el cuello en arco y el pelo tan fino.

Por eso tenía una expresión de dolor y de paciencia infinita y aire de profunda reflexión.

Era como una ruina viviente en medio de la verde pradera, rodeado por la joven manada dispersa por todas partes y que llenaba el aire de gritos y relinchos.

III

Ya estaba el sol encima del bosque, iluminando con esplendorosa luz la pradera y el río. Desaparecía el rocío poco á poco, y los últimos vapores de la mañana disipábanse como leve humareda. El aire estaba tranquilo, pero con grupos de blancas nubecillas. Al otro lado del río veíase un campo de trigo todavía verde. El olor de las flores y de las frescas hierbas embalsamaba el aire. En lontananza se oía el cuclillo; y Nestor, echado de espaldas, contó cuántos años le quedaban aún de vida. Cerníanse las alondras por encima de los prados. Una liebre retrasada se encontró cogida en medio del rebaño; huyó á todo correr, ocultóse tras de unas matas y empinó las orejas.

Vaska se quedó dormido, con la cabeza metida entre la hierba.

Las yeguas se dispersaron por todas partes, aprovechándose de su libertad. Las más viejas elegían un sitio tranquilo donde pudiesen pastar sin molestia para ellas, pero ya no ramoneaban; escogían suculentos pimpollos de hierba y los mascullaban con placer. Insensiblemente todo el rebaño se dirigió al mismo lado. Y siempre era la vieja *Juldiba* quien iba á la cabeza y enseñaba el camino.

La joven yegua *Muchka*, que había parido por primera vez, relinchaba de continuo, jugando con su potrillo. La joven *Atlasnaya*, de piel lisa como el raso, jugaba con la hierba, con la cabeza baja, de

modo que el copete la cubría todo el morro y los ojos. Arrancaba un tallo de hierba y después lo tiraba á lo lejos, golpeando el suelo húmedo con su fino casco. Uno de los potros mayores, habiendo inventado un juego nuevo para él, corría por vigésimasexta vez alrededor de su madre, con la cola empingorotada como un penacho; pero habituada la madre al carácter revoltoso de su hijo, continuaba ramoneando con calma y lanzándole de rato en rato una mirada con sus negros ojos. Uno de los potrillos más pequeños, negro, con la cabeza voluminosa, el tupé erizado con aire de sorpresa entre ambas orejas y la cola vuelta aún al mismo lado que dentro del vientre de su madre, sin moverse de un sitio, seguía con mirar embobado las cabriolas de su camarada y parecía preguntarse el por qué de tales habilidades. Por supuesto, no hubiera podido decirse si envidiaba ó vituperaba la viveza del otro. Algunos de los pequeños tenían un aire extraviado. Otros, sordos al llamamiento de sus madres, dirigíanse al opuesto lado, relinchando con toda la fuerza de sus pulmones juveniles. Otros se revolcaban en la hierba. Los de más edad imitaban á los caballos grandes y ramoneaban tranquilos. Dos yeguas preñadas se alejaron de la piara, arrastrando las patas con trabajo. Veíase que su estado inspiraba respeto hasta á la juventud, que no se atrevía á molestarlas. Si una traviesa, más atrevida que las otras, se aventuraba á acercarse á ellas, bastaba un movimiento de cola ó de oreja para llamarla al orden y hacerla ver lo inconveniente de su conducta.

Los potros de un año juzgábanse ya demasiado grandes para mezclarse en los retozos de sus camaradas más jóvenes. Ramoneaban con aire serio, encorvando los juveniles cuellos graciosos y moviendo las colitas para imitar á sus mayores; lo mismo que éstos, se revolcaban por la hierba ó se rascaban mutuamente la espalda.

La compañía más alegre era el grupo de yeguas de dos á tres años. Paseaban todas juntas y aparte como doncellitas. Reuníanse, ponían la cabeza unas encima del cuello de otras, resoplaban, saltaban, y luego, de pronto, se ponían á triscar y á galopar delante de sus compañeras.

La más hermosa y levantisca del grupo era una yegua alazana. Todas las demás la imitaban en sus juegos y la seguían por todas partes. Ella era quien daba el tono. Aquel día estaba más alegre que nunca, y sentíase muy dispuesta á divertirse. Por la mañana, en el río, había ya acudido á enturbiar el

agua que el viejo caballo bebía pacíficamente; luego, aparentando haberse asustado, echó á correr como una flecha, seguida por toda la banda. A Vaska le costó el mayor trabajo del mundo alcanzarlas. Cansada ahora, se revolcaba en la hierba, y después se ponía á contrariar y provocar á las yeguas viejas corriendo delante de ellas.

Viendo que uno de los potrillos mamaba gravemente, le asustó y persiguió haciendo como que iba á morderle. Inquieta la madre cesó de ramonear: el hijo gritaba con voz quejumbrosa, aun cuando la pícara no le hizo ningún daño. Satisfecha de haber divertido á sus compañeras, que la miraban con interés, alejóse como si tal cosa.

Luego le dió la idea de encalabrinarle la cabeza á un caballo gris montado por un labriego, que se acercaba. Detúvose, echó en torno suyo una mirada de altivez, volvió su linda cabeza de perfil, sacudióse y relinchó con voz dulce y lánguida. Ese relincho dejaba adivinar promesas de amor y un deseo no satisfecho.

Saltan las rachas por entre los espesos juncales y llaman á sus amigas con pequeños gritos apasionados; más lejos, los cucos y las codornices cantan sus amores, las flores se envían entre la brisa su polen aromático...

«Y yo también soy joven, bella y fuerte—decía el relincho de la picarona—y sin embargo no he sentido aún las dulzuras de ese sentimiento tan poderoso, y ni siquiera me ha contemplado todavía un solo amante.»

El relincho resonó con un aire de juventud provocadora y también de doloroso pesar; llegó á lo lejos hasta el pobre caballejo del *mujik*, que enderezó las orejas y se detuvo. El labriego le dió una patada; pero, siempre bajo el encanto de aquel vibrante llamamiento, el caballo permaneció en su sitio y relinchó á su vez. Incomodóse entonces el aldeano y le descargó en el vientre un golpe tan terrible, que el animal se detuvo en medio de su relincho y prosiguió su caminata. Sentía una dulce tristeza y escuchó largo tiempo aún el tierno llamamiento lejano que llegaba hasta él desde la yeguada; y también durante largo tiempo sus relinchos quejumbrosos y apasionados, interrumpidos por la voz brutal del *mujik*, llegaron á la llanura. Si sólo la voz de la yegüita había podido hacer olvidar todos sus deberes al caballo gris, ¿que hubiera sucedido si la hubiese visto, hermosa, con ojos de fuego, aspirando el aire voluptuosamente y estremeciéndose todo su bello cuerpo juvenil?

Pero á la traviesilla no le gusta-

ba seguir mucho tiempo sus preocupaciones. Cuando se apagó á lo lejos la voz del caballo gris, relinchó con aire burlón y se puso á escarbar la tierra con los cascos; después, habiendo reparado en el viejo, apaciblemente dormido, corrió á él para despertarle y hacerle rabiar. El pobre caballo pío era el burro de carga de la feliz juventud, que le atormentaba aún más que los hombres; y, sin embargo, no había hecho ningún mal á los unos ni á los otros.

Los hombres lo hacían por necesidad; pero, ¿por qué no le dejaban tranquilo los caballos jóvenes?

IV

El era viejo, ellas jóvenes; él estaba flaco, ellas gordas; él triste, ellas alegres. Era, pues, un extraño, un ser aparte, que no podía inspirarlas ningún sentimiento de piedad. Los caballos no la tienen sino para consigo mismos ó para con aquellos en cuyo pellejo pueden ponerse. ¿Tenía la culpa el pobre y viejo caballo pío si no se les asemejaba, si era viejo, flaco y feo?...

Parece que esto no debiera imputársele como falta suya; pero, según la lógica caballar, sucedía de otro modo. El tenía toda la culpa; y los jóvenes, fuertes y felices, los que tenían porvenir ante sí, los que podían levantar la cola como un penacho y cuyos músculos se estremecían con el menor contacto, esos tenían á su pro todas las mejores razones del mundo. En sus ratos de plácida reflexión, el mismo caballo pío admitía quizá que todas las sinrazones estaban de parte de él, que su vida tocaba á su fin y que debía pagar los pasados placeres; pero no era más que un caballo y no podía impedir el tener impulsos de sublevar contra aquella juventud que le castigaba por lo que á ella misma le había de acontecer en un porvenir más ó menos remoto. Otra causa de la crueldad de ésta consistía en sus instintos aristocráticos. Cada uno de ellos descendía, por línea paterna ó materna, del celebre *Smetanka*.

El caballo pío era un extraño, de origen desconocido, comprado en una feria por ochenta rublos en billetes tres años ha.

La yegua alazana, haciendo como que iba de paseo, se aproximó al viejo caballo y le empujó como sin querer. Este sabía de dónde venía el golpe; por eso, sin abrir los ojos, limitóse á dar un paso atrás. La yegua volvió grupas é hizo ademán fingido de tirarle un par de coces. El viejo abrió los ojos y se

alejó con calma. Pero había perdido el sueño; entonces se puso á ramonear. La pícara no estaba satisfecha aún. En compañía de sus camaradas nuevamente se acercó al viejo. Una yegua de dos años, muy bruta, que imitaba en todo á la hermosa alazana y la seguía paso á paso, acercóse también al caballo, y (como todos los imitadores) excedió los límites de la burla. La otra hacía siempre como que no veía al viejo; pasaba y repasaba por delante de él con aire atareado, de suerte que preguntábase él muchas veces si debería incomodarse ó no, tanto más cuanto que era muy divertida.

Volvió ésta á sus habituales manejos; pero su imitadora se acercó en derechura al viejo y le asestó un golpe. La enseñó los dientes, y con una rapidez que ella no podía figurarse, se abalanzó y la dió un mordisco en un muslo. La pequeña revolvióse entonces contra él y le pateó con todas sus fuerzas en los pobres ijares viejos y flacos. El viejo resopló con el intento de arrojarse otra vez contra ella; luego reflexionó, exhaló un profundo suspiro y dirigióse al lado opuesto. La juventud en masa fué probablemente de parecer que su conducta era una ofensa mortal para todos; por eso no le dieron punto de reposo en todo el dia. Tanto, que el guarda tuvo que intervenir varias veces para hacerles entrar en razón.

El pobre caballo se sentía tan desventurado que, cuando llegó el instante de regresar á la cuadra, se acercó él mismo al anciano Nestor, y se sintió más feliz y tranquilo cuando, habiéndole ensillado éste, le tuvo montado encima. Sólo Dios era capaz de conocer los pensamientos que asaltaban el cerebro del pobre viejo cuando llevaba en los lomos á Nestor. ¿Pensaba con amargura en la crueldad de la juventud, ó bien, con la indulgencia despreciativa que caracteriza á los viejos, la perdonaba sus ofensas? No es posible adivinar lo que ocurría en sus adentros, tan impenetrable fué su aire durante todo el trayecto hasta la casa.

Aquella noche, los compadres de Nestor fueron á verle; al pasar por la aldea, había éste notado que su carreta estaba atada delante de la puerta de la cabaña de él. Tenía prisa por reunirse con ellos; así es que, apenas entró en el patio, apeóse del viejo caballo y partió sin desensillarlo siquiera, gritando á Vaska que lo hiciese cuando hubiera concluido sus faenas; pero Vaska no pensó en ello.

Ignoro si á causa de la ofensa hecha á la biznieta de *Smetanka* por un caballo de feria, sin padre ni madre conocidos, ó porque este

caballo, con su alta silla y sin jinete, presentaba un aspecto extraño y fantástico, lo cierto es que aquella noche todos los caballos, jóvenes y viejos, se pusieron á perseguir al viejo, quien huía por esquivar las coces que por todas partes le daban.

Al cabo, se sintió sin fuerzas ya para nada; y, en la imposibilidad de continuar evitando á sus perseguidores, se detuvo en medio del patio. Retratábase en su rostro un odio impotente, y agachó las orejas; entonces ocurrió un inesperado suceso que, como por encanto, llevó el sosiego á las iras de toda la manada. La vieja yegua *Viasopurikha* acercóse á él, le resopló y exhaló un suspiro. El viejo la respondió suspirando también hondamente...

V

En medio del patio, iluminado por la luna, erguíase el alto y escuálido perfil del viejo caballo, ensillado aún; el borde del arzón pasaba de la altura de su cabeza, lo que le daba extravagante aspecto. En derredor suyo estaban todos los demás caballos, inmóviles y en profundo silencio, cual si oyesen de su boca algo nuevo y extraordinario.

Y, en efecto, he aquí lo que supieron:

.....

Primera noche.

«Sí. Soy hijo de *Liubezny I* y de *Baba*. Mi nombre, según el árbol genealógico, es el de *Mujik I;* mas en todo el mundo soy conocido por el nombre de *Kholstomer* (1), á causa de mi trote largo y rápido. Según mi ascendencia, no hay caballo más de pura sangre que yo. Nunca os lo hubiera dicho. ¡Para qué! *Viasopurikha,* que estaba conmigo en Kranovo, tampoco me hubiera reconocido nunca; y, en cuanto á vosotros, no me creeríais á no tener el testimonio de *Viasopurikha.* Así, pues, hubiera continuado guardando silencio, porque no necesito de la conmiseración caballar, pero vosotros mismos lo habéis querido. Sí; soy aquel mismo *Kholstomer,* tan buscado por los inteligentes, y vendido por el conde á causa de haber vencido en las carreras á su favorito *Lebed*.....

.....

Cuando vine al mundo ignoraba lo que quería decir la palabra *pío;* no sabía más que una cosa, que era

---

(1) Que significa al pie de la letra «medidor de telas», alusión al braceo largo del hortera, comparado aquí con el gran braceo del caballo al trotar.

yo un caballo. Las primeras observaciones que hicieron acerca de mi pelaje nos asombraron mucho á mi madre y á mí. Probablemente vine de noche al mundo, pues por la mañana me sostenía ya en las patas, limpio por mi madre. Recuerdo que tenía yo un vago deseo, indeterminado, imposible de que yo lo formulase, y que todo cuanto pasaba en torno mío me parecía á la vez muy curioso y muy sencillo. Nuestras cuadras estaban á lo largo de un gran corredor caldeado, y tenían por cierre unas puertas enrejadas á través de lo cual podía verse todo. Mi madre me presentaba las tetas; pero era yo aún tan cándido, que las rechazaba con el morro. De pronto se apartó á un lado; acababa de ver al palafrenero de servicio, el cual se acercaba. Miró á través de la reja de la puerta y la abrió.

—Vamos, *Baba*, acabas de parir—dijo al entrar.

Me rodeó con sus brazos.

—Míralo, Tarass; su pelo es *pío* como las alas del cuervo.

Me arrojé de sus brazos, y, dando un paso en falso, me caí de rodillas.

—¡Vaya con este diablejo!—exclamó.

Mi madre se puso intranquila; pero no atreviéndose á defenderme, se limitó á suspirar hondamente y se alejó. Todos los demás palafreneros se agruparon en torno nuestro y se pusieron á examinarme. Uno de ellos corrió á anunciar al caballerizo mi nacimiento. Todos se reían al ver las manchas de mi pelo y me daban los nombres más estrafalarios. No sólo yo, ni siquiera mi madre, pudimos comprender el sentido de sus palabras. Hasta aquel entonces jamás había habido ningún caballo pío en nuestra familia. No pensábamos que hubiese nada malo en esto. En cuanto á mis formas y á mi fuerza, admiráronles desde los primeros días de mi nacimiento.

—Va á ser muy vivo. Apenas puede sujetársele—decía un palafrenero.

Algún tiempo después vino el caballerizo; asombróse al verme y hasta pareció ponerse mohino.

—Pero ¿á quién se asemeja este monstruo?—dijo.—El general no va á querer conservarlo en la yeguada. ¡Ay, *Baba*, me has hecho una mala pasada!—exclamó, dirigiéndose á mi madre.—Si tuviese una estrella en la frente, menos mal; pero es pío.

Mi madre no respondía nada; solamente, como siempre ocurre en esos casos, exhaló un profundo suspiro.

—¿A quién diablos puede parecerse? Es un verdadero *mujik*. Imposible dejarlo en la yeguada; es

una verdadera ignominia. Sin embargo, ¡es muy hermoso, muy hermoso! —decía examinándome.

Algunos días más tarde vino el mismo general, y volvieron á empezar de lo lindo las imprecaciones indignadas contra mi pelo. Todo el mundo parecía furioso y acusaba á mi madre del color de mi pelaje, añadiendo:

—Sin embargo, ¡es muy hermoso!

Hasta la primavera nos dejaron con nuestras madres en las calientes cuadras. Algunas veces, cuando hacía buen tiempo y comenzaba á desaparecer la nieve bajo los rayos del sol primaveral, se nos permitía salir con ellas al patio grande, recubierto de paja fresca. Allí es donde entablé relaciones con todos mis parientes, próximos ó lejanos, y vi también todas las yeguas célebres salir de sus recintos con sus hijuelos. Entre otras, estaban la vieja *Gollandka*, *Mudika*, la hija de *Smetanka*, y también el caballo de silla *Dobrokhotikha*. Una vez reunidas, resoplaban y revolcábanse encima de la fresca paja, como simples mortales...

No puedo olvidar el patio, lleno de las más hermosas yeguas que se pueda imaginar.

Os asombraréis ante la idea de que yo también he sido joven y picaruelo, pero así es la verdad. *Viasopurikha*, aquí presente, sólo tenía por aquel entonces un año. Era una potranca alegre y gentil, pero (sea dicho sin ofenderla, y aunque la consideréis como de la más pura sangre) era una de las más feas de la yeguada. Ella misma os lo puede confirmar. Mi pelaje, que había desagradado á los hombres, fué muy del gusto de los caballos. Rodeáronme; se pusieron á admirarme y á jugar conmigo. Comencé á olvidar los malos dichos de los hombres y á gozar de mi triunfo. Sin embargo, bien pronto experimenté la primera pena de mi vida, y mi madre fué la causa de él.

Cuando se hubo fundido del todo la nieve, y vuéltose puro y embalsamado el aire como lo está en primavera; cuando los gorriones empezaron á charlar bajo los cobertizos, mi madre se volvió otra vez conmigo. Cambió por completo su carácter. De pronto, y sin motivo, se ponía á jugar y correr por el patio, lo cual no sentaba bien del todo á su respetabilidad de matrona. Ya se ponía meditabunda y relinchaba tristemente, ya mordía á sus hermanas y les tiraba coces; algunas veces acercábase á mí, me olisqueaba y después me rechazaba con aire descontento. Salía á menudo á tomar el sol, apoyaba la cabeza en el hombro de su prima *Kuptchikha*, y durante largo rato le rascaba la

espalda con aire soñador; entonces me impedía mamar.

Una vez vino el caballerizo, hizo que la pusieran un ronzal y se la llevó. Púsose ella á relinchar; la respondí y quise seguirla, pero se fué sin dirigirme ni una sola mirada de despedida. El palafranero Tarass me cogió en sus brazos, en el momento de cerrar tras ella la puerta. Me escapé de su apretón y le tiré sobre la paja; luego me lancé á la puerta, pero ya estaba cerrada y sólo oí los relinchos de mi madre, que se perdían en lontananza. Esos relinchos ya no eran llamamientos dirigidos á mí; tenían otro significado. Una voz potente respondió á la suya. Era, según más tarde supe, la de *Dobry I,* á quien dos mozos de cuadra llevaban á una cita amorosa... No recuerdo cómo salió Tarass del patio. Estaba yo entonces demasiado triste; sentía haber perdidopara siempre el amor de mi madre.

«¡Y todo porque tengo pío el pelo!»—decíame á mí mismo con coraje, pensando en los malévolos dichos de los hombres. Me entró tal arrebato de ira, que me puse á dar con la cabeza, las rodillas y el cuerpo entero contra las paredes del recinto, hasta que me detuve, rendido, exhausto de fuerzas... Algún tiempo después regresó mi madre. Oí su paso ligero, que se acercaba á nuestra cuadra. Cuando le abrieron la puerta y la volví á ver, me costó sumo trabajo conocerla: ¡tanto había cambiado!

La encontré remozada y embellecida. Olióme y relinchó; al punto noté que ya no me quería ni pizca. Me habló de la hermosura de *Dobry* y de su amor á él. Continuaron sus citas, y volviéronse cada vez más frías y estiradas mis relaciones con ella...

Poco después nos enviaron á pastar. Desde aquella época sentí nuevos goces, que me hicieron olvidar el abandono de mi madre. Tuve amigas y compañeros. Aprendíamos juntos á comer hierba, á relinchar como los grandes, á saltar alrededor de nuestras madres, levantando al aire la cola. ¡Era un tiempo muy feliz! Todo el mundo me admiraba, todo el mundo me quería y perdonábanme todas mis locuras. Pero aquello no duró mucho; pronto me aconteció una cosa terrible.»

Al decir esto, el viejo caballo dió un profundo suspiro y se alejó.

Comenzaba á despuntar la aurora; rechinó la puerta y apareció el viejo Nestor... Al entrar se apartaron los caballos; y el guarda, luego de acomodar la silla de su viejo caballo, hizo salir la yeguada.

VI

Segunda noche.

Tan pronto como los caballos hubieron vuelto á entrar en el patio, se agruparon de nuevo en torno del veterano, quien reanudó su relato.

«En el mes de Agosto me separaron de mi madre; pero no sentí dolor alguno. Veía que llevaba dentro de sus ijares á mi hermano menor, el célebre *Ussan*, y que yo quedaba relegado al segundo término. No experimentaba ningún sentimiento de envidia hacia el recién venido; sólo sentía que ya no experimentaba yo hacia ella los mismos sentimientos que antes.

Además, estaba seguro de que, una vez apartado de ella, me encontraría en compañía de mis jóvenes camaradas, y de que iría á pasear con ellos diariamente por los campos y praderas.

Tenía yo por compañero de cuadra á *Mily*. Era un caballo de silla; cuando fué grande, tuvo el honor de que lo montase el emperador, y de ser representado en todos sus retratos y estatuas.

Por aquella época no era más que un potrito de pelo liso, cuello graciosamente enarcado, remos derechos y finos. Siempre estaba de buen temple, dispuesto á jugar con los amigos y lamerlos, á burlarse de los caballos y de los hombres. Cuando estábamos siempre juntos, trabamos tierna amistad, pero de corta duración. Según llevo ya dicho, era de un carácter alegre y muy ligero.

Desde sus más juveniles tiempos, había comenzado á festejar á las potrancas pequeñas. Siempre hacía chacota de mi encogimiento. Picado de sus burlas en lo más vivo, imité, por mi desdicha, su ejemplo, y poco después estaba enamorado. Este impulso precoz fué causa de un gran cambio que se realizó en mi destino, pues aconteció que no supe dominar mis pasiones. *Viasopurikha* tenía un año más que yo. Siempre fuimos muy amigos; pero, á fines del otoño, noté de pronto que trataba de rehuirme... Aún recuerda, de seguro, el fatal amor que por ella sentía yo entonces... Los guardas de la yeguada se echaron sobre nosotros, la espantaron y pusiéronse á pegarme. Por la tarde fuí encerrado en un recinto solitario, donde pasé la noche relinchando desesperado, como si presintiese lo que me iba á suceder el día siguiente.

Por la mañana vinieron á verme el general, el caballerizo, los palafreneros y los guardas. Todo el mundo hablaba y gesticulaba al

mismo tiempo. El general reñía al caballerizo, y éste se excusaba diciendo que él no tenía nada que ver en eso y que era culpa de los palafreneros. El general dijo que los haría azotar á todos, que así no podían guardarse los tipos puros en la cría. El caballerizo prometió que se cumplirían los deseos del general; y todo el mundo se marchó.

Yo no comprendí nada; pero tenía cierto presentimiento de que meditaban algo en contra de mí.

.....

.....

Al día siguiente me convertí en lo que soy ahora, y dejé de relinchar para siempre. Me hice indiferente por completo á todo lo que me rodeaba. Me anegué en amargos pensamientos. En los primeros tiempos me quedé profundamente desalentado, hasta cesé de comer y beber; en cuanto á juegos, ya no existían para mí. Algunas veces me acometía la idea de soltar unas cuantas coces al aire, de relinchar con fuerza, de galopar alrededor de mis camaradas, pero luego preguntábame con tristeza: «¿Para qué? ¿Con qué objeto?», y al punto se extinguía ese deseo.

Una tarde, habiéndome puesto el caballerizo una cuerda al cuello, me paseaba delante del patio á la hora en que solía regresar del campo la yeguada. Vi á lo lejos la nube de polvo y los tan conocidos contornos de nuestras yeguas. Escuché sus pataleos y relinchos, llenos de alegría. Me detuve, á pesar de la soga que se me clavaba en el pescuezo y me hacía pasar la pena negra, y miré el rebaño como se contempla la ventura perdida por toda la eternidad. Conforme se acercaba éste, distinguía yo una por una las figuras de mis antiguas amigas, todas ellas bonitas, majestuosas, sanas y bien alimentadas. Algunas fijáronse en mí y me miraron. El palafrenero tiraba con fuerza de mi ronzal, pero yo no le hacía caso ninguno. Perdí la cabeza, y me puse á relinchar y saltar, pero me pareció extraña y ridícula mi propia voz. Nadie se movió en la yeguada; sólo noté que volvían la cabeza, por urbanidad. Resultaba claro que yo les inspiraba asco, lástima y vergüenza. Sobre todo, estaba horriblemente feo á sus ojos con mi cuello delgado, mi cabeza voluminosa (había enflaquecido muchísimo), mis patas larguiruchas, y, más que nada, mi estúpida actitud (pues, como de costumbre, daba trotecillos alrededor del caballerizo). Nadie respondió á mi llamamiento, y apartáronse de mí todos. De pronto se hizo la luz en mi espíritu, y al cabo comprendí el abismo que me separaba de la yeguada... Desesperado, seguí al palafre-

nero, y no sé cómo llegué á mi encierro.

Desde mi edad juvenil era inclinado á la melancolía y á la reflexión; mis desdichas acrecentaron en mí el desarrollo de ese estado de ánimo. Mi pelaje, que inspiraba tal menosprecio á los hombres, mi posición excepcional en la manada (que adivinaba sin comprenderla muy bien), me hicieron adquirir dominio sobre mí mismo. Meditaba seriamente acerca de la injusticia de los hombres, que me tenían desprecio por mi pelo. Pensaba con amargura en la inconstancia del amor materno y del amor femenino en general, que casi siempre dependen de las cualidades físicas. Reflexionaba, sobre todo, acerca de la naturaleza de esa extraña raza de animales con quien estamos tan íntimamente ligados y que llamamos «hombres». La naturaleza de esos seres y la conciencia de mi situación me fueron reveladas del modo siguiente:

Era en invierno, durante las fiestas. En todo el día no tuve nada que beber ni comer. Más tarde supe que fué efecto de estar borrachos como una cuba todos los palafreneros. Precisamente aquel día el caballerizo, que estaba de ronda, se acercó á mi cuadra; al ver que yo no tenía alimento, se arrebató contra el palafrenero y se fué, murmurando entre dientes. Al otro día vino el palafrenero á traernos el pienso; noté su extremada palidez, y comprendí que había algo doloroso en la expresión de toda su persona. Tiró el heno con ira á través de la reja; y cuando traté de poner mi hocico encima de su hombro, me dió un puñetazo con tanta fuerza que retrocedí; pero no se limitó á esto, y además me dió una patada en el vientre, refunfuñando:

—¡Si no fuera por este feo sarnoso no me hubiese hecho nada!

—Pues, ¿por qué?—le preguntó su compañero.

—No viene á ver los caballos del conde; en cuanto al suyo, le hace dos visitas diarias.

—Pero, ¿le han regalado el caballo pío?

—No sé si se lo han regalado ó vendido; pero ya ves que pudiera yo dejar morir de hambre á todos los caballos del conde; pero si se atreve uno á permitir que le falte alguna cosa á su potro, eso es harina de otro costal. «Echate»—me ha dicho, y se ha puesto á azotarme...—¡Y no te digo más! ¡Eso no es cristiano! Se conduele de una bestia más que de un ser humano. Diríase que no le han bautizado. El mismo contaba los golpes. Ni el propio general azota nunca con tanta fuerza: tengo mi pobre espal-

da hecha una llaga. De veras: no tiene alma de cristiano.

Comprendí muy bien el significado de los latigazos y de la compasión cristiana. En cuanto á lo demás, no comprendí bien lo que querían decir estas palbras: *su potro,* y sólo deduje que tenían una relación cualquiera entre el caballerizo y yo. Pero, ¿cuál era esa relación? En aquel momento no pude comprenderla. Sólo más tarde, cuando me alejaron de todos los demás caballos, fué cuando vi con claridad lo que aquello quería decir.

Parecíame tan ilógico eso de *mi caballo,* como *mi* tierra, *mi* aire, *mi* agua. Sin embargo, me produjo honda impresión. Posteriormente lo he reflexionado; y hasta largo tiendo después, cuando aprendí á conocer mejor á los hombres, no me pude explicar bien todo aquello.

Habéis de saber que los hombres déjanse guiar, no por hechos, sino por palabras. A la posibilidad de hacer tal ó cual cosa, prefieren la posibilidad de hablar de tal ó cual objeto en términos convenidos entre ellos de antemano. Y estos términos, de grandísima importancia para ellos, son los siguientes: *el mío, la mía, los míos.* Los emplean hablando de los diferentes seres vivos, de la tierra, de los hombres, de los caballos. Así, es común, al hablar de un objeto, que una sola persona pueda calificarlo con la palabra *mío.* La persona que tiene la posibilidad de aplicar la palabra *mío* á grandísimo número de objetos es considerada por los otros como la más feliz.

¿Y por qué es esto? No sé; pero es así. Durante mucho tiempo me he preguntado si el móvil de todo sería la cuestión del interés; pero más adelante comprendí que esa no era la razón de lo que tanto me asombraba.

Por ejemplo: muchas de esas gentes que me consideraban como propiedad suya nunca se valían de mí; eran otras personas quienes me montaban, otras las que me daban de comer; cocheros, albéitares y extraños, en general, eran los que me cuidaban, y nunca aquellos á los cuales pertenecía yo.

Con el tiempo, extendióse el horizonte de mis observaciones; y he llegado á comprender que, no sólo con relación á nosotros los caballos, sino para todo el universo, el concepto del *yo* tiene por base el instinto bajo y bestial que los hombres llaman idea ó derecho de la propiedad.

Un hombre dice *mi casa* y no la habita, cuidándose tan sólo de construirla y que no se le destruya; un comerciante dice *mi tienda* y jamás pone en ella los pies, ó bien *mi almacén de paños,* y nunca toma un

metro de ese paño para sus necesidades. Hay hombres que dicen *mis tierras*, y jamás las han visto. Hasta los hay que emplean el vocablo *mío* aplicándolo á sus semejantes, á seres humanos á quienes ni siquiera conocen y á los cuales causan todos los desafueros posibles é imaginables. También dicen *mi mujer*, hablando de una que consideran como de su propiedad, pero que, sin embargo, vive con otro hombre. El principal objetivo que se proponen los hombres no es hacer lo que estimen bueno y justo, sino tener la posibilidad de aplicar la palabra *mío* á grandísimo número de objetos; y ahora estoy convencido de que ahí estriba la diferencia fundamental que existe entre nosotros y los hombres. He aquí por qué, y sin hablar aún de otras ventajas que les llevamos, podemos decir nosotros que estamos en un grado superior al suyo en la escala social de los seres vivientes. Otra observación: la actividad de los hombres á quienes conocí, sólo consistía en palabras, al paso que la nuestra consistía en actos. Este descubrimiento me chocó mucho. Las reflexiones, los ensimismamientos que me sugirieron mis aventuras y mis observaciones me han vuelto el caballo serio y absorto que soy en la actualidad.

Era tres veces sin ventura: por mi pelaje, por mi sexo (que ya no era ninguno), y porque las gentes se imaginaron que ya no pertenecía á Dios y á mí mismo, como toda criatura viviente, sino que era propiedad del caballerizo, puesto que tuvo derecho para llamarme *mi caballo*, y por eso azotó al palafrenero.

Las resultas de esta manera de considerarme fueron numerosas: me alimentaron mejor, me cuidaron mejor, me separaron de los otros caballos y me engancharon mucho más pronto que á mis camaradas. Apenas llegué á la edad de tres años, quisieron ponerme al trabajo. La primera vez que me engancharon, el caballerizo, que me consideraba como propiedad suya, asistió á la ceremonia. Temiendo que hiciese á ello una oposición muy viva, me sujetaron con cuerdas; luego me pusieron una gran cruz de cuero en los lomos y la ataron á las dos varas del carruaje, con dos correas para impedir cocear. Yo sólo deseaba la ocasión de manifestar mi amor al trabajo.

Grande fué su asombro cuando me vieron tirar como un caballo viejo. Después me engancharon todos los días para enseñarme á ir al trote; y todos los días progresaba yo, de suerte que uno de ellos, el mismo general, quedó maravillado. Pero (¡cosa extraña!), desde el momento en que

el caballerizo, y no el general, era quien me aplicaba la palabra «*mío*» ya no tenía igual valor ni talento.

Cuando enganchaban á mis hermanos los «pura sangre», medían les la longitud de sus pasos, los enganchaban en coches dorados, los cubrían con magníficas mantas. A mí me enganchaban en carruajes más sencillos, é iba con el caballerizo á desempeñar comisiones. Y todo ello porque era yo de color pío; y, sobre todo, porque no pertenecía al conde, sino al caballerizo.

Si mañana estamos aún con vida, os contaré cuáles fueron para mí los demás resultados de este cambio de propietario.»

Durante todo el día estuvieron los caballos llenos de respeto para con Kholstomer. El guarda Nestor fué el único que continuó tratándole como en lo pasado; es decir, con muy malos modos.

VII

Tercera noche.

La luna creciente iluminaba de nuevo los contornos de Kholstomer, que estaba inmóvil, de pie, en medio del patio y rodeado por sus camaradas. Continuó su relato:

«La más extraordinaria consecuencia de que yo no pertenecía á Dios ni al conde, sino á un simple caballerizo, fué: que la cualidad que es de gran valor en los demás caballos, tornóse un crimen en mí y fué causa de mi destierro. Me refiero á mi trote rápido.

Un día regresábamos el caballerizo y yo de unas carreras, cuando al entrar vimos que estaban paseando á *Lebed* alrededor del picadero. Nos acercamos. *Lebed* pasó delante de nosotros. Marchaba bien; pero, por más que se las echaba de plancheta, no tenía mi rápido trote; sobre todo, carecía de esa cualidad extraordinaria de levantar un casco inmediatamente que el otro toca en el suelo, para que no se pierda ningún esfuerzo, y, antes al contrario, cada uno de ellos sirva para dar impulso y avanzar más.

«¡Si ensayase el paso de mi pío!» —dijo para sí el caballerizo.—Y cuando *Lebed* volvió á pasar ante nosotros por segunda vez, partí con él. A la primera vuelta, como llevaba ya velocidad adquirida, me tomó delantera, pero á la segunda, había yo tomado impulso y le alcancé; luego le dejé atrás.

Empezóse otra vez, y obtuve el mismo triunfo. Decididamente, tenía yo mejor trote. Todo el mundo se quedó estupefacto. El general suplicó que me vendiesen cuanto antes y muy lejos, á fin de que el

conde no supiese jamás nada de mí. Apresuráronse á cumplir sus órdenes, y fuí vendido á un chalán. No permanecí mucho tiempo en su casa: me compró un húsar de la remonta.

Todo esto era tan injusto y tan cruel, que abandoné con gusto mi patria, mis parientes y mis camaradas. Erame harto penoso la vida cerca de ellos; suyo era el porvenir, el amor; la gloria y la libertad les aguardaban... ¡En cuanto á mí sólo me cabía esperar el trabajo, la humillación! ¡El trabajo hasta el fin de mi vida! ¿Y eso por qué? ¡Porque yo era *pío*, y, por consiguiente, había de llegar á ser propiedad de alguien!...»

Kholstomer no pudo continuar su narración aquella noche. Ocurrió en el patio un acontecimiento que conmovió á todo el rebaño.

Kuptchikha, una yegua que seguía con interés el relato del viejo, se puso á removerse y se alejó á paso lento en dirección al cobertizo. De pronto se la oyó gemir tan fuerte, que llamó la atención á todo el rebaño. Echábase, se levantaba, volvía á echarse de nuevo; las yeguas viejas se acercaron y en seguida vieron de qué se trataba. En cuanto á las jóvenes, de tal manera se emocionaron, que ninguna podía escuchar más el relato de *Kholstomer;* todas rodearon á la enferma.

A la mañana siguiente, había junto á la yegua un potrillo nuevo. Nestor llamó al caballerizo, quien se lo llevó consigo y condujo á la madre á otro recinto.

Los demás caballos fueron al campo, como de costumbre.

VIII

Cuarta noche.

A la noche, en cuanto Nestor hubo cerrado la puerta cochera y quedó restablecido el silencio, continuó el caballo:

«Tuve ocasión de observar de cerca á hombres y caballos en mis peregrinaciones. La mayor parte del tiempo permanecí en poder de dos de mis amos: el príncipe (el oficial de húsares) y una buena anciana que vivía en Moscu, junto á la iglesia de San Nicolás.

El tiempo que pasé con mi húsar fué el mejor y el más agradable. Aun cuando fué más adelante causa de mi ruina, y aunque él no quería nunca nada ni á nadie, precisamente por eso mismo le quería yo y todavía le quiero. Lo que me agradaba en él es que era guapo, rico, feliz, y por todas estas razones no amaba á nadie. Vosotros debéis comprender estos elevados senti-

mientos de caballo. Su frialdad y mi dependencia no hacían más que reavivar mi pasión por él. «¡Mátame, atorméntame!—pensaba yo en aquel tiempo, el mejor de mi vida.—¡Así seré más feliz con eso!»

Me compró porque nadie quería caballos píos. Abandoné, pues, al chalán á quien el caballerizo me había vendido en ochenta rublos.

Como yo os he dicho, pasé en su casa los mejores instantes de mi existencia. Tenía él una querida. Sabíalo yo porque á diario le llevaba á verla, y pasábamos los días juntos á menudo. Su querida era guapa, él también, y su cochero no les cedía en belleza. Por eso los quería yo á todos y era feliz con ellos.

Esta era mi vida: por la mañana un palafrenero venía á arreglarme, no el cochero, sino un palafrenero. Era un joven *mujik*. Abría la puerta de mi cuadra, la barría con cuidado, después me quitaba la manta y me limpiaba con la almohaza... Le mordisqueaba los dedos y piafaba alegremente el suelo con los cascos para darle gracias... Después me lavaba, y cuando había concluido su trabajo contemplaba con admiración mis ijares lisos, mis patas derechas y terminadas por anchos cascos, mi reluciente grupa y mis redondos lomos. Luego de haber puesto heno en el astillero y avena en el pesebre, alejábase y venía el cochero á ver si todo estaba en orden...

El cochero Feófanes se parecía á su amo: uno y otro no tenían miedo de nada ni querían á nadie en el mundo; por eso mismo todo el mundo les quería y admiraba. Feófanes llevaba siempre camiseta roja, pantalón y casaquín de velludo. Me gustaba verle los días de fiesta, cuando entraba en la cuadra, bien peinado y bien vestido, y gritaba con voz retumbante: «Vamos, animal, ¿qué haces?», dándome un golpe en el muslo, en broma y no por hacerme daño; entonces enderezaba yo las orejas y enseñaba los dientes.

También teníamos un «pura sangre» negro, que algunas veces enganchaban conmigo de noche... Llamábase *Polkan*. De un carácter desagradable, no comprendía las bromas; era, sencillamente, malo como un demonio. Como nuestras cuadras estaban juntas, algunas veces me sucedía tener que reñir seriamente con él.

En cuanto á Feófanes, no tenía miedo de él; á menudo, al acercarse á *Polkan*, se le ocurría dar un grito agudo, cual si estuviese colérico y dispuesto á matarle; sin embargo, no hacía más que ponerle el cabestro.

Una vez nos desbocamos *Polkan* y yo á lo largo de la calle principal

de Moscu, llamada Kuznetsky Most. El amo y el cochero no se asustaron ni pizca. Gritaban «¡Cuidado!», riéndose, torcían á derecha é izquierda para evitar atropellos, y no aplastaron á nadie. En su servicio perdí mis cualidades más preciosas y la mitad de mi vida. En su servicio me ocurrieron mil contratiempos y fuí premiado. Pero igual me da, no me quejo; eran los tiempos mejores de mi existencia.

A medio día me peinaban el copete y las crines, limpiábanme los cascos y después me enganchaban. Nuestro trineo era muy pequeño, de paja trenzada, cubierta de terciopelo; los arneses, chapeados de acero, eran de una elegancia inaudita. En cuanto estaba yo listo, Feófanes, con magnífico caftán, un cinturón rojo debajo de los sobacos, y aún más ancho de talante que de hombros, venía á ver si todo estaba en orden. Registraba los arneses, y, satisfecho de su inspección, montaba en el pescante, se arreglaba el caftán, ponía los pies en el estribo, lanzando siempre algunas chacotas, y preparaba el látigo, aunque no me tocaba casi nunca; lo llevaba por el bien parecer. En seguida gritaba: «¡En marcha!» Tomaba yo impulso, y avanzaba gracioso y altivo.

La cocinera, que había salido para verter las aguas sucias, parábase en el quicio de la puerta; el *mujik*, que venía á entregar leña, nos seguía con la vista. Avanzábamos algunos pasos y luego nos deteníamos. Entonces los lacayos y cocheros nos rodeaban, y hablábamos con ellos aguardando al amo; algunas veces permanecíamos tres horas á la puerta antes de que reapareciese. Durante ese tiempo, rodeados de la servidumbre, contábamos todas las noticias que habíamos oído; después, no pudiendo resistir más en el mismo sitio, íbamos á dar una vueltecita y volvíamos para esperar hasta que le diese la gana á nuestro amo. Al fin oíase ruido en la antesala; el criado Tikhon, de traje negro, acudía y gritaba: «¡Acercad!» En nuestro tiempo no había la estúpida costumbre de decir «¡Adelante!», como si ignorásemos que no se anda hacia atrás.

Se acercaba Feófanes, y nuestro amo avanzaba, arrastrando el sable, con paso indolente; su hermosa cabeza ocultábase en gran parte con el cuello de castor de su pelliza y con el chacó. Sin hacer caso ninguno de nosotros, á quienes todo el mundo, menos él, admiraba, subía al trineo y arrancábamos. Yo le echaba siempre una mirada de refilón, sacudiendo la cabeza y volviendo con gracia el pescuezo.

Algunas veces estaba de buen humor el príncipe y bromeaba. Feófa-

nes le respondía sin volver apenas la cabeza, y con los dos brazos siempre en arco para tener las riendas. Hacía con las guías un movimiento imperceptible, comprendido por mí, y que significaba: «Vamos, vamos, vamos, cada vez más de prisa.» Y partía yo como un rayo, estremeciéndose todos mis músculos y levantando nieve en mi carrera.

Los cocheros no tenían entonces esta estúpida manera de gritar: «¡Eh!», como si les doliese en alguna parte.

—¡Hola, cuidado!—gritaba Feófanes.

La multitud se entreabría á nuestro paso y volvían la cabeza todos para admirar por más tiempo al hermoso caballo, al hermoso cochero y al hermoso señor.

Mi mayor placer era encontrarme con un trotón y pasarle... Tan pronto como Feófanes y yo divisábamos á lo lejos un tiro digno de nosotros, tomábamos carrera y partíamos cual una flecha. Poco á poco nos acercábamos; las salpicaduras llegan ya á la trasera del trineo; pronto estoy junto al señor que nos precede, y le soplo en la cabeza; bien pronto llego al cochero, en seguida al cuello del caballo, por fin paso más allá de su cabeza y ya no le vuelvo á ver. Aún oigo el ruido de sus campanillas, que poco á poco se extingue en nuestras espaldas. Durante ese tiempo, Feófanes y yo guardábamos silencio y teníamos un aire distraído, como si fuese nuestro paso ordinario y ni siquiera reparásemos en los que tenían caballos poco rápidos. Así, pues, me gustaba pasar á los buenos corredores y también cruzar por delante de ellos. En menos de un segundo cambiábamos una sola mirada, y ya estábamos lejos uno de otro, continuando cada cual nuestro camino en dirección inversa.»

Rechinó la puerta, y oyéronse las voces de Nestor y de Vaska.

Quinta noche.

Comenzaba á cambiar el tiempo: el cielo estaba nuboso desde el amanecer, y ni siquiera había caído rocío. Hacía mucho calor y eran inaguantables ya los mosquitos. Por la noche se agruparon los caballos en torno del viejo, según costumbre, y éste acabó así su historia:

«¡Ay, no duró mucho mi vida feliz! Al concluirse el segundo invierno tuve el mayor goce de mi existencia, seguido muy pronto por una terrible desventura.

Era en Carnaval. Fuimos á las carreras con el príncipe, y allá ví á mis antiguos camaradas *Atlasny* y *Bitchok*. No sabía yo lo que hacían allí. Apeóse nuestro amo y ordenó á Feófanes que entrara en la

pista. Recuerdo que fuí introducido en la pista y colocado junto á *Atlasny,* quien iba montado por un picador; yo iba enganchado á un trineo de ciudad. A la primera vuelta dejé atrás á *Atlasny;* me acogieron con gritos de triunfo. Me siguió la muchedumbre, y más de cuatro personas ofrecieron por mí cinco mil rublos. El príncipe se sonrió, y dijo, enseñando su bonita dentadura blanca:

—No es un caballo, sino un amigo. ¡No me desharía de él ni aunque me diesen montañas de oro! Señores, hasta la vista.

Al decir esto montó en el trineo y gritó al cochero:

—¡A Ostojenka!

Eran las señas de su querida. Arrancamos. Fué el último día feliz de mi existencia...

Llegamos á casa de la querida. La llamaba *suya,* pero ella quería á otro, ¡y había huido con él cinco horas antes! El príncipe lo supo por la doncella.

Dió al cochero la orden de ir en su persecución, y sin darme tiempo á resollar, me lanzaron á todo escape. Por primera vez en mi vida me molieron á golpes. Por primera vez en mi vida di un paso en falso. Traté de pararme, pero mi amo gritó: «¡Deprisa! ¡Listo!» Y partimos á galope. La alcanzamos á veinticinco *verstas* de distancia.

Así que llegué no pude comer y estuve temblando toda la noche. Por la mañana me dieron de beber, y desde ese momento fuí caballo perdido. Me dieron tormento, lo que llaman *sangrar* los hombres. Se me cayeron los cascos, hinchárónseme las patas y se encorvaron. Me volví débil y apático.

Me vendieron á un chalán, quien me alimentó con zanahorias y otros ingredientes; sin curarme me hizo engordar; no recobré las fuerzas, pero al verme, una persona no inteligente en ello, hubiérase equivocado de seguro.

Tan pronto como acudía algún comprador, el chalán, armado de látigo, me molía á golpes, hasta el punto de acometerme un acceso de rabia, y me ponía á dar cabriolas. Al fin, una señora anciana me compró al chalán.

Iba constantemente á la iglesia de San Nicolás, y azotaba á su cochero todos los días; el desdichado venía á llorar á mi cuadra; con ese motivo aprendí que las lágrimas tienen un sabor ligeramente amargo, bastante agradable. Algún tiempo después murió la vieja. Su intendente me llevó al campo y me vendió á un trajinante. Me dieron trigo y me puse aún más enfermo. Me revendieron á un *mujik,* quien me puso á labrar la tierra. Mal nutrido, mal cuidado, tuve además la

desgracia de herirme un pie con un pedazo de acero. El *mujik* me trocó por otro que le dió un gitano, quien me hizo sufrir el martirio y me vendió á nuestro intendente.

Y aquí me tenéis entre vosotros... »

Todos los caballos guardaron silencio... Comenzaba á caer la lluvia.

IX

Al día siguiente, al regresar la yeguada encontró á su amo en compañía de un forastero.

Acercándose la vieja *Juldiba*, le echó una mirada interrogante.

El propietario era un hombre joven aún; el otro, un antiguo militar de cara abotagada. La yegua vieja pasó tranquila por delante de ellos, pero las jóvenes se conmovieron y extrañaron, sobre todo cuando el amo fué á situarse en medio del rebaño y enseñó una cosa á su amigo...

—He comprado aquella yegua tordilla en casa de Voieykov—dijo.

—Y esa yegua joven, de cascos blancos, ¿de dónde procede? Es muy bonita.

Así pasaron revista á varios caballos, y se fijaron en la yegua alazana.

—Esta es de la raza de Khrienovo—dijo el amo.

Pero no podían examinar los caballos de esa manera. Llamaron á Nestor, que aún estaba montado; acercóse con presteza y se descubrió. El viejo *pío* cojeaba, y, sin embargo, corría con tan buena voluntad, que demostraba cómo nunca se había manifestado descontento aunque le mandasen correr más de lo que sus fuerzas le permitieran y aunque fuese hasta el fin del mundo. Hasta quiso salir al galope y tomó ímpetu con la pata derecha.

—No hay mejor yegua que ésta en toda Rusia — exclamó el dueño, señalando á una de las jóvenes.

El forastero la admiró por cortesía. El dueño, todo agitado, se puso á correr, á enseñar por turno cada caballo y á contar la historia de la raza. El otro se aburría hasta más no poder, pero inventaba preguntas, aparentando interesarse por la yeguada.

—Sí, sí—respondía con distracción á todos los relatos de su amigo.

—Mira bien—proseguía éste.—Fíjate en esas piernas. Me ha costado cara, pero tengo de ella el tercer caballo en disposición de engancharse ya.

—¿Y anda bien?

Así pasaron revista á casi todos los caballos; ya no había más que

enseñar. El amigo no podía resistir más, y preguntó:

—Bueno. ¿Vámonos de aquí?

—Vamos—dijo el dueño. Y tomaron la dirección de la puerta.

El visitante, contento al verse libre, animóse con la idea de volver á casa, donde podría comer, beber y fumar tranquilo.

Al pasar por delante de Nestor, que estaba inmóvil, esperando órdenes, golpeó con su rechoncha mano la grupa del caballo pío:

—¡Es chocante! Yo tuve uno parecido á éste. Te he hablado de él. ¿Te acuerdas?

Viendo el dueño que ya no se ocupaba de los caballos, no prestaba atención á lo que se le decía, y seguía con la vista á su rebaño. De pronto se oyó un relincho débil y tembloroso. Era el viejo caballo pío, quien se contuvo tímido y confuso por su temeridad. Ni el amo ni su visita se ocuparon de él; dirigiéronse á la casa.

El viejo *Kholstomer* había reconocido en el veterano oficial á su dueño muy amado el húsar.

X

.....

Llovía desde por la mañana. El patio estaba oscuro y triste, pero no lo notaban en el interior del castillo.

En un salón lujoso, alrededor de una mesa bien servida para el té, estaban reunidos el castellano, una mujer joven y el antiguo húsar. La joven estaba en cinta, lo cual notábase mucho por su vientre prominente, su actitud echada para atrás, y, sobre todo, en sus grandes ojos que miraban con dulzura y gravedad. Delante de ella estaba el *samovar* y servía el té.

El señor tenía en la mano una caja de cigarros de diez años. Según él, nadie los tenía iguales. Era un joven de veinticinco años, guapo, elegante, vestido á la última moda por un sastre de Londres. De la cadena de su reloj pendían dijes, y hermosos gemelos de turquesas lucían en los puños de su camisa. Llevaba la barba á lo Napoleón III; las dos colitas de ratón en que terminaban sus bigotes estaban tan bien atusadas y eran tan puntiagudas y tiesas, que sólo en París pudieran verse otras análogas.

La dama tenía puesto un traje de muselina de seda rameada de grandes flores, á la Pompadour. De sus espesos cabellos, rubios y bellísimos, aunque no todos eran de ella, salían alfilerones de oro muy originales; pulseras y sortijas de mucho precio adornaban sus brazos y sus manos.

Los muebles del salón eran claros y de madera torneada; las colgaduras de grandes ramajes oscuros. Junto á la mesa, una galguita hacía sonar su collar de plata; tenía un nombre inglés dificilísimo de pronunciar, y que sus amos pronunciaban muy mal por no saber el inglés. En un rincón, entre macizos de flores y plantas raras, encontrábase un piano de madera con incrustaciones.

Un criado, magnífico con su traje negro, de corbata y chaleco blancos, estaba inmóvil, de pie, como una estatua, esperando órdenes. El *samovar* era de plata, el servicio de porcelana fina. Todo era raro y precioso, de última moda; pero faltaban el buen gusto y la elegancia, y todo denotaba la absoluta carencia de instintos artísticos é intelectuales.

El castellano, *sportman* á machamartillo, era un hombre de temperamento sanguíneo y bastante robusta corpulencia; jamás había estado enfermo. Era uno de esos hombres que llevan pieles de marta, beben los vinos más caros y comen en los *restaurants* más en boga; uno de esos á quienes se les ve en todas partes, en las carreras, en los teatros; que sostienen la querida que más alto se cotiza, y que instituyen premios de carreras, á los cuales dan su nombre.

Su amigo y huésped, Nikita Serpukhovsky, había pasado de los cuarenta; era de gran estatura, robusto, calvo; gastaba grandes bigotes y patillas. En otros tiempos había debido de ser guapo; á la sazón estaba degenerado, lo mismo física que moralmente, y aun desde el punto de vista rentístico. Eran tan cuantiosas sus deudas, que, para no ser reducido á prisión, tuvo que solicitar del gobierno un destino de funcionario en la remonta del Estado. Gracias á la elevada posición de su familia y á sus grandes relaciones, había podido conseguir esa plaza; y se dirigía á su puesto, á la capital de la provincia. Componíase su traje de levita de uniforme militar y pantalón azul. Eran de tan buen corte su ropa de vestir y blanca, que sólo un hombre muy rico podía vestirse de aquella manera. Sus botas tenía extrañas suelas, de un dedo de gruesas.

En su juventud se había comido una fortuna de dos millones de rublos y contraído deudas por valor de ciento veinte mil. Después de tal existencia, siempre queda un crédito ilimitado y la posibilidad de vivir con lujo durante diez años aún. Esos diez años tocaban á su fin. Disminuía su prestigio de vividor, y encontraba muy amarga y muy triste la vida. Tomó la costumbre de emborracharse; es decir, que ya

no soportaba el vino tan bien como antes, pues siempre fué bebedor. Los signos más salientes de su decadencia veíanse en lo inquieto de su mirar (parpadeaban sus ojos), en lo indeciso de sus ademanes y palabras. Esa falta de seguridad chocaba, sobre todo porque no estaba en su carácter; adivinábanse los sufrimientos morales que este antiguo buen mozo había tenido que padecer antes de llegar á esa lastimosa degradación.

Todo eso lo veían el dueño y la dueña de la casa; se miraban haciéndose señas de inteligencia, y dejaban para la hora de acostarse reflexiones más extensas acerca del particular. Aguantaban lo mejor posible al pobre Nikita, y hasta le tenían muchas consideraciones. La felicidad del joven humillaba á Nikita, y, al recordar lo pasado, le inspiraba una envidia enfermiza.

—¿No le molesta á V. el humo, María?—dijo á la joven con ese particular tono de cortesía y familiaridad que saben emplear las personas de buena sociedad para distinguir una mujer equívoca de una mujer honrada. No es que quisiera ofender á la que le hospedaba; antes, por el contrario, deseaba hacerse simpático para ella, si bien jamás se habría confesado á sí mismo ese sentimiento bajo é interesado. Por otra parte, sabía que ella se hubiese extrañado y ofendido si la hubiera tratado de diferente modo; además, era preciso reservar ese tono de respetabilidad para la mujer legítima de un igual suyo. Con esas damas hablaba siempre guardando las conveniencias; pero no porque participase de las ideas que se predican en las Revistas (nunca leía esas necedades), á saber, el respeto debido á cada ser humano, sea el que fuere; lo inútil del matrimonio, etc., sino sencillamente porque todos los hombres como es debido obran de esa manera, y él era uno de esos hombres, aunque rebajado.

Cogió un cigarro. Torpemente, su amigo le ofreció un mazo de ellos.

—Pruébalos nada más; ya verás qué buenos son; tómalos.

Nikita rechazó los cigarros. Por la expresión de sus ojos, uno más hábil que su huésped hubiera podido ver que le había ofendido.

—Gracias.

Abrió su petaca y dijo:

—Prueba de los míos.

La dama era más aguda que su amante; reparó en todo eso, y, con presteza y alguna volubilidad, reanudó la conversación:

—Me gusta mucho el humo del cigarro; y hasta yo también fumaría, si no fuese porque ya fuma todo el mundo á mi alrededor.

Y sonrióse con dulzura y bondad. El la respondió con una sonrisa

también, pero un poco retraída; le faltaban dos dientes.

—Te lo ruego, toma este—repuso el castellano, que no era malicioso;—los otros son demasiado suaves. Fritz—dijo al lacayo—*bringen sie noch eine kasten dort zwei* (1). ¿Cuáles prefieres: suaves ó fuertes? Estos son muy buenos. Cógelos todos—continuó, empeñándose en poner á la fuerza los cigarros en la mano de su amigo.

Era visiblemente feliz al poder vanagloriarse delante de alguien, y no reparaba en el disgusto de su amigo.

Nikita encendió un cigarro y trató de dar otro giro á la conversación.

—¿Cuánto te ha costado *Atlasny?*—preguntó.

—Me ha costado muy caro—respondió el otro;—nada menos que cinco mil rublos. Pero, en cambio, estoy tranquilo... ¡Si vieses sus hijos!

—¿Corren mucho?

—¡Ya lo creo! Uno de ellos ha ganado los tres primeros premios: en Tula, en Moscu, en San Petersburgo. ¡Y eso que tenía de rivales los caballos de Voieykov!

— Tu *Atlasny* está un poquillo gordo para mi gusto—replicó Nikita.

(1) Frase alemana que significa: «tráeme otra caja, de las dos que quedan».

—¡Y las yeguas! Son elegantísimas. Tú mismo lo verás mañana. He pagado por *Dobrynia* tres mil rublos, y por *Lascovaya* dos mil.

Y volvió á enumerar sus riquezas.

Su querida advirtió que aquella conversación hacía sufrir á Nikita, y la cortó preguntándole:

—¿Quieres tomar otra taza de té?

—No, gracias—respondió el castellano.

Y prosiguió su charla.

Viendo ella que no tenía ningún medio de interrumpirle, se levantó. Entonces la cogió en sus brazos y la besó con ternura.

Nikita se sonrió al ver lo que hacían. Pero cuando hubieron desaparecido tras el cortinaje de la puerta, alteróse la expresión de su rostro, poniéndose triste, con cierto matiz de ira y desesperación.

XI

Pronto regresó el dueño de la casa y tomó asiento, sonriéndose, en frente de Nikita. Ambos guardaron silencio un rato.

—¿Conque decías que le has comprado *Atlasny* á Voieykov?—dijo con indolencia Nikita.

—Sí. Hubiese preferido comprar

yeguas á Dubovitsky, pero no le quedaban más que malas.

—¿No ha hecho bancarrota Dubovitsky?—prosiguió Nikita.

Pero en seguida se detuvo y miró en torno de él; acordóse de que debía veinte mil rublos á ese «quebrado», y que más bien se le podía decir á él mismo que había hecho bancarrota. Se echó á reir.

De nuevo hubo un largo silencio. El castellano daba vueltas á su cabeza, buscando de qué podría vanagloriarse ante su amigo. Por su parte, Nikita pensaba en demostrar que no se consideraba como un hombre tronado y en ruina.

Ninguno de los dos encontraba nada que decir, aunque ambos se estimulaban fumando un excelente cigarro.

«¿Cuándo beberemos un poco?»—pensaba Nikita.

«No hay más remedio que beber, ó me muero de aburrimiento con él»—pensaba su amigo.

—Dime, ¿piensas permanecer aún mucho tiempo en el campo?—preguntó el antiguo húsar.

—Sí, lo menos un mes todavía. ¿Vamos á beber? Fritz, ¿está eso pronto?

Pasaron al comedor, alumbrado por una lámpara colgante. En la mesa había candelabros encendidos, y los objetos más extraordinarios; sifones, corchos en forma de muñequitas, vinos exquisitos dentro de garrafas, extraños platitos de entremés, aguardiente.

Bebieron y comieron; vuelta á beber y comer más, y reanudóse la conversación. Nikita se ponía rojo y se expresaba entonces sin vacilar.

Hablaban de mujeres y enumeraban todas las que estaban sostenidas por sus conocidos; bailarinas francesas, gitanas, etc.

—¿Has abandonado á la Mathieu?—preguntó el amo de casa.

Esa era la querida que había arruinado á Nikita.

—Yo no he sido; ella es quien me ha abandonado. ¡Ay, hermano, cuando pienso en todo el dinero que he derrochado en mi vida, y en que ahora estoy á mis anchas cuando tengo un millar de florines!... Estoy contentísimo de abandonar á Moscu; ya no podía vivir allí. Mas, ¿para qué sirve el hablar de eso?

Y el otro se aburría de escuchar esas lamentaciones; hubiera preferido hablar de sí mismo, darse pisto, mientras que Nikita quería hablar de su brillante pasado. Le echó vino y esperó á que acabase, para decirle la yeguada que había fundado en sus propiedades, una yeguada como no había otra igual en el mundo; y, además, que su María le amaba por sí mismo y no por su dinero.

—Quería decirte que en mi yeguada—comenzó; pero interrumpióle Nikita.

—¡Ah! Aquellos eran buenos tiempos, lo puedo decir. Por aquella época amaba yo y sabía vivir bien. ¿Me hablas de *sport?* Pues bien; dime cuál es tu caballo más rápido.

El castellano cogió la ocasión por los cabellos para hablar de su yeguada; é iba á dispararse de nuevo, cuando le interrumpió Serpukhovsky.

—Sí, sí; ya sé que vosotros los *sportmen* tenéis caballos por vanidad, y no para los placeres, para la vida. Yo, era otra cosa. Así, ya te he contado hoy que tuve un caballo pío, de montar, parecido al que monta tu guarda. ¡Ah, qué caballo! Tú no lo puedes imaginar; era en el año 1842. Acababa yo de llegar á Moscu; me dirigí á casa del chalán y vi en sus cuadras un caballo pío de magníficos aires. —«¿Qué precio?—Mil rublos».—Me convenía; lo compré, y en él montaba. Pues bien; ¡jamás había yo tenido, ni lo tendrás tú, un caballo semejante! No lo había mejor en estampa, fuerza y ligereza. Tú eras aún un chiquillo y no podías conocerle, pero supongo que has oído hablar de él; todo Moscu le conocía.

—Sí, he oído hablar de eso—respondió su amigo con displicencia.—A propósito de los míos, quería decirte...

—¿Conque has oído hablar de él? Lo compré, como te digo, sin conocer su raza, sin el menor certificado. Más tarde supe de dónde procedía. Voieykov y yo investigamos su genealogía. Pues bien; era hijo de *Lubezny I* y se llamaba *Kholstomer*. A causa de su pelo pío, se lo habían regalado al caballerizo de la yeguada en que naciera.

El caballerizo lo había cuidado y después vendido al chalán. ¡Ah, ya no hay caballos de esos, amigo mío! ¡Ah, los hubo un tiempo!... ¡Ah, la juventud!...—cantó, con la música de un aire gitano.

Comenzaba á estar borracho.

—¡Aquellos eran buenos tiempos! —continuó.—Tenía yo entonces veinticinco años de edad, ochenta mil rublos de renta, ni un cabello gris y dientes como perlas... Todo lo que emprendía me salía bien; y aquello se ha acabado...

—Sí, pero los caballos no eran buenos corredores—dijo el otro, aprovechando la pausa forzosa que tuvo que hacer su amigo para tomar aliento. Te diré que mis primeros caballos empezaban á andar sin...

—¡Tus caballos! En mi tiempo había mucho mejores para la carrera.

—¡Cómo! ¿Mejores para correr?

—¡Sí! Mejores para correr. Recuerdo que un día llegué á las carreras de Moscu en trineo; había hecho enganchar á *Kholstomer*. Mis caballos no corrían; no me gustaban los caballos de carreras y sólo tenía caballos de raza: *General Cholet*, *Mahoma* y *Kholstomer*... También tenía un buen cochero, á quien quería mucho y que concluyó por darse á la bebida... Ahora llego. —«Serpukhovsky—me dijeron—¿cuándo tendrás tú también caballos de carreras?»—¡Bah!. Todos vuestros caballos de carreras no son más que *mujiks*. ¡El demonio se los lleve! Tengo yo un caballo de tiro que pasaría con mucho á vuestros mejores trotones.

—¡A verlo!

—Pues bien: apostemos mil rublos.

Aceptaron, y salieron los caballos á la pista. El mío llegó cinco segundos antes que los otros, y me hizo ganar mil rublos... Pero eso no es nada. Con tres caballos de raza he recorrido cien *verstas* en tres horas. Todo Moscu lo sabe.

Y Nikita se puso á referir maravillas con una facilidad sorprendente de elocución, y con una volubilidad que no permitía meter baza á su amigo. Este se hallaba inmóvil, con rostro contrariado. Para distraerse, no cesaba de echar de beber.

Comenzaba á despuntar el día, y aún estaban uno en frente del otro. El castellano se aburría de lo lindo. Al cabo se levantó.

—Bueno. Si es para dormir, vamos á acostarnos—dijo Nikita levantándose.

Hacía eses y respiraba ruidosamente. Se dirigió al dormitorio que le habían preparado.

.....

El dueño de la casa estaba en el lecho con su querida.

—No; es incorregible—decía él. —Estaba borracho y me contó cosas imposibles.

—Y á mí me ha galanteado—dijo la joven.

—Temo si me pedirá dinero prestado.

Nikita, sin desnudarse, se había tumbado en la cama y resoplaba.

«¡Creo que se ha dado un poquillo de pisto de sobra!»—pensaba.—¡No importa! Su vino es bueno, pero él es un cochino; tiene un no sé qué de tratante. Yo también soy un cochino. En otro tiempo mantenía yo á las otras, y ahora las otras me mantienen á mí. ¡Sí; me mantiene la Winkler; tomo dinero de ella! A fe mía, tanto peor para su amante. Sin embargo, es preciso que yo me desnude... ¡Que si quieres! Lo que es yo mismo, en la vida voy á poderme quitar las botas.

—¡Hola! ¡Que venga alguien!—

gritó; pero el criado que le debía servir estaba dormido hacía largo tiempo.

Se enderezó en la cama, se sentó, se quitó la levita de uniforme y el chaleco, logró sacarse el pantalón y hasta una de las botas; en cuanto á la otra, ya no pudo hacerlo; se lo impedía la barriga. Echóse en la almohada, con un pie calzado y el otro descalzo, y se puso á roncar, llenando toda la alcoba de un hedor á tabaco, vino y sucia vejez.

XII

Aquella noche, *Kolstomer* no pudo volver á sumirse en sus recuerdos. Vaska vino á estorbárselo, le echó una manta en los lomos y se lo llevó á la puerta de una taberna, donde estuvo aguardando hasta la mañana en compañía del caballo de un *mujik*. Los dos animales se lamieron mutuamente. Al otro día *Kolstomer* se reunió con la yeguada, pero tenía un continuo picor en la piel. «No sé lo que será, pero me pica esto dolorosamente»—pensaba.

Transcurrieron cinco días. Al fin llamaron al veterinario, quien exclamó con tono alegre:

—¡Esto es sarna! Déjenme que se lo venda á los gitanos.

—¿Y para qué? Mátelo; es necesario, en absoluto, que desaparezca hoy mismo.

La mañana era clara y hermosa. El rebaño fué conducido al campo. *Kolstomer* se quedó en la cuadra.

Presentóse un hombre extraño, flaco, bronceado, sucio, con el caftán lleno de manchas negras. Era el descuartizador. Cogió de la brida al caballo, sin mirarlo, y fuése. *Kholstomer* le seguía con tranquilidad, sin volverse, arrastrando como siempre las enfermas patas y rozando con el cuarto trasero la paja al pasar.

Al salir de la puerta cochera, el caballo estiró la cabeza hacia el pozo, pero el descuartizador le tiró de la brida, diciendo:

—No merece la pena.

El descuartizador y Vaska llegaron á un claro, detrás del cobertizo de ladrillo; y como si este sitio vulgar tuviese para ello extraordinario interés, detuviéronse allí. El descuartizador, entregando las bridas á Vaska, se quitó el caftán, se levantó las mangas de la camisa, y luego sacó de la caña de las botas un cuchillo y una piedra de afilar.

El caballo alargó la cabeza hacia la brida, queriéndola mordisquear para desaburrirse; pero no pudo conseguirlo. Exhaló un suspiro y cerró los ojos. Dejó colgar el belfo, descubriendo los amarillos y des-

gastados dientes, y se amodorró mecido por el rumor del cuchillo que afilaban. Su pata enferma y adormecida era lo único que temblaba.

De pronto sintió que le cogían y le alzaban la cabeza. Abrió los ojos. Dos perros estaban delante de él: uno olisqueaba al descuartizador, el segundo miraba al caballo como actor principal de lo que iba á ocurrir. *Kholstomer*, al mirarlos, se puso á restregar el carrillo contra la mano que le sujetaba. «Sin duda irán á curarme; así sea» pensaba.—

En efecto, sentía que le estaban haciendo algo en la garganta. Sintió daño, se estremeció, se le dobló la pata; pero se contuvo y aguardó á ver qué iba á ocurrir luego... Lo que ocurrió fué, salir á chorro un líquido corriendo por su garganta y pecho. Un suspiro levantó sus ijares y sintióse muy aliviado...

¡Aliviado de toda la carga de su vida!

Cerró los párpados y dejó caer la cabeza; nadie se la sostuvo. Después le temblaron las piernas y se tambaleó todo su cuerpo; lo que experimentaba era más bien asombro que miedo.

¡Todo le parecía tan insólito! Extrañóse y quiso lanzarse adelante, arriba... Pero, en lugar de eso, se le entorpecieron las patas, removiéndose en el mismo sitio; sintió que se caía de costado, quiso dar un paso, pero se cayó de bruces y sobre el costado izquierdo. El descuartizador esperó el fin de las convulsiones, apartó á los perros que querían acercarse, agarró por las patas al caballo, lo puso panza arriba, y, diciendo á Vaska que lo sujetase, procedió á desollarlo.

—Era todo un caballo — murmuró Vaska.

—Si estuviera más gordo, sería mejor su piel — dijo el descuartizador.

.....

Al atardecer, la yeguada pasó por el montuoso sendero; los caballos del ala izquierda notaron allá abajo una cosa roja y cerca de ella unos perros que se rebullían, cuervos y milanos que revoloteaban. Un perro, con las dos patas delanteras puestas encima de la carroña arrancaba con gruñidos, sacudiendo furioso la cabeza, lo que sus colmillos habían apresado. Una potranca se detuvo, alargó la cabeza y el pescuezo; durante largo rato estuvo husmeando el aire. Costó sumo trabajo hacerle avanzar.

Al alba, en un barranco del añoso bosque, unos lobeznos aullaban alegremente. Eran cinco: cuatro de una estatura casi igual, y otro pequeñito, con la cabeza más grande que el cuerpo. La loba, flaca y en vías de parir, arrastrando el preñado vientre cuyos pezones colga-

ban hasta el suelo, salió de un jaral y fué á sentarse junto á sus lobeznos. Estos formaron corro delante de ella; se acercó al más pequeño, bajó la cola, é inclinando el hocico hacia el suelo, hizo algunos movimientos convulsivos; abrió sus fauces, erizadas de dientes; luego, con un postrer esfuerzo, arrancó y tiró un gran trozo del caballo.

Los lobeznos grandes iban á echarse de un salto encima de él; pero los contuvo con un ademán amenazador y se lo dió todo al pequeño. Este, como encolerizado, agarró la carne gruñendo, la puso debajo de sí y comenzó á devorarla. De igual manera, la loba arrancó para el segundo, el tercero, y así sucesivamente para los cinco. Cuando hubo concluido, entonces se tumbó junto á ellos para descansar.

Ocho días después, tras el cobertizo de ladrillo ya no quedaban más que el cráneo y los dos húmeros; lo demás había desaparecido. Por el verano, el mujik que recoge los huesos para los refinadores llevóse los húmeros y el cráneo; los cuales también hallaron su empleo.

.....

El cuerpo muerto de Serpukhovsky (el antiguo amo del caballo), que había andado por el mundo, comiendo y bebiendo mientras vivió, también dió en tierra mucho más tarde. Ni su piel, ni su carne, ni sus huesos, sirvieron para nada.

Como ese cadáver que había andado por el mundo fué durante veinte años una pesada carga para los demás, también su tránsito no fué sino otra nueva carga. Desde muchísimo tiempo ya no era útil; desde muchísimo tiempo molestaba á todo el mundo. Y, sin embargo, los otros inútiles, verdaderos muertos que entierran á los muertos, creyeron necesario ponerle á ese cadáver un hermoso uniforme y magníficas botas, meterle en un buen féretro nuevecito, con argollas en los cuatro ángulos, colocar este féretro nuevo dentro de uno de plomo, transportarlo á Moscu; y allí, apartar las viejas osamentas para sepultar en medio ese cuerpo podrido, comido de gusanos, dentro del uniforme nuevo y de las botas usadas, y recubrir todo ello de tierra.

Conde León Tolstoy.

EL SUICIDIO EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACIÓN

(CONCLUSIÓN)

Estos son suicidios políticos, guerreros, laicos, si se me permite hablar así. Pero triste es y curioso ver la muerte voluntaria penetrar hasta el seno de los monasterios y en el santuario de la Iglesia. La misma vida religiosa no acertaba á impedir esta tentación en ciertas almas inquietas y enfermizas. El demonio de la tristeza, tan vigorosamente combatido por San Juan Crisóstomo en la débil alma de Stagyra, tentaba de tiempo en tiempo á los pobres monjes perdidos en el fondo de sus celdas é ignorados del mundo (1). Es preciso leer, en Vicente de Beauvais, en Ceroseo, la descripción de esa terrible enfermedad que en ciertas épocas desolaba los piadosos y santos retiros en que se refugiaba la vida intelectual y moral de aquellos tiempos profundamente turbados. Los escritores eclesiásticos dieron un nombre griego á esta enfermedad, y la llamaron *acedía*. El exceso de este disgusto malsano conducía derechamente al suicidio, y con verdadero espanto cuentan los piadosos cronistas algunos ejemplos dolorosos. Ya es una religiosa de avanzada edad, de virtud ejemplar, que se siente de repente acometida del mal de la tristeza y atormentada por el espíritu de blasfemia, de duda y de incredulidad. Se cree condenada, se desespera y se precipita en el Mosela, de donde se la saca viva; ya es un hermano converso que se ahoga en una hora de delirio. Una re-

(1) Véase, en el *Curso de literatura dramática* de M. Saint-Marc Girardin, que ha tratado con delicada justicia de todas estas cuestiones, el profundo análisis de esta tristeza particular *la athumia* que padecía el alma de Stagyra y que no es otra cosa que el primer síntoma de la enfermedad moderna de Werter y de René. *(Curso de literatura dramática*, primer volumen, página 93.)

ligiosa seducida por los *artificios mágicos* de un monje, y que loca de amor, incapaz de resistir á la tentación, quiere salir del convento. Se impide que salga y se arroja, á un pozo y muere. Baudoin, monje de Brunswick, debilitada su cabeza por las vigilias y el trabajo, se cuelga de la cuerda de la campana de su convento. El viejo fraile Heron acometido repentinamente por el demonio de la tristeza, se ahoga. Había, como se ve, un sentimiento más fuerte que la doctrina misma del cristianismo, más fuerte que la fe, más fuerte que la esperanza de salud, y que en ciertos momentos señalaba su presencia con terribles victorias, era aquella una insoportable tristeza, un miserable disgusto. En vano ciertas almas, enfermas del disgusto de la vida, buscaban en el fondo de los asilos sagrados un refugio contra sí mismas. No encontraban todas su curación en el reposo místico de la contemplación y de la plegaria; muchas languidecían en su retiro, víctimas de mortales tristezas: sufrían otros hasta el punto de querer mejor morir; y la fe, vencida, cedía ante la horrible alegría de la muerte. ¡Cuánto debía de sufrirse para que en aquella edad de fe sencilla y á la sombra de los tabernáculos en que Dios vivo residía, el pensamiento del suicidio triunfase del temor de las penas eternas! ¿Cómo formarnos idea de los gemidos lanzados por aquellas almas heridas de muerte? Pero estos viejos muros místicos han guardado su secreto y sólo con gran trabajo puede seguirse el rastro de sangre de esas historias sepultadas en el pasado.

A despecho de la *acedía* y de sus extravíos, á despecho de la alucinación demoníaca que tantas víctimas hizo durante la Edad Media, justo es reconocer que, en suma, bajo la ley cristiana, el suicidio es raro, sobre todo en aquellos tiempos en que la creencia era cándida y fuerte, la vida laboriosa, el sufrimiento real, cotidiana la lucha contra el hombre, la peste y los males de la guerra. Lo que demuestra mejor que cualquier otra prueba que tales hechos son vagos, es que han impresionado la imaginación contemporánea con una especie de poder misterioso. Para los cronistas, cada suicidio es el crimen inexpiable de Judas. Se refiere el hecho con horror piadoso. Puede decirse que la Edad Media es un punto de espera en la historia del suicidio. Durante toda esta época en que el dogma cristiano reina sin rival sobre las conciencias, la muerte voluntaria aparece todavía de tiempo en tiempo, pero no reviste ya, como en otras épocas, la forma

de una doctrina; es más bien una rebelión contra la regla aceptada. Cuando vino el protestantismo hubo nuevas condenaciones para el suicidio. Lutero declaró formalmente que Dios es el señor único absoluto de la vida y de la muerte. Calvino y Teodoro de Beza no son menos explícitos. Se conoce cierta carta admirable de Juana Grey al doctor Aylmeis, escrita la víspera de su muerte, en la cual carta esta pobre reina de nueve días, esta mujer casi niña cuenta qué piadosos razonamientos opuso á las tentativas de su fiel servidor Arham, que quería sustraerla, por medio del veneno, á las ignominias del último suplicio, y que la excitaba á la muerte voluntaria proponiéndole ejemplos antiguos. «Los antiguos—dice la carta—elevaban su alma por la contemplación de las propias fuerzas, los cristianos tienen un testigo, y delante de El les es preciso vivir ó morir; los antiguos querían glorificar la naturaleza humana, y colocaban en la primera línea de las virtudes la muerte que sustraía á los hombres del poder de sus opresores; los cristianos estiman, por el contrario, el acatamiento que les somete á los designios de la Providencia.» Así pensaba y así murió aquella amable y tierna reina, que tiene á su favor el corazón de la posteridad por lo que hay de más atractivo en el mundo: la gracia en el infortunio.

Mas enfrente del catolicismo, que secunda su freno para contener el suicidio, y del protestantismo, que proclama que sólo á Dios pertenece el derecho sobre la vida, he aquí que aparece el Renacimiento, que reivindica los fieros privilegios del estoicismo y renueva la escuela filosófica del suicidio. El despertar brillante de las ciencias y de las letras, la admiración de la sabia antigüedad, la pasión por la imitación, el prestigio de los grandes nombres y de los muertos ilustres, el renaciente gusto por el paganismo, el desquiciamiento de las creencias, son otras tantas causas que contribuyeron poderosamente á modificar las ideas de la Edad Media sobre la muerte voluntaria. Entonces aparecen por todas partes apologías filosóficas. Tomás Moro, en su *Utopía,* admite en ciertos casos la legitimidad de la muerte por sí mismo. Otro inglés, Juan Done, compuso, bajo la doble inspiración del Renacimiento, que exalta su espíritu, y de la miseria que le oprime, un libro titulado *Suicidio,* en el cual libro se demostraba esta tesis: «El homicidio de sí mismo no es tan claramente un pecado que no pueda ser visto desde otro aspecto.» En ese estudio, se pasa cuidadosamente, revista á la naturaleza y

alcance de las leyes que con ese acto parecen violadas. Montaigne, en Francia, es un apologista entusiasta de la muerte estóica, y manifiesta decidida simpatía por la muerte de Catón, que glorifica á cada instante; iba á decir que deifica. «Este personaje — dice — fué verdaderamente un patrón que eligió la naturaleza para mostrar hasta qué punto puede llegar la virtud y firmeza humanas... Su muerte nos muestra la grandeza de su alma y nos causa una emoción extraordinaria y un placer verdaderamente viril.» Y luego añade: «El saber morir nos libra de toda sujeción y cadena.» La muerte más voluntaria es la más bella. La vida depende de la voluntad de otro, la muerte de la nuestra. En ninguna otra cosa debemos acomodarnos á nuestros propios humores que en ésta. La reputación no hace referencia á semejante empresa; es una locura respetarla. Existe un rasgo común á la emoción y á la muerte: se nos hiere, se nos canteriza, se destruyen nuestros miembros ó se nos quita el alimento y la sangre; un poco más, y nos encontramos del todo cuerdos. Desde este punto de vista, Montaigne es Séneca, resucitado en la más pura tradición de la escuela estóica del suicidio. En esta época se multiplican las muertes voluntarias, porque casi todos los hombres sienten la influencia del mundo antiguo. M. Bourguelot, cuyos escritos hemos ya citado, enumera, entre otros, el suicidio del sobrino del conde de Petersburgo, Felipe Mordaunt, que se mató en el seno mismo de la felicidad; Ricardo Smith, que hizo otro tanto, después de haber perdido su fortuna; Carlos Blount, traductor de la vida de Apolonio de Tyane, que se hirió con un cuchillo para no sucumbir á una pasión criminal; Buenaventura de Periers, autor del *Cimbalum mundi*, que se arrojó sobre su espada en un momento de desesperación; Jerónimo Cardan, matemático y filósofo célebre, que había predicho la época de su muerte, y que por no aceptar el mentís de la naturaleza la obligó á obedecerle muriendo de hambre. Un suicidio más antiguo es el de Felipe Strozzi, romano desconocido del siglo XVI. Hecho prisionero por el gran duque Cosme I, su enemigo, y acusado de haber tomado parte en el asesinato del duque Alejandro I, prefirió matarse antes que exponerse á revelar en el tormento el nombre de sus amigos. «Si no he sabido vivir — dijo — por lo menos sabré morir.» Su testamento lleva el sello de la fiereza republicana y de las reminiscencias clásicas: «Al Dios libertador. Para no estar más tiempo en poder de mis bárbaros enemigos, que injusta y cruelmente me

han aprisionado, y que pueden obligarme, por la violencia de los tormentos, á cosas que lesionarían mi honor, el de mis parientes y el de mis amigos, yo, Felipe Strozzi, tomo la única solución que me resta, por más que me parezca funesta para mi alma; resolución que consiste en poner fin á mi vida con mis propias manos. Recomiendo mi alma á la soberana misericordia de Dios, y le pido humildemente, á falta de otra gracia, la de concederme para último asilo el lugar en que habitan las almas de Catón de Utica y de los hombres virtuosos que tuvieron un fin semejante.» Todo el espíritu del siglo XVI brilla en estas palabras.

El siglo XVII es una época relativamente tranquila, en que la vida se regulariza y se apaciguan los febriles ardores del siglo precedente. Las creencias, quebrantadas durante un momento, se restablecen en las almas. La filosofía espiritualista añade á las esperanzas de la fe las de la razón. Las inquietudes del siglo precedente se purifican: es un siglo orgánico, y estas épocas privilegiadas de la historia tienen un carácter de sólida grandeza y de paz animada que se concilia mal con las enfermedades morales, cuyo suicidio es el término. En el siglo XVIII, y sobre todo al terminar el siglo, despierta el mundo nuevo, las inquietudes se reaniman, presentimientos agitados recorren Europa, y la conciencia humana, tocada de una indefinible enfermedad, se atormenta en las impaciencias de una larga espera. Este mal sin nombre, y que no es otra cosa que el sueño confuso de los sentimientos modernos, va á producir una escuela nueva de suicidio. Comienza la edad de Werter.

II

La enfermedad de Werter, nombre que se ha dado al mal del siglo, es un mal complejo. En él entra un poco de todos los elementos humanos y cada facultad del alma la lleva su tributo. Ya sea la imaginación, estérilmente activa y atormentándose en la vida, ya la voluntad con sus miserias, sus desfallecimientos y sus turbaciones, ya la sensibilidad acometida de irrealizables deseos, siempre el fondo de todo esto es una melancolía enamorada de sí misma. Esta tristeza, de un género particular, se parece á la tendencia de un cristianismo romántico desviado hacia el país de las quimeras. En el fondo del carácter de Werter y de los innumerables personajes que él ha inspirado, se encuentra siempre la doble influencia de una especie de

poesía soñadora que se separa de la acción, y de un escepticismo vanidoso que desea replegarse sobre sí mismo en una verdadera idolatría.

Bien quisiera definir con algún esmero este sentimiento nuevo de melancolía apasionada, gozando en su mismo dolor, saboreando sus propias heridas y acariciando en secreto sus sufrimientos. Casi nada parecido encontramos en la antigüedad y nada análogo en la literatura del siglo XVII.

El espíritu antiguo tenía su tristeza, pero era, por decirlo así, una tristeza epicúrea, nacida de la sociedad, y recordadora de que el placer y la alegría siempre renovadas, no duran una eternidad. Aparte de la melancolía excepcional del filósofo Heráclito, aparte también de algunas notas misteriosas, escapadas de algunos poetas como Esquilo, Píndaro, Lucrecio ó Virgilio, los romanos como los griegos, amantes de los bienes de la tierra, no se quejaban de otra cosa que de la brevedad de la vida y del rápido volar de la prosperidad. «Adheridos á la hora presente, no sabemos lo que la suerte nos reserva de disgusto y de turbación para la hora próxima: gocemos. Puede venir la muerte y marchitar las coronas de flores que adornan nuestras cabezas.» Así cantaba Anacreonte, y así cantaba Horacio.

El cristianismo enseñó al mundo una melancolía más digna, más elevada, más fecunda en grandes pensamientos; esa melancolía se inspira en el sentimiento profundo de la nada de la vida enfrente de la eternidad, de la nada del hombre enfrente de Dios. La idea del infinito, una vez despierta en el alma humana, no le dejará reposo ni paz. Una constante inquietud perseguirá al hombre hasta en sus alegrías, y toda la felicidad de la tierra no bastará para llenar la capacidad de sus deseos, si una sola vez prueba una gota de aquella embriaguez sagrada. En el cristianismo existe el germen de una inmortal tristeza, y toda la literatura, y toda la filosofía cristiana se resienten de esa misma influencia. Esa tristeza religiosa se respira ya en los salmos de los hebreos, en el libro de *La Sabiduría,* y, sobre todo, en el libro de Job. Marca su huella en cada una de las páginas de las obras de los padres de la Iglesia; anima la literatura del siglo XVII con la más alta elocuencia y la más alta poesía. Es la que dictaba á Corneille aquellas estrofas en que Poliucto, en el umbral de la eternidad, arroja el anatema del martirio á los placeres del mundo, inspiraba á Pascal sus *Pensamientos,* que encierran el infinito en una frase; impregna la gran palabra de Bossuet de una poesía casi

lírica. Mas señalémoslo bien: en el fondo de la melancolía cristiana hay ideas positivas y precisas que sostienen el alma y que la dirigen; esta melancolía tiene un objeto definido y límites fijos. El alma que está poseída de este sentimiento, sabe á qué atenerse en la vida, no se abandona á sueños estériles, se somete á prácticas establecidas, que á la vez son una disciplina y un apoyo, y economiza el tiempo de su prueba en provecho de la eternidad. No se abisma en Dios, ni aun en la oración, no se aventura por caminos revueltos y peligrosos; y si el alma inquieta y sutil de Fenelón cede un instante ante los sueños místicos, la voz de la Iglesia le llama bien pronto á las verdades sencillas y á la práctica. El sentimiento religioso tiene un carácter positivo, se regula por un dogma; no sueña, obra.

La melancolía moderna tiene también por origen el sentimiento doloroso de lo que hay de incompleto en el destino del hombre; pero mientras que el espíritu cristiano se apoya sobre esta consideración para lanzarse de la esfera del tiempo á la esfera de la fe, la imaginación moderna, alterando el sentimiento de lo infinito por un inquieto sentimiento de duda, se complace en la meditación de ese contraste doloroso que existe entre las ansias del hombre y la realidad, entre sus deseos humanos y su destino tan estrechamente limitado en la imperfección de sus facultades. Hay aquí una vaguedad terrible, por no sé qué de indeciso é indeterminado, que ofrece un singular y peligroso atractivo. La imaginación se pierde en delicias, la voluntad se anonada. Su existencia no es más que un sueño agitado. Bajo el imperio de esta tristeza soñadora, el alma sufre y goza á la vez. Sufre el vacío inmenso que la sensibilidad le hace encontrar en la vida, las decepciones de la inteligencia y del corazón que habían soñado con una ciencia y un amor imposibles; de ese tormento inefable que produce en nosotros el pensamiento de lo infinito, cuando no detenemos este pensamiento bajo la forma precisa de una creencia, de una esperanza ó de una súplica; pero al mismo tiempo goza de sus sueños confusos, de sus facultades, aunque incompletas, del sufrimiento mismo, que es un pretexto para ocuparse de sí mismo y concentrarse en una contemplación perpetua que se parece á una adoración. Hay algo de dulzura en sufrir de esa suerte; pero, no lo olvidemos, esa complacencia idolátrica del alma, por ella misma la enerva insensiblemente, la incapacita para obrar, detiene el resorte de la voluntad, y si puede producir cierta predisposición á lo novelesco,

confesemos al menos que no produce un estado moral y sano; la incapacidad para obrar conduce bien pronto á la impotencia para vivir. El alma aplicada eternamente á analizarse se hace irritable hasta el exceso, é impaciente ante los obstáculos, se fatiga de la vida, ó, lo que es lo mismo, del esfuerzo, y se va dejando ganar poco á poco por la curiosidad de la muerte. Fuera de la fe, no hay para el alma, más allá de la vida, mas que lo inmenso desconocido; este porvenir misterioso solicita al pensamiento como un descifrable enigma. Al término de estas vagas tristezas, sin remedio, puesto que son en común, aparece la idea del suicidio como el único medio de escapar de la fatiga de vivir y de conocer la clase del destino, si es que alguno existe.

Tal es el sentimiento de la melancolía que va á producir, al terminar el siglo XVIII, la escuela literaria del suicidio. Se conoce esta escuela: Werter, Jacobo Ortiz, Manfredo, René, Obermann, Adolfo, Rafael, Jacques; he aquí la triste familia de esos héroes que tienen á Hamlet por abuelo. A Shakespeare, en efecto, se remonta la verdadera paternidad de esta raza enfermiza. Pero el pensamiento de Shakespeare no llega á ser fecundo hasta fines del último siglo. No se comprende el delirio de Hamlet sino después de haber sentido los sufrimientos de Werter. Goethe lleva ante la historia la responsabilidad de ese tipo novelesco de la pasión y de la melancolía. El fué quien dió nombre á esta enfermedad del espíritu moderno.

El éxito prodigioso de Werter, que fué mucho más que un éxito literario, prueba incontestablemente que Goethe había expresado otra cosa que emociones de fantasía ó sentimientos individuales. Un dolor verdadero hablaba en este libro, y la generación á que él se dirigía le acogió con entusiasmo, reconociendo una parte de su alma algunas de sus pasiones, de sus sueños, de sus tristezas. Cuando apareció Werter diez y seis años antes de la revolución francesa, sintióse cierta especie de laxitud enfermiza y cierta ansiedad apasionada. Se presentía que algo iba á suceder y que alguna cosa iba á pasar: el espíritu estaba á la vez dispuesto é inactivo. Hallábase como en suspenso delante del porvenir que se preparaba, mas nada se hacía, porque nadie veía punto alguno ni objeto hacia el cual enderezar útilmente la acción. Esta inercia febril se convertía fácilmente en sueños delirantes, en amores quiméricos, alimentos de una imaginación ardiente y desocupada. No sabiendo dónde encontrarlas, se echaba mano de pa-

siones facticias que cada cual se forjaba á su gusto para dar un objeto á la vida. Pero el sueño no permanecía largo tiempo en actividad; le eran precisos más sólidos apoyos, y esta actividad, entretenida un instante con quimeras, se abatía en seguida, y no dejaba al alma otro sentimiento que el sentimiento amargo del vacío. ¿La anulación del alma no es el carácter distintivo de esta generación á la vez entusiasta y escéptica, metafísica y sentimental, débil de voluntad y violenta de pasiones, llena de contradicciones y caprichos, desdeñando la acción y pereciendo por la pereza que Werter nos representa con grandísimo y atractivo relieve?

Mas para qué esforzarnos en dar cuenta de esta situación moral. Nadie mejor que Goethe la ha descrito en esta página de sus *Memorias*. En ninguna parte ha sido mejor analizado el mal de la vida. Goethe es un Werter hasta en sus sufrimientos, hasta en sus tentaciones del suicidio. Werter es más que un hombre, es toda una generación. En medio de estudios estériles, privado de estímulos y de excitación, arrastró una vida lánguida. Me parecía que estaba alejado del destino de mi vida, y mi orgullo se revolvía contra un destino, sin relación, con mis deseos, contra una existencia sin objeto y sin honor. El conocimiento íntimo y el gusto por la literatura inglesa, que yo no había cesado de profundizar, aumentaba la intensidad de mis tristes meditaciones. En la más feliz situación imaginable, sucede que la falta de actividad, junto á un vivo deseo de acción, nos precipita hacia la necesidad de la muerte y nos hace sentir la sed de la vida. Pedimos á la existencia mucho más de lo que puede darnos, y estos impuestos exorbitantes que le imponemos, no pueden ser ni durables ni bastantes á satisfacer la avidez inmensa de nuestras sensaciones; insensatos como somos, buscamos deshacernos de una vida que no corresponde á la altura y exigencia caprichosa de nuestro pensamiento. Sé bien cuántos sufrimientos me han costado todas estas especulaciones, sé también cuántos esfuerzos he tenido que hacer para librarme de esa obsesión constante: la boga que ha obtenido el *Werter* me prueba que esas mismas ideas tan enfermizas no eran particulares y privativas mías; no ocultaré ni los dolores que participo con los hombres de mi siglo, ni mis meditaciones sobre el suicidio, meditaciones que han absorbido una gran parte de mi juventud. Me parecía, lo confieso, muy monótona la vida. Acometido de fastidio, insensible al amor, no esperaba esa voz dulce de la naturaleza, que en intervalos re-

gulares nos llama á gozar de sus metamorfosis maravillosas. Con nada mejor se me ocurre comparar esta situación que con la sordera del desgraciado que, extenuado el oído, no oye ningún sonido. Jenny se sublevaba contra la eterna verdura de la primavera: hubiese querido que las hojas, en vez de su verdura siempre idéntica, se coloreasen con tintas de púrpura y azul. He conocido un inglés que se ahorcó para escapar al fastidio de tenerse que vestir todos los días, y un honrado jardinero que apoyado en el mango de su azadón clamaba en el tono de la desolación más sincera contemplando el volar de las aves: «Habráse visto siempre á esos malditos ir de un lado á otro del cielo!...» A menudo el poder de esa enfermedad mora es proporcionado á las cualidades y virtudes del desgraciado que de ella es víctima. El favor de los grandes, el capricho de las amistades y de los amores, todos los accidentes del destino humano hieren al alma irritada ó febril: débiles en los combates contra nuestros vicios, nos fatigamos en esta lucha interminable. Caemos sin cesar en los mismos errores; á veces traen su origen de nuestras mismas virtudes, y en la impotencia en que nos hallamos para separar los unos de los otros, desesperados de nuestra debilidad incurable, nos determinamos á triunfar de ellas por medio de una puñalada. Tales eran los pensamientos cuya influencia dominaba mi asombrada imaginación. Había meditado durante mucho tiempo acerca de los diversos medios de que el hombre puede servirse para librarse de la existencia. La muerte de Otón, sobre todo, excitaba mi asombro. Vencido, pero señor todavía de una parte del mundo, pensó con dolor en las víctimas que llenarían bien pronto el campo de batalla. Entonces se resolvió á no cometer aquel crimen y á salir de la vida, á renunciar al imperio y á la luz del día. Sus amigos, convocados á un gran festín están lejos de penetrar el designio de su emperador. A la mañana siguiente se le encuentra en su lecho, tranquilo y con un puñal en el corazon. De todos los suicidios, acaso sea este el que pruebe más fuerza de alma y más libertad de espíritu. Poseía yo una bella colección de armas antiguas; entre otras un puñal de elegante forma, ricamente guarnecido, y cuya aguda punta hubiese cumplido en pocos instantes, manejado por una mano segura, eso que Shakespeare llamó la gran acción humana. Más de una vez lo apoyé sobre mi pecho; me faltó la fuerza; no tardé en reconocer que aquella sed de la muerte no era más que la fantasía de un desenlace lúgubre. Me eché á reir, y me sentí cuerdo.

Sin embargo, los mismos sentimientos de fastidio que me habían preocupado, volvieron á atormentarme. Necesitaba una obra poética en que poder depositar para mi reposo estos tristes pensamientos; era el único medio de darles salida y de librarme de ellos expresándolos. En este momento, el rumor de la muerte del joven Jerusalém llegó hasta mis oídos. El plan de Werter fué trazado del modo que queda referido; la obra, concebida de una sola ojeada, fué escrita del mismo modo, los fantasmas que habían obsesionado mi juventud tomaron realidad y mi curación quedó terminada.

Sabido es cómo los sufrimientos del joven Werter apasionaron á Alemania y á Francia más tarde. Se sabe también que el mismo Goethe, que había lanzado aquel gran gemido, se sintió conmovido cuando todos los ecos de sus palabras llegaron hasta él. Los verdaderos poetas son los intérpretes del alma universal, de sus inspiraciones y sufrimientos en un momento determinado de la historia: sólo son grandes á condición de traducir emociones generales; sufren las ideas ó los sentimientos de su época ó de su país; por haber dado á estas ideas una expresión que antes no tenían y á la vez esos sentimientos antes ignorados, es por lo que han hecho hablar al corazón de la humanidad, que antes no tenía ni voz ni palabra con que expresar unas y otras; por esta razón también la humanidad los considera como sus poetas privilegiados. Pero esta influencia de su siglo que tan profundamente sienten la devuelven, sobre ese mismo siglo, multiplicada hasta lo infinito. Influyen á su vez y con increíble poder sobre la generación que influyó en ellos. Goethe encontró la inspiración de Werter en el sentimiento profundo de los sentimientos de su tiempo; tuvo por colaborador en esta obra única el espíritu soñador de su país y de su época. Mas, á su vez, inspiró á toda una generación y le dió ese punto de melancolía, esa curiosidad de la muerte, esa susceptibilidad penosa, esa pasión por el análisis, con todo lo cual había formado el carácter de su héroe. Su obra fué, por consiguiente, causa y efecto á la vez. Había nacido la novela de un dolor verdadero y de una emoción general. Goethe propagó el gusto (ó más bien el culto) de este dolor, de esa emoción, que había sido un sufrimiento; creó una moda, y el suicidio, durante cuarenta años, llevó el uniforme de Werter.

Goethe no había sentido más que una tentación vaga hacia el suicidio, y se decidió á hacer morir á Werter en su lugar. Un cuarto de siglo después, Chateaubriand, aco-

metido del mismo disgusto por la vida, llevó mucho más lejos las cosas que Goethe; sólo le salvó la casualidad, si hemos de dar crédito á las *Memorias de ultratumba*. «He aquí—nos dice—que ha llegado un momento en que necesito algún esfuerzo para confesar mi debilidad. El hombre que atenta á su vida muestra menos el vigor de su alma que el desfallecimiento de su naturaleza. Tenía una escopeta, cuyo fiador estaba bastante gastado, y que hacía tiempo que no se usaba. La cargué con tres balas y me metí en una encrucijada bastante alejada del Gran Moèl. Monté el fusil, introduje el cañón en mi boca y golpeé la culata contra el suelo; varias veces hice lo mismo; el tiro no salió; la aparición de un guarda suspendió mi resolución. Fatalista sin querer y sin saberlo, supuse que no había llegado mi hora, y dejé para otro día la ejecución de mi proyecto. Si me hubiese matado, todo cuanto he sido hubiera sido enterrado conmigo; nada se sabría de la historia que me había conducido á esta catástrofe; hubiera engrosado la multitud de infortunados sin nombre; no hubiera podido seguir el rastro de mis disgustos, como un herido el rastro de su sangre.» No se curó, sin embargo, como Goethe, sino que, como escribe en su *René*, toda su vida, según su enérgica expresión, no fué otra cosa que un largo bostezo de fastidio. En el fondo de estos disgustos de soberbia, ¿qué parte tuvo la vanidad herida? ¡Qué de pequeñeces en estas desesperaciones, que lanzan un reto á la vida y al mundo! ¡Qué de Renés se hubieran salvado si los hubiesen nombrado ministros á tiempo!»

El mal del siglo existía, sin embargo, y sería injusto negarlo obstinadamente. Esta inquietud, este fastidio del mundo, esta laxitud de la vida, este anhelo engañado á menudo, pero indomable hacia las cosas invisibles; la pasión de lo novelesco, incapaz de plegarse á los pequeños deberes que nos solicitan cada día y cada hora; el apetito del alma, que quiere, como dice Goethe, beber la vida en la espumosa copa del infinito, son los rasgos característicos del lirismo moderno, y este lirismo no sería tan grande ni tendría tanto brillo si no estuviese inspirado en sentimientos sinceros. A la emoción panteística de Werter sustituid una religiosidad vaga, y tendréis las *Meditaciones* y las *Armonías*. Es el mismo género de sublime, embriagante, melodioso y triste. Encontraréis en el fondo el gusto siempre de la muerte. Si Rafael no es una ficción, si existió, sufrió también como Goethe y Chateaubriand la tentación del suicidio. «¡Oh! Muramos—decía Julia—y so-

foquemos este porvenir dudoso, ó muertos en este último suspiro que depositara en nuestros labios el sabor sin mezcla de la completa felicidad. Mi alma me decía en el mismo momento y con la misma fuerza lo que su boca decía á mi oído, lo que su rostro decía á mis ojos, lo que la naturaleza solemne, muda, fúnebre, en el esplendor de su hora suprema, me decía en todos sentidos. De suerte que las dos voces que yo escuchaba, la una fuera y la otra dentro de mí, me hablaban las mismas palabras, como si el uno de esos lenguajes no fuese más que el eco ó la traducción del otro. Olvidado del universo le respondí: ¡Muramos! Rodeé entonces su cuerpo y el mío (que estaban unidos como en un mismo ataúd) con ocho vueltas con las cuerdas de la red de pescadores que había en el barco al alcance de mi mano. La levanté en mis brazos, que conservaba libres, para precipitarla conmigo en las olas. En el momento en que el impulso hecho por mí iba á lanzarnos para siempre al abismo, sentí su pálida cabeza doblarse como el peso de una cosa muerta sobre mi hombro, y desfallecer su cuerpo sobre sus rodillas. El exceso de la emoción, el deseo de morir juntos, se había adelantado á la misma muerte. Se había desvanecido en mis brazos.»

Descendamos más hacia nuestros días, y nos encontraremos con la juventud soñadora de Jorge Sand. Bajo la influencia de lecturas novelescas, la misma fascinación por la muerte. «Tomaba ésta—escribe en la *Historia de mi vida*—la forma de una idea fija. Sobre todo, el agua me atraía con fuerza misteriosa. No paseaba por otros sitios que por las orillas del río, no pensando jamás en buscar los parajes agradables. Seguíala maquinalmente hasta encontrar un lugar profundo. Entonces me detenía como atraída por un imán, y sentía en mi cabeza como una alegría febril que me gritaba: «¿Por qué te detienes? Con un paso basta.» Al principio esta manía me ocasionaba una extraña calma, que no trataba de combatir; pero llegó á adquirir una intensidad que me asustó. No podía separarme de la ribera tan pronto como lo hubiera deseado, y comenzaba á preguntarme *¿sí* ó *no?* bastante á menudo y durante largo tiempo para evitar el lanzarme al decir *sí* en el fondo de aquella agua transparente que me magnetizaba.» Cierto día, parece que el *sí* fatal resonó en sus oídos; el vértigo de la muerte se apoderó de ella, latió con fuerza su corazón, se turbó su vista y encamino su caballo hacia el paraje más profundo del río. Si no acude su preceptor Deschartres, hubiese perecido.

Hemos juzgado curioso relacio-

nar las confesiones de estos grandes poetas que tanto han influido sobre las imaginaciones en la sociedad moderna. Acometidos del fastidio de la vida, Goethe, Chateaubriand, Lamartine, Jorge Sand han sentido la tentación del suicidio. Todos ellos nos presentan con viveza este mal del siglo, que uno de esos grandes escritores ha definido y que es sin duda una enfermedad, pero una enfermedad que tiene más de atractivo que de dolor, y en la que la muerte, como la de los místicos de la India, se asemeja á un desvanecimiento. Todos han sufrido como los héroes de sus novelas ó de sus poemas. Ellos son Werter, Rafael, René, Jacques. Ellos han creado toda una tradición de suicidio, de la que hemos visto un siniestro ejemplo en la muerte del pobre Gerardo de Nerval, que emocionó tan vivamente á á este escéptico París. No basta la miseria á explicar ese triste despojarse de una existencia á la que no había faltado ni la simpatía pública ni la amistad. En esa inteligencia, hubo siempre un buen sentido francés casi volteriano y una imaginación propensa á exaltaciones fantásticas. El ensueño acabó de matar el buen sentido y con el buen sentido la vida. La enfermedad de Werter contó una víctima más.

No habremos de asombrarnos al ver que de la confusa imaginación de estos poetas ha salido una literatura novelesca, razonadora y entusiasta, inspirada á un mismo tiempo en el desprecio de la actividad humana y en la curiosidad de lo invisible, enervando la voluntad para la acción y no excitándola más que por las pasiones, gustando de pasearse por medio de la fantasía desde la fatiga de la vida hasta lo desconocido de la muerte, sustituyendo, en fin, á la austera tristeza del cristianismo que, lejos de excluir la acción, la multiplica por la caridad, una especie de melancolía inquieta que guste de concentrarse en la agitación solitaria de sus sueños. Tal es esta literatura, verdadera literatura de suicidio, cuya influencia ha sido tan grande sobre la generación que nos ha precedido en la vida.

Esta época, es preciso decirlo, está ya bastante distante de nosotros, menos por la distancia de los años que por la diferencia de las costumbres; y aunque se encuentren algunos descendientes de Werter, justo es confesar que su número disminuye de día en día, y que los últimos descendientes de esta raza tan pronto extinguida son verdaderos anacronismos. No se vaya á creer por esto que el suicidio disminuye entre nosotros; la estadística nos desmentiría, demostrándonos que se multiplica. Pero ha cambia-

do de carácter y reconoce como origen causas nuevas que no tienen nada que ver con las literarias. Señalaremos brevemente algunas de las influencias sociales que pueden contribuir á la extensión del suicidio contemporáneo.

No quiero calumniar á mi época. Somos de nuestro tiempo como somos de nuestro país, y hay una especie de patriotismo que consiste en no hacer traición al uno, cómo no debemos hacer traición al otro. Pero no se me desmentirá si digo que no se nos ha concedido el progreso á título de gratuito, y que existen en el esfuerzo de las sociedades modernas para organizarse sobre bases sólidas, causas inevitables de sufrimiento. De aquí nacen ocasiones para el suicidio: cada nuevo sufrimiento despierta la tentación de la muerte voluntaria.

Uno de los caracteres más incontestables de nuestro tiempo es el advenimiento de la democracia. Es ley de los tiempos, y no puede menos de extenderse sobre las instituciones y las costumbres su imperioso nivel. Es preciso acostumbrarse á las condiciones de una sociedad rejuvenedida en que, según un programa ideal, sujeto á desviaciones y lagunas en la realidad, el mérito sólo debe marcar las categorías, en que la hierocracia no debe ser más que la armonía regulada por los servicios y por el talento. La fuerza de ese principio está en la equidad, y esa es la razón de su triunfo. Mas ¡qué inevitables daños produce! ¡Qué de perturbaciones en la vida social! El orden antiguo pereció por la inmovilidad. El orden nuevo corre los riesgos de una movilidad excesiva. El principio democrático echó abajo las barreras y llamó á la actividad inteligente á los más dignos y á los mejores. Pero fueron los escogidos á los que se llamaba y es la multitud la que se presenta. ¡Y qué multitud! ¡Qué de ardientes vanidades! ¡Qué de medianías engreídas! ¡Qué de incapacidades ambiciosas y de cualidades ávidas de empleos, de honores y cargos! Y por la misma causa, ¡qué de decepciones, de desesperaciones y de imprecaciones furiosas también contra la sociedad! Sucede asimismo que, en medio de estos arrebatos, más de uno á quien su inteligencia ó su mérito parece prometer un destino mejor, encuentra una tumba en su camino. Hay quien sucumbe en esta grande agitación de la vida por defecto de energía, de paciencia ó de conducta. Para éstos la fuerza moral no llega al nivel de sus deseos ni de su inteligencia. La voluntad ha sido desigual á la lucha, se ha rendido al dolor ó al esfuerzo. Han caído en lugares inferiores, de donde su talento debía hacerles salir. Otros

más dignos de simpatía tienen á su favor, por lo menos en la apariencia, el mérito, el celo, la voluntad fiera y valiente; una sola cosa les hace falta, un no sé qué, en virtud de lo cual estos jóvenes, de un valor igual en unos que en otros, hace que éstos triunfen y que aquéllos caigan, á causa de lo que llamaría el azar ó la suerte, si no estuviese convencido de que la causa verdadera es un vicio secreto del carácter ó cualquier otra misteriosa circunstancia. Hemos conocido á alguno de esos heridos de la vida, para los que cada ambición, aun las legítimas, no ha sido más que la ocasión de un desastre, cada esfuerzo una caída y la existencia toda un aborto. Estos son á los que es justo tener lástima, á los que hay que consolar, á los que hay que mostrar afecto, si es que el afecto puede algo sobre las miserables tristezas de la actividad engañada. Sólo indico algunos resultados de esta excesiva concurrencia, inevitable producto del principio democrático en la sociedad moderna. Mas lo que he dicho basta para mostrar de qué manera esas condiciones nuevas deben contribuir á multiplicar el suicidio. El prodigioso desarrollo de esas actividades ardientes que por cualquier precio quieren conquistar una plaza al sol, la fiebre de la ambición universal, la impotencia condenada á volverse á la oscuridad, la inteligencia traicionada por una voluntad mediana, el talento mal servido por la fortuna, he aquí otras tantas causas que deben engendrar desesperaciones siniestras. ¿No vemos, en efecto, todos los días desgraciados que se vengan de su suerte, hombres que desiertan de la vida? ¿No es un capítulo de historia contemporánea lo que estamos escribiendo?

¡El progreso! Es una hermosa palabra, y hasta una idea santa. Pero consideremos que el progreso material no viene solo, sino que conduce detrás de sí males terribles que no puede impedir. Es un bello espectáculo ver cómo la ciencia de la industria cubre el globo de obras prodigiosas, y cómo el hombre reina sobre la naturaleza, el tiempo y el espacio. Me asocio con entusiasmo á ese movimiento milagroso, y no quiero ser ni injusto ni ingrato. Pero á qué conduciría cerrar los ojos ante los peligros que aumentan todos los días. ¿Se halla la civilización actual en un estado normal y sano? ¿Se puede desconocer la terrible desproporción que existe entre el lujo y la miseria? Y si bien se observa, la miseria moderna es mucho más insoportable que lo fué en los tiempos pasados. Tiene conciencia de sí misma, siéntese como agriada é instada por esa semi instrucción

universal que flota en la atmósfera y que se respira por todas partes con las vanidades que ella misma inspira; siéntese más agitada que en otro tiempo, por el movimiento mismo de la vida moderna con sus elegancias exquisitas, con sus esplendores envidiados, que son la herencia de los felices del siglo. Ve de cerca este lujo, ante el cual palidecen las maravillas de *Las Mil y una noches*. Todas las tentaciones de la imaginación y de los sentidos vienen á solicitar al pobre hombre que tirita de hambre y de frío bajo sus harapos, ó lo que es más triste todavía, bajo su traje negro y raído, á la puerta de los cafés más concurridos, de los teatros y de los bailes. Acaso este infortunado en las mil vicisitudes de la vida social creyó tocar alguna vez la felicidad espléndida que tan cerca para de sus ojos. ¿No es bastante una visión como esta en una noche de invierno, para que la *Morgue* al otro día reciba un nuevo huésped?

Las crecientes necesidades del lujo, en ciertas clases sociales, han despertado un hambre terrible, insaciable, un deseo siempre hidrópico de riqueza. Hay muchos hombres de rara inteligencia y de ardorosa actividad que ponen al servicio de conquistar una fortuna fantástica todos sus pensamientos y todas sus fuerzas. Estos desdeñan todo lo que no está dentro de sus fabulosos deseos. ¿Trataremos de pintar estas fiebres del agiotage, estas esperanzas delirantes, estos temores rayanos con la desesperación? ¿Mostraremos cómo estas imaginaciones enfermas, acometidas del vértigo, se precipitan en pos de los millones? ¿Para qué? ¿Quién no conoce tal enfermedad y los efectos de ella? ¡Qué vida puede compararse con esa vida, arrojada en medio de violentos azares, compuesta de éxitos y caídas, balanceada constantemente desde las cumbres á los abismos! ¡Qué apresuramiento en estas locas emulaciones! ¡Qué correr furioso y jadeante! Estas existencias no son más que un juego gigantesco. Si se gana, se dobla; se dobla siempre hasta llegar al fin prefijado. Mas para uno que llegue á la meta, ¡cuántos cayeron y seguirán cayendo! No por eso dejan de jugar, siempre con furor; y, si la suerte se obstina en no serles favorable, acaban por jugarse la vida. Un golpe más todavía y se pierde, entonces la muerte. ¿Es esto calumniar á nuestra época? ¿No es más bien la débil pintura de alguno de sus accidentes? ¡Qué mayor revelación que la muerte del más asombroso especulador de los tiempos modernos, Sadleir, que dejó detrás de sí más de cincuenta mil víctimas y murió arrastrando en su ruina co-

marcas enteras! Sé que este especulador era un falsario que jugaba fulleramente. No pretendo hacer de él el tipo del agiotista. Mas ¿no debe considerarse como un efecto de las especulaciones desenfrenadas, la tentación infame que ha hecho sucumbir á este desgraciado? En ese juego terrible, insensato, se puede ganar, claro está, pero también se puede perder; esto es más claro y se ve más á menudo todavía, y perder es morir cuando se ha arriesgado la vida á una jugada.

Todo el mundo no juega á la Bolsa; todo el mundo no persigue las fabulosas riquezas que son el sueño de los espíritus enfermos. Pero todo el mundo, con muy pocas excepciones, desea apasionadamente el bienestar. ¡Qué de condiciones, qué de recursos es necesario poner en juego para conseguir eso que se llama bienestar en nuestros días! ¿Dónde existen los sabios de otras edades á quienes la tradición atribuye vida modesta y que hacían estribar su riqueza en la moderación de sus deseos? Actualmente se tiene demasiada prisa por vivir. Se vive demasiado, y demasiado rápidamente. La civilización tiene una fiebre contagiosa. Se exprime la inteligencia para hacerla producir todo lo que puede, en el menor tiempo posible. No se la deja que se detenga, ni que se prepare para el estudio, ni que se reponga por medio del reposo. Se apresura su actividad y se le piden prodigios que se transforman en excesos. El placer se exagera como el trabajo. Cada uno lanza á todo vapor su locomotora hasta que estalla. No ha existido otra época en que con más audacia se haya abusado de la vida. En ningún tiempo ha habido tantos hombres que hayan caído en medio de su carrera como heridos por el rayo. Goethe ha dicho: «En todos los géneros, la actividad sin reposo acaba por la bancarrota.» Este pensamiento podría servir de epígrafe al tiempo presente. La bancarrota de que nos habla Goethe, es la de la razón ó de la vida, la locura ó el suicidio. Terrible alternativa en que viene á terminar una sociedad poco cuidadosa de los intereses morales, donde el deber y Dios son verdaderos enigmas. Hay, en fin, materia para escribir un largo y doloroso capítulo sobre la instabilidad de la vida social, sobre la poca seguridad de las existencias modernas y sobre la frecuencia de las revoluciones. Todo esto agita terriblemente los cerebros débiles. Es una causa epidémica de locura y de suicidio.

Sin duda resultará incompleto nuestro estudio, pero hemos indicado las principales causas. Recuéntense los disgustos que incesante-

mente conducen á la muerte, la ambición que se revuelve en la oscuridad, la incapacidad orgullosa, la voluntad débil y sin valor para la lucha, la miseria perpetuamente enconada por la vecindad de un lujo sin freno, el delirio de la especulación, la febril precipitación de la vida, la inquietud propia de las nuevas sociedades que buscan su equilibrio sin haberlo encontrado, y se tendrá una idea aproximada de las diversas influencias de la civilización moderna sobre el suicidio. Desde hace veinte años se ha verificado un cambio muy grande en las costumbres. El Werter de nuestros días es poco soñador. Todavía se mata, pero sin frases y porque perdió jugando á la Bolsa.

III

Dejemos ya las generalidades históricas, y ocupémonos, con M. de Boismont, de las particularidades del suicidio contemporáneo (1). En este montón de materiales, elegiremos los más importantes. Iríamos hasta lo infinito si tuviéramos que seguir á nuestro guía al través de todas las subdivisiones de su análisis.

La progresión de los suicidios aumenta á medida que avanzamos en el siglo. Es esta una lección decisiva que nos da la estadística. En 1843 hubo en Francia 154 suicidios más que en 1842, 206 más que en 1841, 268 más que en 1840, 273 más que en 1839, 434 más que en 1838, 577 más que en 1837, 680 más que en 1836, 715 más que en 1835 y 742 más que en 1834. El período decenal siguiente de 1843 á 1853 ofrece una progresión más rápida aún, exceptuando el año 1848, que ofrece una cifra inferior á las de 1847 y 1849, como si el drama que en aquel año se representaba hubiese tenido en vela la curiosidad y como en suspenso la vida. Si es verdad que las cifras tienen su elocuencia, ¡cuán siniestras son las que dejamos apuntadas! En menos de treinta años el suicidio ha doblado.

(1) De una nota comunicada por M. Legoyt á la Academia de Medicina, posterior al trabajo de M. de Boismont, se desprende que actualmente es en Alemania del Norte y en Dinamarca donde más abunda el suicidio. Contra la opinión general, Inglaterra se encuentra en el último lugar respecto de aquellos dos países en cuanto á la frecuencia del suicidio. Bélgica, Austria, España, van después. Francia ocupa una posición intermedia. En Baviera, Dinamarca, Francia, Prusia, Sajonia y Suecia, avanza en progresión más rápida que la población y que la mortalidad general. Se calcula en 29 ó 30 suicidios de mujer por 300 de hombre. Los suicidios aumentan en proporción á la edad hasta los 60 ó 70 años. El mes de Enero es la época en que hay menos; el mes de Julio es el que cuenta más.—(N. DEL A.)

La proporción en que están las mujeres en estas listas fúnebres, es muy inferior con relación á los hombres. En 4.595 suicidios, más especialmente estudiados por M. de Boismont, se cuentan 3.215 hombres y 1.380 mujeres, es decir, una tercera parte próximamente. M. Devergie, en la *Estadística decenal de la Morgue* de 1834 á 1846, señala una proporción todavía más insignificante. Según él, es en París el suicidio cuatro veces y media más frecuente en los individuos del sexo masculino que en las mujeres. Esta es también la opinión de M. Selut. En todo caso se ve que la diferencia es bastante grande, y esto nos parece que se explica perfectamente por dos causas principales: Las ideas morales y las religiosas están muy arraígadas en las mujeres. Al mismo tiempo tienen menos valor físico, que tan necesario es para vencer en un momento de decisión suprema las últimas resistencias de la naturaleza.

La muerte voluntaria es rara en los niños, y esto se comprende, puesto que ordinariamente es efecto de una pasión exaltada y de una decisión enérgica. Hay, sin embargo, ejemplos que se explican, casi todos por el desarrollo precoz de una sensibilidad irritable. En sus *Confesiones*, nos habla San Agustín de un niño de teta que no podía ver que su nodriza diese el pecho á otro niño sin que le acometiese cólera tan violenta, que casi le producía convulsiones. Suponed á este niño algunos años después excitado por preferencias que no fuesen para él, y quizá los celos le hubieran impulsado al suicidio. Nuestra presurosa civilización contribuye poderosamente á desarrollar antes de la edad susceptibilidades orgullosas y celosas. Esta tendencia de los niños al suicidio ha aumentado sensiblemente en los últimos años, sobre todo en París. Si dais á estos seres costumbres é ideas que no son propias de la infancia, los exponéis á concebir pasiones y á imaginar actos en completa discrepancia con la edad. Hay aquí motivo de serias reflexiones para los padres.

La proporción de los suicidios en los viejos es relativamente más elevada que en los adultos, si se tiene en cuenta el número de individuos de cada una de estas dos series. Este hecho revela otro, á saber: que si el viejo, á medida que avanza en la vida, se siente, como á menudo se ha observado, más atraído por ella, en cambio los disgustos, las decepciones, la miseria, aumentan en esta edad helada y triste, á la cual falta el último remedio del dolor, la esperanza. El viejo, además, tiene otras razones para amar la vida si es feliz,

porque tiene poco tiempo para disfrutarla; pero tiene también más razones para dejarla si sufre, puesto que el porvenir no existe para él. No hay aquí contradición; son dos fases de la misma verdad.

La influencia del celibato es considerable, y es natural que así suceda, puesto que en éste el hombre se considera más libre por disponer de sí mismo. El sentimiento de la inutilidad de la existencia entra por mucho en la resolución del suicidio. Sentirse necesario para alguien es una responsabilidad más, y hay muchos hombres depravados que no son insensibles. He aquí una de las ventajas de la familia; ella impone nuevos deberes, que son otros tantos lazos que unen á la vida un alma sublevada contra ella.

La miseria es á menudo una como predisponente. No interviene, sin embargo, como circunstancia accesoria ó principal, en los casos estudiados por M. de Boismont. De los 4.595 casos estudiados, 697 individuos (la sexta parte próximamente) estaban en buenas condiciones de fortuna; ganaban 2 000 su vida por medio del trabajo. En la tercera categoría conservaban muchos algún dinero, pero estaban al borde del precipicio. Todos los demás eran más ó menos desgraciados; de este número, 282 parece que se habían dado la muerte á consecuencia de su gran miseria.

Es un estudio muy curioso el de las profesiones. De él resulta que hay en París una cantidad considerable de artesanos que se suicidan. La proporción de esta categoría es la mitad de las profesiones comunes. M. de Boismont indica muy juiciosamente las causas de este hecho lamentable; la concentración de todas las industrias en la capital, el atractivo de los salarios crecidos, la concurrencia que produce de continuo perturbaciones en la mano de obra, las privaciones de toda clase, la carestía de los víveres, la mala disposición de las viviendas, la facilidad de los placeres, entre los cuales la disipación y el ajenjo tienen una parte considerable, la ignorancia ó el desprecio de los deberes, las lecturas malas ó los espectáculos inmorales, el ejemplo contagioso del vicio, la vista continua del lujo, la ausencia ó la endeblez de los principios morales. Hay bastante de verdad en estas observaciones. Mas no debe olvidarse tampoco que la clase de los artesanos es mucho más numerosa y que la proporción de los suicidios está relacionada con el número.

No me detendré en hechos de importancia secundaria, tales como que el número de suicidios va en aumento desde Enero hasta Julio, y decrece progresivamente desde

Agosto hasta Diciembre, puesto que esto se explica por las influencias atmosféricas Pero he aquí una singular observación: los dos primeros días de cada mes, arrojan una cifra más elevada que los otros. Es esta una de las singularidades de la estadística, de que un psicólogo curioso podría sacar algunas inducciones, pero que en difinitiva no conduciría á nada serio. Me apresuro á tratar de algo más característico. Se deduce de las observaciones hechas por M. de Boismont, hábilmente interrogadas, un triste resultado. La instrucción entra por mucho en los elementos de este poderoso problema. En verdad, y M. de Boismont no se ha equivocado, que esta instrucción es á menudo causa de consecuencias funestas, por medio de una literatura corruptora ó por las violentas publicaciones informadas por el espíritu de partido, y que esas lecturas no son á propósito ni para formar el juicio ni para rectificar el sentido moral. Ellas irritan las almas, predisponen á la rebelión contra la regla, y el suicidio no es, á menudo, más que una de las formas de esta rebelión de las inteligencias atormentadas por la paradoja, ó de las voluntadas irritadas contra los males inseparables de la sociedad. No es menos doloroso pensar que, á medida que la instrucción se extiende, se extiende también el suicidio, sumamente raro entre las poblaciones ignorantes. Tengamos valor para ver el mal y señalarlo. Es incontestable que la semiciencia, no dirigida y sostenida por una sólida educación moral, propaga las tentativas depravadas de la imaginación, los deseos insensatos, y con el espíritu de escepticismo el disgusto de la vida práctica. ¿Dónde está el remedio? ¡No le place á Dios que le busquemos en la ignorancia! Combatamos la semiciencia, siempre envidiosa y desconfiada, por medio de la verdadera ciencia que difunde la tranquilidad en las almas. Favoreciendo con todo nuestro poder la iniciación intelectual del pueblo, no olvidemos que sería prestarle el más detestable servicio, si al mismo tiempo no nos esforzásemos en fortificar en él toda especie de nobles creencias y de sanas convicciones. Amemos al pueblo, ilustrémosle; mas si no le amamos, no le engañamos. Seamos sus amigos, no sus cortesanos, y no le escatimemos las verdades severas.

Los centros considerables donde se acumula la vida humana ejercen una grande acción en el desarrollo del suicidio. En París se encuentra el *máximum* de las muertes voluntarias, y la influencia de París reina sobre los departamentos vecinos. Otro hecho, que se relaciona mucho con el que vamos á enunciar,

es que la elevación ó decrecimiento de la cifra en todos los departamentos, está en relación directa con la fuerza relativa de las poblaciones urbanas. La conclusión que puede de aquí deducirse, es que allí donde más activa es la vida, es más frecuente la tentación de la muerte. Las rivalidades del amor propio, la concurrencia, la exaltación de las ideas, la impaciencia por el bienestar, los ardores del deseo, todos los estímulos del placer fácil y de la disposición, esos son los peligros de las grandes ciudades para las investigaciones vivas ó las almas débiles. Transportad á París un aldeano de las Landas ó de la Bretaña, y veréis, si es una alma capaz de emocionarse, cómo arderá en él la fiebre de los deseos. No se olvide que en todo deseo hay un gérmen de pasión, y en toda pasión una semilla de muerte. Casi siempre es producto el suicidio de una pasión viva irritada por un obstáculo.

He indicado algunos hechos generales que manifiestan el valor de ciertas influencias como los de la edad, el sexo, el celibato, la semi-instrucción, sin contrapeso y sin correctivo. He hecho notar también la acción dañina que ejercen los grandes centros de población en que la vida humana, multiplicada en un pequeño espacio, corre el riesgo de excitarse con exceso con gran perjuicio de la razón y de la moralidad públicas. Es preciso, sin embargo, descender en el análisis detallado de las causas particulares. No adoptaremos exactamente la división que M. de Boismont ha seguido, y que clasifica estas causas en dos grupos: las *causas predisponentes* y las *causas determinantes*. Nos parece que hay mucho de vago y de confuso en esta clasificación por extremo artificial. Sin aspirar al mérito de una división perfecta, propondríamos una que es muy clara, se reduce á repartir las causas del suicidio en tres grupos: las *causas fisiológicas* en que el organismo juega el principal papel, las *causas mixtas* en que se combina la doble influencia del alma y del cuerpo, las *causas morales* que tienen su origen en las pasiones.

En el primer grupo incluiré especialmente la herencia y las influencias climatológicas.

Nada es tan triste como esta transmisión hereditaria, cuyos ejemplos abundan. Espanto causa ver familias enteras expuestas á sucumbir ante la tentación del suicidio. Existen pruebas que no dejan lugar á duda acerca de esta ley dolorosa, no sólo multiplicando la muerte voluntaria, sino repitiendo el mismo género de muerte, al través de largos intervalos en la sucesión de las generaciones. Esta página en

que M. de Boismont acumula las más decisivas autoridades, nos ha parecido característica. Esquirol enumera numerosos ejemplos de una misma familia que acaban por matarse ó por volverse locos. Gall conoció una familia cuya abuela, una hermana y la madre se suicidaron. La hija de ésta estuvo á punto de matarse y su hijo se ahorcó. Fabré habla también de una familia compuesta de seis hijos nacidos de un padre atrabiliario y perezoso. El hijo primogénito, á los cuarenta años se precipitó, sin motivo, de un tercer piso, el segundo tuvo penas y se estranguló á los treinta y cinco años, el tercero se arroja desde una ventana tratando de volar, el cuarto se disparó un pistoletazo, y un primo de éstos se arrojó á un río por una causa fútil. M. Moreau cita á un joven que se sentía inclinado al suicidio, y cuyo padre y tío se habían matado. Un hermano que le visitó en Charenton estaba desesperado por las ideas terribles que le atormentaban y no podía desechar la idea de que acabaría por sucumbir. Pero difícil es encontrar un hecho que presente más triste combinación de casos semejantes y de suicidios que el siguiente referido por Cazanvieilh. D...., hijo y sobrino de ascendientes suicidas, se casó con una joven hija y sobrina también de suicidas. El se mató, lo mismo que su mujer, casada en segundas nupcias con un marido cuya madre, tía y primo se habían suicidado. Encontramos en los curiosos cuadros que acompañan al trabajo de Cazanvieilh, ejemplos que manifiestan la repetición hereditaria, y no sólo la reproducción del acto, sino que á menudo, después de largos años de intervalo, la copia más exacta del género de muerte.

El núm. 2 se ahogó en 1804, su sobrino se ahogó en 1824.

El núm. 9 se ahorcó en 1807, su sobrino se ahorcó en 1823.

El núm. 24 se ahorcó en 1817, su tío se había ahorcado en 1803.

El núm. 29 se ahorcó en 1817, su hijo se ahorcó en 1820.

El núm. 30 se ahorcó en 1817, su hermana en 1821, su abuelo en 1802.

El núm. 61 se ahorcó en 1827, su abuelo en 1799, su hermano y su hermana intentaron suicidarse.

No se crea al leer esta lista espantable que se tiene un mal sueño ó que se lee un cuento de Hoffman, en el cual los personajes quedan reducidos á guarismos. La más exaltada fantasía no llegará jamás á una realidad semejante. Existe en el fondo de la pobre naturaleza humana misterios de dolor ante los cuales la razón queda consternada.

El clima predispone al suicidio. Se ha notado desde largo tiempo ha

que el *spleen* nace preferentemente y se nutre en las nieblas británicas. Pero esto no es más que una predisposición general, y hay casos en que ciertas influencias meteorológicas determinan muertes casi inmediatas. Los extremos de temperatura contribuyen bastante. Se nos refiere que durante la expedición á Egipto, la elevación de la temperatura ocasionó cierto número de suicidios, y que la intensidad del frío, cuando la retirada de Moscú, causó el mismo efecto sobre un gran número de soldados. El Dr. Dietrich cita diversos hechos análogos, nacidos de una impulsión casi mecánica que se manifiesta en los marinos y que recibe el nombre de *The honos*. «El mal se declara—dice—generalmente en la estación de invierno, cuando, después de una larga y penosa travesía, los marinos, poniendo el pie en tierra, se colocan sin precaución alrededor de una hoguera encendida y se entregan, siguiendo la costumbre, á excesos de todo género. Cuando regresan á bordo se presentan los síntomas de su terrible mal. Aquellos á quienes ataca se sienten impulsados por un deseo terrible de arrojarse al mar, sea porque el vértigo se apodera de ellos cuando trabajan en lo alto de los mástiles, ó ya durante el sueño, manifestándose por gritos terribles.»

Coloco en la categoría de las causas mixtas la locura, el delirio, la imitación contagiosa, la debilidad de carácter, la exaltación, la hipocondría y esa especie de melancolía particular que influye tanto sobre el temperamento como la inercia moral. Querer sostener, como se ha hecho, que todo suicidio es un acto de locura, es ir contra el sentido moral y contra la ciencia. No es, sin embargo, menos incontestable que es grande la proporción de los suicidios causados por la locura. Entre los cuatro mil quinientos noventa y cinco casos observados por M. de Boismont, hay que contar seiscientos cincuenta y dos, incluidos en esta categoría. Las causas de la locura son infinitas, monomanías diversas, temores quiméricos, el miedo á la policía después de la comisión de un delito real ó imaginario, los disgustos ó las enfermedades, las alucinaciones y los terrores imaginarios. Una de las formas más comunes de la locura suicida es la imitación contagiosa.

Los ejemplos que cita M. de Boismont son verdaderamente extraordinarios. Una mujer que tenía la idea de matarse, sabe que una de sus amigas acaba de poner fin á sus días, y se da la muerte de la misma manera. Algunas veces esta influencia no se deja sentir más que al cabo de un lapso de tiempo considerable. Una mujer, al entrar en

su alcoba, se encuentra á su marido ahorcado, pierde el sentido, vuelve en sí, y cambia su carácter; se hace perezosa y melancólica; habla siempre de morir, pero pasan doce años hasta que pone en práctica su proyecto, ahorcándose á su vez. La influencia de la imitación se manifiesta también con ocasión de algún acontecimiento extraordinario que tiene cierta resonancia; así es que un suicidio realizado por algunos desgraciados que se arrojaron de lo alto de las torres de Nuestra Señora, de la columna Vendôme y del arco de triunfo de La Estrella ha sido seguido muchas veces de suicidios parecidos. Es cosa de notar la impresión que producen relatos de este género sobre ciertas personas. Se ve que confiesan ó que dejan adivinar con un estremecimiento, con una mirada que, colocadas en las mismas circunstancias su vida, hubiese pendido menos que de un hilo. La costumbre de hablar de un asunto lúgubre delante de los niños, fáciles siempre en conmoverse, basta para ejercer una acción contagiosa sobre sus tiernas imaginaciones. La imitación del suicidio afecta, en general, la más extraña fidelidad en la reproducción del acto. Esta fidelidad no se extiende solamente á la elección de los mismos medios, sino á la acción del mismo lugar y de la minuciosa representación de la primera escena. Bajo el Imperio un soldado se mató en una garita, muchos soldados eligieron sucesivamente esta misma garita para matarse; se quema la garita, y los suicidios no se repiten. En tiempo del gobernador Lerrurier, un inválido se ahorca colgándose de una puerta; en el espacio de quince días doce inválidos se ahorcan colgándose de la misma puerta. El gobernador ordena que se quite; la puerta desaparece, y ningún otro inválido se suicida.

El pavor desempeña un papel importante en los casos de locura suicida. M. de Boismont ha señalado sesenta y nueve casos, que entran en esta clase. Son desgraciados que se creían traicionados, denunciados, víctimas de las persecuciones de sus enemigos. Muchos se suponían objeto de las persecuciones de la policía. Esquirol hace observar que en nuestros días esta monomanía de la policía ha reemplazado al temor del demonio. Los suicidios ocasionados por alucinación no son escasos. Un hombre se ve sin cesar en medio de una escena de incendio y de carnicería, otro se imagina que es perseguido por espectros, otros pretenden ver en torno de ellos figuras amenazadoras, otros se dan la muerte porque no cesan de oir injurias ó de pensar en sus propias infamias, que ellos solos conocen. Un aluci-

nado se mata gritando: «No me queda más que un poco de dinero; hace dos meses que vivo á expensas de mi hermana, pero lo que me obliga á matarme es haber oído decir en la calle: he ahí á ese que se ha cortado el cuello.»

La locura se produce á veces bajo la forma del delirio agudo ó de fiebre elevada, y entonces este suicidio corresponde á los producidos por causas fisiológicas. Hemos colocado entre las causas mixtas la debilidad y la exaltación de carácter, porque creemos que estos defectos no dependen solamente de una pura alteración de los órganos, sino al mismo tiempo de una especie de inercia moral ó de excitación apasionada, sobre las cuales una voluntad bien dirigida hubiera podido vencer. El carácter depende, sin duda alguna, del temperamento, en cierta proporción, pero también en él interviene la voluntad. No se tiene el carácter que se quiere, pero se puede modificar por medio de una aplicación sostenida; y sin negar la parte que tiene cierta fatalidad fisiológica en las disposiciones de los individuos, no se podrían desconocer las influencias decisivas del esfuerzo voluntario sobre estas naturalezas perezosas ó desarregladas. Salvo en casos muy raros, es preciso tener en cuenta la responsabilidad, al menos, en el origen de estas desviaciones morales. Sólo ha existido un momento en la vida de ciertos hombres en el que hayan sido verdaderamente irresponsables. Pero casi siempre ha existido ese momento en su vida, y si débilmente han transigido con los arrebatos ó los desfallecimientos desatinados de un carácter arrebatado ó inerte, deben, en cierta medida, soportar la pena de su debilidad. Ellos han sido, en parte, los artífices de su propio infortunio; su desgracia es, más que desgracia, un castigo. Esto no disminuye la piedad que nos inspiran sus calamidades, son hombres cuyo carácter parece carecer de contrapeso, y que no pueden soportar el menor obstáculo. Muchos, entre estos seres — dice M. de Boismont — lloran ó rien por las más fútiles causas. Uno de tales desgraciados fué nombrado contramaestre de cierta importante fábrica; se imaginó que no tenía capacidad bastante para desempeñar el empleo y que iba á perder su plaza. No pudo soportar esta idea y se ahorcó. Otro puso fin á sus días porque su apellido era igual al de un ladrón famoso. Por el contrario, se encuentran gentes que están siempre en un estado de exaltación. Esta disposición es muy favorable á la locura suicida. En los treinta individuos de esta categoría los había distintos en humor, taci-

turnos, arrebatados, turbulentos, susceptibles hasta el exceso, enemistados siempre con todo el mundo. La exaltación en los jóvenes es frecuente, y debe ser dominada con el mayor cuidado. Para estas organizaciones desgraciadas todo puede ser motivo de muerte.

Más numerosos son los suicidios motivados por melancolía sin causa apreciable, por disgustos difíciles de sobrellevar, por esa enfermedad á la vez física y moral que la Edad Media apellidó *acedía*, que los ingleses llaman *spleen* y que nosotros llamaremos sencillamente disgusto de vivir. M. de Boismont ha contado más de trescientos. Hace notar que hay una época en la vida en que ese morboso disgusto parece relacionarse con las modificaciones que experimenta la organización sexual. Los jóvenes sienten nacer en ellos ideas completamente nuevas, buscan la soledad, se complacen en sus propios pensamientos que no les representan más que objetos melancólicos. Persiguen un fantasma al que no pueden alcanzar. Su sensibilidad se excita; las más insignificantes contrariedades les parecen graves motivos de pena. La imaginación cambia para ellos las verdaderas dimensiones y la verdadera perspectiva de las cosas. En tal estado, el suicidio se les presenta como una emancipación. Nada más común que el disgusto de la vida en los artistas, largo tiempo aplaudidos por el público, cuando ese favor les abandona. Han contraído en esa vida de excitación costumbres que les son más necesarias que la misma existencia. Un éxito dudoso les impulsa á veces á resoluciones desesperadas. El nombre de Nourrit viene á la memoria. El amor propio herido, el descontento en los hombres ardientes, un sentimiento de orgullo exagerado, una susceptibilidad extrema y perpetuamente irritada, exaltaciones generosas equivocadas, los excesos de todo género y las consecuencias que de ellos se derivan, pueden producir en el alma esa laxitud morbosa de la vida, cuyo término es el suicidio. No podemos hacer otra cosa que indicar estas causas, pero su carácter común es el de influir á la vez sobre el cuerpo y sobre el alma; sobre el cuerpo, en virtud de ciertas alteraciones, de cierta debilidad orgánica; sobre el alma, por la impotencia y debilidad desarreglada de la voluntad.

Coloco entre las causas morales, las pasiones, los disgustos, la desesperación. Nada hay de absoluto en esta clasificación; pero, ¿puede haberla absoluta en esta materia? Se puede, todo lo más, notar la circunstancia principal ó el punto de partida de la enfer-

medad que á la vez es una fiebre del alma y del cuerpo. Sé, por ejemplo, que se podría, en cierto respecto, clasificar la embriaguez entre las causas fisiológicas de la causa suicida. Pero si la embriaguez es una causa física, el hábito de embriagarse es una causa moral, puesto que es incontestablemente una pasión, y, como todas las pasiones, puede ser combatida. Es considerable el número de suicidios que tienen por causa la embriaguez. Se eleva á quinientos treinta, la octava parte de la cifra total. Para muchos, los disgustos han sido la causa primera de esa triste pasión. M. de Boismont ha notado este hecho en ciento doce casos, y de seguro se han escapado á su penetración otros muchos. La mayor parte de estos desgraciados—dice—se ha entregado al vino para olvidar sus males. Muchos se matan por la convicción en que están de no poder vencer sus impulsos. Otros se ven sin empleo, lanzados de sus destinos, perseguidos por rechiflas, expuestos á incesantes censuras, perseguidos, castigados por los tribunales, siendo el horror de sus familias, no teniendo jamás un céntimo, perdiendo la cabeza y muriendo. A menudo también las acciones vergonzosas, las pasiones brutales que engendra la embriaguez, disgustan á esos desgraciados por sus consecuencias; cuando los efectos de la borrachera han pasado, entonces el espanto les precipita en el suicidio.

La desesperación nacida de la miseria ha inspirado doscientos ochenta y dos suicidios, la décimasexta parte próximamente de la cifra total. El análisis de los hechos de esta categoría es conmovedor. Entre los doscientos ochenta y dos casos de miseria, se encuentran en ciento cuarenta y nueve, detalles circunstanciados que no dejan lugar á duda sobre los motivos; en los ciento treinta y tres casos restantes, los procesos verbales se limitan á indicar como causa la miseria. Las papeletas del Monte de Piedad, la desnudez de las habitaciones, la carencia de vestidos, el lecho mismo, son las mejores pruebas. En lo más riguroso del invierno, se encuentra á un hombre casi desnudo; afirma en una carta, que ha combatido palmo á palmo, vendiendo todo cuanto poseía; en su casa no se encuentra más que las paredes desnudas. Dos individuos, en el último extremo, prefieren morir á inscribirse en los asilos de caridad ó á pedir limosna. Otros se matan porque no pueden alimentar á su familia. Uno de los hechos más conmovedores es, sin duda, la historia de una pobre joven que trabajaba día y noche para sostener á su madre baldada y medio loca. Sus fuerzas

se gastan, el trabajo falta; se tiende en su cama y se asfixia; su muerte da derecho á su anciana madre para entrar en un establecimiento benéfico. Muchos se inmolan á fin de no ser una carga para sus parientes. Un negociante se da la muerte, después de haber asegurado á su familia por una suma de cuarenta mil francos. Otras veces, la desesperación de ver bajar el salario á causa de enfermedades y el aumento de los gastos de la familia, impulsa á la muerte á otros desgraciados. Una mujer se mata al ver que tiene que acostarse por la sexta vez sin abrigo de ninguna clase. Pero M. de Boismont, que nos refiere todos estos hechos, tiene buen cuidado de hacernos observar que, si la desigualdad de los salarios, la huelga, la elevación del precio de las mercancías, los impuestos, son, en muchos casos, causa de la miseria, suelen serlo también la pereza, las malas pasiones, la holgazanería, las necesidades de la disipación, de las diversiones, del placer, motivos todos que condenan al hombre á una triste situación en que la desesperación de la miseria se agranda aún más por el sentimiento de la falta.

Las pérdidas, los agobios de dinero, los desastres que siguen á ciertas operaciones comerciales, forman aproximadamente la décimasexta parte de la cifra total. Las jugadas de Bolsa han ocasionado cerca de cien suicidios. Un gran número de comerciantes, antes que declararse en quiebra, prefieren matarse. Los dicterios, por lo que mortifican y por las molestias que crean, han producido la muerte á ochenta y siete personas. Algunos se han matado después de escenas públicas ocurridas en concursos numerosos, donde habían sido insultados por los acreedores. Todo es relativo en este caso; todo depende de la posición social ó del grado de inteligencia. Tal hombre se mata porque debe cien mil francos, tal otro porque no tiene bastante crédito para comprar un pan. Ocurre á menudo que algunos, débiles y orgullosos, se precipitan en la muerte por evitar las humillaciones de un cambio de condición ó de fortuna. La necesidad de solicitar de los demás cuando se ha sido rico ó poderoso, es para muchos causa de muerte. Una susceptibilidad excesiva puede conducir al mismo resultado, como cierto empleado que se mató—según declaración propia—porque su jefe había encontrado en sus papeles un resguardo del Monte de Piedad.

La disipación y la pereza llevan gran contingente á esta triste enumeración. Ejemplos numerosos nos demuestran la influencia de las costumbres vergonzosas. Las innobles

codicias, las inclinaciones infames, producen á la larga una especie de embrutecimiento furioso que conduce al suicidio. Muchos libertinos se matan después de una última orgía en las casas públicas.

Una clase más interesante es la de los comprendidos en los disgustos domésticos. M. de Boismont cuenta trescientos sesenta casos pertenecientes á esta categoría. Los hay producidos por causas muy graves, y por otras increíblemente fútiles. Unos son causados por disentimientos, otros por querellas de familia ó bien por la desesperación producida por la muerte de padres ó hijos adorados, discusiones, incompatibilidad de humor, adulterio, abandono ó muerte de la mujer, abandono ó muerte del marido. Exigencias injustas, correcciones excesivas, escenas violentas, han impulsado muchas veces á algunos jóvenes al suicidio. Un pobre hombre de carácter débil, agobiado por los sarcasmos y persecuciones de su mujer, se ahoga después de haber escrito una carta, especie de venganza tardía. «Quiero hacer tu felicidad y la de nuestra hija: sin cesar me tratas de cobarde y como incapaz de privarme de la vida. Hoy acepto el desafío; pero no tendrás el acta que me pedías para quedarte dueña del establecimiento y desembarazarte de mí. La sola súplica que te dirijo, si mi cuerpo es encontrado, es que lo hagas enterrar sin ninguna mentirosa demostración.» Una causa de suicidio es la introducción de extraños en la familia, por ejemplo, un suegro ó una suegra; otras veces es la negativa de las familias que se oponen á que sus hijos sigan una determinada carrera, para la cual creen ellos tener una vocación decidida. Tres jóvenes se suicidan porque sus padres no les dejan seguir la carrera de marinos. La vergüenza causada por hechos graves, como la seducción y el temor de revelar á padres muy honrados ó muy severos un hecho deshonroso, ha impulsado á la muerte á muchas jóvenes. La mala conducta del marido ó de la mujer y el desorden interior que de ella se sigue, llegan á veces é hacerse insoportables, ocasionando explicaciones violentas que terminan en el suicidio.

Vivas contrariedades, penas morales de todas clases é imposibles de clasificar, porque sería menester para ello entrar en relatos particulares que nos llevarían demasiado lejos; intereses materiales lesionados, bruscas destituciones ó cambios de destinos, han causado la muerte de trescientos once individuos. La difamación y la calumnia tienen una buena parte en esta cifra. Un gran número se mata para esca-

par al dolor físico ó á las enfermedades incurables. Los moralistas podían estudiar con vivo interés el análisis de los suicidios por amor. Trescientos seis individuos, alrededor de la décimaquinta parte de la cifra general, se han dado la muerte por esta causa. En este grupo es donde únicamente supera el número de las mujeres al de los hombres (134 hombres, 172 mujeres). Los disgustos de amor, el abandono del amante ó de la querida, los matrimonios abortados, la muerte, las separaciones forzosas, las discusiones ó las riñas, el matrimonio de las personas amadas, he aquí los motivos más ordinarios. Cincuenta y cuatro personas han muerto víctima de los celos. Circunstancias novelescas acompañan á menudo estos suicidios del amor desgraciado ó celoso. Al leer tales relatos, parece que se lee una triste novela. Se tiembla cuando se piensa que esa novela que nos haría bostezar es una historia de ayer.

Los remordimientos, el temor del deshonor, el pavor á las persecuciones judiciales, las heridas de la vanidad, del amor propio, del orgullo, las decepciones de la ambición, el juego, la exaltación, la avaricia, el ansia de lucro, la cólera, la venganza... todos estos sentimientos, todos estos disgustos, todos estos móviles tendríamos que enumerar para que fuese completo nuestro relato. Aunque la estadística se convirtiese en un curso de psicología social ó en una historia de las enfermedades de la humanidad, sería incompleto nuestro trabajo. ¡Tantas formas particulares y múltiples tienen el dolor y la pasión! ¡Tanto conturban este pobre y débil corazón humano! Aún, sin embargo, nos veríamos obligados á prescindir en nuestro estudio de quinientos diez y ocho casos, la octava parte del número total, sobre los cuales no se ha podido obtener noticia alguna.

Terminaremos esta exposición de las causas del suicidio con un resumen muy interesante, y que M. de Boismont ha trazado con cuidado sumo: locura, 652 casos; embriaguez, 530; enfermedades, 405; disgustos domésticos, 361; disgustos y contrariedades diversas, 311; amor, 306; pobreza, miseria, 282; agobios de dinero, reveses de fortuna, avaricia, 277; disgusto, *spleen*, fastidio, 237; carácter débil, exaltado, triste, hipocondríaco, 145; remordimiento, temor de la deshonra ó de la persecución judicial, 134; mala conducta, 121; pereza, 56; delirio agudo, 55; celos, 54; falta de trabajo, 43; orgullo, vanidad, 26; motivos diversos, 38; motivos desconocidos, 518. He aquí cómo se descomponen los 4.595 casos observados. No con-

viene, sin embargo, dar á estas cifras así agrupadas una importancia excesiva. La estadística suele causar algo de ilusión á los ojos, y por medio de los ojos al espíritu, de tal suerte los resultados morales parecen salir con claridad y evidencia de esas columnas de cifras cuidadosamente alineadas. Hay, no obstante, materia para inmensos errores de detalle. Casi siempre sucede que esas causas se combinan entre sí. Los celos, por ejemplo, se combinan á menudo con el orgullo engañado, la ambición defraudada, la miseria desesperada. Las enfermedades pueden hacerse intolerables con los disgustos domésticos, que se hubieran soportado fácilmente en otras circunstancias. El disgusto de la vida se enlaza con la mala conducta y con la pereza. El amor desgraciado se complica con un carácter exaltado ó débil. El corazón humano dista mucho de esa unidad artificial que la estadística se ve forzada á atribuirle; es un mundo tumultuoso y diverso, en que todas las influencias se entrecruzan y todas las pasiones se mezclan; creéis haber acertado al señalar una causa, y otras mil se os escapan. En la estadística moral y en la fisiología de las pasiones, lo verdadero no es más que lo probable; la ciencia del corazón humano aplicada á los individuos no nos proporciona jamás más que verosimilitudes. Existen, sin embargo, leyes en este confuso conjunto de los fenómenos morales; pero á tan grande altura, que cuando se les encuentra, tienen tal carácter de generalidad, que se corre el peligro de cometer graves errores si se quiere deducir de esas leyes inducciones precisas para los hechos particulares. Es que el mundo moral tiene por resorte la libertad, y que por dondequiera que la libertad se introduce lleva consigo el movimiento, la variedad, la contradicción misma. No hay más que fenómenos físicos que no se contradicen, porque pertenecen al mundo regular de la materia; allí donde la necesidad comienza, principia también el orden invariable, la eterna identidad, la inmutable disciplina; que sin duda es una bondad en el universo material, pero que sería un principio de uniformidad y de muerte en el universo activo y libre de las almas.

La parte más curiosa acaso del libro de M. de Boismont es lo innumerable de las citas que nos presenta de los últimos pensamientos y de los últimos escritos de los suicidas. Una gran parte de esos infortunados quieren dejar, al morir, algún testimonio de ellos mismos. Es un instinto bien explicable de la pobre natulareza humana. Los mismos que creen en la nada quieren

sobrevivir al menos en el pensamiento de los otros. No quieren morir del todo, y dejan detrás de sí una carta, sea con notas en que expresan sus últimos y supremos pensamientos, ya sea elegías en que lamentan su suerte, ya una especie de diario tristemente auténtico, que escriben con mano resuelta, hasta que viene á interrumpirles el momento de la muerte. Hay extraños y curiosos datos que recoger acerca de las últimas preocupaciones del alma que espera la muerte.

A menudo son citas de versos conocidos en relación con su triste suerte.

Otras veces es el suicida el mismo que habla en versos detestables ó declamatorios, donde se ve el sello de perversos melodramas.

Tengo la creencia de que los autores de estos versos han querido hacer ruido en el mundo después de su muerte. Su nombre es ignorado y su ambición póstuma ha sido defraudada. Nada tan triste como este amor propio que sobrevive hasta á la preocupación misma y á la espera de la muerte. Se creería que en estos supremos instantes el alma no puede menos de ser grave, y, sin embargo, son á veces *muertes de efecto*, como en los teatros del bulevar las fingen los actores de moda.

A veces hay también como una nota discreta, como un grito del corazón en estas poesías fúnebres. Citaremos algunas que no se pueden leer sin emoción, pensando en las circunstancias en que han sido escritas: «Perdonad mi pena secreta; lo he perdido todo, placer, felicidad; vosotros gozáis, pero yo recuerdo; vosotros vivís, pero yo he vivido.» Y esta otra tan sencilla como llena de desfallecimiento: «Nunca, ni de niño, ni de casado, corazón alguno ha latido cerca del mío. Jamás labios celosos me han preguntado ¿de dónde vienes?»

Ciertamente no es esta una poesía ni muy brillante ni muy nueva. Sin embargo, tendrá interés cuando diga que el papel que contenía estos versos estaba manchado de sangre.

Lo que más sorprende la imaginación del lector es la sangre fría con que muchos suicidas analizan sus últimas sensaciones. No se trata de obras de imaginación como el *Ultimo día de un condenado á muerte*, de Víctor Hugo, ó las memorias de un suicida, de M. du Camp; es la expresión exacta y real de un alma que ve avanzar la muerte, que la espera en un momento dado, y que conserva, para observarse, toda su presencia de espíritu. Se nos permitirá citar un extraño documento de un hombre de letras bastante conocido en el mundo de los periódicos, hace quince ó veinte años;

documento escrito todo él en la noche de su muerte, y después del cual todos los terrores puramente literarios palidecen.

«Ultimos momentos de Bourg-Saint-Edme (Edme-Theodore), literato.

»Para Monglave.

»Creo, mi querido amigo, que debe V. empezar por mandar que busquen al comisario de policía, á fin de que la comprobación del suicidio tenga un origen legal. A continuación seguirá V. mis instrucciones. Adiós, salud y felicidad.

»26 de Marzo de 1852. A las cuatro y media de la mañana.

»*Media noche.*—Preparo las medias, la camisa y la ropa que han de ser mis últimos vestidos.

»Siento que el momento se aproxima. Lo siento por una especie de emoción de la cual no puedo defenderme, á pesar de mi valor.

»Dirijo á Dios mis plegarias por el reposo del alma de María, por mis hijos y por mí, porque hay un grito interior que llama á sí los sentimientos más dulces, los mejores, y con ellos la confianza y la esperanza.

»Alimento el fuego. Me parece que hay fuera de mí algo que vive. Si no hubiese sido engañado, abandonado, de seguro que no estaría donde me encuentro. Mas solo, decaído, en continuo disgusto desde la muerte de María, sin esperanza, perseguido por la necesidad, por la miseria; humillado, calumniado, ultrajado, no veo más que un camino para salir de esta situación extrema.

»*A las dos.*—¡Qué veloz corre el tiempo! Acaban de dar las dos; el viento sopla con fuerza allí fuera. Hay en el espacio una tempestad que resuena en el fondo de mi corazón. Acabo de poner la llave en la cerradura del lado de la escalera, y he colgado de la llave, por medio de un hilo encarnado, una carta para el portero, en la cual le doy cuenta del suceso y le hago algunas advertencias; de modo que la primera persona que venga por la mañana la verá, la cogerá y la llevará á su destino.

»*Dos y media.*—Es preciso, sin embargo, que me ocupe de los preparativos. No quiero que el día me encuentre aquí. No me es indiferente el género de muerte. Querría dispararme un tiro en el corazón, sería un procedimiento fácil y pronto, pero no me he podido procurar una pistola. ¡Ahogarme! Tendría que salir de casa; además, tengo horror al agua; axfisiarme por medio del carbón me causaría una agonía ruda y lenta. Colgaré de lo alto de mi biblioteca un cordón que tengo desde hace algún tiempo; haré un nudo corredizo y me lo echaré al

cuello; dejaré caer la silla en que me suba y quedaré colgado.

»*A las tres.*—El fuego se consume. Estoy contrariado. Oigo el ruido de los carros que van al mercado. Nada he de aprovechar de lo que llevan. Vamos.

»¡Oh hijos míos! Vuestras dulces figuras surgen delante de mí y me hacen temblar. ¡Valor!

»*A las tres y media.*—Acabo de colocar el cordel. A las cuatro ó cuatro y cuarto, ejecutaré mi propósito, puesto que todo marcha como lo había previsto.

»No temo la muerte, puesto que la busco, puesto que la deseo; pero me espanta el sufrimiento prolongado.

»Me paseo. Mis ideas se confunden.

»No tengo más que la conciencia de mis hijos.

»El fuego se extingue.

»¡Qué silencio me rodea!

»*A las cuatro.*—Dan las cuatro; he aquí el momento del sacrificio.

»Adiós, queridos hijos míos.

»Dios me perdonará por mis dolores.

»Adiós; otra vez adiós, hijos míos, bien amados. Vosotros tenéis mi último pensamiento. Para vosotros los últimos latidos de mi corazón.»

Hay en este diario de la última noche una verdad que da frío. En presencia de la muerte, todos esos detalles insignificantes toman un interés inmenso: ese fuego que se extingue, ese silencio de la noche, esa confusión de las ideas, todo, hasta el hilo encarnado, del cual pende la carta para el portero... ¡Qué drama!

M. de Boismont se ha servido hábilmente de los 1.328 escritos de suicidios que ha tenido en sus manos, uno de los capítulos más nuevos y de los más interesantes de su libro *El análisis de los últimos sentimientos.* Ha dividido estos sentimientos en tres clases, advirtiéndonos que esta clasificación no es rigurosa. En la primera ha colocado los dictados por la esperanza, el arrepentimiento, la religión, el honor, la ternura, la amistad, el amor, el reconocimiento, y los ha reunido bajo la denominación *de buenos sentimientos;* ha colocado en la segunda clase las manifestaciones sugeridas por el resentimiento, la venganza, las quejas, las imprecaciones contra la muerte, las declaraciones del materialismo, las últimas confidencias de la disipación. Esta parte se titula *de los malos sentimientos.* Por último, en la tercera categoría ha agrupado las manifestaciones que no tienen relación directa con las dos clases precedentes, ó que si en cierto modo se relacionan, se

alejan, por otra parte, de ellas, y las llama *sentimientos mixtos.*

Dominan los buenos sentimientos. La proporción de esta clase es de 626 (474 hombres, 152 mujeres). Entre estos diversos sentimientos, dice M. de Boismont, los más frecuentes son los de la sociabilidad, y se manifiestan por las despedidas. Siguen una especie de jerarquía con relación á los afectos humanos; se dirigen sucesivamente á los esposos, á los padres, á los hijos, á los amantes, á los queridos, á los amigos, á los conocimientos, al mundo en general. Vienen en seguida los sentimientos morales, los remordimientos por una falta cometida, la vergüenza de un crimen, el dolor por no haber podido corregirse, el temor de deshonrar á la familia y deseo de castigarse. Algunas veces es una susceptibilidad moral que raya casi en enfermedad; un sentimiento exagerado del honor, el temor á suposiciones injuriosas ó á la calumnia. A menudo también expresan el disgusto de la separación, sobre todo en las mujeres, las cuales casi todas suplican que se guarde un recuerdo de ellas, que se las llore. Es otras veces el pensamiento del dolor que el suicida va á causar á sus padres, á sus amigos. Es también á menudo el último adiós al seductor que las ha perdido, adiós mezclado de perdón. El perdón se manifiesta también en muchos hombres hacia sus opresores y enemigos. En fin, vienen después los sentimientos religiosos que se despiertan con fuerza, sobre todo en las mujeres, bajo la inspiración de la última hora. Algunas reclaman las ceremonias y las oraciones de la Iglesia. ¡Ah! Dejemos á Dios, á El solo, el cuidado de separar con mano segura y equitativa la parte que en el suicidio tienen el delirio y la libertad. No nos apresuremos á condenar. Conservemos inflexibles los principios, pero abstengámonos de juzgar con demasiada ligereza, y digamos como la carta recogida en las ropas del citado suicida: ¡Desgraciados!

Los malos sentimientos comprenden 374 casos (279 hombres, 95 mujeres), 304 escritos contienen quejas ó imprecaciones contra las familias, la sociedad, Dios. Veintinueve cartas revelan ateísmo y el deseo de la nada. Una sola de estas cartas está firmada por una mujer. En los nueve escritos restantes no se encuentra más que la expresión de una idea de libertinaje. En 31 casos son la hipocresía ó la vanidad las notas características de tales cartas escritas en tan supremos instantes.

En fin, los *sentimientos mixtos* son aquellos en que la moralidad del último pensamiento no se marca su-

ficientemente. En esta categoría se colocan las cartas de los locos, que todos dan testimonio de sus almas extravagantes, su estado morboso, la incoherencia de sus pensamientos, todo lo que los distingue suficientemente de los suicidios cometidos en el estado de razón. Entre los suicidas *razonables,* los unos se preocupan del sufrimiento material del suicidio, temen que les falte valor. Otros, por el contrario, muestran una resolución fría. Muchos ponen cuidado en cómo han de hacerse sus funerales, y hacen á este propósito precisas recomendaciones. Las opiniones fatalistas son muy frecuentes. Algunos muestran completa indiferencia hacia la opinión pública. Otros, por el contrario, y en bastante número, dejan adivinar el deseo de obtener la publicidad y de que hablen de ellos. Otros, por último, revelan la futilidad de los motivos que le impulsaron al suicidio. Esto daría ocasión á reflexiones muy amargas. Espanta ver á estos desgraciados jugar así con la muerte. Hay casos desesperados en que la gravedad suprema de las circunstancias da serio interés al suicidio. Pero ¡qué decir de esas almas pueriles que se precipitan en la muerte para vengarse de pequeñas contrariedades de la vida! ¡Qué debilidad de razón más terrible!...

¿A qué conclusión llegamos después de este largo y doloroso estudio? Indiquemos por lo menos cómo sería posible combatir esta tentación endémica del suicidio que de día en día hace espantables progresos. No porque yo crea que el mal puede ser suprimido; no me hago tal ilusión. Sé que en las edades en que la fe, aun cándida y fuerte, aun en las almas verdaderamente cristianas, en las almas de los clérigos y monjes, existía la terrible tentación que los hacía sucumbir. Sé que en tanto haya hombres, habrá dolores sin remedio, desesperaciones, pasiones, y, por consiguiente, ocasiones de suicidio. Pero si el mal no puede ser suprimido, puede, sin embargo, quedar reducido á ciertos límites. Conseguir esto último será un buen resultado, porque hasta ahora no se ha hecho esfuerzo en este sentido, ni tampoco existe una especie de conspiración de gentes honradas para dar fuerza á la razón pública.

La más seria garantía contra la locura suicida, mil veces se ha dicho, es la firmeza de las creencias religiosas. Es muy raro que la tentación del suicidio triunfe de los escrúpulos de la conciencia espantada ante las prohibiciones de la Iglesia y por el juicio á que ha de ser sometida.

Pero en una sociedad tan heterogénea, dividida por creencias y

doctrinas tan contrarias, ¿no podría nada la razón laica contra un mal tan terrible? Sin duda que no tiene la misma autoridad que la Iglesia para hacerse obedecer; sin embargo, no es impotente. Que emprenda la lucha contra los estravíos de una civilización excesiva, desarreglada, impaciente de bienestar, loca por los placeres y el dinero. Que sea infatigable en recomendar á las almas la saludable higiene de los sentimientos justos, santos y tranquilos, de la actividad racional, del trabajo regular, de los deseos moderados. Que defienda y propague el culto de la familia, que es uno de los mejores refugios para la moralidad del hombre, uno de los asilos más seguros en que su dignidad herida se cura, donde su amor propio lesionado se consuela, donde su ambición se modera en la sólida paz de los afectos verdaderos. Que se castigue por medio del ridículo esas ociosidades soberbias que pasean por el mundo sus melancolías aristocráticas, desdeñando toda profesión, despreciando los pequeños deberes que forman la humilde trama de la vida y consignando su prurito á declamaciones contra los trabajos de este mundo, del que no quieren formar parte. Y, sobre todo, que se combatan todas esas paradojas malsanas que circulan en las novelas y en los dramas de cierta escuela; que se muestre cuanto hay de vulgar y de insensato en los anatemas contra esa pretendida fatalidad que pesaría sobre el hombre de corazón y le impediría cumplir su destino; que se fortifique en las almas la convicción de la libertad; que se de vigor al resorte de la vida debilitado por filosofías declamatorias; que se haga esfuerzos para asociar la idea del crimen á la del suicidio en la conciencia de la humanidad, tan profundamente alterada por los sofismas contemporáneos cuando no lo está por el dolor y la pasión que son los mayores y más peligrosos sofistas.

E. Caro.

FRANCISCO COPPÉE

Una de las mejores veladas de descanso en plena charla literaria, libre y de confianza, que me ha sido dado pasar en esta ruda existencia parisiense, fué una noche de Abril, en la calle de Oudinot, en casa de Francisco Coppée, ante el jardín del poeta, donde primaverales flores daban á ese rincón de París perspectivas de biombo japonés. Y bajo la lámpara, entre diversos y encantadores ingenios, ¡qué discreteos irónicamente regocijados hubo allí, ante la cara placidez de una recepción sin aparato de intimidad! Esta casa de Coppée es un verdadero nido de poeta, donde el autor de *Las intimidades* y de *El Relicario* aparece risueño y feliz junto á su hermana, á quien adora, y la cual siempre le ha cuidado con maternal afecto; entre sus libros, cuadros de amigos y el florido jardín, adonde se desciende por unos cuantos peldaños desde la planta baja.

Mansión de poeta-artista, y añadiré que de poeta parisiense. En efecto: Francisco Coppée es un parisiense neto, nacido en París, en 1842, de padres también naturales de París, cosa rara. Si nos remontásemos hasta su abuelo paterno, sin embargo, el apellido *Coppée* resultaría belga. Parece ser que en Mons y en sus inmediaciones todo el mundo se apellida Coppée. Esto es francés antiguo y significa «coupée» (corta de leña). Lo mismo da; el nombre es bonito, suena bien y es «rima rica» de espada *(épée)*, palabra sublime. Hay un Coppée, de Mons—¿quizá pariente del poeta?—que es muy rico, tiene una cuadra célebre y toma parte en las carreras de caballos. Firma *F. Coppée;* y algunos toman al autor de *El transeunte* por un caballista,

cuando en su cuadra no tiene más caballo que el *Pegaso* (estilo antiguo).

Volvamos á los orígenes. Por el lado paterno, hay una abuela (Coppée enseña en su casa un delicioso retrato de ella, pintado por una señora, discípula de Greuze) que tuvo en sus venas sangre de la antigua nobleza lorenesa; por este lado se tropezaría con gentes de armas de la casa real y caballeros de San Luis. Es notable el contraste por la línea materna. El abuelo (Baudrit, de apellido) era maestro cerrajero, y durante la Revolución forjó picas para armar á las secciones. Aún existe la casa Baudrit. El nieto, Augusto Baudrit, primo hermano de Coppée, es un cerrajero artístico del mayor talento. Con arreglo á estos orígenes pudiera deducirse, si hay empeño, que el autor de *Oliverio* es un aristócrata que ama al pueblo.

En resumen: en el núm. 9, entresuelo, de la calle de las Misiones (hoy calle del Abate Gregoire, antaño calle de San Mauro y San Germán), en 1842, la madre de Coppée, según la frase de Chateaubriand, *le condenó á vida*. «A pesar de todo, tiene buenos momentos»—nos decía Coppée riéndose. El bueno y gran Charlet, el pintor de los soldados y de las escenas populares, vivía en el mismo piso que Coppée padre, que fué amigo suyo.

Familia pobre; el padre, modesto empleado en las oficinas del ministerio de la Guerra; tres hijas, que se educaban en el convento de San Mauro, en la misma calle, frente á su casa; y el hijo, pequeño, delicado, débil. Se mudaron de casa, yéndose á vivir á un quinto piso, en la calle Vanneau. En *Oliverio* hay recuerdos conmovedores de aquellos tiempos de honradas luchas.

El poëta Oliverio, ser fingido,
Que, de su ensueño al enarrar la magia,
Lo burgués y lo bufo ha compensado
De aquestos dias de opereta y drama,

ese poeta es Coppée, en todo ó en parte. Y cuando al llegar á este verso en su poema

¡Es ver su juventud, el ver su patria!

se interrumpe el autor y se vuelve hacia su pasado, entonces sube hasta él una ola de recuerdos; y, olvidándose de la juventud de Oliverio, recuerda la suya propia, su infancia.

Mira, lector.—Cien veces me paseo
A solas, donde antaño fué la tapia
Del Maine (*); es un lugar que desde el *sitio*
De París, aún está peor que estaba.
Enclenques arbustillos esmirriados
En esos *bulevares* reemplazan
A los añosos olmos, que otros tiempos
Bóveda inmensa hacían de sus ramas.
Ya no existe el tapial de los *consumos;*

(*) Pronúnciese *Men*.

Y en vez de aquél, un barrio se levanta.
Al caer de la tarde, los veranos,
El autor de mis días me llevaba
A dar dos vueltecitas cuando niño,
Pequeño y débil, de salud escasa.
Y en aquellos remotos andurriales,
En esas alamedas solitarias,
Aquel hombre de bien—puro, sencillo,
Temeroso de Dios, de santo en fama,
Inocente cual vate, y, aunque pobre,
Siempre lleno de júbilo, sin tacha—
Después de haber pasado todo el día
De oscura covachuela entre las tapias,
Era feliz, por toda recompensa,
Con el dulce calor que al pecho alcanza,
Subiendo de la mano pequeñuela
Del último (¡y varón!) hijo del alma.
Ibamos juntos á mirar les bueyes
Cómo en tropel al matadero marchan;
Y, al ser más fuertes ya mis piececitos,
Solíamos llegar á la explanada
En que el cuartel de Inválidos se yergue,
Y donde, entre el montón de papanatas
Venidos de otros barrios, la retreta
Nos hacia gozar con su algazara;
Y, por fin, á la hora en que la luna
Del horizonte surge en lontananza,
El camino tomábamos más corto
Para volver á nuestra humilde casa;
Subíamos despacio al quinto piso,
Daba un beso á mamá y á mis hermanas,
A la luz de la vela allí las cuatro,
De palique, esperándonos sentadas.
Pues bien; cuando un instante la energía
Advierto que á mi espíritu le falta,
Cuando el horrible *spleen* (*) del desaliento
Me abruma á veces con su negra carga,
Vuelvo á marchar, á solas, por la tarde,
Al apacible barrio que en mi infancia
Frecuenté con mi padre. Y su recuerdo,
Tan caro para mí, sirve de magia.
Pienso entonces en él, en lo que hizo
Ese justo varón de limpia fama,
Pobre y altivo; en la paciencia suya
Y en su sin par resignación cristiana
Para ganar el pan de cada día,
Sin tener del descanso la nostalgia.
Sin murmurar, entonces, me someto
A la desdicha que mi vida amaga;
Y siento cómo ecuden á mis labios,
Suspensos, las católicas plegarias
Que me enseñó de niño. Y lo contemplo,
Joven aún, provectas las espaldas
De llevar sus hijitos á su lado.
¡Y ansío amor, creencias y esperanza!...
—Os demando perdón. Una historieta
Olvidé que á vosotros relataba.
Mas al hablar de mí, lector, declaro
Que es de Oliverio, mi rival en trazas.

(*) Pronúnciese *esplin*.

¿Qué notas biográficas valdrán jamás tanto como las que cualquier hombre pudiera dar acerca de sí mismo?

El niño que así vagaba y callejeaba con su padre, fué llevado de interno al colegio de Hortus. Se acuerda de cuando á la edad de seis años, en 1848, veía desde el balcón de sus padres vivaquear los soldados en el jardín del palacio Mónaco, entonces cuartel general de Cavaignac, durante las jornadas de Junio.

Digámoslo por última vez: la infancia de Francisco Coppée fué la de los humildes. Coppée se gloría de ello. Tiene razón. Saludemos á esos hombres laboriosos y honrados. El padre hacía durar mucho tiempo sus gabanes del bazar *La bella jardinera;* la madre hacía «papeles» á los pequeños traficantes de la vecindad; y jabonaba en casa la ropa blanca menuda. Las dos hermanas mayores pintaban, haciendo copias de cuadros del museo del Louvre. Así, pues, Coppée fué educado por mujeres, en un medio artístico; lo cual desarrolló

de cierto su sensibilidad y su gusto. He visto un retrato del poeta cuando era niño, original de la señorita Ana Coppée, hermana suya, enteramente notable, muy vivo, y pintado con solidez.

Crece, y sus padres vuelven á mudarse de casa otra vez para estar más cerca de los colegios. Van á vivir á la calle del Príncipe, y el futuro académico es un pésimo estudiante externo en el liceo de San Luis. Aún era débil, soñador y callejero el niño parisiense que tan bien ha expresado en alguna parte la vida familiar del adolescente en París. La página está embalsamada de recuerdos. Un día la leyó Coppée en una Conferencia aplaudida:

«El verdadero parisiense ama á París como á una patria; invisibles cadenas del corazón le atan á él, y si se ve obligado á alejarse de él por poco tiempo, sentirá la nostalgia de su querido arroyo de la calle de Bac, lo mismo que Mad. de Staël. El que os habla es uno de esos parisienses. En esta ciudad, donde (cual de ello se dolía Alfredo de Musset) conoce todos los empedrados, mil recuerdos le esperan en sus paseos, en los ángulos de todas las encrucijadas. Una pacífica calle del barrio de San Germán, cuyo silencio rara vez turba algún carruaje particular, le recuerda toda su infancia; no puede pasar por delante de cierta casa de esa calle sin mirar allá arriba, á un balcón del quinto piso, sin volver á verse de pequeñito en su silla alta, á aquella mesa de familia, cuyos sitios, ¡ay!, se han espaciado poco á poco y donde ya no existen hoy más convidados que él y su amada hermana, que le quiere por todos los muertos y por todos los ausentes. Nunca se detiene un instante junto á los puestos de libros al aire libre en las galerías del Odeón (que, entre paréntesis, son una de las más simpáticas originalidades de París) sin venírsele á la memoria la época en que, con los cuadernos de estudiante debajo del brazo, hacía largas paradas allí y leía *gratis* los libros de los poetas que ya le gustaban. En fin, hay en alguna parte—no dirá dónde—una ventanita que ve al pasearse por cierto jardín público, y que no puede mirar en otoño, hacia las cinco de la tarde, cuando el sol poniente la tiñe con reflejos de incendio, sin que su corazón se ponga á palpitar como lo sentía latir hace mucho tiempo, muchísimo tiempo, pero en la misma estación y á la misma hora, cuando acudía hacia aquella mansión con la embriaguez de los veinte años, y cuando la ventanita, festoneada entonces con capuchinas, abríase de pronto y dejaba ver entre el verdor y

las flores una cabeza rubia que se sonreía á lo lejos.

»¡Feliz, ¡ah! feliz, muy feliz quien vive en el campo en ese delicioso momento! Un lecho de musgo bajo los robles, la orilla de un riachuelo donde hierve el agua de un molino, la senda ahondada en el valle, una pradera con flores y mariposas: tales son los agrestes y dulces paisajes que guardarán, para devolvérselas, las impresiones de la juventud, y que más tarde, cuando la dicha haya huido de él, le ofrecerán un asilo de soledad, de frescura y de paz. Pero el hijo de París, que, siempre privado de aire y horizonte libres, no ve en su remoto pasado más que calles tortuosas y las cuatro paredes de un colegio, si es poeta necesitará cosechar los recuerdos sembrados durante sus tiempos juveniles en caminos desempedrados y en casas de yeso, y saber hacer que en una puesta de sol, verde y roja, entrevista al final de una alameda, quepa toda la mórbida melancolía del otoño; y en una alborada de sol junto á las lilas, en el jardín de Luxemburgo, toda la divinal alegría de la primavera.»

A la sazón, Francisco Coppée hacía versos ya; á los doce años rimaba sus traducciones. El padre se había jubilado por fuerza. Hacíase dura la vida entre aquellas gentes. ¡Tres solteras sin dote! Sólo una de ellas, la segunda, se casó con el pintor de vidrieras Lafaye; la tercera murió muy pronto, á los veintidós años de edad; la mayor permanece soltera, y es hoy la querida Anita Coppée, su compañera de siempre, su maternal amiga.

El niño abandonó el colegio despues del *tercer curso*. Francisco Coppée no es bachiller. No es por falta de haber estudiado. Completó como pudo su instrucción por medio de lecturas, pasando todas sus veladas bajo los mecheros de gas de la biblioteca de Santa Genoveva; hasta enfermó de los ojos. Habiéndosele paralizado al padre el cerebro, se fueron á vivir al cerrillo de Montmartre; Coppée estuvo de supernumerario *sin sueldo* en el ministerio de la Guerra dos años. Es un tiempo negro y de tristes recuerdos, que, sin embargo, no han dejado otra huella ni otro sentimiento en este noble carácter que lastima de quienes sufren. De tales pruebas, otros han guardado odios de refractarios y una bulimia de dinero y desquites. Coppée sólo ha tomado de ellas una sonriente filosofía y una verdadera bondad. Dábales ejemplo su madre, sublime en valor y sacrificios; y la hermana mayor, única que quedó en la casa, ganaba unos pocos cuartos restaurando antiguos lienzos.

Murió el padre. Coppée ascendió

á empleado de plantilla; tuvo cura de almas, fué jefe de familia á los veintiún años. Continuaba haciendo versos; pero aquella juventud sin alegría le entristeció para siempre. No importa, llenaba sus deberes; y la mesa de familia, en torno de la cual ya no había más que tres personas (la anciana mamá, Anita y él), era centro de veladas melancólicas, pero con esperanza. Veíase allí claro en lo porvenir.

Pasa el tiempo. Coppée tiene veintitrés años; conoce á Catulo Mendés y los Parnasistas, quema tres ó cuatro mil versos y publica á sus expensas (¡pobre muchacho!) *El relicario*. Grande fué el triunfo; Timoteo Trimm, que era un Sainte-Beuve de á perro chico, escribió un artículo en el *Petit Journal;* sin embargo, no se vendieron cien ejemplares del tomo. Dos años después imprimía á su costa Alfonso Lemerre *Las intimidades*—una obra maestra;—entonces no se vendieron más que setenta ejemplares.

Por último, casualmente, por haber encontrado el poeta en su camino á la Agar, se representa *El transeunte* en el Odeón. Aquello fué un cambio de decoración, como en las comedias de magia. De la noche á la mañana, el poeta obtuvo un poco de dinero y mucho ruido.

«Cuando, de meditar enflaquecido,
Bajo las tejas él versificaba»,

quizá no había esperado tal triunfo (¡aunque se esperan tantas cosas cuando no se conoce la vanidad de la vida!)

¡Ah, ese *Transeunte!* ¡Qué feliz sorpresa y qué gorjeo de pájaro hubo en el Odeón cuando se oyó recitar sus sonetos florentinos á Sylvia y Zanetto, esas dos exquisitas estatuillas á lo Donatello!

Entonces escribimos (y este es uno de los mejoros recuerdos de nuestra juventud) en la revista de teatros de *La Opinión Nacional:*

«He aquí un poeta joven, que trae una pieza al Odeón; y el breve acto produce mayor efecto en la sala que los cinco actos de un dramón de tonos chillones. Si se prueba á menudo ese vino de Chipre, habrá que tirar por la ventana el vino tinto de pasto.

»La cortesana Sylvia está de codos en la terraza, meditabunda, triste, mirando á lo lejos las techumbres de Florencia, blanqueada por la luna, y las cúpulas que se destacan sobre lo azul del cielo. Sueña, se aburre. El falso amor de que la rodean, los homenajes con que la fatigan han cansado á la postre á Sylvia, quien quizá echa de menos entonces su pasado, y no tiene ya lágrimas ni aun para su melancolía, llanto para su sufrimiento. Hay que oirla interrogar á su corazón triste y helado; hay que

escuchar aquel lenguaje firme y sonoro, al cual no nos tiene acostumbrados el teatro, y que de pronto os transporta, dichosos y hechizados, al país de los ensueños.

»Parecíame volver á contemplar esas claras noches florentinas, esas noches de verano azules y aromosas, donde desde lo alto de las terrazas del Ombrellino—la villa de Galileo—veíamos revolotear, mezclarse, centellear, dar saltos á las bandadas de luciérnagas, parecidas á enjambres de estrellas. Ese *Transeunte* es, en efecto, un sueño italiano, el sueño de una noche de amor, una verdadera canción de poeta oída á orillas del Arno, en la estación de las rosas.»

«Sueña Sylvia, y pasa el poeta. El poeta es un niño; tiene diez y seis años. Lleva ese gracioso traje de los frescos de Ghirlandajo y de Botticelli. Vestido de sarga, lleva en la mano la mandolina y terciada al hombro la parda capa. ¡Un banco! Se detendrá en él, dormirá allí al aire libre, á la luz de las estrellas. Sylvia entonces quédase atenta y turbada, oyendo repetirse ese estribillo florido como una estrofa de Remi Belleau, el gentil Belleau.»

Por lo demás, Francisco Coppée piensa con enternecimiento en aquella noche, ya lejana, que fué como la salida del sol de su gloria. La frase de Vauvenargues acerca de *los primeros fulgores del día* tendrá su poesía eternal. «¡Y, sin embargo—dice (1) un excelente biógrafo, amigo de Coppée, M. A. Chennevière — algunas veces ha tenido tirria el poeta á ese *Transeunte!*» Se irritaba al oir aquella eterna perífrasis de su nombre: «el afortunado autor de *El transeunte*»; pero, como después de todo, no es ingrato, al cabo de muchos años le pide perdón por esos arranques de impaciencia.

« Pobre *Transeunte*—dice en alguna parte—dulce inspiración radiante de mis veinticinco años, perdóname los minutos de impaciencia y mal humor que me ha causado tu nombre, dicho maliciosamente para despreciar mis nuevas creaciones. No por eso has dejado de ser el hijo predilecto de mi juventud, el sueño de ideal y de amor que sólo se tiene una vez en la vida; y jamás he olvidado, gentil trovador de una noche de luna clara, que te debía aquella primera recompensa del poeta, esa primera rama de laurel que hizo llorar de gozo á mi anciana madre y me dió alientos y esperanzas para siempre. »

Desde entonces, aplaudido Francisco Coppée, era célebre, buscado, mimado; y sus versos, que la vís-

(1) En el periódico *La Gironda Científica y Literaria.*

pera no se vendían, viéronse en manos de todos. Tuvo de su parte, como en otro tiempo Alfredo de Musset, á los jóvenes y á las mujeres. La princesa Matilde le convidaba, y para ir á verla se mandó hacer el poeta su primer traje negro *formal*. «Aquello era demasiado hermoso—nos decía él mismo; —caigo enfermo con una pulmonía, de la cual sufrí varios años y que ensombreció el fin de mi juventud. Por otra parte, había tenido yo excesivas privaciones; el deseo mata.»

Ahora bastaría con citar los tomos y los dramas que han seguido al *Transeunte*, para recordar á los lectores una seducción, un encanto, un querido recuerdo: *Los poemas modernos, El cuaderno rojo, Oliverio, Los humildes, Las narraciones y las elegías, Dos dolores, La abandonada, El guitarrero de Cremona, La cita, El tesoro, Madama de Maintenón*—escrita primero con el título de *El salterio*—y, en fin, después de *Un idilio durante el sitio*, esos *Cuentos* en prosa que forman ya dos tomos, y que, uniendo la emoción más profunda con una singular limpieza de estilo, hacen á veces pensar en un Merimée con ternura.

Un periodista de verdadero talento, crítico muy agudo é investigador erudito, M. Ed. Drumont, caracterizaba no ha mucho el talento de Coppée, y buscaba sobre todo la *dominante* del poeta en la colección rotulada *Los humildes*, diciendo:

«*Los humildes* indicaban un profundo cambio en la manera del escritor. ¿Hay que ver allí, como pretende Zola, la introducción del naturalismo en la poesía? Coppée, á quien el maestro del naturalismo ha querido afiliar á la fuerza entre los que siguen su bandera, defiéndese contra tal honor y protesta como si le llevase el diablo. Esos cuadritos, algunos de los cuales son expuestos, no se enlazan realmente con ninguna escuela; corresponden á esas escenas de la vida doméstica, á esas reproducciones de las costumbres familiares en que han sobresalido los holandeses; tienen la finura de toques, la sinceridad, el candor de esos pequeños lienzos que se pagan á peso de oro, y no vemos por qué lo que es lícito á la pintura le haya de estar prohibido á la poesía. Junto con puerilidades, hay allí efectos de una exactitud inaudita, visiones de calles, impresiones de caída de la noche de aguda perspicacia. Esa especie de poesía cotidiana de ciertos espectáculos urbanos en el rincón de una tienda, en una alameda de jardín público, en un barrio dado, visto en determinada hora del año, se retra-

ta allí con asombrosa habilidad de hechura.»

Sustituyendo por la palabra *parisiense* el vocablo *holandés,* me adhiero con gusto al juicio de M. Drumont; pero *Los humildes* y hasta *Las intimidades* no presentan más que una faz del talento de Coppée. El autor de *Oliverio* tiene arranques por los cuales se recuerda que es contemporáneo del autor de *La leyenda de los siglos;* y es preciso juzgar al poeta por el conjunto de todas sus obras.

Ama y canta los pequeños, los tímidos, los desconsolados, los que arrastran sin ruido y oscuramente las más pesadas cadenas, los *parias* de nuestra sociedad feliz y sonriente, los pobres diablos cuya carne parece hecha no más que para suministrar mantillo al suelo donde se abren las flores cogidas por otros. Y Coppée tiene lástima y ternura para cada uno de ellos, ya sean esos «humildes» un pobre guardia móvil arrancado al suelo nativo por el gran deber, ó un niño raquítico condenado á las exhibiciones de la escena, ó un deportado, un *utlaw* que se siente francés al ver en peligro la bandera de la patria, ó una pobre vendedora de periódicos, ó hasta un horterilla de ultramarinos —el tendero, mofado ya, y, sin embargo, hecho célebre por Balzac— que sueña mientras parte el azúcar de pilón. Conmuévele la vida; y también en esa vida inquieta que se llama *viaje,* el encuentro de todo heroísmo, de toda abnegación: Walhubert en Avranches, Cambronne en Nantes. Si en Bretaña son para él dos decepciones—como para nosotros—Santa Ana de Auray y Carnac, en cambio le agrada el país de Brizeux porque allí se encuentran pescadores, «esas magníficas caras de lobos de mar, verdaderos jamones cocidos por el sol y salados por el viento del Océano». ¡Dos marinos! Francisco Coppée los ha saludado á menudo en verso y en prosa, no sólo en sus horas de sacrificios, como en *Los restos del naufragio,* sino en sus horas de cotidiana labor dedicadas al cuidado del buque. «El que está en su puesto para barrer—dice—también lo estará para combatir; y quien no tenga miedo á una nube de polvo, no retrocederá ante el humo de un cañonazo.» En todas las cosas ha visto así Coppée la grandeza de los destinos humanos en su humildad conmovedora, y sus obras son la glorificación de los ocuros y limpios de corazón. No conozco más noble empleo del talento que el de dejar venir á sí los pequeños para coronarlos.

El editor que tanto ha hecho en pro de la librería francesa clásica y moderna, y tanto tiempo ha me-

rece una recompensa oficial, Alfonso Lemerre, ha puesto empeño en hacer de esas obras uno de los más hermosos libros que puedan verse. Como en otro tiempo Perrotin con Béranger, ha querido levantar un monumento artístico á *su* poeta Francisco Coppée. Publica una edición en 4.° del autor de *El relicario,* y las ha hecho ilustrar por un maestro, el *acuafortista* Boilvin. Es una obra maestra.

El primer tomo de esta edición definitiva, monumental, contiene las poesías publicadas por Coppée desde 1864 á 1872, *El relicario, Las intimidades, Los humildes,* y esas poesías dramáticas, popularizadas con tamaña rapidez, esos relatos conmovedores y magníficos, *La bendición, La huelga de los fundidores, La carta del móvil bretón* y las composiciones escritas durante el sitio. Juntamente con las páginas tituladas *Paseos* é *Interiores,* de un sentimiento tan profundo y exacto, penetrante y sincero, todo aquello es quizá lo que el poeta de *El transeunte* ha escrito de un modo más acabado, más personal.

Gusta leer en esta edición magistral esos versos que desde hace tanto tiempo resuenan en la memoria de todos. Boilvin ha firmado allí aguafuertes exquisitos, muy variados, de un naturalismo sencillísimo, como cuando *ilustra El banco* ó *La nodriza;* y de un carácter agudo ó altivo, como en sus grabados de *La huelga* y de *Hijos de las armaduras.* Coppée ha sido bien comprendido y admirablemente traducido.

Además, su poesía modernísima, de una intensidad de sensaciones enteramente original, conmovida, replegada, parisiense por los recuerdos, los enervamientos, la gracia doliente é irresistible, era la más á propósito para inspirar á un artista muy contemporáneo en su manera de ver. La hechicera musa de Coppée es pariente de la musa triste de Sainte-Beuve; pero, lo repito, con su fina mano de parisiense ha tocado la gran espada de Víctor Hugo, y de ese contacto guarda un raro vigor que añade precio á su exquisita nerviosidad. Francisco Coppée ha dado un sello especialísimo á estas *Intimidades,* donde las ternuras, los escalofríos, los olores, las reconditeces y complicaciones de la pasión moderna, ó del *amor-gusto* contemporáneo, se analizan con un lenguaje de una sencillez sabrosa y sabia. Ahí está Coppée, en ese no sé qué profundamente sentido, enamorado y doliente, sincero y real como la vida. Enamorado parisiense y poeta de París, con murallas grises para marco de los idilios, y días de nieve para despertar las neurosis. Verdadero poeta moderno, contemporáneo, sen-

sitivo, que expresa con una claridad decisiva, llena de emoción *sobreentendida* las realidades cotidianas. Esta edición, este monumento que le erige Alfonso Lemerre, es ya una especie de posteridad que comienza para Coppée. En la última página de este hermoso libro escribe estos cuatro versos, modestos en demasía:

«A MI EDITOR

¡Vivirán más que yo mis pobres versos!
Gracias á tu edición, de arte santuario,
Tu libro guardará cual un herbario,
Los de efímera flor pétalos tersos.»

Pero la flor dista mucho de marchitarse. ¡La flor de la poesía siempre embalsama el aire, siempre difunde su aroma sutil y suave! Y Francisco Coppée, ese poeta de nuestros veinte años, es ya de aquellos de quienes puede afirmarse que volverlos á leer en esas páginas acabadas es revivirlos.

Ya se ha hecho resaltar el contraste que existe entre los poetas de la generación que precedió á la nuestra y los que hoy viven. Los primeros, nacidos entre el fragor de una tormenta, hijos de legitimistas ó de republicanos, mecidos por el retumbar del cañón, tales como Hugo los recuerda cuando narra la juventud de Mario en *Los miserables,* ó como nos los hace ver Musset en el admirable capítulo primero de *La confesión de un hijo del siglo,* continuaron en la literatura la obra tormentosa de sus padres. Fueron militantes, audaces, desesperados, en una época de paz, de sosiego y de venturas. El reinado suave y sin puntos negros de Luis Felipe, les permitía ser á sus anchas revolucionarios en el arte. Al revés; los de hoy, que nacieron y se desarrollaron en horas de calma, no buscan más que las seducciones del hogar, las desdichas íntimas, las ternuras verdaderas —hasta en *Las vanas ternuras* del querido y profundo pensador Sully Prudhomme; —y, sin embargo, tienen suspensas la amenaza y la espada encima de su cabeza, como la misma patria. «Parecidos—se ha dicho—á esos literatos galo-romanos que, á ejemplo de Fortunato, alineaban sus encantadores versos entre dos invasiones de bárbaros, tienen tragedias en la cabeza é idilios en el corazón.»

Esta edición definitiva es como una tarjeta enviada por Coppée á la Academia. Faltóle poco para sentarse ya en uno de los sillones; y cuando la juventud literaria (que empieza á tener bastantes canas) dió un banquete á Sully Prudhomme, electo de los Cuarenta, el poeta de *El transeunte* fué quien calurosamente pronunció el primer brindis por el poeta de *La Justicia:*

«Mi querido Sully Prudhomme

(aún me parece oirle): Los amigos congregados en esta fiesta íntima me han hecho el honor de elegirme por intérprete de la honda alegría que les causa la pública consagración de un talento que sólo cuenta con admiradores. Al nombrarle—y al preferirle—la Academia Francesa ha querido coronar en V. á la poesía en su más pura y desinteresada expresión; y yo invito á todos cuantos guardan con fidelidad en el fondo de su alma el culto del arte profundo y exquisito, á levantar sus copas con la mía. ¡Brindo por Sully Prudhomme, de la Academia Francesa!»

M. Sully Prudhomme respondió entonces, muy conmovido, en breves frases:

«Mi querido Coppée: Hemos comenzado casi juntos; y si hago presente este recuerdo y digo *casi*, es porque pretendo hacer constar que soy más viejo que V.... Y porque soy más viejo, he sido preferido (como dice V.) por la Academia... Ahora que estoy en el Instituto, mi querido amigo, allí le espero á V.»

Francisco Coppée no se ha dado mucha prisa. Es feliz entre sus amigos y sus parientes, recibiendo en su casa á los maestros Barbey d'Aurevilly y Banville, á Paul Bourget, al poeta delicado, sensitivo y profundo, una de las individualidades exquisitas de la nueva generación. Y sonriéndose, el poeta de *Las intimidades* dice de sí propio y de su vida:

«Habito en un barrio del ensanche; el cuarto donde trabajo está situado en la planta baja y comunica por unos cuantos peldaños con un jardinillo. Pero la casa está expuesta al Norte, en pleno Norte; y hasta en verano, aun al mediodía, extiéndese su sombra sobre la mitad de ese pequeño cuadro de flores. Las que están en el fondo del jardín, en pleno sol, se abren y embalsaman el aire tibio; pero las otras, las más cercanas á la pared, á quienes jamás alcanza un rayo de sol, apenas se entreabren y no exhalan sino débil aroma.

»Con frecuencia, al pasearme por la estrecha calle circular de mi jardinito, echo una mirada compasiva á esos claveles marchitos y á esas rosas enfermizas—que son mis predilectas—y en el mismo instante, al llegar hasta mí los ruidos de las casas próximas, por una misteriosa correspondencia de ideas, me hacen pensar en ciertas vidas comparables á esas tristes flores. Ya es la monótona canción de la obrera que tira de aguja en su camaranchón; ya el hipo de la vecina máquina de vapor, donde se agita un pueblo de artesanos en el infierno de una forja; ya la campana del convento, donde inocentes mujeres ofrecen á

Dios sus sufrimientos y sus oraciones por los que, como muchos de nosotros, no saben padecer ni orar; ya, en fin, la corneta del cuartel, donde pobres labriegos, desterrados de sus campos y de sus viñas, aguantan los rigores de una dura disciplina en espera de que estalle la guerra, la cual les obligará á pagar á la patria el terrible tributo de su sangre. Oigo esos ruidos melancólicos, miro esas rosas languidecientes, y mi pensamiento reune en una misma conmiseración esas almas y esas flores, á quienes el destino no ha otorgado lo que á todos parece debernos, un sitio al sol.»

Olvidábaseme añadir que, de 1870 á 1871, Coppée fué soldado como Sully-Prudhomme; pero se dice que, con la mochila al hombro, no se olvidó de que era poeta. De aquella época datan *Durante el sitio*, la *Carta del móvil bretón*, *¡No más sangre!* y *Un idilio durante el sitio*. En 1874 aparecieron los *Paseos é Interiores* y *El cuaderno rojo*. El poeta, mientras se ocupaba al mismo tiempo de obras más importantes, tenía entonces la costumbre de abrir á veces un delgado cuaderno rojo que rodaba siempre encima de su mesa de trabajo, y descansar de aquéllas apuntando en él algunas poesías fugitivas. Reunidas y publicadas con el título de *El cuaderno rojo*, esas poesías, impregnadas de «ese *spleen* que está en el fondo del alma de casi todos los poetas modernos (A. Chennevière)», salieron poco antes que *Oliverio*.

Pero, repitámoslo, ese esplín es en Coppée risueño é indulgente. Acaba de verse en sus confidencias que se encuentra satisfecho y bien pagado de la vida. Trabaja mucho. «La existencia del poeta se compone de ensueños y de papeles emborronados.» En los malos días fué deudor del buen Lemerre; ahora, muchas veces, es acreedor suyo.

Nombrado en 1870, antes de la guerra, por mediación de la princesa Matilde, bibliotecario adjunto del Senado—convertido luego en simple Luxemburgo—Coppée hizo dimisión dos años después en favor de Leconte de Lisle, el admirabilísimo poeta. Después le han otorgado al autor de *Oliverio* la biblioteca del Teatro Francés, la cruz y tres premios en el Instituto; pero no hace más que cuatro ó cinco años que es libre y vive á su antojo. Aun así, le ha sido preciso aceptar la servidumbre de un folletín, como á Teófilo Gautier.

He querido hacerle contar su vida literaria; pero, como todos los hombres—sobre todo si han doblado el cabo de cuarenta años—su pensamiento se ha dirigido, más que nada, á su infancia, á sus comienzos, á las hermosas horas en

que creía en todas las quimeras. Cuantos más pasos da el hombre en la existencia, más echa de menos los primeros que dió.

Con Coppée, los recuerdos son enteramente íntimos. Impresiones de arte. Nada de política.

Sin embargo, cierto día habló muy bien de política.

«La política—dijo—es una ciencia, ciencia poco exacta, pero al fin ciencia, y no me siento con aptitud ninguna para ella lo mismo que para las demás. Tengo la modestia, más rara de lo que parece en los tiempos que corren, de considerarme en absoluto incapaz de legislar y y de mezclarme en el gobierno. Soy poeta, y nada más; trato de hacer versos lo mejor posible, y me parece que este es el mejor medio que tengo de ser un buen ciudadano, y útil.»

El amigo de Coppée, de quien he citado más de una página, ha recogido algunos de los *dichos* y ciertas confidencias del poeta. Hablando es como el hombre desnuda su pensamiento y se retrata de cuerpo entero.

«Coppée—escribe M. Chennevière—expresa sus simpatías literarias con la franqueza del convencimiento. Al hablar de Víctor Hugo, exclamaba el otro día: «¡Es el gran »modelo de todos nosotros! ¡Tiene »versos que duran veinticuatro horas!» En un arranque de ferviente y respetuosa admiración, decía otra vez: «¡Es el mayor genio lírico que »ha producido Francia. Es como el »sol de nuestra literatura moderna, »y sus rayos han penetrado en todas partes. Y hoy mismo, que, con »penetrante melancolía, le vemos »declinar á su poniente, lanza resplandores tan espléndidos, que no »permiten distinguir las débiles y »tímidas estrellas, únicas que quedarán en nuestro cielo poético cuando haya traspuesto majestuoso el »horizonte.»

»¿Y Chateaubriand? Fatigado Gustavo Flaubert de oir, durante ocho horas de reloj, el piano de una vecina suya, decía: «Me vengo ru»giéndola por la ventana páginas »enteras de *Los Mártires* ó de *Los* »*Natchez*.» Coppée no tiene que defender su tranquilidad con estos medios heroicos, pero gusta de aquella prosa majestuosa tanto como de ella gustaba su ilustre amigo.

»Por lo demás, al mismo Flauber le pone muy alto. «Es uno de »los primeros prosistas del siglo— »decía;—llegará á ser clásico: den»tro de doscientos años harán copiar »á los colegiales, como ejercicio de »estudio, el episodio de los leones »en *Salammbô*.»

Coppée, que nació romántico, tiene sus admiraciones clásicas como Flaubert. Le gusta recordar,

como lo hacía el autor de *Madama Bovary* (quien la recitaba á voz en grito), tal ó cual frase de Bossuet, cuya sublime concisión le parecía al gran novelista un modelo inimitable. «En verdad, en verdad te digo que mañana serás conmigo en el Paraíso.» Así habla Cristo al Buen Ladrón en el patíbulo, á su lado. Y Bossuet añade: «*Mañana,* ¡qué prontitud! *En el Paraíso,* ¡qué mansión! *Conmigo,* ¡qué compañía!» Con la expresión admirativa de Flaubert se encuentra el mismo acento del coloso ruanés en la voz de Coppée, cuando repite estas frases de Bossuet.

—Pláceme fumar y leer — dice también el poeta—y pasar del papel al *papelillo* (1).

No hay andaluz que líe más pitillos que él al cabo del día. Coppée se estaría días enteros encerrado y meditando, con blusa, en medio de sus bocetos de Julio Lefevre ó de Julio Breton y de sus libros.

También dice (y lo cita, porque acerca de un hombre nada vale tanto como el testimonio del mismo):

«Suy un gran lector y un gran andarín de galerias y museos. Además, me gusta grabar con una lectura la impresión que me ha producido un objeto de arte ó una curiosidad. Es una manera de instruirse deleitándose, que aconsejo á todo el mundo. Primero ver, y en seguida saber. Volviendo de una visita á las salas egipcias del Louvre, vuelvo á leer la encantadora *Novela de la momia,* de T. Gautier, ó las admirables palabras pronunciadas por Isis en *La tentación de San Antonio,* de G. Flaubert; y al dia siguiente, presa del deseo de saber más, voy á la biblioteca á hojear la gran obra de Leipsius ó dar un vistazo á los trabajos de M. Mariette ó de M. Maspero. Luego entra en danza la loca de la casa. Durante ocho días no sueño más que con obeliscos, hipogeos, esfinges y pirámides, dioses con cabeza de gavilán paseados en barca por el Nilo, faraones impasibles en sus tronos, con las manos puestas en los muslos y tocada la cabeza con el sacro *uraeus;* y con todos los misterios del Egipto antiguo. Al salir del museo de Cluny, donde he suspendido mi andorrear parándome á ver una armadura nielada y damasquinada de oro, abro con afán las crónicas de Froissart ó de Joinville, y ahí me tenéis en marcha para las cruzadas, los nobles pasos de armas y las grandes cabalgatas. El método es excelente, os lo aseguro. La vista de un portaescudo de madera dorada, con sus dos dedos alzados para bendecir y sus hipnotizados ojos, hace comprender mejor el

(1) Los franceses se empeñan en llamarlo *papelito* porque sí.—(N. DEL T.)

hermoso libro de Eugenio Burmouf. Con el recuerdo de un retrato histórico se esclarece y se anima una página de las Memorias de Saint-Simón. Una estatua griega se completa con un canto de Homero, y un primitivo italiano con un Evangelio.»

La confesión es bonita y de un giro ingenioso. Así, en todo lo que confía á sus versos y á sus libros, Francisco Coppée se nos aparece, no como un *satisfecho* en el sentido egoísta de la palabra, sino como un sabio, un joven sabio á quien van á saludar los recién llegados como á un maestro, y á quien muy pronto quieren como á un amigo. Nótese que casi todos los tomos de versos de los principiantes están dedicados á Coppée, cuando no llevan el nombre del autor de la *Justicia*. Y es que Coppée les ayuda, les alienta, escribe á veces un prólogo para ellos, como para la colección de M. R. del Costal, ó las *Reliquiae* del joven y pobre Read. Y es que Coppée es un maestro sin pedantería, un artista sin tiesura, respetuoso para su oficio hasta la religión, enamorado de la armonía y de la sinceridad; que ha sufrido y ama la vida, conoce á los hombres y no los detesta; sueña con los bravos de los teatros y prefiere á ellos el murmullo de alguna playa bretona; retocando, hoy día de la fecha, un drama italiano que el Odeón pondrá muy pronto en escena, y dispuesto á escaparse para ir á Florencia ó á Douarnenez en busca de alguna impresión de arte ó de algún baño de olvido entre los vientos del mar. En una palabra, es un poeta, un verdadero poeta, que ha sabido poner en su vida el encanto mismo y la poesía de sus libros. Es uno de los más felices de entre nosotros, puesto que vive en la realidad de sus ensueños; el arte, el trabajo, la lectura, el afecto de sus amigos y el de la que ha reemplazado á su madre.

JULIO CLARETIE.

UN IDILIO DURANTE EL SITIO

I

A mediados de 1870, una señora anciana y su hija vivían en una modesta habitación de quinto piso en una casa del muelle de San Miguel.

Mad. Fontaine perdió su marido, profesor de sexto curso en el Liceo de Luis el Grande, en el momento en que su hijo Gabriel, que acababa de terminar bastante bien los estudios, iba á presentarse á exámenes en la Escuela Normal. La muerte de ese padre de familia fué entonces, como casi siempre, un verdadero desastre. No teniendo aún M. Fontaine la edad y el tiempo reglamentarios de servicios para jubilarse, su viuda no obtuvo de la Administración sino una mezquina pensión, y á Gabriel le fué preciso renunciar á la carrera del magisterio y agenciarse inmediatos recursos para sostener á su madre. El provisor del Liceo, hombre benévolo y servicial, hizo, pues, obtener al joven un empleo en las oficinas de Instrucción pública, con mil quinientos francos anuales de sueldo, y esta suma, unida á la pequeña pensión de Mad. Fontaine y á algunos pobres ahorros hechos en vida del padre, aseguró el pan cotidiano á la viuda y á su hijo.

Componíase el cuarto que ocupaban de tres piececitas y la cocina. El comedor, con ese eterno papel imitando madera de roble, y cuyo pavimento estaba pintado de color pardo rojizo, contenía el aparador de caoba, la mesa con tapete de hule y las seis sillas de bambú de reglamento, ante cada una de las cuales descansaba un ruedo de pleita. Tampoco faltaban allí las cortinillas blancas, colgando de unas varillas, así como la estufa de la-

drillo pintada de verde y desconchada; los únicos adornos de la pared eran unas colecciones de mariposas puestas en cuadros y que revelaban los gustos entomológicos del difunto M. Fontaine. La alcoba de la viuda, que hacía de sala, estaba abarrotada con el antiguo lecho conyugal sepulto bajo los pliegues de un pabellón de damasco verde, de lo que eran también los cortinajes del balcón; fundas de hilo crudo cubrían las sillas y las dos butacas puestas á los lados de la chimenea, donde ardía en invierno leña de raíces, y que ostentaba dos ramos de flores artificiales bajo fanal y un reloj de alabastro, estilo del Imperio. Desde la pared opuesta á la chimenea mirábase al espejo el retrato del difunto M. Fontaine. Aquella obra artística, que un irrespetuoso aprendiz hubiera calificado con el enérgico epíteto de *buñuelo,* representaba al digno universitario con toga negra y birrete en la cabeza, sentado ante una mesa de despacho de tapa cilíndrica (cuyo original estaba puesto debajo del retrato), y escribiendo un verso de Virgilio con una pluma de ganso. Si el pintor había hecho resaltar de una manera chocante el contraste que ofrecían los blanquísimos cabellos y muy subido color rojo de M. Fontaine, su concienzuda buena voluntad hacíase á lo menos palpable en la exactitud con que estaban reproducidos los clavos del sillón, el tintero de sifón y la palma de oro bordada en la toga del profesor.

Cuando hayamos dicho que una tenue alfombra cubría parte del embaldosado, siempre enlucido con barniz secante; que dos grabados, copia de Delaroche, regalo de suscrición á algún periódico, constituían todo el adorno artístico de la estancia, juntamente con el ramplón retrato de M. Fontaine; que junto á la butaca, comúnmente ocupada por la viuda, había en un veladorcito redondo una calceta sin acabar de hacer, un par de gafas con montura de plata y una *Jornada del cristiano;* y, por último, que todo brillaba con fría y meticulosa pulcritud, el lector comprenderá, sin duda, con qué elocuencia expresaba ese triste y sosegado interior una vida de pobreza dignamente sufrida, de virtudes burguesas y casi inconscientes.

La tercera pieza del cuarto era el aposento de Gabriel. Aún más pequeña que las otras dos, empapelada con un pésimo papel blanco y flores azules, y caldeada por una estufilla de loza cuyo negro tubo formaba un ángulo y horadaba la pared, estaba pobremente amueblada con dos sillas de paja, un corto y estrecho catre de hierro, sin

pabellón, casi como una cama del dormitorio de un colegio, una mesita con tapete, una cómoda con la ropa blanca de vestir dentro y un lavabo encima; y, por último, unas tablas en escalerilla haciendo de biblioteca, en las cuales codeábanse los libros de texto y los diccionarios encuadernados en tela con cierto número de volúmenes de canto dorado, testimonio de los premios obtenidos por Gabriel en el colegio y en el gran concurso. A la cabecera de la cama colgaba el retrato de Mad. Fontaine, uno de esos antiguos daguerreotipos en metal que no se pueden mirar con luz fuerte sin quedarse uno ciego.

Ese gabinete era, pues, aún más pobre y triste que el resto de las habitaciones; pero bastaba abrir el balcón para traer ante sí el más maravilloso panorama. Cuando en un claro amanecer se ponía de codos en el antepecho el morador de aquel sotabanco, podía contemplar uno de los más sublimes espectáculos de ese París cuya belleza, como paisaje, no ha sido aún bastante encomiada por los escritores y poetas. De un vistazo en redondo abarcaba todo el curso del Sena, los muelles y puentes donde hormigueaba el gentío, los monumentos que sobresalen de entre los tejados. A la derecha, muy cerca, la imponente mole de Nuestra Señora; delante de ella las torrecillas del palacio de Justicia y el áureo campanil de la Santa Capilla; y allá abajo, á la izquierda, entre la bruma de las mañanitas de verano, más allá de la graciosa curva del río y de la estatua de Enrique IV, entre el admirable marco formado por la isla de la Ciudad y por las casas del muelle de los Agustinos, la línea armoniosa y lejana de los palacios del Louvre. Reforzados por la sonoridad del río, subían de todas partes hasta él los mil alegres rumores de la ciudad al despertarse, los jadeantes suspiros de los barcos de vapor, el ruido del rodar de ómnibus y coches, los gritos de los vendedores callejeros y las charangas del relevo de la guardia. Podía embriagarse á sus anchas con aquella intensa vida, ese movimiento deslumbrador, esos magníficos ecos; y respirar á pulmón lleno el aire libre y puro de ese vasto cielo poblado de golondrinas.

Gabriel Fontaine estaba hecho para gozar de esas grandiosas sensaciones, aun cuando la vida que hasta entonces había llevado no parecía á propósito para desenvolverlas en él.

En el momento de comenzar este relato, era un joven de veinte años, estatura regular, delicada complexión, y llevaba siempre abrochado su traje de luto. Tenía finas las ex-

tremidades, abundante cabellera castaña y ondulosa, y unos grandes ojos garzos, á la vez apasionados y tímidos. Su rostro, de una palidez mate y trigueña, ofrecía vago parecido, más en joven, con *El hombre negro* del pintor Francia, que está en el museo del Louvre.

Su vida era monotona. Lastrado con el clásico café con leche, salía temprano para la oficina, llevando en un bolsillo del gabán un panecillo relleno de embutido. Seguía por el parapeto de los muelles, callejeando, mirando los barcos y los pescadores de caña, revolviendo á veces los puestos de libros. Abría con gusto los tomos de versos, pero nunca compraba nada, por ser muy pobre y por haber oído á menudo á su madre, mujer apocada y económica, hablarle de las escaseces domésticas. *Res angusta domi,* como decía antaño el difunto M. Fontaine. En el ministerio le querían sus compañeros. Parecía interesarse en las conversaciones, sonreíase con los equívocos, y de muy buena voluntad desempeñaba la tarea de un ausente. A la noche regresaba al muelle de San Miguel por el camino más largo; y, á solas con su madre, tomaba una cena tan breve y frugal como una comidita de muñeca; después, cuando la viuda, que era del campo y había conservado algunas costumbres de él, se acostaba á cosa de las ocho, retirábase él á su cuarto á leer ó meditar; algunas veces, aunque raras, salía é iba á ver á sus amigos de colegio, trocados en estudiantes de derecho ó medicina.

El domingo acompañaba á su madre á misa mayor á San Severino. Allí, aquella mujer anciana, bajita y flaca, que aún llevaba debajo de su velo de viuda la capota en forma de cabriolé, con ancho adorno encañonado y unos cabellos duramente negros, reproducía con su larga cara de un color amarillo rancio, su alta frente de devota, sus pálidos labios y sus ojos sin mirada, una de las místicas figuras que inmortalizó el pincel de Holbein. Leía el oficio divino en un grueso *Eucologio,* cuya encuadernación estaba envuelta en paño negro, y cantaba en voz alta las respuestas en latín, como en una iglesia de aldea. Gabriel, que había sido muy piadoso en su infancia, pero de quien habíase apoderado la duda desde largo tiempo atrás, se avergonzaba entonces vagamente de su madre; pero, por respeto á ella, nunca se atrevió á aconsejarla que renunciase á esa costumbre en un todo campesina.

Después de misa, daban una vuelta por el Luxemburgo ó el Jardín Botánico. A Gabriel le gustaba sobre todo este último paseo, por los

aromas de sus árboles extraños y por sus largas alamedas melancólicas.

En fin, era un ser dulce, tranquilo, silencioso, taciturno por natural tendencia. Casi nunca había entrado en el café, y, probablemente, siempre había sido casto.

No se le conocía ninguna opinión política.

II

Cediendo á la ley en virtud de la que los extremos se tocan, Gabriel tenía por íntimo amigo á un estudiante de primer año de medicina, con quien había estudiado y cuyo carácter era enteramente opuesto al suyo.

Llamábase Mario Cazaban y era natural de Valence-d'Agen. Pequeño, rechoncho, con ojos inquietos y ardientes, era ya barbudo hasta los ojos y parecía tener treinta y cinco años, cuando apenas había llegado á la mayor edad, por ese raro privilegio de los meridionales, quienes cierto es que nunca tienen aspecto de jóvenes, pero en cambio no se manifiestan en ellos hasta muy tarde los signos de la vejez. Cubierto siempre con un sombrero de fieltro flexible, se distinguía por las corbatas rojas y las cazadoras demasiado cortas; se le salía la camisa por entre el chaleco, subido hacia el pecho, y el pantalón, de tela clara, de tal manera ajustado, que á cada momento se temía, por motivos de pudor, verlo estallar con estrépito.

Mario Cazaban era ateo, materialista é *irreconciliable:* esta palabra estaba entonces de moda. Su terrible acento del Mediodía hacía retumbar con discursos incendiarios el café del bulevar de San Miguel, donde tomaba feísimas posturas en las banquetas de cuero. Había gritado «*¡Viva la República!*» en el entierro de Víctor Noir y creíase vigilado por la policía. A menudo paseaba de noche por las calles solitarias, armado de una enorme estaca, con la esperanza (poco sincera, por supuesto) de que se le acercase alguno de *la secreta,* y los molinetes que hacía con el palo eran el terror de los transeuntes trasnochadores.

Vivía en un cuarto de una hospedería en la calle de la Escuela de Medicina, cuyo ingreso, estrecho y cerrado por una cancela, tenía en lo alto un transparente de cristal, con el rótulo *Hotel amueblado del Progreso y del Tarn-y-Garona,* y donde mujeres con chambra y despeinadas asomábanse á la barandilla de la escalera para llamar al mozo. Mario frecuentaba el baile de

Bullier y conocía desde muy atrás el amor. Decía «*el barrio*» para hablar del Barrio Latino, y cuando tenía una querida, la llamaba con énfasis «mi mujer».

Por lo demás, buen muchacho, con esa *labia* y esa cordialidad corriente de las personas del Mediodía; en la sala de disección fumaba en una pipa cuyo depósito representaba las entonces tan populares facciones del periodista Enrique Rochefort. En resumen: inaguantable.

No era, pues, una real simpatía el atractivo de Cazaban para Gabriel, sino más bien una vaga admiración, muy explicable por cierto en un joven ignorante y tímido. Debemos confesarlo: Gabriel no podía eximirse de una especie de envidia cuando tenía ante sus ojos la imperturbable confianza y el maravilloso aplomo del hombre del Mediodía.

Es inútil añadir que la vida metódica y pura de Gabriel era para Mario un tema continuo de burlas del más pésimo gusto.

III

Una tarde de fines de Julio, es decir, pocos días después de la declaración de la guerra, Gabriel salió solo hacia el anochecer.

Estaba de mal humor. Durante la cena había expresado varias veces su madre temores acerca de él, con motivo de aquella guerra; y para tranquilizarla, había tenido que repetirla con insistencia que, siendo hijo único de viuda, no corría ningún riesgo de que le hiciesen servir en el ejército.

Pero sordamente asomaba la revuelta en aquel ánimo joven, ávido de impresiones nuevas, y á quien no bastaba la satisfacción del cotidiano deber cumplido.

Estaba conforme en que no podía ser soldado como los demás, pues era demasiado necesario á su madre. Pero pensaba que el destino le había dado una vida muy estrecha y muy fastidiosa. Recordaba las largas tardes en la oficina llena de carpetas amarillas, el apestoso olor de los papelotes viejos, la constante intimidad de colegas con quienes ya no se ocurre una idea que comunicar, la calle alegre y llena de sol, abandonada todas las mañanas para hundirse en los largos corredores húmedos del ministerio. Veíase de antemano empleado antiguo, maniático y estúpido, con manguitos de percalina de lustre y tapones de algodón en las orejas.

Gabriel hacía estas tristes reflexiones al subir entre compacta mu-

chedumbre por una de las aceras del bulevar de Sebastopol. La noche era muy cálida. Acababan de encender el gas. Las gentes bebían cerveza y discutían con animación delante de los cafés deslumbradores. A cada momento, los transeuntes vertían en los oídos de Gabriel retazos de frases como éstas: «El emperador ha partido ayer... Le digo á V. que Le Bœuf es quien ha sido nombrado...» Negros grupos se ahogaban ante los kioskos luminosos, y los que á duras penas podían salir de allí llevaban en la mano, por encima de la cabeza, un periódico de la tarde, desdoblado y húmedo. De vez en cuando pasaban sobre el firme bandas de granujas y hombres con blusa, aullando con ritmo monótono los gritos furibundos de *¡A Berlín!* Luego, un repentino redoble de tambores cubría con su atronar todo aquel barullo. Eran los regimientos de la guardia imperial que iban á la estación del Este, y Gabriel distinguía en la calzada, sobre las cabezas de los curiosos, entre el confuso desfile de los chacós negros de los cazadores de Vincennes ó los gorros de pelo de los granaderos, el águila de oro de una bandera ó el plumero de un coronel á caballo.

Aquella emoción militar, aquel aparato bélico, hacían pasar por la mente del hijo de la viuda sueños de combates y de gloria. Veía el amanecer de una formación en batalla, la línea oscura de las tropas hasta perderse de vista, los portapliegos á galope en la llanura y apenas visibles. Allí estaba tambien él, con el arma descansando, en la primera fila de la columna de ataque. Luego sordos estampidos de cañonazos, cornetas tocando á cargar, el calacuerda á la bayoneta, temeridades de zuavo; y allá abajo, en la cima de una colina, junto á un molino agujereado por la metralla, en medio de los artilleros jadeantes sobre sus piezas, reconocíase á sí mismo en aquel soldado raso que plantaba una bandera, al sol, entre el humo rojo.

Callejeando así, llegó á la estación de Strasburgo; pero en esos parajes habíase hecho casi imposible la circulación. Los soldados habíanse confundido con la muchedumbre; los entusiastas les ofrecían cigarros, hasta dinero; y en todas las tabernas veíaseles, fusil en tierra y mochila al hombro, trincando con los paisanos.

Gabriel hizo lo que todo el mundo: se puso en fila al borde de la acera y miró.

Aquello era un hacinamiento de tropas, carros y artillería. Encabritábanse los caballos, juraban los oficiales. A los agentes de orden público les costaba sumo trabajo

contener el valladar de los curiosos. Los babiecas aplaudían la llegada de una batería de ametralladoras, gritando. «¡Ahí van los molinillos de café!» El reloj de la estación de la vía férrea marcaba las nueve.

En ese momento sintió Gabriel que le tocaban suavemente en el brazo, y aun antes de volver la cabeza, oyó á una voz femenina decirle:

—Caballero, ¿nos permite V. pasar delante suyo, para ver mejor?

Y, en efecto, dos mujeres jóvenes, vestidas de verano, se deslizaron por delante de él.

La mayor, una morena de ojos atrevidos, volvióse, ante todo, para dirigirle una sonrisa de gracias; luego se inclinó para decir una palabra al oído de su compañera. Iban cogidas del brazo y estrechándose una contra otra, como pequeñas burguesas un poco asustadas de haberse arriesgado entre aquella balumba.

Al principio, Gabriel no puso atención en esas dos mujeres; pero el oleaje del pueblo, engrosado tras de él, empujábale contra ellas, y se puso á mirarlas distraído. Estaban hablando una con otra en voz baja y se reían. La más pequeña, más tímida, al parecer, que su amiga, llevaba echado el velete á la cara. Junto á ella es donde se encontraba Gabriel; y á cada movimiento que ella hacía, rozaba contra él su vestido.

En ese momento, y como pasase delante de ellos, al trote corto, un convoy de pesados cajones del tren de equipajes, hubo un tremendo empuje entre la multitud; y la mujercita que estaba delante de Gabriel, lanzada violentamente al arroyo, dió un paso en falso exhalando un grito, y quizá hubiera caído debajo de las ruedas de uno de los carros, si el joven, que también había sido como ella echado de la acera, no la hubiese recibido entre sus brazos.

Muda y desfallecida de miedo permaneció en ellos tres ó cuatro segundos, y después se levantó con brusco esfuerzo; pero Gabriel, que la había cogido la mano durante el accidente, la conservó en la suya y la agarró del brazo maquinalmente, como por instintivo deseo de continuar protegiéndola.

—Vamos, Eugenia, buena suerte hemos tenido de que estuviese aquí este caballero... ¿Qué hubiera dicho tu marido, que no quería dejarte venir?... ¡Vaya un recibimento que me hubiera hecho esta noche! ¡Oh! Caballero, se lo suplico, no nos abandone V. Ayúdenos á salir de estas apreturas. Se parecen á las de la última fiesta del 15 de Agosto, en que á poco me ahogan en los fuegos artificiales... ¡Oh, tuve un

miedo!... Dí, Eugenia, ¿sabes que el señor acaba de salvarnos la vida?... Bonito es eso. Como en las novelas.

Pronunciaba estas palabras sin ilación la mocetona morena, quien había cogido el otro brazo de su amigo, y concluyó su discurso con una pequeña carcajada.

—En efecto, señoras—dijo Gabriel con voz temblorosa;—ante todo hay que tratar de salir de estas apreturas.

Habían vuelto á subirse á la acera, y Gabriel continuaba sintiendo sobre su brazo la mano de aquella á quien acababan de llamar Eugenia. Estaba profundamente turbado. Por la primera vez de su vida se había abandonado sobre su pecho una mujer.

Caminaban los tres por entre el hormigueo popular, ya detenidos por toda una familia que en lloroso grupo abrazaba á un soldado de lijeros, ya empujados por un zuavo que salía del café corriendo en busca de su compañía y haciendo resonar la tartera y el cubilete.

Cuando hubieron llegado á un sitio de menor gentío, en el bulevar de Magenta, Gabriel sintió á la joven desprenderse del brazo de él. Aquella separación le produjo un extraño malestar.

—Ahora, caballero—dijo—sólo me queda darle á V. las gracias, muchas gracias.

Su voz era dulce, un poco sorda, tal vez á causa del miedo que acababa de pasar. Estaba inmóvil delante de Gabriel, quien se la quedó mirando. Era una mujercita de veinte años, fina y bien formada. Llevaba traje completo de color gris claro y un sombrero bastante bonito, con una pluma de faisán.

Bajo el velete, que sólo permitía ver una boca redonda y pura y una linda barbilla un poco regordeta, brillaban sus ojos alzados hacia Gabriel. Le parecieron muy grandes y muy refulgentes en la semioscuridad en que se encontraban.

La buena moza morena volvió á intervenir, exclamando:

—¡Cómo es eso, querida! ¿Quieres que el señor nos deje? Pues yo voy á rogarle, ya que tan complaciente es, que nos ponga en buen camino. Estoy completamente extraviada por estos barrios... Dígame, caballero, ¿sabe V. dónde pasa el ómnibus de los Pozos de la Nieve? Vivimos por allí.

—Pero, querida Mad. Henry, estamos abusando de la bondad de este caballero—dijo Eugenia con una ligera insistencia.

Gabriel tuvo entonces una audacia inverosímil en él: afirmó que quería dejar en sitio seguro á aquellas señoras, y que, con permiso de ellas, las acompañaría hasta el óm-

nibus que pasaba por allí cerca, por la calle de la Rochechouart.

Mad. Henry aceptó inmediatamente, y echaron á andar los tres en fila, dándose el brazo ambas mujeres.

Hacía una magnífica noche en ese largo bulevar, que comenzaba á quedarse desierto. No había luna, pero sí un cielo azul lechoso, sembrado de estrellas. Brillaba el gas con luz muy clara. Gabriel iba junto á la buena moza morena; no se atrevió á ponerse cerca de la otra. Nunca se había encontrado con mujeres desconocidas; latíale con fuerza el corazón. Oía crujir los botitos sobre el asfalto de la acera. Acababa de levantarse la brisa nocturna, un poco fuerte, y agitaba suavemente las faldas y las manteletas de las dos mujeres.

—Oiga V.—prosiguió Mad. Henry, con ese tono familiar y un poco ordinario que le chocaba mucho á Gabriel—no vaya V. á creer que mi amiga sea ingrata por lo que acaba V. de hacer. Pero mi Eugenia es un poco arisca. Comprenda V.; sólo hace un año que está en París y su marido no la saca nunca. Apenas tiene aún ella costumbre de sociedad...

Gabriel advirtió entonces que Eugenia tiraba de la manga de su amiga para hacerla callar, y madama Henry, que parecía ignorar el arte de las transiciones, preguntó bruscamente á Gabriel sin darle tiempo á contestar:

—¿Qué edad tiene V.? Debe de ser V. muy joven: veinte ó veintiún años, ¿no es así? ¡qué hermosura tener veinte años! ¿Por qué no lleva V. barba? ¿Es V. artista acaso? Pero no; los actores gastan más largo el pelo. Déjeme V. adivinar. Tampoco es V. un cualquiera; tiene V. un aire demasiado distinguido... ¡Vaya! Me parece que me quemo: V. debe de trabajar en el ministerio.

Regla general: para la gente del pueblo, los artesanos y todas las personas ignorantes de las cosas de la administración, no hay más que un sólo y único ministerio, vago é indeterminado.

Gabriel confesó que, en efecto, era oficinista del Estado.

Mad. Henry continuó:

—Son buenas plazas, porque tienen sueldo fijo. ¡Calla! Lleva V. gasa en el sombrero. ¡Pobre joven! ¿Lleva V. luto por su madre? No. Entonces debe V. de vivir con ella. Enseguida se echa de ver que vive V. con su familia. ¿Sabe V. que ha estado V. muy amable con nosotras? ¿Cómo es la gracia de V.?

—Gabriel.

—¿Gabriel? Me gusta mucho ese nombre, Gabriel. ¿Y á ti, Eugenia? Pero prefiero el de León... ¡Ah! Y, por supuesto, el de Víctor: es el

nombre del pícaro de mi marido... En fin, ya no tengo por qué quejarme. Me ha abandonado; es lo mejor que pudo hacer. Diga V., don Gabriel, ¿qué piensa V. acerca de la guerra? Yo creo que vamos á ganar. A pesar de todo, muchos de esos pobres soldados que acabamos de ver partir quedarán muertos. Mire V., nada más que con esta idea, me hace daño eso... Pero, en fin, el Emperador se ha visto obligado; ¡le aburrieron tanto con el plebiscito!

El joven comenzó á conocer á Mad. Henry por esos discursos, á los cuales acabó por contestar Gabriel, venciendo al cabo su natural timidez. Sin embargo, una atracción misteriosa volvía siempre su pensamiento hacia la silenciosa joven que les acompañaba.

El tímido Gabriel iba un poco por delante de las dos compañeras, y de vez en cuando encontrábanse sus miradas con las de Eugenia. Pero entonces bajaba él á pesar suyo los ojos, y ni una sola vez se atrevió á dirigirla la palabra. Mad. Henry parecía percatarse de la preferencia de Gabriel, pero no se daba por ofendida; antes al contrario, cuando en medio de su cháchara le veía distraído y ocupado nada más que con su amiga, dejaba escapar esa encantadora risita que tan bien decía á su boca encarnada y de linda dentadura.

Al fin llegaron á la calle de Rochechonart. Precisamente bajaba el ómnibus, y se le veía venir de lejos, moviendo sus dos ojazos rojos.

—D. Gabriel—dijo entonces madama Henry, con su habitual desenfado—segura estoy de que deseará saber V. si mi amiguita Eugenia se ha repuesto de su emoción... Pues bien, vivo en la calle de Santiago, 17. Será V. bien recibido siempre.

Deslumbrado Gabriel con aquella inesperada invitación iba á contestar, pero el ómnibus estaba allí cerca y Mad. Henry acababa de hacer señas al cochero. Alargó la mano al joven y le dijo:

—Hasta muy pronto, ¿no es así?

Gabriel la dió la mano, que ella sacudió como un camarada. Tal vez iba á atreverse á dar también la mano á Eugenia, cuando ésta, con una postrera mirada y un gracioso saludo de cabeza, lanzándose en pos de su amiga, le dijo vivamente:

—Adiós, caballero, y de nuevo le doy las gracias.

Gabriel las vió entrar en el ómnibus, que otra vez púsose en marcha. Oyó al cochero dar los dos golpes de timbre, y quedóse inmóvil allí, mirando cómo el pesado carruaje bajaba la áspera cuesta y desaparecía al cabo dando vuelta á la calle.

Volvió á casa á pie, andando muy

deprisa. Estaba lleno de una extraña exaltación. Recordaba los detalles de su aventura, todos á la vez y muy precisos. Estremecíase con la idea de que los cabellos de Eugenia le rozaron casi la cara cuando cayó ella en brazos de él; aún sentía en su mano la presión de la mano de la joven, recordando que llevaba guantes de piel de Suecia. Decía para sus adentros que volvería á verla; pronunciaba en alta voz palabras vagas. Repetía veinte veces las señas de Mad. Henry, calle de Santiago, 17, como si temiera olvidarlas. Se sentía más fuerte, más ágil y más ligero que de costumbre; parecíale que su sangre circulaba con más rapidez.

Al atravesar el puente de San Miguel, vió por enmedio del arroyo pasar un grupo de estudiantes, entre los cuales conoció desde lejos á su amigo Cazaban. Todos berreaban la *Marsellesa*.

«¡Ah, es verdad!—pensó.—¡La guerra! ¡Se me había olvidado!»

VI

Hasta pasar tres días, no se atrevió Gabriel á ir á ver á madame Henry.

Esa visita le parecía un asunto muy complejo y muy difícil. Había pensado mucho en las dos amigas. Enternecíale hondamente el recuerdo de la mujercita silenciosa y velada, con la cual sólo había cambiado algunas miradas con miedo. Sabía que tenía marido, que era arisca é ignorante, y adivinaba que no era feliz. Quería volver á encontrarla, y repetíase que no había ningún otro medio sino el de visitar á Mad. Henry. Pero la imagen de esta hermosa morena, de ojos relucientes y palabras libres, cuyos labios sanguinosos se reían enseñando una dentadura tan blanca, le daba una turbación que casi era miedo.

Sin embargo, pensando que había mostrado ya muy poca prisa y que cuanto más tardase menos bien habría de ser recibido, un día salió temprano de la oficina y se dirigió á la calle de Santiago.

Como todo cobarde que se acerca al peligro, tomó el camino más largo y fué acortando el paso conforme se aproximaba á la meta.

En el bulevar de Montparnasse estuvo cinco minutos delante de una tienda de antigüedades, examinando un retrato litográfico del general Athalin, antiguo caballerizo mayor de la princesa Adelaida. Para no pensar en el paso que iba á dar, absorbíase en la contemplación de ese militar, evocando la época burguesa de Luis Felipe y

recordando todos los grabados que había visto de la época: el rey con un sombrero grís en la mano, la reina peinada á la inglesa, los príncipes con uniformes de un corte pasado de moda, y M. Guizot en la tribuna y con la mano metida entre las solapas de la levita.

En la esquina del bulevar d'Enfer, donde era aquel día el mercado de caballos y adonde los pilluelos llevaban troncos de percherones blancos con un haz de paja en la cola, detúvose de nuevo para mirar delante de la puerta de una taberna á dos chalanes, con largas blusas azules y gorras de casquete, discutiendo el precio de un rocín matalón que doblaba las rodillas, y al que uno de ellos tenía sujeto con una correa.

En la plaza del Observatorio estuvo mirando á unos titiriteros.

Luego, de pronto, después de haber perdido todo ese tiempo y siempre con arreglo á la lógica de los cobardes, echó casi á correr y no paró hasta la calle de Santiago, frente á aquel número 17, cuyas dos cifras se le habían aparecido con caracteres de fuego en sus sueños de las noches anteriores.

Era una casa vieja y estrecha, recién revocada con una mano de un color amarillo rabioso. Sólo tenía tres pisos, pero muy altos, y con dos huecos nada más en la fachada. Encima del tejado había un buharda de granero, con una barra de hierro y una garrucha colgando. En la planta baja, junto á la puerta de escape que daba á una calleja oscura, había despacho de leche, en el escaparate del cual veíase la imprescindible pirámide de terrones de azúcar entre dos grandes cuencos de arroz y de chocolates hechos con leche.

Gabriel se tranquilizó un poco al ver el aspecto melancólico y popular de aquella casa, que á pesar suyo le hacía pensar en la cara de un pobre obrero. Con grandes palpitaciones de corazón entró allí bruscamente y se dirigió entre tinieblas al tabuco del portero, guiado por un fuerte olor á sopa de cebolla.

—¿Mad. Henry?—preguntó en el ventanillo, á media voz.

—¿Cómo?

—¿Mad. Henry?—repitió un poco más alto.

—Piso segundo, puerta de enfrente—respondió la voz de una mujer vieja.

Tropezando en cada peldaño de la oscura escalera, agarrándose á tientas á la vetusta y gruesa baranda de madera, llegó por fin Gabriel á la indicada puerta, se detuvo palpitante, y, después de haber tomado aliento, tiró del cordón de la campanilla con mano temblorosa.

En seguida salió á abrir madame Henry.

—¡Ay, es don Gabriel!... Pase V.... Tome asiento... ¡Ha sido V. amable en demasía acordándose de mí!...

Por un contraste tan feliz como inesperado, el cuarto era alegre con sus dos ventanas abiertas, y la luz y el sol penetraban en él á raudales. Todo estaba tapizado con cretona de fondo amarillo, sembrada de ramitos. Había allí alfombra, sillas bajas, un diván, un armario de luna donde se veía como si fuese un retrato de cuerpo entero. Tras de los alzados cortinones de la alcoba entreveíase la cama, larga y ancha, con un cubrepiés almohadillado. Por todas partes había pequeñeces, objetos de mujer tirados en desorden, sin suciedad, en el velador, donde un ramo de rosas embalsamaba el aire; Gabriel reparó sobre la chimenea, donde también brillaba un lindo reloj dorado, en las velas azules de los candelabros y en una pequeña zapatilla de porcelana pintada, llena de cerillas.

—Mire V.—dijo Mad. Henry, cuando Gabriel se hubo sentado en un sillón—estaba poniéndoles el verde á mis pájaros. ¿Me permite V. que concluya?

La jaula, donde saltabañ un canario y un jilguero, estaba puesta sobre una mesa; y Mad. Henry, para meter por entre los alambres hojas de escarola, estaba de pie, casi dando la espalda á Gabriel, quien sólo la veía de escorzo. Su larga bata de fino paño rojo, que apenas indicaba el talle y arrastraba un poco por el suelo, la hacía parecer altísima. La magnífica mata de sus negros cabellos formaba un moño alto en el vértice de la cabeza, sujetándolos una gran peina de concha. Del mollete de la oreja colgaba una bolita de oro.

—¡Qué rico es esto... vaya una golosina rica, queridos!—canturreó la morena buena moza, inclinándose hacia la jaula; y con los labios imitó el ruido de un sonoro y largo beso.

Gabriel estaba deslumbrado. Aquella mujer guapa, en traje al descuido, tan cerca de él, le fascinaba; sin saber lo que hacía, miraba aquella dorada piel de la nuca y los rebeldes mechoncitos rizados en ella.

Por ese instinto maravilloso de las mujeres, adivinaba Mad. Henry, sin verla, esa muda admiración, y como era un dulce halago para su amor propio, no se daba prisa para volverse de frente.

De pronto cruzó por la imaginación de Gabriel el recuerdo de Eugenia. Acordóse de que por ella había ido allí; y, cosa extraña, le remordía la conciencia por ese olvido de un momento, por tal sorpresa de

los sentidos que casi le había hecho desear á la otra.

—¿Y no le ha pasado nada á su señora amiga de V.—preguntó—á consecuencia del susto del otro día?

Mad. Henry se volvió, riéndose, y dijo:

—¿Eugenia?... ¡Ah, picaruelo, ya veo que hemos pensado en ella!... Es V. muy guapo, Gabriel; pero Eugenia es casada... y virtuosa... No hay más remedio que olvidarla.

—Pero, señora, le aseguro á V....

—Bueno, bueno... como si yo no hubiese notado nada la otra vez... como si V. no hubiese estado mirándola todo el tiempo que tardamos en subir por el bulevar Magenta. Pero, es lo mismito que le digo á V.... santa como una imagen... Y, francamente, se necesita mérito. También es guapo chico ese Clément... Por supuesto, no me choca... Fué compañero de mi marido.

—¿Es desgraciada?—dijo Gabriel con voz triste.

—¡Como las piedras! ¡Pobrecita mujer! Se crió en el campo, en casa de sus padres, arrendadores ricos... y la mimaron... con verdadero regalo... Y luego se presenta ese mocetón, que era del país y acababa de establecerse en París de maestro carpintero, en el bulevar de Italia... ¿sabe V?.... Se casó con ella y con una buena dotecita ¡á fe mía! y aquí están hace diez y ocho meses. ¡Ah, no ha ido bien la cosa! Todo está ya comido ó poco menos, y creo que anda en malos negocios. Además, no se construye apenas... Y siquiera fuese galante con su mujer... pero no; el tal Clément sólo la tiene para lo material... ¡Es más bruto!... Pues ¿y mal hablado?... Y se va al café todas las noches... Si no me tuviese ella á mí para pasar las veladas, ¡se moría de aburrimiento, esa pobrecita querida! Por fortuna, la deja venir aquí en cuanto comen. Trae labor, hacemos café y charlamos. Me cuenta sus miserias. Esto las alivia siempre, ¿no es así? Mire, Gabriel, sería V. muy amable si viniese alguna vez á pasar una hora con nosotras... Nos leería V. el *Petit Journal,* con tanto mayor motivo cuanto que ahora va á estar muy interesante á causa de la guerra... Bien sé que esto se acabará en seguida y que dentro de quince días estaremos en Berlín... ¡con los turcos!... Y luego, que ¡los prusianos no tienen ametralladoras!...

Y Mad. Henry continuó así la cháchara, sin detenerse, de un tirón, alejándose (con gran sentimiento de Gabriel) del asunto que tanto interesaba al cándido joven; y mezclando, con desprecio de todo arte y de toda lógica, los detalles de su vida de mujer frívola y desocupada con las más inesperadas

consideraciones acerca de las bellas artes, la religión, la guerra y la política. En pocos instantes supo Gabriel que había nacido en Clinancourt; que se pirraba por el cómico Melingue; que su marido la había plantado por una *nadie;* que ella rezaba sus oraciones por la mañana y por la noche; que el lavado y planchado de las enaguas costaba un sentido; que en su opinión debían anexionarse á Francia las márgenes del Rhin; que se hacía subir la comida del despacho de leche; que leía con entusiasmo las obras de Enrique Murger; que admiraba mucho á Garibaldi, y que había asistido á la ejecución de Troppmann.

Se había sentado en un sillón, frente á Gabriel, con los codos en las rodillas y la barba apoyada en las manos; y le hablaba, mirándole cara á cara, como un hombre.

Armándose de todo su valor, Gabriel hizo otra tentativa para llevar otra vez la conversación á lo que se refiriese á Eugenia; pero madame Henry tuvo tal acceso de hilaridad, hizo notar con una risa tan chancera y con burlas tan gordas la insistencia de Gabriel, que éste, sintiendo que se le encendía el rostro y que la sangre le abrasaba las orejas, cambió él mismo el curso de la conversación, y algunos minutos después se levantó para despedirse.

Sin embargo, no pudo hacerlo hasta haber prometido que volvería sin falta el día siguiente por la tarde; y desde el quicio de la puerta, Mad. Henry le prometió entonces que Eugenia estaría allí, con una sonrisa que acabó de trastornarle hasta el punto de que, al ir á saludar por última vez, en poco estuvo que no fuese rodando á oscuras por la escalera.

Mas, apenas se vió en la calle, invadióle una alegría inmensa al pensar que iba á volver á ver á Eugenia. Se felicitó de haber ido á casa de Mad. Henry, como de un acto heroico. Con la cabeza erguida, el paso alegre y fuerte, dió la vuelta atravesando el Luxemburgo, polvoriento y abrasado por un tórrido día de canícula.

Bajo los hermosos plátanos de la fuente Médicis, en esa alameda donde las niñeras y las mamás tiran de aguja, agrupadas al pie de los árboles, fija la vista en los niños agachados que juegan con la arena, encontró á Cazaban, sombrío y calado el sombrero hasta los ojos.

Gabriel rebosaba simpatía universal. Estrechó las manos al hombre del Mediodía, y se informó con tierno interés acerca de la causa de su tristeza.

—¿Y tú me lo preguntas?—dijo Cazaban con impaciencia.—¡Ah, es cierto, tú no eres un ciudadano! De modo que no has leído el tele-

grama... que el chico (1) ha cogido una bala del suelo... ¡Ah, si Badingue obtiene la victoria, animal, queda fundada su dinastía, y nos clavó con eso (2)!

Gabriel estaba tan lejos de este orden de ideas, que ni siquiera se fijó en lo que la inquietud de Cazaban tenía de poco patriótica. Las frases del meridional le recordaron la guerra. Pero la confianza de madame Henry había penetrado también en su ánimo, y dijo alegremente:

—¡Tanto peor para tu República! Estoy seguro de que seremos vencedores en toda la línea.

V

Al siguiente día, Gabriel fué exacto á la cita.

Encontró á Mad. Henry ocupada haciendo el café; y la vista de tres tazas del Japón puestas en una bandejita, le causó una emoción violenta, pues eran prueba de que se esperaba á Eugenia.

Mad. Henry parecía muy agitada, y cuando Gabriel se informó con urbanidad de su salud, respondióle ella:

—Mire V., ya no vivo. Cuando pienso que, acaso ahora mismo, se baten nuestros soldados con esos tunantes de prusianos... ¡Oh, hay momentos en que me da rabia no ser hombre!

Estas palabras produjeron á Gabriel el efecto de una acusación. Desde la víspera había vivido esperando con fiebre el momento en que estaba, y veíase obligado á confesarse á sí mismo que ni un instante había reflexionado acerca de la suerte de nuestro ejército. Le dió vergüenza de oir á una mujer darle esta lección de patriotismo, sin saberlo ella; y pegado silenciosamente al antepecho de la abierta ventana, permaneció un rato con la cabeza medio vuelta y mirando los oblícuos rayos del crepúsculo de la tarde dorar la cúpula del Observatorio y las copas de los árboles que se veían al otro lado de la calle sobresalir de las altas tapias.

Al conocer á Gabriel, se detuvo cortada.

—¡Ah, ya está aquí mi querida! —exclamó Mad. Henry besando á la joven y quitándola el sombrero y la manteleta.—Vamos, Eugenia, me parece que te he reservado una sorpresa. Ya le conoces. Es nues-

(1) El príncipe imperial, muerto años después oscuramente por los zulús en Africa.

(2) El partido revolucionario llamaba entonces á Napoleón III *Badinguet* y *Badingue*. —(N. DEL T.)

tro caballerito de la otra vez... ¿No es verdad que tiene gracia?

Luego, exagerando de una manera bufa los arqueados ademanes y la sonrisa ultragraciosa de una mujer de sociedad que hace una presentación, añadió:

—Señora Clément, el señor don Gabriel... Don Gabriel, la señora Clément...

Y concluyó soltando una carcajada.

Gabriel saludó con encogimiento. Mad. Clément tartamudeó trabajosamente algunas palabras:

«Tenía mucho gusto en volverle á ver... No se había olvidado de... Esperaba que habría estado bien de salud...»

Pero el joven la miraba sin verla, la escuchaba sin oirla. Tenía sed. No sabía dónde poner las manos. Aparecíasele como entre niebla, de pie ante él, bajita, monísima, con los ojos bajos, con una gorguera de muselina blanca que se introducía por el escote del cuerpo de su vestido gris, y teniendo con ambas manos delante de sí por el asa una bolsa de labor, de cuero negro.

Entonces Gabriel, haciendo un esfuerzo enorme, se pasó la mano por la frente, calada de sudor, y preguntó, con aire embobado, si no le parecía que hacía muchísimo calor.

La estrepitosa hilaridad de madame Henry sacó de apuros á los dos.

—Vaya, sentémonos. Se va á enfriar el café. Tome V., Gabriel, eche azúcar... ¡Cómo, mi pequeña Nini! ¿Estás ya con tu bordado? ¡Qué trabajadora! Vamos, ¿dónde habré puesto mi alfiletero?... ¡Caramba, si lo tengo en el bolsillo!... ¡Ah, tengo una cabeza!... Y eso me da desazones á cada momento... Prueba de ello, ayer mañana, la disputa que tuve con el revisor de los ómnibus de la plaza de San Miguel, por no haber dado mi billete de combinación.

Se había disparado, y su charla iba saltando de un asunto á otro, extendiéndose en prolijos detalles acerca del equipo de novia de una prima suya, el padre de la cual, comerciante en maderas en la Chapelle, no se hubiese dejado cortar una pata por doscientos mil francos, ó indignándose con el recuerdo de la ira que tuvo el otro día en la escalera, cuando su vecino del segundo, el practicante de la Maternidad, quiso besarla á oscuras.

Estaban sentados los tres alrededor de una mesa redonda, sobre la cual Mad. Henry, situada entre los dos jóvenes, estaba cortando, á la vez que hablaba, las piezas de un cuerpo de merino, por patrones hechos con un periódico viejo. Eugenia bordaba, con la cabeza terca-

mente inclinada sobre la labor, y tirando de hebra muy de prisa. En cuanto á Gabriel, siempre embobado por su timidez, contemplaba el dibujo de su taza de café; ó si alzaba los ojos, pero sin atreverse á fijarlos en Eugenia, era para mirar el vasto espacio de cielo azul recuadrado por las ventanas, en el cual flotaban algunas nubecillas cobrizas, último recuerdo del sol que acababa de desaparecer.

Cuando Mad. Henry le dió *Le Petit Journal*, rogándole que lo leyese, Gabriel creyó al pronto que no iba á poder lograrlo. Parecíale que las líneas impresas ondulaban como culebras, y que los caracteres de imprenta cambiaban de continuo de color. Sin embargo, pudo leer, pero no comprendía sino con vaguedad las frases que pronunciaba. Tenía una confusa idea de que se trataba de la biografía de un mariscal de Francia, encargado de un mando en el ejército del Rhin; y de un rasgo de intrepidez realizado en otro tiempo por dicho general, cuando sólo era comandante en Africa, en no sé qué asalto que dió, bastón en mano y con el cigarro en la boca.

Iba cayendo poco á poco la noche, y la oscuridad comenzaba á invadir el cuarto. Mad. Henry se levantó para encender una lámpara.

Sólo entonces fué cuando, impelidos por un instinto superior á su voluntad, se miraron Gabriel y Eugenia.

El choque duró un segundo, uno sólo; y la joven bajó de nuevo y de pronto la cabeza hacia el bordado, aunque ya casi no se veía nada. Pero Gabriel había reconocido aquellos ojos, tan grandes y tan brillantes en la penumbra, tales como se fijaron en él por vez primera en el bulevar Magenta, á la luz del gas, y sintió refluirle al corazón toda la sangre.

Encendida la lámpara, Mad. Henry fué á sentarse, y se puso á hablar con su amiga, pidiéndola parecer acerca del modo de cortar su cuerpo de vestido, y Eugenia la contestó interrumpiendo su labor y trazando líneas en la tela con el dedo cubierto con un dedalito de plata. No miraba nunca á Gabriel, pero se presentía un esfuerzo en aquella persistencia en evitar el verle. Por el contrario, él se iba atreviendo. Hasta llevó su audacia al punto de dirigirla la palabra. Respondióle ella en muy pocas, con voz que trataba de ser fría y que era siempre dulce. De vez en cuando, sonriéndose con una idea oculta, Mad. Henry los miraba despacio, uno tras otro, con un aire extraño.

Al fin dieron las diez en cuatro ó cinco relojes del barrio. Hacía una noche clarísima, con muchas estrellas y muy cálida. No corría una brisa. Una gran mariposa nocturna,

procedente de los árboles del Observatorio, había entrado por la ventana y revoloteaba girando junto al techo, dentro del círculo luminoso proyectado por la lámpara.

Eugenia metió el bordado en la bolsa de cuero, y se levantó para retirarse; pero Mad. Henry, al ponerla la manteleta, la dijo en voz ni alta ni baja:

—Dime, Eugenia, si te parece... está tan desierto esto, y esos bulevares exteriores... Gabriel podría acompañarte hasta tu casa...

—¡Oh! Mad. Henry, es imposible... ¿Qué diría Clément si me encontrase?

—¡El! Bien sabes que nunca sale del café antes de media noche... En tu lugar, tendría yo mucho miedo de volver sola... Los periódicos están llenos de asesinatos...

—Te lo suplico, querida amiga... eso no puede hacerse.

Y Mad. Clément, después de besar á su amiga y saludar á Gabriel con una simple inclinación de cabeza, salió bruscamente.

Un instante después, también el joven dió las buenas noches á madame Henry; la cual, de pie delante de la chimenea, canturreaba, estirándose los brazos, como una persona que tiene sueño. Y Gabriel regresó á casa de su madre por el bulevar San Miguel, desierto y bañado por la claridad de la luna.

Sintió de pronto un profundo abatimiento. Estaba disgustado de sí mismo. Encontraba que Eugenia había estado glacial, y acusábase de haber estado él estúpido; casi le daban ganas de llorar.

A la altura del museo de Cluny, delante de un puesto de periódicos, atravesó por entre grupos cuyo aspecto le pareció siniestro. Gente artesana, estudiantes y hombres del pueblo hablábanse unos á otros con aire sombrío. Maquinalmente se detuvo para escuchar.

¡Wissemburgo! ¡El general Douay sorprendido y muerto! ¡aplastados los turcos, después de prodigios de valor! ¡El territorio invadido! He aquí lo que supo Gabriel, por algunas frases lanzadas por voces enfurecidas.

No era ningún egoísta; amaba á su patria como cualquier otro, y aquella terrible noticia disipó al pronto su amorosa languidez. Pero cuando entró en su cuarto, se echó en la cama y apagó la vela, en esos momentos en que los habitantes de París pensaban en la muerte de una división entera, en la sangre derramada por tantos franceses; Gabriel, en cuyo pensamiento volvió á imponerse el recuerdo de la mujer ya deseada, veía otra vez con la imaginación la estancia de la calle de Santiago, y á Eugenia bordando junto á la lámpara; y sentía llenár-

sele de lágrimas los ojos, con infantil ternura, al recordar el minuto en que se había pinchado ella el dedo, y de donde había hecho salir, apretándolo delicadamente entre sus blancos dientecillos, una pequeñísima y única gota de sangre.

VI

Entonces comenzaron á transcurrir los largos y penosos días de ese mes de Agosto, durante el cual un ardiente y espléndido sol se cernió constantemente, como una ironía, sobre la capital llena de angustia y de espanto.

Primero hubo un diluvio de noticias siniestras: ¡Reichshoffen, horrible desastre, del que apenas se consolaba el patriotismo popular, haciendo entrar en el ciclo de sus leyendas la carga sublime de los grandiosos coraceros! Luego se sucedían los telegramas pavorosos y oscuros: *Sin noticias de Frossard. Todo puede arreglarse aún. Acelerad la defensa de París.* ¿Y Forbach? ¡Y retrocediendo en todas partes! ¡Y Strasburgo bloqueado! ¡Y Metz embestido! ¡Y las primeras lanzas de los hulanos vistas acá y allá, en todas partes, siempre más cerca cada vez! Y se vieron las Cámaras en sesión permanente, derribados con rabia los ministros, la izquierda imperiosa y amenazadora, la proclamación de leyes angustiosas y medidas desesperadas, las murallas cubiertas de carteles acerca del estado de sitio. Luego vino la carencia de noticias, peor aún que las noticias malas. Comenzóse á vivir en la calle, discutiendo, perorando con periódicos en la mano.

La muchedumbre, ávida de credulidad y de esperanza, acogió todas las fábulas: victorias ante Metz, en las canteras de Jaumont. París cambió de aspecto todos los días. Surcado ayer por los ridículos uniformes de los bomberos de provincias, reunidos contra un amotinamiento posible por un gobierno extraviado, llenábase hoy de soldados veteranos, hombres de la reserva, sucios, á medio equipar, á menudo borrachos, y acompañaba mañana con cantos y hurras frenéticos la marcha de sus guardias móviles, todavía sin armar. Después de engallarse un día de pronto con el falso rumor de una victoria, corría en masa á ver sus fortificaciones, que hasta entonces sólo habían valido para los idilios de los pistolos con sus paisanas y los domingueros regocijos de extramuros, trastornadas á la sazón por el zapapico de los terraplenadores, cubiertas de caballos y peones, retumbando con

el chasquido de los látigos y las órdenes gritadas por los jefes de pertrechos, y mostrando acá y acullá en la hierba de sus taludes el centelleante bronce de las grandes piezas de sitio. Presa de la fiebre militar, los ciudadanos iban á aprender el ejercicio á los patios de los cuarteles, donde se los veía formados en pelotones y haciendo sonar las culatas en las losas. De las puertas de las alcaldías, donde se estacionaba la multitud leyendo los bandos húmedos, veíanse salir burgueses con el fusil al hombro y la bayoneta invertida. Por los afueras, los habitantes de los contornos, impelidos ya por el miedo á la invasión, llegaban con su pobre ajuar en un carro de mano, el hombre en las varas y la mujer empujando por detrás, los niños llevando envoltorios, y, último síntoma del próximo bloqueo, numerosos rebaños de bueyes flacos y fatigados, y de carneros grises de polvo, se hacinaban en los parques construidos deprisa y corriendo, en medio de los jardines públicos y á lo lago de los bulevares exteriores.

Pero el parisiense que menos parte tomaba en aquella furibunda exaltación, en esas crueles ansiedades, en esas locas esperanzas, era Gabriel, con toda seguridad.

Había vuelto á ir á casa de madame Henry, había vuelto á ver allí á Eugenia. Al principio fué cada tres ó cuatro días, luego con más frecuencia, más adelante todas las noches; y ahora ya no vivía más que para esas dos horas pasadas en la casa de la calle de Santiago, junto á las dos mujeres trabajando al lado de la lámpara, mientras por las ventanas abiertas llegaba el olor de los árboles y el centelleo de estrellas de las hermosas noches de verano.

En los primeros tiempos, Eugenia había parecido apurada con la presencia del joven y le había dispensado la misma acogida, llena de frialdad y de reserva; pero había concluido por conmoverla su silencio y su dulzura, siendo también ella candorosa como él; y á los pocos lugares comunes que él se había atrevido á decirla con voz temblona por la emoción más penetrante, había concluido por contestar ella con más confianza. Algunas veces se fijaban sus ojos con simpatía en los de Gabriel. Una noche, hasta fué la primera en dirigirle la palabra, y no pudo evitar el sonreirse con tristeza al ver el inefable gozo que leyó entonces en los ojos de él.

Mad. Henry protegía visiblemente á Gabriel. Aquella mujer sin educación, tal vez medio galante, por fuerza había de tener mucha indulgencia para los descarríos amo-

rosos. Quizá no hubiera dado á su amiga un mal consejo, pero se divertía viendo nacer y desarrollarse una pasión en aquel joven; y en su inconsciente inmoralidad, casi hacía votos porque fuese correspondido ese amor.

Gabriel amaba como un loco, como se ama por vez primera, ¡ay!, como sólo se ama una vez. Todo lo que Mad. Henry le había dicho acerca de su amiga, todo lo que Eugenia le había permitido sorprender sobre su carácter y su vida en las conversaciones de la noche, habían encendido en su pecho un foco ardiente de ternura y lástima. Adivinaba entonces cuán triste y penosa existencia había labrado el matrimonio en aquella mujercita, sencilla de corazón, delicada y amante, á quien habían unido con un obrero medio salido de su esfera, grosero y violento, y además irritado por la mala fortuna. Comprendía el absoluto abandono en que ella se encontraba, perdida en esta inmensa capital donde no conocía á nadie; veíala sola en su casa, hasta sin criada, ocupándose en los pequeños menesteres domésticos y preparando las comidas que su marido (el cual salía del taller con blusa de trabajo y se paraba en el quicio de la puerta para reprender á uno de sus operarios) acudía á comer á escape, ensombrecida la frente por la proximidad de un vencimiento impagable, y sin dirigir á su mujer más que algunas palabras breves y duras; sabía las interminables veladas que antes de conocer á Mad. Henry había pasado Eugenia en el dormitorio nupcial, apenas amueblado, cosiendo á la luz de una vela y esperando hasta media noche, hora en que su marido regresaba de la taberna, con la americana señalada con tiza del taco de billar, apestando á vinazo caliente, y tirando, antes de acostarse, la ceniza de su última pipa sobre el mármol del hogar de la chimenea.. En los azares de la conversación, Gabriel había sorprendido en un suspiro, en una mirada al cielo, en una sonrisa irónicamente dolorosa, los muchos sufrimientos que Eugenia había experimentado, las muchas lágrimas vertidas en silencio. ¡Qué tormento, entonces, para el pobre enamorado! ¡Y decirse que todo aquello no tenía remedio, que estaba casada! ¡Sentir lo inútil de toda compasión, lo impotente de toda cólera!

Sin embargo, tenía un consuelo: veía que Eugenia encontraba algún encanto en esas apacibles horas de charla y de labor que reunía á los tres en casa de Mad. Henry. A él, tan sencillote, no se le alcanzaba nada de eso, y la misma Eugenia no se daba cabal cuenta del íntimo

placer que sentía al verse admirada y querida por aquel dulce joven, de modales tan discretos, de penetrante voz, con tan lindas manos blancas hechas para acariciar y una expresión de ternura tan melancólica en sus hermosos ojos negros. El inocente no comprendía cuánto camino había andado ya en el corazón de la joven; pero, sin embargo, veía que en sus reuniones íntimas en el cuarto de la calle de Santiago perdía ella pronto el aire triste y preocupado que tenía á su llegada, y que á veces ella misma se abandonaba á un amable y gentil regocijo que hacía muy venturoso á Gabriel.

Todas las noches leía *Le Petit Journal* á las dos amigas; era ya una costumbre para los tres, y para Mad. Henry, que desde los primeros reveses había dejado de ser bonapartista, una ocasión para reclamar la república, el levantamiento en masa y la victoria cantando la Marsellesa. A Gabriel le gustaban mucho esos discursos patrióticos de la guapetona morena, no porque los escuchase él, sino porque entonces interrumpía la lectura y miraba intensa y largamente á Eugenia. También algunas veces, con el fin de prolongar la sesión, llevaba un libro, y á la diaria ración de periódico añadía algunas páginas de novela ó de poesía. De ese modo hizo conocer á las dos mujeres la inmortal narración del abate Prévost (1) y algunos de los versos más apasionados de Alfredo de Musset, y una vez más los hermosos libros que hablan de amor sirvieron de intermediarios á dos amantes tímidos.

VII

Una noche, á fines de Agosto, como se hubiese prolongado la lectura hasta más tarde de lo ordinario, de tal modo insistió Mad. Henry, que Eugenia acabó por consentir que Gabriel la acompañase hasta su casa. El marido estaba ausente por haberse marchado por uno ó dos días á Chartres para un asunto de su profesión, y no había riesgo de encontrárselo.

Por primera vez en su vida sintió Gabriel apoyarse el brazo de la casadita en el suyo con confianza, mientras subían los dos despacio y silenciosos la solitaria calle extraviada donde resonaban sus pasos, en el sosiego de aquella noche de verano, sobre ese suelo próximo á las catacumbas.

Sin cruzarse una palabra, llegaron así al ancho y hermoso bulevar

(1) La famosa novela de los amores de Manon Lescaut y el caballero Des Grieux.—(N. DEL T.)

de los Pozos de la Nieve, cuyos altos árboles, desaparecidos hoy, erguían sus oscuras copas entre el esplendor del cielo estrellado. En medio del firme de la carretera veíanse, saliendo por encima del largo cercado de malas tablas, los cuernos negros de los bueyes estabulados allí en previsión del asedio.

Cuando penetraron bajo la oscura bóveda de ramaje del paseo, Eugenia acortó el paso de pronto y dijo con voz alterada:

—Gabriel, voy á decirle una cosa, y espero que no se enfadará V. Desde hace algún tiempo vengo notando que me profesa V. una amistad excesiva, y esto me causa mucha pena. Sólo por explicarme con entera franqueza con V. he consentido dejarme acompañar esta noche. No quiero que tenga V. ningún pesar por causa mía. ¿Sabe V. lo que debiera hacer si quisiera ser V. prudente del todo? No volver más á casa de Mad. Henry. Yo no puedo dejar de ir allí, porque ha sido muy bondadosa conmigo. Pero V. debería tener ese valor. ¿Adónde nos llevaría el tenernos en el pensamiento el uno al otro? Sufriría V. por ello y también yo, y harto desventurada soy ya. Por supuesto, hago mal en quejarme... ¡puesto que así es la vida!

Callóse. Había hablado de prisa, muy emocionada y sin advertir que sus manos estaban ya en las del joven un buen rato. Pero de pronto oyó un sollozo y sintió que una cosa ardiente le había caído en una de las manos. Era que Gabriel lloraba.

¿Qué se dijeron entonces?... ¡Oh! ¡Sólo vosotros lo sabéis, los que habéis llorado, entre tinieblas, sobre el seno de una mujer; los que habéis creído en la palabra «*¡siempre!*», al pronunciarla; los que habéis conocido el delicioso dolor de amar! ¡Sólo vosotros lo sabéis, aquellos á quienes una mirada de tristeza en ojos muy queridos ha hecho faltar á los más grandes juramentos de virtud y de valor! ¡Corazones cándidos y sublimes, que habéis hecho caber todo el ideal de la vida dentro de una hora de vuestra juventud, y á quienes la pérdida fatal de ese divino ensueño deja para siempre apagados los ojos y pálida la frente: sólo vosotros tendréis indulgencia para aquellos dos pobres seres, á quienes el destino había concedido tan pocos consuelos y alegrías, y que, perdidos entre la soledad de aquella noche cálida y llena de aromas, vistos nada más que por las clementes estrellas, olvidábanse de los deberes sociales y de la patria enlutada é iban á abismarse en las inmensidades del amor!

Estaban sentados en un banco. Gabriel lloraba aún con ardientes lágrimas. Ella trataba de tranqui-

lizarle, de consolarle, le enjugaba los ojos con su pañuelo, le suplicaba que se sonriese.

Después vagaron bajo las antiguas enramadas, cogidos de las manos, estrechándose uno contra otro, hablando quedito. Ella le refirió toda su vida, su infancia en el campo, en la granja, donde aún vivían sus padres; le dijo cómo la habían casado demasiado joven, y que siempre le había dado miedo su marido con su voz bronca y su barba áspera; que á ella no le gustaba París, que esta ciudad era demasiado grande, y mil niñerías; y que el perrazo mastín que estaba en el patio de la casa no la conocía, y que al regresar á casa por la noche ladraba tras ella, tirando de la cadena de amarre.

Oíala Gabriel hablar como en un sueño y la contemplaba á través de sus propias lágrimas. Luego, de pronto, la interrogaba, quería saber todas las cosas de ella, el detalle más insignificante de su vida, el pensamiento más recóndito de su alma.

Ni uno ni otro se decían que se amaban: no tenían necesidad de decírselo. Eugenia tenía cruzadas las manos sobre el brazo de Gabriel y se miraban á los ojos.

Detuviéronse en la parte del bulevar que pasa por encima de la Bièvre, al borde del parapeto de piedra, y contemplaron un instante lo que la noche, bastante oscura, permitía ver del melancólico paisaje: el agua negra del río, la cortina de altos álamos blancos inmóviles y los vagos campos donde se secan en cuerdas las piezas de ropa blanca.

A lo lejos dieron lentamente las doce de la noche.

—¡Oh! ¡Qué tarde es!—dijo Eugenia estremeciéndose.—Ya debía estar de regreso en casa. Vamos pronto.

Aceleraron el paso, y á los pocos minutos estuvieron en el bulevar de Italia, delante del domicilio de Eugenia.

Al resplandor de un mechero de gas vió Gabriel, aislada, dentro de una tapia medio ruinosa, una grande y tosca puerta de madera, en el montante de la cual había una muestra pintada de blanco, donde con letras negras estaban escritas estas palabras, que el enamorado leyó oprimiéndosele el corazón: *Clément, traficante en maderas*. Luego, así que llegaron junto á aquella puerta, Gabriel vió confusamente, á través de los espaciados tablones con que estaba hecha, en primer término unos almacenes bastante vastos, llenos de maderas y vigas, y donde acababan de estallar los furiosos ladridos de un perro; después, en el fondo de aquel patio, la techumbre baja y plana de un ta-

ller, y, por último, un poco á la izquierda, la casa-habitación, pequeña, cuadrada, con planta baja y piso principal tan sólo, con ventanas simétricas, sin un adorno ni una moldura, muy nueva y muy triste.

En aquel sitio ramplón y sin encantos era donde Eugenia vivía con *el otro,* y con tal pensamiento sentíase Gabriel lleno de amargura.

Eugenia había introducido ya en la cerradura la llave.

—¿Hasta mañana?—preguntó el joven con suplicante voz.

Ella no se había dejado acompañar por él sino para suplicarle que no volviese á verla más; pero á la sazón la había abandonado todo su valor.

—Hasta mañana—respondió, entreabriendo la pesada puerta y alargándole la mano que tenía libre.

Cogió aquella mano que le ofrecían. Pero de pronto, espontánea, instintivamente, ambos jóvenes cayeron uno en brazos de otro; y los labios de Gabriel se apoyaron febriles y enloquecidos en la frente de la joven, en sus párpados medio cerrados, en su boca entreabierta...

—¡Oh! ¡Eso está mal hecho! ¡Déjeme V., Gabriel! ¡Eso está muy mal!—murmuró Eugenia palpitante.—Y arrancándose de los brazos del joven se lanzó al patio, empujando violentamente tras de sí la puerta, que se cerró con ruido y retembló largo rato.

Gabriel la vió escaparse y desaparecer dentro de la casita. Quedóse inmóvil allí, con los ojos levantados hacia el firmamento centelleante de astros, frente á ese almacén oscuro y desierto, donde continuaba aullando un perro invisible. Temblábanle las manos como á un viejo. Se le oprimía el corazón dentro del pecho. Hubiera deseado morirse.

FRANCISCO COPPÉE.

(Se concluirá.)

EL SALÓN DE LA CONDESA MERLÍN

Después de haber deplorado la pérdida de los salones que las revoluciones ó la muerte han cerrado para siempre, después de haber gemido por el derrumbamiento ó la profanación de esos templos erigidos á la antigua deidad de los franceses, á la conversación, justo es que nos consolemos un poco hablando de lo que nos queda.

Esperamos que, siendo ya tan merecidamente célebre el nombre de la señora condesa Merlín, se nos perdonará insertarlo aquí á la cabeza de los que más honran á las artes y á la buena sociedad. La señora condesa Merlín forma parte del pequeño número de personas que pueden desafiar á la publicidad; ella misma lo ha reconocido así publicando su vida; por eso creemos poder, sin temor de ofenderla, reparar el olvido suyo de no hablar de su talento y sus afanes por reunir y animar á los artistas de todos los países, que han hecho de su salón un paraíso lleno de armonías.

Angelicales voces de jóvenes y lindas señoritas, cuyos acentos no han arrobado hasta ahora más que á su familia, cantan allí los salmos de Marcello, los coros de *La Creación* por Haydn, ó los de *Moisés*, con esa pureza que da á los cantos religiosos el primer puesto por cima de todos los demás. Al escuchar los sonidos de esos divinos acordes, la mujer más disipada la elegante menos accesible á las emociones del alma, siéntense conmovidas con una turbación religiosa. El librepensador más resuelto á no creer en nada, reconoce en aquella santa armonía otra patria que no es la tierra; y allí, rodeado por todas las seducciones del mundo real, sueña, á pesar suyo, con un mundo más bello todavía, y concibe que len-

guaje tan sublime sólo puede dirigírsele á Dios.

Es imposible no reconocer la influencia que el salón de la señora condesa Merlín ha ejercido sobre la música *social* en París. Fué la primera en advertir que sin inconveniente alguno podían amalgamarse las preeminencias de una dama de buena sociedad con el talento de una gran cantatriz, pues nadie negará que si la señora Merlín hubiese nacido en la clase de los artistas, hubiera adquirido los mayores lauros que han ilustrado los conciertos ó la escena. Su voz brillante, extensa, fuerte y ligera á la vez, el sentimiento dramático que la anima y que se delata á despecho del tono convenido, de la dignidad de aficionada y del ostentoso círculo que la escucha, juntamente con otros dones que la naturaleza le ha prodigado, la hubieran hecho ser el ídolo del público; se ha limitado á serlo de los aficionados á la buena música. Pero puede juzgarse el efecto que hubiera producido el gran talento de la señora Merlín sobre un concurso numeroso, con acordarse de los aplausos que resonaron en la sala de Wauxhall el día del concierto dirigido y dado por ella en beneficio de los griegos. Aquella buena acción, franca y noblemente realizada, no hace menos honor al ingenio y á la gracia que á la generosidad de la señora Merlín; porque era necesaria toda su superioridad para no temer el concurso de un talento tan distinguido como el de la señora Dubignon, esa encantadora discípula de Crescentini, verdadero modelo del gran método italiano, la cual dijo el recitado como la Grassini, y posee en grado sumo aquella declamación melodiosa, aquella manera de emitir la frase musical, de que tanto caso se hacía antes de que los gorgoritos destronaran el canto.

Es un recuerdo imperecedero en todas las memorias de ese tiempo, el de aquella reunión de tantas mujeres bonitas y voces arrebatadoras, acompañadas por el primer compositor del siglo, y desafiando sus hábitos caseros, su timidez de aficionadas y la crítica de un público de pago, todo ello para ser caritativas.

Conocíanse en los coros la hija de la duquesa de D***, la de la condesa de L***, y otras muchas á quienes el cebo de una buena acción había determinado á darse así en espectáculo; pero ningún murmurador de oficio se hubiera atrevido á vituperarlas. Este sacrificio sin riesgo debiera servir de ejemplo á las mujeres distinguidas que tanto vacilan hoy en sacrificar su amor propio ó su modestia en provecho de los pobres.

¿Qué mejor empleo puede darse

á esa educación privilegiada, á esos talentos adquiridos con trabajo, á esos modales naturalmente nobles y graciosos, que suelen ser patrimonio de las mujeres bien educadas, ó aun educadas para ello? Porque hay que ser franco, hasta con el público: la madre que pone todo su ahinco en hacer valer el ingenio y las gracias de su hija, que paga crecidísimos honorarios á Bordogni, Bertini ó Labarre para proporcionarla un gran talento musical; que la impone una penitencia cuando comete una falta de ortografía, y la obliga á leer tratados de historia y literatura; esa madre espera que ofreciendo á su hija tantas ocasiones de ejercitar su genio, se dignará bien pronto ser superior en alguna cosa. Verdad es que se encuentran á veces algunas insensibles á todas las seducciones de la ciencia y de las artes. No hablemos de éstas, porque la felicidad las sustrae á la gloria: son las elegidas de este mundo, donde los pobres de espíritu no están menos favorecidos que en el otro; pero si no se adquieren las facultades que la naturaleza rehusa, no puede tampoco neutralizarse ese sentimiento poético, ese gusto por el ingenio, ese amor á las artes con que el cielo anima á un alma selecta. Una persona dotada ó afligida con tal naturaleza no tiene más remedio que sufrir todas sus consecuencias; porque la inteligencia y la aptitud la conducirán al talento, y una vez que haya sobresalido del gran nivel de la medianía, nada tendrá que aguardar de la benevolencia de las gentes. Así, pues, tendrá que imponerse á su admiración, noble refugio que se parece á ese palacio de mármol y oro donde se muere de frío y hambre. Pero como no hay ningún medio de ganar al hada que nos dota ó deshereda al nacer, lo mejor es olvidar lo que nos falta y sacar partido de lo que se tiene. ¿Y puede hacerse algo más honroso, hasta más virtuoso, que consagrar sus talentos al alivio del desdichado?

Dicen que eso es ponerse en evidencia. Sin duda; pero esa madre de la cual hablamos y que quiere que su hija cante, no los ramplones dúos de zarzuela, suficientes antaño en los conciertos de familia, sino las más hermosas arias de la Malibran y de la Grisi, ¿la obliga á hacer tantas escalas, tantos trinos y tantos complicados floreos nada más que por encantar los últimos días de algunos parientes ancianos, ó para arrobar al noble terrateniente que ha de casarse con su hija? No. Quiere que sepa todo París que su hija tiene un talento superior; y no seré yo quien vitupere este orgullo materno, el más dispensable de todos cuantos agitan el corazón de

una mujer. Me limito á probar que una vez admitida esta necesidad de aplauso, nada debe impedir aplicarla á una buena acción.

Entre todo lo que ha cambiado en Francia, pudiera afirmarse que no ha habido revolución tan completa como la realizada en nuestra música y en la manera de ejecutarla.

Sin disputa, una de nuestras más añejas usanzas era la de hacer cantar á nuestras jóvenes para recrear á los convidados de un palacio, de una casa de la clase media ó de una choza; jamás hubo costumbre alguna tan generalizada como ésta. Desde la planchadora á quien se invitaba á comer hojaldres á condición de cantar unos villancicos en la velada, hasta la noble heredera á quien se hacía salir del convento para cantar á los postres en casa de la abuela los cadenciosos aires de Rameau ó de Lully, cada salón, grande ó pequeño, con sillones dorados ó sillas de paja, tenía su cantatriz de afición. Vieja ó joven, esta Silvia domesticada tenía invitación segura en todas las comidas de aparato que se daban en la familia; y como sabía el precio puesto á ese favor, nunca se hacía rogar. El sacarse á la mesa el último y más humilde de los postres, las pasas y almendras, inevitable compañero del plato de macarrones, era señal del berrido con que comenzaba la cantante, sin que ningún acorde la diese el tono, sin que ningún preludio advirtiese al público lo que le amenazaba.

Esto me recuerda aquella señorita que hallándose en un banquete por la toma de *los dichos*, donde representaba el primer papel, salió de pronto con la gran aria de *La bella Arsenia*, sin caer en cuenta que su futuro pudiera intranquilizarse por la elección de esta letra:

No, no, no, soy muy altiva
Para hacer papel de esclava.

Pero en aquellos tiempos no se sabía más que un aria, y se cantaba siempre, pegare ó no pegare; por lo general se escogía el aria culminante de la ópera que acababa de obtener mayor aceptación. Tanto peor para el banquete de boda que se daba cuando estaba en auge el aria de *Cástor y Póluæ;* antes de llegar á los brindis báquicos y á los cantares verdes, hechos para las circunstancias, había que aguantar el canto fúnebre de

Tristes preparativos, pálidas luces, etc.

Sin embargo, la ópera cómica, que era entonces el encanto de la sociedad elegante, reemplazó bien pronto á las lamentaciones de la ópera seria; ya no se aplaudieron sino arietas, y su uso se generalizó mucho, lo que valió tanta confusión y chacota á la inocente que se puso

á cantar cenando en casa de la marquesa de Puisieux el aria de *Los cazadores y la lechera:*

Yo soy, etc....

No me atrevo á seguir citando más.

Estas especies de sobremesa acostumbraban á concluir por canciones muy alegres, que la linda cantante de ópera no llegaba á oir; porque entonces las jóvenes se levantaban de la mesa en cuanto los convidados empezaban á ponerse alegrillos, medida tan provechosa para la inocencia de las unas como para la jocosidad de los otros.

El uso del clavicordio y luego del piano acompañante, hizo caer en desuso las canciones á voces solas. Ya no hubo mujer que se atreviese á soltar la voz sin el apoyo de un instrumento de cuerda. Entonces el aria dramática se impuso á la arieta, la romanza dominó á la canción, y los acentos de la sencilla cantora desaparecieron ante los recitados y los torrentes de voz de la cantatriz sabia.

Sin duda el arte ganó con esta revolución: maestros procedentes de Italia enseñaron á los aficionados á filar las notas, los iniciaron en el gran arte de reforzar ó disminuir la voz á voluntad; cesaron de gritar á compás, de inspirar á los benévolos oyentes el temor de ver ahogarse al cantante en medio de la larga frase que le hacía perder el aliento. Cada cual se alistó bajo las banderas del método italiano ó del alemán; estas dos potencias extranjeras trajeron una especie de guerra civil en Francia, en esta buena Francia, tan indiferente hasta entonces por los progresos de la armonía, á quien bastaban los aires de sus añejas baladas y de sus minués cadenciosos, que no gustaba más que de la letra ingeniosa, verde ó picaresca, sin preocuparse de las notas que la sostenían. Esa Francia que, á no existir Inglaterra, hubiera sido el país menos musical de Europa, encendióse de pronto á favor ó en contra de la armonía alemana ó de la melodía italiana; fué aquello como una guerra de religión, y viéronse familias desunidas, matrimonios perturbados, amistades rotas para siempre por efecto de esas disputas musicales. Los espíritus más cultos y más dulces no estaban libres de ese vértigo; no puedo recordar, sin reirme de ello, todo lo que sufrí en mi primera juventud con aquella locura.

Una mujer hermosa, amable, devota de un marido ingenioso y un poquillo inconstante: he aquí, sin contradicción, todos los elementos de un perfecto matrimonio; así, pues, nada había perturbado el de mi madre, hasta que un día descu-

brió en mí una voz bastante buena y alguna disposición para la música. Desde entonces fuí sometida, por orden paterna, á las lecciones del célebre Imperani, el sabio profesor de Italia, á quien habíase debido el gran talento de la Morelli. Pero, como este gran profesor tenía el más profundo desprecio por la música de Gluck, en quien adoraba mi madre, ésta me hacía dar lecciones, de cuenta suya, por Richer, el primer maestro de canto indígena, el que daba lecciones á la reina, dirigía con Piccini sus conciertos y á quien el talento innato del joven Garat le había seducido, hasta el punto de hacerle cantar con él en la corte.

¡Ah! Esas veladas musicales habían llegado á ser las únicas distracciones gratas de todas las inquietudes políticas, de todos los presentimientos siniestros que pesaban ya en el corazón de esta infeliz princesa. Y aun este mismo placer no estaba exento de preocupaciones temerosas. Apenas se atrevía á dejar cantar el dúo de *Armida,* ante una corte ávida de agradarla, aplaudiendo la obra maestra del caballero Gluck: verdad es que estos sufragios los alcanzaba, más que el genio del compositor, su título de compatriota de la reina. Aquella mujer, á quien acusaban de amar á su hermano, no podía proteger á un talento alemán, sin crimen de alta traición; le era preciso estar sobre sí, disimular el entusiasmo que la inspiraban tantos nobles cánticos, ocultar sus lágrimas al oir la *Despedida de Efigenia,* so pena de hacerse sospechosa de una parcialidad culpable, de conservar algún recuerdo de su patria, de conmoverse con los acentos que le recordaba, de que la llamasen *la austriaca, la extranjera...* y ya se sabe á dónde habían de conducirla estos dos sobrenombres.

Sin tener yo que temer tan crueles consecuencias de mi admiración por la música de Gluck, cuidaba de no estudiarla sino en ausencia de mi padre; este estudio, fatigoso por las notas altas y sostenidas del canto dramático, extenuábame á veces los días en que, habiendo encontrado mi padre á Piccini, lo traía á comer con nosotros y me era preciso cantar las grandes arias de *Dido,* después de quedarme ronca declamando *Alcestes*. Entonces inventaba algún pretexto para explicar lo débil de mi voz y mi falta de respiración, sin confesar nunca la verdadera causa de ello, discreción que me valía una mirada de gratitud de mi madre.

Traigo á cuenta estas pequeñeces, para dar idea de la importancia concedida entonces á la música. La aparición de una nueva ópera era

un acontecimiento, casi una batalla; arriesgábase allí la vida por su ídolo, como en aquellos tiempos de ignorancia en que los cristianos se degollaban unos á otros por no comprender su religión. El espíritu de combate es tan natural en los franceses, que antes de sentir, y apreciar, y amar un arte, ya están dispuestos á batirse por él.

Ha sido menester que el estudio de la música se generalizase tanto en Francia para conducirnos al fin á este gran descubrimiento: que sólo hay dos clases de música en el mundo, la buena y la mala; que una obra maestra no necesita patria, y que después de haberse burlado por tanto tiempo y tan justamente de la música francesa, hay que convenir en que la escuela á la cual se deben las partituras de *Montano, José, La Dama Blanca, La Muda, Fra-Diávolo,* el *Prè-auæ-Clercs* y tantas otras obras hechiceras, ha conquistado un puesto entre las grandes potencias de la armonía.

La exclusión, ese déspota avaro que se encierra con su tesoro por miedo á recrearse con las riquezas del otro, no tiene entrada en el salón de la condesa Merlín. A ningún talento se le pide allí el pasaporte antes de aplaudirle. Las diferentes sectas que hay en el culto de las artes, como los partidos diferentes en la política, se encuentran allí sin chocar unas con otras. El ruido de las discusiones no cubre allí al del piano, y si se oyen algunas frases demasiado sonoras es porque hoy existe la costumbre de cotorrear en voz alta, y eso perturba más de una armonía.

Allí se ha visto á los primeros talentos olvidar sus rivalidades para ofrecer el modelo de una ejecución perfecta, y superar en este género hasta las aspiraciones del mismo compositor. Allí oía Rossini á la señora Malibran y á la señorita Sontag cantar juntas sus duos tan brillantes. Esas envidias, que al público tanto le gusta hacer que nazcan y crezcan, cedían ante el deseo de agradar á la señora de la casa, á su gracia afectuosa é imparcial, que sabe conceder á cada uno su parte en los elogios, y asegurarle su participación en el triunfo. Allí se ensayaron todas las hermosas partituras de Rossini, Meyerbeer, Bellini y Donizetti antes de ser aplaudidas en la escena. En fin, tan habituado se está á ver presentarse en ese *salón* todas las eminencias del arte musical, que hallándome noches atrás en una casa donde varias personas que volvían de la Opera elogiaban la voz admirable y el método de canto de Duprez, hubo de decirme una de ellas:

—Siento muchísimo no haberle oído hoy; pero, sin duda, muy

pronto le aplaudiremos en casa de la señora Merlin.

El esplendor melodioso de esos brillantes conciertos triunfa de la frialdad del público de nuestros salones modernos, pues pueden citarse varios donde aún se ejecuta excelente música. Pero ¡cómo la escuchan, santo Dios!... ¡Qué mortal escalofrío se apodera del infeliz artista llamado por el *ritornello* á cantar delante de ese círculo de mujeres ocupadas mutua y exclusivamente de sus perifollos! Al principio, la desesperación de producir la más mínima emoción en esas caras bonitas ó feas le priva de la mitad de su talento; pero si, por milagro, la otra mitad hace efecto sobre un corto número de aficionados que no temen comprometerse por algunos signos aprobativos, el eco de esos tímidos *¡bravo!*, que caen sobre un témpano de hielo, resuena tan tristemente como la limosna echada por una mano caritativa dentro de un cepillo vacío. Al ver á esas mujeres jóvenes, tan insensibles á los más dulces acentos, cualquiera creería que tienen el alma ausente ó paralizada, si no se supiera que la energía de aquel alma joven se agotó dos horas antes en imprecaciones contra las señoritas Baudran ó Palmira, por el retraso de un sombrero ó la falta de un vestido.

Esperamos que ese ardor fuera de su lugar se manifestará bien pronto en cosas dignas de él, y que los profesores ó los aficionados no se verán reducidos á sobrenaturales esfuerzos de pasión para vencer la apatía de los oyentes de buena sociedad; porque si deploramos la inmovilidad y el silencio que se producen á veces después de arrobadoras piezas musicales, sufrimos aún más viendo á una mujer joven y hermosa tratar de galvanizar á un salón adormecido, exhalando las agudas quejas de un amor traicionado ó la demencia poquísimo casta de una pobre amante abandonada. Estos lamentos y sollozos, puestos en solfa, á propósito de la inconstancia y el desamor de un ingrato, se multiplican, al extremo de que si las romanzas fueran un espejo del siglo, como las comedias, las mujeres del actual pasarían en los venideros por haber sido las más aburridas y menos amadas del mundo.

Ridiculez por ridiculez, prefiero la de los hombres que antaño cantaban su doloroso martirio, á la de estas jóvenes á quienes se ha recomendado que tengan alma, como si esa desventura se adquiriese, y las cuales creen llegar á lo sublime de lo dramático en el concierto con levantar al techo los ojos y pronunciar la frase *beso de la loca*, como si tuviera cuatro *bbbb*. ¿No es una

inconveniencia oir esos gemidos eróticos pasar envueltos en voces virginales? Y esas jóvenes aficionadas, tan puras y bellas, cuya timidez natural en su edad presenta un contraste tan extraño con lo que cantan, ¿no serían más graciosas suspirando una romanza melancólica que imitando las convulsiones de la desesperación amorosa? ¡Dice tan bien la languidez al rostro de una mujer! Y eso sin contar con que se interesa uno más por el sentimiento que hace estallar. Por lo demás, sólo criticamos esta moda para impedir que reaparezca, pues nos parece muerta y enterrada. Las romanzas cantadas con tanto hechizo este invierno por Mad. Damoreau han llegado á ser modelos de buen gusto, que los aficionados á ese género se apresuran á imitar; y ese añejo buen gusto de los salones de Paris, á quien se insulta, como á todos los poderes antiguos, á fuerza de frases extravagantes é injurias shakespearianas, no por eso ejerce menos influjo sobre la mayoría del público.

Esta verdad queda bastante demostrada por el apresuramiento con que se aceptan las invitaciones del conde y de la condesa Merlín. Los compromisos adquiridos, los corizas, los bailes, nada sirve de obstáculo al deseo de oir tan buena música y tan bien ejecutada siempre. Y además, esta hospitalidad concedida á las artes por una antigua gloria militar tiene algo noble é interesante; gusta encontrar los pasatiempos de la paz en casa de los que hacen la guerra. Y esos duos, cantados por la madre y la hija con doble talento, causan doble placer: ¡tiene tanta gracia el amor materno cuando desciende hasta la fraternidad!

Lo que tranquiliza en ese salón es que si de pronto hubiese una falta de voz ó de buena voluntad en las personas inscritas en el programa del concierto, encontraríase aún allí tan gran número de personas de chispeante conversación, que podríamos consolarnos de la falta de un goce con la sobra de otro. Tal vez se diga que es inútil dar tan perfecta música á gentes que en rigor podrían pasarse sin ella, porque el encanto de una buena conversación hace las veces de todo. Responderemos á eso, que sólo guardan silencio los que pueden romperlo agradablemente; que, como la gente sin ideas habla siempre y en voz alta, bueno es contraponerla gentes de ingenio que saben callarse y para quienes la música es una fuente de inspiración; todos los talentos son hermanos. Sí; la superioridad es una hermandad cuyos miembros se reconocen entre sí y se comprenden siempre á despe-

cho de las diferencias de su lenguaje respectivo. Por más que la envidia intente dividirlos, perseguirlos, desterrarlos como convictos y confesos de genio, cuando se encuentran, aunque sea al fin del mundo, como los descendientes de ese pueblo proscrito por el crimen de sus abuelos, en seguida se entienden y se sonríen cual hijos de una misma familia.

Demos gracias á las distinguidas personas que aún se complacen en reunirlos, en casa de las cuales pueden aún encontrar los extranjeros ese culto de las artes, esas fiestas del ingenio, esa exquisita urbanidad de que Francia fué durante largo tiempo un modelo acabado.

No cabe duda de que algún día llegaremos á ser grandes políticos, lo cual es de presumir en virtud de los afanes que nos tomamos para ello desde cuarenta años á esta parte. Pero como la educación de los pueblos es larga y difícil, pienso que sería prudente conservar nuestros atractivos de adorno hasta que adquiriésemos esas grandes virtudes, esa alta sabiduría, indispensables á los buenos gobiernos y aun á los felices gobernados. ¿Por qué echar al fuego los adornos que nos embellecen antes de adquirir la vestidura fuerte é impermeable, que debe resguardarnos de todas las intemperies políticas? Antes de llegar á ese paraíso nacional, donde los mártires de todos los partidos depondrán sus palmas en el altar de la patria, contentémonos con el patrimonio de nuestros padres, y, como en esos tiempos tan difamados hoy, resignémonos con vivir aún algunos años, si se puede, de ingenio, de placer y de gloria.

Sofía Gay.

¡BUENOS DÍAS, SEÑOR!

¡El *modernismo*, elíxir de la fiebre!
(ADRIANO JUVIGNY.)

Fernando Octavio Bruat despertóse una mañana con una idea que le pareció buena.

Fernando Octavio Bruat era lo que vulgarmente se llama un literato. Había hecho versos que nadie quiso editar, novelas que todos los periódicos habían devuelto sin leer, obras teatrales que hasta el director de los Funámbulos había rechazado.

Sin embargo, á falta de talento tenía una teoría, un ideal. Creíase llamado á ser jefe de una escuela, y pensaba firmemente haber inventado el género *moderno*. Con esta palabra quería dar á entender la expresión de todo cuanto constituye nuestra vida contemporánea, tan extraña, tan práctica en ciertas cosas, tan loca en otras. Sostenía que ya es tiempo de romper de frente con las imitaciones, tanto clásicas como románticas, y que era preciso ahondar en la sociedad actual para extraer ideas, formas, una lengua, absolutamente nuevas y originales. Decía que, habiendo tenido cada época su expresión propia, á la nuestra correspondíale á su vez tener la suya.

Y no le faltaba razón.

Por desgracia no tenía estatura para llevar al combate esta bandera que enarbolaba, y toda su valentía reducíase á discutir mucho; á perorar en los cafés. Derribaba más vasos de *masagrán* que preocupaciones, y hacía más deudas que obras maestras.

Pues bien, una mañana, al saltar de la cama, encontró la obra maestra que tanto tiempo venía buscando. Al decir que la encontró, me equivoco; quiero decir que creyó encontrarla.

Había dado á luz un título.

¿Qué haría con él? Aún no lo sa-

bía. Pero el título le pareció elocuente, sonoro, fácil de retener, rico en variaciones, lleno de *modernismo*, y resumen de todo el siglo, hecho á la vez de un modo sencillo y complejo.

Ese título era una fórmula tanto más asombrosa cuanto que era la más corriente; era una frase de dos palabras, que se dice millares de veces todas las mañanas; una frase no rebuscada ni pretenciosa, sin pedantismo, ni clásica, ni romántica. Era sencillamente: *¡Buenos días, señor!*

Con este título hizo primero un soneto.

El soneto fué leído á los amigos, claro es que con acompañamiento de preliminares y comentarios, lo mismo filológicos que filosóficos, destinados á hacer saborear su jugo, á dar á comprender todo su alcance.

Todos estuvieron unánimes en decir que era admirable.

—Hay que publicarlo lo antes posible—gritaron los más entusiastas.—Esto va á dar el tono de la poesía nueva.

Un quisquilloso, que no se atrevía á manifestar con franqueza su parecer, pero á quien se le avinagraba tal triunfo, envolvió su crítica en un elogio.

—Creo que el asunto requiere mayor desarrollo. Por supuesto, que el soneto es bueno. Pero, ¿no os parece que no basta para una idea de tanta importancia? Una cosa tan profunda, ¡fijaos bien! tan varia, tan compleja, no cabe en catorce versos. El pensamiento, demasiado robusto, hace estallar la forma. En lugar de Bruat, haría yo de mi soneto un drama.

Todo el cenáculo se adhirió, encantado al ver el famoso soneto sometido así á una corrección.

Bruat no comprendió la ironía del exigente.

—Tienes razón—exclamó engallándose.—He empequeñecido mi idea dentro de ese molde estrecho. Gracias por tu crítica, que prueba cuánto me estimas. En efecto: mi ideal vale más que catorce versos. Haré con él un drama en cinco actos y nueve cuadros.

Y á pesar de las hipócritas protestas de sus amigos, hizo trizas el soneto obra maestra.

Vivió durante cinco años con el recuerdo de este soneto. Prometía de continuo el asombroso drama titulado. *¡Buenos días, señor!* Con esa obra en cartera habíase hecho casi célebre. Se sabía que sólo faltaban por hacer algunas escenas; afirmábase que avanzaba la tarea; los cándidos y los convencidos que no conocían ni de vista al autor, salían fiadores de su genio y extendían su renombre por todas partes. A creerlos, era un gran porvenir,

una gran esperanza; debía esperarse el estampido de un trueno. Sin duda, empleaba en ella mucho tiempo; pero el áloe no tarda cien años en florecer.

Al fin tuvo término el drama. Fué un gran acontecimiento en los periódicos callejeros. ¿Qué teatro iba á servir de campo de batalla á la nueva escuela? ¿Iban, indudablemente, los directores de ellos á disputarse unos á otros el honor de presentar al público la obra capital del siglo XIX? ¿Había artistas capaces de interpretarla?

Ante todo, Bruat reunió su pequeña corte y quiso darla las primicias de su victoria.

No tuvo el mismo buen éxito que la primera vez. ¿Acaso se habían formado de antemano una idea demasiado alta de su drama? ¿Quizá no había sido Bruat tan asombroso como se esperaba? ¿Tal vez mezclóse un poco de envidia con el juicio de los oyentes? ¿O estos eran menos jóvenes, y, por tanto, menos entusiastas? En una palabra: fué una lectura frustrada ó poco menos.

El quisquilloso fué el único que protestó contra la frialdad general, é hizo aspavientos de una admiración sin límites.

—Vamos, eso responde á la idea concebida. Hay movimiento, vida, observación, agudeza, eso está visto. ¡Se hundió el soneto! ¡Viejo, has encontrado el drama nuevo, el drama del porvenir, el drama moderno.

Pero Bruat estaba consternado.

En el fondo desconfiaba del descontentadizo, quien le había aconsejado sustituir el soneto por un drama. Le guardaba rencor porque el drama no producía ningún efecto, cuando el soneto lo había producido.

—Veamos—dijo á los otros—¿qué críticas se os ocurren?

—Ninguna, absolutamente nada—respondió el coro de amigos.

—Sin embargo, bien claro veo que mi drama no os parece bien.

—¿Quieres que te diga la verdad?—interrumpió uno á quien el fracaso de Bruat le daba ánimos.

—Dila, amigo mío; ya sabes que tengo por norma el buscar en todo la verdad.

—Pues bien; pienso que la vida moderna es demasiado enmarañada para ponerla en drama. Hay causalidades, fenómenos de medio ambiente, complicaciones de sentimiento, descripciones materiales y espirituales, sondeos fisiológicos y psicológicos que no se acomodan con la escena. Has luchado contra esta dificultad. Unas veces la has ladeado, lo cual produce lagunas; otras te has empeñado contra ella, lo cual engendra violencias. A pe-

sar de todo tu talento, no has logrado sujetar al monstruo. Tu enredo es oscuro, tus personajes están mal explicados, tu desenlace no es natural. Y, sin embargo, ¡qué observaciones, qué fulgores de análisis, qué fuerza de penetración, qué lenguaje! ¡Ah! Para haber sacado ese partido, á despecho de los obstáculos, preciso es que seas un trabajador infatigable. Pero ¿qué quieres hacerle? Nadie está obligado á lo imposible. Yo, en tu lugar, refundiría todo eso, lo alargaría, lo aclararía, lo desarrollaría, me tomaría todas mis anchas, agrandaría el cuadro hasta la alteza de mi pensamiento, y convertiría el drama en una novela.

—Tiene razón—repitió el coro—está en lo cierto. Esa es la coyuntura. Hay que convertir en una novela el drama *¡Buenos días, señor!*

La opinión era unánime, y Bruat demasiado sincero para no adherirse á ella. Con heroísmo arrojó al fuego su drama y se puso á hacer la novela.

Pasó diez años trabajando en ella. Llegó así para él el momento de la apoteosis. Tuvo más profetas que un Dios. Unos lo exaltaban por pura admiración. Otros, más maliciosos, pensando que en su vida haría ninguna cosa, le daban bombo porque no les parecía peligroso. Los críticos se valían de su nombre para aplastar á los escritores que producían. Los periodistas, faltos de original, hacían el ajuste con líneas de relleno anunciando su novela, ó refiriendo anécdotas acerca de su trabajo en las mil y una transformaciones de su obra. Los ignorantes, los imbéciles, los repetidores de vulgaridades, hablaban de él porque se hablaba, sin saber precisamente por qué. Llegó á ser tan conocido como el obelisco.

Sin embargo, acabaron por cansarse de esperar. Pasaron generaciones, y el eco de su gloria iba amortiguándose de una á otra. A los sesenta años estaba casi olvidado. Ya no se citaba su nombre sino de tarde en tarde, y para eso, como el de un excéntrico, casi un chiflado. Recordábase vagamente que trabajaba en una gran novela; pero se dudaba de que alguna vez la terminase, ó, más bien, había la seguridad de no verla nunca acabada. Hasta ya no se hablaba sino con sorna de aquella gigantesca tarea, de esos veinte tomos que querían *resumir* toda nuestra sociedad, de esa creación que debía ser la Babel y el *pandemonium* de la vida moderna.

Mucho más se hubieran reído como supiesen en qué ocupaba Bruat su vejez.

El infeliz había terminado esa formidable novela, escribiendo la

materia de veintisiete tomos, con este título despampanante: *¡Buenos días, señor!* Pero al fin de su trabajo, asustado de haber sido tan difuso, no se atrevió á afrontar la prueba de la lectura. Entonces se puso á abreviar, á cortar, á condensar. En fuerza de condensar, había llegado á reducir poco á poco aquella biblioteca, primero á diez tomos, luego á cinco, después á dos, y, por último, á uno. En fin de cuentas, llegó á concentrarlo todo en una novelita de cien páginas.

Fernando Octavio Bruat tenía entonces ochenta años. Ya no le quedaba más que un amigo, confidente de su ambición siempre viva.

—Publica tu novelita—decía el amigo.—Te juro que dará que hacer en el mundo. Es la flor y nata del *modernismo*.

—No, no—respondía Bruat;—aún no he llegado al punto de condensación que deseo. Ya ves tú; conozco mi oficio, conozco el público. Para hacer una obra duradera, para apoderarse del ánimo, para dejar una nota á la posteridad es preciso ser intenso. Ser intenso: eso es todo. Cien páginas, es ya ser demasiado difuso. En mi inspiración juvenil había encontrado la verdadera forma de mi pensamiento; una forma breve, precisa, cincelada, estrecha, que se ajusta al ideal como un corsé y como una coraza: me refiero al soneto. ¡Ah, si recordase mi maravilloso soneto de antaño! Pero, aún era demasiado flojo. Hoy lo haría mejor. Haré entrar en él toda mi experiencia. ¡Que pueda yo vivir aún diez años y verán los hombres lo que catorce versos pueden expresar; y la posteridad podrá conocer nuestra vida moderna, tan vasta, en ese poema tan pequeño, como se respira una esencia sutil encerrada en el diamante de un anillo!

Vivió los diez años requeridos, y la novelita desapareció como la novela y el drama; y, lentamente, verso por verso, palabra por palabra, letra por letra, quedó escrito el colosal soneto que debía conte nerlo todo.

A los noventa y dos años, Fernando Octavio Bruat se encamó para morir. El amigo fiel estaba á su cabecera, gimiendo, llorando, desesperado de ver apagarse una tan alta inteligencia.

—¡No llores, amigo mío—dijo Bruat;—no llores! Muero, mas mi idea no morirá conmigo. He roto mi primer soneto, he quemado mi drama, he echado al fuego uno por uno los veintisiete tomos de mi novela, luego los diez, después los cinco, más tarde los dos, al cabo el tomo único, y á la postre el cuento. Pero, al fin, hice mi obra maestra.

—¡El soneto! ¡El supremo soneto! ¡Dámelo, dámelo! No me lo has leído, pero sé que es la obra por excelencia. Dámelo, lo publicaré, me arruinaré si es preciso para que aparezca grabado en oro con letras de diamantes. Lo merece: Deslumbrará al mundo. ¡Dámelo!

—¡Ese soneto! ¿Qué soneto?—tartamudeó Bruat con el estertor.

—¡Pues, tu gran soneto!—suspiró el amigo, quien veía llegar el delirio de la agonía.

—¡Ah, sí; el soneto, el gran soneto! ¡Demasiado grande, amigo mío, demasiado largo! Hay que hacer con intensidad.

—¡Qué! ¿Has quemado también tu último soneto?

—He encontrado algo mejor. Lo he encontrado todo. La vida moderna, el *modernismo,* lo tengo, lo expreso. No está en un soneto, ni en un cuarteto, ni siquiera en un verso. Está...

Apagábase la voz; se volvía ronca, sibilante, extinta.

El amigo, con los ojos huraños y la boca abierta, se inclinó sobre el lecho para beber la última palabra, la palabra que rasgaría los velos, la palabra clave del misterio, el «ábrete sésamo» del arte venidero.

—¡Habla, habla!—decía.

—...Todo en una frase, todo en una frase—murmuraba Bruat.

Y el viejo se irguió, con un sobresalto de agonía. Su mirar era extático. Conocíase que en los umbrales de la muerte veía el ideal soñado. Hizo un esfuerzo terrible, y la frase extraordinaria salió de sus labios con el postrer aliento.

Expiró diciendo:

¡Buenos días, señor!

JUAN RICHEPIN.

EL RELOJ VIEJO

Bueno! ¡He roto el muelle al querer dar cuerda á mi hermoso reloj nuevo! Ya está muerto el bichito; por más vueltas que le doy, no corre la manecilla.

¡Oh tiempo, divinidad insaciable, que no pueda yo detener así tu curso! ¿Por qué nos llevas tan pronto, y con nosotros todos nuestros amores y esperanzas? Una vez, una sola, déjame hacer un milagro; déjame suspender por algunos instantes el furioso curso de ese torrente de la vida, en que nos haces rodar en revuelta confusión con los despojos de todo lo que hemos amado. Déjame hacer aún más: que pueda volver á ver en dulce ensueño los recuerdos del pasado. ¡Vamos, viajero eterno: toma un minuto, un solo minuto de lo infinito de la duración, y dámelo!

—Tan... tan... tan... tan... tan... tan... tan... tan... tan... tan... tan... tan.

¡Media noche! ¡He ahí tu respuesta! Son las doce de la noche, prosigues tu vuelo siniestro, huyes en la oscuridad; y en las últimas vibraciones de la campana, paréceme oir como el rumor expirante del batir de tus alas.

¡Vamos! Hay que dormir. ¡Durmamos!

.....

¿Qué hora es? La noche está oscura... Enciendo luz.

¡Ah! Es verdad, mi reloj de bolsillo ya no anda. Por fortuna, da el reloj de pared. Son las dos.

Se me ocurre una idea. El reloj viejo lo tengo dentro de la mesa de escribir. Voy á darle cuerda.

Ya lo tengo.

¡Qué grande, grueso y pesado es! ¡Y este enorme vidrio abombado! ¡Y esta esfera, donde las horas están en guarismos árabes, por una novedad que hizo estremecerse á todos los relojeros! Pero, pobre re-

loj mío, eso ya no es moda desde el año 1804; y lo que entonces te hacía tan joven y bullanguero, te hace ahora ridículo, ¡ay! como todo lo viejo.

Sin embargo, eras fuerte y concienzudamente fabricado. Tus grandes y anchas ruedas, tu vigoroso volante, tus resortes elásticos y firmes, todo eso, marchando con gran ruido y alegre tic tac, parecía más bien un burdo molino que una máquina de precisión; pero, andabas siempre, y una vez puesto en hora no te descomponías como los relojes de bolsillo de hoy.

Y además, tenías tu lujo, de mejor ley que el de tal ó cual reloj de hoy, pretenciosamente enriquecido con diamantes y rubíes equívocos, y cuyo guardapolvo no es más que de cobre. Tú eres todo de oro, ¡y qué oro! De oro viejo; no de la ley de nuestro oro bastardo, donde entra tanto cobre, que no se le puede tocar sin ensuciarse las manos.

¡Ah! Ya lo ves, no somos como los hombres de tu tiempo. Necesitamos oro, y antes que pasarnos sin él, aceptamos el embustero similor; faltos de poderlo gozar, queremos soñar, por lo menos que lo gozamos...

¡Vaya! Me voy á dormir otra vez. ¡Buenas noches, querido!

Le he dado cuerda. Ya anda.

—Tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac.

¡Pobre viejo, qué prisa se da! ¡Qué trote lleva!... Parece una antigua criada, que desterrada largo tiempo de la casa donde vivió, vuelve á tomar posesión de ese querido hogar en que cada cosa le cuenta una historia ó le trae á las mientes un recuerdo.

—Tic tac, tic tac, tic tac, tic tac.

¡Qué ruido meten estos relojes antiguos! Y, sin embargo, no es desagradable: adormece, como si le mecieran á uno...

Profundo silencio. Cátate que ahora me parece distinguir como una dulce vocecita que murmura junto á la cama. Escucho, y he aquí lo que oigo:

—Soy viejo, muy viejo, y comprendo bien que el mundo no marcha ya como antaño. No sé lo que siento: es una cosa así como un peso, una fatiga que me abruma. Diríase que el tiempo ya no es hoy lo mismo que antes: es más ardiente, más áspero, quema. ¿Qué sucede, pues, en este mundo donde ya no me conozco á mí mismo? ¿Cómo se gastan ahora los dijes? ¿Dónde estoy? ¿Qué hora es? ¿Ando bien?... Tic tac, tic tac, tic tac, tic tac.

Un momento de silencio. Reflexiono.

—Me acuerdo. He visto muchas cosas... ¡Tantas cosas! Todo aquello ha desaparecido... Pero, me dormí por largo tiempo; y he perdido el

hilo de las historias de este mundo.

¡Ah! He visto acontecimientos tales, como vosotros no habéis de verlos.

Hijo mío, estuve en batallas donde el cañón segaba hombres como si fuesen espigas; seis veces crucé el Océano en buques de guerra que daban caza al enemigo; he visto en los pontones ingleses á nuestros prisioneros apiñados como cerdos; y qué angustiosas horas he dado allá cuando, en medio de esas largas noches de dolor, uno de los compañeros de cautiverio de mi dueño le despertaba diciéndole:

—Dispense V., mi comandante, ¿qué hora es?

¡Yo fuí quien señalé la hora en que le anunciaron que era libre, que iba otra vez á ver á su mujer y su hija, de quienes estaba separado desde hacía cuatro años! ¡Ah, lo recuerdo! Me sacó del bolsillo de los pantalones, me miró un instante con los ojos llenos de lágrimas y me besó, diciéndome:

—¡Las dos y media! ¡He aquí un momento que jamás olvidaré!

¡Cuán bueno y noble y tierno y delicado era en todo! Durante sesenta años, cuyas horas todas le señalé, no hubo en aquella vida una mala obra, ni un mal pensamiento. Puedo afirmártelo yo, confidente de todos sus actos y de todas sus ideas.

¿Sabes cuánto te amaba? Cuando esperaba la hora de ir á buscarte á la escuela, ¿sabes cuántas veces se impacientó al ver que mis manecillas caminaban harto lentas para su deseo? ¡Y en aquella tremenda enfermedad en que estuviste á pique de morir! Tú no podías verle, eras presa del más atroz delirio. Además, eras muy chiquitín, y no hubieras comprendido. Pero, ¡qué escena!

Esperábase la crisis que había de resolver acerca de tu vida.

—Al mediodía—había dicho el médico—estará muerto ó salvado.

Tu madre estaba arrodillada al pie de tu lecho; despeluznada, con las manos crispadas encima de la colcha, devoraba con ojos ardientes tu rostro inyectado de sangre, cubierto de frío sudor.

Tu padre me tenía en una mano y había puesto la otra sobre la cabeza de tu madre. Aún veo aquella cara, que la ternura, el dolor y la firmeza hacían irradiar con una majestad casi sobrehumana. ¡Era el momento fatal! No te movías; tus mejillas empezaban á jaspearse con manchas lívidas, y en ese momento supremo comprendíase que la vida y la muerte desplegaban todo su poder para combatir una con otra.

Entonces, en medio de un silencio horrible, no se oyó más que el tic tac del reloj viejo. Y ambos escucharon, pusiéronse los dos á con-

tar los movimientos del segundero; como cuando se presta oído al galope lejano del mensajero, se le oye detenerse, descabalgar, subir la escalera, ¡y se pueden contar sus pasos!

¡Ah; en aquel momento eran tan intensas las potencias del alma humana, temblaba tanto aquella paternal mano que me tenía, que me pareció sentir la vida, sí la vida, circular entre mis ruedas!

¡Redobla la crisis! La muerte, como una bestia feroz, se recoge un momento como una pelota y salta por última vez contra ti... Y yo marcho siempre con igualdad é invariable en mis latidos.

¡Aún faltan tres segundos!

¡Uno, dos, tres! ¡Salvado!

Y entonces me cogió tu madre. Me abrazaba, me acariciaba, me besaba con frenesí, repitiendo:

—¡Mediodía, mediodía, mediodía! No hay miedo de equivocarte; bien sé, viejo reloj, que eres fiel y que ¡nunca has mentido!

Desde ese día comencé á sentir movimientos desconocidos. Poco á poco se desarrolló en mí una como necesidad de no sé qué cosa vaga, que ya me hacía arrebatarme, ya contenerme. Este movimiento uniforme y continuo, esta regularidad implacable y automática, me ahogaban con una angustia que no puedo expresar. Hubiera querido ir más aprisa, ó bien, otras veces, detenerme. Hubiera querido comprender y contestar esos ruidos del mundo exterior, esas voces dulces ó estremecedoras que oía. Sentíame presa de un inmenso deseo de palpitar como ese corazón que palpitaba junto á mí.

Ya ves, hijo mío; nosotras las máquinas ya no somos la materia y no somos aún la vida. Estas formas, estos órganos, estas ruedas y estos resortes con que estamos construidas, son una porción del alma humana, y la fuerza que nos pone en movimiento, es una parte del alma universal. Casi vivimos, pero no conocemos aún más que el sufrimiento. ¡Ah! ¿Qué palabra es esa que tantas veces he oído repetir y que los hombres dicen de una manera tan conmovedora? ¡Amar! ¡Paréceme que si yo pudiera comprenderla, no sufriría!

Tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac.

Se calla, como desvanecido...

Y yo sueño. Me pregunto por qué el corazón del hombre no había de tener el poder de introducir hasta en la materia inerte algo de su alma y de su vida; cómo, si así no fuese, habría de bastar sólo con ver ciertos objetos, para resucitar ante sus ojos el recuerdo, la imagen, la realidad misma de los seres y de los acontecimientos que ya no existen...

¡Vamos! Ya es de día. La roja luz del sol saliente disipa todos estos sueños... Volvamos á la realidad, mi pobre reloj viejo; tú no eres sencillamente más que una máquina debilitada, y yo no soy más que un pobre soñador. Veamos, ¿anda bien aún tu repetición?

Aprieto el resorte:

—Tin, tin, tin, tin, tin... Tintín, tintín...

¡Oh, Dios mío! ¡Allí, allí, allí está, ante mis ojos! ¡Veo su hermosa y noble cabeza inclinada sobre mí, veo su sonrisa tan buena y tan tierna! Saca el reloj y me lo deja ver un instante. Y yo, tiendo los brazos, me empino sobre mis piececitos, le suplico... Inclina dulcemente la cabeza hacia mí. Le cojo de las orejas, le beso con todas mis fuerzas y le digo:

—Papá, mi... querido... papá... Te lo ruego:... ¡Hazle sonar!

Eugenio Mouton (Merinos.)

EL DELITO POLITICO

I

Crítica general del método empleado por Lombroso para construir una teoría de la criminalidad.

Explicar la criminalidad por causas generales y no simplemente por circunstancias particulares, ó más bien por circunstancias particulares que consisten en interferencias de causas generales; tal es la tarea que se han impuesto los nuevos criminalistas. Y no debe parecer sorprendente que, después de haber intentado hacer que prevalezca esta explicación en lo concerniente á la criminalidad de derecho común, el señor Lombroso se atreva á aplicarla al mismo delito político. La desgracia está en que su terca fe en el tipo criminal, que juzga descubierto á despecho de los hechos contrarios á él, falsea bastante gravemente su manera de comprender las causas generales de que se trata. Para él son éstas, ante todo, si no exclusivamente, de orden físico ó fisiológico. Y aun en tanto que se ha limitado á estudiar homicidas y ladrones vulgares, ha podido sostenerse el punto de vista suyo. Pero en su última obra (1), lo extiende hasta á los delincuentes políticos; como si, sacando él mismo las últimas consecuencias de sus propios principios, hubiera querido facilitar la refutación de ellos. En efecto: aun en el caso de que la preponderancia de las causas de orden social en la delictuosidad ordinaria fuese dudosa ó improbable, ¿no parece que debiera quedar fuera de toda duda, en materia de delictuosidad política, ó de excesos produ-

(1) *Il delitto politico.*

cidos por el espíritu de sedición ó motines? Si pudiera dudarse de ello, bastaría leer el libro á que me refiero y que merece examinarse principalmente por eso, á pesar de la multiplicidad y á ratos exacta profundidad de sus disquisiciones. Sin embargo, creo inútil hacer un análisis minucioso y metódico de él; me limitaré á algunos de los innumerables asuntos en los cuales divide y pulveriza la atención del lector. Nótese que consta de diez y siete capítulos, desmenuzados en ciento ochenta y siete subdivisiones (si no he contado mal), cada una con su epígrafe, todo ello en el más precioso desorden del mundo, muchas veces sin ilación visible y no sin frecuentes contradicciones.

El método del Sr. Lombroso consiste en no limitar ni circunscribir nunca las nociones que emplea; y como le da siempre por nociones muy complejas ó muy confusas (que, ante todo, debiera tratarse de poner en claro), con estas complacientes complejidad y confusión, que califica de síntesis, persuádese harto ligero de librarse de la acusación de inconsecuencia en que incurre bastante á menudo. ¿Qué entiende por *crimen*, por *locura*, por *epilepsia?* Al acabar de leerlo, nos quedamos ayunos por completo de saber nada acerca de eso. Concedámosle, sin embargo, la justicia de que ha hecho laudables esfuerzos por distinguir en principio los actos *insurreccionales* (únicos delictuosos, según él) de los actos *revolucionarios*, aun cuando, después de contraponerlos como antinómicos, los confunde continuamente en sus cálculos estadísticos.

Pero la demarcación precisa del simple motín y de la revolución propiamente dicha, aun dado que sea posible *à priori* antes del éxito, supone un espíritu poseso de una fe política, ó, lo que aún vale más, de una teoría sociológica. Decir que «en resumen, las revoluciones son fenómenos fisiológicos, las asonadas fenómenos patológicos», es pagarse de una metáfora, no muy feliz por cierto, pues la más bienhechora revolución, es una crisis peligrosa siempre para la salud de las naciones. Luego, ¿cómo concilia el sabio autor este carácter normal y fisiológico, atribuido aquí á las revoluciones, con el principio repetido por él *passim* de que el estado normal de los pueblos es *esencialmente* el *misoneísmo*, es decir, el apegamiento conservador á los usos y costumbres, la hostilidad manifiesta contra toda innovación? Decís (pág. 145) que Cristo y Lutero han provocado revoluciones puras, mientras que la Revolución francesa «y las Vísperas Sicilianas», fueron en parte motines. Admitámoslo; pero, ¿cuál es vuestra

piedra de toque para decidirlo así? No la veo por ninguna parte.

El Sr. Lombroso no tiene una sociología fija y propia. Esto es una deplorable condición para abordar el estudio de la criminalidad ordinaria, pero sobre todo, lo repito, el de la criminalidad política. Sin embargo, concedo que hace los imposibles por colmar ó disimularse á sí mismo esta laguna. Coge por todos los cabos á la vez la madeja social, y si no la devana, antes bien, la enreda, no es por falta de buena voluntad. No omite una, ni aun la más ínfima de las innumerables y enmarañadas influencias que contribuyen á producir un hecho social cualquiera, lo mismo un motín que un rasgo de genio; y sucesivamente, con una paciencia impaciente y con una perseverancia febril, estudia el papel que han podido representar en los acaecimientos la humedad ó sequedad del clima, la configuración del suelo, la braquicefalia, etc. Cada uno de estos *factores* se nos presenta por turno en el proscenio como protagonista principal; parece un desfile de sombras chinescas, todas ellas en el primer término. Pero el autor se anega en esos detalles de influencias accesorias ó insignificantes; las causas primordiales no aparecen sino para ser desconocidas y relegadas á la misma categoría que aquéllas; y lo que más claro resalta en esta procesión, que dista mucho de tener encadenamiento, es la carencia de una idea directriz. Cierto es que el Sr. Lombroso descubre á centenares verdades por este estilo: «el mínimum de genialidad coincide con el máximum de terrenos cretáceos.» Pero confieso que estas comparanzas y otras de ese calibre me dejan frío.

II

Investigaciones de Jacoby acerca de la riqueza de cada departamento en hombres notables, acerca del influjo de la constitución del terreno.—Acción de la raza en la producción del genio.—Análogos estudios de Lombroso en Italia: concordancia de los resultados.—Factor que ambos dejan á oscuras.—Encadenamientos racionales de las innovaciones reales ó imaginarias que forman series *reversibles* ó *irreversibles:* ejemplos.—El genio es un accidente histórico en que se expresa una necesidad lógica.—Calendario del genio, análogo al calendario del crimen de Lacassagne.—Algunas estadísticas de M. Ribot.—Calendario insurreccional de Lombroso.

Me apresuro á añadir que su obra contiene comparaciones felices, paralelismos verdaderamente instructivos. Los más importantes de éstos le han sido palmariamente sugeridos por Jacoby, quien, en su libro acerca de la selección, fué el

primero que imaginó trazar el mapa departamental del genio francés, por decirlo así, é interpretarlo á la luz de mapas diferentes. Era una empresa empeñada y ardua, de donde Jacoby salió con honra. Formó con minucioso esmero la lista de los hombres notables producidos por cada departamento en un tiempo dado, bastante largo é igual para todos; y disponiéndolos por orden decreciente de fertilidad genial para una misma cifra de población, investigó en primer término si había, en efecto, algún enlace entre esa categoría y el clima ó los caracteres del suelo. No lo ha encontrado. «Los departamentos que tienen el mismo clima—dice (1)—presentan las mayores diferencias desde el punto de vista de la frecuencia de personajes notables; y viceversa, los departamentos análogos por este último concepto se ve que están en los opuestos extremos de Francia.» Lo mismo debe decirse «de las condiciones del terreno, de la naturaleza del suelo, de la constitución geológica. Los departamentos más opuestos desde el punto de vista de la frecuencia de personajes notables se ve que ocupan los mismos terrenos; así, en el terreno terciario se encuentran el departamento del Sena, que ocupa el primer lugar en lo que atañe á la fecundidad en talentos y en capacidades, y el de las Landas, que ocupa el último puesto. Los departamentos Meuse, Alpes altos, Jura y Charente, presentan el mismo terreno (jurásico), etc.» Esto demuestra que Jacoby se había anticipado á Lombroso en las investigaciones y disquisiciones de este orden; pero, después de haber hecho inútiles sondeos, abandonó sus calicatas como hacen los ingenieros; y su sucesor, al bajar á esos pozos ha creído descubrir en ellos minas explotables. Además tan impetuoso y precipitado como es Lombroso, otro tanto es Jacoby tranquilo y circunspecto, admirable por su método y lucidez. Si ve un vínculo aparente entre dos fenómenos, no se apresura á bautizarlo con el nombre de ley y á generalizarlo. A menudo desentraña muy bien una influencia social de lo que parece una influencia natural. Por ejemplo (página 546), á las mil maravillas demuestra que si los departamentos de grandes llanuras son los más estériles en talentos, en contra de lo que Lombroso pretende observar, esto depende sencillamente de que las grandes ciudades, focos de genialidad que irradian en torno suyo, están situadas en los valles; á orilla de los ríos.

En cambio, Jacoby, después de profundo examen, pone fuera de

(1) *Etudes sur la sélection*, pág. 545.

duda el influjo de la raza en la producción del genio. Pero, tal como la comprende, la raza misma es un producto de la historia y de las diversas causas sociales que han refundido, según su conveniencia, el tipo humano. A decir verdad, su división de Francia en razas corresponde con tanta exactitud á la de las antiguas provincias que es su reproducción con otro nombre, confesada del modo más correcto. Da gozo ver á ese naturalista, conducido por la penetrante comprensión de su ingenio, á poner de relieve la preeminente importancia del elemento histórico y social, mejor que hubiera sabido hacerlo ningún arqueólogo ó ningún sociólogo. Toma aparte cada grupo de departamentos constitutivos de una antigua provincia, y en cada uno de esos grupos, manifiesta con claridad que la serie de los departamentos colocados por orden decreciente de genialidad coincide con su clasificación, según la densidad decreciente de sus aglomeraciones urbanas. He aquí el resultado claro y decisivo de sus trabajos acerca de este punto.

¿Es una influencia sencillamente curiosa ó peculiar de nuestro país? No; el señor Lombroso, en su *Uomo di genio* ha querido extender á Italia el método de nuestro compatriota y ha figurado á la vista, con matices graduales, la producción comparativa de las diversas comarcas italianas en músicos, pintores, escultores y arquitectos, célebres ó distinguidos. Pues bien, por el espíritu de esos mapas, y sea el que fuere el contrario parecer de su autor (que no siempre acostumbra á rendirse ni aun ante la evidencia de sus propias observaciones), es imposible que no llame nuestra atención un hecho que salta á la vista: la influencia dominante de las capitales, y de las capitales más renombradas, Roma, Florencia, Milán, Génova, Parma, etc. En cuanto ver allí brillar con rasgos luminosos, cual se nos asegura, la influencia de la raza etrusca ó griega y de los países de colinas, confieso estar atacado de una ceguera completa respeto á este particular. En resumen, Jacoby está plenamente confirmado por Lombroso, quiera ó no quiera éste.

El último zanja con sobrada desenvoltura la oscura cuestión de los orígenes del genio. Cuando, por ejemplo, en lo que concierne á la música, se considera que pueblos de las mismas raza y latitud, Inglaterra y Alemania, Italia y España, difieren hondamente desde este punto de vista, mientras que pueblos de razas y latitudes diferentes, Italia y Alemania, España é Inglaterra presentan poco más ó menos

idéntico grado de aptitud ó inaptitud; cuando sabemos que el don de la composición musical se ha transmitido del Mediodía al Norte, de la raza italiana á la raza alemana, después de haber emigrado desde Grecia y el Oriente, estériles ahora, á Roma y al Occidente cristiano, únicos fecundos hoy; parece bastante difícil conceder al célebre profesor de Turín que resulta manifiesta «la influencia del clima volcánico y de la raza latina» y que es indudable la superioridad de las condiciones atmosféricas y climatéricas sobre todas las demás (1). Asómbranme en cada página asertos tales como éste: *Todos los países llanos (Bélgica, Holanda)* ó los que, encajonados entre altas montañas, se ven sujetos al bocio y al cretinismo endémicos, como *Suiza y Saboya, estan desprovistos de hombres de genio;* el *pequeño número de genios* que cuenta Suiza han nacido... etc...» ¿Puede olvidarse hasta tal punto el pasmoso florecimiento de la pintura y de la marina holandesas, del genio holandés en todas sus manifestaciones en aquella harto breve fase histórica en que las circunstancias lo favorecieron? En cuanto á Suiza, tenía yo por inconcuso, después de la tan á menudo citada obra de M. de Candolle acerca de la herencia de las capacidades científicas (otra obra maestra de análisis), que el pequeño pueblo helvético había formado un contingente de grandes hombres de ciencia verdaderamente extraordinario, si se tiene en cuenta la cifra de su población. No sólo ha probado M. de Candolle este hecho, sino que lo ha explicado; y, como eminente naturalista que es él tambien, ha encontrado las razones de ello en condiciones de familia, educación y costumbres que enumera juiciosamente. ¿De que Florencia esté rodeada de colinas y Pisa en un llano depende que la primera haya sido tan fecunda en genios, por lo menos hasta el siglo XVII, y Pisa tan improductiva? Ante todo, preciso es recordar la larga hostilidad de esas dos ciudades durante la Edad Media, así como la derrota y la subordinación política de la segunda. La victoria militar siempre es una circunstancia favorable para el desarrollo intelectual del vencedor; bastante más favorable que la *colinosidad* de su suelo, si se me permite ese neologismo.

Pero, dicho esto, aún queda que decir lo esencial, á nuestro parecer. Y ni Lombroso ni el mismo Jacoby dicen nada de ello. Aún más que la proximidad á un gran centro ó el triunfo por las armas,

(1) Véase *Uomo di genio*, pág. 118 y siguientes.

favorece la aparición de celebridades en un lugar ó en un país dados, la ventaja de encontrarse arrastrado por una ó varias *corrientes lógicas* de invenciones en vías de desarrollarse. Los inventos reales ó posibles, tomados por hipótesis en su totalidad, forman parte de un orden racional que me represento como una especie de espacio intelectual, del que cada uno de aquellos es un punto fijo. Para ir del uno al otro hay siempre intermedios que recorrer, y que cambian según el punto de partida; pero deben reproducirse, casi sin cambios, si el punto de partida es poco más ó menos el mismo, cual sucede con las sociedades humanas que comienzan siempre por poner en relación cerebros casi semejantes frente á una naturaleza exterior casi invariable. Deben seguir, pues, un orden lineal, que el gradual perfeccionamiento de los métodos de investigación y de enseñanza tiende á hacer cada vez más aproximado á la línea recta, es decir, á cierto mínimum de verdades interpuestas más allá del cual no podría proseguirse la abreviación. Se ha perfeccionado á Euclides, se le perfecciona aún de vez en cuando; se hacen tratados de mecánica, de astronomía, de física, de química, de anatomía, de fisiología, cada vez más rigorosamente deducidos y encadenados, ¿y qué significa ese progreso sino que los autores de esos libros se han conformado cada vez mejor con la serie rectilínea, digámoslo así, de los teoremas ó de las leyes que exponen y todos los cuales han sido, en su tiempo, innovaciones geniales, de apariencia accidental y fortuita? Pues bien; esos encadenamientos racionales de las innovaciones reales ó imaginables forman series, ya *reversibles*, ya *irreversibles* (como lo he dicho en otra parte acerca de las imitaciones, es decir, de los inventos *imitados*, que han representado algún papel social). No tengo que investigar porque ora son reversibles, ora irreversibles, de que depende su reversibilidad ó su irreversibilidad. Eso nos alejaría de nuestro asunto. Basta comprender la realidad de esta distinción y que, por ejemplo, no puede concebirse de ninguna manera la música de Wagner como anterior á la de Mozart, ó el órgano y el piano como anteriores á la flauta y al arpa, ó *Hernani* á las tragedias de Voltaire, ó las novelas naturalistas á los poemas épicos, ó aun el orden corintio al orden dórico, ó el gótico florido al ojival puro y severo, aun cuando muy bien puede imaginarse el estilo gótico como anterior al estilo románico, ó los instrumentos de cuerda á los de viento, ó la prime-

ra comedia al primer drama. Por consiguiente, las condiciones necesarias y *sine quibus non* de un invento son la producción anterior y el previo conocimiento de otras invenciones que son su antecedente lógico. ¡Cuántas personas, admirablemente dotadas para tal ó cual rama de la ciencia ó del arte (pues hay muy pocos talentos universales) han muerto sin producir nada, porque han tenido la mala suerte de nacer antes del tiempo en que debieran aparecer sus predecesores lógicamente necesarios, ó lejos de los lugares donde hubieran podido ser iniciados en los progresos preparatorios debidos á aquéllos! En edades groseras ¡cuántos artistas y poetas ignorados han perecido miserablemente en un mundo que no estaba maduro para ellos! Newton, nacido antes de Kepler, Darwin antes que Malthus y Lamark, Spencer antes que Augusto Conte y que el mismo Hegel, quizá se hubieran extinguido en la oscuridad. El señor Lombroso (¿quién sabe?), si hubiese nacido en Marruecos, en Fez, que, sin embargo, es una ciudad situada en un clima muy cálido, y añadiré yo que es una gran ciudad de población muy densa, ó si hubiese nacido en París pero en el siglo XVIII, antes que Darwin, Broca y Jacoby, no hubiera escrito nunca *L'uomo delinquente, L'uomo di genio,* ni *Il delitto politico.* Tal vez hubiera escrito otra cosa; pero, también sin duda, con menos buen éxito.

Hay, pues, que tener en cuenta en primer término esas leyes superiores que rigen soberanas á la evolución lógica de las ideas geniales, y cuya evolución real no es nunca más que una aplicación fragmentaria y mutilada de la primera, si quiere comprenderse la aparición del genio en cualquier orden de hechos. El genio es un accidente histórico donde se expresa una necesidad lógica. El genio es el encuentro de dos encuentros, la confluencia de dos confluentes; un confluente fisiológico de aptitudes cerebrales, de felices legados hereditarios; y un confluente social de enseñanzas recibidas. Pero esas mismas aptitudes ¿qué son sino la consolidación vital de hábitos sociales? En resumen: la primera y más importante tarea que incumbe al explendor de las fuentes de ese Nilo, consiste en remontar el curso secular de los inventos, anotar los affuentes que aumentan su caudal durante su trayecto, indicar la fatalidad de las vertientes que lo han alimentado; y concluida esa faena, entonces habrá tiempo de divertirse en componer el *calendario del genio,* el *reloj del genio,* la geología ó la meteorología del genio.

Los calendarios están de moda actualmente. Después del ingenioso calendario del crimen, debido al doctor Sr. Lacassagne, hemos tenido el del suicidio y otros varios. Convengo en que el del genio no tiene nada más de sorprendente que los anteriores, y hasta creo que encierra como ellos una gran parte de verdad, contra la cual no tengo razón alguna de declarar en falso. Todos tenemos estaciones inspiratrices que se reproducen en los mismos meses del año. Según Lombroso, en primavera y verano maduran todas las mieses y viñas del espíritu. No entro en los detalles de sus estadísticas. Pero creo que conviene en este caso no confundir dos cosas muy distintas: la producción de las obras de arte, y la de los trabajos científicos ó especulativos. Si las primeras florecen con mayor facilidad durante los meses de embriaguez exterior, de sol, de bellezas naturales (y de vacaciones, por añadidura), el filósofo y el sabio ¿no templan el vigor de su espíritu en la estación fría que purifica y recoje el pensamiento? Aun cuando á esto se objetase que Galileo descubrió los anillos de Saturno en Abril, y que la primera idea del descubrimiento del Nuevo Mundo se le ocurrió á Colón en Mayo y Julio, pudieran quedar dudas acerca del alcance de tales réplicas; sobre todo si se tiene en cuenta, respecto á una de ellas, que los descubrimientos astronómicos han tenido por fuerza que ser más frecuentes en la buena estación, puesto que si en ella son más cortas las noches, también son en cambio mucho más despejadas.

Paréceme que se puede formar una idea bastante exacta de las variaciones en más ó en menos que sufre en el transcurso de las diversas estaciones la inspiración filosófica, consultando á Mr. Ribot acerca de este particular. Le doy las gracias por haberse dignado dibujar para mí, con aproximación suma, la curva anual de los manusrritos que le remiten para la *Revue philosophique,* en los quince años de próspera vida que lleva. Verdad es que un manuscrito de este género nunca se confía al correo sino cierto tiempo después de haberse terminado, y que su composición es bastante lenta. Pero, sin pecar de excesiva inexactitud, puede referirse, por término medio, á un mes antes de la fecha del envío la época en que el autor estaba en todo el fuego de su trabajo. Pues bien, la curva de los envíos manifiesta una fuerte depresión que comienza bruscamente en la época de vacaciones (fines de Julio), en el momento mismo de los fuertes calores, y no termina hasta Octubre. En Octubre y Noviembre la curva sube con len-

titud; con vivo impulso en Diciembre, baja un poco en Enero (sin duda, por las fiestas de Año Nuevo), pero sube muchísimo en Marzo, y se sostiene casi al mismo nivel hasta Julio, en que, durante un breve período anterior á la salida de vacaciones, sube formando un agudo pico. Esto significa que los filósofos trabajan mucho en Noviembre y Febrero, lo mismo que en Abril, Mayo y Junio, y que no hacen cosa mayor en Julio, Agosto, Setiembre y Octubre. Si comparo este resultado con el que figura en la página 98 de *L'uomo di genio*, un cuadro gráfico que expresa la curva anual de las creaciones geniales, veo importantes diferencias. En ese cuadro, uno de los más altos picos está en Setiembre, y el más hondo despeñadero está en Febrero; Noviembre y Diciembre están en bajo.—M. Ribot ha tenido la atención de enviarme otro documento: «es la estadística de las cartas recibidas por la Revista desde el día en que apareció el primer número; hablo de las cartas concernientes á la *redacción*, no á las de la administración; á lo *espiritual*, y no á lo temporal». Para cada año hay dos cifras tan sólo, una por semestre, y luego el total. El total no varía; las cifras semestrales varían más; pero unas veces es mayor la primera, y otras la segunda; no se ve que uno de los semestres tenga sobre el otro una superioridad constante, aunque osciladora. En cuanto á la distribución de las cartas por meses, «no hay nada más irregular; unas veces un diluvio, y otras nada», me asegura M. Ribot. Ninguna influencia estacional parece dejarse notar aquí.

No importa; sea la que fuere, admito la acción de la temperatura sobre las manifestaciones del talento humano. Admito también en principio el *calendario insurreccional*, por decirlo así, que el Sr. Lombroso traza para compararlo con sus calendarios genial y criminal. Es curioso el saber que, lo mismo en nuestra Europa moderna que en la antigüedad y hasta en la Edad Media, el máximum de las asonadas y revoluciones ha ocurrido en los meses más cálidos del año; y aun cuando hay excepciones de la regla, y, por ejemplo (véase el cuadro de la pág. 51 de la obra de Lombroso), en nuestra Europa desde 1793 hasta 1884, de 37 revoluciones de orden político, 16 han sido en primavera y verano, 21 en invierno y otoño, no puede negarse que hay cierta relación entre la periodicidad de las manifestaciones revolucionarias y el curso de la tierra al rededor del sol. Pero el sentido de tales observaciones no se revela sino á medida que se multiplican. Porque los meses cá-

lidos, no sólo son particularmente fecundos en rebeliones, en rasgos de genio, en crímenes pasionales, sino que también en producción industrial y en consumo de todos géneros, en fabricación de discursos y de leyes, en guerras, victorias y derrotas, en luchas electorales. Merecen cotejarse todos esos calendarios económicos, militares, políticos, parlamentarios. Y su cotejo permite comprender, ante todo, que los días más largos y calurosos, á causa de su longitud ó de su calor (lo cual no está claro), traen consigo aumento de actividad en la vida social.

III

Relaciones entre la genialidad de un departamento y sus tendencias políticas, según Jacoby.—Imposibilidad de hallar ninguna relación entre la orografía y la genialidad.—Estudio crítico del «misoneísmo» de Lombroso.—Las tendencias políticas conservadoras no pueden tomarse *à priori*, y sin más explicaciones, como un signo de esterilidad artística, agrícola ó científica.—Junto con la tendencia á repetirse, hay en el hombre una tendenccia á innovar.—Lucha entre el capricho y el hábito.

Pero volvamos á Jacoby. Es un manantial. Al mismo tiempo que descubría y demostraba el enlace entre la intensidad de la vida urbana en cada departamento y su genialidad, esforzábase en relacionar ésta con el color político del mismo departamento. Esta idea, mucho menos feliz que la otra, no ha dejado de recibir algunas confirmaciones aparentes, bajo la forma que la ha dado el ingenioso investigador. En un gran número de casos ha demostrado, respecto á los departamentos agrupados en una misma provincia, que su fertilidad en hombres notables era proporcional á la cifra de los *no* emitidos por ellos en el plebiscito de 1870. Ese triunfo parcial depende de la singularmente favorable elección de ese escrutinio. Si la comparación hubiera tenido por base nuestras demás luchas electorales, no hubiera confirmado la hipótesis de donde parecía partir Jacoby, á saber: que la adopción de una idea política determinada trae consigo una presunción de talento, de originalidad inventiva. Al apoderarse el Sr. Lombroso de este pensamiento y desnaturalizarlo exagerándolo á su manera, ha precisado la naturaleza de esta opinión política, que según él es la republicana, en Francia por lo menos. Pero Jacoby no dice nada semejante: no es en una escarapela *positiva*, sino sencillamente *negativa*, donde ha buscado el signo revelador de una aptitud para las innovaciones genia-

les. En el plebiscito de 1870 expresábase por los «*no*» el espíritu de oposición y de independencia bajo todas sus formas, republicana, socialista, legitimista, orleanista. Por consiguiente, nada tenía de extraño el que su cifra fuese en ciertos límites proporcional á la proximidad de los grandes centros y á la densidad de la población; y, por tanto, puesto que dos cantidades proporcionales á una tercera son proporcionales entre sí, á la genialidad de cada departamento. Y aun así, habría mucho que hablar acerca de este asunto. Pero, cuando la República comienza á establecerse y afirmarse en un país, el adherirse á ella ¿es dar testimonio de independencia y de inclinación á las novedades, ó no es tan sólo demostrar cordura y buen sentido, ó á veces docilidad? ¿Hay el menor motivo para pensar que la prontitud para tomar el viento y orientarse hacia el polo gubernamental pueda servir para aquilatar la vocación para los viajes de descubrimientos por mares desconocidos? Comparemos atentamente y sin atención preconcebida los seis mapas de Francia en donde se representa por departamentos la distribución de las razas; el carácter llano, onduloso ó montañoso del suelo; la genialidad; el reparto del voto político entre conservadores y republicanos; la densidad de la población, y, por último, la naturaleza de las ocupaciones, agrícola, industrial ó ambas cosas á la vez. Lo que en ellas me choca es que los departamentos conservadores son en su mayoría agrícolas ó semiagrícolas (agrupadas al Oeste y en parte al Norte), mientras que las regiones republicanas son industriales. La comparación de los mapas IV y VI lo prueba, á pesar de muchas excepciones. En cuanto á la relación entre la genialidad y el republicanismo, la noto mucho menos, y no puedo ver en las coincidencias que á este propósito se advierten entre los mapas III y IV más que la acción de la vida urbana sobre los dos fenómenos á la vez. El mismo Sr. Lombroso hace observar que la opinión republicana prevalece allí donde la población es más densa. Esta observación, con la cual viene á confirmar las de Jacoby, hubiera debido hacerle reconocer el mayor papel de las grandes ciudades y de su ejemplar contagio en materia electoral.

Por supuesto, cuanto más miro menos veo el paralelismo pretendido entre los mapas orográfico y electoral. «La montaña—nos dice el señor Lombroso—favorece la genialidad y las tendencias republicanas.» En vano busco la prueba de este aforismo, en absoluta contradicción con el hecho demostrado por Ja-

coby, de que la genialidad es proporcional á la densidad de la población, muy escasa en los países montuosos, como se sabe. Por otra parte, había yo creído hasta ahora que los montañeses, por su género de vida sedentaria y doméstica, eran inclinados á las ideas conservadoras políticas ó religiosas. Así lo demuestra la historia, y en particular la de Grecia que, sin embargo, invoca el Sr. Lombroso (pág. 62) en apoyo de su parecer; del cual se olvida, por cierto, algunas páginas más adelante. Aquellas *ciudades del interior*, cuyo espíritu tradicionalista ponderaban los filósofos griegos, en oposición al temperamento revolucionario de las ciudades del litoral, estaban situadas en las partes montuosas ó en los valles altos y encajonados de Grecia. El mismo dice de los dorios (pág. 105), que «habiendo habitado en las regiones montañosas, quedaron apegados á la tradición».

Por lo que antecede, pudiera colegirse que el Sr. Lombroso es un republicano furibundo, á pesar del elogio que en alguna parte tributa á la monarquía de Saboya. Pero, en verdad, creo que un joven dócil y confiado se vería en gran aprieto si consultase *Il delitto politico* para afiliarse á un partido. ¿Con quién hará bien de votar? ¿Con los monárquicos? Pero es el caso que en Francia abundan allí donde está más difundido el paludismo, en los países pantanosos «Landas, Creuse, Charente inferior, Vendéa». Además, los monárquicos son sobre todo braquicéfalos, muy desprovistos de genio (1). ¿Habrá que ser, pues, republicano? No es seguro. Los departamentos conservadores son los de menor mortalidad y donde los hombres son más robustos y de estatura más alta. Son también los más fértiles en cereales. El progreso del republicanismo es paralelo al de la locura. Hay que pensarlo, después de esto. ¿Será tal vez la última palabra de la sabiduría votar papeletas en blanco?

El Sr. Lombroso se ha dejado arrastrar á algunas de las ilusiones que le echo en cara, por su preocupación de lo que llama *misoneísmo*. Entiende por *misoneísmo* el horror sistemático, instintivo y congénito por toda innovación, sacro terror que, á despecho suyo, se ve obligado á reconocer como atributo normal,

(1) Demuestra (pág. 102) que la raza címbrica en Francia es enteramente monárquica. De aquí debiera, naturalmente, deducirse, según el enlace cien veces alegado por Lombroso entre monarquismo y falta de genio, que la raza címbrica es la menos generalizadora de las razas francesas. Pero en la página 103 nos hace saber que «el genio predomina allí donde prevalece la raza belga y *címbrica*». No lo entiendo. Siento saber la superioridad de las razas rubias sobre las razas morenas. ¿Será cierto, sin embargo, que Héctor fué vencido porque era moreno, y que Aquiles era rubio? (pág. 97).

necesario y universal de las masas humanas (1). De aquí se sigue que las revelaciones del genio, sean las que fueren, y de las cuales es carácter propio el *filoneísmo,* por decirlo así, son anomalías como las de la locura. Así, pues, cuanto más genial es una región, por más innovadora, rebelde ó revolucionaria en política, debe ser *à priori* reputada. Pero si es así, ¿no debiera fijarse el señor Lombroso en que toda resistencia á un aluvión electoral, á una mayoría triunfante, denota libertad de espíritu? ¿Ignora la dosis de audacia intelectual que supone la elevación sobre las nubes de la opinión corriente hasta las altas cimas, desde donde se contempla la razón de la sinrazón aparente, la justificación de las instituciones históricas? Si la sociedad humana no datase más que de cinco ó seis mil años, comprendería yo esa presunción de *verdad* que el Sr. Lombroso parece conceder á toda *novedad* política. Pero desde que aparece á nuestra vista la prodigiosa antigüedad del pasado social y retrocede por los tiempos geológicos el origen de las civilizaciones, ya no es lícito hallarse tan pronto á creer que, después de tantas experiencias sociales acumuladas, pueda descubrirse aún algo absolutamente nuevo y á la vez más viable, útil y verdadero, en punto á instituciones y principios políticos; por el contrario, ha lugar á tener cierta desconfianza acerca de todo lo que se precia de ser nuevo en estas materias, y preguntarse si las pretendidas novedades lo serán tan sólo porque, después de haber sido experimentadas muchas veces en las civilizaciones anteriores, hayan sido rechazadas en seguida siempre y reemplazadas por antiguallas, más conformes con la naturaleza de las cosas. Sucede con el arte de la política como con el arte en general, donde no todo cambio es un progreso, y cuyo punto de perfección, imposible de superar, ha sido alcanzado varias veces en el curso de la historia, por lo menos en algunas de sus ramas. Al hablar así, no creo de ninguna manera obedecer á una inspiración retrógrada y reaccionaria. Lo que de estas consideraciones deduzco, es que, cuando hombres como Laplace y Taine, por ejemplo, á costa de un gran esfuerzo emancipador, vuelven á hallar los títulos del pasado, ó cuando un crítico vigoroso, cual M. Brunetière, restaura y endereza la estatua de los maestros clásicos, no hay derecho para atribuirles un *misoneísmo lar-*

(1) Como ejemplo de ese *misoneísmo* nacional cita el pueblo francés, que desde Estrabón ha continuado siendo el mismo, «vano, belicoso, *amigo de novedades.*» Aquí es tan gorda la contradicción, que preciso es atribuirla á un *lapsus calami.*

vado, como lo hace el Sr. Lombroso, de tratarles de espíritus inconsecuentes, porque ponen piedras nuevas en diques nuevos que se remueven y que ellos tratan de consolidar. ¿Son misoneístas ó filoneístas? Poco importa: son, en suma, talentos y capacidades; y supongamos que los ingenios de este temple abunden en un departamento ó den el tono en él, veréis á la mayoría tomar allí el matiz conservador (lo que, en el actual momento, no quiere decir precisamente monárquico). Por lo demás, el Sr. Lombroso insiste á menudo en esta verdad: que el hombre de talento ó de genio, opuesto en un punto, en un solo punto, al misoneísmo de las muchedumbres, por una compensación inevitable, tiene un misoneísmo á machamartillo. Así, pues, las opiniones políticas conservadoras no pueden tomarse *à priori* y sin más explicación como signo de esterilidad artística, agrícola ó científica. Si se entra por ese camino, ¿dónde nos detendremos? En cierta época, Hæckel valoraba el grado de civilización de las razas y naciones según su conversión más ó menos rápida y general á las doctrinas darwinistas, lo cual parecíale entonces autorizarle para poner á Francia muy por bajo de Alemania, Inglaterra y América. A ejemplo suyo, el sabio criminalista italiano no está muy lejos de pensar en alguna parte (págs. 131 y 145) que el entusiasmo en aceptar pronto sus ideas sobre el *tipo criminal* puede valer para medir la genialidad de los diversos países. «La idea socialista—dice—florece en Rusia; y la escuela penal italiana (la nueva) tiene en Rusia sus principales adeptos.» Por tanto, los rusos están á la cabeza de todos los pueblos. Por el contrario—añade—«*Francia,* España y la América del Sur, pueblos tan frecuentemente en estado de sedición, cuentan con rarísimos creadores de verdaderas revoluciones políticas y científicas». ¡Francia puesta en la misma fila que la América del Sur, y citada como ejemplo de esterilidad imaginativa y revolucionaria! Por lo demás, un poco más adelante escribe: « Vemos entre nosotros á los hombres más avanzados concebir súbitamente y adoptar las nuevas ideas (incluso las de la nueva escuela penal) pero conducirse en la vida pública mucho menos correctamente que los clericales, bastante cortos de ideas, pero de conciencia íntegra.» Cito este pasaje como una muestra de las sorpresas que aguardan al lector casi en cada página de *Il delitto politico.*

El Sr. Lombroso es á la vez harto severo y harto benévolo para con el espíritu conservador en general.

Harto severo al calificarlo de *misoneísmo*, lo cual es una manera denigrante y negativa de comprenderlo. Harto benévolo al mirarlo como el único estado normal de las sociedades. Esto es, olvidar que la hospitalaria acogida hecha á las novedades extranjeras, es también una de sus funciones no menos normales, aunque discontinua é intermitente. Si en vez de hacer girar sus ideas sociológicas alrededor de la idea de lo *nuevo* y crear una antítesis infecunda entre el amor y el odio á lo nuevo, hubiese tomado por noción central la idea de *imitación* y comprobado la universal diferencia entre la imitación de lo nuevo y la imitación de lo antiguo, hubiera evitado muchos errores á que le ha conducido su punto de vista. En primer término, se hubiera guardado de considerar el apegamiento á la tradición y la usanza, ó el entusiasmo por las innovaciones contemporáneas, como caracteres inmutables é inherentes á una raza ó á un pueblo; en efecto, hubiera podido ver alternar esas dos formas, más complementarias que contradictorias, de la imitación. Hubiera advertido sin asombro ninguno que los pueblos ó departamentos más conservadores hoy han sido en una época anterior muy innovadores, y viceversa (1).

Comparando cierto número de mapas electorales de un mismo país en épocas diversas con un mismo número de mapas *geniales* de ese país (por ejemplo, en las mismas épocas sucesivas de Francia, durante el transcurso de este siglo), hubiera visto sin duda diferir entre sí las primeras que las segundas mucho más profundamente de una fecha á otra, de suerte que si pareciese haber alguna coincidencia entre una de las primeras y una de las segundas, este acorde momentáneo y transitorio debería juzgarse en gran parte fortuito, ó explicarse por la intervención de una causa extraña.

Junto con el hábito, especie de misoneísmo fisiológico, coéxiste en cada uno de nosotros el capricho junto á la tendencia á repetirse, la tendencia á innovar. La primera de estas dos necesidades es fundamental; pero la segunda es la esencial, es la razón de ser de la otra. No habría novedades posibles si no hubiese rutinas duraderas; la persis-

(1) Los jonios no siempre son innovadores, ni los dorios siempre conservadores. Los primeros son conservadores en Asia Menor, los segundos son innovadores en Sicilia y en la Magna Grecia. El Sr. Lombroso explica estas pretendidas *anomalías* por los cruzamientos de razas. Y yo me pregunto cómo los cruzamientos de los dorios (conservadores natos, en hipótesis) con razas autóctonas aún más rutinarias (como salvajes ó bárbaras) pudo dar resultados diametralmente opuestos á las tendencias de las dos razas progenitoras.

tencia de los tipos específicos es lo único que hace viables y aun imaginables las variaciones individuales. La lucha entre el hábito y el capricho, que son indispensables mutuamente, dura toda la vida del individuo; pero es de notar que comienza por el triunfo de la tendencia innovadora, y termina, en la extrema vejez, por la victoria definitiva de la tendencia rutinaria. Lo mismo sucede en la vida social, aun cuando nuestro autor parece creer precisamente lo contrario. En el más remoto comienzo de las sociedades coloca el reinado del misoneísmo absoluto, según la observación superficial de los salvajes. Paréceme que el horror á lo nuevo bajo todas sus formas es propio de los espíritus débiles, mujeres y niños, comenzando por los animales. Pues bien; por lo que hace á estos últimos quiero creerle por su palabra cuando nos afirma que una gallina blanca pintada de verde ha producido viva repulsión en todo el gallinero después de ese cambio de color, pero no puedo menos de pensar que no dejaría también de provocar un movimiento de repugnancia entre los más revolucionarios de los hombres en vías de bañarse en un río ó de aparecer *in naturalibus* ante un tribunal de reconocimiento físico de reclutas, la llegada de un hombre en cueros pintado todo él de verde. No confundamos el horror á lo nuevo y el de lo anormal. En cuanto á las mujeres, sin hablar de los niños, su facilidad en empaparse en las nuevas modas, no sólo en materia de vestir, sino de sentimientos, ideas y costumbres, es increíble, aunque á veces se disimule bajo exterioridades engañosas. Si hay en ellas muchas *supervivencias* religiosas y morales, prácticas que antaño les fueron enseñadas por nuestro sexo (porque todos los fundadores de religiones y todos los apóstoles han sido hombres y han tenido por primeros fieles á hombres), esto depende sencillamente de la ley de la imitación del superior por el inferior, que se realiza aquí como en todas partes. La mujer siempre ha imitado al hombre, cuya superioridad ha sentido siempre; así, no puede sorprender que su religiosidad, hija de la del hombre, le sobreviva cierto tiempo. Por otra parte, cuando las mujeres siguen á los insurrectos ó revolucionarios, van más lejos que ellos. El Sr. Lombroso se ve en aprieto (págs. 227 y siguientes) para conciliar el ejemplo de las calceteras de la guillotina, de las petroleras, de las señoras nihilistas y hasta de las doctoras rusas, con el misoneísmo esencial de la naturaleza femenina. Pero si, según mi parecer, no se ve en la tendencia á

seguir las nuevas modas más que una forma de la imitación, no causará sorpresa que ese gusto alterne en las mismas personas con el culto á las antiguas usanzas, á los abuelos y al hogar. Y fácil será concebir que la mujer, precisamente porque es muy imitadora, sea de un modo alternativo devota de lo pasado hasta la ciega rutina, y entusiasta de actualidades hasta las peores extravagancias. Nada diré de los salvajes; pero haré notar que la admiración supersticiosa, la veneración entusiasta de los pueblos bárbaros por las diversas formas de locura bautizadas á menudo con los nombres de profetismo y santidad, no se compadece con aquella aversión por las novedades, es decir, por las singularidades, que harto liberalmente se les atribuye. La noble locura que ama el bárbaro es la que acentúa la personalidad, haciendo de ésta una singular y poderosa excepción de la regla general. Se olvida de sus sacerdotes, representantes de la regla, para correr tras el profeta y el asceta, representantes de la excepción.

IV

Hay que distinguir las invenciones conformes con el espíritu general de la sociedad donde brotan, y las que son contrarias á ese espíritu.—Diferencia entre la rebelión y la regeneración.—Influencia muy secundaria de las condiciones meteorológicas, orográficas, etc.

Lo más deplorable que hay tal vez en la manera cómo entiende el misoneísmo el Sr. Lombroso, es que le conduce á considerar todo invento, toda innovación como una anomalía morbosa, compañera de la locura, puesto que la rutina es el único fenómeno normal, la salud y la salvación de las naciones. Ni siquiera distingue entre las invenciones conformes y las que son contrarias con el espíritu general de la sociedad donde brotan. Sin embargo, esta distinción fundamental, aunque á menudo delicada y sutil en los detalles, es la única que puede justificar y explicar la oposición en que insiste con tanta fuerza, sin conseguir dilucidarla entre las insurrecciones y las revoluciones, ó, por mejor decir, entre las crisis de destrucción y las crisis de renovación. Las revoluciones verdaderamente regeneradoras son, como lo dice muy bien, no lo contrario de

la evolución social, sino su expresión más precisa é intensa. El rápido y duradero triunfo de una idea política ó religiosa nueva y recién importada denota que era pedida y buscada á tientas desde mucho tiempo atrás por las inteligencias inquietas, ocupadas en los problemas á los cuales ofrece aquélla una solución inesperada. El revolucionario, ó, por mejor decir, el regenerador, golpea contra un peñasco de prejuicios, como el simple insurrecto; pero de ese choque sale una fuente, un raudal de convicciones anteriores y acumuladas que ha hecho brotar él. El insurgente golpea, y nada brota: es un Moisés abortado. No hay rebelde que, con otros tiempos, no hubiera podido ser un revolucionario; y viceversa. Si Lutero hubiese venido cien años más pronto, antes del descubrimiento de la imprenta, ó nacido en España en lugar de nacer en Alemania, hubiera muerto en el quemadero como Juan Huss. Tampoco le faltó á Juan Huss más que haber nacido á tiempo para ser un Lutero. Esta es, en el fondo, á mi parecer, la verdadera diferencia entre las rebeliones y las regeneraciones sociales. He aquí la piedra de toque indicada por el buen sentido y de la cual debiera comenzarse á hacer uso antes de investigar en qué climas, en qué estaciones, en qué latitudes, con qué índice cefálico, etc., es más frecuente uno que otro de estos dos fenómenos. Nuestro autor cree poder decidir, en virtud de ciertas estadísticas (pág. 377), que «las rebeliones se observan con más frecuencia en los países de altitud muy elevada y muy cálidos, en tiempos de carestía, ó en los pueblos braquicéfalos y morenos, y guardan íntima relación con el alcoholismo y las estaciones cálidas», al paso que «las revoluciones, *más raras en los países muy cálidos*, *más frecuentes en los meses cálidos* (cosa un poco extraña), sobre todo para las creaciones geniales, se desarrollan, sin embargo, á la inversa de las rebeliones, *en los países moderadamente fríos* y secos, sobre todo en los países de montañas y colinas, rara vez en las llanuras y en los terrenos volcánicos... y están en relación con la elevada estatura de la raza». Mas para tener derecho á asentar esas conclusiones, curiosísimas de seguro, ¿no sería preciso previamente explicar en qué principio se ha fundado para formar las listas de rebeliones y de revoluciones que han servido de base á esos cálculos, para incluir en una lista más bien que en la otra muchos hechos históricos diversamente apreciados? El Sr. Lombroso no nos dice el principio que le ha guiado en quella delicada operación. Poco ha, le vimos

poner en la misma categoría la Revolución francesa y las Vísperas sicilianas; esto es un poco atrevido, aun por parte de un italiano.

Por supuesto, no acometeré la empresa de discutir las proposiciones antedichas y otras análogas, á pesar de algunas tímidas objeciones que quizá pudiera hacerles. Pensando en el Egipto y en la Mesopotamia antigua, en la China, en Rusia, atribuye el Sr. Lombroso á los países de grandes llanuras un carácter antirrevolucionario. Pero no se acuerda de las fases de gigantescos trastornos atravesadas por esos pueblos antes de su época tranquila, en la cual se fijan con preferencia los ojos de la historia; menosprecia en demasía las excepciones á su regla presentadas por la República Argentina y Polonia, tan revueltas, aunque situadas en países de suma planicie. Acerca de la República Argentina, dice que eso depende «de la sequedad del aire, del desbordamiento de la vida urbana, de la imitación de las revoluciones europeas», tres consideraciones de las cuales dos, por lo menos, tienen cierta validez. Pero, por desgracia, ninguna de las tres es aplicable á Polonia antes del reparto. En cuanto á mí, no me sorprende en manera alguna ver con frecuentes convulsiones á una sociedad nueva, en plena fiebre de crecimiento, como la de El Plata; y hay motivos para creer que todas las sociedades llamadas á tener un gran porvenir, á un vasto desarrollo territorial, que se formaron en remoto pasado, es decir, las que tuvieron por cuna un valle delicioso, los valles del Nilo, del Eufrates, del río Amor, han sido convulsionarias de esta suerte en sus comienzos. Pero la llanura argentina se calmará al envejecer, como en los siglos XVII y XVIII se calmó la llanura holandesa, hoy tan tranquila, ayer tan tormentosa. Conviene á este propósito hacer notar que todas las civilizaciones del antiguo y del nuevo mundo han hecho su nido en un llano ó en una meseta. Por tanto, si fuera cierto que las revoluciones (hablo de las revoluciones verdaderas y felices) tienen por habitual teatro las colinas ó los montes, deduciríase de aquí que revolución y civilización son dos términos incompatibles, una antítesis completa. Tal vez no sea de este parecer el sabio y profundo revolucionario Metchnikoff, autor de *La civilización y los grandes ríos históricos*. Y creo que tendría razón. Si revolución quiere decir innovación fecunda, propagada y duradera, toda civilización es un haz de revoluciones ingertas unas en otras y amacolladas. Si acaso mi propia quimera no me engaña,

por las leyes de la imitación se resolvería con facilidad una dificultad aparente que *Il delitto politico* presenta al atento lector.

V

Conclusiones.

Pero temo mucho que al agitar con nuestro autor estas cuestiones, perdamos de vista, como él, nuestro verdadero asunto. En resumen, se trata de caracterizar el delito y el delincuente políticos, y decir en qué casos tenemos ante nosotros un delito y un delincuente de este orden. ¿Estaremos lo suficiente ilustrados acerca de este particular, cuando sepamos en qué difieren la insurrección y el insurrecto, de la revolución y el revolucionario? No, á menos de sublevar la conciencia humana, subordinando la apreciación moral y jurídica de un acto á su triunfo ó su fracaso. Estalla una conspiración. Los conspiradores, ¿son regeneradores ó rebeldes? El porvenir lo dirá. Si triunfan, se les aclamará como grandes hombres, si fracasan, se les fusilará. No cabe duda de que, á menudo, pero no siempre, vencerán ó serán vencidos, según su conformidad ó su contradicción con las ideas y tendencias de su medio. Pero su misma empresa prueba que han creído estar acordes y contar con ellas. Pues bien, si se han equivocado, ¿de qué son culpables? De su error. Pero no está aquí la cuestión. Desde el momento en que han tomado las armas y antes del desenlace de su tragedia, el hombre de pensamiento y corazón se cree en el derecho de juzgar su conducta y no esperar el resultado final, como la muchedumbre, para aplaudirles ó condenarles á muerte. ¿Me diréis que esto es un derecho imaginario, un puro prejuicio? Si me dijera V. eso, Sr. Lombroso, no le creería, porque de un extremo al otro de sus libros vibra enérgicamente la honrada fibra de la indignación y del desprecio contra toda necedad, aun aplaudida, contra toda maldad, aun triunfante; esto es lo que, sobre todo, aficiona á su lectura, lo que hace pasar por alto todas las paradojas y todas las extravagancias. Por más que dice V. (de piquillo), que mérito y demérito no significa nada, que es pueril vituperar é indignarse, con placer le veo fustigar á cada página toda infamia y protestar contra todo hecho contra derecho. Que cualquiera otro le acuse por ello de inconsecuencia, porque es V. determinista, yo también

lo soy, y pretendo continuar siendo lógico al indignarme cuando llega el caso. Hasta estoy convencido de haberlo demostrado. Derecho, deber, vicio, virtud, bien, mal: nociones siempre jóvenes, patrimonio común de todos los sistemas. «¿Qué pacto nos privó de esas palabras?», pudiéramos decir con el poeta. Por eso, que se nos permita preguntarnos á la vista de ese obrero, que fusil en mano sube á una barricada, de ese regicida ó presidenticida que va á poner fuego á una bomba, si es culpable ó no, y hasta qué punto lo es. ¿No es claro que para esto se necesita escrutar su corazón, ante todo, y leer en él qué sentimiento le anima; saber si su móvil ha sido egoísta ó generoso, cobarde ó heroico? Tal revolucionario que ha combatido á favor de lo venidero, y á quien el porvenir erige estatuas, no fué más que un vil malvado, concusionario y manchado de sangre. Y tal insurrecto, apegado á un ideal imposible, á una causa perdida de antemano, quimérica ó prematura, y por la cual fué ahorcado, guillotinado, fusilado ó quemado, según los tiempos y lugares, es un héroe que ha hecho llorar de lástima y admiración á sus mismos verdugos. Lo que digo, podrá no ser político, pero es moral; y esperó que la moral ha de ser la política futura. La nueva escuela italiana de derecho penal se ha honrado señalando, á propósito de los homicidios ordinarios, la mayor (y, en parte, desconocida) importancia de la naturaleza del móvil. Quisiera, con razón, ver sustituir este concepto al de la premeditación, del que se abusa. Pero me parece que, sobre todo, convendría aplicar esta doctrina á los delitos políticos. Si los homicidios pasionales son dignos de particular indulgencia, con mayor motivo deben serlo aquellos inspirados no por una pasión individual, como el amor ó los celos, sino patriótica y humanitaria. Admito que esta pasión es un peligro y que importa precaver nuevas explosiones de ella; pero si al castigarla sólo se tiene en cuenta la utilidad de «hacer un escarmiento ejemplar» y se cree dar muestras de profundo hombre de Estado ordenando la ejecución de tal ó cual sentencia de pena capital, contra la que se levantarán protestas «sentimentales», se comete un sangriento error, que cada día llega á ser más grave y evidente.

Los delitos políticos son el último asilo donde ha reinado hasta nosotros el utilitarismo penal puro y donde se le puede juzgar manos á la obra. Castigar á un rebelde en la medida que el Estado cree tener interés en hacerlo, sin considerar para nada el carácter vil ó noble

de su rebelión, tal ha sido la regla de conducta de los jefes de Estado en todos tiempos, hasta en las épocas en que se hacía gala de proporcionar la penalidad ordinaria al preciso grado de culpa y de responsabilidad moral. Pero nuestro siglo ni augura en esto una era nueva, fácil de caracterizar por el contraste entre el presente y el pasado en lo que atañe á la pena de muerte y á la extradición. En otro tiempo la pena capital era un importantísimo aparato social, del que sólo nos queda ya un órgano rudimentario; funcionaba en todas partes y continuamente; pero, sobre todo, en materia política es donde desplegaba todo su lujo de atrocidades y reinaba como en su propio dominio. Parecía que hubiera podido desalojársela de cualquiera otra parte, sin ocurrirse la idea de sitiarla en esta última trinchera. Hoy, precisamente, allí es donde se ha suprimido, mientras que subsiste para los delitos de derecho común. Lo mismo ha sucedido en materia de extradición. Los primeros tratados en que los Estados antiguos estipularon el trueque de sus criminales referíanse á los delincuentes políticos; éstos han sido objeto de la extradición larguísimo tiempo antes de que se pensara en apoderarse más allá de las fronteras de los vulgares asesinos. En nuestro siglo, por el contrario, la extradición alcanza á los delitos graves de derecho común, mientras que se eximen de ella habitualmente los delitos de orden político. Si el Sr. Lombroso hubiera observado estos dos grandes hechos, no sé qué explicación física ó fisiológica les hubiera dado. En cuanto á mí, veo en ellos la prosecución de los inmensos progresos hechos por la recíproca asimilación de las naciones civilizadas en extensión y en profundidad; ha comenzado por las clases superiores, que al asemejarse han sido las primeras en adquirir el sentimiento de su solidaridad, de la comunidad de intereses; luego ha conquistado á las últimas capas del pueblo, y desde entonces el interés común de los gobernados ha concluido por prevalecer hasta sobre el de los gobernantes. Por lo demás, sea lo que fuere, del doble contraste indicado resulta por lo menos que, lejos de ser el crimen y el criminal políticos objeto de un horror excepcional, como se vió en el siglo XVIII cuando el atentado de Damiens, tienen actualmente el privilegio de provocar la indulgencia ó el favor universal. Eso prueba que al ilustrarse la humanidad no se hace cada vez más utilitaria, dígase lo que se quiera: en efecto, si nada hay tan generoso á menudo como el móvil del conspirador, nada hay tan peligroso, por lo común,

como su tentativa, ni nada más ruinoso y destructor que su triunfo. Ni Pranzini, ni Prado, ni Eyraud, han hecho al público que pide sus cabezas tanto daño como los condenados de la *Commune,* cuya amnistía ha pedido.

Y es que el público es psicólogo sin saberlo, mucho más que sociólogo; y, con razón, encuentra mucho más interesante la psicología del insurrecto que la del bandido ordinario. Pero preciso es confesar que á menudo le engañan las palabras, en esto como en todo, y que se apresura demasiado á poner en la categoría de los delincuentes políticos á malvados que no tienen de políticos más que el nombre (1). En un capítulo de los más instructivos nos manifiesta el Sr. Lombroso cuántas veces ha debido de hacerse esta confusión. Pasando revista (págs. 268 y sigs.) á los regicidas célebres, Orsini, Fieschi, Hædel, etc., enumera las condenas en que habían incurrido ellos ó sus cómplices por delitos comunes, antes de su atentado; son numerosas. Respecto á los hombres de la *Commune* hace la misma observación, no sólo según Despine y Máximo Du Camp, sino según Cluseret y Vallés. La extiende á los jefes de los jacobinos. No pierde tan buena ocasión de utilizar su tipo criminal. Si, á despecho mío, no me inspirasen siempre alguna desconfianza sus estadísticas, no podría menos de chocarme un hecho que afirma: la proporción de individuos portadores de ese famoso tipo es mucho más considerable, según él, en los rebeldes que en los revolucionarios, muy fuerte donde es injusta la causa del levantamiento, mínima cuando la insurrección es legítima. Así, de quinientos veintiún mártires de la independencia italiana, sólo encuentra *tres* estigmatizados de esa especie; al paso que en cincuenta fotografías de miembros de la *Commune* halla seis, y en ocho petroleras cuatro. Pero, ¿no le habrán perturbado tal vez la vista los anteojos del patriotismo? Entre nuestros grandes agitadores franceses cierto es que halla magnífico á Mirabeau. pero su nariz torcida le parece suficiente para clasificarle en la categoría de los individuos *tipados,* junto á la de Marat, Carrier, etc. Descubre muchos epilépticos entre los innovadores: por ejemplo, Mahoma.

(1) Todos sabemos en qué condiciones el proceso más sencillo del mundo se tiene por proceso político, y, como tal, se inhibe de la jurisdicción del sentido común y del sentido moral. Basta que interese de cerca ó de lejos á un hombre político ó se suponga que puede ejercer cualquiera influencia sobre el resultado de unas elecciones, aunque sean municipales. Advirtamos que el aumento de los procesos políticos, ó calificados como tales, es un síntoma grave y seguro de perturbación social.

De ahí una nueva neurosis, de la cual ha querido ser padrino, bautizándola con el nombre de epilepsia política. Observación más seria: el extraordinario número de locos en las filas revolucionarias. Lutero, Savonarola, tuvieron verdaderas alucinaciones. Masaniello, Colà de Rienzi, locos peligrosos y el último megalómano. Châtel, Jacobo Clemente, Poltrot, otros tantos alucinados. Ravaillac, al herir á Enrique IV, obedecía al delirio de persecución. Durante la Revolución francesa, Téroigne de Méricourt, loco. Bajo la *Commune*, reina la locura; véase acerca de ello el libro del doctor Laborde. Muchos locos entre los insurrectos de la América del Sur. John Brown, el apóstol de la emancipación de los esclavos en 1859, estaba atacado de locura hereditaria. También loco Hong-Sion-Tucen, el revolucionario chino (ya ve el Sr. Lombroso que China ha tenido revoluciones, á pesar de sus valles) que á mediados de este siglo soñó con cristianizar el Celeste Imperio y produjo grandes trastornos. Loco también el fundador de una nueva religión que se formó en 1862, entre los salvajes de Nueva Zelanda (prueba de que el pretendido misoneísmo de los salvajes no deja de tener alguna excepción). Parece ser que era un tal Horopapera, que estaba en continuas relaciones con el arcángel Gabriel.

Siendo esto así, es lógico esperar ver en una nación ó en una clase el espíritu de rebelión y de revolución relacionado con el número de casos de locura en los mismos.

Por tanto, debe de estar más difundido y ser más intenso en las ciudades que en los campos, en los países *en vías* de civilizarse (no hablo de los países antiquísimamente civilizados y asentados en su civilización establecida, tales como China ó Egipto) que en los pueblos bárbaros. Viendo progresar al mismo paso en nuestra Europa la enajenación mental y la agitación innovadora, no puede dudarse de ese paralelismo ni vacilar en explicarlo por causas principalmente sociales.

El solo hecho de que el espíritu revolucionario tiene sus accesos y remitencias, que ya viene del Norte como del Mediodía, que se pasea de Oriente á Occidente, y viceversa, prueba con claridad que no depende de causas físicas ó fisiológicas, del clima ó de la raza, las cuales no cambian. Si dependiese en primer término de esas condiciones, sería fijo y constante como ellas. Hasta Lutero, como puede verse en el *Compendio de la historia de la Iglesia de Occidente* por Carlos Schmidt, la mayoría de los grandes heresiarcas cristianos nacieron en

el Mediodía de Italia ó de Francia, focos de la civilización y de la riqueza europeas en la Edad Media; y si desde el siglo XVI se han manifestado en una latitud más alta la herejía y el genio, es porque los descubrimientos de la América y de la imprenta produjeron gradualmente el efecto de transportar al Oeste y al Norte la corriente comercial y civilizadora. En el siglo XIV, cuando estallaban de plebe á plebe esas epidemias revolucionarias por imitación advertidas por Lombroso, y que se exacerbaron de 1378 á 1394, las plebes de Roma, Florencia y Palermo sirvieron de modelo á las comunidades alemanas, á los hussitas de Bohemia y á los ciudadanos suizos. La nación ó las clases más brillantes son siempre las imitadas por otras. Por esta misma ley de la imitación del superior se explica otro hecho citado por nuestro autor. Hasta mediados del siglo actual, las rebeliones y conspiraciones en Rusia estaban localizadas en las clases altas, eran sucesos palaciegos; pero de entonces acá, el regicidio ha descendido poco á poco á las capas profundas de la nación. Entre nosotros, el ejemplo de las rebeliones ha sido dado á la clase media y al pueblo por los jefes aristocráticos de la Fronda, cuya tradición se perpetuó hasta 1789 y tuvo por su más ilustre representante al conde de Mirabeau. Si el Sr. Lombroso hubiese tenido en cuenta esta ley, hubiérale sorprendido menos un fenómeno que cuesta mucho trabajo explicarse: ¿Cómo es posible que siendo la nobleza, según él, esencialmente *misoneísta,* haya habido siempre, y sobre todo en otros tiempos, tantos nobles á la cabeza de todas las revoluciones? Son curiosos sus esfuerzos para resolver ese problema insoluble. ¡Representa á Mirabeau como un *degenerado* neurópata! La verdad es que lejos de ser el misoneísmo carácter esencial de la nobleza, en sus días de esplendor es amiga siempre de novedades, hasta de las que *indirectamente* tienden á derribar su poder; como, por ejemplo, las ideas de los Enciclopedistas y de Rousseau.

Pero basta de criticar al señor Lombroso. A pesar de todo, su libro es interesantísimo, precisamente porque se asemeja demasiado á un bosque virgen. Digámoslo, para concluir: el Sr. Lombroso es uno de los agitadores más apasionados pero más sinceros que existen. Es, á su manera, un *impulsivo.* Una fuerte excitación interior le impele constantemente, no á cometer crímenes, sino á acuchillar á enemigos intelectuales que le acometen y que, hechos tajadicas, yérguense siempre bajo sus pies, cual se ve

en los poemas orientales. Mucho le será perdonado, no por haber amado mucho (pues me parece que odia de todo corazón á sus enemigos) sino por haber buscado mucho, ya que no siempre encontrado, lo cual sería, en verdad, harta fortuna.

G. TARDE.

AMOR DE MUJER

(DE SHAKESPEARE.)

Si osada mano su corriente enfrena,
Encréspase el arroyo cristalino;
Mas, dejándole libre en su camino,
Entre las guijas melodioso suena:

Los lirios besa de su orilla amena,
Vueltas dando y revueltas peregrino,
Hasta sumir, cumpliendo su destino,
En el inmenso mar su onda serena.

Si estorbáis mi pasión, yo me rebelo;
Dejad en paz mi enamorada vida,
É iré, débil mujer, cual fuente mansa,

Hasta llegar al solo bien que anhelo,
Y descansar allí, como alma herida,
En la gloriosa Eternidad descansa.

M. A. CARO

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS
DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL

I

EL TIPO DE LOS ANARQUISTAS

Quizá una de las aplicaciones más prácticas de la antropología criminal es la que resulta del examen de la fisonomía del criminal político. Suministra, en efecto, ciertas bases para el estudio del crimen político que hasta aquí parecían eximirse de todas las investigaciones y de todos los esfuerzos de los juristas, quienes veíanse reducidos á negar la existencia del crimen político (Power); también parece darnos el medio de diferenciar la verdadera revolución, siempre fecunda y útil, del motín y la rebelión, que siempre quedan estériles.

Hay un hecho enteramente confirmado por mí, y del cual he dado las pruebas en mi *Delito político* y es: que los verdaderos revolucionarios, es decir los iniciadores de las grandes revoluciones científicas ó políticas que provocan un verdadero progreso en la humanidad, son casi todos genios ó santos y tienen todos una fisonomía maravillosamente armónica; baste con mirar las láminas de mi *Delito político* (lámina VI). ¡Qué nobles fisonomías tienen Paoli, Fabrizi, Dandolo, Moro, Mazzini, Carlota Corday, Orsini, Garibaldi, Gambetta, Marx, Lassalle y todos los mártires cristianos! En general se advierte en ellos una frente muy amplia, en los hombres una barba muy poblada y unos ojos muy dulces y muy grandes; algunas veces se encuentra muy desarrollada la mandíbula inferior, pero nunca hipertrófica; por último, algunas otras, palidez del rostro (Mazzini, Bruto, Casio), pero, casi nunca se reunen

esos carácteres en el mismo individuo para constituir lo que yo llamo tipo criminal.

En un estudio que he hecho acerca de 321 muertos revolucionarios italianos (sublevados contra el Austria, etc.), casi todos varones (había 27 mujeres por 100 hombres), la proporción del tipo criminal ha sido de 0,57 por 100; es decir, mucho menor que en los hombres normales, donde es del 2 por 100.

De 30 nihilistas célebres, 18 tienen una fisonomía muy hermosa, 12 presentan algunas anomalías aisladas y solamente tienen tipo criminal (Rogagiew y Okladsky), es decir 6,8 por 100.

Pues bien; si de los mártires de una gran idea política ó religiosa, tales como los mártires cristianos, se pasa á los regicidas y presidenticidas, tales como Fieschi, Guiteau, Nobiling y á los fautores de las carnicerias políticas de 1789, tales como Carrier, Jourdan, Marat, se encuentra en todos ó casi todos ellos el tipo criminal (Taine).

Y este tipo se repite con frecuencia en los comuneros de París y en los anarquistas. En 50 fotografías de comuneros, he encontrado el tipo criminal en la proporción del 12 por 100; el tipo de locos en el 10 por 100. Entre 41 anarquistas de París, que he estudiado en el despacho de M. Bertillón, en la prefectura de policía de París, la proporción del tipo criminal era de 31 por 100.

En el asunto del 1.° de Mayo de 1891, he podido estudiar á 100 anarquistas de Turín, encontrando en ellos el tipo criminal en la proporción de 34 por 100; al paso que en 280 criminales ordinarios de la cárcel de Turín, esta proporción era del 43 por 100, entre los cuales había

	Criminales políticos.	Criminales ordinarios.
Plagiocefalia exagerada..	11 %	21 %
Asimetría facial.....	36 »	60 »
Anomalías craneales (ultra-braquicefalia, etc..	15 »	44 »
Mandíbula inferior muy voluminosa.....	19. »	29 »
Pómulos exagerados.....	16 »	23 »
Senos frontales enormes.	17 »	19 »
Dientes anómalos.....	30 »	20 »
Anomalías de las orejas..	64 »	75 »
Idem de la nariz.....	40 »	57 »
Idem en el color de la piel.	30 »	8 »
Antiguas heridas.....	10 »	26 »
Pintarrajeo (tatuaje).....	4 »	10 »
Anomalías neuro-patológicas.....	8 »	26 »

Entre esos 100 individuos detenidos el 1.° de Mayo de 1891, el 30 por 100 eran reincidentes por delitos comunes; en los detenidos por delitos comunes, los reincidentes llegaban al 50 por 100. Verdaderos parroquianos habituales de las cárceles había ocho entre los primeros y 20 entre los últimos.

Gracias al doctor Carus y á la

dirección del *Open Court,* que tuvieron á bien enviarme documentos curiosos, y gracias también á la obra muy especial, pero rica en hechos de Shaak (*Anarchie and Anarchistes,* Chicago, 1889), he podido estudiar las fotografías de 43 anarquistas de Chicago y he encontrado casi la misma proporción de tipos criminales, 40 por 100. Entre ellos presentaban ese tipo Dieneks, Potosuki, Cloba, Seveski, Stimak, Sugar, Micoland, Nina van Zands, Lieskre, Lingg, Oppenheim, Engel y su mujer, Fielden, G. Lehm, Thiele, Most. Señalo sobre todo en Potosuki, Sugar y Micoland la asimetría facial, mandíbula inferior enorme, senos frontales, orejas de asa; los mismos caracteres (salvo la asimetría), se encuentran en Seveski y Novak. Fielden tiene la nariz remangada y la mandíbula inferior enorme; Most tiene acrocefalia y asimetría facial.

Por el contrario, Marx tiene una fisonomía hermosísima, con la frente muy despejada, los cabellos y la barba abundantes y los ojos dulces; Lassalle, Hermann, Schwabe, Neebe, Schnaubelt, Waller y Seeger, tienen también hermosas fisonomías.

Estudiando aparte los jefes anarquistas de Chicago, se encuentra, sin embargo, en todos ellos una anomalía, por lo demás muy frecuente en los hombres normales, es decir, las orejas sesiles, sin lóbulo y más desarrolladas que en los individuos normales (excepto en Spies). Son también de asa en Lingg, Fischer y Engel; la mandíbula está muy desarrollada en Lingg, Spies, Fischer y Engel; todos tienen, sin embargo, la frente hermosa y amplia de las grandes inteligencias.

Cuando digo que los anarquistas de Turín y de Chicago tienen con frecuencia el tipo criminal, no pretendo decir que sean verdaderos criminales los delincuentes políticos, ni aun los anarquistas más violentos; pero tienen muy á menudo esos caracteres degenerativos comunes á los criminales y á los locos, porque son anormales hereditarios; en efecto, el padre de Booth se llamaba también Junio Bruto, y le habían puesto el nombre de un revolucionario, Wilkes (véase Regis. *Los Regicidas,* Lyon, 1790). Los padres de Guiteau y de Nobiling y la madre de Staps eran locos religiosos; y el mismo Staps, como Ravaillac y Clément, ha tenido alucinaciones.

En las autobiografías del *Vorboten*, encuentro que la madre de Pearsón era una metodista muy fanática, y que su padre representó un gran papel en el movimiento de temperancia de la Luisiana. Desde hace un siglo, toda la familia Pear-

són tomó parte en todos los movimientos revolucionarios. Un Tompkin, pariente de su madre, había tomado parte en las batallas de Brandirón y de Montraonth; un general Pearsón servía durante la revolución de 1776; un capitán Pearsón asistió á la batalla de Bunhers Hill.

El padre de Lingg ha sufrido una conmoción cerebral.

El padre de Fielden, obrero y gran orador, era uno de los agitadores en la cuestión de los obreros en Inglaterra; fué uno de los fundadores de la *Consummers Cooperation Society* y de la sociedad de los *Old-Fellows*. El padre, los hermanos y el abuelo de Padelewski tomaron parte en las insurrecciones de Polonia, y casi todos fueron fusilados ó murieron en prisiones de Estado.

Esta influencia hereditaria, se halla también en la mayoría de los hermanos coacusados de Chicago: los dos Spies, los dos Lehm, etc.

Sabido es que entre los anarquistas hay bandidos y ladrones (tales como Pini, Kammerer, Gasparine). Booth tenía por cómplice á Payne, un verdadero homicida de profesión; y Orsini tuvo por cómplices á dos ladrones.

Sin embargo, preciso es notar que si la anomalía hereditaria provoca una anomalía del sentido moral, también suprime el misoneísmo, ese horror á lo nuevo, que es casi la regla general de la humanidad; así haría de ellos innovadores, apóstoles del progreso, si la educación harto grosera y la lucha con la miseria, de que fueron víctimas todos los anarquistas de Chicago, excepto Pearsón, no les hiciera ser desesperados y rebeldes, impidiéndoles comprender que la humanidad, como cualquiera otra parte de la naturaleza, no puede progresar á galope.

Spies, solamente en su última hora, advierte que la humanidad es misonéica, *esclava de la costumbre,* y lo dice citando los versos alemanes: «*Con gran asombro mío,* he debido comprender que la gran masa de los hombres es rutinaria y llama al *uso* su nodriza.»

Evidentemente, si hubiera comprendido eso desde el principio, no hubiese sido anarquista. Quien estudia como yo los trabajos de los locos, advierte que uno de sus caracteres es la originalidad, enteramente lo mismo que en los genios; solo que la originalidad de los locos (y también de los locos morales, es decir, de los criminales natos) es casi siempre absurda, inútil y hasta peligrosa. Y así es muy á menudo la obra de los anarquistas.

Por eso, yo que soy partidario tenaz de la pena de muerte, no pue-

do aprobar el fusilamiento de los comuneros de París y el ahorcamiento de los jefes de la anarquía de Chicago. Tengo por muy necesario el suprimir á los criminales natos, cuando se ve que, nacidos para el mal, no pueden hacer otra cosa más que el mal; y de ese modo su muerte ahorra muchas vidas de personas honradas. Pero es muy diferente aquí, donde por lo demás, el tipo criminal es menos frecuente que en esos criminales natos.

Aquí hay que considerar también la suma juventud de casi todos (Lingg, veinte años; Schwabe, veintitres; Neebe, treinta y siete), porque en esa edad existe el máximum de audacia y el mínimun de misoneísmo; y me acuerdo de un gran nihilista ruso que me decía que quien en Rusia no es nihilista á los veinte años y ultramoderado á los cuarenta, no es más que un necio.

Si aquí existe la tendencia al mal en una proporción más grande que en las personas honradas, sin embargo, toma una direción altruista y enteramente opuesta á la de los criminales natos. Exige indulgencia y lástima.

Si esa tendencia, asociándose con la necesidad de lo nuevo, que es también anormal en la humanidad se hubiera encauzado bien y no extraviado por la miseria, podría llegar á ser una gran ventaja para la humanidad. Podría trazar la senda nueva y, en todo caso, serle útil practicamente.

Un criminal nato, en un presidio matará á un carcelero, en una colonia se aliará con los salvajes y no trabajará nunca; al paso que los delincuentes políticos en una colonia serán trabajadores, á menudo hasta más útiles que las personas honradas, las cuales son medianías en todo, hasta en el bien.

Luisa Michel (ese ejemplar único que conozco de *mattoide* femenino) había recibido el sobrenombre de «Angel rojo» en Caledonia: tan caritativa enfermera se mostraba allí.

A mi parecer, no debe aplicarse la pena de muerte al delito político. Una idea no se ahoga con la muerte de sus fautores; por el contrario, gana con su martirio si es buena, como sucede en las grandes conspiraciones ó revoluciones. Si la idea es mala queda estéril, como en los anarquistas. Como no puede emitirse un fallo definitivo acerca de grande hombre durante su vida, tampoco una generación, en su efímera vida, puede juzgar con certidumbre acerca de la falsedad de una idea (sea la que fuere) y, por consiguiente no tiene derecho á imponer una pena tan radical como la de muerte á sus secuaces.

Mis estudios acerca de los anar-

quistas de Chicago se ven confirmados por lo que hasta aquí se conoce de Ravachol y sus cómplices.

Lo que á primera vista choca en su fisonomía es su bestialidad. La cara, que presenta una asimetría muy marcada, se distingue por un estenocrotafia enorme y por la exageración de los arcos superciliares; encontramos enseguida la nariz fuertemente torcida á la derecha, las orejas de asa é insertas á diferentes alturas y, por último, la mandíbula inferior gruesa, cuadrada y prognática, que acaba de dar á esta cabeza los caracteres típicos de mi criminal nato.

Añádase un defecto de pronunciación, que se considera como un signo frecuente de degeneración.

En cuanto á su psicología, corresponde en todos sus puntos á las lesiones anatómicas. Alumno de la escuela de primeras letras hasta la edad de quince años, sale ella sin saber casi nada é inepto para practicar los diversos oficios para los cuales se le recluta. Holgazanea, roba y fabrica moneda falsa, desentierra un cadáver para despojarle de las alhajas. Después mata á un anciano ermitaño de noventa años para apoderarse de su dinero.

Por aquella época igualmente quiso matar á su madre y abusar de su hermana.

No le falta la herencia morbosa; su abuelo *Konigstein* y su bisabuelo murieron en el patíbulo, reos de asesinatos, incendios, etc. Su cómplice Simón no tiene un pasado tan terrible, pero aún es muy joven y toda su fisonomia recuerda el tipo criminal: tiene orejas de asa, asimetría de la cara y prognatismo.

II

TIPO DE CRIMINAL NATO

Una aplicación aún más directa y más práctica es la que hace servir el conocimiento del tipo para la revelación del autor de un crimen; en efecto, el tipo suministra un indicio tanto más precioso cuanto que no puede alterarlo ningún disimulo y se conserva durante toda la vida y hasta después de la muerte. Así hemos podido por el cráneo juzgar del tipo criminal de Sesostris, que era casi un ser mitológico, y encontrar caracteres degenerativos en la cabeza de Carlota Corday, á quien sin embargo debe admirarse como una heroina. Y justamente porque ese tipo no existe en todos los criminales, sino solo en la gran mayoría (95 por 100, según parece) de los criminales natos, es por lo

que, cuando se asocia con las anomalías funcionales y psíquicas, da casi la certeza de la inclinación al crimen, y hasta la del crímen ejecutado. En mi práctica he recogido ya buen número de casos (1).

La Sra R..., gentil persona, hacendosa, sin procedentes anormales, fué arrojada un día desde la ventana de un piso tercero. Durante la caída, lanzó un grito terrible; por lo demás, no pudo creerse en un suicidio porque siempre había sido muy arreglada en sus costumbres. Tenía un rostro muy normal, sin ninguna herencia morbosa; maltratada á menudo por su marido, le perdonaba y lloraba.

Por el contrario, su marido, R..., que había padecido convulsiones epilépticas y vértigos, y que présentaba anomalías degenerativas en muy gran número, fué objeto de la sospecha de que la había arrojado por la ventana. Presentaba el apéndice lemúrico de la mandíbula inferior, oreja sesil, bicromatismo del iris, oxicefalia, protuberancias frontales muy desarrolladas, carencia de barba, sensibilidad dolorosa muy obtusa (2mm,4 en el lado derecho, 3mm en el izquierdo), sensibilidad rápida muy obtusa (números 6 y 7 de la solución estricnica), una precocidad sexual enorme (á la edad de ocho meses tuvo erecciones que pusieron en la necesidad de destetarle); tambien se notaba en él una agilidad extraordinaria, terrores nocturnos, inteligencia regular pero con distracciones é incapacidad de fijar la atención; su afectividad era muy obtusa; decía adorar á su madre y la pegaba; se había comido casi por completo su patrimonio con una mujerzuela á quien más de una vez amenazó con el revólver, y su mujer había sido maltratada muchas veces por él, incluso el mismo día de su muerte. Este día habíala escrito, con letras grandes: «Ya no me amas.» Días antes la había amenazado con tirarla á un abismo.

En el día y hora de la muerte de su mujer, después de una disputa, había entrado con ella en su alcoba. Cuando cayó sobre las losas, salió él; y aun sabiendo el estado á que quedó reducida, no se volvió para cuidarla, y regresó á su casa pretextando que no sabía nada. Pretendió más tarde que se había arrojado por la ventana después de haberle dicho: *Si continúas así me mato;* y que, por única respuesta, la había contestado: *Si es así, hazlo.* En la cárcel aumentó de peso en pocos días cuatro kilogramos; habló cínicamente de sus amores con su mujer. Al salir de la cárcel (en

(1) *Scuola positiva*, Mayo de 1892. *Archivio di Psichiatria*, 1887, 1889 y 92.

libertad provisional,) se paseó por las calles como si nadă hubiera sucedido; y el día que menos lo pensaban, se escapó con una joven soltera á quien había violado.

De estos hechos deduje que era él quien había tirado á su mujer por la ventana, y demostré que era inadmisible la hipótesis del suicidio.

Besson, famoso ladrón, había sido detenido, acusado de un robo de 10000 francos hecho por el método del manguito (manos artificiales que se ponen en evidencia, mientras que se trabaja con las manos verdaderas) en un vagón. En la cárcel rehusaba los alimentos diciendo que estaban envenenados, y gritaba contra enemigos imaginarios. Sospechando la simulación, le sometí al platismógrafo y al hidrosmógrafo de Mosso; como había una reacción muy grande de descenso cuando le decía yo que los jueces iban á entrar en su aposento, y como las orinas no presentaban ningún cambio en comparación con la de los días en que estaba tranquilo, mis conclusiones fueron por la simulación. Pero, hubo más. Sabía yo que había cometido otros dos robos de dinero en una casa, merced á un falso pasaporte que había fabricado y que se le encontró encima. Pues bien, renovando las pruebas con el platismógrafo, no observé ninguna reacción al hablarle del robo del manguito, al paso que se producía una gran reacción cuando le hablaba de los otros robos. Deduje en seguida que no había cometido el primer delito de que se le causaba, sino los otros dos, y se lo escribí al juez. Este se quedó absorto al ver confirmadas por documentos oficiales mis conclusiones.

María Galluci, de edad muy avanzada, encontróse muerta en su lecho, con la cabeza bajo la almohada y con sangre en la nariz. La autopsia reveló los signos de una violenta asfixia.

Tenía dos hijos interesados en su muerte, puesto que eran sus herederos y porque querían impedirla que colocase su fortuna en renta vitalicia, lo cual deseaba hacer ella por aquel entonces. La noche del asesinato, unos vecinos habían visto á Miguel, el hijo mayor, entrar en la casa de ella.

Pues bien; del examen antropológico que hice de los dos hermanos resultó que Félix, el menor (que, por otra parte, no había cometido ningún crimen y sólo era sospechoso de ser cazador furtivo), no presentaba ningún signo de los caracteres criminales; Miguel, por el contrario, tenía enormes mandíbulas, grandes protuberancias frontales, obtusismo para el dolor, labio

superior muy delgado, tacto obtuso (cuatro en el lado derecho, dos en el izquierdo), sin duda con zurdismo sensitivo. La capacidad del cráneo era superior á la normal (1.620 cen. cúb.). Afectaba un gran cinismo en sus respuestas. Declaré, pues, que con la mayor probabilidad Miguel debía ser el más sospechoso de los dos hermanos. En efecto, de las declaraciones dadas en el proceso resultó que había estado tres veces en la cárcel por golpes y heridas; pocos días antes, jugando con una mozuela, la había apretado el cuello diciéndola: *No juegues mucho conmigo, pues para mí no es nada matar á una persona y estrangularla como lo he hecho con mi madre.* Esto era la jactancia imprevisora del criminal; en seguida la amenazó con matarla, si hablaba de ello. También pudo comprobarse que en un contrato reciente había hecho incluir una cláusula de rescisión para el caso de encarcelamiento, que, efectivamente, ocurrió algunos días después.

Félix fué absuelto. Miguel fué condenado y confesó en seguida su crimen. Aquí, los datos antropológicos se habían anticipado con mucho á los testigos oculares.

III

CÓDIGOS

Se nos acusa de no haber hecho triunfar nuestras ideas en el nuevo Código italiano, y es verdad; pero no es de extrañar en un país en que todas las ideas nuevas, políticas, económicas, científicas, tienen sumo trabajo en penetrar,—donde se nace clásico, académico, casi tanto como en Francia.—Pero, quizá no sepan en el extranjero que los únicos sabios que han visto en seguida y señalado las faltas del nuevo Código han sido los antropólogos criminalistas; lo cual manifiesta otro aspecto de las aplicaciones de nuestra ciencia (1).

Este nuevo Código es el resultado de cerca de treinta años de estudios teóricos de los mejores criminalistas italianos. Por eso, al publicarse, pareció una maravilla jurídica, pero era una obra teórica, en la cual se había estudiado el crimen sin estudiar ni de lejos el criminal,

(1) *Troppo presto*, por Lombroso, 1889. *Appunti al nuovo Codice*, por Lombroso, Ferri, Garofalo, Balestriani, Olivieri, Rosi; Torino-Bono, 1890. *Commenti al nuovo Codice*, por Majano, Verona, 1891-92.

sin tener siquiera presentes las observaciones más seguras.

Por eso ha recibido los unánimes elogios de los criminalistas teóricos de toda Europa; pero una sola semana de examen ha bastado á los antropólogos criminalistas para demostrar sus defectos. En seguida se ha visto cuán absurda era, en un país tan desigual geográficamente como Italia, la unificación de las penas y de los delitos, cosa de que se le hacía un mérito. Es un absurdo, por ejemplo, imponer la misma pena á un delito contra las costumbres en los países insulares, donde son una excepción. Peor aún era la unificación de la acción criminal, sin tener en cuenta los hábitos y las intenciones de los criminales. Castigábase así á personas honradas, impelidas por una pasión grande y hasta noble, con la misma pena que á gentes malas de remate; se castigaban enormemente y con gran ventaja de los abogados los delitos pequeños, al paso que á los grandes culpables se les concedían todas las atenuantes. Multiplicábanse las penas pequeñas, y se abolía la única pena que puede librar de los criminales natos á las sociedades, la pena de muerte.

Al cabo de tres años, la opinión pública ha dado la razón á todos esos críticos.

César Lombroso.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Fiestas en América. —Monumentos en el Río de la Plata y en Bogotá. —Antologías. —Academias. —Los niños en el Centenario. —Precocidad. —Joyas y champagne. —Siguen las carabelas navegando por el mar literario. —Libros portugueses. —Cómo llegó Colón á Lisboa y lo que allí hizo. —Descubrimiento del Brasil. —La condesa de Lemos. —Investigaciones de españoles. —Idem de italianos. —El virrey del Canadá. —En todas partes cuecen habas, adagio traducido al francés. —Un favor y un disfavor. —Obra inglesa.

Aún nos trae el eco alegres sones de las fiestas con que al mismo tiempo de las nuestras se solemnizó en tierras lejanas el suceso final del siglo XV. Aún aportan los vapores trasatlánticos mensajes de felicitación y testimonios de simpatía por complemento de los que han de formar armónico conjunto para enseñanza de edades futuras.

Del Río de la Plata vienen entusiastas descripciones del empleo que se dió al 12 de Octubre, haciendo noble figura el crucero español allí estacionado, que á las circunstancias de nacionalidad y representación amistosa unía la de nombrarse *Colón*. Dignóse visitarlo el magistrado supremo de la República, dispensando á la oficialidad honrosas distinciones.

Refieren los periódicos de qué modo, por decisión del Instituto geográfico argentino y suscrición nacional, se puso en Buenos Aires la piedra fundamental de un monumento dedicado al Almirante de las Indias, honrándolo por de pronto con medalla de bronce grabada por los Sres. Gottuzo y Terrarosa, en cuyo anverso el busto, levantado por el genio de la navegación, es coronado por la República. En el anverso sostiene un águila cartela adornada con ramas de palma y roble, y se lee: *Cristóbal Colón, descubridor de América.— El pueblo argentino conmemora su cuarto centenario*, 12 *Octubre* 1892.

Este día circuló un impreso con poesías, dibujos y menciones de los literatos y artistas más populares, titulado *Homenaje á Colón* (1). En el pueblo de

(1) *Homenaje á Colón. Número único*, Director literario, R. Monner Sans; Director artístico, V. Nicolau Cotanda. Fotograbados de Emilio A. Coll y Compañía. Impreso por Jacobo Peuser. Buenos Aires, 16 págs., gran folio.

Chilvicoy se inauguró otro monumento con estatua semejante á la de Suñol en el obelisco de Madrid. Termina la alocución de la junta constructora con estas frases:

«El noble é hidalgo pueblo de Chilvicoy, en el cuarto centenario del descubrimiento de América, se inclina respetuoso ante tan grande y glorioso acontecimiento, sintiéndose lleno de júbilo por haber contribuido en la esfera de su poder, á erigir el monumento que hoy entrega á la posteridad, y que llevará á las generaciones futuras el recuerdo de los esfuerzos realizados para dar forma plástica á un pensamiento noble y generoso, que llevando en sí la savia del progreso y de la civilización, se impuso al pueblo, que, aunque tarde, reconoció la deuda sagrada contraída con el prócer ilustre, que como si en sí hubiera llevado el germen progenitor de la grandeza humana, en cada paso y en cada ola que sus naves surcaban, abría un nuevo horizonte y un campo vastísimo para que el hombre perfeccionase su entendimiento.»

No han desmerecido los festejos de Colombia en la comparación con otros, ya se juzguen por los espectáculos, ya por las producciones de la inteligencia en cualquiera de sus testimonios. Imponente ha sido la procesión cívica con carruajes simbólicos; solemnes los actos de fundación del monumento al gran marinero, y del hospital nombrado de *Isabel la Católica* que con la glorificación crea un establecimiento de utilidad práctica permanente y de cristiano alivio á la indigencia; noble y justo el homenaje á Gonzalo Jiménez de Quesada, conquistador del territorio, fundador de Bogotá,

> «Que no tenía menos de letrado
> Que supremo valor en el espada.»

según escribió Juan de Castellanos. Guardan ahora sus cenizas los mármoles de un cenotafio digno y guardarán en la memoria sus merecimientos los que lean el *Ensayo biográfico*, formado por el Dr. D. Pedro M. Ibáñez, con ampliación de las noticias conocidas.

La literatura colombiana, eminente por obras señaladas, se ha enriquecido con las del Centenario, sobresaliendo la antología poética publicada por don Ignacio Borda con nombre de *Apoteosis de Colón*. Otras se han concluido (1) ó se van concluyendo con frutos del Centenario mismo, por todas partes ubérrimos (2).

---

(1) *Antología ecuatoriana. Poetas.* Quito, Imp. de la Universidad Central, 1892, 4.°, 685 páginas.

(2) *Colón, América, Medellín*, por Manuel Uribe A. 12 de Octubre de 1892. Medellín, Imp. del Departamento.

A Colón. Oda de D. Delio Moreno Cantón, premiada en el certamen literario abierto por el Liceo de Mérida (Yucatán) en celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América.

Cuarto Centenario de Cristóbal Colón. Colombia, por José G. Clavero, demógrafo americano. Lima, Imp. de J. Francisco Solís, 1892. 4.°, 28 págs.

Cristóbal Colón ó el descubrimiento del Nuevo Mundo. Ensayo épico escrito por el licenciado Rafael Gómez. Méjico, 1892.

Monumentos patrióticos de Bogotá, su histo-

Con mucha facilidad podría ordenar aquí antología especial nueva la señora Pardo Bazán si, como se susurra, se ha encargado de examinar los sonetos que optan al premio ofrecido por el Sr. Vizoso al mejor en que se enaltezca el desprendimiento de la Reina Católica en obsequio de la empresa de Colón, pues hay noticia de haberse presentado cuatrocientos (1), cifra que algunos íntimos duplican. De cualquier modo van á subir de precio las joyas de Doña Isabel, de las que ya existe ensayo de Colección de poesías (2).

Otra colombina de poetas religiosos contiene una Revista de esta corte (3) y aun se tendría la que pudiera entenderse infantil sin más que dar á la imprenta las composiciones en cinco lenguas leídas en la *Academia poética que en el IV Centenario del descubrimiento de América celebran* (celebraron) *los alumnos de la clase de Retórica del Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo, en Chamartín de la Rosa, el día* 29 *de Noviembre de* 1892, *á las dos de la tarde.*

Presidió el acto el señor obispo de Madrid y asistió escogida concurrencia que aplaudió la soltura y gracia de los niños. Suprimiendo sus nombres, esperanzas de la patria, copio del lujoso programa, impreso en rojo y negro, con portada elegante cromolitografiada la indicación.

Discurso preliminar.—El Genio inspirado, alejandrinos.—El Genio despreciado, romance heroico.—La Religión y la Ciencia, narración castellana.—Las persecuciones, oda latina.—Isabel la Católica y Colón, narración castellana.—Los compañeros del marino, versos griegos.—Partida del puerto, balada castellana.—En el Océano, oda castellana.—Presagio feliz, serventesios.—Heroísmo de Colón, silva castellana.—A vista de América, alejandrinos.—Llegada al Nuevo Mundo, serventesios.—Himno á la América, oda francesa.—Un triunfo de la fe, versos ingleses.—La nación heroica, oda castellana.—Vuelta de Colón, fantasía.

Tendríase con la divulgación de estas composiciones privadas una historia poética completa del descubrimiento, como se tiene en prosa, por la aso-

---

ria y descripción. Partes una y dos, por Ignacio Borda. Bogotá, 1892, 4.°, 245 págs. Retrato de Quesada y 12 láminas.

Las primeras tierras que vió Colón al descubrir el Nuevo Mundo, por Francisco Vidal Gormaz. Santiago de Chile, 1892, 8.°, 34 págs. y mapas.

La Imprenta en el antiguo Virreinato del Río de la Plata, por José Toribio Medina. Tercera parte de los *Anales del Museo de la Plata*, publicados bajo la dirección de Francisco P. Moreno. Buenos Aires, 1892, fol.

(1) *La Epoca*. Madrid 2 de Diciembre, 1892.

(2) Por el que suscribe, en el libro titulado *Tradiciones infundadas*.

(3) *A Cristóbal Colón*, la *Revista Calasancia*, dirigida y redactada por PP. Escolapios. Madrid, Octubre, 1892. Contiene: *Colón*, poema de D. Andrés Casado —*A Colón*, oda de D. Hermenegildo Torres.—*Primera visita de Cristóbal Colón al convento de la Rábida*, romance, por D. José Felis.—*Colón y los Pinzones*, romance por D. Francisco Jiménez Campaña.—*A Colón*, soneto, por D. Hermenegildo Torres.

ciación de la niñez á la manifestación general (1).

Con posterioridad á la Academia de Chamartín, no ha habido más ceremonias que las del banquete y sarao, organizados en el local de la Exposición histórica por los delegados americanos, asistiendo al primero el Gobierno y el cuerpo diplomático, honrando el baile la infanta doña Isabel en representación de la Reina Regente, y resultando, como era de esperar, fiestas suntuosas y agradabilísimas, en albricias del éxito alcanzado con la reunión de objetos de arte del siglo XV en los dos mundos al ponerse en contacto, hasta ahora no comparados de una manera tan completa.

Estas expansiones, seguidas de festines particulares en las embajadas, barruntan el fin de las solemnidades públicas; la despedida y marcha de huéspedes ilustres que han prolongado la estancia en Madrid, tomando parte activa en los trabajos intelectuales y conquistando nuestro afecto. Por acuerdo de la comisión ejecutiva de Huelva, los representantes americanos llevarán por memoria las banderas de sus estados respectivos que se arbolaron en la altura del convento de la Rábida, al lado del soberbio monumento nuevo, y fueron saludadas por las escuadras del mundo moderno, cuando ante ellas desfilaban las carabelas simbolizando al mundo antiguo.

A propósito de estas embarcaciones, se ha publicado un opúsculo queriendo demostrar, contra los datos aducidos en la justificación de los constructores, que carabela era y no nao la que rigió el caudillo del descubrimiento (1), opinión opuesta á las declaraciones de Colón mismo y que indirectamente contradicen referencias en que se buscaba apoyo. Una es el escrito que acompaña al precioso modelo de la *nao* de Vasco de Gama enviada á la Exposición por el Gobierno de Portugal (2); otras los estudios de más importancia con que la misma Exposición se ilustra (3).

---

(1) *Historia de Colón escrita é ilustrada por niños de nueve á once años.* Barcelona, 1892.

(1) *La Carabela Gallega ó Santa María ó la nao Capitana de Colón*, por D. Pelayo Alcalá Galiano. Madrid, 1892. Tip. de Ricardo Alvarez, 4.°, 32 págs.

(2) *Noticia sobre a nao San Gabriel em que Vasco da Gima foi pela primeira vez a India,* por A. A. Baldaque da Silva, capitao-tenente da Armada e engenheiro hydrographo. Lisboa. Tip. da Academia Real das Sciencias, 1892 8 °, 22 págs. Con planos y fotografía del modelo.

(3) *Commemoraçao da descoberta da America. Estudos sobre navios portuguezes nos seculos XV e XVI*, por Henrique Lopes de Mendonza, capitao-tenente da Armada. Lisboa. Tip. da Academia Real das Sciencias, 1892. 4.°, 119 págs. Con grabados.

Centenario de Colombo. Os navios de Vasco da Gama, por Joao Braz d'Oliveira, capitao-tenente da Armada. Lisboa. Tip. da Academia Real das Sciencias. 1892, fol. 28. Con grabados.

A construcçao naval em Portugal. Consideraçoes sobre o seu passado e o seu futuro, por Bernardino Varela. Porto, 1892.

Son pertinentes al asunto *Citazioni giustificative per la riconstituzioni dei modelli delle caravelle* Niña *e* Pinta *e della nave* Santa María, *desunte dall Arte nautica á tempi di Colombo*, da E. A. D'Albertis. Génova, Istituto Sordomuti. 1892. 8.°, 12 págs.

La cita trae aparejada la obra del Sr. Pinheiro Chagas, anunciada en el Congreso de americanistas de Huelva y ya en manos de los estudiosos (1). Corresponde á las esperanzas que había despertado la enunciación y á las insignes condiciones del autor, anteriormente mostradas en trabajos de la materia (2). Trata profundamente de los problemas geográficos del siglo XV, fijando la idea imperfecta que de la figura de la tierra había formado el navegante de Liguria. Analiza las relaciones de éste con el rey D. Juan II, perseverante en el empeño de llegar á la India por el Sur de Africa con sus propios bajeles, pero dispuesto á favorecer los intentos de los azorianos y maderenses en exploraciones hacia el Oeste, por lo cual es de admitir que lo mismo que á otros favoreciera á Colón si hubiera querido armar expediciones á su costa ó asociarse con capitalistas á cuyo cargo fueran; mas como no era tal su propósito, las condiciones inadmisibles que insinuaba, y no otra cosa, hicieron fracasar sus proyectos.

Piensa el Sr. Pinheiro Chagas que fué venturoso para el mundo que fuera pobre Colón y no buscara ó encontrara asociado con dinero, porque en este caso, al transcurrir los días de navegación sin dar con la tierra, la perspectiva de acrecer los gastos y de perder el capital hubiera acaso influido para el abandono de la empresa. Era necesario para lograr la obra grandiosa que en ella se empeñara la honra de una nación, como al fin sucedió.

«Hay por naturaleza—dice el autor—dos especies de organismos entre los hombres de más alto vuelo: los desequilibrados y los equilibrados. A la primera pertenecía Cristóbal Colón; á la otra Don Juan II. Era este rey uno de esos espíritus enérgicos perfectamente asentados, que tienen la perspicacia, la fortaleza, las ideas del arrojo, mas nunca desmandadas; espíritus capaces de formar y desenvolver serenamente un plan, afeccionando y acogiendo las innovaciones, mas no sin sujetarlas al criterio de su buen juicio. Los hombres de esta especie acometen empresas atrevidas, pero calculadas, sin entregarse nunca á los irreflexivos caprichos del azar. No les asusta el peligro; afróntanlo cuando es necesario, con todo, no lo buscan por fanfarronadas de caballeros andantes...

»Hoy que el éxito muestra la razón de Colón, imaginan muchos que sólo un espíritu rutinario podría desechar sus teorías; examinándolas es como se comprende que los entendimientos positivistas no las aceptasen.»

En dos puntos solos disiente mi pobre opinión de las que con tanta claridad y galanura desenvuelve el señor Pinheiro Chagas. Procura probar que la recalada de Pedro Alvarez Cabral al Brasil fué intencionada, registrando

(1) *Os descobrimentos portuguezes e os de Colombo. Tentativa de coordenaçao historica*, por Manuel Pinheiro Chagas, secretario geral da Academia Real das Sciencias de Lisboa. Lisboa. Tip. da Academia, 1892. 8.°, 244 págs.

(2) *A descoberta da India contada por um marinheiro*. Lisboa, 1891.

indicios por los que se piensa que, á pesar de las precauciones del Gobierno español, iban clandestinamente buques portugueses á reconocer los mares de Occidente. A mí me parece que la vista de las tierras en que había estado Vicente Yáñez Pinzón fué de todo punto fortuita é impensada, por razones científicas que tengo escritas (1) y porque las instrucciones que Alvarez Cabral recibió las confirman, mientras no parezca la parte que el Sr. Pinheiro presume que falta en ellas.

Apoya asimismo mi juicio la discusión abierta en el Instituto Histórico Geográfico del Brasil, por iniciativa del emperador Don Pedro I, discusión que yo no conocía y de la que el autor nos dice que en memorias escritas por Machado de Oliveira y por Gonsalvez Días se sustentó la casualidad del descubrimiento contra la tesis contraria de Joaquín Norberto. También la ampara el nuevo estudio sobre los navíos de Vasco de Gama por el Sr. Braz d'Oliveira.

El otro punto se refiere á la veracidad de las relaciones ó cartas de Américo Vespuccio; me inclino más á lo que de este florentino sentía el vizconde de Santarem.

De la opinión del Sr. Pinheiro Chagas, relativa al descubrimiento de las tierras de la Vera-Cruz, Santa Cruz ó Brasil, participan otros dos escritores portugueses, Teixeira de Aragao y Baldaque da Silva, según los escritos comprendidos en las *Memorias da Commissao Portugueza* (1), destinadas á la celebración del Centenario, obra que abraza también los estudios de naos antes citados, porque separadamente se han impreso; obra importante, de estudio y enseñanza, de belleza tipográfica, digna por todo del concepto de la Real Academia de Ciencias de Lisboa, que la ha preparado y dirigido, y que no es, sin embargo, la única debida á la iniciativa del Gobierno portugués, acrecentada con colección de documen-

(1) En el libro nombrado *Nebulosa de Colón.*

(1) *Centenario do descobrimento de America. Memorias da Commissao Portugueza.* Lisboa, Tip. da Academia Real das Sciencias, 1892, fol., con grabados y facsímil. Comprende:

A Commissao portuguesa da Exposiçao colombina, por Joaquín de Araujo, 19 p.

Centenario da discoberta da America, por Theophilo Braga, 19 p.

Breve noticia sobre o descobrimento da America, por A. C. Teixeira de Aragao, 80 p.

Catalogo dos objetos de arte e industria dos indigenas da America que pelas festas commemorativas do cuarto Centenario da sua descoberta a Academia das Sciencias de Lisboa envia a Exposiçao de Madrid, por A. C. Teixeira de Aragao, 44 p.

Estudos sobre navios portugueses nos seculos XV e XVI, por Henrique Lopes de Mendonça, 119 p.

Memoria sobre a residencia de Christovam Colombo na ilha da Madeira, por Agostinho de Ornellas, 11 p.

Os navios de Vasco da Gama, por Joao Braz d' Oliveira, 28 p.

O descobrimento do Brasil, por Pedro Alvares Cabral. Memoria de A. A. Baldaque da Silva, 16 p.

Carta de el Rey D. Manuel ao Rei Catholico narrando-lhe as viagens portoguezas a India desde 1500 *até* 1505. Reimpresa sobre o prototypo romano de 1505, vertida em linguagem e annotada por Próspero Peragallo. Seguem em appendice a Relaçao analoga de Lunardo Cha Maeser e dois documentos de Cantino e Pasqualigo, 104 p.

tos del archivo nacional de la Torre do Tombo con muchas reproducciones en facsímil, encomendada á una comisión que presidió D. José Ramos Coelho (1).

Hay entre las cartas una cuyo contenido nos dió á entender no ha mucho el Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada (2), y que así por tratar de libro de Colón, desconocido, como por andar faldas en el negocio de aprovecharlo, no descontentará copiada. Dice:

«Senhor. Porque nom sey se seraa dada a Vosa Alteza hua carta mynha, em que lh escrevya que me ficavao treladando hum lyvro do almyrante das Indias que fezera Dom Cristovao Colon, seu pay, das demarcaçoes dos mares e terras de Vosa Alteza e os de Castela, lh o torno a escrever agora; e o lyvro, ja o tenho mandado a Vosa Alteza. E, ajuda que aquy lo nom séja verdade, como me parese, todavya devyo (sic) o Vosa Alteza de mandar ver por cosmografos, porque tanbem os teologos vem o Alcorao. A condesa de Lemos m o mandou treladar, e estorvou que nom se entregase ao Conselho das Indias, que o pedya muy apertadamente ao almyrante, que he seu sobrinho e muyto seu amigo de ella. E o lyvro vae conçertado pór mym e o propeo, que fica em poder da condesa, pera se nom poder fazer d ele nada, senao o que for servyço de Vosa Alteza; e mais anda me sabendo, por via do almyrante, em que asentaarao aqueles cosmografos que se aquy ajuntaarao, sobre que Vosa Alteza me escreveo. E quem tem este zelo, e deseja tanto de o servyr, parese que lhe divera Vosa Alteza de fazer a merse que lhe pedya; que asi me salve Deus, que soo por quem ela he, sem estoutras cyrcunstancyas que importao muyto, lh a ouvera Vosa Alteza de fazer; e ela estaa muy desconsolada, por lh a Vosa Alteza negar; e nao creo que por yso deyxaraa de o servyr. Noso Senhor a vida de Vosa Alteza com muyta saude e seu estado real guarde e prospere por muytos anos, pera seu sevyço. De Valhadolyd, a vynta cynco de Novenbro (1554). Beyjo as reaes maos de Vosa Alteza.—Dom Duarte de Almeida.—A El Rey noso Senhor.»

Se ha dicho que D. Adriano de Oliveira, literato portugués asimismo, ha dedicado á la Reina Regente un *Elogio de Cristóbal Colón*, escrito en prosa y verso, pero no en la lengua de Camoens, en francés (1).

---

(1) Alguns documentos do Archivo nacional da Torre do Tombo acerca das navegaçoes e conquistas portuguezas, publicados por orden do Governo de Sua Majestade Fidelissima ao celebrar se a commemoraçao quadicentenaria do descobrimento da America. Lisboa, Imprensa nacional, MDCCCXCII, fol. 551 p.

(2) *Menudencias historiales. Un libro del primer Almirante del Océano.*

(1) Todavía son de citar las obras siguientes, presentadas en la sección portuguesa de la Exposición Histórico-Americana, entre otras varias:

Esmeraldo de Situ Orbis, por Duarte Pacheco Pereira. Ediçao commemorativa da descoberta da America por Christovam Colombo no seu quarto Centenario, sob a direcçao de Raphael Eduardo de Azevedo Basto. Lisboa, 1892. Con facsimiles e chromos.

A Muiher de Colombo, por Nicolau Florenti-

La imprenta española ha escaseado este mes las producciones colombinas, y aun las más generales de Centenario; hay, no obstante, algunas de utilidad, como la que se debe á los Sres. D. José Sancho Rayón y D. Cristóbal Pérez Pastor, extraída de los papeles del fecundísimo relator del Consejo de Indias, don Antonio de León Pinelo. Reune noticias cronológicas de los presidentes, consejeros, fiscales, secretarios, relatores, contadores, cronistas, cosmógrafos y aun alguaciles y porteros, desde 1493 á 1645, con notas de efemérides y de decisiones importantes, componiendo un librito de consulta indispensable á los que manejen documentos del archivo de Indias (1).

Las hay de resumen (2); algunas, ya juzgadas, responden á la demanda de los suscritores (3), y en este número se cuenta el informe que leyó á la Academia de la Historia el Sr. Altolaguirre, examinando sucesos oscuros de la vida de Colón (1). Expone que debe entenderse fueron catorce meses los tantos años que, según el P. Las Casas, importunó al rey de Portugal con sus pretensiones; que la campaña en favor del rey Renato para prender la galeaza *Fernandina*, á que hacía referencias el Almirante en carta enviada á los Reyes Católicos por Enero de 1495, no fué cuando se trataba de reponer á aquel príncipe en el trono de Nápoles, ó sea el año 1459, en que tenía Colón pocos para confiarle el mando de un bajel, sino en 1472, al tiempo que los catalanes sublevados eligieron por conde de Barcelona al mismo Renato de Anjou, fué sitiada la ciudad y auxiliada por mar con barcos genoveses. Por último, que el 13 de Agosto de 1476, no lejos del Cabo de Santa María, hubo combate naval entre las naves portuguesas, apoyadas por las del corsario francés Cullan ó Colón, y cuatro genovesas, y abiéndose aferrado, se incendiaron, pereciendo mucha gente y salvando los vecinos de Lagos, testi-

---

no (Antonio María de Freitas). Lisboa, 1892.

Christovam Colombo, poesía por Mariana Belmira de Andrade.

Nova Alvorada. Villa Nova de Famaliçao-Portugal. Homenagem a Christovam Colombo, no IV centenario da descoberta da America. Director Sousa Fernandes.

Cartas de Americo Vespucio a Pedro Soderini, feitas por ordem do rei de Portugal. *Collecçao de noticias para a Historia e Geographia das naçoes ultramarinas que viven nos dominios portuguezes.* Siete tomos.

(1) *Tablas cronológicas de los Reales Consejos Supremos y de la Cámara de las Indias Occidentales D. O. C. al Rey nuestro Señor en sus Reales Consejos de las Indias*, el licenciado Antonio de León Pinelo, relator del Supremo dellas. Madrid, tip. de Manuel Ginés Hernández, 1892, 8.°, 55 págs.

(2) *España.—Impresiones de un viajero hispano americano en las fiestas colombinas.*

(3) *Biblioteca de la mujer.* Tomo V. *Historia de Isabel la Católica*, por el Barón de Nervo, y *Elogio de la misma*, por D. Diego Clemencín. Madrid, 1892, 8.°

(1) *Llegada de Colón á Portugal.—Informe leído en la sesión del 4 de Noviembre de 1892 en la Real Academia de la Historia, y que por acuerdo unánime de la misma se insertó en su Boletín*, por Angel de Altolaguirre y Duvale, oficial primero del Cuerpo Administrativo del ejército, licenciado en derecho civil y canónico, correspondiente de la Academia de la Historia. Madrid, imp. del Cuerpo Administrativo, 4.°, 19 págs.

gos del encuentro, ciento cincuenta náufragos, entre los cuales es de presumir estaba Cristóbal. La fecha de la llegada á Portugal, que es dato importante, quedaría con esto ratificada, y en tal caso se acredita la opinión del Sr. Cesare de Lollís, de que allí tuvo noticia de las cartas de Toscanelli, iniciador del pensamiento de alcanzar el Levante por el Poniente. El razonamiento del Sr. Altolaguirre es de tal solidez y se funda en datos históricos tan seguros, que ha de ser muy difícil disputarlo.

Del Sr. D. José Silverio Jorrín antiguo escritor colombino, tenemos una conferencia, amena, erudita, instructiva como todas sus labores literarias (1), y, permitido me es afirmarlo, porque no acepta alguna de mis opiniones ni las de otros que han ocupado la cátedra del Ateneo. Entre sus curiosas noticias las hay de dos obras americanas que siguen la corriente moderna de investigación de la verdad con desdén de toda afirmación no comprobada con documentos (2).

De D. Manuel Sanguily es otra conferencia elocuente, erudita también, y más entusiasta que la anterior, aunque lo sea mucho, de la grandiosa figura de Colón (1). Lícito me es, asimismo, encomiarla, disintiendo de los razonamientos y apartándome en todo de las conclusiones, que se salen del marco de la historia.

Al Dr. D. Joaquín Olmedilla debemos una monografía del médico de Colón en el segundo viaje, físico y naturalista poco conocido (2).

Aún no han llegado las tareas de la *Raccolta* oficial italiana, si bien aumentan las publicaciones varias de aquel país (3), y también las de Fran-

(1) «El Descubrimiento de América», conferencia leída en la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de la Habana, la noche del 11 de Octubre de 1892, por su presidente D. José Silverio Jorrín. Habana. Tip. «La Especial», 1892, 8.°, 27 p.

(2) *Christopher Columbus* (1436-1503) *and the Discovery of the New-World*, by Charles Kendall Adams, president of Cornell University. New York, Dodd, Mead and Company.

The Career of Columbus by Charles Elton, M. P. New York, Cassel publishing Co. 12.°

(1) Manuel Sanguily. *El Descubrimiento de América. El IV Centenario: Elementos mentales y sociales que determinan la obra y el carácter de Cristóbal Colón, conferencia pronunciada en «La Caridad» del Cerro la noche del* 30 *de Octubre de* 1892, *en la velada conmemorativa del IV Centenario*. Habana. Imp. «La Moderna», 1892, 8.°, 57 p.

(2) *Breves consideraciones históricas acerca del médico español de los siglos XV y XVI doctor Alvarez Chanca*, por el Dr. D. Joaquín Olmedilla. *Oportuno recuerdo dedicado al ilustre médico que acompañó á Colón en su segundo viaje á América en* 1493. Madrid, 1992, 4.°, 28 p.

(3) *A Cristoforo Colombo nel quarto Centenario della scoperta dell America. Inno*, per Guiseppe Migone, Génova, 1892, 8.°, 16 p.

Cristoforo Colombo. Carme con note i lustrative, per G. B. Cisotti. Venezia. Tip. «Istituto Coletti, 1892, 8.°, 16 p.

Cinque salmi in onore di Cristoforo Colombo nel IV Centenario della scoperta dell'America, per Ugo Nomi Venerosi Pesciolini. Siena. Tip. S. Benardino, 1892, 8.°, 28 p.

Cantica pel IV Centenario della scoperta dell, America, per Nicola Cieri. Casalbordino. Tip. de Arcangelis, 1892, 16.°, 32 p.

Cristoforo Colombo. Orazione detta il 12 *Octobre* 1892 *in Genova nel salone del palazio ducale*, per Ant. Emilio Barrili. Génova. Tip. dell' Istituto Sordomuti, 1892, 8.°, 20 p.

cia (1). La que la sociedad histórica de Compiegne ha dedicado al Congreso internacional de Americanistas celebrado en la Rábida, contiene un estudio documental del primer virrey francés del Canadá, muy oportuno y de lección comparativa interesante (2).

Conocidas en la corte del rey Francisco I las conquistas que iban extendiendo los españoles por las tierras descubiertas en el Oeste, la relación de las expediciones hechas por Cartier con dos buques de 60 toneladas y 122 hombres, habiendo reconocido las costas de Terranova, Canadá y río San Lorenzo en los años 1534 á 1436 impresionaron profundamente, haciendo concebir esperanzas de tropezar con algún imperio parecido á los de Motezuma ó de Atahualpa, toda vez que Cartier, lo mismo que Colón y los que le siguieron, creía haber tocado en el continente asiático, no lejos de la China.

Un magnate de aquella corte, el señor de Roberval, se brindó á colonizar en la región de Cartier, empresa que el rey alentó con privilegios y concesiones calcadas sobre las de la corona de Castilla. Roberval obtuvo título de virrey del Canadá con facultad de elegir en Francia y tomar á sueldo capitanes, pilotos, marineros y soldados, con jurisdicción civil y criminal sobre ellos; de fletar barcos y proveerlos; de repartir tierras y de hacer tres partes de los beneficios, una para el virrey, otra para su compañía y la tercera para el Estado. Obtuvo además la facultad de sacar de las prisiones á los criminales y malhechores sentenciados á muerte, conmutándoles la pena por los méritos de aquel viaje *honroso* y *saludable*, en la inteligencia de que si volvieran á Francia sin licencia serían ejecutados en cualquier lugar en que aprehendidos fueran.

Vendió Roberval sus tierras, hizo empréstitos, y empezó en 1540 los preparativos de armada y reclutamiento con lentitud grande por los obtáculos que á cada paso se le oponían: los dueños de bajeles no se allanaban á facilitarlos sin garantía de su valor en caso de pérdida; la gente de mar rehuía el embarco sin aceptar los gajes extraordinarios; de los criminales uno tan solo consideró preferible *el viaje saludable* á la horca que le amagaba, no significándose por actividad y calor, entre tanta gente, más que los acreedores, en gestión de su dinero. Transcu-

(1) *Colomb et le IV^e Centenaire de la découverte de l'Amérique*, traduit en français sur l'edition italienne publiée par MM. Trêves frêre. París, 1892, fol., 48 p. con ilustraciones.

Cristophe Colomb a Barcelona, par Brunet I. Brellet, 1892, 8.°, 6 p.

Congrés international des Américanistes. Compte-rendu de la huitième session tenue a Paris en 1890. París, Ernest Leroux, editeur, 1892, 8.°, 704 p. con láminas.

(2) *Quatrième Centenaire de la découverte de l'Amérique. Offert au Congrés international des Américanistes réuni au convent de la Rabida a l'occasion du quatrième Centenaire de la découverte du Nouveau Monde par la Societé historique de Compiègne. L'Influence des œuvres de Pierre d'Ailly sur les projets de Cristophe Colomb*, par le Comte de Marsy.—*Jean François de la Rocque, seigneur de Roberval, Vice-Roi du Canada*, par M. l'Abbé Emile Morel, curé de Chevrières, etc. Compiègne, Henry Lefebvre, 1892, 8.°, 58 p. y un mapa.

rrieron, pues, más de dos años antes de completar el armamento de cinco naves, la mayor de cien toneladas, con doscientas personas, y en vísperas de partir del puerto de Honfleur se sublevaron.

El virrey logró al fin verse en la rada de San Juan de Terranova en Junio de 1542, subiendo en el mes siguiente por el río San Lorenzo; allá empezaron á faltarle los víveres; el frío, los trabajos y el escorbuto afligieron á su gente; él mismo se vió en la necesidad de regresar á Francia en 1544, discutido y arruinado.

¿Se creerá que todo esto consta de una manera clara en los archivos de Francia? Nada de eso: los documentos del reinado de Francisco I no abundan allí más que los de los Reyes Católicos entre nosotros; la paciente investigación del abate Morel, no ha logrado determinar fechas, contar personas, precisar sucesos: tiene lagunas infranqueables, y, no obstante, es de utilidad para estimar lo que eran las exploraciones americanas en los primeros tiempos, y para recordarnos un adagio castellano que puede muy bien traducirse á otras lenguas.

La inglesa nos obsequia con una vida nueva de Colón, obra compendiosa del americanista Clemente R. Markham (1), que no ha mucho estudió la correspondencia de la isla Guanahaní con todas las Lucayas dudosas.

(1) *Life of Christopher Columbus* by Clements R. Markham, C. B. London, George Philip and Son, 1892, 8.°, 375 p. con láminas.

Examinando ahora lo producido con motivo del Centenario, piensa que la más completa y la mejor biografía del gran Almirante, entre cuantas se han escrito, es la de nuestro compatriota D. José María Asensio (1).

¿Qué impresión hará la noticia en el irascible Mr. Harrisse, que al mismo tiempo casi ha propalado *urbi et orbi* ser evidentemente detestable la historia del literato sevillano? No querrá, sin duda, dar crédito á sus ojos, ni por el juicio del crítico británo dará un ardite, él, que nunca se equivoca; porque el hecho es que no se trata ya de uno de estos infelices españoles, á los que niega átomo de razón; es hombre de su raza y de su lengua, el que afirma y repite en buen inglés, que no se ha escrito nada tan bueno y tan completo como la vida de Colón, de Asensio, para crédito de su patria (2).

Sirva de retribución al director de la Academia de Buenas Letras de Sevilla el libro de Markham contra la amargura que debió producirle el exabrupto del americano á quien había colmado de atenciones. Nadie la verá con más satisfacción que yo, en razón á que pública y lealmente he discutido apreciaciones históricas suyas, con las que no estoy conforme.

En absoluto, tampoco manifiesta

(1) The most complet and, on the whole, the best life of the great admiral that has yet appeared. Pág. 341.

(2) A work which should do credit to his country, and he has been rewarded with complete sucess. The Life of Columbus by Asensio is, without doubt, the best and most complete that has yet appeared. pág. 342.

conformidad el crítico inglés; estima que el Sr. Asensio no está en lo cierto al fijar el nacimiento de Cristóbal Colón, y que yerra identificando la isla de San Salvador antigua con la moderna del mismo nombre. Se aparta asimismo de su criterio, al tratar de los amores del pretendiente genovés con Beatriz Enríquez, creyendo que no es punto este suficientemente esclarecido, y que debe inclinarse el ánimo á admitir la unión legal del Almirante con la cordobesa; pero declara que estas ligeras discrepancias anuladas hasta cierto punto por los apéndices en que el historiador español da á conocer opiniones contrarias á la propia suya, en nada modifican la apreciación general de la obra.

Con esto basta para justificar que, teniendo por el mejor el libro del señor Asensio, tome la esencia para el suyo, extractando ó condensando cuanto al Almirante se refiere, y por ende la estimación de las personas que le rodearan; los Pinzones, Fonseca, Bobadilla, Ovando, Buil, Margarit y otros de menos bulto. En la adaptación va tan seguido, que admite el viaje de Colón á Lisboa y su presencia al llegar al Tajo Bartolomé Díaz de regreso del Cabo de las Tormentas; cae en la tentación de copiar la carta atribuida á Fr. Juan Pérez, Guardián de la Rábida; en la de citar la que escribiera Colón á Toscanelli después del descubrimiento, y en la de repetir que falleció el Almirante el jueves 20 de Mayo de 1506.

Cesáreo Fernández Duro.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Tristezas europeas.—Varios aspectos de la cuestión del Panamá.—Cuestión irlandesa en Inglaterra.—Sabiduría del método sajón.—Obstáculos á las reformas y tenacidad de los reformistas.—Esperanzas.—Estado de las cuestiones austriacas.—El Oriente y sus dinastías.—Problemas africanos.—Política de lord Rosbery muy atenta de suyo á la estabilidad.—Imposibilidad de la evacuación del Egipto y del avance en Marruecos para Inglaterra.—Paz firme.—Conclusión.

Tristes, muy tristes, los últimos sucesos de nuestra Europa. Comencemos por Francia. La comisión de informaciones parlamentarias, que no sabe aún dónde llegan sus facultades; el ministro de Justicia, emperrado en prender á todos cuantos le pasan por el cacumen; un juez instructor, más próximo de los esbirros que de los magistrados: la clase gobernante y directora herida por las maniobras de los radicales, con quienes de antiguo viviera en estrecha inteligencia; hombres tan importantes como Rouvier y La Roche, cuya sabiduría y destreza llevaran el peso de los tratados mercantiles y del ministerio de Hacienda siempre, sometidos á tan grave cosa como la demanda de autorización para procesarlos; Floquet acusado de haber entre los diarios distribuido quinientos mil francos con pretextos de dispendios para la publicidad; Clemenceau confeso y convicto de haber tenido por comanditario en su periódico á Hertz, uno de esos cosmopolitas, francés, alemán, yankee al mismo tiempo, que hacen astillas de todos los palos y juegan á la bolsa con todos los principios; Freycinet departiendo con Andrieux, quien hace tiempo se las tiene juradas á cuantos ministran por no haber llegado él á ministro jamás; el Gobierno desorganizadísimo y sin acción; los fondos en baja de seis enteros; el desorden y la inquietud en alza, muestran cuán en lo cierto estaba yo presagiando los desastres que habían de sobrevenir á Francia por la desorganización en todos los grandes factores de aquella política, y por el desencanto del público, á quien le habían hecho creer un grandísimo empleo de sus ahorros en el Panamá, y tropieza con que mil quinientos millones de su fortuna se han desvanecido, y, entre tanto, como se las prometían felices, no hay uno capaz de decirle adónde ha ido la evaporación de su oro sólido y brillante. Repetir las novelas contadas por unos y creídas por otros, sería verdadera obra de romanos por lo complicada y por lo difícil. Aquí han desenterrado un cadáver y arrancádole las entrañas, con el fin de preguntar á la muerte secretos por ella nunca revelados, los cuales habrán de ser mal colegidos del substratum químico que dejen las vísceras del barón Reinach, enterrado hace ya cerca de dos meses. Allí han deducido de las iniciales colocadas en unos talones de caja, más ó menos auténticas, la corrupción y el cohecho. Por todas partes se han visto latrocinios organizados desde lo alto, y dirigidos á quedarse con el capital francés, arruinando y destruyendo aquel riquísimo pueblo.

Así no hay entre los franceses ninguno que deje de interrogar á la esfinge de los secretos de Estado en demanda y requerimiendo de que les descifre los enigmas guardados en los senos profundísimos del oscuro y silencioso porvenir. La sustitución de lo presente

priva en todos los espíritus, y nadie pregunta otra cosa sino el nombre de aquel que deberá recoger la herencia. Yo no creo en una restauración monárquica, por absurda, ni en una victoria del socialismo, por imposible. Paréceme cosa más fácil una reacción muy conservadora que no rebase allende la República. Si hubieran empezado por esto los franceses, no tendrían para qué ni por qué volver á ello ahora en guisa de retroceso. Una forma de gobierno, muy cercana del régimen á quien sucede y reemplaza, se desarrolla gradual y lógicamente por un modo evolutivo hacia el progreso, y no se halla sujeta de modo alguno á los decaimientos y á los retrocesos naturales en régimen de un avance demasiado y de una demasiada violencia. Esta República radicalesca y semisocialista no puede hallar su reemplazo sino en una República gubernamental y conservadora. El bonapartismo, el orleanismo, el radicalismo y el socialismo están por el cielo condenados á un igual marro.

El ejemplo de la tenacidad en los propósitos, de la sabia lentitud en los procedimientos, del mirar certero en las investigaciones, de la verdad todavía velada por lo porvenir, del método evolutivo y graduado por una serie lógica y continua, lo presenta y ofrece Inglaterra, donde hace ya lustros caminan hacia la emancipación de Irlanda, sin desmayos, decaimientos ni retrogradaciones, que serían seguras de haber llegado con precipitaciones irreflexivas fuera de sazón á un término exagerado y violento. Irlanda, bajo este ministerio liberal, adelantará un grado, y dará en su emancipación un grandísimo avance, pero sin sacudimientos que la perturben y quebranten ó hayan de ponerla en zozobra. Con muchos inconvenientes habrá de combatir el redentor, con muchísimos, pero todos quedarán superados por el sabio tacto político que distingue y enaltece á Inglaterra. Parnellistas vengativos, britanos á la justicia resistentes, exaltados católicos, exageradísimos celtas componen contra el progreso nube tan espesa y tonante, que amedrentaría de seguro al más esforzado, si no estuviera de antiguo todo esfuerzo medido y moderado por una tradicional prudencia en el trabajo continuo, conseguida y afirmada por una robustez antigua de todas las instituciones políticas. Por ejemplo: hace pocos días, uno, entre tantos innumerables dinamiteros como abundan por las ciudades europeas, lanzó al palacio del gran protector de Irlanda, del escritor Morley, una bomba en Berlín, indudablemente para que á las amenazas revolucionarias el terror reaccionario surgiera y trajese un gravísimo detrimento al desarrollo de la libertad irlandesa y al triunfo de los principios progresivos. Hablábase ya del asalto de los fenianos á la situación política y del espíritu revolucionario diluido en su tonante atmósfera. Mas ha llegado el maduro sentido inglés á medir cuánto le dañaría retroceder, y ha resuelto responder á las violencias y á las amenazas con el inmediato depósito en la Cámara del anhelado proyecto de reforma. Para determinarlo en el silencio reconcentrado y ofrecerlo después al debate público, se ha Gladstone recluido en Biarritz, donde á la vista del mar inmenso y al recogimiento en la profunda soledad, habrá escrito el futuro código de los emancipados celtas.

Y sucediendo esto en Inglaterra, Germania se agita, resistiendo con supremas resistencias á la nueva ley militar, mientras pasa por otra de sus innumerables crisis la perturbada é infeliz región austriaca. Aquí los antisemitas empeñados en discordias propias de la Edad Media, los cheques allí jurando eternos odios á los alemanes, en otra parte los transylvanos, y en todas la rivalidad y porfía de tanta tribu enemiga y diversa llevan los asuntos austriacos á extremos, en los cuales el Imperio se resquebraja sin

destruirse nunca, pero siempre descomponiéndose y enfermando. No le faltaba más que unir á las violentas pasiones religiosas, suscitadas por el anti-semitismo, una guerra civil en Hungría entre los católicos y los liberales con motivo del registro y del matrimonio civil para que cayeran sobre su frente las plagas todas que pueden adolorar y afligir á un pueblo moderno, apenas emancipado de las instituciones antiguas. No, no; no hay paz moral en Oriente. Las dificultades que ofrece la sobreposición á un pueblo como el búlgaro de una dinastía, por completo ajena del dogma y del temperamento suyo, como la dinastía Coburgo-Orleans, se patentizan en las grandes agitaciones que allí reinan por la reforma constitucional, la cual se dirige á poner sobre un pueblo cismático un jefe apostólico romano contra viento y marea. Pues si la religión de los príncipes ofrece tales inconvenientes no quiero decir los que ofrecerán sus respectivos matrimonios. Ahora vuelve á contarse, con motivo de la boda del príncipe de Rumanía con una hija del duque de Edimburgo, cómo aquél se había enamorado de la favorita de Carmen Silva, su cuñada y su reina, favorita inspirada y poética también como su ama y señora, quien deseaba legarle, no solamente su corona de laurel, sino su corona de oro, enlazándola con el heredero de esta última, sobrecogido por un verdadero y exaltadísimo amor. Imaginaos qué felicidad podrá prometerse la novia impuesta por el Estado, cuando sabe la historia de aquella otra que á su marido le impuso el corazón. *Sunt lacrymæ rerum.*

Las cuestiones más graves del mes último son las cuestiones referentes al Africa. En los dos extremos de tal continente, así en el gaditano estrecho como en el egipcio Nilo, el protectorado directo de Inglaterra sobre un tal extremo y el protectorado indirecto sobre el otro pasan por gravísima crisis, que pudieran influir en el concierto diplomático de las potencias europeas y en el progreso pacífico del planeta todo. Cuando se gobierna, como con el tridente de Neptuno, los mares, y la sombra del pabellón propio se dilata desde las puertas del Mediterráneo hasta el Norte de América, pasando por las Indias y por Australia y por Jamaica, parece que no debían encontrarse dentro del propio Estado é Imperio dificultades invencibles y enmarañamientos varios de una bien difícil solución y salida. Sin embargo, Inglaterra no tiene que mirar tan sólo á sus dominios diseminados en el globo; tiene que mirar á su propio territorio, muy agitado y estremecido al contacto candente de la cuestión irlandesa. Por estas agitaciones, ya crónicas, cuya intensidad no impide la frecuencia, necesita divertir un poco su ánimo del dominio lejano y concentrarlo en la verde isla indispensable á su existencia histórica. Y siempre que surjan en este período crítico de su existencia interior algunas dificultades, habrá de combatirlas y de conjurarlas, para que no compliquen más y más la interna enfermedad crónica, cuyas agravaciones la traen á mal traer y la colocan, magüer su poderío y su grandeza, en bien dificultosos trances. Así, no creo que se lance hoy al abandono de Egipto en el Oriente y á la invasión de Tánger en el Occidente africano, falta de la fuerza proviniente del entero dominio de sí misma, que permite la disposición del ánimo y del espíritu propio para una grandísima empresa, como lo habrían de ser las empresas africanas circuidas de múltiples y altos escollos en que podrían estrellarse naves de tanta resistencia como la nave del gran Estado británico. Así, en mi sentir, el hábil estadista encargado de los Negocios Extranjeros en Londres, representa la estabilidad internacional. No hará ningún esfuerzo por las grandes aspiraciones nacionales vivas hoy en los

pueblos; no pretenderá extender el territorio griego hasta Macedonia; recabar el gobierno autonómico para los esclavones de Bohemia y los rumanos de Hungría; devolver á los franceses Alsacia y Lorena; distribuir entre italianos, griegos, españoles, Malta, Chipre, Gibraltar; emprender ninguna de aquellas obras románticas muy en crédito cuando Goethe, Chateaubriand y Byron ponían en manos de la Europa cristiana el brulote que debía incendiar la escuadra turca en Navarino y traer la independencia helénica: mantendrá el fiel de la balanza inmóvil entre los pactos de las potencias hostilmente agrupadas en sendas alianzas, y no propenderá ni en favor de la triple alianza compuesta por las tres monarquías centrales, ni en favor de la duple formada entre la República francesa y el Imperio ruso. Así, por tal estado de ánimo en los ingleses, no creo que se arresten ahora ni al retroceso en la ocupación del territorio egipcio, ni al avance inmediato en la ocupación del territorio marroquí.

Para cohonestar esta parsimonia con el cumplimiento de promesas, mil veces dadas y constitutivas de grandes obligaciones, tiene dos cosas Inglaterra: el fastasma de los mahdíes amenazando siempre así el Nilo alto como en el Mar Rojo y la resistencia de los soldanes al consejo y al influjo británico. Uno y otro pretexto se han agravado ahora. El desierto, que tan fecundo se muestra en profecías y en profetas, aborta nuevos mahdíes dispuestos á la guerra santa, con su Korán en una mano y en la otra su rifle, caballeros sobre los potros líbicos, que vuelan con alas de viento, por ende idóneos á la demostración de que aun se necesita la próvida tutela de los ingleses sobre la desembocadura del Nilo; y los soldanes desde sus harenes del Cairo, en grado tal resisten á la influencia y al consejo de sus protectores, que ahora, hoy, son osados al nombramiento de ministros, rebeldes al poder y al nombre de Inglaterra, que necesitan ser afirmados por un alarde nuevo del poderío británico y una prórroga indefinida de la militar ocupación. Pero estas concesiones á la estabilidad en el Oriente africano contradicen y refrenan todo conato de innovación en el Occidente. Lord Rosbery mantendrá las cosas políticas tal como están hoy en todo el planeta sin alteraciones de ningún género. Y por consecuencia mantendrá el estado en que Tánger se halla, sean cualesquiera las dificultades con que tropiece y los desaires y los desacatos que le infieran. Corrimos grave daño al acercarse las últimas elecciones inglesas. Temerosos entonces de una derrota los conservadores, creyeron en su experiencia y sabiduría conjurarla, divirtiendo el espíritu inglés de la cuestión irlandesa y llamándolo con repetidos reclamos al engrandecimiento exterior. Y para el engrandecimiento exterior inglés, nada tan propio como la indispensable para ellos, adquisición de Tánger, con la cual podrían extender una cadena entre los cabos del Estrecho y acaparar las celestes aguas de la civilización y del arte, por donde corren la mayor electricidad de ideas y la mejor suma de productos que hay en el planeta. Divididos los liberales y los conservadores ingleses, porque atienden más estos al engrandecimiento exterior y aquellos á la mejora interior, no es mucho si Salisbury, jefe de los conservadores, se fijó en Tanger, para que le sirviera de señuelo en su caza incansable de los votos británicos. Así mandó á Tanger al célebre Smith, residente allá en el costado austral de Africa, en Zanzíbar, donde había con sus buenas mañas desbancado la tutela germánica sobre un debil Sultán; y engrandecido así el poder inglés le mandó á Tánger, con encargo de preparar vías varias al comercio y al influjo de su Estado en Marruecos, que debería ser, en concepto de los torys, un occidental Egipto, des-

tinado á garantizarles el estrecho de Gades, como les asegura el oriental y genuino por su parte á la virtud y á la eficacia del protectorado inglés las aguas de Suez. Pero Smith no había contado con la huéspeda, no había contado con la raza marroquí, de un vigor y de una tenacidad excepcionales entre las razas muslímicas. Comenzó por darse una grande importancia, como si estos aparatos y faustos europeos pudiesen deslumbrar á pueblos tan absortos en su pensamiento y ensimismados cual estos pueblos de árabe y berberisca sangre, mantenidos en sus tradiciones seculares por una ortodoxia constante, á la cual parécele cosa de poco más ó menos todas las grandezas humanas, diminutas y baladíes, cuando se las compara con el Dios encerrado en los profundísimos senos de su alma. La procesión formada y compuesta por la comitiva del buen embajador, la pompa que le acompañaba, el esplendor y brillo circundantes, la petulancia en las exigencias, el imperio en los ademanes, la pueril arrogancia, el empeño de tratar como inferior á quién se cree sólo un aliado de la Reina Victoria y no un protegido, el afán por humillar á los mismos que de él bajo su aparente indiferencia se burlaban y reían, tantos y tantos yerros le trajeron tal género de aventuras que parecía su embajada una novela morisca de las trazadas por nuestros escritores del siglo décimosexto y con especialidad por el colosal Cervantes. Pero lo cierto es que tales idas y venidas no condujeron á cosa ninguna y que Smith se volvió de Tez á Tanger desairado por el Sultán y herido en su renombre diplomático. Pero burlas y desaires le impelían más y más á una representación, peligrosa para los otros pueblos europeos y especialmente para nosotros, á la representación del poderío británico en los dos lados del Estrecho.

Desairado y todo, el temerario estuvo allí como protesta y amenaza cuanto durára el gobierno conservador inglés. Pero, así que subió el partido liberal, merced á las últimas elecciones determinantes del triunfo de Gladstone, su primer acto fué retirar á Smith de África y llevárselo á Londres. No conozco victoria mayor para todos cuantos mantienen la estabilidad marroquí en Europa. Tras tal victoria no había que hacer sino quedar en las posiciones conquistadas y tomar posesión del campo con tantas dificultades conseguido. Pero los franceses cometieron un error inexplicable. Lejos de aprovechar la ventaja, perdiéronla enviando un embajador á Fez con más ruido que nueces y más deseo de aparato que de provecho. Nada trajo en realidad el embajador, sino cosas tan baladíes como la triste autorización de imponer una derrama sobre los extranjeros para mejorar á Tánger: victoria, en la cual sólo resaltaba la torpeza del diplomático europeo y la magistral superioridad de la diplomacia marroquí. Dadas todas estas faltas no tenía más remedio que sublevarse la opinión británica, y dadas estas sublevaciones de la opinión, el Gobierno por su parte no tenía más remedio que mandar un enviado á Tánger. Pues bien, de cosa tan por extremo natural y sencilla, se ha querido sacar un extraordinario partido para sonar la trompa épica y augurarnos una inminente catástrofe. Ya hubo quién aprestó escuadra y consignó ejércitos en demanda y requerimiento de una cruzada sobre África. Pero no conozco alarma con menos fundamento. El enviado trae un ramo de oliva, puesto que contribuyó al arreglo de una cuestión como los límites del Afghanistán, manzana de discordia entre Rusia é Inglaterra. Por eso creo que quiere inteligencia con España, y no creo ser optimista si aseguro que no hay peligro del lado de Marruecos. La paz está segura.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

¡Zorrilla ha muerto! Cuanto Madrid contiene de ilustre en la política, en el foro, en las armas y en las letras, ha formado el cortejo del poeta insigne. ¡Justo tributo al hombre que fué en vida regocijo de las musas, cantor inspirado de nuestras glorias y trovador último de la poesía castellana! Pocos poetas más fecundos que el poeta que acaba de morir. Por millones se cuentan los versos que salieron de su inagotable pluma en el medio siglo transcurrido desde su célebre composición ante el cadáver de Larra, hasta las últimas estrofas suyas publicadas pocos días ha en uno de los diarios de mayor circulación. En toda esta larguísima labor, no interrumpida durante cincuenta y seis años, mantúvose Zorrilla fiel siempre á los ideales á que consagró los primeros sones de su lira. La religión, el valor, la patria, fueron siempre el objeto de su poesía. No hay que buscar en ella la historia tal y como fué, sino tal y como la tradición nos la ha conservado en cuentos y consejos. Tomando de ellos sus materiales reedificó el poeta las ruinas del pasado; en la cantera de lo legendario labró sus hermosas creaciones, y con tal vigor y fuerza, que los héroes que canta, las costumbres que describe, los hechos que narra son ante la fantasía popular más verídicos que todo cuanto la ciencia histórica ha intentado reconstruir después de prolijas investigaciones. Pero aunque lo que constituye la trama, la acción y los personajes de sus cantos, leyendas y comedias es soñado y quimérico, late en todo ello una gran verdad, la verdad del ideal, en pugna muchas veces con la verdad de los hechos. Zorrilla, en efecto, ha sabido interpretar como ningún otro poeta el carácter nacional ó más bien el ideal de este carácter. Siempre fueron los españoles religiosos hasta el fanatismo, supersticiosos, admiradores del valor, prendados de la galantería y rebeldes á la ley humana y á la justicia que pudiéramos llamar histórica. No hay más que hojear las *Cantigas* de Alfonso el Sabio, el *Romancero*, nuestras comedias y novelas del siglo de oro, para contrastar con numerosos ejemplos la verdad de lo que acabo de decir. En una de las canciones que aquel monarca dirigió á la Virgen se cuenta cómo una vez la Reina del cielo sostuvo con sus divinas manos á un ahorcado, librándole así de la muerte; en otra, la excelsa Señora toma la forma corporal de una monja que huye del convento, sustituyéndola hasta que vuelve al claustro arrepentida de sus culpas. Los héroes del *Romancero*, Bernardo del Carpio, Rodrigo Díaz de Vivar, los reyes D. Sancho el Fuerte y D. Pedro el Cruel, se parecen como una gota de agua á otra gota de agua á los caballeros y monarcas evocados por la musa del vate castellano. En *La Devoción de la Cruz*, en *El San Franco de Sena*, en *La Exaltación de la Cruz*, en *El convidado de Piedra*, en *El condenado por desconfiado* y en otros cien dramas, cuyos nombres sería fácil tarea repetir, descúbrense las mismas cualidades (subsistentes en lo esencial en los romances mismos

de guapeza y desafueros) que constituyen los rasgos característicos de la musa de Zorrilla.

El autor de *Margarita la Tornera* supo condensar en sus leyendas, y en general en sus composiciones, esos elementos esparcidos por toda nuestra literatura. ¿Qué importan los anacronismos, las equivocaciones en el color local y aun el falseamiento de algunos personajes históricos, si á pesar de tales errores logró el poeta dar vida, materializar, por decirlo así, el espíritu del pueblo español?

Por esta razón ha sido aclamado Zorrilla el poeta nacional por excelencia. Otros sienten ó han sentido más hondo que él, han pensado con mayor madurez, han compuesto versos más primorosos ó atildados; pero ninguno ha acertado á hablar el lenguaje de las muchedumbres, ni expresado como él los sentimientos de su pueblo, ni encontrado esa fórmula poética que es igualmente entendida por el humilde y el poderoso, por el sabio y el ignorante, por el adolescente y el anciano. Y es que la poesía, que en otro tiempo fué erudita y popular, hoy es sólo erudita. Ni Quintana, ni Pastor Díaz, ni Tassara, ni Querol, ni Núñez de Arce, ni Campoamor, han bajado al pueblo: sus poemas son deleite de los entendimientos cultivados, tienen un público selecto, pero de ellos puede decirse lo que de ciertos cantares dijo Aguilera:

> Un cantar bajó al pueblo,
> no era mal mozo;
> pero el pueblo le dijo:
> «No te conozco».

A las obras admirables de esos poetas tampoco las conoce el pueblo. En cambio los versos de Zorrilla están en todos los labios y son repetidos hasta por las personas de menor cultura literaria. Zorrilla mismo refiere que vió representar su *Don Juan Tenorio* una vez por los negros de un ingenio cubano y otra por los indios medio salvajes de una ranchería mejicana.

En ningún poeta es tan visible como en el autor de *Granada* la influencia del ambiente patrio. La severidad de su padre, magistrado á la antigua usanza, sus primeras lecturas, sus recreos en el Seminario de Nobles, donde Zorrilla se distinguía representando papeles de comedias antiguas, las leyendas, tradiciones y monumentos de Valladolid, presentes de continuo al espíritu del cantor, en aquella edad en que el alma es como blanda cera, dispuesta á recibir las impresiones del mundo exterior, fueron otros tantos importantes factores que, unidos al genio soñador y fantástico del poeta, determinaron el carácter esencial de su poesía. Castilla, del mismo modo que conserva con más pureza que ninguna otra región de la Península el habla hermosa que por antonomasia se llamó castellana, de tal modo que los humildes habitantes de aldeas y caseríos emplean aún en sus conversaciones giros y palabras idénticos á las empleadas por Santa Teresa; así también guarda todavía costumbres, fiestas y tradiciones iguales á las que de las épocas pasadas nos refiere la historia. Todo es allí castizo: el traje de los habitantes, su piedad, sus hábitos, su superstición, su idioma. Parece que para esta comarca no ha pasado el tiempo. Unase á todo ello el haber sido Castilla el teatro de los hechos más importantes de la vida nacional en el período de su formación, los monumentos que todavía subsisten levan-

tados por los hombres del pasado, la organización de sus municipios, sus fiestas, sus bailes, que conservan todavía reminiscencias de las danzas guerreras, las viejas historias trasmitidas de generación en generación..., y cuando todo esto se haya considerado, tendráse idea de cuán grande influencia debió ejercer tal conjunto en un alma poética que, como todas las que poseen esta divina cualidad, tenía la virtud de recoger y fundir en el crisol de su inspiración, cuantos elementos dispersos existen en el ambiente social.

Imaginémonos á Zorrilla en sus primeros años en la casa de su padre, cuyo severo gesto acaso tenga su retrato en el recto magistrado de *A buen juez mejor testigo;* consideremosle viendo de continuo golillas y ministriles, ó vagando henchida el alma de sueños por las tortuosas calles de Valladolid y las orillas del Pisuerga, ó contemplando la plaza del Ochavo en cuyo centro se alzó el cadalso de D. Alvaro de Luna, ó la portada magnífica de San Pablo, ó los pardos y viejos muros de la Antigua, ó las ruinas de los alcázares vallisoletanos, ó las tapias de sus conventos, ó las severas fachadas de los antiguos caserones. ¡Cuán elocuentemente deberían hablar á su juvenil imaginación aquellas reliquias de las pasadas edades! Sus primeras poesías reflejan como un espejo estas primeras impresiones de su espíritu: formidables castillos defendidos por valerosos caballeros; claustros solitarios alumbrados por lámparas mortecinas; Vírgenes y Cristos milagrosos; endechas lastimeras de melancólicas cautivas; diálogos de amor al través de góticos enrejados; besos furtivos; doblar de campanas en lo alto de las caladas torres; galopar de corceles; ruido de espadas, dueñas, escuderos, pajes, hombres de armas...: todo esto, como evocado por la imaginación del artista, forma la trama de sus inimitables leyendas. Aún hoy, en que han caído en el panteón del olvido desdeñoso todos estos recuerdos del pasado, y en que hasta el adjetivo *gótico* ha llegado á significar algo extravagante y ridículo, aún hoy, digo, es imposible leer los versos del vate castellano sin sentir que se despiertan en nosotros las vagas sombras de reminiscencias románticas.

Con legítimo orgulló exclamaba Zorrilla en los últimos años de su gloriosa vida: « ¡Yo también soy poeta...; he escrito la leyenda de *Margarita la tornera!*... Es ésta una de las composiciones más hermosas de nuestro autor y la primera en su género. De una antigua tradición alemana—si no recuerdo mal—conservada también en la cántiga LV y referida por Avellaneda en su *Quijote,* tomó el asunto de su poética leyenda. ¡Cuán hermosamente está pintado el candor, la piedad y la pasión de aquella pobre monja seducida inicuamente por un galán tan valeroso como perverso y descreído! En *Margarita la tornera* se dibujan ya los contornos delicados de doña Inés de Ulloa, religiosa también, también enamorada y víctima como Margarita de fementido galanteador, así como en éste se descubre la castiza catadura del burlador de Sevilla. Aquel claustro que en noche medrosa recorre la tornera para arrojarse en brazos de su amante; aquel altar de la Virgen; aquellas flores depositadas á los pies de la imagen; aquella ternísima despedida... y luego el regreso al santo asilo y el milagro hecho por la Madre de Dios para ocultar la ausencia

de su sierva extraviada, componen cuadro tan perfecto, tan tierna y delicada narración, que nada hay en el género legendario que lo aventaje, ni siquiera que con ella compita. Para encontrar algo parecido, es menester buscarlo en las demás composiciones del poeta, por ejemplo, en la titulada *A buen juez mejor testigo,* cuyos dos romances, el del tribunal y el último, no son inferiores á los más perfectos del *Romancero.* Gala también de la poesía nacional y abundantes en primores y bellezas, aunque inferiores á las dos citadas composiciones, son las que llevan por títulos *La pasionaria,* inspirada en un cuento de Hoffmann, *Para verdades el tiempo y para justicias Dios, La princesa doña Luz, Historia de un español y dos franceses, El capitán Montoya, Justicias del Rey Don Pedro, Las píldoras de Salomón, El talismán, El Montero de Espinosa, La Azucena silvestre* y otras varias. En estas obras se señalan con perfecta evidencia las principales dotes del carácter poético de Zorrilla, su rica imaginación, muy superior á su sensibilidad, su vigor más bien que su delicadeza, y, sobre todo, su *dilettantismo* religioso y su brillante amor á la patria. En sus versos no hay trascendentalismo, ni filosofía, ni afeminadas lamentaciones. No es su musa plañidera deidad sollozante y lacrimosa, no es la escéptica analizadora de las fibras del corazón: es la matrona viril, armada como Palas, y más dispuesta á embrazar el escudo y blandir la lanza que á mesarse, mal ceñida, los destrenzados cabellos y á lanzar *voces de dolor* y *cantos de gemido.* En esto como en las demás fases de su temperamento poético, Zorrilla se nos muestra como poeta eminentemente español. Por regla general, nuestros buenos escritores antiguos son más enérgicos que tiernos; sus sollozos pocas veces sinceros (no siendo por causa de amor, porque en esto nuestros poetas de otro tiempo no tienen nada que envidiar á los modernos), el escepticismo doloroso, la duda y todos los desgarradores acentos de los vates de este siglo, son cosa nueva en nuestra poesía, más influida, como toda la literatura, de lo que sería de desear por las literaturas extranjeras.

El mismo carácter viril y enérgico ofrecen las poesías propiamente líricas y los poemas que escribió Zorrilla en el primer período de su vida artística, tan brillante como fecundo. En vano pretende ser sentencioso; sus sentencias son casi siempre vulgaridades: tampoco logra mover el sentimiento más que en muy contadas ocasiones, por ejemplo, en la tierna poesía titulada *Al pie de la cruz.* Carece, casi siempre, del don de lágrimas; pero en cambio, acierta cuando, dejándose arrebatar por sus arranques enérgicos y por su fantasía exuberante, describe, narra ó ensalza. ¿Quién no se ha sentido conmovido de entusiasmo al contemplar los tesoros de belleza que contiene su poema *Granada,* al leer los cuartetos de *Gloria y orgullo,* ó la pintura de Adán y Eva en la paráfrasis del *Dies iræ,* ó la enumeración de los beneficios de la paz y de los horrores de la guerra en *La oliva y el laurel?* Aun en las composiciones de menos valor (hablo siempre de la primera época del poeta) se encuentran á menudo rasgos hermosísimos, que son como rayos de luz que se abren paso al través del enrejado de sus más vulgares versos.

Las mismas cualidades y defectos échanse de ver en sus composiciones dramáticas, las cuales, á excepción de algunas comedias como *Más vale callar, Ganar perdiendo* y alguna otra, imitaciones de las de capa y espada, y prescindiendo también de algunos dramas disparatados y absurdos, como *Vivir loco y morir más,* son ampliaciones de sus leyendas ó más bien adaptaciones de ellas á las exigencias del teatro. Las dos partes de *El zapatero y el rey, Sancho García, El eco del torrente, El puñal del godo* y el mismo *Don Juan Tenorio,* no vienen á ser otra cosa, en último extremo, más que leyendas dramáticas, en las que el autor usa y abusa á veces de los mismos procedimientos de sus narraciones. En *Don Juan Tenorio* hasta parlamentos enteros hay de *Margarita la Tornera,* como en *El eco del torrente* estrofas tomadas de la *Historia de un español y dos franceses.* La primera parte de *El zapatero y el rey* está colocada en la leyenda *Justicias del Rey Don Pedro,* y el asunto de *Sancho García* es el mismo que el de la narración titulada *El montero de Espinosa.* En estas obras legendarias logró el poeta ruidosos triunfos, como que en ellas late lo que constituye el mérito principal de su estro poético, lo que pudiéramos llamar su españolismo. Esta misma cualidad es la que avalora el drama más famoso de Zorrilla. Todas sus leyendas y dramas parecen tentativas hechas por la mano del trovador español para encontrar la verdadera y total encarnación de su poesía: son bocetos en los cuales se vislumbran los rasgos más ó menos borrosos de las dos figuras inmortales con que el poeta que acaba de morir ha aumentado el número de las creaciones del genio: don Juan y doña Inés. El drama *Don Juan Tenorio* es como la síntesis y resumen de todo lo producido por el autor. Allí la valentía, la arrogancia, el desorden, el desprecio á las leyes, representado todo ello por el pendenciero burlador; allí la piedad mística, el amor sublime, el soñador espíritu de la mujer española; allí rondas acuchilladas, enmascarados, diálogos al través de las rejas, escenas de amor en la margen de poético río, claustros escalados, desafíos, estocadas, panteones bañados por la luz de la luna, muertos que salen de sus tumbas, cenas *exóticas,* doblar de campanas, espectros y sudarios; allí versos enérgicos, apóstrofes hiperbólicos, endechas empapadas en mieles y relatos de peligrosas aventuras; allí grandes defectos al lado de deslumbrantes bellezas; en una palabra, allí las múltiples fases del genio de Zorrilla. Aunque se destruyesen todas sus obras, como *Don Juan* se salvase de la destrucción, nada faltaría á la crítica para poder trazar con mano segura la fisonomía literaria del gran poeta.

Pero no es sólo el alma de Zorrilla lo que alienta en su fantástico y popular drama; es además el ideal del pueblo español. El autor del *Don Juan* ha sido, por querer del cielo, la voz inspirada de nuestra raza. En el alma del artista se juntaron todos los átomos dispersos del pensamiento y sentimiento nacionales. Zorrilla no hizo más que exteriorizar aquello que dentro de su mente llevaba, aquello que se había condensado en su cerebro por no sé qué ley de afinidad misteriosa. Cuando el pueblo contempló la obra del poeta, en la cual entró por mucho, como en todas las grandes

obras, lo inconsciente, vió, si no su propio retrato, el retrato de su ideal. De aquí su predilección por el *Don Juan Tenorio;* de aquí también lo exacto de la afirmación que hace don Isidoro Fernández Flórez en su hermoso estudio sobre Zorrilla. «El día en que anunciándose *Don Juan Tenorio* estén vacios los teatros, España habrá llegado á su completa civilización, pero no será España.»

Como más perfecto en su plan, mejor estudiados sus caracteres, más lógico en su desarrollo y con más artificio preparadas sus situaciones ha sido apreciado el drama *Traidor inconfeso y mártir;* mas no obstante este mayor atildamiento y atildada factura, carece del vigor y la grandeza del *Don Juan Tenorio.* Aquél está escrito con más talento, éste con más genio; aquél revela mayor estudio, éste mayor espontaneidad; en aquél los personajes están labrados en la mesa del estudio, en ésta han brotado llenos de vida de la fantasía calenturienta, pero potente, del autor.

Fácil tarea sería señalar defectos á millares en los versos de Zorrilla: imágenes tan ridículas como aquella de llamar pupila del cielo al astro de la noche, lo de calificar de *imbécil* á Toledo, lo de motejar de *villanos* á los céspedes, lo de decir con toda solemnidad que en Granada se pone y sale el sol, lo de llamar *transparente* á la luna y hacer cantar al ruiseñor en el mes de Febrero, lo de embutir de ripios los versos, lo de emplear vocablos impropios, lo de manejar la historia del modo que acostumbraba Fernández y González (hermano gemelo del poeta), lo de aceptar como buenos los más vulgares galicismos y de descuidar hasta las leyes de la rima y de la prosodia. Enumerar éstos que no sé si llamar lunares sería cosa de escasísima dificultad, tratándose del menos cuidadoso de nuestros poetas, el cual como su héroe jamás se para en barras, y lo mismo atropella la verdad histórica y las leyes literarias que el atrevido sevillano las leyes humanas y divinas. Mas á pesar de estos defectos en los cuales se han cebado más de una vez los críticos, entre otros el mordaz Villergas, que hablando del autor de *Margarita la tornera* le llamaba con desdén *ese sujeto,* las obras poéticas de Zorrilla son de lo más hermoso que contienen nuestros anales literarios. Dormitaba no algunas sino muchas veces, ha dicho enormidades; pero ¡cuántas joyas no se encuentran envueltas entre falsos oropeles, cuántas flores en medio de viciosas hierbas! Así acontece en nuestros templos góticos: ¡cuántos santos roídos por el tiempo, cuántas agujas rotas, cuántas claves ladeadas, cuántos botareles torcidos, cuántas rugosidades en la piedra, cuántos pormenores defectuosos; pero qué magnífico el conjunto!

Y aquí debiera poner punto á estos renglones relativos á Zorrilla: sus obras posteriores son, salvo contadas excepciones, indignas de él. En la segunda mitad de su larga vida, el poeta, como Don Luis Mejía, fué perdiendo todo su caudal poético *dobla á dobla, una por una,* y aunque su nombre amparaba la mercancía que su pluma daba á las imprentas, rara vez se encuentra en ella nada que pueda competir con lo hermoso de su antigua y abundante vena. Ni el *Album de un loco,* ni *La Leyenda del Cid,* ni *Gnomos y mujeres, Los Tenorios...* ni el fárrago de serenatas y canciones esparci-

das en revistas y diarios añaden lo más mínimo á su fama; y si he de decir lo que siento, creo que le perjudican. Con casi todos esos, como con los *últimos* versos que en estos días han dado á luz los periódicos, debiera hacerse lo que un crítico propuso que se hiciese con las obras del P. Feijóo: quemarlos sobre la sepultura del gran poeta. Para ser grande no ha menester de esas serviles ofrendas hechas más en aras de la necesidad que en el altar de las musas; bástale con las composiciones de sus años juveniles.

*
* *

No parece sino que la mayor parte de los críticos que han emitido su opinión acerca de *La loca de la casa* se ha dado de ojo para convenir en que el grande ingenio de Galdós no se aviene á las estrecheces de la escena, especie de jaula al decir de uno de aquellos, formada por bambalinas, telones, bastidores y forillos, en donde aletea como águila prisionera la inspiración del autor de *Gloria*. Esto de la jaula, dicho sea con el debido respeto, téngolo por imagen de poeta más bien que por exacta y rigurosa apreciación de un hecho literario. Si el teatro, por estar circunscrito á determinados límites, es jaula, jaula son también la novela, y el poema, y el madrigal, y el cuento, porque todas estas especies de composiciones, limitadas están por leyes que no es permitido traspasar. Si se quiere decir que el talento de Galdós es tan grande que no cabe en la escena, también en esto se comete una inexactitud. Shakespeare no es inferior al mismo Homero, y libre y desembarazadamente se mueve en la estrecha *jaula* de la escena. Más verdadero sería, en mi concepto, reconocer que por esta vez Galdós no ha acertado á producir una obra maestra.

En toda composición dramática hay que considerar las condiciones relativas á la acción y las particulares referentes á su carácter escénico. ¿Se ajusta *La loca de la casa* á esas leyes? Esto es lo que me propongo estudiar aquí, siquiera sea ligera y someramente.

Cuando á poco de levantarse el telón para el primer acto de la obra de Galdós se nos presenta la figura de Pepet, creemos, bajo la fe de su palabra, que es un ser tosco, metalizado, buen negociante, ajeno por completo á toda cultura, valiente, de voluntad de hierro é impasible á toda compasión, un verdadero *struggle for life*, un *compuesto de hombre y fiera*, para el cual la suprema ley es la misma que la de las bestias en lo intrincado de los bosques; la más fuerte arrebata la presa á la más débil. Todo esto de que el espectador se entera, no porque lo manifiesta Pepet con sus hechos, sino porque lo dice á cuantos quieren oirle, y gracias al examen con preguntas y respuestas á que le someten los demás personajes de la obra, es, aunque no muy hábil desde el punto de vista dramático, motivo de interés. Fácilmente disculpa también el público las contradicciones en que incurre el bueno de Cruz, cuando, después de mostrarnos su tosquedad y su rudeza y de asegurarnos que no sabe poner borlitas ni ringorrangos á sus palabras, lanza sentencias tan bien dichas como aquélla: «Dondequiera que arrojen ustedes la semilla de la compasión, verán nacer la ingratitud» pronunciando luego un discurso que ya lo quisiera, para obtener ruidoso aplauso,

cualquier estirado ateneista. Como se ve, Pepe Cruz, no sólo pone borlitas á sus frases, sino hasta borlones de doctor. A pesar de esto, sus alardes de rudeza agradan y su franqueza nos es simpática. Enriquecido, gracias á ímprobos trabajos, quiere, cosa muy natural en hombre de humilde origen, ser amo allí donde fué poco menos que bestia de carga. Las circunstancias le favorecen; la casa de Moncada, se viene al suelo sacudida por el huracán de la desgracia que ha soplado sobre aquella familia como el torbellino de calamidades que asoló la casa y la felicidad del varón bíblico. Pepet tiene oro é inteligencia mercantil para apuntalar aquel edificio que se hunde. Si se le entrega la mano de la hija de Moncada, todo irá bien. Cruz salvará de la ruina al viejo industrial; de lo contrario, el crédito y la honra y la fortuna de los Moncadas se pierden sin remedio.

Pero Gabriela rechaza aquella boda, que le parece, y no sin fundamento, contrato de compra-venta, y cuando su padre, agobiado por la pesadumbre de su desdicha, quédase como abismado en su dolor, surge semejante á aparición celeste su otra hija Victoria, novicia en el convento del Socorro, vestida de blanco con una palma bendecida en la mano, y el público adivina que aquella figura celestial es mensajera de venturas. Dejando esta gratísima impresión, termina el primer acto.

Victoria es el reverso de la medalla de José Cruz; él es áspero como un cardo, ella delicada como una pluma; él ateo, ella mística; él todo materia, ella todo espíritu; se expresa él con el lenguaje soez y brusco del minero de California, ella con habla cariñosa llena de diminutivos; él es la fuerza bruta, ella la gracia delicada. No se necesita tener ojos de lince para comprender que el autor, al crear el carácter de Victoria, ha tenido muy presentes la vida y escritos de Santa Teresa. Durante el segundo acto, la religiosa hija de Moncada muestra en sus palabras la graciosa ingenuidad de la reformadora del Carmelo. El contraste que ofrecen estos dos personajes cautiva al público; se comprende que está allí la clave del drama, todo lo demás parece borroso; sólo las dos figuras se destacan perfectamente dibujadas y enfocadas, por decirlo así, convenientemente. La joven religiosa, inflamada por el ansia de sufrir é impulsada por sus éxtasis, se decide á sacrificarse en aras de la felicidad de su padre, y como en el circo romano la virgen cristiana se arrodillaba temblorosa en la arena ensangrentada con los ojos fijos en el cielo esperando el momento de ser despedazada por las fieras, así Victoria, obedeciendo el mandato divino, se ofrece en matrimonio al adusto y semisalvaje Pepe Cruz.

Esta escena acrecienta el interés dramático. Adivínase el comienzo de un combate terrible, batalla de dos almas, la una embutida dentro de la férrea coraza del brutal materialismo, la otra escudada tan sólo por su fe, duelo semejante á aquellos juicios de Dios en que se permitía al vasallo pelear desnudo con el caballero su ofensor cubierto de todas armas. ¿Vencerá en esta lucha terrible la fuerza material sobre la espiritual? ¿Ormuz inerme logrará la victoria sobre Ariman armado de punta en blanco? Tal es el problema que se plantea, tal el momento crítico del drama.

Pero en el tercer acto los caracteres se quebrantan y truncan. Las lanzas se vuelven cañas. Pepet no es ya el bravo luchador de América; se ha convertido en una especie de *tío Grandet,* tan mezquino como aquél, y que por ahorrarse un jornal compone él mismo el tejado de su fábrica. Con lo cual evidénciase que todo cuanto antes se ha dicho en la comedia acerca del talento industrial de Pepet, es falso, puesto que si el bueno de Cruz tuviese una sola chispa de esa especie de talento, sabría que en cualquier cosa en que se emplease, en vigilar, por ejemplo, á sus obreros, habría de obtener mayor utilidad que recorriendo el mismo las goteras de su finca. Pero hacía falta, para que la escena que luego sigue de la pelea con Daniel y la reyerta con Victoria fuese de más efecto, presentar al marido con aspecto feroz, y de aquí lo de la blusa sucia, lo del hacha, la cuerda y el tejado. El autor no ha parado mientes en que tales recursos, un poco burdos, tenían además el inconveniente de desvirtuar el carácter del personaje. Por su parte, Victoria deja á un lado su resignación cristiana, y se convierte en mujer peleadora y respondona. El ángel que en el primer acto aparece como visión celeste con la palma bendita en la diestra, que luego como mártir cristiana se lanza á las fieras y que acaba de decir que «á su imaginación sólo le queda libre el caminito del espacio donde se ven flotar las cosas futuras», conviértese en una esposa nada humilde, que con la mejor intención del mundo roba á su marido, se pone de parte del hombre de quien está celoso Cruz, y aún no contenta, exalta á éste y le aguijonea con sus punzadoras palabras.

El formidable duelo que se anunciaba en el segundo acto, queda reducido en el tercero á una reyerta casera; *el tigre de malas pulgas* ha perdido sus garras; en cambio el ángel de rizado plumaje saca las uñas. ¿Es bastante causa el amor que ha prendido en las dos almas para determinar cambio tan radical en ambos personajes? Cierto que el amor amansa las más ásperas condiciones de carácter y modifica las almas. La fábula de Hércules á los pies de Onfala, da de ello testimonio. Pero aun siendo esto así, ¿responde esta mudanza de los dos personajes á la expectación de los primeros actos? La explicación de tales metamórfosis hubiera podido ser fácil en la novela, en donde el autor cuenta con medios para mostrar paso á paso las diversas modificaciones que experimentan los personajes; en el drama estos cambios radicales han de ser motivados por una peripecia violenta, y que impresione al público y le explique además suficientemente la desviación de los caracteres. Como la explicación no es suficiente, los espectadores toman á risa la nueva fase en que la acción entra en los dos últimos actos. Razón existe para esa nueva fase, pero esa razón no está convenientemente presentada; así es que el público, al ver que el carácter enérgico, fiero, bárbaro, pero grande, de José Cruz, pierde lo de grande para quedarse sólo en lo de bárbaro, cuando se hace cargo de que aquel luchador de las selvas americanas se ha quedado reducido á un deshollinador de chimeneas, experimenta una decepción que lejos de hacer meditar hace reir. Lo mismo acontece con Victoria; la monja que en el acto segundo nos re-

cordaba á Santa Teresa, resulta una mujer mal educada, capaz de sacar de tino á la persona más reposada y pacífica.

A medida que la obra avanza, los dos caracteres principales se falsean más y más; el bueno de Pepet llega en el último acto á la categoría de lo grotesco. Aquel regateo con su mujer, á quien puede hacerla volver á su casa con un solo mandato, aquella desfachatez de la ex-monjita poniendo á precio el fruto de su vientre, aquel afán de despojar al marido de su dinero, no para que gane el cielo, que bien debe saber Victoria que aquellas concesiones de su esposo no son compra de terrenos en el paraíso, todo esto es tan ajeno, tan otro de lo que se cree adivinar en los dos primeros actos, que el público ve en ello algo del *ridículus mus* del parto de los montes. Casi me atrevo á asegurar que si la obra no hubiera estado amparada por nombre tan justamente respetado y admirado como es el de Galdós, *La loca de la casa* no hubiera llegado á puerto de salvación.

Porque además de estos defectos, que lo serían también en una novela ó en un poema, puesto que la identidad es siempre y en todo caso, condición esencial de los caracteres, la última obra de Galdós incurre en no pocos errores escénicos. Casi todos los personajes que intervienen en la acción son inútiles. ¿Qué le importa al público el escepticismo materialista de Jaime, ni el misticismo tonto de Daniel, ni las angustias de la marquesa, ni las letanías de la beata, ni las entradas y salidas de Huguet? ¿En qué contribuyen á la acción? Además, toda aquella gente, resulta un conjunto de tontos. ¿Por qué odian á Pepet? Gracias á él, Moncada se ve salvo de la ruina y de la deshonra; el mediquito y Gabriela tienen asegurada su fortuna, y la marquesa, si bien está á punto de perder su finca del *Clot*, ni es por culpa de Pepet, ni hay motivo para aquellos odios é insultos que le dirige. El místico Daniel es un ente ridículo; Mario ha hecho perfectamente en cortar la escena en que aquel beato grotesco pide á Cruz un rifle para suicidarse, si bien el director de la Comedia no ha tenido en cuenta que, al suprimir esta escena, dejaba como cabo suelto el duelo pendiente entre Daniel y Pepet.

Este pobre hombre, á quien todo el mundo llama bárbaro, bruto, bestia y otras lindezas semejantes, y en el que por contera ha tenido el autor el propósito de simbolizar el mal, nos inspira lástima, al ver cómo aquella familia, que cuando niño le trató poco menos que á un perro, le saquea, gracias á la habilidad de Victoria, y le arranca aquel dinero que, con riesgo de la vida y á costa de tremendos sufrimientos, ha logrado conquistar en su lucha tenaz por la existencia.

Aunque Victoria declare formalmente al terminar la comedia, que Pepet es la personificación del mal, sus palabras á nadie conmueven. José Cruz parece, más bien que la representación del mal, la imagen de la tontería, y la familia de Moncada, Jordana y la marquesa, una nube de parásitos, que por medio de la angelical Victoria, despluman á aquel pobre dragón, que paga, á la verdad, bien largamente el honor de haberse casado con una hija de su antiguo dueño.

Tampoco hablan siempre los personajes en armonía con las cualidades que el autor les atribuye. De

Cruz ya he dicho que, si algunas veces se expresa con la rudeza propia de su educación, otras declama como el más estirado catedrático. Victoria cambia también de lenguaje cuando cambia de estado, y unos y otros personajes emplean imágenes propias y exactas algunas veces, pero otras absurdas y dislocadas. Aquello de las aletas del dragón que raspan, y el plumaje de ángel que punza, es de mal gusto. Tampoco es frase feliz la que pone el autor en labios de Victoria, cuando dice: «Procediendo gradualmente, puede una usar como borla de polvos para la cara... la pata de un elefante.»

Fraseología es esta, empleada sin duda por Galdós, para seguir la costumbre de nuestros autores dramáticos, los cuales buscan el aplauso con esos falsos relumbrones.

Injusto sería negar que en *La loca de la casa* abundan los primores, las frases gráficas, los pensamientos atinados y profundos, que los diálogos, aunque excesivamente largos, están bien manejados, que la prosa es limpia y gallarda; pero todas estas perfecciones de detalle no consiguen dar á la obra de Galdós el mérito y grandeza que tienen otras producciones suyas. Una golondrina no hace verano, ni una equivocación disminuye en lo más mínimo la justa nombradía del autor de *Realidad*, de *Gloria* y de *Doña Perfecta*. Tampoco prueba su última comedia que le falten condiciones de dramaturgo; todos, hasta los más grandes escritores, flaquean alguna vez; que esta es condición humana á que se hallan sometidas las más poderosas inteligencias, entre las cuales se cuenta la de Galdós. Seguro es que encontrará en lo sucesivo ocasiones de hacerse aplaudir, no por el coro de alabarderos más ó menos distinguidos, sino por el público en masa y por cuantas personas acuden al teatro sin prejuicios favorables ó adversos.

Francisco F. Villegas.

ÍNDICE

	Páginas.
Historia de un Caballo, por el Conde León Tolstoy	5
El suicidio en sus relaciones con la civilización, por E. Caro	41
Francisco Coppée, por Julio Claretie	80
Un idilio durante el sitio, por Francisco Coppée	96
El salón de la condesa Merlín, por Sofía Gay	123
¡Buenos días, señor!, por Juan Richepin	133
El reloj viejo, por Eugenio Mouton (Merinos)	139
El delito político, por G. Tarde	144
Amor de mujer (poesía), por M. A. Caro	170
Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, por César Lombroso	171
Reseña crítica del centenario, por Cesáreo Fernández Duro	181
Crónica internacional, por Emilio Castelar	193
Impresiones literarias, por F. Villegas	198

España moderna

AÑO V NÚM. LI

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

MARZO—1893

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LA DIRECCIÓN DE LAS ALMAS

EN EL SIGLO XIX

A cabo de leer un libro que me ha arrojado de un golpe en otro mundo distinto de éste en que vivimos, en una esfera de ideas y de sentimientos tan diferente á la nuestra, que me hace suponer que el relato de esta excursión moral podrá no carecer de interés, al menos por el contraste que ofrece con nuestra existencia moderna, tan atareada, tan diversa, y, sobre todo, tan exterior.

Esta literatura de *Cartas espirituales* (1) necesita, para que se la tome gusto, de estaciones y de días propicios. Apenas soporta la vida de París. Requiere condiciones de soledad y silencio, una especie de clima moral que predisponga al recogimiento. Si mezcláis esta lectura al tumulto de la vida exterior, encontraréis muchos motivos para que gastéis vuestra impresión y para que disipéis su perfume. Pero supongamos que os retiráis con alguno de esos libros, de un estilo exquisito y poco común, al retiro de un campo, y que cada día leéis algunas páginas, bajo las amarillentas hojas del otoño, en medio de una paz profunda fuera y dentro de vosotros; seguro es que gustaréis mejor entonces cuanto existe de noble en ese comercio afectuoso entre algunas almas escogidas. Encontraréis también, no se qué sabor divino que penetrará hasta el fondo de vuestro ser. Llegará un momento en que os creeréis mejores. Y ¿quién sabe? Acaso lo lleguéis á ser, poniendo en contacto vuestra alma con esas otras que son la bondad, la pureza misma, y de las cuales se exhala como una fortificante virtud.

Tal es, en cierto grado, el efecto

(1) A propósito de la *Biblioteca espiritual*, publicada por M. de Sacy, de la Academia Francesa.

que acaba de producir en nosotros la lectura atenta y continua de cada uno de esos libritos, con los cuales el editor, encariñado con su obra, ha recogido los más preciosos restos de la literatura piadosa del siglo XVII. Es preciso no interpretar torcidamente el sentido de este título. En nuestros días, la literatura piadosa se ha mostrado singularmente estéril. No comprendo, bajo este nombre bien entendido, las obras de alta filosofía ó de polémica religiosa. Quiero hablaros de todos esos tratados de devoción vulgares que pueblan las librerías de menor cuantía. En el siglo XVII, los más ilustres obispos, los más grandes escritores, no se desdeñaban de trabajar para enriquecer el tesoro de aquella literatura edificante. Nada menos mezquino que esta verdadera piedad, cuyas condiciones y reglas nos han trazado Nicolás ó Bossuet, San Francisco de Sales y Fenelón. Estos maestros de la vida interna tienen horror á todo cuanto sujeta el alma, á todo cuanto la tiene cautiva en la fórmula y la rutina. Creen rendir homenaje á Dios haciéndola más libre, y bien claro manifiestan su afán porque vaya más derecha y más alta. Al mismo tiempo que son un modelo de piedad, sus obras son un modelo de sabiduría, de rectitud, de buen sentido, educado en un sentido liberal, porque es liberal todo aquello que eleva el espíritu y dilata el corazón.

Confesemos, sin embargo, para ser completamente sinceros, que lo que nos ha impulsado á esta lectura y retenido en ella es el atractivo literario tanto y más que el atractivo religioso. Las costumbres profanas de la vida del siglo, para hablar el lenguaje propio del asunto que tenemos entre manos, difícilmente nos permiten buscar en estos piadosos volúmenes otra cosa que los frutos de la edificación de la fe. Este ideal de pureza moral y de desinterés absoluto confunde y asombra nuestra debilidad. Siempre nos parece que Fenelón y Bossuet escriben y hablan para otras naturalezas que las nuestras, para otra humanidad. Sus consejos y advertencias espirituales vuelan más alto que nuestras almas. Esta busca curiosa de la perfección de la conciencia, no nos la podemos aplicar á nosotros mismos, puesto que en nosotros se agitan las pasiones más humanas: ¿no es preciso pensar en ser virtuosos antes de pensar en ser santos? El justo sentimiento de nuestras imperfecciones se nos aparece con la lectura de estas obras, penetradas todas de una especie de sentimiento místico que disminuye á nuestros ojos su utilidad. Débese temer, y con razón, que esta litera-

tura de santidad encuentre pocos lectores, puesto que sólo debe entrar en las almas escogidas que están á su nivel. Pero al interés de la ciencia mística hay que juntar la seducción de un arte consumado. Estas obras devotas son simplemente tesoros de psicología delicada y de bella literatura, tesoros desconocidos lo que duplica su precio. Que el más exclusivo racionalista abra por dondequiera uno de esos volúmenes; si es hombre de gusto, invenciblemente se sentirá poseído de calma. Si es artista, sabrá admirar esa lengua sutil y vaporosa, delicada y fuerte, esa penetrante energía del estilo, esa dulzura soberana, esa poderosa unción. Nada más bello se encuentra en las páginas mismas de Bossuet, que cierta carta escrita á una oscura hermana del convento de Jouarre, en la cual carta se expresa toda la fuerza del genio de su autor sobre los objetos más altos de la fe con una familiaridad llena de grandeza. En ninguna otra parte mejor que en las *Cartas espirituales* de Fenelón, se halla esta agilidad luminosa de una palabra que corre fecundándolo y exclareciéndolo todo. La sobriedad de Nicole encuentra á menudo un rasgo vivo y profundo, una imagen elocuente y justa. En su tratadito de *La debilidad del hombre*, su lógica se anima hasta llegar á la elocuencia. San Francisco de Sales reparte á manos llenas, sobre cada página de su libro, el encanto de la más rica imaginación y de la más espiritual candidez.

No temamos tratar de cerca y texto en mano, una cuestión de historia moral importante y poca conocida: la cuestión de la dirección de las almas y de la vida interior en el siglo XVII. Por distante que este siglo se halle de nuestras costumbres y hábitos literarios, tal cuestión nos ofrece vivo interés. Felices seríamos al comunicar á nuestros lectores algo de nuestra curiosidad hacia este asunto que toca al fondo más íntimo y á las más delicadas partes de la conciencia humana. Nuestro plan nos será muy riguroso: después de haber definido lo que es preciso entender por la dirección, seguiremos la marcha errante de los escritos de esos ilustres directores de la vida espiritual, San Francisco de Sales, Bossuet, Fenelón, tratando de caracterizar lo que hay de particular y de nuevo en cada uno de ellos, y recordando de pasada algunas de esas palabras que iluminan hasta las profundidades del corazón. No tenemos en esta materia pretensión alguna doctrinal. Desde un punto de vista completamente profano y laico, por decirlo así, nos proponemos considerar la cuestión. Historiadores

curiosos seremos, en modo alguno observadores y psicólogos. Con un fenómeno olvidado, presentando una fase completamente desaparecida de la vida moral, nos proponemos fijar la atención de nuestros lectores.

I

En ninguna época como en el siglo XVII, se han preocupado tanto los hombres de la vida interior, de sus condiciones y deberes. La frase misma nos resulta completamente nueva. ¿Qué es en la actualidad el hombre? ¿Qué la mujer de mundo? Para los unos la vida es un largo camino lleno de cuidados, para otros una disipación continua en fiestas y brillantes alegrías, para otros, en fin, una viva mezcla de negocios y placeres; pero en esta sucesión rápida de emociones violentas hay pocos intervalos de reflexión. ¿Dónde encontrar, en medio de los mil incidentes de la existencia, ese lugar moral, esa libertad de espíritu que permite que nos repleguemos sobre nosotros mismos y pensemos un poco en este huésped que consideramos como extranjero, en nuestra alma? La última cuestión que nos proponemos es seguramente la de nuestro perfeccionamiento moral. El interés, la diversión, la ambición, no son parte bastante á llenar la capacidad de nuestros cerebros. Cuando se corre tan desenfrenada carrera tras la fortuna ó el placer, ¿hay, en conciencia, tiempo de consagrar un pensamiento, una reflexión á tal cualidad ó á tal virtud que nos falta?

Lo esencial es no hacer nada que pueda comprometer la consideración de que gozamos. Nos acostumbramos á tomar así en la opinión la regla única de nuestras acciones, y se tiene por un pedante incómodo á cualquiera que exija más para sí mismo ó para los otros. ¿No es de esta manera como se gobierna el mundo, y, por ventura, en lo que dejamos dicho hay la menor exageración?

No viéndose más que este aspecto de las cosas, el alma se debilita y degrada. Como la descuidamos, ella también se descuida, é incomodada de sí misma, se derrama exteriormente para huir. Se siente acometida de vértigo y aumenta el movimiento de torrente que la arrebata. No tiene su propia posesión en este rápido deslizarse. Las sensaciones se acumulan, pero el ser sensible no se siente á sí mismo. Al perseguir tan furiosamente la vida se aturde con su propio ruido y pierde todo el aprecio hacia la vida misma.

Vivimos para nosotros mismos y en los otros. La ley religiosa es precisamente todo lo contrario, es vivir en sí y para los otros. El cuidado continuo del perfeccionamiento espiritual y la caridad: he aquí la ciencia de la moral evangélica. No pretendemos que el ideal de esta alta y difícil moral haya sido plenamente cumplido en el siglo XVII. Lejos de esto; estaban demasiado vivas las pasiones, las ambiciones eran demasiado ardientes, las costumbres demasiado libres y demasiado vecinas aún de la ciencia del siglo precedente para que sea permitido creerlo. Pero existía un correctivo poderoso para esta indisciplina: la costumbre de la vida interior. En medio de las existencias más frívolas ó tempestuosas, era raro que no se reservasen algunos instantes de silencio y de soledad para pensar en sí. La palabra de un predicador inspirado, la lectura rápida de uno de esos trataditos de teología ó de moral extraviados en las calles y en los *boudoir*, el encuentro de estas altas piedades de gran mérito, como la que consagra la vejez de Condé, eran circunstancias que sacaban al hombre de su disipación ó le despertaban de sus extravíos. Entonces, si la superficie del alma era poco cristiana, el fondo generalmenta lo era. En las horas tristes bajo la desgracia de la mala fortuna ó en el crepúsculo de una vida delincuente, al calmarse las pasiones, el fondo religioso reaparecía; la vida interior emprendía su curso, durante largo tiempo turbado, violentamente arrojado fuera de su camino, y volvía á menudo hacia el abandonado surco. Era el momento propicio para estos ilustres arrepentimientos, que preparaban á los más grandes hombres de aquel tiempo, á los ministros, á los cortesanos, á los militares, á las mujeres de mundo, santas muertes. Nuestro escepticismo se sonríe á la vista de las penitencias súbitas que rompen bruscamente con su antigua vida, en el momento de terminarla. Nosotros las suponemos, sin embargo, sinceras. No se reflexiona que estos golpes de la gracia, como entonces se decía, eran mucho más naturales de lo que ahora suponemos. Existía en el fondo de casi todas las almas una fe sorda, alguna cosa como el fuego oculto de un cristianismo interior que no esperaba para inflamarse más que una ocasión viva y oportuna. Sin duda que el mal era grande, y sólo una admiración ciega podría considerar estos tiempos como el modelo de la humanidad. El mal era grande, pero no carecía de correctivo ni de remedio. Apenas si existía una sola vida que no dedicase al cuidado de su alma una hora al día. ¿Qué tiempo es el que

dedicamos nosotros á ese cuidado?

El objeto de la vida interior, el lugar en donde se refugiaban las almas fatigadas por la ambición, engañadas por la fortuna ó desilusionadas del placer por haberlo esperado demasiado, era la costumbre del examen de conciencia. No nos sonriamos con esta frase. Filósofos como Séneca han recomendado esta práctica, la más sana y fortificante que existe en el mundo. Esta obligación de entrar en sí mismo de tiempo en tiempo y de interrogar al último fondo del ser, ese fondo que escapa á la mirada y á la apreciación de los hombres; una escrupulosa vigilancia que se ejerce sobre el nacimiento y desarrollo de las inclinaciones sobre la complicidad secreta del alma por el mal ó por la pereza de la represión; un vivo deseo de ser sinceros con nosotros mismos, una noble alegría (sin orgullo y sin presunción, porque esto lo echaría á perder todo) de sentirnos más valientes y más fuertes, ó lo que á menudo sucede, tristezas saludables, vergüenzas generosas que siguen á nuestras enfermedades ocultas, la humillación de encontrarnos lejos aún del objeto entrevisto ó esperado, y, para concluir, una decisión vigorosa que prepara el porvenir condenando el pasado, ¿no son una maravillosa higiene del alma, y la pura moral filosófica no la ha adoptado también? En el siglo XVII casi todo el mundo ejercía esta práctica; no recurrían todos á ella con igual eficacia, pero casi todas las gentes frívolas, lo mismo que las gentes austeras, se ejercitaban en ella. Para nadie eran perdidos esos momentos: el sabio se fortificaba; la frivolidad se veía obligada á pensar. No era esto una conversión, pero los más disipados, en sus horas de reflexión rápida arrojados en el curso de su vida, recibían algunos gérmenes de ideas serias que conservaban en medio de sus más locas alegrías, y que más tarde, en circunstancias tranquilas, podían fructificar.

La vida interior no era sólo entonces una costumbre; era casi un arte. Las almas ávidas de perfección y amantes de Dios, no se contentaban con la práctica de la piedad vulgar; tenían necesidad de alguna otra cosa más sabia y refinada. La virtud, la piedad, la devoción, tales eran los grados del perfeccionamiento místico por los que penosamente iban subiendo, deteniéndose á cada paso para darse cuenta del camino, para tomar aliento y continuar con corazón valiente esta atrevida ascensión hacia el cielo. Elegían objeto tan alto y seguían vías tan rudas, que no es maravilla que tuviesen necesidad de auxilios particulares y de apoyo. De aquí nació esa

ciencia del gobierno de las almas que se ha llamado dirección espiritual, y de la cual tenemos á la vista curiosos monumentos.

La dirección de las almas es la vida interior gobernada y perfeccionada. Mas nótese bien; se trata de un gobierno particular, no general. La moral cristiana á todos conviene. En sus grandes y vastos preceptos abraza la universalidad de la vida y del mundo. La dirección, por el contrario, es la conducta especial de un alma, y se modifica de mil maneras según el temperamento religioso de cada una. Aplica el remedio allí donde hace falta, desigualmente activo según la naturaleza y gravedad del mal. Todas esas almas bellas tienen su herida íntima y su llaga que sangra en secreto. Es preciso examinarla, sondarla con la vista y con la mano, y tratarla con cuidados infinitos y con un arte tan delicado como preciso. Padecen las unas exceso de escrúpulo. Es la enfermedad de las almas puras á quienes espanta la sombra de un mal pensamiento pasando sobre el fondo inmaculado de la conciencia. Las otras, desiguales y sobreexcitadas, caen desde un arrebato inmoderado de amor y de alegría, en un abatimiento sombrío y en una aridez que las desespera. *No son sensibles,* según dicen; se imaginan que no aman á Dios porque no gozan en amarle. Otras, en fin, nacidas para las grandes aventuras del espíritu, tienden á una perfección quimérica que las aleja de la verdadera. A cada una de estas almas en pena, es menester hablarles en su lenguaje; es preciso emplear distintos medios, según los casos, reprimir, animar, consolar, dirigir; es menester emplear todos los tonos: la dulzura, la autoridad, y algunas veces la amenaza y hasta la ironía, teniendo siempre presente que la discreción debe procurar constantemente no irritar el mal contristando al enfermo. Se ve, pues, cuántas dificultades existen en la práctica y qué cantidad de tacto, de penetración en el espíritu, de seguridad en la mano es necesaria para cuidar estas almas heridas por modos tan diversos. En este nivel de perfección, el más ligero error sería de excesiva gravedad.

Algo más de dulzura, un poco más de severidad que la necesaria, ocasionaría que esta ó la otra imaginación se aventurase en vías peligrosas, ó que esta ó la otra voluntad se abatiese ó languideciese. Una sola alma que haya que guiar, supone responsabilidad grande. Esta alma será todo ó nada, según lo que queráis que sea.

Fácil será de comprender que la dirección es más bien un privilegio

que un derecho común. No todos los fieles podrían pretenderle de igual modo. Es preciso, para ser dirigido en las vías de la alta devoción, que se posea algún mérito particular, del cual no siempre sabemos darnos cuenta á esta distancia del tiempo, pero que ha provocado en algunas almas predilección y atención especiales. A veces una humilde mujer, como la hermosa Cornuau, retiene durante veinticuatro años, fijos sobre ella y sobre los movimientos más delicados de su corazón, las miradas y la atención de Bossuet. Otras, una dama ilustre por su rango en el mundo y notable por su viva piedad, como Mad. de Chantal, es objeto de los cuidados de San Francisco de Sales, ó como Mad. de Manthezon, de los de Fenelón. En general, es en las clases más elevadas de la sociedad, donde la dirección se ejerce. El ejemplo de la hermosa Cornuau es raro. Existe cierto lazo natural y recíproco entre el celo de estos grandes prelados y la piedad patricia. Uno y otro están entre sí como uña y carne. Temo que la distinción de clases no se conserve en ese nivel, y que exista algo de espíritu aristocrático en la predilección de que se deja hecho mérito. De todos modos, aunque así fuese, ¿habría mucho de qué asombrarse? La falta, más sería de los tiempos que de los hombres. Ese comercio espiritual supone tales refinamientos de delicadeza, tal quintaesencia de piedad, y un amor á la perfección que jamás se encuentra, si no es en ciertas condiciones de cultura intelectual, y esas mismas condiciones raramente se encontrarían entonces, fuera de las grandes casas en que las tradiciones de familia, sostenidas por una educación distinguida, obligan á pensar más alto que el resto de la humanidad. Actualmente todo esto ha cambiado. Creemos de buen grado que la dirección espiritual se ha acomodado al progreso social y se ha hecho más dúctil.

Es además preciso comprender que estas elecciones especiales de un alma no perjudicaban á nadie. La dirección no usurpaba ninguno de los derechos reservados al tribunal de la penitencia. En todo caso, los directores de la vida espiritual establecían esta distinción de los dos órdenes y de las dos esferas de acción: la confesión y la dirección. El director no es el mismo que el confesor. Al uno se debe la confesión de las faltas, al otro la confidencia de las penas secretas y de las tribulaciones. Tiene el uno el poder de absolver, el otro no tiene más que el poder de consolar. El uno es, por decirlo así, el ministro impersonal de Dios, el otro es un

amigo superior, un confidente y un maestro. ¿Quién no verá que en el dominio de las cosas espirituales como en las de la vida ordinaria, la amistad particular es un don gratuito? Se le concede ó se le retiene á quien se quiere; pero no se le da á nadie. Todo fiel tiene derecho á la penitencia, nadie tiene derecho absoluto á ese comercio especial de la dirección. Parecerán acaso sutiles y ociosas estas distinciones, del mismo modo que nos parecen extrañas las ideas sobre que ellas se apoyan. Sin embargo, poseen su importancia por lo menos histórica, puesto que estas ideas tienen su asiento en las costumbres de nuestros antepasados. El desdén en esta materia sería injusto. Creo que nada hay indiferente allí en donde por cualquier concepto interviene la conciencia.

No temo insistir. Estas especiales afecciones que existen en la dirección espiritual, están en conformidad con el más puro espíritu del cristianismo y de su tradición. Oigamos á San Francisco de Sales, excusándose de hacer condiciones particulares hacia la piedad en medio de los asuntos y preocupaciones de una extensa diócesis. «¿Quién no sabe que Timotea, Tita, Filemon, Onésimo, Santa Tecla, Apia, eran los hijos queridos del grán San Pablo, como San Marco y Santa Petronila lo eran de San Pedro? ¿No escribió San Juan una de sus epístolas canónicas á la devota dama Electa? Es un trabajo, lo confieso, conducir á las almas particularmente, pero un trabajo que consuela, parecido al de los segadores y vendimiadores, que sólo quedan contentos cuando se ven agobiados bajo el peso de los frutos. Es un trabajo que dilata y aviva el corazón por la suavidad que proporciona á los que lo emprenden como el cinamomo á los que lo portean en la Arabia Feliz. Se dice que cuando la tigre encuentra á uno de sus hijuelos que el cazador le deja en el camino para despistarla mientras que él se lleva el resto de la cría, lo coge la fiera, por gruesa que sea, y más ligera que de costumbre emprende la carrera para ocultarlo en su guarida. ¿Cómo, pues, un corazón paternal no ha de sostener un alma que encuentre en el camino de la santa perfección llevándole como la madre hace con su hijo, sin resentirse con el peso del ser bien amado? Pero es menester que sea aquel un corazón paternal; por esto los Apóstoles y hombres apostólicos llaman á sus discípulos, no sólo hijos suyos, sino más tiernamente, sus pequeñuelos.» A esta nomenclatura de ilustres ejemplos sacados de las entrañas mismas del cristianismo hubiese podido añadir el piadoso obispo mu-

chos nombres, entre otros los de grandes damas romanas que San Jerónimo dirigió desde el fondo de su soledad y el de la devota Florentina á la que escribía San Agustín. Es, pues, un hecho esencialmente cristiano, el de la dirección de las almas; puedo añadir que es un hecho exclusivamente cristiano. Temo, aunque no lo diga, no poder seguir en todas sus conclusiones una obra de ciencia delicada y de moral exquisita (1). El autor se ha propuesto mostrar en las *Cartas á Sucilio*, el principio y como el origen de la dirección espiritual. Nada más ingenioso que las pruebas que encierran todas sus citas, hábilmente reunidas, y las analogías que presenta, verdaderamente curiosas. Se queda uno encantado y casi convencido. Para mejor convencerme he vuelto á leer el libro y el encanto se ha disipado. Se encuentra de este extraño compuesto de moralista elocuente y de sofista, algo del Séneca que todos conocemos. En vez de un consejo afectuoso, excrutando con severa compasión los sufrimientos particulares del alma bien amada y sacando del fondo del corazón las palabras que pueden curarla, se encuentran hábiles desarrollos sobre un objeto dado, avisos aplicables á todo el mundo, fragmentos de un tratado de moral colocados en forma de carta por obra del azar. Séneca pudo presentir quizá esa amistad particular por un alma que es el principio de la dirección espiritual. Pero de seguro no sintió ni las conmovedoras ternuras que ella supone ni su devoción. Me atrevería á preguntar si ama á Sucilio de otro modo que como á discípulo, iba á decir como á un eco que le devuelve esta voz brillante, cuya filosofía, poco cándida, resulta tan cándidamente encantadora.

La forma más elevada y más pura de la amistad ha comenzado con el cristianismo. Ella durará tanto como él. Tiene, sin embargo, preciso es decirlo, sus secretos peligros y de naturaleza sumamente delicada. Fenelón no los disimula en una admirable carta sobre la dirección en que todo está resumido con una precisión rápida que no es propia de sus costumbres literarias. «Las cosas mejores son las más difíciles, porque su abuso es peor que el de las cosas menos buenas. He aquí por qué la dirección está tan desacreditada. El mundo la mira como el arte de guiar los espíritus débiles, sacando partido de ellos. El director pasa por un hombre que se sirve de la religión para insinuarse, para gobernar, para satisfacer su ambición,

(1) M. Martha: *Los moralistas bajo el Imperio romano.*

y se supone á menudo que la dirección, teniendo en cuenta el sexo, tiene mucho de divertimiento y de irrisión. Tantas gentes hay que sin pertenecer ni á los escogidos ni experimentados se ponen á conducir almas, que no debe asombrarnos que lleguen á menudo á cosas irregulares y poco edificantes. Desarrollando más adelante con fuerza esta misma idea, de la cual se preocupa lo mismo que Bossuet, quiere que se huya con horror de todo lo que tienda al divertimiento y al agrado. Nada debe haber que no sea serio, modesto y edificante en las conferencias en que se trate puramente de la vida eterna. El director pierde su autoridad, rebaja su ministerio y perjudica mortalmente á las almas, cuando observa conducta poco grave ó poco reservada. La desgracia estriba en que las personas débiles, como lo suelen ser las mujeres, encuentran demasiado frío y seco todo lo que es serio y alejado de lo agradable. Creen que no se las escucha si no se las deja decir cosas inútiles antes de entrar en la cuestión. Buscan un comercio de vana consolación más bien que un consejo recto y vigoroso para ir hasta Dios. Por esto rechazan directores que podían serles muy útiles y buscan á los que no tienen inconveniente en perder el tiempo con ellas.

»¡Oh! Si supiesen lo ocupado que es el tiempo para los sacerdotes, encargados de rezar por sí mismos y por toda la Iglesia, de meditar profundamente sobre la ley de Dios y de trabajar para dirigir á tantos pecadores, sin duda que temerían desperdiciar tiempo tan precioso empleándolo en discursos superfluos.»

Estos peligros nada tienen de imaginarios. Por esto se ve á San Francisco de Sales y á Fenelón ocupados en trazar reglas de soberana sabiduría para la elección de director. «Elegid uno entre mil, dice el P. Avila, y yo digo — exclama San Francisco de Sales — elegidlo entre diez mil, que no son menos los que pueden ser considerados capaces para tan arduo oficio: hace falta estar lleno de caridad, de ciencia y de prudencia: si falta alguna de estas cualidades, la elección es mala.» Fenelón insiste mucho sobre este particular: «como no se puede ni comparar las perfecciones de los hombres, ni conocer el fondo de su ser, nos dañan las muestras exteriores que es preciso tener en cuenta, tales como la vida retirada, la conducta constante en los distintos empleos, la paciencia, la dulzura, la igualdad, la franqueza, el alejamiento de toda diversión y placer, la firmeza en las buenas máximas sin violencia y sin exceso, la experiencia en la oración y en las cosas exteriores; en fin, cierta reserva

para dar el auxilio necesario á las personas á quienes conducimos sin caer jamás en conversaciones inútiles. Sin esto, la elección no será buena».

El mismo Fenelón se espanta de la perfección que hay derecho de exigir á un director. «¡Cuántos hay que *conducen* sin ciencia ni piedad y sólo con algunas apariencias engañosas! ¡Cuántos que no poseen más que una ciencia seca y abstrusa! ¡Cuántos que tienen ciencia y piedad, pero una piedad sin experiencia y que no conocen más que las afueras de la casa de Dios! ¡Cuántos otros que sólo tienen experiencia sin ciencia! ¿Dónde, pues, están los otros? ¡Qué pequeño es su número! ¿Dónde están y quién se atreverá á esperar que ha de encontrarlos?

»Por mi parte, lo confieso, encuentro otro mal, al cual soy particularmente sensible. A fuerza de tribulaciones secretas y de turbaciones, temo que el alma devota no se canse de sus luchas, no se entregue completamente en manos de otro, y no busque su reposo en una abdicación. Este temor me acomete involuntariamente cuando veo la inquietud de esas imaginaciones que una nonada turba y desespera, y que fatigan al director con escrúpulos inocentes. En este estado de la devoción superior, no es posible permitir, sin consultarlo, una sola indicación, un solo suspiro, un solo gesto del alma. Se tiene pavor de todo ello, y, sobre todo, de sí mismo.

»El deseo de aspirar á la perfección produce un terror de perderla, que paraliza el movimiento interior, la vida propia. Cada fenómeno, hasta los más pequeños, cada nuevo estado, tan pronto como se manifiesta, es objeto de inacabables comentarios. Se razona sin tino sobre tal desvanecimiento ó distracción ocurridas al tiempo de orar. El exceso de análisis acarrea el peligro de matar la vida interior casi tanto como la ausencia de reflexión. Analizando así, sin cesar, el alma se inmoviliza por el temor de caer. Sé bien, y tengo innumerables pruebas de ello, que los directores de la vida interior luchan con todas sus fuerzas contra esta perniciosa tendencia, que no es en su lengua más que una forma refinada de la tentación. Todos sus consejos van á excitar á esas pobres almas propensas al temor, y á conmover sus corazones, que el escrúpulo aterroriza. Pero esta tentación es casi inevitable, y brota casi infaliblemente de la práctica de la dirección. Se encuentra no sé qué pereza agradable en este abandono de uno mismo en manos de otro. La vida personal es un honor, pero es al mismo tiempo

una fatiga, y creyendo renunciar solamente al honor y al orgullo de vivir por nosotros mismos, se renuncia á la vez á la fatiga de elegir y á la responsabilidad de la elección.

La apariencia de la humildad puede ocultar, aun en este exceso de la vida espiritual, no sé qué fondo de inercia y dejadez, que se acomoda voluntariamente á un estado pasivo, y que nos hace que gustemos más ser el barco que el gobernalle. Es una especie de felicidad sentir que no nos pertenecemos, porque se espera vagamente que no tendremos necesidad de responder por nosotros. ¿No existe aquí un verdadero mal? ¿Qué prudencia consumada no es menester en un director para salvar las almas que han acudido á él? He aquí el peligro más serio de la dirección. Bajo ningún pretexto, el alma no tiene derecho á abdicar su propia responsabilidad; no tiene derecho á renunciar á la noble fatiga de vivir.»

II

Nos hemos apresurado á salir de estas generalidades para ver la dirección en acto de uno de sus más ilustres representantes. Citaremos mucho; es la única manera de que pueda ser apreciada la obra viviente de la dirección. San Francisco de Sales es unánimemente reconocido como el más ilustre maestro de la vida interior. Fenelón le dedica en muchas ocasiones alabanzas finas y delicadas. «Su estilo cándido—escribía á Mad. de Montbezon (recomendándole la meditación de sus obras)—muestra una amable simplicidad, que tiene en sí todas las gracias del espíritu profano. Se ve en él un hombre que, con grande penetración y perfecta delicadeza para juzgar del fondo de las cosas, y para conocer el corazón humano, no sueña más que en hablar como hombre sencillo, á fin de esclarecer y perfeccionar á su prójimo. Nadie conoce mejor que él la más alta perfección; pero tiene preferencia por los pequeños, y nada desdeña jamás. Se iguala con todos, no para complacerlos, sino á fin de ganarlos para Jesucristo y no para sí.» En el mismo orden de ideas encontramos una frase encantadora: «Todo aquí es consolador y amable, aunque sólo aconseja á morir. Todo es en él experiencia, sentimiento y luz de gracia.» Sigamos un poco al azar esta luz de gracia, de la cual están llenas sus obras.

La *Introducción á la vida devota,* no es un tratado general de dirección, es una serie de reflexiones particulares dirigidas á Filotea y

reunidas más tarde, después que el autor hubo puesto en ellas un poco de orden y de enlace. Sabemos que Filotea es Mad. de Chantal, una de las santas más amables de los tiempos modernos y la hija espiritual del piadoso obispo. Aunque el plan de la obra no es muy riguroso, hay, sin embargo, cierto fondo de regularidad que no se nota al principio. Es la iniciación de un alma verdaderamente llena de honor y de virtud en los secretos de la verdadera devoción y su conducta sucesiva al través de los ejercicios convenientes, hacia el término más elevado de la vida religiosa, á la unión con Dios. El santo director coge esta alma desde su primer deseo de la vida devota; la sostiene y le da valor para convertir su deseo en una entera resolución, la afilia poco á poco en la práctica, y una vez que ha entrado felizmente en esta vida nueva, toma á pechos hacerla recorrer los diversos grados de la perfección mística, enseñándole la manera de orar bien, de orar siempre, llenando, no obstante, los deberes de su estado y de poner, por decirlo así, á Dios, en cada una de las situaciones de su vida. Dirigirla hacia las verdaderas virtudes poniéndola en guardia contra la seducción de los falsos, contra toda especie de tentaciones, contra las tristezas y los desfallecimientos. En fin, cuando ya está dentro de estos caminos, hacerla *que se reconcentre en sí misma, para descansar, para tomar alientos y reparar sus fuerzas, para que pueda en adelante avanzar en su camino;* tal es el asunto de este delicioso librito, que no es, después de todo, más que la historia de un alma que sufre el mal del cielo, curándola de su mal por la oración y la caridad.

El plan no es nada, los detalles son todo. No es posible imaginar una piedad más llena de resplandor en un guía espiritual. Arde en deseo de retirar esta alma de los lazos del mundo y de comunicarle el gusto por las cosas divinas, después del cual todas las demás desagradan. Pero esto no excede un solo instante el derecho riguroso de la dirección. Nada iguala la discreción de su ternura ni la delicadeza de sus consejos. Tiene horror á esas violencias de celo que, bajo pretexto de conducir el alma al heroísmo religioso, le inspiran un dañino espíritu de rebelión contra la familia y el mundo en que su condición la obliga á vivir. He aquí algunos pensamientos de San Francisco de Sales que esclarecen por completo esta moderación exquisita y este tacto perfecto: «Dios—dice—dispone en la creación que las plantas lleven su fruto según su género; del mismo modo manda á

los cristianos, que son las plantas vivas de la Iglesia, que produzcan frutos de devoción cada uno, según su vocación y cualidad... Es preciso acomodar la práctica de la devoción á las fuerzas, á los negocios, á los deberes de cada hombre en particular. Yo os lo suplico, Filotea. ¿Sería conveniente que el obispo quisiese ser un solitario como los cartujos? Y si los casados obrasen como los capuchinos, si el artesano estuviese todo el día en la iglesia como el religioso, esta devoción, ¿no sería ridícula, desarreglada é insoportable? No, Filotea; la devoción á nada perjudica cuando es verdadera, antes bien, todo lo perfecciona, y, cuando es contraria á la legítima vocación de cada uno, es, sin duda, falsa... No solamente la verdadera devoción no perjudica á ninguna especie de vocación ni de negocios, sino que, por el contrario, ella los adorna y embellece: el cuidado de la familia más apacible, el amor del marido y de la mujer más sincero, el servicio del príncipe más fiel y toda suerte de ocupaciones más suaves y amables. Dondequiera que estemos, podemos y debemos aspirar á la vida perfecta.»

Francisco de Sales no olvida jamás que escribe para una persona obligada á mantener su rango en el mundo, esforzándose por marcar el justo medio entre dos extremos igualmente perjudiciales que consistían en buscar ó en huir con exceso la sociedad. En este justo medio cuidadosamente observado reside la verdadera *devoción civil.* Sólo prohibe á Filotea las conversaciones malas. «Las otras conversaciones tienen como fin la honestidad, como son las visitas mutuas y ciertas asambleas que se hacen para honrar al prójimo. En cuanto á éstas, conviene ni ser supersticioso en practicarlas ni ser tan incivil que se las desprecie, sino satisfacer con modestia el deber que ellas suponen, á fin de evitar la rusticidad y ligereza.» Es este un vicio, dice expresamente, tan riguroso, agreste y salvaje, que ni se permite á sí mismo ni permite á los demás el más ligero recreo. Para todos los que no hacen peligrar para la virtud, no hay necesidad, para usar bien, de ellos más que de la correspondencia que da á cada cosa la importancia, el tiempo, el lugar y la medida. Danzad y jugad, siempre que sea por recreo y no por afecto, por poco tiempo, y no hasta abandonarse ó dejarse arrastrar. Danzad y jugad para condescender ó complacer á la honesta sociedad en que vivís, según os aconseje la discreción y prudencia; porque la condescendencia, *renuevo de la caridad,* hace buenas las cosas indiferentes y las perniciosas permitidas. De las

danzas, os digo, Filotea, lo que los médicos dicen de las setas: las mejores no valen nada; y yo os digo que los mejores bailes no son buenos: si no hay más remedio que comer setas, cuidad de que estén bien condimentadas. Si es preciso ir al baile, cuidad que vuestra danza tenga la debida compostura. Mas ¿cómo ha de ser esta compostura? Modesta, digna y con buena intención.» ¿No es esta una devoción que tiene mucho encanto? ¿Y no hay una especie de sonrisa en esta sabiduría que conduce á Filotea á las puertas del baile?

No creáis, sin embargo, que la vigilancia del pastor duerme un solo instante. Vivo y presente está á la cabeza de todos los acontecimientos y aun de los simples movimientos del corazón. No ignora que en esto estriba el encantador peligro de las almas generosas, y que las más amables cualidades pueden ser enredadas en estos lazos. Las almas secas están al abrigo del peligro: en su frialdad estriba su seguridad. El que no es amable difícilmente ama. Mas la bondad, la ternura, la sensibilidad, son cualidades que atraen el amor; he aquí lo que el buen obispo teme por su querida Filotea. Sobre esta delicada materia insiste mucho. «El amor ocupa el primer lugar entre las pasiones del alma, *es el rey de todos los movimientos del corazón*. Convierte todo lo demás á sí. Tened, pues, buen cuidado, Filotea mía, de que éste no sea malo, porque seréis entonces mala.» Hay en esta parte del libro toda una psicología del amor, en que se revela bajo formas de una adorable sencillez una experiencia profunda. San Francisco de Sales indica al principio á Filotea las variedades de la frívola y mala amistad, y mezcla con este análisis de las debilidades del corazón vivos retratos sacados del mundo. Escogeremos algunos casi al azar. «La amistad fundada en la comunicación de los placeres sensuales es grosera é indigna del nombre de amistad, del mismo modo que la que se funda en virtudes frívolas y vanas, porque estas virtudes dependen también de los sentidos. Llamo *virtudes frívolas* á ciertas habilidades y cualidades vanas á que los espíritus débiles llaman virtudes y perfecciones: oid hablar de las mujeres y de los hombres jóvenes, y de seguro oiréis decir: tal caballero es muy virtuoso, reune muchas perfecciones, porque baila bien, juega bien á toda especie de juegos, viste bien, canta bien, requiebra bien y tiene linda cara. Así, pues, como todo esto se refiere á los sentidos, las amistades que de ello provienen se llaman sensuales y merecen más bien el

nombre de retozo que el de amistad. Estas son de ordinario las amistades de la juventud que se prenda de los mostachos, de los cabellos, de las miradas, de los trajes, del orgullo, de la palabrería, amistades dignas de la edad de los amantes *que no tienen todavía ninguna virtud más que en embrión, ni ningún juicio más que en capullo.* Estas amistades no son más que pasajeras y se funden como la nieve al sol. Y como estos tontos amores van ordinariamente á confundirse y abismarse en sensualidades muy feas, si es que esto no es el primer designio de los que las ejercen *solamente se detienen á engañar los corazones con deseos, suspiros, anhelos y otros tales poderíos y vanidades.*» Nadie excede al sabio director en penetrar en las frívolas pretensiones de la vanidad y en los motivos que se ocultan en el fondo de lo que llama desdeñosamente los *amoríos del mundo.* «Los unos no tienen otro objeto que hartar sus corazones en dar y recibir el amor, siguiendo en esto su inclinación, y estos tales no miran á nada para la elección de sus amores, sino á su gusto é instinto, fijándose solamente en lo agradable, sin examinar lo interior: comenzaron esta comunicación de amoríos, y se enredaron en las miserables mallas, de las cuales difícilmente podrán escapar. Los otros se dejan ir por vanidad, aun estando avisados, que no se obtiene pura gloria en dejarse ligar y prender por el amor. Estos, haciendo su elección por la gloria, arman sus lazos y tienden sus redes en lugares especiales, raros é ilustres; los otros se dejan guiar ó por su vanidad ó por su inclinación ó por ambas cosas á la vez.» Y se dirigen á las mujeres vanas que quieren causar amor sin dejarse prender por él. «¡Cuánto peligro en este juego!—exclama el santo. Creeréis que no recibís una centella de ese fuego de amor, y os asombraréis de ver que en un momento os habrá inflamado todo el corazón, reduciendo á ceniza todas vuestras resoluciones y convirtiendo en humo vuestra reputación. ¡Oh locos é inocentes! ¿Creéis encontrar el amor porque lo manejáis á vuestro gusto? ¡Qué ceguedad es esta de jugar así contra gajes tan frívolos la joya principal del alma! ¡Ay! Tenemos poco amor hacia aquellas cosas que son necesarias para amar á Dios, y sin embargo, ¡miserables de nosotros!, lo prodigamos y derrochamos en cosas tontas, vanas y frívolas, como si aquel amor nos sobrase. Toda composición con el enemigo conduce el alma á su pérdida. No digáis jamás, le daré oídos, pero le cerraré el corazón. ¡Oh mi Filotea, por Dios! Sed rigurosa en tales ocasiones; el corazón y los

oídos tienen entre sí íntima relación, y así como es imposible poner dique á un torrente que desciende por la falda de la montaña, así también es difícil impedir que el amor que cae en el oído no apresure su caída hacia el corazón... Tengo lástima á cualquiera que cae en estas redes de amoríos: cortad, tronchad, romped. No conviene detenerse á descoser estas locas amistades; es preciso arrancarlas. No basta desasir las ligaduras, es menester cortar y romper esos lazos que nada valen.»

Es cosa sabida que San Francisco de Sales no temió peligro alguno de esos amores vulgares para la querida alma que él dirigía. «Filotea tiene el corazón demasiado grande para dar albergue á este *enjambre y hormiguero de locos amores y retozos*. Pero el mal tiene infinitos medios para tentar el alma, y no se dirige á los nobles corazones como á los corazones frívolos. Los tienta, por decirlo así, por medio de su propia grandeza. De todos los peligros, éste es el más temible porque es el más delicado. El amor es ingenioso para disimularse bajo las exterioridades de la piedad, del desinterés y de la virtud, trata al principio de alcanzar el nivel de las grandes almas, después por insensibles pasajes las atrae hacia sí.»

He aquí lo que nos muestra con una rara delicadeza el santo obispo: «La miel de Heraclea, que es tan venenosa, se parece á la otra miel que es tan saludable; gran peligro hay en tomar la una por la otra, ó de tomarlas juntas, porque la bondad de la una no impediría lo nocivo de la otra... Se comienza por el amor virtuoso, pero si no es bien fuerte, se mezclará con el amor frívolo, siguiendo luego el amor sensual; sí, hasta en el mismo amor espiritual hay peligro, si no se tiene la suficiente fortaleza para estar en guardia.»

Animándose después en la persecución de este pernicioso amor, lo analiza y lo penetra en todas sus perfidias secretas y lo presenta opuesto en todos sus rasgos á la verdadera amistad. «La amistad mundana produce ordinariamente un gran cúmulo de dulces palabras, un gran halago de frasecillas apasionadas y de alabanzas sacadas de la belleza de la gracia y de las cualidades sensuales; pero la amistad sagrada tiene un lenguaje simple y franco; no puede alabar más que la virtud y la gracia de Dios. La falsa amistad produce una desviación del espíritu que hace vacilar á la persona, impulsándola á miradas afectuosas, melindrosas é inmoderadas; á caricias, á suspiros desordenados, á quejas por el ser ama-

do, á los pequeños, pero buscados y atrayentes gestos, presagios ciertos de una ruina próxima de la honestidad; pero la amistad santa no tiene más que ojos sencillos y púdicos, ni más caricias que las puras y francas, ni más suspiros que por el cielo, ni más quejas que cuando Dios no es amado.» Tales son las señales infalibles en que Filotea reconocerá la honestidad sincera de los afectos. Si ella se equivoca será porque quiera. Su ignorancia no disculpará su falta. Se siente en sus consejos que el amable santo que los da es un caballero nacido en el gran mundo, y dirigiéndose á una mujer también de alta alcurnia. Tiene el estilo de la cortés sociedad de entonces, el estilo casi de Astrea, transportada á la esfera de la más alta espiritualidad.

Estos consejos de dulce y penetrante sabiduría son de todos los tiempos; su oportunidad es eterna. Lo que cambia, lo que envejece, es el lenguaje, la forma exterior de los sentimientos. No existe diferencia más que en la superficie. El corazón humano es siempre el mismo en sus ilusiones voluntarias que en sus instintivas perfidias. Cambiemos algunas palabras en el lenguaje de San Francisco de Sales y veremos cuánto se ajustan sus avisos á nuestro tiempo y á nuestras costumbres. No se trata al presente de males secretos, de esa amistad espiritual y de buena intención entre personas de diferente sexo, en virtud de la que dos almas, bajo el pretexto de comunicarse sus afectos piadosos, se comunican sus debilidades, sus vanidades, acabando una y otra por encontrar la ocasión de una caída. Hoy un hombre no busca á una mujer para consagrarse en común á la lectura de la vida de los santos. Tienen otro nombre actualmente las amistades que tan peligrosas eran á San Francisco de Sales. Se forman bajo otros pretextos. No deja, sin embargo, de ser la espiritualidad la ocasión aparente y el punto de partida; pero es una espiritualidad profana y completamente novelesca en que la devoción no entra para nada. Dos almas se encuentran (hablo en primer lugar del alma porque de ella en rigor es de quien se trata); se invitan y se atraen por todo género de cualidades y por una gracia indefinible que las seduce. Cada una de ellas encuentra en la otra algunos rasgos de esa generosidad, de esa grandeza por ella soñada, algo, en fin, como suele decirse, de *su ideal*. Se piensa que se ha encontrado al fin y se acaba por decirlo, se deja adivinarlo, si es que no se confiesa, aquello es más peligroso que la confesión misma. Estos son los deslumbrantes preludios del afecto naciente, y en este perío-

do del primer encantamiento todo se traduce en nobles deseos. Se establece entre las dos almas una especie de emulación caballeresca en bien obrar, en sentir generosamente y más alto que el resto del mundo para hacerse más digna la una de la otra y encontrarse al mismo nivel. La virtud parece demasiado fácil á estas imaginaciones exaltadas; se comprenden hechos difíciles y se aspira á más raros triunfos: se invoca una de esas circunstancias excepcionales á fin de que brote de ellas el heroísmo que se siente latir en el corazón. La ocasión llega al que la espía al paso y más pronto para estos amantes del ideal. A fuerza de estudiarse mutuamente, de descubrimiento en descubrimiento se llegan á persuadir de que existen en ambas almas un tan gran número de puntos de contacto y de tan visibles relaciones, que tratan de explicar por una de esas armonías preestablecidas, forjadas en una vida anterior, ó esperadas en la vida futura y de las que se hace honor á Dios. Comienza el segundo período: el del heroísmo. Nada menos que esto hace falta para aplazar para otra vida los placeres ideales de este himeneo espiritual tan visiblemente providencial y para apartarse de las circunstancias ó de las personas que nos distraen de la vida en que está la felicidad. Se eleva entonces como un grande huracán en las profundidades del alma, huracán furioso de deseos quiméricos y de pasiones violentas. Nos animamos á la lucha, el heroísmo rebosa de los bordes de la vida. El alma se asombra de su valor, se exalta y se embriaga en este bello espectáculo que se da á sí misma, goza con su fuerza y siente el vértigo de su grandeza. Esperad un poco; su triunfo se convierte en lazo. Segura de sí misma y de su difícil victoria, no cree que sea oportuno combatirla, pero reflexiona dolorosamente acerca del combate. Se entristece de que tanto heroísmo no sea tenido en cuenta precisamente por aquellos que mejor debieran conocerlo; quiere ser magnánima, pero á condición de que su magnanimidad se conozca. ¿Qué precio ha recibido por esos secretos sacrificios á un deber ingrato por esa pasión contenida con mano violenta y que devora silenciosamente su corazón? ¿Y al *otro héroe* no es justo recompensarlo algo por tantos esfuerzos? ¿Es justo dejarle permanecer en la pena, y no se debe por lo menos mostrarle sensiblemente que su afecto es comprendido? ¿Tantos sacrificios no suponen ciertos derechos? Y entonces se produce ese cambio de espíritu de que nos habla San Francisco de Sales, *que turba el juicio y que hace creer que se*

practica el bien cuando se practica el mal. Para fin de la historia véase el fin de todas las novelas. La moral, aun en el alma mejor nacida, se sostiene difícilmente en estas alturas del amor desinteresado. Quisiera sincerarse, mantenerse, y aun alguna vez lo consigue. Mas para dos que lo logren, ¡cuántos caen, y qué caída! Todas las imaginaciones nobles aspiran al amor platónico, pero justo es reconocer que ese amor es casi una quimera.

El privilegio del buen sentido consiste en no envejecer. Con vista tan clara distingue San Francisco de Sales la verdad en el eterno fondo del hombre, que la expresión de ella se conserva exacta al través de las costumbres y de los tiempos. El santo tiene hoy razón contra las espiritualidades novelescas del amor, como la tenía en otro tiempo contra las amistades devotas de los que explicaba el poderoso atractivo. No hemos elegido más que un capítulo de la serie de los escritos por él, tan delicados y tan variados. Con todos ellos hubiéramos podido hacer el mismo estudio y el mismo trabajo de trasposición. Así se llega sin pena á desembarazar de las formas especiales del más puro misticismo una cantidad considerable de consejos excelentes aplicables á la vida. Así es cómo, interpretando los avisos de la dirección espiritual en un sentido apenas alterado, la misma honestidad mundana puede aprovecharse de esta lectura tan bien como la más refinada piedad, y cada alma puede hacerse á sí misma esta dulce ilusión de ser la privilegiada, á la cual se dirigen estas observaciones al través de los siglos, de ser la Filotea de San Francisco de Sales.

III

Fenelón parece ser el director predilecto de los grandes señores y de las grandes damas. Sus cartas están dirigidas á los nombres más ilustres de Francia. Las más importantes casas de la nobleza solicitan su dirección. Entre sus clientes espirituales, están la familia del gran Colbert, el marqués de Leignelai, sus hermanas las duquesas de Beauvilliers, de Chevreuse, de Morlemort; sus cuñados los duques de Chevreuse y de Beauvilliers; M. Colbert, el arzobispo de Ruan. Añadid á estos los prelados más ilustres de la época, el Elector de Colonia, las mujeres de más alto rango de la corte, como la condesa de Granmont y la más distinguida entre todas ellas, Mad. de Maintenon. ¿Es á causa de estos grandes nombres por

lo que nos cautivan las cartas espirituales? ¿Es por el estillo lleno de encanto, en que no se sabe qué admirar más si su atractivo particular ó su distinción perfecta? Lo ignoro. Lo cierto es que de estos deliciosos volúmenes se exhala como un perfume de aristocracia. Sí, de aristocracia. La palabra es exacta hasta en materias de pura espiritualidad. No se gobierna el alma de una Chevreuse como se gobierna un alma burguesa. En el fondo, las virtudes recomendadas son las mismas, pero necesitan para ejercerse otras circunstancias y otro teatro. Los sentimientos que se intenta reprimir ó excitar son los mismos también; la piedad no cambia de condiciones ni de reglas, la santidad no cambia de ideal. Algo hay, sin embargo, que cambia en la aplicación de las mismas verdades, algo también en la manera de expresarlas. Existe una perfecta conveniencia entre esta clientela ilustre y el estilo de Fenelón, estilo nacido gran señor.

No tendré reparo en generalizar mi pensamiento. El estilo de Fenelón es un estilo aristocrático, porque Fenelón es un aristócrata. Quizá se me replique y se me citen todos los lugares comunes de la historia de Fenelón: sus consejos al duque de Borgoña para enseñarle á amar al pueblo, su famosa carta á Luis XIV sobre la miseria popular, su bondad proverbial hacia los pobres. Se contará la interesante historia de la vaca perdida, encontrada por su amo. Todo ello me emociona infinitamente, pero no me hará cambiar de idea. Fenelón amaba al pueblo; sentía la más grande compasión por sus sufrimientos. ¿Qué tiene esto de asombroso? Era un gran corazón; fué casi un santo; lo hubiera podido ser sin la cuestión del *puro amor*. Mas á pesar de santo, es un aristócrata, muy alejado del pueblo por su manera de pensar, de sentir y de expresar. En política tenía la idea de restablecer la nobleza en sus grandes cargos, como una intermediaria entre el rey y la nación. En religión tiene una manera particular de razonar, una especie de utopía de perfección quimérica y peligrosa que puede agradar, como todavía agrada á algunos espíritus refinados, pero que no convencerá jamás á espíritus sólidos y sencillos. Por sus costumbres, en fin, por su manera de ser como hombre, se le adivina con sólo ver su retrato; tiene el porte distinguido, y su benevolencia cuando se humilla es de afabilidad. Es, en una palabra, lo que se llama un gran señor.

Uno de los asuntos que mejor conoce y sobre el que sin cesar insiste, es la vida de la corte y del mundo. Un moralista ingenioso, uno de

nuestros más encantadores escritores, M. Saint-Marc Girardin se ocupó en cierta ocasión en extractar cartas de Mad. Maintenon, curiosos fragmentos en que esta mujer ilustre analiza hasta en sus últimos pormenores un mal que conoce bien: el fastidio del corazón. Dudo que haya nada más penetrante sobre este asunto que algunas páginas de Fenelón diseminadas en sus cartas de dirección. No citaré más que una notable por su fuerza y vivacidad. Está dirigida á Mad. de Granmont. «Si Borbón os es tan favorable como al conde de Granmont, no me asombro de que os haga olvidar la corte. Borbón es para él la verdadera fuente de Juvencio en que yo creo que se sumerge tarde y mañana. Versalles no tiene esta cualidad. Es aquello un paraje hermoso, pero el corazón apenas si se ríe. A poco que quede de deseos y de sensibilidades de amor propio, siempre hay aquí algo sobre qué velar; no se tiene lo que se quiere sino lo que se querría tener. Se siente pena por las desgracias propias y algunas veces por la felicidad de los demás; se desprecia á las gentes con las que se pasa la vida, y se busca, sin embargo, su estimación. Se siente uno importunado, y se disgustaría de no serlo y de permanecer en soledad. Hay una multitud de cuidados pequeños revoloteantes que acuden cada mañana al despertar y que no os dejan hasta la noche, relevándose para agitaros de continuo. Se está mucho en el miedo y mucho también á la merced de estos duendes. He aquí lo que se llama la vida del mundo y es objeto de la envidia de los tontos. *Pero estos tontos son todo el género humano cegado.*» ¡Ay! Existe una triste confidencia en este grito de Fenelón; hay también *género humano ciego*, él lo sabe. Al pintar á Versalles con tan tristes colores, parece presentir en 1695 lo que tendrá la desgracia de amarguras y el éxito de tristezas. Quisiera enardecerse para este espectáculo de las vanidades y miserias de la corte. Esta vida es bien vana y bien estérilmente agitada. Mas ¡oh vanidad del hombre y debilidad del santo! Cuando le falte, sufrirá, y su vida será un largo recuerdo de Versalles, donde, sin embargo, no ha sido feliz. Por lo demás, esta sombría pintura de la vida de la corte, se explica por la fecha misma de la carta. Fenelón acababa de ser nombrado arzobispo de Cambray. Mas ya había empezado la gran cuestión del Quietismo. Sufría ya los primeros golpes de Bossuet y sentía vacilar el favor en torno suyo. Si el corazón apenas ríe en Versalles, es quizá porque el rey no sonríe ya al más bello espíritu de su reino.

Por sus costumbres y relaciones,

Fenelón llegó á penetrar profundamente los más hondos repliegues de los hombres y de las mujeres de la corte. Se echa de ver en él una experiencia particular de los especiales defectos de aquellos y de sus vanidosas miserias. Es preciso verlas con sus naturales altiveces. Es, sobre todo, con la condesa de Granmont, con la que despliega su severa ternura para conducirla á la humildad. La humildad forma el fondo de todas estas cartas; es la idea que se refleja en ellas sin cesar: «La vista sólo de vuestras miserias —escribe sin cesar—puede haceros compasiva y tolerante para con los demás. Soportad al prójimo. El silencio, sobre todo, es de la mayor importancia. Si no podéis sustraeros á las miradas del mundo, podéis callaros y dejar á los otros los honores de la conversación. No podréis dominar vuestro espíritu desdeñoso, burlón y altanero, más que teniéndolo encadenado por el silencio. Poned un candado á vuestros labios; el silencio facilita la presencia de Dios, prescindid de palabras rudas y altaneras, suprimid gran número de burlas ó de juegos peligrosos acerca del prójimo; el silencio humilla al espíritu y aparta poco á poco del mundo. Hablad á solas; no sabréis hablar entonces demasiado, porque será á Dios sólo á quien hablaréis de vuestras miserias, de vuestras necesidades y de vuestros buenos deseos. Pero teniendo compañía, de seguro que no caeréis en el exceso de hablar poco. No se trata de un silencio seco y desdeñoso; es menester que sea un silencio deferente para los demás. Todo aire de desprecio ó de altanería, todo espíritu de crítica ó de burla, demuestra un alma llena de sí misma, que no siente sus miserias, que se consagra á su delicadeza, que pone todo su placer en el mal ajeno. Nada debería hacernos humillar tanto como este género de orgullo fácil de herir, burlón, desdeñoso, irritable, celoso de sí mismo y siempre implacable con los defectos de los demás. Señal es de imperfección soportar tan imperfectamente las imperfecciones de los otros.»

La lección es fuerte, y, sin embargo, parece que no basta todavía. Fenelón insiste: «El recogimiento es la única medicina para vuestras altiveces, para la aspereza de vuestra crítica desdeñosa, para los caprichos de vuestra imaginación, para vuestras impaciencias contra los que os sirven, contra vuestro gusto por el placer y contra todos vuestros defectos.» Otras veces su severidad toma acentos afectuosos, mejor dicho, cándidos. «Nadie ha tenido más necesidad que vos de instrucción interior, de silencio, de reflexión, de separación del mundo, de

desconfianza de sí mismo y de ternura del corazón. Es preciso bajaros sin cesar: os levantáis demasiado. Es preciso reprenderos de continuo; haceos niña, y aun seréis todavía una niña traviesa.»

Vigilar sus defectos para combatirlos, es necesario, pero no basta. Es preciso suplicar. Pero las mujeres del gran mundo, exclaman: «No tenemos tiempo.» Escuchad á Fenelón. El demuestra que, á toda costa, cada una, hasta la más ocupada, debe hurtar algunas horas á sus quehaceres del mundo para atender á la piedad. «Me parece que veo—escribe—todas vuestras ocupaciones, tan fuertemente me las represento; mas después de todo, es preciso que los negocios vengan cada uno en su justa proporción, y que este de la salud sea considerado como el primero.» A este propósito desciende á los más minuciosos pormenores, y nos hace conocer la vida ocupada de una mujer de la corte. «Tendréis necesidad de ciertas horas libres para recogeros. Tratad de aprovecharlas y contad que estos pequeños ahorros de vuestros días serán lo mejor de vuestro bien. Sobre todo, señora, salvad vuestro mañana y defendedlo como se defiende una plaza sitiada. Haced salidas vigorosas contra los importunos; abreviad de razones y después encerraos en vuestra fortaleza. La sobremesa es demasiado larga... Es preciso aprovechar los momentos; cuando se espera á alguno, cuando se va de un lugar á otro, cuando se está con gentes habladoras y que no dejan de hablar, se eleva un instante el corazón á Dios y se renueva por la continuación de las ocupaciones.» Se haría un libro encantador con las letras de Mad. de Granmont, con este título: *La piedad en el gran mundo.*

Lo que Fenelón dice á propósito de la utilidad de los *pequeños momentos* para sentir la piedad, podríamos aplicarlo á la inteligencia de las fuertes y sanas lecturas. Las mujeres que viven en el gran mundo dicen que no tienen tiempo de leer, sobre todo libros de literatura seria, cuyos severos atractivos apenas despiertan su interés, y que, sin embargo, ellas solas bastan á preservar su espíritu de las disipaciones, haciendo contrapeso á las frivolidades de la conversación. ¡Cuánto desearía yo poseer el lenguaje de Fenelón para contestarlas! ¡Quién fuera capaz de mostrarles el útil empleo que podrían hacer de esos *pequeños ahorros de sus días,* tan miserablemente perdidos! ¡Quién tuviera buena gracia para decirles, en presencia de esa oscuridad agitada y modificando ligeramente las palabras mismas de Fenelón! «Yo creo, señora, que

V. debe, sin pedantería alguna, ocuparse en sólidas lecturas, lo que no se consigue con penoso esfuerzo, siempre que V. quiera. Imponeos como regla no dejar pasar jamás un día sin leer algunas páginas serias. No esperéis para ello solamente las horas libres en las que se puede cerrar la puerta para no ver á nadie. Todos los momentos, hasta los más interrumpidos, son buenos, si no para leer, por lo menos para reflexionar sobre lo que se ha leído. Podéis hacerlo, no solamente cuando vais en coche, sino mientras os vestís, al peinaros, al comer ú oyendo hablar. Las conversaciones inútiles ó enfadosas, en lugar de fatigaros, os aliviarán, proporcionándoos algunos intervalos. En lugar de excitar vuestra burla, esas conversaciones os proporcionarán la libertad de recogeros.» Todo, pues, sirve de provecho, según el consejo de Fenelón, para los que quieren instruir su espíritu, tan bien como para aquellos que buscan á Dios. La gran ciencia de la vida intelectual y moral es la economía del tiempo.

Nos hemos detenido con esta amable guía de las conciencias ilustradas, y no hemos dicho aún una palabra de carácter particular, de la espiritualidad mística en Fenelón, el puro amor. Nada hay que decir sobre lo esencial de esta cuestión. Está juzgada. Todo lo más que podría hacerse es insistir sobre los pormenores, hacer ver la insistencia con que Fenelón busca este amor puro, la quimera y el suplicio de su vida, con qué arte cruel y refinado busca, en el último fondo del alma, las raíces sangrientas del amor propio, cuán ingenioso es é infatigable para desinteresar el alma de ella misma, y, empleando su gráfica expresión, para desapropiarla. Es una lucha sin tregua y sin recompensa. Cree por fin haber renunciado al amor propio; este es el instante en que Fenelón nos muestra, bajo una forma nueva á nuestra investigación, que ha triunfado. «Desconfiad de esos enternecimientos extraordinarios, de los arrebatos, de los deslumbramientos; en rigor no suele haber en ellos más que una ilusión del amor propio que se cree privilegiado; las mismas luces de la ilustración son de temer, porque el alma se complace en ellas con un regocijo sutil y secreto: *constituyen insensiblemente un apoyo y una propiedad;* se oponen á la desnudez y al despojamiento que Dios exige á las almas avanzadas. De aquí procede que estos dones luminosos no son, de ordinario, más que para aquellas almas medio muertas para ellas mismas, para aquellas otras que Dios conduce más lejos traspasando por su simplicidad todos estos

dones sensibles. Sufriréis esas languideces del alma, que los místicos llaman sequedades ó esterilidades espirituales. Haréis mal en afligiros. Si sabéis amar á Dios, no buscaréis con tanto esmero la alegría en el amor.» Aquí interviene una psicología de increíble sutileza. «¿Qué es lo que amáis? ¿Es al placer del amor ó al bien amado? Si no es más que el placer del amor lo que buscáis, el objeto de vuestras pretensiones es el placer y no el amor de Dios. El que así procede se envanece de buscar á Dios y en rigor no busca más que á sí mismo. Como no se obtiene á Dios más que á cambio del placer, sólo se le alcanza cuando se seca la fuente del placer. ¡Oh! ¡Qué puro es el amor cuando se sostiene sin ningún gusto sensible! ¡El amor sufriendo sobre el Calvario está por encima del arrebatado amor en el Thabor!

Cuando Fenelón habla, nos penetra su rara finura y su dialéctica nos desarma. Cuando Bossuet le responde sin nombrarle jamás en *sus cartas de piedad y de dirección,* toda la ilusión de los finos razonamientos cae delante de la claridad soberana del buen sentido. El grande obispo estima que estas son inútiles agitaciones del pensamiento, ingeniosos y funestos escrúpulos. Los místicos se engañan ó no se entienden ellos mismos cuando creen que la delectación impide ó disminuye el mérito. La fuente del mérito es la caridad, el amor. *Imaginar un amor que no lleve en sí delectación es imaginar un amor sin amor.* Es verdad que no es menester detenerse en las virtudes y en los dones de Dios, y San Agustín ha dicho que es de Dios de quien se debe gozar. Pero también añade que por sus dones se le ama y nos amamos y gozamos de El. Es preciso simplicidad de corazón, y, sobre todo, nada de abandono. Se puede desear el atractivo como se puede desear la delectación, como una continuación y como un motivo nuevo del amor. No se tenga pena por este puro amor; lo propio de él es ocultarse hasta á sí mismo. Cuando se le siente ordinariamente no se le tiene. Cuando se le tiene ordinariamente no se sabe lo que es, porque entonces se calla y no se sabe lo que decir, y no se puede hablar más que en ciertos arrebatos que Dios envía cuando menos se piensa en estas cosas. Todos estos sacrificios imposibles, exigidos por los místicos, no son otra cosa que piadosas extravagancias. Es una especie de locura el desear ir al infierno con tal de encontrar allí el amor de Dios. Es mejor buscar este amor donde Dios lo ha colocado.

Tal es la sana doctrina que Bossuet opone inflexiblemente á las

novedades crueles del puro amor. Concede al alma el derecho de sentirse vivir, y la reintegra en su justa propiedad. Por lo demás, la inhumanidad de Fenelón está en su doctrina. Nadie más humano que él ni más dulce en las formas y en la práctica de la dirección. Aporta á ella una paciencia angélica, mejor dicho, una condescendencia familiar y casi de afectuosa igualdad. Seguidle en su larga correspondencia con Mad. de Montbezon, la más rara de las alma que se le confiaran. La gobierna siguiendo la rigurosa teoría del puro amor. Pero aparte de la doctrina, toma en sus cartas el tono más bien de un amigo que de un maestro espiritual. No se necesita marcar los detalles más precisos sobre su interior y confesar sus defectos, cuya confesión no se debe más que á la más íntima amistad. Manifiesta no temer que estas confidencias achiquen su carácter y disminuyan su autoridad. En una especie de examen de conciencia encontrado entre las cartas de Fenelón, se acusaba á sí mismo con una franqueza singular. Mas nada iguala á la presisión de sus confesiones en la correspondencia con el penitente bien amado. «Su ser—dice—es algo irregular, negligente, falto de atención y de delicadeza.» Hay una página entera, en la cual me parece oir el grito angustioso de un desesperado, contenido sólo por una admirable piedad. En una carta del 20 de Noviembre se encuentra esta confesión dolorosa: «No tengo nada que deciros actualmente de mí; no sé qué decir ni qué pensar. Me parece que amo á Dios hasta la locura cuando no busco este amor; si le busco no le encuentro. (Notemos como de pasada que esto da la razón á Bossuet.) Lo que me parece verdadero en el pensamiento al primer golpe de vista, se convierte en mentira en mis labios cuando lo voy á decir. Nada veo que alivie mi corazón, y si me preguntáis lo que sufre no sabría explicarlo. No deseo nada; nada hay que espere ni que considere con complacencia. Mi estado no me pesa, y me siento atormentado por mil bagatelas. Por otra parte, las menores bagatelas me divierten; pero el corazón permanece seco y lánguido. *En el momento en que escribo estas líneas me parece que miento.* Todo se rompe. En estos cambios perpetuos no sé lo que cambia.» Hay en estas líneas algo de desolación. ¡Qué profundo análisis de un alma acongojada y de una razón que duda de sí misma! «*Cuando escribo estas líneas me parece que miento.*» ¡Qué viento de tempestad ha pasado por aquí! Si una angélica piedad no defiende el alma de estas desolaciones interiores, ¿será justo asombrarse de que

tantas almas se abatan, que no tienen esos puntos de apoyo en la vida, la razón y la fe?

Mucha condescendencia hay en el hecho solo de escribir esta carta á una mujer, á una penitente. Muchas veces nos sentimos tentados á olvidar que se trata de una correspondencia espiritual; tantas analogías y reminiscencias profanas se presentan naturalmente al espíritu. Si no fuese faltar al respeto á la santa memoria de Fenelón, nos sentiríamos tentados á sonreirnos asistiendo á las escenas de celos. *El despecho amoroso* interviene en las más altas esferas de espiritualidad. No necesitamos decir que todos estos despechos proceden de una sola parte; pero Fenelón ha podido equivocarse reprendiendo severamente á Mad. de Montbezon de sufrir, durante largo tiempo, sus cartas. Faltaba para curarla de sus imaginaciones, abandonándola á otras manos, que más severas ó menos amadas, la hubiesen sujetado fácilmente bajo el yugo. Mad. de Montbezon, demasiado sensiblemente mezclada á este convenio espiritual de los defectos y pasiones de mujer, padece una sensibilidad enfermiza de amor propio, un espíritu nublado y dado á suposiciones, una inclinación á los celos, que la hace traspasar todos los límites. Fenelón no se ocupa más que en calmar la influencia de esta afección, siempre irritada, tratando de atraerla suavemente. Protesta, en las más afectuosas frases, de su cariño hacia ella: «Dios ve—dice—que yo no tuve amor más cordial á ninguna otra hermana y que daría mi vida por vos; El ve hasta qué punto siento vuestras penas y cuánto deseo curarlas.» ¡Vanos esfuerzos! A cada instante se sienten nuevos relámpagos y nuevos tormentos. Bien pronto esta pobre alma en pena se siente desolada por estar lejos, durante algunas semanas, de su director. «¿Qué teméis? ¡Oh alma de poca fe! ¡Estáis sola durante cinco ó seis semanas, pero es estar sola estar con Dios!» La correspondencia de las voluntades destruye todas las distancias. Nada separa á dos almas cuando Dios está en el centro común. Otras veces echa en cara á su director no cuidarse de ella más que con cierto fastidio; es el punto sobre que insiste sin cesar. ¿No supone el fastidio ausencia de todo afecto? Véase cuánta pena causan á Fenelón estas injustas desconfianzas: «Dios me ha dado muchas cruces, señora, pero ninguna he llevado con mayor dolor que la de esta tarde. Espero que Dios hará lo que no ha podido hacer mi palabra.» Entremezcla á la expresión de su disgusto fuertes verdades, sobre las cuales se desea-

ría que insistiese más. Refiere á su penitente que la devoción no es un comercio en que debe entrar nada de humano, por inocente y regular que sea, sino que es tan sólo una conducta de pura fe, de gracia, de fidelidad y de muerte de sí mismo. Mad. de Montbezon persiste en creer que Fenelón no llena su deber para con ella, más que con frialdad y sin gusto. Este pensamiento le es insoportable. Quiere cambiar de director, y da comienzo á una lucha extraña, obstinándose en no imponer á Fenelón su cuidado, que cree ella que para él es una carga; Fenelón, obstinándose en combatir esta resolución colérica, dice: «No os pido más que pocos días. Dios más bien os los pide. Esperáis la paz tomando un partido desesperado, en un estado de turbación visible. ¡Lejos de escuchar á Dios en silencio, no escucháis más que á vuestra pasión! Os arrastra un furor de amor propio. ¿Podréis huir, aunque fueseis al fin del mundo, de ese amor propio? ¿Pretendéis encontrar la paz obedeciéndole? ¿Creéis que la ausencia de ciertos objetos quitará á este amor propio tan ingenioso para atormentaros, pretexto para causaros mayor turbación? Vuestra viva imaginación, ¿no os representará lo que habéis dejado? La ausencia añadirá remordimientos y desesperación á todas vuestras penas.» Muchos años se prolongará esa lucha y no se terminará más que con la correspondencia. Hé ahí un aspecto curioso de la dirección en el siglo XVII.

Leyendo estas cartas tan interesantes para nosotros y hasta lo que me atrevería á llamar emuladoras debilidades de Fenelón, no puedo defenderme de una idea. Fenelón, tan inhumano en la doctrina, es tierno casi hasta el exceso con las almas que le son confiadas. Por el contrario, en Bossuet hay mucha más humanidad y al mismo tiempo severidad mayor en su manera de conducir las almas. Sus afectos son graves, austeros, viriles como todo su genio. Tiene el tono de maestro espiritual suavizado solamente por la caridad. Seguramente que no hubiese prolongado él durante muchos años una discusión para vencer celos y desconfianzas obstinadas. La hermana Cornuau en su *Segunda advertencia sobre las cartas de Bossuet*, refiere que muchas personas muy perfectas y muy consideradas además por el prelado, fueron abandonadas por él á causa de haber opuesto demasiados obstáculos para someterse y haber empleado demasiados razonamientos. La dirección —dice— se convierte en vano entretenimiento cuando un director, por debilidad ó complacencia, se somete á las almas á quienes debie-

ra dirigir, y sufre entonces su poco de sumisión. Puede también considerarse la correspondencia espiritual de Bossuet como una obra completa de caridad y de razón. Toda ella es de una firmeza continua de una sabiduría que ni un solo instante languidece ni se distrae. Todo va encaminado á una instrucción vigorosa y sana. Es la verdadera dirección en toda su sencillez y grandiosidad.

Hemos creído que tenía algún interés este estudio de psicología religiosa, que al mismo tiempo es un estudio acerca de la vida moral del siglo XVII. Facil sería, bien lo sé, escribir una refutación de este libro, en la que se comprendieran los abusos, las ingerencias de toda especie, las usurpaciones de influencia, tan frecuentes en el mismo siglo XVII, y, sobre todo, la decadencia de esa práctica de la dirección espiritual que cae en el siglo XVIII bajo el dominio de los abates de corte y de *budoir* en la más ridícula y despreciable frivolidad. Pero he creído conveniente descartar por el momento estos tristes recuerdos para no considerar la dirección de las almas más que bajo su aspecto más noble, precisamente en el momento mismo en que ese fenómeno religioso producía en una literatura bastante olvidada, la más alta expresión y la más pura imagen.

E. Caro.

UN IDILIO DURANTE EL SITIO

(Conclusión.)

VIII

Algunos días después, á cosa de las tres de la tarde, Gabriel seguía lentamente por el muelle de Orsay la ancha acera que va á lo largo del jardín del Cuerpo legislativo y da la vuelta alrededor de la verja del ministerio de Negocios Extranjeros.

Hacía un tiempo muy despejado y muy cálido. Adivinábase que el joven había puesto en el vestir todo el esmero que le consentía su modesto guardarropa. Llevaba un pantalón gris de dril y un sombrero de paja, imitando jipijapa.

Esperaba á Eugenia.

Al día siguiente del paseo nocturno que hemos narrado regresó el marido, y Gabriel no había vuelto á acompañar más á la casadita á su casa.

Pero las veladas en casa de madama Henry no le bastaban ya al amante que había conocido las delicias de la soledad de dos. Todas las noches salía de casa de la morena buena moza al mismo tiempo que Eugenia; y al acompañarla durante un centenar de pasos, de tal modo la había suplicado, que concluyó por confesarle que algunas veces salía sola, y que «precisamente mañana miércoles» tenía que hacer una caminata hasta Gros-Caillou, y que podrían tal vez encontrarse á la vuelta en el muelle de Orsay, en ese sitio donde le encontramos presa de todas las angustias del que está esperando.

Aunque aún no habían dado las tres, Gabriel sentía ya una impaciencia intranquila al pasearse de arriba abajo en pleno sol por aquella acera, cuyo asfalto, reblandeci-

do por el ardiente calor, conservaba impresas las huellas de todos los pies que lo habían pisado, desde el estrecho botito de mujer á la carrera de huellas muy próximas entre sí, hasta el pesado zapato de ordenanza del soldado, cuyos clavos hubieran podido contarse. Gabriel había puesto ya todos los medios para matar el tiempo y ocupar la atención: se sabía de memoria el número de barrotes de la verja del Ministerio y el de los arbustos plantados junto á la acera de enfrente, á lo largo de los malecones, entre los puentes de la Concordia y de los Inválidos; hasta había cruzado de acera á acera para leer con estúpida atención los anuncios pintados en los cristales del kiosko de periódicos, contemplando con mucho interés el perfil de los coronados bustos de las medallas obtenidas en las exposiciones por el chocolate de la Compañía Colonial, y mirando con ojos fijos al hombre despeluznado que oculta las desnudeces de su cuerpo detrás de un sombrero.

Pensaba que acaso no viniese ella, que tal vez no habría podido salir, y que todo eso era muy natural; luego, un minuto después, esa idea le producía la impresión de un frío glacial en las entrañas, y decíase que si no venía ella, sería por su parte un acto de monstruosa indiferencia, de crueldad inaudita.

De repente la vió bajo los árboles de la Explanada, andando muy deprisa. Corrió á su encuentro, echándola una sonrisa desde lejos. Logró alcanzarla, agarróse ella del brazo de él y se miraron felices y sin aliento.

Llevaba el traje gris y el sombrero con pluma de faisán. La rapidez de la carrera y el calor habían encendido el color de su cara. Su cuello almidonado, rozándola en la sudorosa garganta, había trazado en ella una línea sonrosada. Brillábanla los ojos. El perfume de su aliento llegaba hasta Gabriel.

—¡Dios mío, tengo un miedo!—dijo ella.—¡Si nos encontrasen!...

—Mire V.—contestó Gabriel:—cruzamos el puente y vamos á tomar el barco-mosca; nos llevará hasta Point-du-Jour, y allí el ferrocarril de circunvalación nos conduce hasta la puerta de Italia, cerquita de la casa de V.... No hay peligro de encontrar á nadie... ¿Quiere V.?

Ella le hizo señal de que sí; y cuando bajaron al muelle de atraque, detuviéronse delante del puentecillo que conducía al embarcadero.

Acababa de pasar el barco-ómnibus y se le veía deslizarse por en medio del Sena, con aire presuroso, lanzando entre la luz sus nubecillas de regocijado humo.

Eugenia miró á su alrededor, tranquilizándose.

No había nadie en el pontón, que se balanceaba con un ruido suave, removiéndose aún por la estela del barco. La estrecha y larga calzada, entre cuyas piedras crecía una hierba menuda, estaba absolutamente desierta.

—Si nos paseásemos un poco—dijo Gabriel, adivinando los deseos de su amiga—nos embarcaríamos en el puente de Alma.

Siguieron adelante, dejando á su derecha la elevada y sólida muralla del muelle, con sus redondas atarjeas de alcantarilla y sus grandes anillos de hierro, empotrados á intervalos iguales en la mampostería. Allá arriba, las copas de los arbolitos pasaban sobre el parapeto, donde veíase á veces también la cabeza de un transeunte puesto de codos. A su izquierda corría el río en la misma dirección que ellos, y gozaban del fresco del agua alegre, limpia y pura. Además, habíase mitigado un poco el calor. Se levantaba la brisa. Ligeras nubes blancas aparecían en el cielo, de un azul menos intenso que antes. En Agosto, la caída de la tarde suele tener esas otoñales dulzuras. Al otro lado del río veían hombres descargando los largos barcos venidos de Flandes por los canales; y en el muelle de Orsay, tras la cortina de tilos semideshojados ya, la línea de techumbres de la Fábrica de tabacos y de las Caballerizas imperiales.

—¿Ha pensado V. un poquito en mí?—decía Gabriel á la joven, estrechándola la mano que llevaba sin guante.

Y sentía la manecita oprimir ligeramente la suya.

Pasaron cerca de un pescador de caña, sentado en el borde del muelle de atraque, con las piernas colgando encima del agua. Volvióse aquel hombre y los miró con aire distraído. Gabriel tuvo que abandonar la mano de Eugenia, la cual bajó los ojos ruborizándose.

Sobre la suave cuesta que sube hasta á nivel del puente de Alma, echaron una vaga mirada al soldado de infantería y al zuavo de piedra esculpidos contra las dos pilas del puente.

—¡Qué grandes son, vistos de cerca!—dijo Eugenia, indicando con la contera de la sombrilla las colosales estatuas.

Gabriel respondió:

—La vez primera que vi á V. en casa de Mad. Henry, comprendí que amaba á V. para siempre.

La joven bajó la cabeza y suspiró.

Cuando de nuevo estuvieron en el andén, al otro lado del puente de Alma, el barco-mosca resopla-

ba cerca del pontón. Iba lleno de gente.

—¿Subimos?—preguntó Gabriel intimidado.

—No, sigamos adelante—respondió Eugenia.

Continuaron su paseo á orilla del agua. Tenían á su derecha el hermoso muelle con árboles de frente al Guarda-muebles; y delante de ellos el puente de Jena, cuyos cuatro caballos, con una pata al aire, dibujaban sobre el cielo sus blancos contornos.

Caminaban muy despacio. Eugenia, con la cabeza baja, parecía ir contando las losas. Gabriel, apretando contra sí el brazo de ella, la veía de perfil, deliciosamente enternecido por un mechoncito de cabellos sueltos que temblaba al viento junto á la oreja de la casadita.

—¿Conque de veras me quiere V. un poco?—preguntaba él.

Y ella le miraba con sus grandes ojos sinceros, más elocuentes que una respuesta.

—¿Por qué me habla V. así—decía ella—cuando bien sabe V. que eso es imposible?

Pasaron bajo el arco del puente de Jena, rebajado y oscuro, donde el agua del río zumbaba, y cambió el paisaje. Ahora casi estaban en el campo. La isla de los Cisnes alargaba delante de ellos en medio del río su estrecho talud de verdor; las numerosas chimeneas de las fábricas de Grenelle dejaban escapar sus grises humaredas inclinadas de Norte á Sur; y allá lejos, muy lejos, más allá del puente de madera y del blanco viaducto remoto, la línea de los ribazos de Meudon se esfumaba de azul entre una bruma cálida y dorada.

—¡Cuánta necesidad tenía de hablar con V.!—dijo Gabriel.—Cuando estoy á solas hago mi composición de lugar sobre lo que tengo que decir á V.; pero al verme á su lado, no me acuerdo, no puedo... Y, sin embargo, es V. la única persona con quien carezco de timidez. Cuando me miran sus ojos, hay en ellos un no sé qué de bondad. ¡Qué gran placer me ha proporcionado V. al venir hoy! Hace un mes que la vi por vez primera, y me parece que siempre la he conocido. ¡Ah! Cuento todos los días en que he estado junto á V., y me acuerdo de todo... Recuerde V. la noche en que Mad. Henry se puso á la ventana para ver á los móviles que pasaban cantando, y me miró V. mientras nos quedamos solos casi á oscuras... ¡Oh! Temblaba yo como una hoja; y cuando se pinchó V. en el dedo, y se lo mordió... Y aquella corbatita azul que no he visto más que una vez y que le sentaba á V. tan bien... ¿Qué se hizo de ella, que no se la ha vuelto V. á poner más?...

¡Ah, cuánto la amo á V.!... ¡Si V. lo supiera!...

Eugenia respondió:

—Si repitiésemos este paseo otras veces, podrían encontrarnos.

Habían pasado el puente de Grenelle. Ya no había más muelle, sino una ribera con escaso césped agostado por el sol y lamido por las aguas. A su derecha, almacenes de maderas, casitas entre el follaje; en la otra orilla del río, la fábrica de Javel con sus altas chimeneas, y enfrente el viaducto, ya más próximo, cuyos dos órdenes de arcos superpuestos veíanse cada vez mayores.

Gabriel y Eugenia se detuvieron delante de una verja, más allá de la cual, en un estrecho jardín con surtidor de agua y globos de cristal azogado, alzábase un ridículo palacete, deseo realizado de algún burgués bucólico.

Pero allí no vieron más que el eterno ensueño de los amantes: un nido entre verdores. Quedáronse pensativos y conmovidos ante los altos álamos, ante el serbal cuyos frutos comenzaban á ponerse rojos, ante los macizos de margaritas reales, ante las rosas tardías.

Gabriel murmuró al oído de su amada:

—Tener esto... para nosotros... ocultarnos... amarnos... vivir solos aquí, solitos los dos... mucho tiempo, siempre...

Eugenia no respondió, pero apoyóse más tiernamente en el brazo de Gabriel, y volvieron á ponerse en marcha.

Llegaron así á Point-du-Jour, al pie del viaducto. Pero allí tenía que cesar el encanto de su paseo. No más soledad. Lo próximo de la estación del ferrocarril ha agrupado en este sitio, á orillas del Sena, cafés, ventorros, caballitos de madera, columpios debajo de las acacias, y el campo se convierte allí en afueras de la ciudad.

Pasaron muy de prisa, un poco intranquilos; un repentino disparo de arma de fuego, en un tiro de carabina, hizo estremecerse á Eugenia. Luego, cuando hubieron subido la escalera de tablas y entrado en la estación, Gabriel tomó dos billetes de segunda clase, y sentáronse ambos en un banco de la sala de espera, mirando vagamente los anuncios ilustrados.

—¡Viajeros de circunvalación! ¡Grenelle, Vaugirard, Montrouge, Puerta de Italia!...

Subieron al andén, pasaron junto á la locomotora que se detenía, zumbando y húmeda con su cálido sudor, y se metieron en un compartimiento vacío. Un silbido, un rudo choque de herrajes, y ¡en marcha!

Entonces Gabriel rodeó á su querida con ambos brazos, la tuvo estrechamente abrazada, y los labios

de los dos amantes se unieron en un largo y delicioso beso.

—¡Grenelle!—gritó el conductor con voz estruendosa, abriendo bruscamente la portezuela.

Y una especie de tratante en bueyes, un hombre gordo y coloradote, con una blusa azul, demasiado corta y muy nueva, encima de su chaquetón, cubierto con un sombrero alto, con un látigo en la mano y una pipa negra en un ángulo de la boca, subió al coche y se dejó caer como un tronco en la banqueta: frente á los enamorados.

—¡Ah! ¡Creí que no alcanzaba ya al tren!—dijo alegremente dirigiéndose á Gabriel (y su aliento exhaló un olor vinoso).—¡Y ese animal de empleado que quería zampar mi perra en la jaula del perro de presa! ¡Vaya! ¿Hay razón alguna para esas imprudencias?... En fin, de todos modos, hace un tiempo magnífico para viajar... ¿No es así, amigo?

Eugenia se había bajado el velete y miraba con obstinación afuera, por el cristalito. Gabriel acababa de poner cara de avaro á quien le piden dinero prestado.

Por fortuna, acababan de volver á arrancar para meterse de pronto en un largo túnel, y el estrépito del tren bajo la bóveda cortó la palabra al horrible viajero. Sólo el hogar de su pipa alumbraba las tinieblas del vagón, en el cual habían olvidado encender la lamparilla del techo, y se oía la ruidosa respiración del borracho. Gabriel había cogido á oscuras la mano de Eugenia. Pero el joven estaba furioso, y pensaba con melancolía en los numerosos coches de primera clase, absolutamente vacíos, que había visto al subir en el suyo.

Cuando salieron otra vez á la luz del día, el boyero había cerrado los ojos, pero continuaba fumando su innoble pipa; y los dos amantes ni siquiera se atrevían á mirarse ante aquel hombre mal dormido. Cuando llegaron á la estación de la puerta de Italia, aquello les hizo el efecto de una manumisión.

Sin embargo, hubo que separarse allí, antes de salir de la estación, pues hallábanse cerca de casa de Clément, el temible marido. Eugenia se marchó la primera, bajando la calle con paso presuroso y sin volver la cabeza atrás ni una sola vez; Gabriel la siguió de lejos, despacio, devorado por el recuerdo de las confidencias obtenidas y echando de menos las caricias otorgadas. La vió perderse entre la multitud, y desaparecer, por fin, esquina al fielato de consumos, para tomar por los bulevares exteriores.

Pero habíanse dado cita para el día siguiente, hacia la una de la tarde, en el mismo punto.

IX

Pues bien, la fecha de ese día siguiente era el ¡4 de Setiembre de 1870!

Por la mañana, al desayunar Mad. Fontaine con su hijo, le anunció la inmensa catástrofe que había sabido en la lechería: la capitulación de Sedán, herido Mac-Mahon, prisioneros el emperador y ochenta mil hombres. Y por absorto que estuviera Gabriel con el pensamiento de su próxima cita, sin embargo, la noticia aquella no dejó de causarle una violenta emoción.

Y al irse al ministerio, á la largo de los muelles, encontró numerosos grupos de ciudadanos consternados, y vió reunirse en las esquinas de las calles compañías de la guardia nacional con armas. Había en el aire alientos de revolución.

Después de prometerse á sí propio pedir un fusil y cumplir con su deber como todo el mundo, en defensa de la patria y de la capital, Gabriel, por una laxitud de conciencia muy dispensable en un enamorado, se decía que después de todo el pensar en ello de antemano no serviría de nada para conjurar el peligro público; y su espíritu volvía al recuerdo de su querida, al gozo del prometido encuentro en la acera desierta del muelle de Orsay, al esperado encanto de un nuevo paseo á orilla del agua.

No hizo más que una breve aparición en la oficina. Por supuesto, los demás empleados desertaron de ella como él para ir en busca de noticias, y puso ese mismo pretexto para ausentarse.

A cosa de las doce y media de la mañana, bajaba por la calle de Bellechasse, á la sazón casi desierta, pensando en su muy amada, cuando vió hacia el final del bulevar de San Germán un centelleo confuso de bayonetas que parecía rodear el Cuerpo legislativo.

Lleno de inquietud apresuró el paso hasta el muelle, y de una mirada abarcó aquel espectáculo, horrible para él.

Una multitud compacta y tumultuaria había invadido todos los alrededores de la Asamblea. Estaba compuesta de hombres de todas las clases sociales, burgueses de gabán y obreros de blusa, mezclados con bandas de guardias nacionales en desorden, pero armados todos ellos, unos con el antiguo uniforme, con charreteras blancas y canana, otros sin más distintivo que un képis en la cabeza. También había francotiradores, con trajes oscuros, gorra, americana, y metido en lás polainas el pantalón. El puente Real, el

bulevar de San Germán y toda la parte del muelle que pasa por delante del Cuerpo legislativo estaban negros de gentío y erizados de fusiles centelleando al sol. En los faroles próximos, en los zócalos de las cuatro grandes estatuas que preceden al monumento, se habían encaramado con descaro los granujillas. De aquella muchedumbre salía un largo clamor, irritado y continuo. Gabriel distinguió bien pronto ese grito repetido por todas las bocas: ¡Destronamiento, destronamiento!

Sin duda (hablando con el rimbombante lenguaje parlamentario) el motín había violado ya el santuario de las leyes, porque la ancha escalinata del palacio había desaparecido bajo la ola de los invasores, y Gabriel notó una gran agitación allá arriba, cabe la columnata; luego, oyó de pronto alzarse fuerte griterío, que propagándose con rapidez entre la muchedumbre, extendióse hasta los grupos entre los cuales trataba de abrirse paso. Gritaban: ¡Viva la República!

Gabriel miró todo aquello con extravío y asombro. En la acera donde Eugenia le había dado cita, y que sólo á lo lejos podía ver subiéndose en un banco del muelle, distinguía un hormiguear de sombreros, kepis y bayonetas. Tuvo la horrible certidumbre en su espíritu de que aun cuando la joven se hubiese atrevido á meterse entre tal barullo, no tenía ninguna probabilidad de encontrarla allí. Bajó del banco y se dejó llevar por un remolino de la multitud, loco de despecho, de pena y de ira, y sin cuidarse del gran hecho histórico que se realizaba ante su vista.

—¡Al fin la tenemos, nuestra República!—gritó la voz vibrante de Cazaban, quien acababa de agarrar del brazo á Gabriel.—¡Y tú también estás con la Revolución!... ¡Es cosa hecha!... ¡Fuera todos los *badenguistas* (1)!... ¡Magnífica jornada! ¡Ah, querido, estoy ebrio de gozo!... Ayer pasé toda la noche arrancando escudos y rompiendo águilas... Esta de ahora es la buena, la verdadera, como la del 93, y no nos la escamotearán... Oye, mira allá lejos, bajo el peristilo... Es Gambetta arengando al pueblo... ¡Bravo! ¡Viva Gambetta!... ¿No ves?... Aquel que lleva barba y tiene el cuello metido entre los hombros... ¿Sabes? no te suelto... Vamos al Ayuntamiento...

Miróle Gabriel angustiado. La exaltación y la embriaguez pintábanse en el rostro de Cazaban, chorreando de sudor y con el sombrero flexible apabullado de un puñetazo.

---

(1) Imperialistas, según la jerga popular de entonces.—(N. DEL T.)

Incapaz de resistencia, Gabriel se abandonó al hombre del Mediodía, el cual trató en vano, á fuerza de codazos y aullando siempre, de abrirse paso hasta la verja de la Asamblea. Gabriel le seguía anonadado y paseando con avidez la mirada sobre el gentío, sin poder renunciar á la vaga y loca esperanza de ver entre él á Eugenia.

Mucho tiempo hacía que había pasado la hora de la cita, y á través de los grupos ya más claros había podido comprobar Gabriel veinte veces que la joven no estaba en la acera convenida, delante del ministerio de Negocios Extranjeros, cuando Cazaban le llevó consigo por el puente Real, á fin—decía—de disfrutar del grandioso espectáculo de París manumitido; pero Gabriel tuvo que hacer un muy doloroso esfuerzo para dejarse arrancar de aquel sitio, donde, sin embargo, ya no era razonable esperar más. Caminaba mohino y silencioso junto á Cazaban, cuyo entusiasmo era tal que, en medio de sus improvisaciones revolucionarias, no reparaba en la triste figura de su amigo.

«¿Qué la habrá sucedido?—pensaba el enamorado, lleno de ansiedad.—Habrá tenido miedo, ni siquiera habrá podido aproximarse. Pero ¿habrá venido de veras? Ayer noche, en casa de su amiga, me pareció un poco apurada... ¿Si me volveré al muelle?... Tal vez esté allí, ahora que se ha desparramado la gente... Pero no, son las dos; es imposible...»

Y deducía que esas cosas no le pasaban más que á él, y que era el más desventurado de los hombres.

Los dos jóvenes habían cruzado la plaza de la Concordia y tomado por la calle de Rívoli.

El grandioso espectáculo prometido por Cazaban á Gabriel no era más que el de un regocijo indecente en un pueblo á quien hería una catástrofe tan horrible y amenazaba un peligro tan inminente. El cielo, de un magnífico azul, y el hermoso sol iluminando las casas blancas y las masas verdes del jardín de las Tullerías, aumentaban el aspecto de fiesta de aquella calle ancha y monumental, por donde volvían en pelotones, ó aislados, ó en pequeños grupos, los guardias nacionales, autores de la nueva revolución. Los de los batallones de los barrios excéntricos, que llevaban, con la americana y la blusa del obrero, el kepis nuevecito y el fusil de pistón, tenían por lo menos algo de candoroso en su alegría republicana, porque eran los eternos engañados por todos los levantamientos populares, y ebrios con la leyenda del 93, concebían en ese momento patrióticas esperanzas. Pero un observador tranquilo hubiérase sonreído de la importancia

que se daban los burgueses con charreteras. Estos pazguatos, que ese día se las echaban de héroes, marchaban con aire digno por en medio del arroyo, bajo las benévolas miradas de una multitud á quien el placer de la venganza satisfecha le hacía olvidar el tremendo luto de la patria. Por otra parte, comenzaba la destrucción, estúpida é inevitable secuela de los movimientos populares. Varios miles de brazos iban á perder tres días en hacer que desapareciesen con gran trabajo todos los emblemas que recordaban el Imperio: águilas y escudos pintados, fundidos ó esculpidos, y esto cuando no estaban los baluartes en estado de defensa. En los muros de las Tullerías, junto á inscripciones obscenas é injurias dirigidas á la familia imperial, leíase trazado con carbón el famoso letrero *¡Pena de muerte al ladrón!*, que esta vez no fué (hay que convenir en ello) tan irrisorio como en 1848, cuando sólo se comenzó á fusilar, sin forma de juicio, á algunos infelices rateros, después de que el pueblo saqueó por completo el palacio.

Mario Cazaban, arrastrando consigo al inconsolable Gabriel, había llegado al paroxismo del delirio. Había hecho de su *¡Viva la República!* un verdadero mugido, y lo soltaba cada veinte pasos, despertando maravilloso eco en las compañías de guardias nacionales que iban formadas por en medio de la calle, con la banda de tambores á la cabeza. A la altura del patio del Louvre pasó al trote largo el general Trochu, cubierto de condecoraciones y seguido por su estado mayor lleno de galones, y el *¡hurrah!* de Cazaban valió á éste una mirada del célebre bretón. A todo lo largo del camino, Mario se encontró con muchos jóvenes barbudos, del Mediodía como él, y llenos de embriaguez lo mismo que él, con quienes cruzó carcajadas y abrazos.

Gabriel veía todas esas cosas igual que un sueño. La vieja Casa Consistorial, la plaza llena de pueblo agitándose como el oleaje, las apariciones en el balcón. el aureo kepis de Trochu, la barba en forma de collar de Julio Favre. la República proclamada, Rochefort llevado en triunfo, nada podía distraerle de aquella idea fija: su cita malograda. Cuando hubo entrado en el palacio del Ayuntamiento, siempre en pos de Cazaban, y éste le hubo presentado á un miembro del nuevo Gobierno, que tenía nariz aguileña y grandes patillazas, al saludar, Gabriel se acordaba del plátano joven del muelle de Orsay, sostenido por una estaca y rodeado su pié por una verja redonda de hierro, cerca del cual encontrábase la otra vez cuando vió de lejos á

Eugenia acudir bajo los árboles de la Esplanada; y le fué preciso hacer un penosísimo esfuerzo de atención para escuchar lo que le decía el patilludo hombre de Estado y para impedirle que le firmase á rajatabla un nombramiento de subprefecto.

Sin embargo, por fin pudo escaparse de la opresora compañía de Cazaban, no sin haber ido con él á difundir la buena nueva á tres tabernas del Barrio Latino, y haber tomado con el meridional varios vasos de *bitter* con jarabe; y volvió á casa de su madre extenuado de fatiga, inquietud y aburrimiento. Luego de comer, que lo hizo bastante mal, pareciéndole muy largo el tiempo con las lamentaciones de Mad. Henry sobre la proximidad del enemigo y los riesgos probables, corrió á la calle de Santiago.

Mad. Henry había salido.

Nada tan sencillo como la ausencia de la hermosa morena, quien sin duda había salido de su casa atraída por el dramático interés que entonces ofrecía la calle; pero en su imaginación de amante, pronta á forjarse quimeras, Gabriel concibió un presentimiento funesto para sus amores. Mientras pensaba que Eugenia debía de haber sido avisada de que Mad. Henry no la esperaba aquella tarde, no podía resignarse á la idea de no volver á ver á su querida antes del día siguiente; y anduvo vagando hasta muy entrada la noche por las aceras de la calle, llenas de agitación popular, y creyendo que eran Eugenia todas las mujeres que pasaban.

No obstante, preciso le fué renunciar á toda esperanza, cuando dieron las diez en Santiago de Haut-Pas; y volvió al muelle de San Miguel.

La noche fué horrible. Por la mañana, ávido de noticias, no pudiendo resistir más, se presentó en casa de Mad. Henry antes de ir á la oficina.

Al tirar del tan conocido cordón de la campanilla, oyó ruido en el cuarto y Mad. Henry no salió á abrir en seguida, contra su costumbre; pero cuando al fin apareció por la entornada puerta, con el pelo suelto y la chambra sin abrochar bien, dió un pequeño grito de sorpresa, y dijo con aire de apuro:

—¡Cómo! ¿Es V. Gabriel?... ¡Tan temprano!... El caso es que no estoy sola... Pero eso no importa nada; pase V.... Con eso conocerá V. á mi primo Roberto; eso es todo.

Y al entrar Gabriel en la revuelta habitación, vió cómodamente arrellenado en una butaca, frente á los restos de un almuerzo, á un guapo mozo rubio, que tenía puesta una guerrera desabrochada, con los galones de oro de subteniente de

móviles, y que fumaba tranquilamente un cigarrillo. En el ángulo formado por la chimenea y la pared, había junto á él un sable con la empuñadura cubierta por un kepis de oficial.

—Roberto—dijo con presteza la morena mozetona, cruzándose de prisa el peinador y aplastándose á dos manos en seguida los alborotados cabellos—te presento á M. Gabriel Fontaine.

Luego, inclinándose al oído del militar, á quien la llegada de Gabriel no le hacía mucha gracia, añadió á media voz:

—Roberto, ¿sabes?, viene aquí por una de mis amigas.

El oficial, que se había levantado, inclinóse ligeramente y volvió á sentarse á escape, después de echar al recién venido un vistazo lleno de desconfianza.

Gabriel estaba en el colmo del apuro; por inocentón que fuese, parecíale muy dudoso el parentesco entre Mad. Henry y el oficial de móviles. Miraba con inmenso asco aquellos platos sucios y botellas desocupadas, trascendiendo á orgía; aquella cama deshecha, mal oculta por el cortinaje de la alcoba; aquella mujer toda despechugada y aquel hombre joven fumando allí como en su casa; y pensaba que en ella había conocido á Eugenia. El contraste entre el recuerdo de la inocente y delicada joven y de aquella escena de grosero placer sensual y descocado, hacía nacer confusamente en su espíritu un montón de ideas dolorosas. Estaba sentado en el borde de una silla, y no encontraba ni una palabra que pronunciar.

—Vamos, mi pobre Gabriel—dijo de pronto Mad. Henry—tengo malas noticias que comunicar á V. Vi á nuestra amiguita ayer á las cuatro de la tarde... Parece ser que por la mañana se encontró en el tumulto, cerca del Cuerpo legislativo, y que tuvo un miedo tremendo... ¿Sabe V.? Esas gentes del campo... Pero hay otra cosa... Su marido la ha declarado que no quería tener la andrómina de una mujer durante el sitio, y que iba á embarcarla esta tarde en el tren para remitírsela á sus padres... Pero, ¿qué le ha dado á V.? ¡Está V. muy pálido!

En efecto: Gabriel creyó desmayarse. La idea de verse separado de Eugenia le había retorcido el corazón. Pesimista como todos los amantes, aceptaba como un hecho consumado ya la desventura con que acababan de amenazarle.

Quiso irse, salir á respirar. Con verdadero estupor del oficial, que continuaba sin comprender una jota, se levantó tambaleándose, dijo adiós con voz ahogada, apretó la

mano á Mad. Henry y echó á correr á través de las calles alegres é inundadas de sol, con el alma destrozada y anudándosele en la garganta los sollozos.

X

Gabriel ni siquiera supo si era verdad que se había ido Eugenia. Al otro día, y los siguientes, intentó varias veces, y siempre en vano, ver á Mad. Henry. Por los porteros llegó á saber que casi nunca estaba en casa, desde la llegada de su primo con el batallón de móviles del Aube, y que ya no se veía más por allí á Mad. Clément.

Estaba desesperado. La naturaleza, que por el sublime prestigio del amor se le había aparecido durante aquel hermoso mes de Agosto como un espectáculo espléndido y enteramente nuevo, velábase ahora á sus ojos con una bruma de luto. Por lo demás, el dolor producía en él la influencia que ejerce en las naturalezas exquisitas, le hacía más dulce aún. Habíase vuelto muy expansiva su ternura con su madre. Pero se había hecho más silencioso en la oficina y con sus camaradas.

Sin embargo, los prusianos estaban ya ante los muros de París; Gabriel, haciendo lo que todo el mundo, había ingresado en la guardia nacional. En un rincón del comedor, donde Mad. Fontaine tiraba los rótulos de los tarros de dulce y de las latas de sardinas, relucía el cañón de un fusil de tabaquera. Gabriel hacía el ejercicio en el Luxemburgo todos los días; y dos ó tres veces por semana, con el pelo demasiado largo bajo el kepis, la mochila á la espalda y armas al hombro, iba á reunirse con su batallón en la plaza del Panteón, y desde allí á dar guardia en la puerta de Italia.

Se había alistado en un batallón formado de antiguo, lleno de profesores y gente condecorada, cuyo único grito era *¡ Viva Francia!*, y comenzaba á tildársele de reaccionario. Su vecino de pelotón era su antiguo catedrático de Filosofía en el Liceo de Luis el Grande, pacífico literato que, mientras aguardaba á que le tocase entrar de centinela, sacaba un Séneca del bolsillo y lo leía sentado en el talud de las fortificaciones, junto á las faginas. Gabriel acompañaba con mucho gusto á ese buen hombre, desdeñando las partidas de tángana organizadas por los tenderillos, y las historias africanas del sargento instructor, antiguo zuavo de barbilla roja que ejecutaba suertes de titiritero con su

fusil, y hacía que todo el mundo le convidase á echar unas copas.

El camino que seguían los guardias nacionales para dirigirse al bastión recordaba á Gabriel incidentes muy dolorosos. Cuando, después de subir por la calle de Monge, atravesaban el bulevar de Italia, Gabriel, marchando en filas al paso militar, veía sobre una tapia ruinosa la techumbre de aquella casa dónde creía que ya no estaba Eugenia, podía leer desde lejos en el rótulo puesto encima de la puerta esas palabras que le hacían tanto daño: *Clément, traficante en maderas.* Un poco más arriba, en las afueras, el batallón desfilaba también por delante de la estación del ferrocarril de circunvalación, donde Gabriel se había separado de su amiga al regresar de su paseo por las cercanías. ¡Oh, qué salto le daba el corazón cada vez que pasaban por allí!

Aquella vida ociosa, al aire libre, en las murallas, no le disgustaba, sin embargo, á Gabriel, porque era favorable para meditar. ¡Cuán largas horas había vivido allí, apoyado en su fusil guerrero, contemplando esos suaves paisajes del otoño, á la sazón tan trágicos y llenos de enemigos ocultos; pero donde el infeliz amante sólo veía un reflejo de su tristeza, en el contorno indeciso y remoto de las colinas y en la ligera y pálida limpidez del cielo! Mientras humaredas de incendio se cernían sobre los bosques y los rugidos del cañón repercutían de eco en eco, ¡cuántas veces permaneció Gabriel absorto en un recuerdo delicioso y cruel ante la bóveda de fuego del sol poniente!

Gustábale también á Gabriel estar de centinela por la noche, cuando le dejaban solo junto á una enorme pieza de sitio, en la cual producía el viento una especie de estertor, y cuando sus miradas se abismaban en el esplendor del cielo sembrado de frías estrellas. Callábase á ratos la voz de los castillos y había intervalos de silencio tan profundo, que Gabriel podía oir con claridad el paso pesado y rítmico de la patrulla en el camino de ronda y la voz del centinela, que gritaba: *¿Quién vive? ¡Alto la linterna!* Sobre todo, las noches de luna aquello era espléndido. Por un lado estaba la inmensidad del campo, bañado en un vapor transparente y azul, y por otro veía los techos del barrio de Saint-Marceau y del cerro de Santa Genoveva subir como innumerables peldaños de plata hasta la cúpula del Panteón. Ante ese mágico panorama, en esas horas de soledad nocturna en que el aire más fresco y como purificado aguza y exalta la imaginación y los sentidos, volvían en tropel á la mente del joven los

sentimientos experimentados y las impresiones recibidas en la embriaguez del primer amor. Revivía uno tras otro todos los minutos adorados que pasó junto á Eugenia. No tenía más que cerrar los ojos para volverla á ver en casa de Mad. Henry, bordando á la luz de la lámpara con la cabeza baja y el cuerpo un poco hundido en el sillón, de modo que la barba apoyábase casi en el seno. Oía la voz de la joven, hecha más sonora por la bóveda de los arcos de puente bajo los cuales habían pasado al recorrer las márgenes del Sena. Sentía en su brazo el peso leve del de su amiga, y en los labios la dulzura de los dos únicos besos que ella había podido darle. Entonces, quebrantado de languidez, roído de deseos y pesares, después de lanzar al firmamento la sublime mirada de los desesperados, como para tomarlo por testigo de su dolor, poníase de codos en los sacos de arena de la muralla, escondía la cabeza entre las manos y lloraba mucho tiempo á lágrima viva.

Sin embargo, si el despótico amor hacía á Gabriel extraño, por decirlo así, á los terribles acontecimientos que se desarrollaban ante sus ojos, el joven no dejaba de verlos ó de saberlos, y, á veces, hasta se sublevaba contra su indiferencia por los peligros de la patria y se dirigía á sí propio amargas reconvenciones. Una vez, sobre todo, se le aparecieron las públicas desventuras con una forma tan conmovedora y tan funesta, que, al pensar en la poca atención que les había concedido hasta entonces, Gabriel, que era de ánimo generoso, casi se dió horror á sí mismo.

Hallábase aquel día de guardia en el puente levadizo de la puerta de Italia, cuando regresaron de no sé qué combate, por la parte de Villejuif ó de Chevilly, los restos de nuestro desgraciado ejército, otra vez vencido.

Llenos de barro, despeados, harapientos, con el desorden de un rebaño y doblados bajo el peso del chassepot y de la mochila, marchaban, horribles de verse, con los rostros enrojecidos por la fatiga y por la fiebre, los andrajos embarrados y los viejos capotes pegados á las escuálidas espaldas.

Infantería de línea, cazadores de á pie, turcos, soldados de caballería desmontados, todos entraban en revuelta confusión con los furgones y los tiros de mulas. Los artilleros, sentados en los cajones, cruzaban los brazos con aire feroz; los conductores iban medio dormidos sobre sus caballos velludos y rendidos de cansancio. Los oficiales cojeaban, apoyándose en bastones.

Dominando ese torrente humano,

pero arrastrado por él, pasó un general, jinete en un caballo bayo alazán, á paso castellano. Era una veterana figura militar, franca y dura, de bigote gris. Pasó con el kepis echado á los ojos, abrumado al peso de la derrota, seguido por un escaso estado mayor con uniforme sucio y algunos rojos *spahis,* quienes alzaban al cielo de otoño la nostalgia de sus hermosas miradas.

El viento del Noroeste barría los nubarrones grises. De vez en cuando, el próximo fuerte de Bicêtre tiraba un cañonazo para proteger la retirada.

Llegaron, al fin, las ambulancias. Tendidos en la lona de las camillas, doblados sobre las sillas de las hamugas, desfilaron lentamente los heridos, los tristes heridos, saludados por la multitud. Algunos no podían contener los gritos de sufrimiento; los más jóvenes lloraban.

Los había prensados en ómnibus, de donde colgaba junto al cochero la bandera blanca con la cruz roja, y que llevaban irónicamente inscritos en los tableros los nombres de los alegres pueblecillos de los alrededores, los cuales eran entonces, ¡ay!, para los parisienses las fronteras de Francia. Por las portezuelas salían cañones de fusil, y al menor vaivén coscorroneaban todas las cabezas.

Uno de esos siniestros carruajes se detuvo delante de Gabriel. Un herido, un pobre pistolo de infantería, con el vientre abierto por un casco de granada, acababa de quedar desfallecido, y le bajaban para dejarle morir allá, en la calle, bajo la lluvia que comenzaba á caer. ¡Horrible detalle! Cuando los enfermeros levantaron aquella masa inerte, deshízose la cura, hecha de prisa, y cayó al suelo una gran torta de hilas ensangrentadas.

Apenas tendido en un colchón, en el ángulo de una pared donde habían dormido durante la noche los guardias nacionales, el herido se estremeció por última vez y expiró. Era el soldado raso, el recluta de la víspera, el aldeano de ayer. Tenía una honradota cara campesina, rojizos los cabellos, manchas de salvado en la frente y las manos aún callosas de empujar la esteva del arado.

Gabriel contempló largo rato el cadáver de aquel oscuro soldado, caído en un combate sin nombre, muerto sin gloria después de vivir sin alegrías. Pensó en que habían sido muertos miles y miles como aquel, y comparando su vida de muelles languideces y de cobarde pereza con el destino de ese humilde mártir de la obediencia y del sacrificio, sintió Gabriel subirle el rubor de la vergüenza y se preguntó si era tal vez un monstruo.

El pobre mozo no era más que un enamorado; y, á pesar de sus escrúpulos, no podía sustraerse á la tiranía de ese sentimiento exclusivo que con tanto acierto se ha llamado *egoísmo de dos*. El recuerdo de Eugenia le oprimía el alma. Algunas veces concebía esperanzas de encontrarla, de que acaso se hubiera quedado en París. Mas no se atrevía á volver á casa de Mad. Henry para asegurarse de ello. Una extraña repugnancia le contenía, cuando se acordaba de aquel joven oficial fumando ante una mesa servida, delante de las narices de la hermosa morena, en ese lugar donde había nacido su tímido y joven amor.

Pasaba, pues, monotona su vida, en ir á la oficina, estar de guardia y oir las quejas de su madre, la cual veía con espanto disminuir las provisiones. Pasaba á menudo las veladas con Cazaban.

El entusiasmo sentido el 4 de Setiembre por el hombre meridional no fué de larga duración, y parecía haber volado con el globo que arrastró consigo á Gambetta.

Después de reclamar en vano medidas de rigor, tales como la ejecución sumaria de los fugitivos de Châtillon, comenzaba á tildar de flojo al Gobierno y principalmente á Trochu, á quien trataba ya de sacristán y de partidario de la capitulación. De día en día era más enérgico en sus expresiones, y no podía pronunciar veinte palabras sin intercalar en ellas las más groseras blasfemias y los famosos epítetos que bien pronto iba á reeditar el periódico *Père Duchesne*. Acentuábanse sus opiniones demagógicas. Leía el periódico de Blanqui y pedía la guerra á todo trance, el levantamiento en masa, la salida como un torrente y el poner torpedos en el alcantarillado.

Por supuesto, vestido siempre de paisano y sin más que un kepis de practicante mayor, estaba agregado á una vaga ambulancia en el centro de la ciudad, lejos de todo peligro, y en la cual aún se comían buenos bocados, según él mismo afirmaba.

XI

Sin embargo, seis semanas hacía que sitiaban á París los prusianos, y el mes de Octubre tocaba á fin.

La esperanza comenzaba á disminuir ya en aquellos á quienes no cegaba en absoluto la fiebre militar que se había apoderado de la población; y, á pesar de los discursos entusiastas y las conversaciones fanfarronas, algunos espíritus tranquilos miraban con terror lo porvenir.

La fisonomía de la capital adquiría poco á poco un carácter más tétrico, en armonía con la vaga inquietud que se notaba en el aire y con el cielo repentinamente entenebrecido de los postreros días del otoño. A despecho de las ordenanzas de policía, tenían las calles aspecto de desorden y suciedad, y la escasez pública manifestábase allí por mil síntomas alarmantes. Las paredes estaban manchadas con carteles de todos colores; los carruajes eran cada vez menores en número; un viento de tristeza y de miseria parecía pasar sobre aquella muchedumbre mal vestida, en que casi todos los hombres iban con el uniforme de la guardia nacional descuidado siempre y sucio con frecuencia; hermosas casas nuevas estaban abandonadas á los campesinos refugiados, quienes criaban conejos y aves de corral en los salones recién dorados; y en más de un lugar llenábanse las aceras á lo largo de mujeres del pueblo y criadas de servir, haciendo cola á la puerta de las tablajerías municipales, donde comenzaba á funcionar el sistema de racionamiento y á aparecer la carne de caballo. De noche, aquello era siniestro. Excepto los cafés y las farmacias, todos los establecimientos se cerraban muy temprano, ya no se encendían sino la mitad de los mecheros de gas, y nada era tan lúgubre como aquellas semitinieblas donde solamente vagaban algunas sombras de transeuntes retardados.

Sin embargo, los domingos fueron hermosísimos durante aquel período del asedio, y los parisienses iban en tropel á sus paseos favoritos. Pues bien; una de esas claras tardes, dulcemente soleadas, y que Gabriel había aprovechado para ir de callejeo por los grandes bulevares con su amigo Cazaban, le acaeció un suceso enorme.

Desde poco tiempo atrás habíase borrado un poco de la memoria del joven la imagen de Eugenia, y aquel día no había vuelto á pensar en ella desde la mañana. Cazaban fué á buscarle á casa de su madre luego del almuerzo; y Gabriel salió con su amigo, alegrándose de charlar andando con las manos metidas en los bolsillos de la americana, de seguir la acera del sol por las calles y los muelles, de respirar, de ver gente. Ambos camaradas habían llegado así hasta el bulevar Montmartre, é iban á paso lento por entre la muchedumbre que se agolpa siempre en las cercanías del pasaje Jouffroy.

Cazaban estaba explicando á su amigo el maravilloso invento de un médico del Barrio Latino, quien había topado con el secreto de quintaesenciar el tifus y el cólera dentro

de una redomita, que bastaría destapar para difundir esas epidemias en el ejército prusiano; y se indignaba contra la poco patriótica negativa del Gobierno á emplear aquel enérgico medio de defensa, cuando Gabriel vió de pronto á quince pasos de él, á la entrada del pasaje, á Eugenia dando el brazo á un hombre de elevada estatura, con galones de sargento primero en la manga de su capote de guardia nacional, y que, de cierto, era el marido.

El joven se detuvo bruscamente. Acababa de recibir en el epigastrio ese choque violento, parecido á un puñetazo, fenómeno producido por toda emoción fuerte. En un abrir y cerrar de ojos, y con aquella loca rapidez que el pensamiento adquiere en las grandes crisis de la vida, comprendió que la joven no había salido de París desde el bloqueo; que esas seis semanas pasadas por él echándola de menos, las había vivido ella muy cerca de él, en la misma ciudad que él, sufriendo quizá con la separación como él, y de seguro acusándole de olvido y de abandono. En el momento en que tenía la inesperada felicidad de encontrarla, no podía correr á ella, agarrarla de las manos, verla de cerca, tocarla, explicárselo todo, en una palabra; y, por vez primera, la encontraba del brazo de aquel que la poseía en nombre de la ley y de la sociedad, de ese marido temido por ella, odiado por él.

Gabriel reconoció en seguida á Clément en ese robusto mocetón cuyos duros ojos brillaban bajo la visera del kepis, de cuadrados hombros, bajo el pesado capote de paño azul grueso; y junto á ese coloso, la delicada y monísima Eugenia, con su estrecho traje negro y un poco enflaquecida ya por las privaciones del sitio, hacía un contraste bien cruel á los ojos del pobre amante.

Con la mano puesta sobre el brazo de Clément, Eugenia pasó cerca de Gabriel, y á su vez le reconoció. También ella se detuvo al punto, y, poniéndose muy pálida, le miró con ojos agrandados por el asombro y la inquietud. Pero, casi en seguida, volvió bruscamente la cabeza; y arrastrada por su marido, que nada había notado, desapareció entre la muchedumbre.

—¿Qué te pasa?—dijo el hombre meridional á Gabriel petrificado.—Pareces lelo.

—Nada—respondió con esfuerzo Gabriel, quien se sentía desfallecer. —Estoy un poco fatigado. Entremos á sentarnos en ese café, ¿quieres?

—Con muchísimo gusto—dijo Cazaban, que nunca se negaba á un ofrecimiento semejante.

Pero el final de aquel paseo fué

odioso para Gabriel. Apenas entró en la caldeada atmósfera de aquel recinto, sintió subírsele la sangre á la cabeza y quiso volver á andar. Aturdíale la charla de Cazaban; oía sin comprender, absorto con el pensamiento de que Eugenia estaba en París y soñando ya con los medios de volver á verla. Regresó á casa de su madre, rendido de cansancio·

La comida fué breve (todas lo eran en aquella época); y en cuanto Mad. Fontaine rezó la oración de gracias, Gabriel salió de casa é instintivamente marchóse á toda prisa á la calle de Santiago. Casi dió un grito de alegría al ver luz en la ventana de Mad. Henry. Ni siquiera reflexionó si iría á ser indiscreto y caer otra vez en medio de alguna cita á solas con el oficial de móviles; y sin ponerse á discurrir qué excusa podría dar de su larga ausencia, subió las escaleras de cuatro en cuatro.

—¡Cómo! ¿Es V., horrible flojote?—exclamó Mad. Henry introduciendo á Gabriel en el cuarto, donde por fortuna estaba sola.—¡Supongo que será V. un aparecido! ¡Y yo, tan panfilona, creyendo que había sentado V. plaza en los francotiradores y que habría V. pescado algo malo! ¿Está bien eso de abandonar así á los amigos? Vamos, á explicarnos, señor ingrato. ¿Qué ha sido de V. en tanto tiempo?

Pero Gabriel era demasiado feliz al encontrarse junto á aquella mujer y en aquella estancia, que le recordaban tantas deliciosas memorias; tenía demasiado grande y dulce presentimiento de que estaba en la pista de Eugenia, de que iba tal vez á verla, para imaginar una respuesta conveniente á las reconvenciones que Mad. Henry le dirigía con cómica iracundia.

—¡Dios mío! Perdóneme V., Mad. Henry—respondió por fin, con un poco de aturdimiento.—He venido varias veces á verla á V. sin encontrarla; y he temido molestar, desde que la vi á V.... en familia.

La hermosa morena soltó el trapo á reir.

—¡Vamos! ¡Vamos! Veo que es Vd. tan mala lengua como los demás. Pues qué, ¿es una cosa tan extraordinaria eso de tener un primo? ¡Pobre Roberto! ¡No me habrán quitado poco el pellejo con motivo de él!... Y, sin embargo, ya no le veo, desde que su batallón está en Moulin-Saquet... Vaya, V. es como esa pícara Eugenia, que no quiso volver más, porque se encontró aquí con él dos ó tres veces... Ahí tiene V. lo que es el haberme plantado... V. no sabe que Eugenia se quedó en París, y ha estado V. cerca de dos meses sin verla. Con eso escarmentará V. Escuche: no merece V. que le diga

cuánto ha pensado ella en V. y cuán triste estaba al preguntarnos por qué no venía V. ya... ¡Oh, qué monstruos de hombres! ¿Qué la va V. á decir cuando venga ella dentro de poco?...

Un inmenso júbilo se apoderó de Gabriel. ¡Eugenia no le había olvidado, Eugenia había sufrido con su ausencia! Cediendo á una invencible necesidad de expansión, cogió ambas manos á Mad. Henry y la contempló con los ojos húmedos por lágrimas de dicha. Y apoderándose también de ella misma esa emoción tan sincera, decíale la hermosa morena con voz animadora:

—¡Vamos, niño grande, no se ponga V. malo; le aman, y le perdonarán!, cuando Eugenia entró bruscamente.

Los dos amantes permanecieron inmóviles uno delante de otro, separados tan sólo algunos pasos, temblorosos, pálidos, ahogados por el enternecimiento. Eran dos naturalezas demasiado exquisitas para dejar desbordarse su ternura delante de un testigo, y hubo un momento de silencio muy doloroso. Pero entonces Mad. Henry, comprendiendo todo lo penoso de la situación y obrando con ese delicado sentido de las relaciones que se revela á veces en las mujeres más vulgares, acercóse sencillamente á Eugenia para quitarla el sombrero y el abrigo, y la hizo sentarse junto á la mesa; sentándose luego ella también y mostrando una silla á Gabriel, dijo con una sonrisa:

—Vamos, Gabriel, como antes... Léanos V. el *Petit Journal.*

XII

A contar desde aquel día, Eugenia y Gabriel abandonáronse de nuevo á su mutuo amor, que la separación había hecho más vivo. Entonces volvieron á empezar las apacibles veladas en el cuarto de la calle de Santiago, las lecturas en alta voz, los silencios ritmados por el isócrono ruido de las puntadas de aguja, las mudas confidencias en una mirada. Cuando el marido, celoso guardia nacional, estaba de servicio en las murallas, Eugenia permitía que Gabriel la acompañase hasta su casa; ya no tenían peligro de que les conociesen en aquellos bulevares lejanos y oscuros, donde algunos escasos faroles de aceite mineral habían reemplazado á las deslumbradoras hileras de luces de gas. En esas soledades tenebrosas, la casadita, caminando lentamente del brazo de Gabriel y apoyando la cabeza en el hombro de su amigo, le contaba sus recien-

tes penas: cómo estaba más sola y triste que nunca desde que Clément, que ya no tenía trabajo y se ocupaba con ardor de la guerra y de la política, sólo parecía á la sazón por su casa para acostarse, las noches en que su batallón no estaba de servicio; cómo el marido había adquirido hábitos de embriaguez y de violencia y la daba miedo al volver, acalorado por la bebida, de una sesión de club ó de una elección de oficiales, y declamaba con gran caudal de juramentos contra los traidores y los burgueses, pidiendo todo revuelto, la salida en masa y la abolición del capital, el exterminio de los prusianos y el advenimiento de *la social*. Apremiada por las preguntas de Gabriel, confesaba también la casadita la amarga pena y el desaliento profundo que experimentó al quedarse sin verle y cuando le creyó inconstante y olvidadizo; y entonces era de ver la de juramentos desesperados, maldiciones contra el destino, locas caricias, abrazos hasta hacerse daño, besos empapados en lágrimas, mientras el viento de la noche hacía pasar sobre sus cabezas el rugido del cañón de los fuertes, y algunas veces el granear de la fusilería en los puestos avanzados.

Por lo demás, ambos amantes eran demasiado tímidos y cándidos para buscar, ni aun para apetecer, una satisfacción del amor más completa que esas dolorosas conversaciones y esos tristes besos. Sin embargo, Eugenia hubiera estado sin fuerzas para defenderse de Gabriel, si las circunstancias le hubiesen permitido á éste manifestar sus deseos. Pero Mad. Henry nunca los dejaba solos, y eran incapaces de buscar con premeditación un asilo para su idilio errante, que paseaban ya casi todas las noches bajo el cielo oscuro y en el fúnebre panorama de las noches del sitio.

Así pasaron para ellos esos trágicos meses de Noviembre y Diciembre, durante los cuales la ciudad sitiada vió descargar sobre sí todos los desastres de la guerra. Pero ¿qué les importaban el frío, el hambre, la miseria, la fatiga y el espanto? Se amaban, podían decírselo, y sólo con eso habíanse vuelto indiferentes á todos los sufrimientos. ¿Qué les importaban esos tumultos, esos motines, esas batallas?

El amor es superior á todas las locuras de los hombres; los siniestros acontecimientos que ocurrían en torno de ellos, apenas lograban de los dos amantes una mirada y un recuerdo. ¡Valiente cosa se le daba á Gabriel de que el Gobierno se llamase Trochu ó Blanqui el 31 de Octubre, víspera del día en que había vuelto á encontrar á su que-

rida! Y más tarde, cuando los combates se sucedieron unos á otros, todas esas fechas sangrientas, por un juego criminal de la memoria, sólo sirvieron á Gabriel la frase tierna y encantadora que ella le había dicho en tal día, el apasionado y dulce beso que él le había dado.

Una noche, en la última quincena de Diciembre, estaban en casa de Mad. Henry, cuando ésta les convidó á comer el día siguiente, anunciándoles que su primo Roberto había obtenido un permiso de veinticuatro horas para abandonar las avanzadas, y debía traer consigo uno de los últimos pasteles de hígado grasiento que se encontraban aún en París.

En virtud de una mirada suplicante de Gabriel, que sólo veía en esta invitación un medio de pasar algunos instantes más junto á su muy amada, aceptó Eugenia, y al siguiente llegaron ambos amantes á la hora indicada.

Aquella velada fué una de las más felices de su vida.

El cuartito tenía aspecto de fiesta. Una gran fogata de leña, raro lujo en aquella época, ardía en la chimenea. La lámpara y las velas estaban encendidas y arrojaban alegre claridad sobre el blanco mantel con que Mad. Henry acababa de cubrir la mesa. La morena buena moza, que había prendido con alfileres un delantal de cocina sobre su mejor traje de seda, enjugaba con brío los vasos y platos, y Eugenia, animada por el regocijo de su amiga, la ayudaba á colocar los cubiertos.

No tardó en presentarse el oficial de móviles, con uniforme de campaña, calzado con grandes botas de cuero leonado, saliendo el puño del sable por la hendedura del capote, y trayendo bajo el brazo el precioso pastel envuelto en tres papeles grises.

Sentáronse al momento y con entusiasmo á la mesa. La discreta intimidad que existía entre Eugenia y Gabriel había disipado las desagradables sospechas del sedicente primo de Mad. Henry, y no cesó de reinar durante la comida el más cordial buen humor. Gabriel tuvo un momento de envidia al comparar su burda guerrera y su modesto papel de guardia nacional sedentario con el elegante uniforme y los dicharachos militarescos del oficial; y hasta hubo un minuto en que al oir al guapo Roberto dirigir un insípido piropo á Eugenia, el inquieto enamorado se entregó á los tormentos de los celos, y rodaron por su espíritu ideas homicidas; pero, en resumen, todo sucedió á las mil maravillas. Y después de hacer concienzudos registros en las entrañas del pastel, y brindado por

una multitud de cosas muy patrióticas, separáronse como los mejores amigos del mundo.

La noche era fría pero despejada, y Gabriel acompañó á Eugenia. Sin duda fué muy tierna la conversación aquella noche, bajo los añosos árboles del bulevar de Italia, y muy exquisito el beso de despedida; porque Gabriel, excitado por la buena velada, y preciso es confesarlo—¡debilidad humana!—por la suculenta y ruidosa comida, no quiso retirarse de seguida á casa y se encaminó al café del Barrio Latino, donde Cazaban, en medio de un círculo de meridionales muy exaltados, denunciaba diariamente la gran traición del gobierno y pedía las más enérgicas medidas contra el enemigo.

Con gran sorpresa de aquella reunión, donde rara vez se presentaba y era considerado como tímido ó reaccionario, Gabriel manifestó aquella noche su violencia y su entusiasmo. Ofreció un ponche, arengó á la asamblea y pronunció un brindis incendiario; y hacia la una de la madrugada, mucho tiempo después de cerrarse el establecimiento, paseábase aún por el muelle de San Miguel, del brazo de Cazaban, preconizándole con elocuencia las virtudes de la dinamita y del picrato de potasa.

XII

El 4 de Enero, á cosa de las dos de la tarde, comenzó el bombardeo con que los prusianos amenazaban desde tanto tiempo atrás á París; y una de sus primeras granadas estalló en la esquina de las calles de Santiago y de los Fuldenses.

Difundióse con rapidez la noticia por todo el barrio, donde (hay que convenir en ello, en honor de sus habitantes) produjo mucha más indignación que terror; y llegó á oídos de Mad. Fontaine, quien se la refirió á Gabriel cuando éste fué á su casa para comer.

Lo mismo que todos los sitiados, el joven estaba ya hecho al peligro y curado de espanto; y sin preocuparse gran cosa de este nuevo horror de la guerra, comió en compañía de su madre el pobre cocido de carne de caballo y las escurriduras de un tarro de dulce. Luego, siguiendo la dulce y cotidiana costumbre que había renovado, salió y fué á casa de Mad. Henry.

Pero aquella noche, al penetrar en aquel barrio desierto, parecióle que la soledad de las calles era más espantosa y las tinieblas más siniestras. A veces oía por encima de su cabeza crecer un ruido extraño, se-

mejante al zumbar de un insecto monstruoso que volase con loca rapidez; y, pasado un segundo, estallaba á lo lejos una detonación. Eran las granadas que caían. Pegado á la pared y pisando barro, seguía por aquella estrecha y oscura calle de Santigo, iluminada tan sólo por las humeantes lámparas de las escasas tiendas abiertas aún; y á cada momento levantaba los ojos al cielo entenebrecido en absoluto, por donde pasaban con estrépito los invisibles proyectiles. Poco á poco aparecieron en su espíritu multitud de ideas lúgubres y desoladas. A todas las impresiones de ruina y de muerte que le rodeaban, agregóse el recuerdo de su infeliz y culpable amor. Sintió que le invadía una vaga pero honda desesperación; y, por vez primera, vió sin un brusco sobresalto de alegría brillar la luz en la tan conocida ventana.

Subió despacio la escalera, tiró de la campanilla, y como viese la llave en la puerta, entró sin aguardar á que le abriesen.

Sentada junto á la chimenea, cerca de un pequeñísimo cabo de vela encendida, con el sombrero y el abrigo puesto, y teniendo en la mano la bolsa de la labor, como si fuese á marcharse, sola en aquella estancia fría, sin fuego y sin lámpara, hallábase Eugenia.

—Ya ve V.—dijo con insegura voz á Gabriel sorprendido—cómo no quise que viniera V. en balde aquí esta noche. Mad. Henry tuvo miedo al bombardeo y acaba de marcharse á pedir hospitalidad á su pariente de La Chapelle. Como yo no conozco en París á nadie en cuya casa poderme refugiar, y permanezco en el barrio, me ha dejado la llave de la suya con el fin de tener dos alojamientos en caso de necesidad. Pues bien, como V. no estaba avisado y sabía yo la pena que le daría el no encontrar aquí á nadie, he venido un momento para verle á V. y decirle esto.

—¡Qué buena es V.!—respondió Gabriel enternecido.

Y cogiendo una silla baja, fué á sentarse á los pies de Eugenia.

—Pero necesito irme en seguida —prosiguió con esfuerzo la casadita.—Clément no está de guardia; se ha quedado en casa, y le he dicho que salía nada más que por un instante.

—¡Cómo!... ¿En seguida?—dijo Gabriel, cogiéndola de las manos y sujetándola suavemente.

Era la primera vez que estaban á solas en aquel cuarto. Apoderóse de ambos una singular emoción, mezcla de languidez y de espanto.

—¡Quédese V. un momentito!—suplicó Gabriel.—Ni siquiera he tenido tiempo para verla... ¡y tengo tantas cosas que decirla!... ¿Qué va

V. á hacer durante este horrible bombardeo?

—No lo sé. Clément ha bajado los colchones al sótano: dice que vale más que nos maten que capitular... Pero, suceda lo que quiera... ¡tengo tanta pena!... Se lo juro á V.; lo que es ahora, igual me da morir.

—¡Oh, qué mal está eso que dice V.!... ¿Ya no me amas? ¿Y qué sería de mí, si yo no te tuviese?

Eugenia bajó la cabeza con aspecto abrumado, sin responder. Gabriel la tenía abrazada y la miraba con ojos llenos de lágrimas.

—Suélteme V.—dijo ella, tratando de desprenderse. —¡Déjame... tengo miedo!... ¡Nunca hemos estado solos como hoy!... Ya sabe V. que no está bien esto que hacemos.

El joven obedeció al pronto, pero conservó entre las suyas las manos de su querida, y se puso á besarlas, gimiendo.

A despecho de sí misma, abandonóle ella esas manitas ardientes de fiebre. No se encontraba con fuerzas para levantarse y partir; era presa de un embotamiento voluptuoso que quería sacudir, pero que iba subiendo desde las manos al corazón. Gabriel, por su parte, perdía la cabeza; sin dejar de besarla las manos, había caído á los pies de Eugenia, enredada entre los pliegues de las faldas.

¡Oh, cuánto calor tenían en aquel cuarto glacial! En torno suyo reinaba profundo sosiego. Por fuera, oíanse á lo lejos sordas explosiones: continuaban lloviendo granadas. La vela se había consumido del todo sin que ellos lo notasen; y la mecha, caída al borde del candelero, lanzaba sus fulgores de agonía.

—¡No!... ¡Sufrimos demasiado!—exclamó Gabriel. —¡Y si el destino tuviese lástima de nosotros, enviaría sobre esta casa una de esas granadas para aplastarnos!...

En el mismo instante, una detonación terrible, seguida de un estrépito de vidrios rotos, hizo retemblar las paredes. Un enorme proyectil acababa de estallar en el empedrado de la calle. La vela se acabó de apagar en el acto.

Aquella vez, el terror fué quien arrojó á Eugenia en brazos de Gabriel.

Estaban solos, enloquecidos entre la oscuridad, enlazados por un abrazo apasionadísimo, confundiendo sus besos y sus lágrimas, mezclándose sus alientos, con los labios fuertemente unidos... y la tromba de fuego y hierro, de que el irónico destino se valía para unir del modo más íntimo á dos amantes, continuaba descargando sobre la consternada ciudad, aplastándolo todo, hiriendo palacios y cuchitriles, derruyendo techumbres y paredes,

rematando heridos en sus lechos del hospital militar de Val-de-Grace y matando niños en sus cunas.....

.....

Dos horas después, cuando Gabriel, ebrio de voluptuosidad, de gozo y de orgullo, regresó á su cuartito del muelle de San Miguel, encontró á su anciana madre arrodillada delante de una silla, junto á su lumbre de viuda, preparándose á pasar las cuentas del rosario y rezar oraciones.

—¡Qué es eso, mamá!—dijo, estupefacto.—¡Sin acostar aún... á las once! ¿Por quién rezas tan tarde?

—Pero Gabriel—le respondió Mad. Fontaine levantándose y con un acento casi severo en su voz—¿acaso no piensas en ello? ¿No oyes las bombas? Rezo por todos los que van á morir en esta abominable noche; rezo por las pobres madres ancianas, como yo, que mañana llorarán un hijo...

Y Gabriel, después de abrazar á su madre, se retiró bruscamente á su cuarto, espantándose de esa felicidad que le hacía tan egoísta y tan duro.

XIV

Continuaron amándose bajo la lluvia de granadas.

Fué para ellos un paraíso aquel horrible mes de Enero, durante el cual, desfallecidos, hambrientos y bombardeados, comieron los parisienses un pan negro que hubiera hecho amotinarse á un presidio, y temblaron junto á la triste lumbre de leña verde.

Más audaz Eugenia desde que era más culpable, dejaba creer á su marido que seguía pasando las noches en casa de Mad. Henry, donde iba á reunirse con Gabriel. Incitados por el deseo, á través de las tinieblas preñadas de peligros, acudían bajo el techo de la casa de aquel barrio aplastado por los proyectiles.

No pensaban en los riesgos; ni siquiera oían tronar los cañones Krupp y estallar las bombas. Sólo vivían para su amor. Apenas llegaba hasta ellos el eco de las últimas catástrofes del sitio. Fueron felices la noche de la matanza de Buzenval; fueron felices el 22 de Enero; fueron felices—¡oh vergüenza!—el día de la capitulación.

Pero por extraños decretos del destino, lo fueron por última vez aquel día.

Eugenia, débil de salud, tenía que resentirse más que nadie de las fatigas y privaciones del sitio. Cayó gravemente enferma y tuvo que guardar cama durante seis semanas.

Mad. Henry, que había vuelto á

su domicilio, fué durante todo ese tiempo confidente de las angustias y los sufrimientos de Gabriel. Iba á verla todos los días para saber noticias de su querida idolatrada y para hablar de ella; y aguardaba febrilmente el momento en que Eugenia pudiera salir, sin ocuparse de las primeras sesiones de la Asamblea de Burdeos, de la entrada tímidamente triunfal del ejército alemán en París, de las manifestaciones de la guardia nacional en torno de la columna de Julio, de los cañones en Montmartre y de todos los temibles síntomas de la revolución próxima.

El 17 de Marzo, al llegar por la mañana á casa de Mad. Henry, tuvo la deliciosa sorpresa de encontrar allí á Eugenia, quien, apenas convaleciente, no había querido tardar más en volverle á ver, y había salido á pesar de la nieve. Lloró de júbilo sobre las enflaquecidas manos de la joven; hizo con ella mil proyectos encantadores de amoríos ocultos lejos, correrías por los bosques. Pero cuando tuvieron que separarse y la vió en el quicio de la puerta, tan pálida bajo sus pañoletas y chales de enferma, dirigirle su adiós con una sonrisa triste y fatigada, una horrible idea cruzó por el espíritu del amante; y tuvo como un terror de perder á Eugenia para siempre.

Al otro día, el golpe de mano intentado para apoderarse de los cañones de Montmartre, fracasaba miserablemente; un motín, que acababa de empezar por dos asesinatos, hacíase dueño de la capital en pocas horas; la población de la primera ciudad de Europa, vacilaba entre el deber de sostener al Gobierno legal y el temor á las órdenes que la dictaba una turba de oscuros pillastres; y Gabriel se vió precisado á reunirse en Versalles con el Gobierno que acababa de huir.

XV

Todos aquellos á quienes sus vínculos gubernamentales ó su seguridad personal constriñeron á ir á habitar en Versalles durante la *Commune,* jamás olvidarán el extraño espectáculo que ofrecía entonces aquella capital improvisada.

Los escasos parisienses que hasta aquella época habían sido atraídos hacia Versalles por una causa diferente que por los grandes surtidores de sus aguas, y que habían observado entre semana ese chocante fenómeno de una desierta, triste y silenciosa ciudad de provincias, casi á las puertas de Pa-

rís; los que habían podido reconocer toda la poética verdad del verso de Teófilo Gautier,

Es Versalles la Palmira
Donde duerme la realeza,

de seguro que experimentaron entonces uno de los mayores asombros de su vida.

Después del espantoso naufragio del viejo navío simbólico, grabado en las armas de París, Versalles fué la almadía colosal construida con los restos. Desde los últimos días de Marzo á fines del mes de Mayo, aquella ciudad, que en tiempos ordinarios apenas cuenta treinta mil habitantes, contuvo más de doscientos mil y vió circular por sus admirables jardines, por sus calles monumentales, por sus grandiosos paseos, la febril agitación de todo un pueblo en peligro de muerte. En aquella vasta plaza de Armas, y como obedeciendo al ademán de mando del Gran Rey jinete en su caballo de bronce, se reunieron formidables piezas de artillería y maniobraron regimientos. En ese legendario palacio, que parece predestinado á servir de decoración á los acontecimientos trágicos de nuestra historia, una Asamblea soberana, rodeada de sus ministerios y del innumerable personal de su administración, celebró sus sesiones en medio de los tumultos é hizo convergir hacia ella todas las fuerzas del país. Y en las casas de la ciudad, en sótanos y graneros, pasando la noche sobre una silla, acostándose encima de los mostradores y de las mesas de billar, amontonáronse refugiados de todas condiciones, oficiales de todas categorías, funcionarios de todas clases, en una palabra, todos los residuos de la gran sociedad parisiense, desde el genial artista que abandonó su estudio hasta el agente de orden público expulsado de su tugurio, desde el ilustre hombre de Estado fugitivo ante el motín hasta la última de las mujeres públicas arrojada por el hambre.

Fiel á las tradiciones de la ligereza francesa, y obediente á su pesar á la esclavitud de la costumbre, aquella inmensa emigración había llevado allá sus elegancias, sus placeres, sus ridiculeces y hasta sus vicios; y, en cuanto era posible, había reconstituido inmediatamente en aquella nueva Coblentza su manera de vivir y sus hábitos de otros tiempos. Aprovechando esos maravillosos días de primavera, en que la impasible naturaleza parecía manifestar á los hombres el menosprecio en que tiene las locuras y los crímenes de ellos, las mujeres de sociedad propusiéronse demostrar todo el refinamiento discreto y delicado que podrían poner en sus

negros vestidos, y poblaron de exquisitos tocados de luto las calles de árboles al tresbolillo y los senderos entre los céspedes acotados con boj del viejo parque. Debajo de aquellos grandes árboles entrecruzáronse requiebros, frívolas conversaciones, leves risitas, y se mezclaron con los píos de las avecillas, cuyos cánticos resonaban entre el tierno follaje, sin que los cubriese la voz lejana del cañón. Al tomar café después del almuerzo, en la terraza del *Hotel des Réservoirs*, jóvenes elegantes, con corbata clara y traje de verano, miraban á través del humo dorado de sus cigarrillos desfilar ante sus ojos, junto á la carretela de una cortesana de moda, los pesados armones llenos de bombas y granadas; y por la noche, actores bufos cantaban zarzuelas en el gran teatro, de donde los espectadores salían en los entreactos para oir cómo retumbaba durante la noche la gran batería de Montretout.

Gabriel y su madre habían hallado refugio en un cuartito de la calle de la Parroquia, amueblado nada más què con dos camastros de hierro separados por las hojas de un biombo. El joven había seguido la suerte de las oficinas de Instrucción pública, instaladas entonces provisionalmente en el liceo de Versalles; y para entrar en París aguardaba, como todo el mundo, á que el ejército regular, que acababa de reorganizarse á toda prisa, hubiese penetrado allí y vencido á la más monstruosa y criminal insurrección vista en Francia.

Pero, preciso es confesarlo: si aquella esperanza, compartida entonces por todos los buenos ciudadanos, era tan intensa en Gabriel, consistía en que esos muros defendidos por los federados, y cuya caída deseaba con tanto ardor, le separaban de su querida.

Había tenido que abandonar á París sin despedirse de Eugenia, y no tenía ninguna noticia de ella. Como le había prohibido con señales del más vivo espanto escribirla jamás á casa de su marido, el pobre amante había mandado cartas sobre cartas á la complaciente Mad. Henry. Todas quedaron sin respuesta. Devorado por la inquietud, fué una vez á París, por San Dionisio y el ferrocarril del Norte; y, atravesando por la capital, siniestra y llena por todas partes de locos y mentirosos anuncios de la guerra civil, había ido corriendo á la calle de Santiago. Mad. Henry no había parecido por su casa en mucho tiempo; y Gabriel, á quien el portero recibió con aire inquieto, y que había visto antes del 18 de Marzo acentuarse las opiniónes radicales de la morena buena moza, recordó las ausencias de ella al llegar su se-

dicente primo y pensó si no habría reemplazado al brillante oficial de móviles por algún coronel federado de irresistibles galones.

Fué á dar una vuelta por el bulevar de Italia, horroroso desde que habían cortado los árboles durante el sitio, y transformado en un verdadero desierto de sol y de polvo. Durante una hora anduvo cien pasos allí, pero desde muy lejos, por delante de aquella tapia que ocultaba la casa de su querida; y en el momento en que venciendo su timidez iba á acercarse á la puerta del almacén de maderas, con la esperanza de ver á Eugenia cruzar el patio ó sentada á la ventana, vió atravesar el bulevar y dirigirse á aquella puerta un hombre de elevada estatura, con uniforme de capitán de la guardia nacional, cinturón rojo y un gran sable de caballería. Al primer vistazo adivinó Gabriel al marido, más bien que reconocerle; y desesperado, huyó sin averiguar nada acerca de la suerte de su querida.

De regreso en Versalles, tuvo que renunciar á nuevas tentativas porque *la Commune* acababa de publicar su inicuo decreto incorporando á sus batallones todos los hombres de veinte á cuarenta años, y hacía vigilar los viajeros en la estación del Norte y en todas las puertas de la ciudad. Volver á meterse en París hubiera sido para Gabriel arriesgarse á que le detuviesen; y, por otra parte, en aquella época de desconfianza, esos viajes sin motivo confesado á la capital insurrecta le hubieran expuesto á perder el modestísimo empleo que les aseguraba el pan á su madre y á él.

Desde entonces tuvo una vida horriblemente melancólica. Durante las pocas horas que le dejaba libre la oficina, refugiábase en los rincones más desiertos y escondidos del parque, huyendo de las calles llenas de gentío donde á cada paso le detenía uno de sus colegas ó algún conocido superficial, para hablarle de la muerte de Florens, de la toma del castillo de Bécon ó de cualquier otro episodio de aquella espantosa guerra en la cual no podía interesarse, á pesar de todo, y á la que maldecía tan sólo como un obstáculo puesto entre él y su amiga.

Todos los días iba á la lista de correos, esperando encontrar allí carta de Eugenia. Y no es que contase con tenerla, porque jamás le había escrito la temerosa casadita; mas no por eso realizaba esa peregrinación con menos regularidad, y siempre esperaba con idénticas palpitaciones invariable respuesta del empleado:

—No hay nada para V.

Sin embargo, á fines del mes de

Abril, un día, después de presentar Gabriel en la taquilla su tarjeta ¡ay! tan conocida, el oficinista se detuvo al hojear su paquete de cartas, cogió una de ellas y se la entregó.

¡Oh, loco regocijo! Gabriel tomó la carta con mano temblorosa, la puso junto á su corazón en el bolsillo interior del gabán, abrochándoselo enseguida; y para leerla más á sus anchas, corrió hasta el bosquecillo de la Reina. Allí se dejó caer en un banco, junto á una olmedilla; y bajo aquellos magníficos árboles estremecidos por el viento primaveral, rompió febrilmente el sobre, desdobló la carta y leyó lo que sigue:

«Valence-d'Agen, 27 de Abril.

»Querido: Te escribo en el café de la Comedia, donde acabo de almorzar fuerte con algunos camaradas. Hemos brindado por el triunfo de *la Commune* y por la derrota de los versalleses. Pero no se trata de eso. Imagínate que los cagatintas del ministerio de la Guerra no me han hecho cobrar la indemnización de equipo y vestuario á que tengo derecho como practicante mayor auxiliar en las ambulancias durante el sitio. Verdad es que no compré el uniforme, salvo un kepis que me costó lo menos diez francos; mas no por eso es menos cierto que se me debe la indemnización. Tú que estás en las oficinas y conoces la aguja de marear, no tienes más que dar algunos pasos para que reparen esta injusticia. Hazme el favor de ocuparte de ello y enviarme el dinero lo antes posible.

» Te la comprimo. — Salud é igualdad.

»Mario Cazaban.»

Preso Gabriel de un profundo desaliento después de esta lectura, volvióse con tristeza á comer en casa de su madre. Pero aquel día le reservaba todavía un nuevo sinsabor. En el momento en que atravesaba la calle de los Depósitos, una mano le tocó en el hombro con familiaridad. Volvió la cabeza y vió al pretenso primo de Mad. Henry, con su uniforme de móviles aún.

—¡Calla! ¿V. por aquí?—dijo el guapo Roberto.—¡Ah! Sí, es justo. Ha seguido V. á su Administración. Después de la guerra, me volví á casa de mis padres; pero en cuanto estalló *la Commune*, naturalmente vine á ponerme á disposición del mariscal.

—¿De modo que está V. en el ejército sitiador de París? — preguntó Gabriel por decir algo.

—No. Parece que sólo quieren valerse de las tropas regulares, de

los prisioneros que regresan de Alemania, ¿sabe V.?... Pero yo me quedo aquí, para ver en qué queda esto. Y además, Versalles es muy divertido; está lleno de mujeres.

A pesar de la secreta antipatía que le inspiraba aquel joven, Gabriel continuó la conversación; y, siempre con el propósito de obtener alguna noticia de Eugenia, preguntó al oficial cómo estaba su prima.

—¿Mi prima? ¿Quién es mi prima?... ¡Ah! Sí, ya caigo... Josefina... Mad. Henry... Es verdad: ella me hacía pasar por pariente suyo. ¡Cómo! ¿Todavía está V. en esas?... A fe mía, no sé de ella. Era muy exaltada, ha debido de hacerse comunista... Querido, una mujer que estuvo dislocada por mí... Un poco vulgar, ¡pero con un cuerpo!... ¿Sabe V. que, por un momento, casi estuve celoso de V.? Por supuesto, no me duró mucho. Prontó pesqué que iba V. allí por la otra... A propósito, ¿qué ha hecho V. con la pequeña Clément, picarón?

Gabriel estaba en el potro. Sublevado por el cinismo con que el oficial violaba el secreto de su alma, dió una respuesta evasiva y se marchó á escape, lleno de tristeza y repugnancia.

Sin embargo, era inminente el desenlace de la horrible guerra civil; y mientras en París acumulaba la *Commune* insanias y horrores, el ejército vengador se acercaba lenta pero seguramente á esos muros de donde bien pronto había de arrancar la bandera roja. El fuerte de Issy había sido tomado por el regimiento 38 estando de marcha; y todos los días, después de combates en que siempre quedaba la ventaja por los soldados de la Asamblea, llevábanse triunfalmente á Versalles cañones capturados y bandadas de prisioneros.

El mismo día que se supo en Versalles el derribo de la columna de Vendôme, ese espantoso crimen de lesa patria cometido enfrente de los prusianos llenos de júbilo, al pasear Gabriel por la plaza de Armas, oyó de pronto el agudo toque de los trompetas de caballería y vió avanzar por la esquina del paseo de Saint-Cloud un convoy de comunistas, entre dos filas de cazadores de á caballo.

Mezclado Gabriel con la muchedumbre irritada de donde—hay que decirlo con tristeza—partían gritos que apenas excusa la indignación y que la humanidad reprueba, vió desfilar entre los desenvainados sables una cincuentena de míseros hombres, con la cabeza descubierta, vestidos con sórdidos uniformes, cubiertos de polvo y rendidos de fatiga.

—¡Abajo los galones!—gritó un burgués furioso, enseñando el puño á los prisioneros.

Y en este momento, entre los federales cautivos, reparó Gabriel en un mocetón moreno, con barba inculta, que arrancaba de las mangas de su guerrera los galones de capitán, y que le pareció asemejarse al hombre á quien sólo dos veces había visto en su vida: al marido de su amada.

Pero antes de tener tiempo de conocer bien á aquel prisionero, había pasado el siniestro cortejo y desaparecido en el patio del Picadero, transformado en prisiones.

Gabriel se alejó, lleno de inquietud. Se imaginaba las angustias de la pobre Eugenia, sola en ese París entregado á la insurrección, sin amigos, sin parientes, sin sostén alguno; y no podía menos de hacer votos porque el hombre que acababa de ver pasar no fuese aquel Clémen contra el cual había, sin embargo, amontonado tanto odio.

Por fin penetró en París el ejército de Versalles, y los locos de la *Commune,* sintiéndose definitivamente vencidos, inundaron de petróleo la ciudad y la prendieron fuego. Pero en la noche del 24 de Mayo, sentado en las alturas de Montretout y contemplando á sus pies aquellos focos incandescentes, cuyas rojas humaredas subían por el negro cielo rayado por las bombas, Gabriel no pensaba en las obras maestras del Louvre, ni en los tesoros de la Biblioteca, ni en las riquezas del Banco, ni en ninguna de esas maravillas anonadadas ó amenazadas por el inmenso siniestro, sino en la casita del bulevar de Italia donde moraba su querida; y engañados por todas las ilusiones ópticas del alejamiento y de la noche, sus ojos, abiertos de terror, sólo trataban de reconocer si el formidable incendio se habría extendido hacia aquel lado.

A fuerza de pasos é instancias, Gabriel fué uno de los primeros en conseguir un pase de la autoridad militar y entró en la humeante capital. No pudiendo dar los treinta ó cuarenta francos que el menor cochero simón exigía entonces por aquel corto viaje, volvió á pie por la polvorienta carretera, entre el regreso de los regimientos victoriosos. Entró por el lienzo de muralla batido en brecha, pasó por Anteuil en ruinas; fué sin detenerse, sin ver casi, ebrio de temor y de esperanza, á través de la lastimosa ciudad ennegrecida por el fuego, acribillada por las balas y los cascos de bomba, y hormigueando de soldados con el *chassepot* en bandolera; asaltó las barricadas aún sangrientas, tropezó contra los adoquines vueltos á colocar deprisa y regados con

ácido fénico en los lugares donde provisionalmente habían enterrado muertos; atravesó en derechura, como un insensato, todos aquellos horrores y todo aquel desorden, y al cabo llegó á la calle de Santiago.

Algunos días antes de entrar las tropas, Mad. Henry se había mudado de casa, sin dar las nuevas señas.

A toda costa quería saber qué era de Eugenia. Ya no tenía timidez ni prudencia. Corrió al bulevar de Italia, hasta aquella puerta sobre la cual estaba aún el rótulo con el nombre de Clément. No vió á nadie en el patio; la puerta y todas las ventanas de la casa estaban cerradas. Tiró de la campanilla. No aulló el perro. Aguardó. Volvió á llamar. No contestó nadie. La casa estaba vacía.

Abrumado por esa imprevista desgracia, Gabriel preguntó á todos los tenderos próximos. Pero sus ojos extraviados, su rostro compungido inspiraban desconfianza. No conocían á nadie, parecían no querer contestar. Por fin una vieja frutera le hizo saber que Clément, hecho capitán por los federados, había sido apresado en uno de los combates á las puertas de París; y que su mujer hacía pocos días que se marchó á provincias, á casa de sus padres.

—¿A dónde?

—A Normandía, hacia Saint-Lô.

La buena mujer no sabía nada más.

¡Ay! Gabriel tampoco. En los azares de la conversación, Eugenia nunca le había nombrado el pueblo en que nació.

—Soy de los alrededores de Saint-Lô—había dicho una vez.

He ahí todo lo que recordaba.

«Volverá ó me escribirá—pensaba.—No puedo perderla así.»

Pero tenía destrozado el corazón, y presentía vagamente que todo había concluido.

XVI

Volvió á vivir en el muelle de San Miguel, con su madre. La viuda, cuya existencia habían perturbado profundamente los últimos sucesos, era muy feliz al recobrar sus costumbres, y se extrañaba de la continua tristeza de su hijo.

—¿Qué quieres, madre mía?—contestaba.—¡Acabamos de ver cosas tan horribles...!

Pero la engañaba. Lo único que le hacía sufrir era la nostalgia de su amor perdido. Retornaba á menudo al bulevar de Italia y á todos los lugares por donde había paseado

con su querida. Pobre hijo de París, que en su memoria sólo veía en remoto pasado algunas calles tortuosas y las cuatro paredes de un colegio, y que privado siempre del campo, de espacio y de horizonte, había aprendido á hacer que cupiese todo el divino júbilo de la primavera en una mañana de sol, junto á las lilas, en el Luxemburgo, y toda la mórbida melancolía del otoño en una verde y rojiza puesta de sol al cabo de una calle del ensanche, conoció entonces el amargo placer de buscar, vagando á través del dédalo de la gran ciudad, todos los recuerdos que en ella había sembrado durante su primer amor.

¡Dichoso aquel que habita en el campo, en ese delicioso momento de su vida! Un nido de musgo bajo las encinas, al borde de un riachuelo, donde hierve el agua de un molino, un sendero ahondado en el valle, una pradera con flores y mariposas, dulces y queridos paisajes son quienes conservarán, para devolvérselas, sus primeras impresiones de enamorado; y quienes, cuando de él haya huido la dicha, aparecerán á su tristeza un asilo lleno de soledad, frescura y paz. Pero Gabriel, para pasear sus melancolías y sus pesares, y para evocar la imagen de su muy amada y el recuerdo de los exquisitos y dolorosos instantes que pasó junto á ella, no tenía más que esta inmensa ciudad donde nació y de la cual no había salido nunca. A la sazón, después de las horas de oficina, tomaba por los bulevares exteriores, despojados de sus árboles y abrasados por el sol de Julio, iba á echar un melancólico vistazo á la casa del bulevar de Italia, siempre deshabitada, y volvía á la suya por la calle de Santiago, andando con lentitud, con la cabeza baja y más desanimado y abatido cada día.

Por fin, vió un cartel colgado en la puerta de la antigua mansión de su querida, leyó en él estas palabras «*Se alquilan casa, almacén y taller*», y comenzó á perder la esperanza que durante tan largo tiempo había conservado de ver otra vez á Eugenia.

Algunos días después, leyendo distraído un periódico, vió en él la sentencia condenando al capitán federado Clément á la pena de deportación en un recinto fortificado, y adivinó la cruel verdad: que la joven esposa se había retirado al campo, á casa de sus padres, y no tenía ningún motivo ya para volver á París.

Un curtidor alquiló la casa del bulevar; y á Gabriela le dió un vuelco el corazón el día en que no encontró ya encima de la puerta aquel apellido de Clément, que, sin embargo, le había hecho tanto daño.

Desde entonces no recogió el menor indicio que pudiera ilustrarle acerca de la suerte de su querida. Lenta, muy lentamente, hízose más resignada su melancolía, y menos perceptible, mas no por eso fué menos honda. Cazaban había vuelto á París, con objeto de reanudar sus estudios médicos, y Gabriel apetecía entonces su sociedad, la cual le recordaba los buenos tiempos, aquellos en que Eugenia estaba en París y la veía todas las noches.

El hombre del Mediodía era más radical que nunca, pero gozaba todo cuanto le era dable. Porque su padre, médico en Valence d'Agen, le preparaba una rica boda y la sucesión en su clientela; y podía preverse que, con ayuda de los años, el bienestar y la vida provinciana, Cazaban era de cierto un futuro recluta del partido conservador.

El guapo Roberto, el exteniente de móviles á quien Gabriel encontró una ó dos veces, fué uno de los primeros para quienes la greguería parisiense creó el neologismo de *gomoso*. Asistía á las representaciones del martes en el Teatro Francés, irreprensible, con guantes y corbata blancos, y llevando en el ojal de la solapa de su levita negra un pequeño cintajo amarillo. Había obtenido la medalla militar.

Un domingo por la mañana, alegre día de sol y de sombrillas, atravesaba Gabriel el jardín del Palacio Real, cuando de pronto se encontró de frente con Mad. Henry. Dió un grito de alegría al pensar que tal vez por ella supiese alguna noticia de Eugenia.

La morena buena moza, que le apretó la mano riéndose, le pareció cambiada y como embellecida. Iba elegantísimamente puesta, con grandes joyas de oro relumbrantes, y exhalaba un fuerte olor á opopónax.

—¿Con que ha abandonado V. el barrio?—dijo Gabriel entrando en conversación.—Es lástima. ¡Era tan apacible y bonito el cuarto de V., con vistas á los jardines...!

Se detuvo. Una bocanada de recuerdos le subía al cerebro.

—¡Quite V.!—respondió madame Henry.—Me aburría allá abajo. Era triste, estaba muerto... Estoy encantada de haberme mudado á Batignolles. En primer lugar hay mucho mejor gente... ¡Calla! Es verdad: no sabe V. mis nuevas señas... Pero, no—añadió, interrumpiéndose con aspecto pesaroso—no podría recibirle á V.

Luego, con una sonrisa picaresca, prosiguió:

—Bien puedo decirle eso á un antiguo amigo... Ahora tengo un celoso.

Aquella extraña confidencia sorprendió penosamente á Gabriel. Su-

fría al ver á aquella mujer, tan íntimamente relacionado con lo pasado que él adoraba, confesar en público su estado de mujer á sueldo del goce.

—¡Cómo pasa todo!—prosiguió Mad. Henry, con un tinte de melancolía.—¡El sitio, *la Commune*, todo, qué lejano está ya! A propósito: nada he vuelto á saber de Eugenia desde que á su marido lo enviaron á los pontones y ella se volvió á su país. ¡Pobre mujercita! He ahí una para quien la vida no ha sido risueña... ¡Cuidado si se amaban Vds...!

—¿Cuál es el nombre de ese pueblecillo, próximo á Saint-Lô, donde vivía su familia?—preguntó palpitante Gabriel.

—A fe mía, nunca me lo dijo... ó no me acuerdo. Pero V., Gabriel, debe de saber qué ha sido de ella.

Gabriel palideció: acababa de perder la última probabilidad de volver á encontrar á su querida. Guardó silencio un rato; y recordando después la pregunta que acababa de dirigirle Mad. Henry, respondió con esta triste frase, desenlace fatal de casi todas las historias de amor:

—*No sé nada de ella.*

Francisco Coppée.

GARIBALDI SEGÚN SUS MEMORIAS

Tanto se ha hablado del genio militar y del patriota; y, por lo demás, fuera de sus hechos militares, ofrecen estas *Memorias* tan pocas novedades y callan ó dejan á oscuras tanta parte de su vida pública y privada, que me parecería inútil hablar de ellas desde el punto de vista biográfico.

Quizá pudiera ser más interesante un estudio psicológico del hombre, con los documentos que él mismo deja entrever acá y acullá, indirectamente, sobre su temple físico y moral. Y á un estudio de tal género se prestan, por el contrario, admirablemente estas *Memorias*.

Por lo común, en las autobiografías de los hombres más ó menos célebres, si se exceptúan las *Confesiones* de San Agustín, las de Rousseau y de otros poquísimos, el escritor trasluce demasiado que está delante del público, y, por ende, harto preocupado por el efecto que supone producir y por el juicio de sus lectores, para dejarse llevar de la sincera y espontánea descripción de sus méritos y deméritos. Con demasiada frecuencia, el autobiógrafo no es más que panegirista de sí propio; por ejemplo, Napoleón I en el *Memorial de Santa Elena*.

Y aun cuando el escritor se atenga á la más escrupulosa sinceridad, el solo hecho de describir directamente sus propias virtudes ó sus defectos propios, nos ofrece una verdad psicológica, más bien subjetiva y personal que objetiva.

Garibaldi, por el contrario, no piensa ni por sueños hacer en sus *Memorias* su retrato moral; narra sencillamente hechos «de la mayor parte de los cuales (como dice en el prefacio) fué testigo ocular».

Sólo por los generosos impulsos de su sentimiento, que se entusiasma

ante los espectáculos majestuosos de la naturaleza, ó se conmueve con la hermosura de una mujer, ó se electriza con el amor á lo desconocido y la sed de aventuras, ó se apresta á magnánima defensa de los mismos enemigos, se reduce á la impotencia ó se eleva á las aspiraciones patrióticas y humanitarias; sólo por sus observaciones incidentales acerca de los hombres ó de las cosas, ó sobre la política de los pueblos, ó sobre la estrategia militar, ó sobre la fortuna, á quien llama muchas veces su fiel aliada; sólo entonces se revela inconscientemente el hombre, y á través de las espirales acá y allá abiertas entre las páginas vislumbra el sagaz lector el alma de él, con sus espléndidas claridades y sus penumbras.

No de otra manera los expertos ojos del clínico entresacan el cabal diagnóstico, antes que la directa autobiografía del enfermo, de unos cuantos síntomas aislados y objetivos; y la penetrante mirada del marino, por unas pocas puntas de escollos desparramadas á flor de agua, comprende toda la extensión de un continente sumergido.

Para hacer menos difícil y más seguro este ensayo de observación psicológica, para entresacar las líneas características de una de las más grandes figuras del mundo, dejaremos al mismo Garibaldi el magisterio de la palabra. Nosotros nos reservamos la modesta tarea de recoger y ordenar estos fragmentos psicológicos, esparcidos aquí y allí; como el artista veneciano, con un dibujo regulador compone con multicolores fragmentos de vidrio un mosaico que retrata artísticamente alguna figura histórica.

Y esta será una de las más útiles enseñanzas que sacaremos de sus *Memorias;* pues tal vez no haya nada más fecundo para la educación social como el reavivar la admiración y el ejemplo de los héroes populares, no tanto en sus más deslumbradoras dotes de la vida militar suya, cuanto en el espejo de sus íntimas energías morales, que son el alma misma imperecedera de la humanidad.

De estatura no elevada, á semejanza de los grandes capitanes desde Julio César á Napoleón I, además de la cabeza, y sobre todo de los ojos, de magnético poder, tuvo Garibaldi el don de una extraordinaria robustez de fibra, que, como sólida armazón, sostuvo siempre el brillante edificio de su afortunada existencia.

En sus *Memorias* abundan las pruebas de privaciones y fatigas por él soportadas, que hubieran

muerto á cualquier hombre que no fuese de excepcional vigor fisiológico; las más graves y dolorosas son las que sufrió en la América Meridional.

En el capítulo XI describe el estado en que fué conducido ante Millán, comandante del Gualeguay, y exclama: «Siento terror cada vez que recuerdo aquellas desventurosísimas circunstancias de mi vida.» Por dos horas estuvo suspenso en el aire, atado de manos... «mi cuerpo ardía como un horno... ¡Cuando me desataron me desvanecí, me quedé como un cadáver! Había atravesado cincuenta y cuatro millas de país palúdico, donde los mosquitos son insufribles en la estación en que estábamos. Atado de pies y manos, tuve que sufrir las tremendas picaduras del *mosquito*.»

Junto á la *estancia* de Bento Gonçales, mientras tenía el mando de dos grandes barcos en el Camacuan, tenía que empujar á fuerza de espaldas, con sus compañeros, estos dos barcos, porque el agua del río estaba baja «y nos veíamos obligados entonces á pasar así en el agua á veces *toda una noche,* no teniendo refugio contra el agua del mar ni contra la de la lluvia, aún más fría... Era un verdadero tormento, *y necesitábase, en verdad, de una ardorosa juventud para sostenerse y no sucumbir*» (pág. 41).

Ardorosa juventud y aún más ardiente energía psíquica, por la cual él y sus compañeros, en la desastrosa retirada hacia Lages, vivieron «cuatro días sin encontrar otro alimento más que raíces de plantas» y trabajando, no obstante, con afán para abrirse camino por la gigantesca *taquara* amontonada entre los pinos colosales (pág. 72).

Así también, en las batallas, pasábanse días enteros sin apagar el hambre ni la sed, y en su primer regreso á Italia (1848) «hizo toda la campaña de Lombardía atormentado por las fiebres» (pág. 205); y después, desterrado y errante por la América Central con su amigo Carpanetto, fué asaltado «por las terribles fiebres endémicas, que me hirieron como un rayo y me postraron» (pág. 268).

Fortaleza de fibra física y moral, de que tampoco decayó en años más avanzados, como en Aspramonte, donde á los cincuenta y siete años de edad, y con el dolor de las luchas entre hermanos, sufrió hambre, «con marchas desastrosas por sendas casi impracticables» donde «se recogieron algunas patatas sin madurar y sirvieron crudas de alimento» (pág. 403).

A los sesenta y dos años, en su romántica fuga de Caprera, «debilitado por los años y por los desastres», pero inflamado por su fe «ó

Roma ó muerte», vadea el canal entre Caprera y la isla de la Magdalena, y pasa «entre escollos y malezas con las botas llenas de agua» (pág. 430).

Y tres años después, este viejo, atormentado ya y corroído por el reuma articular, ofrece á Francia «lo que quedaba de él». Y una noche de aquel rigurosísimo invierno, dada la alarma en Dijon por la presencia de los prusianos, se levanta y corre á los puestos avanzados, «con los caminos cristalizados por la helada y mientras caía la nieve» (pág. 476).

En hombres de este temple, que á la congénita robustez orgánica unen el hábito de las batallas, de los estragos, de la sangre, ¿qué extraño tiene si el corazón se endurece ó se enfría el sentimiento, dado que no esté atrófico ya desde el nacimiento, como, por ejemplo, en Napoleón I? A los documentos científicos de Taine sobre este particular, acerca de la atrofia del sentido moral en aquel gran genio militar, y de la enorme desproporción de desarrollo entre su inteligencia pasmosa y multiforme y sus sentimientos áridos y restringidos, poco valor quitan las respuestas inspiradas tan sólo por el respeto de la parentela.

Garibaldi, por el contrario (y esta es una de sus más espléndidas dotes humanas), juntaba con aquella ferrea robustez de cuerpo una benignidad y una nobleza de sentimientos tan expansiva, tal bondad de corazón, tanta riqueza de afectos delicados, que no sé si deba ser mayor la admiración por su genio intelectual ó más bien por este predominio en él de las energías sentimentales, que siendo menos aparentes que las dotes mentales, son, no obstante, la florescencia más hermosa, más noble, más fecunda de la vida humana.

Sin embargo, algún compañero de Garibaldi me ha dicho que, hasta él también, en los momentos más decisivos del combate, incitaba á la matanza con toda la enemiga de la verdadera ferocidad; pero si esta observación demuestra cómo en la guerra (y también en los delitos contra las personas por ímpetu pasional) sobrenadan los instintos más primitivos y salvajes aun en los hombres más benignos, nada obsta para el estado normal de los sentimientos una vez calmado el huracán psicológico de la batalla. Y, en efecto, confirman esto todos aquellos que, como Napoleón I, no sólo perdían los sentimientos más humanos en la explosión de las pasiones más bajas, sino que no los recobraban ni temían después en

las fases tranquilas de la vida, salvo el barniz de las más exteriores conveniencias por cálculo mental y estimación social.

Comienzan ya sus *Memorias* por un capítulo dedicado á sus progenitores, que conmueve por la exquisita delicadeza de sentimientos, repitiéndose el fenómeno común de que los hijos sienten más dulce y vivo el recuerdo de la madre, mientras que á las hijas les ocurre esto con más frecuencia respecto del padre. Y no sólo sucede así, porque la transmisión hereditaria orgánica y psíquica va de padres á hijos por el sexo opuesto, sino también porque en los afectos, que son como la sombra del amor, las profundas é inconscientes afinidades sexuales obran como los polos opuestos en la corriente eléctrica.

«A la piedad de mi madre para con el prójimo, á su índole benéfica y caritativa, á su noble compasión al desdichado, al dolorido, ¿no debo acaso el poco de amor patrio que me valió la simpatía y el afecto de mis infelices pero buenos conciudadanos?

»¡Oh! Aun cuando no soy ciertamente supersticioso, en lo más arduo de mi estrepitosa existencia, el salir ileso de las rompientes del Océano y de las granizadas del campo de batalla, presentábaseme á menudo de hinojos ante lo Infinito mi amorosa madre, rogándole por la vida del hijo de sus entrañas. Y aunque poco creyente yo en la eficacia de la oración, me sentía conmovido, feliz ó menos desventurado» (pág. 6).

Aparte de las investigaciones psicológicas que pudieran hacerse sobre este indicio de fenómenos alucinatorios, tan frecuentes en los genios, pues sólo en las obras predilectas de la naturaleza se encuentran semejantes armonías, ¿quién creerá que aquella página fué escrita por uno de los más grandes guerreros del mundo?

Y apenas puesto el pie de regreso en el suelo de Italia, su pensamiento vuela aún á su madre. «Corrí á abrazar á mis niños y á aquella á quien tanto había afligido con mi vida aventurera. ¡Pobre madre! La más ardiente de mis aspiraciones fué, en verdad, la de embellecer y consolar tus últimos días; la más ardiente de las tuyas era naturalmente verme tranquilo junto á ti. Pero poco puede esperarse un período de sosiego y gozar del bien de consolarte durante la decadente y dolorosa vejez, en esa tierra de curas y ladrones!» (pág. 189).

Y no sólo por su madre y por sus hijos tiene su corazón los latidos

más generosos; aun cuando no le gusta hablar de sí mismo como hombre, sin embargo, en estas *Memorias* hay frecuentes pruebas de ello.

Niño todavía, se echa á un foso y salva á una mujer que se había caído allí por desgracia (pág. 7). Jovenzuelo, presencia desde su buque «un tremendo naufragio del que le queda indeleble memoria». Impedido por la furiosa tempestad para socorrer á los náufragos, «derramaron los ojos algunas lágrimas» (pág. 12). Poco después, en el puerto de Marsella se tira al mar «vestido de gala para bajar á tierra» y salva á un niño (pág. 14); y luego prodiga noche y día sus cuidados á los atacados del cólera (pág. 15).

En el niño destella el hombre—dijo el poeta—con feliz intuición psicológica que debiera hallar más fecunda y asidua aplicación de la que se le da en nuestros sistemas pedagógicos; y esta generosidad de sentimientos, este «corazón de ángel y de león», como él dice del americano Juan de la Cruz (página 139), este congénito predominio del altruismo sobre el egoísmo, que irradian en la aurora de la vida de Garibaldi, con esa precocidad no patológica propia de los genios, resplandecen luego en todo el cielo de sus vicisitudes, entre los horrores de la batalla como entre las embriagueces de la victoria, bajo la mágica blusa roja como bajo el *poncho* legendario palpita siempre un corazón humano, en el más alto, en el más noble sentido de la palabra.

Corsario, bajo la enseña del Río Grande, apresada una *sumaca* con carga de café, ordena á sus compañeros que sea «desembarcado el pasaje y la tripulación, dándoles el bote de la *sumaca* y permitiéndoles embarcar no sólo sus propios bultos de equipaje, sino también todos los víveres que quieran» (pág. 17.)

Embarcado en el pequeño buque *Río Pardo,* en la expedición de Santa Catalina, se ve arrojado al mar por la tormenta. «El barco zozobró por la banda de babor, y yo, que en aquel momento estaba junto al tope del palo trinquete, fuí lanzado por eso desde aquella parte á cierta distancia. Recuerdo bien que, aun cuando en peligrosísimas circunstancias, no pensé en la muerte; lo que sabía es que muchos de mis compañeros no sabían nadar y estaban mareados, *y eso me martirizaba;* así es que traté de recoger cuantos remos y otros objetos flotantes me fué posible, acercarlos á bordo y recomendar á todos que cogiesen uno para sostenerse y ayudarse á ganar la costa.» Una ola enorme los sumergió á todos, y su primer pensamiento al volver á flote

fué para su amigo Luis Carniolia: «cuando reaparecí, aturdido por el golpe y por los remolinos que me sofocaban, ¡había desaparecido para siempre mi infortunado amigo!» Alcanzada con trabajo la orilla, se vuelve, y ve á otro amigo suyo, Eduardo Matru, que á duras penas se sostiene nadando. «Amaba á Eduardo como á un hermano, y me inquietó sobremanera su situación desesperada. Me lancé hacia mi querido amigo, para llevarle un tablón que me había servido para salvarme...» (pág. 49.)

Y si bien en esta misma página dice melancólicamente «me parecía ser en aquellos tiempos más sensible y generoso. ¡Hasta el corazón se endurece y lo secan los años y las desventuras!», sin embargo, toda su vida continúan estas pruebas de un corazón angelical.

He aquí cómo habla del saqueo de Imiriù: «Deseo para mí, y á cualquier otro que no haya desmentido ser hombre, el no verse obligado á permitir el saqueo. Por prolijas que sean las relaciones de tales maldades, creo imposible narrar á la menuda todo lo sucio y nefando de ellas. *¡Jamás he tenido un día de tanta amargura y tanto asco de la humana gente. Mi disgusto y los trabajos que sufrí en aquel día nefasto, para refrenar á lo menos las violencias contra las personas, fueron inmensos; y si lo conseguí, creo que fué á fuerza de sablazos y sin cuidarme de mi vida!*» (pág. 61.)

Esta alteza de sentimientos es lo que hace á Garibaldi decir de un teniente de Montevideo, compañero suyo: «este oficial nuestro era de un valor brillante, *pero desgraciadamente demasiado sanguinario*» (pág. 141.)

Y hasta en el ebrio furor de la batalla, esta su índole humanitaria, predominaba sobre el fácil regreso de los instintos más remotos en la lenta, milenaria elevación nuestra respecto á nuestros antepasados prehistóricos. El carácter de todo hombre se ha comparado con mucha exactitud á una estratificación sucesiva, en que á cada fase de la vida individual y en todas las generaciones de la vida social se depositan los estratos más recientes y más altos de nuestra moralidad, y se eliden poco á poco los estratos más bajos y más profundos correspondientes á la vida prehistórica de nuestra especie, que son el plasma originario é inconsciente de toda conciencia. En las circunstancias ordinarias de la existencia de todo hombre, su conducta se determina por estas más recientes energías morales, que por eso son las primeras en desaparecer; por ejemplo, cuando una enfermedad mental determina en el carácter perso-

nal un proceso degenerativo. Así, pues, en las circunstancias excepcionales, como el estallido de una pasión violenta, ó una batalla entre el estruendo y el humo de las armas y los gritos de victoria ó de dolor y las recíprocas sugestiones, sólo en los temperamentos excepcionales y de más alta moralidad es donde no saltan fuera los estratos más hondos y menos humanos, sino que permanecen en lo profundo, refrenados por la energía de los sentimientos altruistas más recientes.

En el combate del Dayman (Montevideo) «*un enemigo* caído, á quien le habían muerto el caballo, combatía á pie contra el que le había derribado y le tenía maltrecho, cuando llegó otro de los vencedores, y después otro y otro, hasta que al fin luchaba contra seis aquel valiente, y de rodillas por hallarse herido en un muslo; *llegué tarde para salvar la vida á un hombre tan entero*» (pág. 175).

En Como, el año 1848, salva del furor popular al viejo general Zucchi, que huía á Suiza (pág. 196). En Varese, en 1859, hizo recoger los prisioneros austriacos; y éstos, «que con justicia podían pagar con su sangre la de aquellos preciados compañeros nuestros asesinados por el Austria, Ciceruacchio, Hugo Bassi y tantos otros, fueron, por el contrario, tratados con atenciones tal vez aún más delicadas que si hubieran sido de los nuestros. ¡Eso no importa! ¡Hace bien Italia en ser humana con sus carniceros! El perdón es el patrimonio de los grandes» (pág. 291).

En Palermo, escribe así con paternal afecto acerca de sus voluntarios: «Entonces comenzó un período de descanso, y todos lo necesitaban, principalmente los Mil. ¡Pobres jóvenes! La parte escogida de todas las poblaciones de Italia, no avezados á las necesidades, á las privaciones, gran parte de ellos estudiantes y premiados» (pág. 365).

En Monterotondo, la guarnición enemiga quedó prisionera en el castillo. «El valiente comandante Testori, poco antes de la entrega de los enemigos, había tomado la determinación de ponerse al descubierto enarbolando una bandera blanca, para intimarles que se rindiesen; pero aquellos mercenarios, violando todos los derechos de la guerra, le fusilaron con varios disparos. Después de tantos y tales actos de barbarie por parte de aquellos esbirros de la Inquisición, me costó muchísimo trabajo *salvarles la vida*, por hallarse los nuestros muy encolerizados contra ellos» (pág. 438).

Y en Garibaldi, no hay sólo esta magnanimidad, que daba á la leyenda popular la idea de «Cristo

redivivo», sino la nobleza casi virginal de los sentimientos más delicados y que contrastan con su temple de acero.

De niño, «habiendo cogido fuera un grillo y llevándolo á casa, le rompí al pobrecito una pata al manejarlo; me produjo tal dolor que, encerrándome en mi cuarto, lloré amargamente muchas horas» (página 7). Al opuesto extremo de la escala psicológica, hasta lindar con la zona de la locura moral, están los tormentos que á muchos niños y muchachos les gusta dar á los animales pequeños.

He aquí sus sentimientos muchos años después, en la América Meridional: «El Hervidero era, sin embargo, en sus buenos tiempos, un *saladero*, es decir, un sitio donde se salaba carne, degollando todos los días centenares de animales. ¿Serán las desventuras sufridas por estos pueblos una venganza por los grandes padecimientos que han hecho sufrir á las otras razas animales? Creo que la muerte es una simple transición de la materia, y con la cual conviene conformarse apaciblemente y hasta familiarizarse con ella. ¡Pero padecimientos impuestos por un ser á otro! ¡Oh! Creo que si existe una venganza de la naturaleza, debe aplicarse contra los ministros de la hoguera, del suplicio y de cualquier sufrimiento impuesto á cualquier animal» (página 146).

Por eso él, como todos los grandes tipos de la bondad humana, envolvía en su piadoso sentimiento á todos los seres vivientes, y en sus *Memorias* tiene palabras suavísimas de recuerdo y de lamentación para sus amigos perdidos; y así, por ejemplo, tiene un recuerdo afectuoso para su «perro de caza, Castor», que se vió obligado á dejar en Tánger, «y aquel fiel compañero mío se murió de dolor» (página 267).

De esta manera habla de sí en Palermo, en el pabellón del palacio real: «Desde allí pude ser feliz con el espectáculo que presenta un grande y fervidísimo pueblo en sus emociones. Los puestos en libertad (de las cárceles de Castellamare) fueron llevados en triunfo hacia mi residencia por una inmensa multitud, frenética por la libertad adquirida por los seres amados suyos. Manifestáronme un tesoro de gratitud hacia mí, y las lágrimas humedecieron mis mejillas» (pág. 365).

Y esta sencillez grande, primitiva, de nobilísimos sentimientos, tan rara en un hombre que había tenido una existencia como la suya, rebosa en una elocuente página dedicada por él á los Cairoli.

Entre los muertos había, sin embargo, un hijo, el primero que per-

dió, de aquella mujer por quien la posteridad confundirá este período de miserias con los días más gloriosos de Esparta y Roma. ¡Un hijo de la incomparable madre de los Cairoli, la matrona de Pavía! Ernesto, el más joven de los tres que ella había enviado, cayó peleando, roto el pecho por el plomo austriaco, sobre el cadáver de un tambor enemigo á quien había muerto él de un bayonetazo. ¡Pasó por mi mente toda la aflicción de aquella madre tan buena, tan cariñosa para sus hijos y para quien tenía la fortuna de acercarse á ella! El mismo día encontráronse mis miradas con las del hermano mayor, Benedicto, valeroso y modesto oficial, querido como toda aquella cara familia; sus ojos se fijaron en los míos, pero ninguno de los dos pronunciamos ni una palabra. ¡Sólo leí en aquella melancólica mirada «¡Madre mía!» y pensé también yo en toda la suma de dolores que se le preparaban á aquel alma generosa! ¡Y cuántos otros, de quienes no conocía á las madres, yacían en aquel campo de estragos, mutilados ó moribundos y con el ansia de ver aún una vez á la desolada madre! ¡Pobres jóvenes! ó más bien, ¡felices jóvenes, cuya sangre rescataba á Italia de larga servidumbre y para siempre!

»Las generosas mujeres de Varese suplían la ausencia de los padres. ¡Mujeres italianas, ved, escribo conmovido! Y ¿lo creeréis? Lloro al hablaros de la madre de los Cairoli. Será debilidad, tomadlo como queráis, y sin embargo, he visto campos de batalla y heridos y moribundos y cadáveres; y aún me siento, permitidme la presunción, no ya fuerte como cuando tenía veinte años, sino enardecido el ánimo como entonces, ¡si se trata de sufrir por esta sagrada tierra! Permítame Dios cerrar los ojos pronunciando como último acento: «¡Toda ella es ya libre!» (pág. 292).

La última constitución psicológica de un hombre es como un brillante de cien facetas, y no se le puede conocer bien sino observando todos sus lados antes uno por uno, para recoger después en nuestra mente la imagen compleja. Y esta imagen es tanto más verdadera, durable y bienhechora para nosotros mismos, cuanto que no permanece con los contornos vagos y nebulosos de una admiración fetichista y legendaria, sino que, por el contrario, se destaca por el conocimiento seguro de las líneas precisas con que la naturaleza se complació en formar su maravillosa figura.

Otro de los aspectos tan simpáticos en la psicología de Garibaldi es

una especie de misticismo natural, que no se cristaliza en las formas exteriores de este ó de aquel culto religioso, sino que se difunde libre por toda la naturaleza viviente y envuelve á hombres y cosas con una dulce y á menudo melancólica aureola de poesía y de idealismo, fecunda en energía moral.

He aquí cómo narra en el capítulo V su encuentro con Rossetti en Río Janeiro: «Rossetti, á quien no había visto jamás, pero á quien hubiese conocido en medio de cualquiera muchedumbre por esa atracción recíproca y benévola de la simpatía, me encontró en el Largo do Passo. Encontráronse nuestros ojos, sin parecer por vez primera, como lo era en realidad. Nos sonreímos recíprocamente y fuimos hermanos para toda la vida, en toda la vida inseparables. ¿No será esta una de tantas emanaciones de aquella inteligencia infinita que probablemente puede animar el espacio, los mundos y los insectos que zumban en la superficie de ellos? *¿Por qué debo privarme de la noble voluptuosidad que me enajena, pensando en la correspondencia de los afectos maternales vueltos al infinito manantial de donde brotaron, y en los de mi queridísimo Rossetti?*» (página 15).

Y en la pág. 113, hablando de la terrible derrota de los republicanos de Montevideo en las márgenes del Arroyo Grande, mientras en vano mandaba exploradores á registrar el campo, escribe así: «Además de la inteligencia, hay en nuestro ser algo que no se sabe discernir ni explicar, pero que existe; y sus efectos, aunque confusos, son un vaticinio, entiéndase como se quiera tal palabra. Un vaticinio que os trae dichas ó amarguras: quizá aquella chispa infinitesimal emanada de lo Infinito y que reside en nuestra mísera corteza, pero inmortal como lo Infinito, presente más allá del contacto de nuestros sentidos y más allá del alcance de nuestra vista.

»Nada se descubría en aquellos desiertos campos. ¡Empero, aquel día tenía algo de solemne, de desolado; como el corazón de los que expiraban ó desfallecían en el campo de batalla, pateados por la soldadesca insolente, por los cascos del corcel vencedor lleno de júbilo con los sufrimientos, los suplicios, la muerte del vencido! ¡Gloria, heroísmo, victoria, se llaman estos degüellos! ¡Y se hace que canten himnos y *Te Deum* algunos mercenarios tonsurados! En efecto, poquísimos salieron con bien de aquella terrible lucha; y nada tenía de exagerado el presentimiento que tuvimos de un fiero desastre.»

Por esta indefinida y casi inconsciente poesía de la vida, en su ma-

yor parte efecto de especiales condiciones fisiológicas y que varía con ellas (y por eso, optimismo y pesimismo no son más que cuestión de temperamento); por este «regocijo de la vida» es por lo que sentía patente en el ánimo Garibaldi hasta la poesía de la naturaleza, cierto que reforzada en él desde los primeros años de la juventud con largos viajes por mar, tan favorables, para quien tiene predisposición congénita á las dulces fantasías y á los sueños de las almas delicadas.

Y es hermoso en sus *Memorias* el contraste que sin artificio pone á menudo entre el terror de las proezas guerreras y la armonía en los espectáculos de la naturaleza, entre la rabia de los hombres y el solemne sosiego de las cosas.

«¡Cuán hermoso es el caballo padre de las Pampas! Sus belfos nunca sintieron el frío tedio del freno; y los lucidísimos lomos, jamás hollados por la fétida montura del hombre, brillan á la luz del sol como un diamante. Su espléndida y no peinada crín le azota los costados cuando él, soberbio, recogiendo las desparramadas yeguas ó huyendo de la persecución del hombre, gana en velocidad al viento. Su calzado natural, jamás ensuciado en los establos del hombre, relumbra más que el marfil; y la abundosísima cola se desata al soplo del *pampero*, resguardando al generoso bruto contra la molestia de los insectos. Verdadero sultán del desierto, escoge la más bonita de las odaliscas sin el servil y repugnante ministerio de la más degradada de las criaturas: el eunuco.

»¡Quién se formará una idea del corsario de veinticinco años en medio de aquella indómita naturaleza, vista por vez primera!»

«Hoy 20 de Diciembre de 1871, retirado en mi hogar y con los miembros rígidos, recuerdo conmovido aquellas escenas de una vida pasada en que todo sonreía frente al más pasmoso espectáculo que jamás he visto. ¡Estoy decrépito! Pero, ¿dónde estarán aquellos soberbios caballos padres, los toros, las gacelas, los avestruces que tanto embellecían y vivificaban aquellas amenísimas colinas? ¡Sus descendientes pacerán sin duda aquellos magníficos henos, hasta que el vapor y el hierro lleguen á acrecentar la riqueza del suelo, pero á empobrecer estas maravillosas escenas de la naturaleza!» (pág. 21.)

«Recorríamos amenísimas colinas, á cerca de dos millas de las márgenes del Daymán. Apenas sobresalía la muy verde hierba de la superficie del terreno, ondulado como el Océano en toda su pacífica majestad, cuando no está revuelto por la tormenta. Ni una sola plan-

ta, ni un solo arbusto presentaba un obstáculo en aquellos bellísimos campos. *Hubiera sido un sitio ameno para un festín, pero en aquel día sirvió para una matanza*» (página 172.)

Describiendo aquella milagrosa huída por la Romaña, donde murió de fatigas su heroica Anita, Garibaldi habla de sí y de sus compañeros, que en vano huían hacia el Adriático de los soldados austriacos. «Seguimos todo el resto de aquel día la costa italiana á cierta distancia, con viento favorable. También la noche se presentó hermosísima. Era el plenilunio, y vi con disgusto la salida de la compañera de los navegantes, *¡que tantas veces había contemplado con el culto de un adorador!* ¡Hermosa como nunca la había visto, pero desventuradamente demasiado hermosa para nosotros! ¡Y la luna nos fué fatal en aquella noche!» (pág 249.)

Y en él esta poesía de las cosas no es estéril romanticismo, sino fuerte sentimiento de la vida del mundo, que abarca siempre á la humanidad á la cual dedicó la existencia suya.

Garibaldi ama las montañas, porque «¿no son las montañas el albergue, el santuario de la libertad de los pueblos? Los americanos, los suizos, los griegos ocuparon las montañas cuando fueron vencidos por las ordenadas cohortes de los dominadores» (pág. 332).

Mas donde este feliz consorcio de la poesía de la naturaleza con el sentimiento humanitario se muestra más elocuente, es en la descripción del embarque de los Mil.

«¡Oh noche del 5 de Mayo, alumbrada con el fulgor de miles de luminarias con que el Omnipotente adornó el espacio, el Infinito! Bella, tranquila, solemne, con aquella solemnidad que hace palpitar los generosos corazones que se lanzan á la emancipación de los esclavos.

»Tal eran los Mil.

»Congregados en las playas de la oriental Liguria, reunidos en grupos, taciturnos, penetrados de la gran empresa, pero orgullosos de haberles cabido en suerte, aunque tuvieran que sobrevenir desastres y el martirio.

»¡Hermosa noche del gran proyecto, tú rumoreabas en las filas de aquellos valientes, con esa armonía indefinida, sublime, con que los elegidos son felices contemplando en el espacio sin límites lo Infinito! Yo he sentido aquella armonía todas las noches semejantes á las noches de Quarto, de Reggio, de Palermo, de Volturno. Y ¿quién duda de la victoria cuando en alas del deber y de la concienca se siente el impulso de afrontar los peligros y la muerte, como el beso

delicioso de la mujer amada?» (página 338).

Así, desde el lecho de la muerte, viendo Garibaldi dos currucas en el balcón de la ventana donde da el último saludo al infinito del mar y del cielo, se las muestra á los presentes como las almas de sus hijitas, sepultadas en Caprera.

Eterna llama de la poesía que, rebelándose en el corazón del héroe contra la común decadencia senil, por la cual mueren muchos bastante antes del último suspiro, se apagó sólo al aquietarse el último latido.

Y he aquí por qué una nota de dulce tristeza que á menudo se repite en estas *Memorias* es el pensamiento del sepulcro.

Mortalmente herido en un barco, navegando por el Plata, vió «los restos mortales de Florentino (un compañero suyo muerto por los enemigos) ser sepultados en las ondas, usual destino de los marineros, y con las ceremonias acostumbradas en semejantes circunstancias, esto esto es, con un saludo afectuoso de sus conciudadanos.

»Aseguro por mi parte que no me agradó tal género de inhumación; y como la misma suerte me esperaba probablemente dentro de poco, sin poder oponerme al sistema de sepelio de mi compañero, me contenté con llamar á mi queridísimo Luis Carniglia para hablarle á ese propósito. Entre los períodos retóricos de mi naturalmente breve perorata á mi incomparable amigo, le recitaba yo los hermosos versos de Hugo Foscolo: «¡Una piedra que distinga los míos de los infinitos huesos que en la tierra y en el mar siembra la muerte!»

»Y mi caro amigo lloraba, prometiendo no sepultarme en las ondas. ¡Quién sabe si él mismo hubiera podido cumplir la promesa, y si mi cadáver habría calmado el hambre de algunos lobos marinos ó algún jaguar del inmenso Plata» (página 28).

Y en todas estas *Memorias,* cuando narra la muerte de un amigo, de algún camarada en los campos de batalla, siempre deplora que una losa no recuerde el nombre á los venideros.

Y así exclama acerca del mismo Carniglia: «¡Oh Luis! ¡Tus huesos, esparcidos en los abismos del Oceáno, merecían un monumento donde el proscrito reconocido pudiera un día recompensarte con una lágrima sobre la sagrada tierra italiana!» (pág. 29).

Después de la batalla de San Antonio, «así como había sido extraordinario el combate, me pareció

que debía ser solemne la inhumación de los cadáveres. Me acordé entonces de haber visto los túmulos de los campos de batalla en el Oriente; y sobre la colina que domina el Salto, que había sido ya teatro de gloriosas luchas, se cavó una fosa para todos los restos mortales indistintamente, después una espuerta de tierra para cada individuo cubrió las reliquias de amigos y enemigos y se erigió el túmulo, que aún existe, coronado por una cruz, sobre la cual se leen las siguientes palabras: Legión italiana—Marina y caballería oriental—8 de Febrero de 1846» (pág. 177).

En otra ocasión, en la Laguna, «continuando el enemigo barriéndonos con sus piezas de artillería, yo, casi solo, tuve que incendiar nuestra pequeña escuadrilla. También tuve que soportar el doloroso espectáculo del incendio de los cadáveres de mis hermanos de armas, imposibilitado de darles otro género de sepultura y de hacerles los honores que merecían» (pág. 64).

La narración de la batalla de Volturno comienza así: «Desde Anníbal, vencedor de las soberbias legiones, hasta nuestros días, aquellos campos no habían visto, en verdad, choque más feroz; y el boyero, al pasar el arado sobre aquellos fértiles terrones, tropezará por mucho tiempo aún con los cráneos sembrados por la ira humana» (pág. 387).

Poesía de la muerte, que le dictaba el deseo, no satisfecho, de que sus despojos fueran consumidos por las llamas de una verde hoguera de zarzas de su isla de Caprera, frente al cielo y al mar.

Y los únicos libros que se encontraron en su lecho de muerte fueron *Los Sepulcros,* de Hugo Foscolo, y el Album de los Mil.

Pero el aspecto que más resplandece de esta nobleza de sentimientos en Garibaldi, es la atracción por la mujer; de la pasión ardiente y entusiasta por su Anita, á la simpatía respetuosa por doña Manolita de Sáenz, la amiga de Bolívar «el gran emancipador de la América Central», condenada al lecho muchos años; desde la suave veneración por su madre, hasta el homenaje caballeresco por la hermosura de las tres doncellas en la *estancia* de doña Ana; desde la fuerte y alegre expansión erótica, que es una nota diferencial entre los hombres de acción y los hombres de pensamiento, hasta la más alta idealización de la mujer amada.

En las manifestaciones de los sentimientos, de los afectos, de las pasiones, que son objeto de este en-

sayo psicológico, la atracción por la mujer ocupa el mismo grado preeminente, por la frecuencia y variedad de las pruebas, que en las manifestaciones de sus ideas tiene el anticlericalismo.

Ya dos alusiones fugaces, tal vez escapadas inconscientemente de su pluma, permiten entrever este poderío que tuvo el amor sobre Garibaldi, como por lo demás lo tiene sobre todos los hombres de su tipo psicológico, desde Jesús acá.

Recordando con juvenil entusiasmo la nave *Constancia,* «en la cual había de surcar el Mediterráneo hasta el Mar Negro por la primera vez», exclama: «Tus amplios costados, tu ligera arboladura, tu toldilla espaciosa *y hasta el levantado pecho de tu busto de mujer,* quedarán siempre impresos en mi imaginación» (pág. 9).

Y he aquí la pintoresca descripción que hace del hombre y de la mujer que más parecen obtener su simpatía: «El *matrero* es el verdadero tipo del hombre independiente. ¿Por qué tendrá que vivir entre una sociedad corrompida, dependiendo de un sacerdote que le engaña y de un tirano que se regodea en el lujo y en las francachelas con el fruto de sus fatigas, cuando puede subsistir en los campos vírgenes é inmensos de un nuevo mundo, libre como el águila y el león, descansando la melenuda cabeza en el regazo de la mujer amada de su corazón, ya rendido de fatiga, ya volando con su salvaje corcel por las *pampas* inmensas en busca de un alimento exquisito para él y para su querida?»

«El *matrero* tiene una amante, por la que generalmente es adorado y que participa con igual valor de sus necesidades y de sus peligros. *¡Oh, la mujer! ¡Qué ser tan extraordinario! ¡Es más perfecta que él; también de índole más aventurera, más caballeresca que él!* Pero la educación servil á que está condenada, hace que sean menos frecuentes los ejemplos» (pág. 139).

Y también en otra parte dice: «la mujer, la más perfecta de las criaturas, presuman de ello lo que quieran los hombres» (pág. 13).—«¡Una mujer! ¡Sí, una mujer! Ya que la consideré como la más perfecta de las criaturas; y, digan de ello lo que quieran, infinitamente más fácil encontrar un corazón amante entre ellas» (pág. 55).

Y á menudo recuerda por su patriotismo á las mujeres de Italia, porque muchas veces, como refiere de las lombardas, «las mujeres, las vírgenes, dejando aparte el natural recato, se arrojaban al cuello de los toscos soldados con efervescencia febril. Sin embargo, no todos mis compañeros eran toscos, porque

muchos pertenecían á distingidas familias» (pág. 285).

Al regreso de Lugano de los *Legionarios italianos,* después del armisticio de Salasco, «descubríanse por todas partes aquellas hermosísimas mujeres nuestras, saliendo á los balcones de las casas, con sus graciosísimos rostros, tan animadas como si hubieran querido volar á reunirse con los valientes que no desesperaban de arrancar sus hogares de sus opresores» (pág. 198).

Y luego, de regreso en Lombardía con los *Cazadores de los Alpes,* celebra el amor patrio de las «generosas mujeres de Varese» y se dirige á las mujeres italianas, hablando de la madre de los Cairoli, como más atrás queda referido; y más adelante celebra á las mujeres palermitanas, «que estuvieron sublimes de patriótico arranque, animando á los Mil con aplausos, con ademanes, con vivas» (pág. 359).

Y cuando vuelve el pensamiento conmovido hacia sus voluntarios muertos por Italia, les dirige este saludo: «las mujeres de las futuras generaciones italianas enseñarán á sus hijitos vuestras hazañas gloriosas y á bendecir vuestros sagrados nombres» (pág. 297).

En estas *Memorias* se recuerdan personalmente también algunas mujeres, por la conmiseración demostrada con los combatientes, como «la señora Allemán, ángel virtuoso de bondad, que holló el miedo que se había apoderado de todos y vino en socorro del atormentado (prisionero de Millán). Nada me faltó en mis prisiones, gracias á mi incomparable bienhechora» (pág. 33).

Y la señora Luisa Sanvaigo de Nizza, «madre modelo de madres» (pág. 13), y la señora Laura Mantegazza, la cual «cuando aún no había terminado el fuego de fusilería, apareció en una barca cruzando el lago (de Como), recogió indistintamente todos los heridos y los condujo á su casa, donde los curó. ¡Bendita sea por todos!» (página 200).

Y no faltan los homenajes amorosos; como, por ejemplo, cuando habiéndose dirigido por casualidad á una casa aislada, encontró «en aquel desierto oriental á la mujer de un hombre tal vez semisalvaje, la cual era una hermosa joven, con regular educación y poetisa. Cierto es que en mi edad se complace uno en hallar poesía en todas partes, y se creería la circunstancia narrada parto de la fantasía antes que realidad. Después de haberme presentado las poesías de Quintana, lo cual sirvió de materia para la conversación, mi graciosa hospitalaria quiso recitarme algunas composiciones suyas, ¡y confieso que me admiraron!» (pág. 24).

Después, una de las tres hijas de doña Ana, «Manuela, se enseñoreaba en absoluto de mi alma. Nunca dejé de amarla, aunque sin esperanzas, pues estaba prometida como esposa á un hijo del presidente. En aquella angelical criatura adoré el bello ideal, y mi amor no tenía nada de profano. Con ocasión de un combate en que se me creyó muerto, conocí no serle indiferente á aquella angelical criatura, y eso bastó para consolarme de la imposibilidad de poseerla. Por lo demás, las riograndesas son bellísimas en general, como bella es la población. Tampoco eran indiferentes las esclavas de color que se encontraban en aquellos atareadísimos establecimientos» (pág. 40).

Y hasta en sus empresas guerreras se mecló el amor. «Quien me había informado de todo esto fué una resuelta y garbosa muchacha que se me presentó en un bote, camino de Rubarolo á Varese, como una visión, mientras iba yo con la brigada sobre aquella ciudad para atacar allí á Urban. Aquella hermosa muchacha había salido de Como para anunciarme el estado deplorable en que la ciudad se encontraba, y solicitar, por consiguiente, mi regreso» (pág. 301).

Mas los episodios que en estas *Memorias,* donde no se narran los sucesos privados y familiares, atestiguan cuán ardiente era la atracción de Garibaldi por la mujer, son las noticias acá y allá esparcidas acerca de la heroica Anita. En un capítulo, con el epígrafe de «Enamorado», refiere el primer encuentro; después no hay allí más que de tarde en tarde recuerdos aislados acerca de los actos de Anita, hasta su muerte durante la huida en Romaña.

Reunamos estos recuerdos para ver cuán nobles y fogosos, delicados y profundos fueron los latidos de Garibaldi por la mujer amada de su corazón, á quien la leyenda popular representa como impertérrita amazona desafiando junto á su héroe los peligros de las sacrosantas luchas por la libertad de la patria.

En la página 45, aludiendo á la señorita Manuela, de quien ya he hablado, escribe: «En tanto, celebrábamos nosotros nuestra victoria contra el imperio del Brasil, gozando al vernos en salvo de una tempestad de no breve duración. A doce millas, en la estancia de doña Antonia, una virgen pedía noticias de mí con mucho interés, y yo era muy feliz por ello.

»¡Sí, hermosísima hija del *Continente* (provincia del Río Grande), yo era feliz al pertenecerte, sea como fuese! ¡Tú, destinada á ser mujer de otro! *¡A mí me reservaba*

la suerte otra brasileña, única para mí en el mundo, á quien lloro hoy y lloraré toda la vida! ¡Sin embargo, me conoció en la adversidad, náufrago; y más que de mi mérito se prendó acaso de mi desventura, y la desventura me la consagró para siempre!

Encargado por el general Canabarro de «salir de la Laguna con tres barcos armados para asaltar la bandera imperial en las costas del Brasil», Garibaldi se puso manos á la obra.

«En este período de tiempo tuvo lugar uno de los hechos primordiales de mi vida.

»Jamás había pensado en el matrimonio y me creía inepto para él, por excesiva independencia de carácter y propensión á una vida aventurera. Tener mujer é hijos parecíame cosa que desdecía por completo de quien se había consagrado en absoluto á un principio, que por su excelencia, defendiéndolo con el fervor de que me sentía capaz, no me hubiera permitido la quietud y la estabilidad necesarias á un padre de familia. El destino lo decidió de otro modo. Con la pérdida de Luis, Eduardo y otros compatriotas míos, me había quedado en un desolador aislamiento; parecíame estar solo en el mundo. No veía ya á ninguno de tantos amigos que en aquellas remotas regiones casi hacían para mí las veces de la patria. Ninguna intimidad con mis nuevos compañeros á quienes apenas conocía, y sin un amigo de quien siempre he sentido la necesidad en mi vida...

»Paseaba yo por el castillo de la *Itaparica*, vagando con mis tétricos pensamientos; y después de toda clase de reflexiones determiné á la postre buscar mujer para salir de mi fastidiosa é insoportable condición.

»Dirigí por casualidad la mirada hacia el caserío de la Barra (colina á la entrada de la Laguna). Allí, con ayuda del anteojo de larga vista que habitualmente llevaba en la mano, descubrí una joven y ordené que me llevasen á tierra en dirección á ella. Desembarqué, y, encaminándome hacia la casa donde debía hallarse el objeto de mi viaje, no me era posible encontrarla; cuando topé con un individuo del lugar, que reconocí desde los primeros momentos de nuestra llegada. Me invitó á tomar café en su casa; entramos, y la primera persona que se presentó á mi vista fué aquella cuyo aspecto me había hecho desembarcar. ¡Era Anita, la madre de mis hijos, la compañera de mi vida en la próspera y en la adversa fortuna, la mujer cuyo valor he envidiado tantas veces! Quedamos ambos extáticos y silenciosos, mi-

rándonos recíprocamente, como dos personas que no se ven por vez primera y que tratan de buscar uno en las líneas del otro alguna cosa semejante á una reminiscencia.

»La saludé, finalmente, y la dije: —Tienes que ser mía.—Hablaba poco el portugués y articulé las protervas palabras en italiano. Sea como fuere, *estuve magnético en mi insolencia.* ¡Había apretado un nudo, sancionado una sentencia, que sólo la muerte podía desatar! ¡Había encontrado un tesoro prohibido, pero un tesoro de gran precio!

»¡Si hubo culpa, yo la tuve toda entera! ¡Y... hubo culpa! ¡Sí... se anudaban dos corazones con amor inmenso, y se violaba la existencia de un inocente! ¡Ella ha muerto! ¡Yo soy infeliz! ¡El está vengado! ¡Sí... vengado! ¡Conocí el gran mal que había yo hecho, el día en que, esperando volver á tenerla viva, estreché la mano de un cadáver y lloré lágrimas de desesperación! ¡Erré grandemente, y erré solo!» (págs. 55-56).

Después de este relato, que tiene el sello de la más espontánea sinceridad, vuelve á continuar la narración de hechos de guerra, interrumpida por un instante; y entre el turbión de los acontecimientos que se suceden, sólo de vez en cuando aparece la figura de Anita en alguna nota fugitiva iluminada siempre por el gran amor y por la admiración de su Garibaldi.

Poco después, en el combate naval del *Río Pardo*, mandado por Garibaldi contra los buques brasileños, «nuestro combés estaba cubierto de cadáveres y de heridos, acribillados á balazos los costados del *Río Pardo.* Se había resuelto pelear hasta la muerte, y tal decisión veíase corroborada por el aspecto imponente de la amazona brasileña.—¡Anita!—que no sólo no quiso desembarcar, sino que tomó gloriosa participación en el arduo conflicto» (pág. 59).

En otro combate naval contra los imperiales «bajé la montaña y fuí á escape á ocupar mi puesto á bordo del *Río Pardo;* y encontré que mi incomparable Anita, con su habitual intrepidez había disparado ya el primer cañonazo, apuntando ella misma y animando con la voz á la despavorida chusma.» Siendo superiores con mucho las fuerzas enemigas, Garibaldi pidió refuerzos al general Canabarro, pero «tuve la contestación de que incendiase nuestros barcos y me retirase á tierra con la gente. Para tal comisión había yo mandado á Anita, con encargo de que no regresara á bordo; pero no envió con la respuesta, sino

que vino ella misma; y verdaderamente debí á la admirable sangre fría de la joven heroína el poder salvar las municiones de guerra» (página 64).

Y la presencia de su compañera, no sólo redobla en él el entusiasmo guerrero, sino que le embellece la misma vida de privaciones y le hace atractivos los peligros.

«Entre las no escasas peripecias de mi procelosa vida, no he dejado de tener momentos dichosos; tal era aquel en que á la cabeza de unos cuantos hombres, restos de muchos combates (contra los brasileños) y que habían merecido con justicia el título de valientes, iba yo á caballo *con la mujer amada junto á mí*, digna de la admiración universal... ¿Y qué me importaba no tener más vestido que lo puesto, y servir á una pobre República que á ninguno podía dar un cuarto de sueldo?... Mi Anita era mi tesoro, no menos ferviente que yo por la sacrosanta causa de los pueblos y por una vida aventurera. Se había figurado las batallas como un juego y las molestias de la vida de campaña como un pasatiempo.»

Pero bien pronto, á la heroína de las batallas sucede la madre. «En aquel tiempo (16 de Setiembre de 1840), mi Anita tuvo el primer hijo, Menotti, cuya existencia era un verdadero milagro, puesto que durante el curso del embarazo la valerosísima mujer había asistido á muchas acciones de guerra, soportado muchas privaciones é incomodidades y sufrido una caída del caballo, por lo cual, el niño nació con una contusión en la cabeza. Anita parió en casa de un habitante de aquellos campos, en las cercanías de un lugarejo llamado Mustarda, y recibió todos los cuidados imaginables de aquella generosísima familia, Costa de apellido. Toda la vida estaré agradecido á aquella buena gente. Pero á mi pobre Anita, doce días después del parto, le tocó huir con su niño en el arzón delantero de la silla, afrontando tiempos tempestuosos... ¡Anita se quedaba yerta ante la idea de perder á nuestro Menotti, á quien salvamos por milagro! En lo más áspero del camino y al paso de los torrentes, llevaba yo á mi querido hijo de tres meses en un pañuelo en bandolera, procurando darle calor con mi pecho y con el aliento. Como seguíamos adelante sin encontrar nunca el fin de la *piccada*, me quedé en la selva con dos mulos y mandé á Anita con mi asistente y el niño, á fin de que alternando los dos caballos que nos quedaban, procurase salir ella al claro, esto es fuera del bosque, donde encontrar algunos alimentos para sí y para el niño. Los dos caballos que alterna-

tivamente montaba Anita, y el sublime valor de aquella valerosa compañera mía, me salvaron lo más caro que había para mí en la vida. Salió fuera de la *piccada* y, por fortuna, encontré allí á algunos de mis soldados con una hoguera encendida. Mis compañeros, que habían conseguido secar algunos trapos viejos, cogieron al niño á quien todos amaban, le envolvieron, le calentaron y volviéronle á la vida, cuando la pobre madre poco esperaba ya de aquella tierna existencia» (págs. 87, 88, 91, 92).

Después de estas desastrosas peripecias, volvemos á hallar en Niza el recuerdo de Anita. Apenas de regreso en Italia por primera vez, corre Garibaldi á su casa: «Mi Anita y mis niños, salidos de América algunos meses antes, estaban allí juntos con mi anciana madre, á quien idolatraba y no había visto en catorce años» (pág. 188).

Y ya no vuelve á reaparecer la simpática figura sino en la milagrosa retirada, después de la caída de la república de Roma; y reaparece por última vez, porque aquellos fueron los postreros momentos de su trabajada vida. Más débil, por su estado de preñez, sucumbió á las penalidades, al miedo, á la sed...

«Mi buena Anita, á despecho de mis ruegos de que se quedase, había decidido acompañarme. La observación de que tendría yo que afrontar una tremenda vida de trabajos, de privaciones y de peligros entre tantos enemigos, sirvió más bien de estímulo á la animosa mujer, y en vano la hice observar que se encontraba en estado interesante» (página 240).

Al llegar á la hospitalaria República de San Marino «era un queridísimo y bien doloroso estorbo mi Anita, avanzada en su embarazo, y enferma; la supliqué que se quedase en aquella tierra de refugio, donde, á lo menos, podía creerse asegurado un asilo para ella, y donde los habitantes nos habían manifestado algún cariño. ¡En vano! Aquel corazón viril y generoso desdeñaba cualquiera de mis amonestaciones acerca de tal asunto, y me imponía silencio con estas palabras:—Quieres abandonarme.—Determiné salir de San Marino á media noche y ganar algún puerto del Adriático, desde donde poder embarcarnos para Venecia» (pág. 246).

»Estaba ya avanzado el día cuando zarpamos (en algunas barcazas) de Cesenatico. Si no hubiera estado dolorido por la situación de mi Anita, que se encontraba en un estado deplorable sufriendo incesantemente, nuestras circunstancias hubieran podido llamarse afortunadas; pero los padecimientos de mi querida compañera eran demasiado

intensos, y aún más intensa mi amargura de no poder aliviarla... ¡La principal carencia de víveres era la del agua, y mi sufrida mujer tenía una sed devoradora, indicio seguro de su mal interior!» (página 248).

Obligados á volverse á tierra, porque á causa del plenilunio fueron descubiertos y cañoneados por un buque austriaco; Hugo Bassi y Cicernacchio, con dos hijos y otros seis compañeros van en busca de refugio, y en vez de hallarlo fueron hechos prisioneros y fusilados, nueve en el acto y Hugo Bassi después en Bolonia.

«Yo me quedé próximo al mar en un maizal con mi Anita y con el teniente Leggiero, inseparable compañero mío. ¡Las últimas palabras de la mujer amada de mi corazón fueron para sus hijos, que presintió no había de ver mas!» (pág. 251).

El teniente Leggiero avanzó hacia el interior para descubrir alguna casa, y encontró al coronel Nino Bonnet, domiciliado y propietario en aquellos contornos, «uno de mis más distinguidos oficiales, herido en el sitio de Roma», dice Garibaldi, y prosigue: «Animoso é inteligente Bonnet, con gran peligro de sí mismo, buscó y halló lo que buscaba. Una vez encontrado tal auxiliar, me remití por entero á su arbitrio, y esto fué, naturalmente, nuestra salvación. Propuso en el acto acercarse á una choza que había allí próxima, para proporcionar algún sosiego á mi infeliz compañera. Nos aproximamos sosteniendo á Anita entre los dos, y con sumo trabajo llegamos á aquella casa de pobre gente, donde encontramos agua, primera necesidad de la enferma, y no sé qué más... Desde allí cruzamos parte de los valles de Comacchio, y nos acercamos á la Mandriola, donde debía de haber un médico. Llegamos á la Mandriola, y estaba Anita tendida en un colchón, en el carro que la había conducido. Dije entonces al doctor Zannini, que llegó en aquel momento:—Cuide V. de salvar á esta mujer.—Y me contestó el doctor:—Procuremos llevarla á la cama.—Entonces cada uno de nosotros cuatro, agarramos una punta del colchón, y la llevamos á la cama de una habitación de la casa, que se encontraba en lo alto de una escalerilla de la misma. Al dejar en la cama á mi mujer, me pareció descubrir en su rostro la expresión de la muerte. La tomé el pulso... ¡Ya no latía! ¡Tenía cadáver ante mí la madre de mis hijos, á la cual tanto amaba!.., ¡Estos me preguntarán por su madre al primer encuentro!

»¡Lloré amargamente la pérdida de mi Anita, de la que fué mi compañera inseparable en las más aven-

turadas circunstancias de mi vida! Recomendé á la buena gente que me rodeaba que diesen sepultura á aquel cadáver, y me alejé instado por las mismas personas de la casa, á quienes comprometía yo de permanecer en ella más tiempo. Me encaminé á tientas por San Alberto, con un guía que me condujo á casa de un sastre, pobre pero honrado y generoso» (pág. 252).

Para hacer menos incompleta la figura psicológica de Garibaldi, falta entresacar de estas *Memorias* sus aptitudes y cualidades, no ya en la intimidad personal del sentimiento, sino en la exterioridad de sus relaciones con los otros hombres y con el medio ambiente en que manifestó las maravillosas fuerzas de su temple moral.

Los dos caracteres predominantes de Garibaldi como ciudadano entre ciudadanos, resúmense en esto: que fué un hombre de acción; y más especialmente aquel tipo característico del hombre de acción que no es el militar del tipo de Moltke, sino el aventurero de guerra, en el sentido noble de la palabra.

Y como este aspecto de la gran figura es bastante conocido, como más directamente conexo con sus empresas militares, bastará entresacar acerca de ello de sus *Memorias* los documentos psicológicos más característicos.

En la psicología social, los hombres pueden clasificarse en dos tipos bien distintos, por el predominio evidente de sus energías, que rara vez se juntan en grado elevadísimo en una misma persona: el hombre pensador y el hombre de acción. En la historia del levantamiento italiano, Mazzini y Garibaldi personifican admirablemente estos dos tipos; y esa es una de las razones no menores de su antagonismo, que en estas *Memorias* sobrevive, á menudo muy agudo.

Garibaldi es esencialmente un hombre de acción y presenta todos los caracteres salientes, orgánicos y psíquicos, de este tipo antropológico, que siente la más marcada antipatía por «los doctrinarios, hechos á argumentar con larga charla, pero no á obrar gallardamente» (pág. 276).

Tiene aquel espíritu de las aventuras, que se llama amor á lo desconocido; su juventud, como él dice, «estaba ávida de lanzarse á las aventuras de lo desconocido» (pág. 9); y repite en otra parte: «mi índole propensa á las aventuras» (páginas 38 y 55); y habla del «*cosquilleo* experimentado con la idea de lo grandioso de la empresa» (pág. 100); y alude á su «inquie-

tud natural y habitual» (pág. 265), cuando en New-York, cansado de fabricar candelas, quería cambiar de oficio.

Por eso Garibaldi, cuando la guerra no ocupaba su rebosante energía, ha ejercido los más diversos oficios: marinero y corsario, maestro de niños en Constantinopla (página 13) y en Montevideo (pág. 96); perito mercantil y desbravador de potros (pág. 96); mayoral de ganados *(truppiere)*, ó conductor de bueyes (pág. 95) y fabricante de velas (pág. 265); y finalmente, agricultor en su isla de Caprera, como él mismo escribió en la cédula del censo italiano.

Pero su índole aventurera tenía como brújula infalible y dote preciosa un agudísimo sentido práctico de la vida, carácter afortunado de la raza ligura entre los italianos, y que á menudo falta en los hombres demasido exclusivamente pensadores. Y tenía sobre todo un poder simpático y fascinador sobre sus propios semejantes, unido á un seguro y penetrante conocimiento de los hombres, que fueron de cierto para él aliados poderosos en tantas victorias obtenidas.

Superfluo es dar pruebas de su fascinación sobre los compañeros de combate, á quienes sabía transformar en héroes con el mágico poder de la mirada, de la voz y del ejemplo. Y sobre los mismos enemigos, por la leyenda que circundaba á su nombre; baste el ejemplo de su entrada el año 1860 en Nápoles, que como él dice, «tiene más de prodigio que de realidad. Acompañado por unos cuantos ayudantes, pasé por en medio de las tropas borbónicas, dueñas aún de la ciudad, las cuales me presentaban armas con más entusiasmo ciertamente que á sus generales en aquellos tiempos» (pág. 380).

Y en los momentos más arduos y decisivos sabía precisamente apoderarse del lado psicológico, por el cual todo hombre ó toda reunión de hombres cede con más facilidad á nuestras sugestiones, arrancando así la victoria al destino dudoso.

En la retirada hacia Lages, en vista de que «muchos de los compañeros se desanimaban y otros desertaban» los reunió y «enérgicamente les representé que mejor era que manifestasen con franqueza su voluntad de acompañarme *y que libres eran de marcharse los que quisieran*. Tal resolución fué eficacísima; desde aquel momento no hubo más deserciones» (pág. 72).

Y es extraordinaria esta agudeza de su intuición psicológica, cuando habla del pánico en la guerra. En varios sitios trae ejemplos de ello (págs. 71, 244, 346, 377, 449); pero el más característico es el de

la retirada hacia Autun, después del asalto de los prusianos á Lantenay.

«En ciertos casos conviene obrar con el animal hombre como se obra con el animal buey... ¿Parte á escape? Dejadle que parta y corra á su albedrío. ¡Ay de vosotros si cometéis la imprudencia de atravesaros en su camino! Os derribará caballos y ginetes, como me sucedió el año 1849 en Velletri, donde por milagro salvé el pellejo, negro de contusiones. ¿Arranca á la carrera? Dejadle que arranque y huya y se precipite; *no te hagas cargo de ello* y limítate á ponerte á un lado ó á la cola; encontrará un obstáculo, le detendrán un río, una montaña, el hambre, la sed ó un nuevo pánico más próximo ó mayor que el que le hizo huir. *Entonces es tiempo:* ordena de nuevo como puedas los animales hombres, procura encontrarles comida, bebida, descanso; *y cuando estén hartos,* descansados y levantada su moral, se acordarán de su vergonzosa fuga, del deber hollado ¡y de la gloria, la peor de las locuras humanas!

»Lo mismo sucede con los bueyes, menos lo de que estos brutos no piensan en la gloria, por fortuna nuestra. Guiados por muchos ginetes; los bueyes se espantan por cualquiera causa: un trueno, un relámpago, un huracán ú otro motivo; y comienzan á correr, con aquella velocidad de que son capaces los animales salvajes. El conductor prudente no es tan estúpido que mande á sus hombres detenerse, cortándoles el paso, lo cual sería su ruina cierta. Antes bien, las sigue, colocándose á un lado ó detrás, sin perderlos de vista, hasta que ante los fugitivos se presente algún obstáculo cualquiera: un río, un bosque, una montaña; detiénese entonces la cabeza de la columna y vuelve atrás, y todo el resto de ella se vuelve y se detiene también.

»En aquel punto, el perspicaz conductor ordena á sus jinetes que rodeen al rebaño de bueyes, dóciles ya como borregos; y así vuelven los brutos al dominio de su tirano el hombre, que no sé si vale más que ellos» (pág. 465).

Aparte el dejo de amargura contra los hombres, que no se encuentra en las páginas juveniles de las *Memorias,* este fragmento es, en verdad, una de las más características pruebas, de lo que llamaré estrategia psicológica de Garibaldi.

Pero este profundo y genial conocimiento de los hombres y de sus defectos no hirió ni corroyó, en manera alguna, la nobleza y la magnanimidad de su grande alma.

Despreocupado por las riquezas, como lo demostró toda la vida, y por eso se confiesa «inepto para el comercio» (págs. 16 y 267), hasta llegar al desprecio pesimista por la humanidad, concluye: «Más bien he compadecido que odiado á los hombres, remontándome á la causa del mal, á saber: el egoísmo de nuestra desdichada naturaleza» (página 73).

Por eso, equitativo de alma siempre, declara con sinceridad que una de las razones de la derrota de Mentana fué «que los voluntarios, desmoralizados por el gran número de deserciones, no se mostraron aquel día dignos de su fama. Distinguidos oficiales y un puñado de valientes que les seguían, derramaban su preciosa sangre sin ceder un palmo de terreno; pero la masa no era la de nuestros habituales temerarios. Cedía magníficas posiciones, sin oponer aquella resistencia que podía yo esperar» (pág. 446).

Por eso, con la misma ecuanimidad, reconoce y proclama en muchos sitios de sus *Memorias* los méritos estratégicos y el valor personal de los enemigos; como del general brasileño Morigne (páginas 43, 45); del general argentino Brown (pág. 104); de los jinetes americanos, de quienes dice «no hay quien les supere en toda especie de combates, y son insuperables después en perseguir al enemigo derrotado y hacerle prisionero» (página 174). Así, confiesa el valor de las tropas borbónicas, que en Milazzo, de cinco ó seis mil garibaldinos pusieron mil fuera de combate (pág. 368); y la fuerza extraordinaria de disciplina y frío valor de las tropas prusianas (pág. 463).

Y también en el apéndice sobre la batalla de Custoza, proclama que «el archiduque Alberto de Austria fué el único y verdadero general de aquella batalla» y quien decidió la victoria (pág. 485).

Ecuanimidad que dictó el famoso «obedezco» á la orden de retirarse del Tirol; como ya en circunstancias mucho menores y menos dolorosas había obedecido, «si bien de mala gana», al general Pacheco en el hecho de armas del Paso de la Bajada (pág. 130).

Como hombre de guerra, y especialmente en aquella forma característica de la guerrilla, que tuvo en Garibaldi su tipo perfecto, presenta en sus *Memorias*, aparte de la aversión al militarismo, puesto que «no tenía aptitud para la organización de los ejércitos» (pág. 124) y profesaba «una antipatía congénita por el oficio de soldado» (página 431) «con escasos conocimientos

de teorías militares» (pág. 192), presenta, digo, tres cualidades psicológicas que predominan decididamente sobre sus otras dotes guerreras.

Una gran confianza en sí mismo, un pasmoso golpe de vista estratégico para coger, actuar y apoyar con la rapidez del relámpago el plan de batalla, y, en fin, una fe ilimitada en su propia fortuna.

La primera y la última de estas dotes, para Garibaldi como para cualquier otro grande hombre, son el secreto de sus triunfos, que arrancan verdaderamente á la fortuna con la tenacidad del propósito y el arranque de los golpes oportunos.

«Mi ánimo no era dado á la desesperación, *lo que jamás me ha* sucedido» (pág 99), y repite más adelante: «nunca se debe desesperar en la batalla y en la política, particularmente cuando se defiende la causa de la justicia» (pág. 128). Con la seguridad propia se imponía al enemigo, y con la fe en la victoria triunfaba.

«*Pero era preciso vencer:* y este propósito era el fatal propulsor de aquella estupenda campaña (la de los Mil), donde en los más serios de nuestros combates, como Milazzo y Volturno, estuvimos perdiendo más de la mitad de la jornada, y donde á fuerza de constancia, *no desesperando nunca,* se logró derrotar á un enemigo superior en todo» (página 370).

«¡Tenacidad y constancia: he aquí una de las claves de la victoria! Pero la gente está cansada y grita: «¡Estamos cansados y hambrientos!» ¿Sí? Pues bien; andad en busca de comida y de reposo: el enemigo se echará encima, os comerá los víveres recogidos, y el descanso os lo dará con la culata del fusil» (pág. 476). Y lo repite en las páginas 36, 44, 83 y 475.

No es posible dar aquí las pruebas de su pasmoso y rapidísimo ojo guerrero, porque habría que relatar casi todos los hechos de armas en que Garibaldi tomó parte, y en los cuales la decisión de la victoria casi siempre fué producto de algún expediente estratégico suyo de última hora ó de algún movimiento suyo ó incitación, cuando la suerte de la batalla se encuentra en el punto crítico en que puede resolverse en un sentido ó en otro.

De más interés psicológico es el convencimiento que tuvo siempre Garibaldi de ser el Benjamín de la fortuna... y en parte lo fué verdaderamente, si reflexionamos que en una larga vida á través de cien hechos de armas, por tierra y por mar, sólo una vez fué mortalmente

herido en América, y en su cadáver se encontraron diez heridas, de las cuales la más profunda es la de Aspromonte; y si tenemos en cuenta, como él dice, que «en mi prolija carrera militar nunca he sido hecho prisionero, á pesar de haberme encontrado tantas veces en peligrosísimo estado» (pág. 30).

Ya desde los primeros capítulos, hablando del general de Río Grande, Bento Gonçales, á quien llama «el tipo del guerrero brillante y magnánimo», observa Garibaldi: «Y sin embargo de tantas dotes, Bento fué desventurado en las batallas, lo cual me ha hecho suponer que la fortuna contribuye en gran parte en los acontecimientos de la guerra» (pág. 36); y acerca del mismo, repite más adelante: «aquel insigne, dotado de todas las cualidades de un gran capitán, *menos la fortuna*» (pág. 79).

Pero debe notarse que hay diversas fortunas en la guerra. Hay la verdadera y propia fortuna del caso; como hay una llamada fortuna, que sin embargo no es más que la impericia del enemigo, ó el relámpago de genio de un gran capitán.

Y en las *Memorias* de Garibaldi, las que llama él sus fortunas, son de una y otra especie.

Así, la victoria de Varese tuvo por principal razón la impericia del general austriaco Urban, que en vez de acometer á la retaguardia, al norte del Biumo, «atacó al toro por los cuernos, y fué tanto mejor para nosotros» (pág. 288). Y en la grande y decisiva batalla de Volturno «por fortuna nuestra, fué defectuoso el plan de batalla de los generales borbónicos; éstos dieron una batalla en orden paralelo (atacando de frente), pudiendo dárnosla en el orden oblícuo» (pág. 393).

Y dice Garibaldi que «desde Epaminondas, en las batallas de Leuctra y Mantinea, hasta los generales prusianos de 1870, la regla de las batallas oblícuas ha sido siempre incontrastable y ha producido la victoria siempre; y los austriacos vencieron en Custozza precisamente porque al error de los generales italianos de dividir su ejército en dos, añadióse el arte del archiduque Alberto de atacarle oblicuamente» (pág. 484).

Así también, si Garibaldi venció á los prusianos en Dijon, fué, según él, porque «en la guerra señorea la fortuna y fuimos verdaderamente favorecidos por ella, habiéndonos atacado el enemigo en 20 de Enero por la parte de Poniente, así que puede decirse que atacó al toro por los cuernos» (pág. 478).

No todo, pues, depende realmente de la fortuna, sino que como después dice el mismo Garibaldi (á propósito de la batalla de Caser-

ta), «en las combinaciones de la guerra es preciso ser secundado por la fortuna ó por un genio muy superior» (pág. 397).

Así, llama él modestamente una fortuna el haber podido tomar en la Laguna las armas y municiones mandadas por los brasileños; pero la verdad es que Garibaldi, con marchas rapidísimas se encontró en la Laguna antes de que lo supiesen los brasileños (pág. 53).

Otras veces la verdadera fortuna fueron su valor y su presencia de ánimo, propia de los verdaderos hombres de acción; como cuando Garibaldi en una pequeña lancha, delante de la isla de la Libertad (Montevideo) se encuentra por la noche de pronto en medio de los buques de guerra «tan próximos, que el centinela de proa de uno de ellos nos gritó: «¿Quién vive?»— «Chitón» dije yo á mi gente; sin duda era la escuadra enemiga. Hablando quedito, excité á redoblar la boga y hacer con los remos el menor ruido posible; pero esperaba una granizada de tiros de fusil, después de la intimación hecha por el centinela; y, por el contrario, la evitamos milagrosamente» (página 126).

De cierto, «la fortuna, *en la cual nunca he dejado de tener alguna fe*» (pág. 246), favoreció algunas veces á Garibaldi.

Por ejemplo, en la retirada á través del bosque, cuando Anita dió á luz á Menotti, «viajando sólo días enteros con el agua hasta la cincha del caballo» para ir á la Setembrina á comprar «algunas cosillas de lienzo» que regalar á su mujer, oyó tiros de fusil por la parte de donde había partido. «A la vuelta supe la causa de la fusilería y el tristísimo caso acaecido al capitán Máximo y á sus bravos libertos, *inmediatamente después de salir yo de aquella casa*» donde fueron sorprendidos y muertos todos por el general brasileño Moringue (página 149).

En el asalto de Palermo, «yaciendo en tierra la silla de mi yegua *Marsala* y las pistoleras, una pistola pegó en el suelo y se disparó; la bala me rozó el pie derecho, llevándose un pedazo de la parte inferior del pantalón. Una fortuna nunca viene sola, dije para mí» (pág. 358).

En el asalto de Reggio, toda una columna de dos mil hombres disparó por equivocación los fusiles en descarga cerrada. «Yo que me encontraba á caballo en medio de aquel cuadro de tempestad, me tiré abajo *y no me tocó más que una sola bala en el sombrero*» (pág. 377).

En Volturno, yendo en coche á Sant'Angelo, fué «recibido por una granizada de balas enemigas; mi co-

chero quedó muerto, *el carruaje acribillado á balazos*, y yo con mis ayudantes nos vimos obligados á apearnos» (pág. 389).

Y en su novelesca evasión de Caprera «una circunstancia imprevista que me favoreció mucho fué la siguiente: mi asistente Mauricio había ido aquel día á la Magdalena, y hacia aquella hora regresaba á Caprera. Un poco alegre quizá, no se fijó en el «¿quién vive?» de los buques de guerra que cruzabun numerosos por el canal de la Moneta, que separa las islas Magdalena y Caprera; y esos buques le hicieron descargas de fusilería que, felizmente, no le alcanzaron. Por casualidad sucedía eso mientras estaba yo realizando mi travesía, favorecido por el viento sirocco, cuyas pequeñas rachas servían admirablemente para esconder el *Beccaccino*, que apenas sobresalía un palmo de la superficie del mar. Mi práctica adquirida en los ríos de América, con las canoas indias que se gobiernan con un solo remo, me valió muchísimo. Tenía un remo ó pala de cerca de un metro, con el cual podía remar con tanto ruido como el de las aves acuáticas.

»Así, pues, mientras la mayor parte de mis custodios se precipitaban sobre Mauricio, atravesaba yo tranquilo el estrecho de la Moneta y aproaba á la islita separada de la Magdalena por un pequeño canal vadeable» (pág. 249).

En realidad, más que la fortuna á quien concede Garibaldi modestamente tanta parte en sus triunfos, era su poderoso aliado lo que él mismo llama «el fatal propulsor» de sus empresas: el amor patrio y el profundo convencimiento de combatir en pro de una santa causa.

Reuniendo ahora estas líneas de la gran figura, tal como se recogen en sus *Memorias*, parece que el tipo psicológico de Garibaldi puede resumirse en esto: que fué sobre todo un hombre de acción, de carácter primitivo, por tendencias congénitas y por el ambiente en que vivió los primeros años; más fácil para las sugestiones del mundo exterior, como el mar y las *pampas*. Carácter primitivo, de una ingenuidad opuesta á la astucia, y por lo mismo de una gallardía antibizantina; grande por su poderío intelectual, si bien inferior, fuera del característico genio guerrero (y lo prueban sus novelas), por ejemplo, á la profunda inteligencia reflexiva de Julio César ó de Napoleón I. Pero grandísimo sobre todos por la fuerza y elevación de sentimientos, desde los delicados matices del amor filial hasta los generosos conceptos de redención humanitaria; por lo

cual en la memoria de los venideros, aún más que entre los tipos de los grandes capitanes de la guerra (y eso que es uno de ellos), figurará entre los más afables y humanos de los grandes bienhechores.

No obstante la comunidad de las empresas militares, existe un abismo psicológico entre Napoleón I y Garibaldi; porque éste pertenece más bien al tipo humano de Jesús, sin más diferencia que la de haber desenvuelto en diverso ambiente las mismas fundamentales energías psicológicas.

Es cierto que la potencia de los genios intelectuales se propaga con movimiento más lejano y más evidente, en los descubrimientos y en las aplicaciones sociales prácticas. Pero también los genios del sentimiento, como lo fué Garibaldi, no sólo tienen en su vida un poderío infinitamente superior y fascinador sobre sus contemporáneos, sino que también legan á la posteridad más fecunda herencia de elevación moral, porque, á pesar de las apariencias, el hombre obra como siente y no como piensa.

ENRIQUE FERRI.

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS

DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL

Deportados. — Extrañamiento colonial. — Reformas.

Vamos á ver un ejemplo aún más práctico de la aplicación de nuestros estudios á los sistemas penitenciarios. Nada se presta tanto á las ilusiones como los sistemas penitenciarios, y mucho más si sus resultados se ven en cifras y registros.

Así, comenzando por la deportación francesa, parece á primera vista la mejor panacea contra los crímenes más graves; y leyendo las cifras oficiales, creeríase aún mucho más.

Leamos, por ejemplo, el informe de M. Pardon, gobernador de Nueva Caledonia, acerca del estado de la administración penitenciaria en 1891:

«El servicio de la deportación ha puesto en 1.° de Febrero de 1890 á disposición del servicio local 1.200 penados para los trabajos de los caminos.

»Esta medida ha coincidido con la supresión de las granjas penitenciarias, y la diminución, en considerable número, del efectivo del personal de deportados empleado en los talleres de la administración penitenciaria.

»Se ha podido igualmente poner gran número de penados á disposición de los habitantes de la colonia, en las condiciones del decreto local de 18 de Octubre de 1888.

»Más adelante veremos que el efectivo de los colocados, que era de 320 en 1.° de Enero de 1888, ascendía á 352 en 1.° de Enero de 1889, á 407 en 1.° de Enero de 1890, y alcanzaba al fin del año la cifra de 537. En 1.° de Abril de 1891, esta cifra debía subir á unos 630. Pero esto no es todo; y en todas circunstancias, la administración ha tratado de ayudar á los colonos. Así es que hallán-

dose los colonos de Moindou en la imposibilidad de hacer la recolección del café, dirigió á dicho centro cierto número de penados de primera clase, de la categoría de los impotentes ó de los aptos sólo para trabajos ligeros, quienes fueron puestos por algunos días á disposición de los plantadores.

»Hallóse también el medio de emplear las naturalezas más rebeldes, los habituados á evadirse, los que llevan cadena doble. Estos deportados, que anteriormente estaban siempre fijos en la isla de Nou y por consiguiente casi sin utilizar, fueron reunidos en un solo grupo y dedicados á los trabajos del almacén del muelle, por cuenta del servicio local. Encargáronse de su custodia vigilantes firmes y enérgicos, y hasta ahora sólo elogios merece su trabajo *(sic)*.

»Todas estas medidas han dado por resultado aumentar el número de los disponibles y dar á los trabajos un impulso desconocido hasta hoy.

»*Las Compañías.*—La mano de obra penal ha abierto minas cuya producción llegará de seguro á 50.000 toneladas en 1891 y á 100.000 en 1892. Siendo el valor de la tonelada de mineral de nikel por lo menos de 140 francos, esto constituye un producto anual de 14.000.000 debido á los penados.

»Por su parte, las compañías industriales han reembolsado al Estado en 1890, por cesión de mano de obra, unos 336.000 francos. Aparte de eso, la compañía del nikel mantiene á esos penados, y, por consiguiente, descarga al Estado de este gasto.

»He hecho visitas muy frecuentes á las canteras de las compañías. Siempre he visto que en ninguna parte suministran más trabajo los penados; ese trabajo es de los más rudos y la disciplina de la deportación se observa con exactitud. Por eso, preciso es confesar que no queda en pie ninguna de las críticas dirigidas contra semejante empleo de la mano de obra penal.

»Durante los cinco años anteriores, las concesiones han sido:

En 1885	190
— 1886	126
— 1887	93
— 1888	117
— 1889	123

»Las desposesiones han sido:

En 1885	82
— 1886	75
— 1887	70
— 1888	67
— 1889	43

»La cifra de desposesiones ha sido de 43, de las cuales 30 de licenciados.

»Los penados concesionarios sólo figuran, pues, por un décimo en las desposesiones; por esta parte puede decirse que casi ha obtenido un triunfo la administración.

»No puede decirse otro tanto de la concesión de licenciados: 30 desposesiones por 32 concesiones son cifras harto elocuentes para conservar la menor duda acerca de lo que puede esperarse de esta categoría de individuos.

»El espíritu de justicia y de imparcialidad ha contribuido poderosamente al sostenimiento del buen orden, al respeto de la autoridad entre los penados.

»La administración local trata de ejecutar con escrupulosa conciencia las instrucciones ministeriales concernientes á la aplicación de los reglamentos disciplinarios. Ya no se encuentran aquellos castigos extremados, impuestos con ligereza por motivos á veces fútiles y que á menudo hacían que hasta penados de buena conducta retrocediesen á la quinta clase. Los castigos se miden con cuidado, se proporcionan á la gravedad de las faltas, y, en tanto que es posible, se adaptan á la naturaleza del penado.

»En estas condiciones, respétase el castigo porque es justo, y es eficaz porque se respeta; ya no provoca ideas de insubordinación en los penados; su efecto ejemplar es más grande porque ya no se discute.

»En suma, se observa con el mayor cuidado la escala de los castigos dispuestos por el decreto de 18 de Junio de 1880. Al parecer, el departamento ha dado á las medidas disciplinarias tomadas desde hace más de dos años la mejor sanción: no se le ha hecho ninguna advertencia, ninguna observación.

»*Resumen.*—En resumen, queda manifiesto que durante los años 1889 y 1890 se ha robustecido de una manera muy sensible la disciplina en todos los campos de la deportación. La conducta ha mejorado; el trabajo es más activo y más continuo.

»De 756 fugados (año 1890), capturáronse 169.

»Las colocaciones en casa de los colonos, primera prueba á la cual se somete á los penados que más tarde serán concesionarios, no se otorgan sino previo informe detenido acerca de las garantías que presentan los hombres. Deben ser de la primera clase y bien conceptuados para sus jefes inmediatos.

»A pesar de las dificultades que presenta esa elección, ha podido aumentarse considerablemente el número de los colocados en casa de los colonos.

»En 1.° de Enero de 1888 esta cifra era de 320; en 1.° de Enero de

1889 subió á 352; en 1.° de Enero de 1890 á 407; ha podido elevarse hasta 537 en 1.° de Enero de 1891, y en la actualidad alcanza á la de 630.

»La agricultura obtiene inmensas ventajas con esta ayuda; independientemente de la baratura de la mano de obra, posee también obreros estables, trabajadores, á quienes el temor de que los vuelvan al campamento mantiene en la actividad y en una respetuosa sumisión.

»No hubieran sido suficientes todas las medidas de policía, si no atañesen igualmente á los licenciados que se encuentran en los centros penitenciarios en estado de vagancia, sin poder justificar que tienen medios de existencia. Entre esa población esencialmente nómada es donde, por lo general, se encuentran los instigadores y cómplices de la mayor parte de las fechorías cometidas en los centros penitenciarios.

»La aplicación de esas medidas ha producido excelentes resultados: los informes de los comandantes de penales y jefes de centros manifiestan la disminución progresiva de las escenas de desorden de que antes eran teatro los centros de concesionarios.

»Esta disciplina severa, indispensable en establecimientos de colonización que son verdaderas localidades de libertad condicional, permitirá á los concesionarios que tienen verdaderos deseos de portarse bien, no dejarse arrastrar por mal camino.

»Todas esas industrias prosperan y dan á la colonización un vuelo muy satisfactorio.

»Puedo citar un licenciado, el Sr..., cuya conducta y moralidad son, por otra parte, perfectas, que gana actualmente de 4 á 5.000 francos mensuales en explotaciones mineras.

»Sin embargo, en nuestro sistema de colonización penal existe una laguna importante y de las que son más de sentir: el escasísimo número de familias y la falta de mujeres. He intentado muchas veces demostrar la absoluta necesidad de una igualdad numérica en los sexos. He pedido con instancia al departamento el envío de las mujeres de los penados. Lo que se ha dicho acerca de las disposiciones atávicas de los productos del matrimonio entre penados no se sostiene ante el hecho citado más atrás, de que hasta aquí ningún hijo de concesionario ha sufrido condenas. Insisto, pues, de nuevo acerca del envío de las familias de penados, y de mujeres, aunque sean penadas, para unirse con nuestros concesionarios.» *(Bulletin de la Société des Prisons,* 1890-91).

He aquí, pues, una verdadera

ganga para la humanidad y un verdadero triunfo para los partidarios de las influencias predominantes del ambiente, porque aquí se tiene á la vista el más completo posible cambio de medio.

Se les han dado á los criminales los medios de vivir honradamente; se les han suministrado hasta inesperados recursos que faltan á menudo á las gentes honradas; se ha instituido para ellos (ley de 17 de Agosto de 1878) una caja de ahorros, subvencionada por el Estado; se les han hecho concesiones de tierras que llegan á ser propiedad suya á los cinco años de licenciarles: cada concesionario tiene derecho á víveres, ropas (decreto ministerial de 6 de Enero de 1882), á asistencia en los hospitales, á instrumentos agrícolas; si tiene mujer, ésta goza de los mismos derechos y además 150 francos el día de la boda y mobiliario completo. Así, pues, no sólo cambia el medio, sino que se apartan con cuidado todas las ocasiones de volver á cometer delitos.

Pero todo esto no sirve de nada para los criminales natos, y era muy fácil de prever. En efecto, sabemos que si para los criminales de ocasión es posible la enmienda en un ambiente nuevo, no lo es para los verdaderos criminales congénitos de que se compone la mayoría de esos miserables recidivistas. Ahora bien; si buscamos relatos no oficiales (porque estos últimos están interesados en disfrazar la verdad), vemos que todas esas medidas no producen más efecto que un recrudecimiento del delito en pleno día, hasta el punto de que las gentes honradas y hasta los mismos funcionarios que envían á los gobiernos esos informes embusteros, son muy á menudo víctimas de esas pretensas ovejas que han vuelto á entrar en el redil.

Veamos, en efecto, lo que dice acerca de esto Thomas (*Cannibals and convict*, 1886):

«... La impunidad y la indulgencia han traído á este país una verdadera anarquía, un verdadero infierno.

»... No hay palabras con que decir el grado de infamia á que han llegado.

»En 1884 se vió á uno de esos criminales tratar de cortarle el pescuezo á su mujer, cuarenta y ocho horas después de su casamiento oficial. Habiéndole sorprendido, huyó buscando refugio entre los salvajes, quienes le fusilaron. Pero los mismos salvajes son á menudo las primeras víctimas de esos miserables.»

Mancelon (*Les Bagnes et la colonisation pénale*, 1886) dice que hay relegados tres veces condenados á muerte, y á quienes luego se ha puesto en libertad. Una mujer que había muerto á dos de sus hijos y

sido indultada, mató más tarde al tercero.

He aquí, según uno de esos mismos penados, el relato de uno de esos matrimonios que con tanta admiración nos pinta el señor gobernador Pardon:

«En la isla Nou, refiere el doctor Laurent (*Habitués des prisons,* 1890), nuestro hombre asistió á una ceremonia curiosa, á un matrimonio de penados.

»El pretendiente era un individuo sentenciado á cinco años de trabajos forzados «por haber dado el golpe del padre Francisco» (echar un nudo corredizo al rededor del cuello y apretarlo con presteza no menor). Le enviaron á que eligiese en el convento de Bourrail. La religiosa le ofreció en primer término una mujer de treinta y dos años, sentenciada á quince de trabajos forzados por envenenamiento.

»La primera entrevista fué de las más tiernas, y aquella desposada poco tímida echó en seguida los brazos al cuello al recién venido, dirigiéndole poco más ó menos estas palabras:

«¡Ah, pobre querido mío! Aquí no se puede ni chistar; vas á sacarme. ¡Qué marranas hermanucas! (las religiosas). Ganas me dan de emparrillar una. ¿Tienes tabaco y un papelillo?

»El candidato á marido rehusó aquella amable persona, tan llena de distinción en su lenguaje como en sus modales. Presentáronle entonces una antigua zorra llamada Rosa, y condenada á ocho años de trabajos forzados por haber ayudado á robar y asesinar á un hombre dentro de su alcoba. «He zorreado un poco hace tiempo, dijo á su novio, pero me he vuelto buena.»

»Quedó decidida la boda. El penado fué al casamiento del brazo con otra antigua zorra llamada Fanny.

»Después de la misa, el sacerdote pronunció una plática hablándoles á los nuevos esposos de perdón, de redención, de olvido de las pasadas ofensas. Pero la novia, impacientándose, no cesaba de repetir: «¡Cómo nos aburre, cómo nos aburre!»

»Luego hubo un festín, muy rociado de vino. El testigo menudeó tales tragos, bebió tanto alcohol falsificado, que se ensució en los pantalones dormido y se dejó escamotear el portamonedas. El novio no estaba menos bebido, y por la mañana se despertó con un ojo saltado y sin saber qué había sido de su nueva esposa. La ganforra se había aprovechado de la borrachera de su marido para escabullirse con otro licenciado, quien la devolvió el día siguiente por la mañana. El marido tomó bastante bien la cosa, que encontró casi natural.

»Durante la embriaguez, el esposo había tenido un sueño: había oído una voz de mujer hablándole quedo dulces palabras; había entrevisto el rostro de la esposa sonriéndole, y había sentido unas manos suaves y acariciadoras palparle la piel. Al despertar, no le quedaba más que un vago recuerdo; pero advirtió que su bolsa había pasado de su bolsillo al de la honrada Rosa.

»Aunque casada, bien pronto fué Rosa la manceba de los licenciados y hasta de los penados.

»El marido cerraba los ojos y se hacía el sueco.

»Un día Rosa atrajo á un lugar apartado á un árabe puesto en libertad, del cual sabía que tenía dinero; el marido le desbalijó y le mató á hachazos. Pero la mujer, llena de miedo, fué á denunciar al asesino, quien fué condenado á muerte. Así acabó aquel feliz matrimonio».

No hay ninguna exageración en ese relato. En efecto, en el periódico *Le Neo-Caledonien* de 26 de Enero de 1884 se lee:

«Un regenerado, de nombre Pouillé, fué hecho concesionario no se sabe por qué, hace algún tiempo; en la misma ocasión se le autorizó para tomar mujer joven y bonita, la cual según parece no quedó muy satisfecha de la instalación de su esposo.

Cuarenta y ocho horas después de la boda, Pouillé fué detenido á las dos de la tarde, en el momento de ir á cortar tranquilamente el cuello con una sierra á su joven mitad. La llegada de los agentes impidió que se cometiera el delito. *Pouillé quedó libre al cabo de unos días de prisión*, porque había sido sorprendido cometiendo el delito á la puerta de un funcionario de casa del cual salía su mujer; echóse tierra al asunto, y el joven matrimonio se reconcilió por orden superior. Pero anteayer la mujer de Pouillé huyó de su casa á tiempo para no ser asesinada. El marido se vengó prendiendo fuego á su propia casa, evadiéndose después. Para distraerse, pone fuego á las casas de todos los concesionarios...»

Otro ejemplo. Elena Massé, sentenciada á prisión, se casa con Belgassen Mohamed, sentenciado á trabajos forzados por asesinato de su primera mujer en Argelia. Celoso de una educanda del convento de Bourail, no tarda en matar á Elena Massé.

En la bella monografía *Travaux forcés fin de siècle* publicada en la *Nouvelle Revue*, año 1890, un verdadero filántropo nos presenta cuadros no menos negros de esos pretensos regenerados:

«El presidiario que en pleno centro penitenciario acababa de volverse á casar en justas nupcias con

una infanticida é incendiaria—Devillepoix — había sido condenado por el Jurado de Seine-Inférieure á la pena de trabajos forzados á perpetuidad, por cuatro acusaciones de delitos confesados y probados, á saber: 1.°, delito contra la honestidad por violación de su criada, una muchacha de catorce años; 2.°, homicidio voluntario después del anterior atentado; 3.°, nuevo homicidio consecutivo al primero; 4.°, nuevos delitos contra la honestidad, intentados ó consumados con violencia.

»O este, ó ninguno, era el forzado, en toda la extensión de la palabra, el presidiario clásico para quien se han inventado las leyes represivas que son salvaguardia de la sociedad...

»Pues bien; la administración penitenciaria, so color de proseguir desdichados ensayos de cultivo ó de aumentar los recursos de su presupuesto especial, hace sus colonos de semejantes seres, horror ó vergüenza de la humanidad. Para obtener la enmienda moral de sus penados, no encuentra nada mejor que eximirles en seguida de la pena dictada por el legislador y pronunciada previo veredicto de un Jurado de personas sensatas que no habían encontrado demasiado fuerte esa pena. Y como si no bastara con eximirse de la pena y con llegar á ser concesionario de terrenos, el favorito de la administración colonial no deja de constituir nueva familia. ¡Sí, tomaba mujer ese verdugo! ¿De dónde podía venirle á él ese favor de la concesión de tierras, prometida por la ley después de largos años de expiación, y que, en resumen, es para el penado la emancipación casi completa? ¿Y qué extraordinaria aptitud para la vida de familia y para la paternidad había, pues, permitido adivinar este extraño casado, que el mismo día de la boda se emborrachó y pegó á la esposa? Porque la concesión de terrenos y el beneficio del matrimonio no están inscritos en la ley sino á título enteramente excepcional, á título de recompensa.

»Algún tiempo después, *por gusto, por nada,* Devillepoix prendía fuego á los chociles de sus vecinos, incendiaba los plantíos de M. de G..., prostituía su mujer al primero que se presentaba, para vivir más á sus anchas, y, por último, se hacía condenar á muerte.

»Pues bien, *de visu* nos hemos convencido de que los Devillepoix concesionarios, buenos vecinos y felices esposos, son una legión en Nueva Caledonia y también en la Guayana, desde la decisión de 15 de Abril de 1887.

»Muchos entran de cocineros, lacayos, profesores de idiomas y de

bellas artes en las casas particulares; son bien retribuidos, tienen sus trapicheos y á veces hasta hacen conquistas. En todo caso, con sus beneficios más ó menos ilícitos sostienen sólos ó en comandita queridas, saborean otras y llegan á ser hombres lo suficiente libres para poder elevarse hasta el delito pasional. En 1883, un licenciado se enamora de repente de la señora B., expendedora de licores, y como no corresponde en el acto á su fuego, la salta la tapa de los sesos y se mata en presencia de los consumidores.

En 1881 el ministro de Marina se queja de que de 7.000 hombres, sin contar los licençiados, sólo se hayan podido emplear 360 en la construcción de caminos. Todos los restantes vagan más ó menos á ventura, viven á su antojo, van á caballo y en carruaje libremente so pretexto de ir á trabajar en su concesión ó de que están empleados en casas particulares. ¡Estamos lejos del artículo 2.° de la ley de 1854! En 1880 no había en estado permanente más que de 640 á 700 evadidos; en 1889 pasan de 800. Los más temibles no son los mejor vigilados.

El famoso bandido Brideau se evade también en 1891, mata á una mujer anciana y la devora los pechos. Hasta bajo la cuchilla de la guillotina se ríe de la justicia: «¡Venga!»—exclama gallardamente después de echarse en la tabla de báscula.

¿Quién podría contener, por otra parte, á esos depravados cuando adviertan que el presidio—¡ese espantajo de los códigos!—no es en realidad sino una broma? ¿Será la represión disciplinaria del mismo interior de ese presidio? Ved cuál es su rigor: por negativa obstinada á trabajar, privación de salario; por embriaguez con recidiva, prisión nocturna; por pereza, doble argolla. ¿De qué eficacia se quiere que sea la supresión del salario? ¿No está siempre el rancho dispuesto á las horas? Y si falta dinero, por esa especie de confraternidad del crimen reinante en el presidio, el castigado no se verá por tan poca cosa falto de beber sus vasos de vino.

Los consejos de guerra se ponen á condenar y recondenar, y para la eternidad á miserables sentenciados ya á perpetuidad. ¡Se distribuyen aumentos de diez, veinte, ciento y doscientos años de presidio! Vénse en Numea individuos sentenciados tres veces á muerte, indultados y puestos luego en libertad en los caminos. En 1891, el tribunal marítimo especial de Numea acaba de condenar á muerte á un sentenciado á trabajos forzados, de apellido

Janicot, quien en virtud de sucesivas condenas dictadas contra él en la colonia, no podía ser puesto en libertad ¡hasta el *año* 2036, es decir, dentro de ciento cuarenta y cinco años! La mujer Macé, enviada á Caledonia por haber muerto á sus dos hijos, se casa allí, obtiene una concesión de terreno y mata á su nuevo hijo. Con un antiguo alfarero, convertido en fabricante de pucheros en Bourail, que había sido condenado por violación de su hija mayor, van á reunirse su mujer, su víctima y otra hija más joven. Lanza la mayor á la más baja prostitución, prepara la menor para lo mismo y continúa en su comercio de cacharros, muy próspero.

Las víctimas son los pobres vigilantes. ¡Largo es el martirologio! Entre tantos otros, están: Olivieri, ex-sargento del 12° de línea, con veintiún años de servicios, muerto á hachazos en Ouégoa, en Marzo de 1886; Villenet, que sufrió la misma suerte; Lavergne, cosido á puñaladas por un penado vagabundo, á pesar de tres condenas sucesivas á perpetuidad *(¡habían jugado al écarté la vida de Lavergne!);* Antomarchi, degollado durante su sueño; Taillandier, Salvadori, Collin, Paggi; Guillemaille, apuñalado con su mujer y sus hijos; Gerbe, descuartizado. Otros muchos se suicidaron al llegar á Numea, viendo la situación que habían ido á buscar allí, con la cual querían deslumbrarles como recompensa de sus leales servicios militares.

A este propósito, echemos una ligera ojeada al presupuesto de la deportación en 1891; veremos para el servicio penitenciario un total de 11.175.932 francos.

Hasta aquí, ya se ve que sólo se ha ejecutado el artículo 1.° de la ley de 1854: traslado de los presidios, desalojamiento de la metrópoli. Pero, en último término, todo ello no ha servido más que para una cosa: para impedir que se forme una magnífica colonia.

Habíase partido en verdad de la muy justa idea de desembarazar la metrópoli de los bribones que la infestan; pero también se había tenido la loca ambición de colonizar sin moverse, sin tener colonos. Creíase que la Australia, tal como es, era obra, la obra maestra de los presidiarios; de aquí el error. Los penados ingleses jamás hubieran realizado ni Sydney, ni Melbourne, ni el magnífico ferrocarril de Murray, si de pronto los *placeres* del interior no hubiesen atraído hacia el continente australiano á los buscadores de oro. Pero, habiéndose enriquecido éstos en seguida, experimentaron el horror al presidiario y lo rechazaron por la fuerza, no abandonándole ni siquiera la

Tasmania. «La Nueva Gales del Sur, —decía el gobernador E. de la Richerie,—no ha comenzado á salir de un regimen de miserias para encaminarse á una prosperidad siempre creciente, hasta después de la introducción de inmigrantes libres; al paso que hasta ahora la deportación á la Guyana ó á la Nueva Caledonia no ha sido nada más que el traslado de los presidios, sin provecho para los territorios que debía fecundar.»

El penado concesionario puede hacerse ayudar, ocupar obreros en número indeterminado. He aquí un ladrón eminente, que antes de que le prendan ha ocultado el *gato* ó lo ha confiado á un pariente, á un amigo. Llega á ser concesionario. Le llevan su dinero. Arrienda numerosos obreros, funda una inmensa explotación y mira trabajar á los demás, fumando cigarros. Se ha convertido en rentista, en gran propietario terrateniente, en bienhechor de la colonia. ¿Creeréis que esto es tal vez una superchería? En Noviembre de 1885, un antiguo cajero de la Compañía del Norte, sentenciado á veinte años, Fréret, anunció por todas partes la fundación en la bahía de Prony de un inmenso establecimiento balneario, con fonda, salones, biblioteca, salas de juego, etc. Buscaba la colocación remuneradora de los millones robados á la Compañía y que la señora Fréret le trajo *vía* Sydney. Había comprado por 160.000 francos las concesiones y las estaciones de ganado del señor Lamy en Bourail. La compra se hizo en nombre de la señora Fréret. Durante ese tiempo Fréret paseaba á caballo y en coche, vestido como un señorón, salpicando de lodo con su lujo, haciendo mucho ruido con su fortuna. ¿Es esto lo que el artículo 2.° definía «los trabajos más penosos de la colonia?»

Por otra parte, durante el tiempo de la concesión provisional, gracias á la malsana promiscuidad, á la horrible é irremediable fraternidad que reina de vecino á vecino, los buenos, los que aún tienen un destello de conciencia, son implacablemente aplastados por los otros, por el número; quedan estériles sus esfuerzos, ¡y dichosos si no les saquean ni incendian!

Esto no es cuestión de partido político. Las mismas quejas se leen en la demagógica *Revue de l'Evolution* (Marzo de 1891) y en el *Bulletin de la Société des Prisons* (1891, página 411), revista que ciertamente no tiene nada de democrática, que á veces hasta huele á sacristía.

«Un cuarto de siglo ha transcurrido desde la llegada de la primera tanda de penados; millares de deportados la han seguido, y sin embargo los trabajos más urgentes no

se han ejecutado aún, ni siquiera están en vías de ejecución, aunque los penados deban emplearse en los trabajos más penosos de la colonización.»

Así es que son desconsoladores los resultados coloniales: caminos, alcantarillas, muelles, docks, dique de carena, todo está en proyecto; el *arsenal* es un miserable tallercito bueno para calafatear goletas, y las averías de los buques de la estación naval tienen que repararse en Sydney ó en Cockatoo-Island, ¡si pueden ir allí! La administración ha acaparado las mejores tierras: sólo el decreto de 16 de Agosto de 1884 ha puesto en sus manos 110.000 hectáreas, ¡y las adquiere á título oneroso!

En cuanto á la moralización, no ha dado un paso adelante; más bien ha retrocedido, según lo demuestra un antiguo director de la administración penitenciaria, el coronel M. Disnematin-Dorat, quien se expresa así:

«El penado concesionario obtiene un terreno de primera calidad, á menudo roturado; se le dan víveres treinta meses, una indemnización para casa, hasta una mujer con ajuar si la desea, semillas, etc. Se le transportan sus productos, se le compran á más precio del corriente; al paso que con frecuencia el colono libre ve inutilizada y perdida su cosecha, por falta de medios de transporte y de compradores.

»¿Qué ha resultado de esta situación inmoral que desalienta á los mejores y más perseverantes? Que *colonos libres se han visto reducidos á ir á trabajar á las haciendas de los penados.*»

Y la colonización no gana con los relegados que, sin embargo, son criminales menos endurecidos. En su obra *La relegation à l'île des Pins* (un tomo en 8.° Rochefort, 1889), el doctor Nicomède escribe que «en el relegado, cabeza y brazos son malos. No tiene ni el ánimo, ni el vigor, ni la habilidad del obrero. Apenas el 17 por 100 del contingente de los relegados en la isla de Pinos tienen alguna profesión; los demás son paseantes en corte, ociosos y libertinos. En tales condiciones, ¿qué tiene de extraño que la relegación haya sido impotente para producir nada en la isla de Pinos? Instalada sin programa, ha dejado evacuar los diversos talleres (zapatería, sombrerería, ropas hechas) que la deportación había establecido. Cuando se quiso reorganizarlos, todo faltaba; y en los mismos momentos (11 de Febrero 1888) en que el subsecretario de Estado declaraba en la Cámara que esos talleres atendían á todas las necesidades del vestir, numerosos relegados no podían ir á trabajar porque estaban

descalzos. Si se trata de cultivos (granja y aserraduría hidráulica de Uro), de roturaciones ó de fabricación, la falta de método de la administración corresponde á la carencia de todo brío en el relegado. Su hoja penal lleva casi invariablemente la nota de que siempre se ha negado á trabajar. Por su fuerza de inercia, por su resistencia pertinaz, ha cansado á todo el mundo, ha agotado todos los castigos. Prefiere pasarse la vida en la celda, que doblegarse al menor trabajo. Con el tinte terroso, anémico, abotagado por el régimen celular, vegeta con una suciedad y entorpecimiento repugnantes.»

Aun en estos casos, la deportación es útil de cierto para una nación rica que no teme gastos, pues con grandes expensas libra á la metrópoli de sus peores gentes, para regalárselas á los salvajes. Pero no debe pensar en reformarlas; es preciso obligarlas por la fuerza al trabajo y tratarlas como se trata á los soldados bajo el regimen del estado de guerra, es decir, fusilando á los que amenacen á la seguridad de la colonia, y con la prisión celular como medio de conversión forzosa.

Una colonia penal pudiera ser verdaderamente útil y reformadora si se eliminase de ella á los criminales natos y se ofreciese trabajo en un medio honrado á los criminaloides, á los semicriminales, es decir, á los que han cometido delitos en condiciones excepcionales ó arrebatados por una pasión violenta.

En este sentido pueden admitirse los resultados de las colonias libres penitenciarias de Holanda; pero figurarse que cambiando de medio á los criminales congénitos se trocarán en personas honradas, es una inmensa ilusión que las primeras lecciones de la antropología criminal hubieran bastado para destruir.

César Lombroso.

LA RIQUEZA

El rico y el pobre se encuentran: el creador de los dos es el Eterno.

(*Proverbios* de SALOMÓN.)

Con frecuencia, la ambición toma la forma de amor al dinero. Hay muchas personas que jamás se han ejercitado en el arte, la música, la poesía ó la ciencia, pero casi todo el mundo hace alguna cosa para ganarse la vida; por consiguiente, tratar de aumentar las rentas no sólo es una cosa lícita, sino que produce el grato sentimiento de un triunfo conseguido.

A menudo se ha puesto en duda si la riqueza constituye una ventaja. Yo mismo, no creo que quienes han nacido con una cuchara de plata en la boca, como suele decirse, sean por eso necesariamente más felices. Cierto es que la riqueza impone más trabajo que la pobreza, y en todo caso más cuidados; pero, sin embargo, hay que confesar que la posesión de una renta, sea cual fuere, que vaya en aumento con los años, contribuye al bienestar de la vida. Por supuesto, entendiéndose que seáis dueños de vuestro dinero, y no el dinero dueño de vosotros.

La posesión de la riqueza no está ciertamente libre de quebrantos. El dinero y el amor al dinero suelen ir juntos con frecuencia. El hombre pobre, como dice Emerson, es el que desea llegar á ser rico, y cuanto más posee arde en mayores deseos de poseer más todavía. Así como el beber aumenta la sed, el deseo insaciable de riquezas crece á menudo con la fortuna.

Naturalmente, esto sucede más que nunca cuando se busca el dinero por el dinero mismo. Por lo demás, muchas veces es más fácil ganar dinero que conservarlo y gozar

de él. Nada hay tan aburrido, tan angustioso y tan penoso como tener que guardarlo. El temor á perderlo puede cernerse como una negra nube sebre la vida entera. Nos refiere Séneca que Apicio, después de haberse comido la mayor parte de su patrimonio, se suicidó de miedo á morirse de hambre, aunque aún le quedaba por valor de millón y medio de pesetas.

Es cierto que la fortuna no es una sinecura. Además, el valor del dinero depende en parte del uso que de él se hace y de la manera como se ha adquirido. «Tus amigos te dicen; gana dinero, á fin de que nosotros tengamos también nuestra parte. Si puedo ganar dinero y continuar siendo modesto, fiel y generoso, manifestad qué es preciso hacer y lo ganaré; pero, si me pedís que pierda cosas honradas y que me pertenecen en propiedad, para que vosotros podáis adquirir las que son deshonrosas, ved cuán poco equitativo y cuerdo á la vez es eso. ¿Qué preferiríais, tener dinero ó un amigo fiel y modesto?

»Nada impide á un hombre que haya comprendido con claridad estas cosas aceptarlas con ligereza y someterse sin pena al yugo, esperando tranquilo los sucesos y aceptando el hecho consumado. ¿Deseáis que yo soporte la pobreza? Venid y sabréis lo que ésta es para aquel que sabe representar bien el papel de hombre pobre.» (Epicteto.)

Acordémonos siempre de aquella respuesta de Solón á Creso: «Señor, si se presenta alguien con más hierro que tú, se hará dueño de todo este oro.»

Midas es otro ejemplo del caso de que se trata. En sus oraciones pidió qué todo cuanto tocara se trocase en oro. Su plegaria fué atendida: el vino se le transformaba en oro, así como el pan, los vestidos y hasta el propio lecho.

«Asombrado de esa extraña desventura, rico y miserable á la vez, desea despojarse de sus riquezas y maldice lo que había solicitado.» (Ovidio.)

Con seguridad, que no es el único hombre para quien el oro haya sido una maldición.

Hablando con franqueza, á mi parecer, la opulencia no es por necesidad una ventaja; pero puede llegar á tenerla, según el uso que de ella se haga. Lo mismo acontece con casi todos los dones y privilegios de la vida. La instrucción, la belleza, la habilidad pueden convertirse en un trampantojo; descuidarlas ó hacer mal uso de ellas sería para nosotros peor que no haberlas poseído nunca. La opulencia sólo es una desventaja en manos de quienes no saben valerse de ella. Pone á nuestra disposición otro gran nú-

mero de privilegios: el vagar, el poder ayudar á los demás, los libros, las obras de arte, las ocasiones y los medios de viajar.

Por lo demás, fácil sería exagerar las ventajas del dinero. De cierto, merece que se apetezca su posesión y que se trabaje para obtenerla; pero no indemniza los sacrificios demasiado considerables, tales como á menudo se suelen hacer por él.

Un sabio proverbio nos dice que puede ser comprado el oro á demasiada costa. Si la fortuna sólo debe estimarse por los goces que nos permite, es evidente que sería un error sacrificar esos goces por perseguir la riqueza. El dinero es también para el hombre una causa de empobrecimiento intelectual. Pero, por otra parte, ¿cuál es el don que carece de riesgos?

Eurípides dice que el dinero proporciona amigos, que es un gran poder (hasta dice que el más grande) en el mundo, y añade con tono irónico: «Sí, en verdad; un hombre rico es poderoso, sobre todo si su heredero es desconocido.»

Bossuet nos asegura «que no es de ningún modo apegado á las riquezas; pero que, sin embargo, si no tuviese para vivir más que lo estrictamente necesario, se sentiría molesto y perdería la mitad de su talento».

Nada tenía Shelley de ávido, y, no obstante, dice: «Deseo el dinero porque sé emplearlo. Facilita el trabajo y da descanso; conceder descanso á quienes lo emplearían en la disquisición de lo verdadero, ¿no es el más noble presente que puede hacerse á los humanos?»

Muchos comprenderán el sentimiento de Pepys, el cual lo expresa de una manera á la vez tan conmovedora y original: «Hoy he salido por vez primera con mi mujer en mi coche propio; mi corazón se ha regocijado, he dado gracias á Dios por ello, y le he rogado que bendiga para mí esta adquisición y me la conserve.»

Este género de satisfacción es un poco egoísta. El negociante, sin embargo, no tiene que avergonzarse de su profesión, con tal de que sea fiel á aquella inscripción grabada en la iglesia de *Santo Giacomo de Rialto*, en Venecia: «Alrededor de este templo, que el comerciante sea equitativo en su conducta, honrado en el comprar y en el vender, fiel á sus compromisos.» Pero si el fin único de vuestra vida ha sido amontonar dinero por amor al dinero, todo goce se hace imposible por eso mismo, porque el soplo glacial de la pobreza os habrá calado hasta la medula.

Nuestra palabra inglesa *miser* (avaro) está muy bien elegida de seguro para tales personas, porque son esencialmente *miserables*.

«Un coleccionista visita á todos los traficantes en cuadros para encontrar un paisaje de Poussin, un boceto al pastel de Salvator; mientras que la *Transfiguración,* el *Juicio final,* la *Comunión de San Jerónimo* y otros cuadros tan maravillosos como éstos penden en los muros del Vaticano, de los Uffizi ó del Louvre, donde el primero que llega puede contemplarlos. ¿No nos ofrece á cada paso la naturaleza cuadros? ¿No vemos todos los días salidas y puestas de sol, sin hablar de la estructura del cuerpo humano, que siempre es posible admirar? Recientemente, un coleccionista compró en una subasta en Londres un autógrafo de Shakespeare por ciento sesenta y siete guineas, al paso que un colegial puede leer *Hamlet* y descubrir en él tesoros hasta entonces ocultos.» (Emerson.) Y, sin embargo, «¿qué otro provecho puede sacar de su bien el que lo posee, sino el verlo por sus propios ojos?» (Salomón.)

En realidad, somos más ricos de lo que creemos. A menudo oímos hablar del ansia de poseer. Se envidia á los grandes propietarios y se considera como una felicidad el poseer vastos terrenos. Pero, con suma frecuencia, como dice Emerson, «si poseéis la tierra, la tierra os posee. Además, en un sentido más elevado, ¿no tenemos millares de acres de terrenos que nos pertenecen en propiedad? Los bienes comunales, los caminos, los senderos y las orillas del mar, la inmensa extensión de nuestras costas de tan vario aspecto, todo eso ¿no es nuestro? Las orillas del mar tienen además grandes ventajas: rara vez están afeadas por el hombre, y nos revelan de una manera muy instructiva las fuerzas de la naturaleza. Todos somos grandes propietarios, sin saberlo. Lo que nos falta no es tierra, sino la facultad de disfrutarla. Esta inmensa herencia tiene también la ventaja de no imponer ningún trabajo, de no reclamar gestión alguna. El propietario tiene cuidados, pero el paisaje pertenece á la primera persona que tenga ojos para mirarlo. Así, Kingsley llamaba á los matorrales de los alrededores de Eversley «mi jardín de invierno», y no porque legalmente fueran suyos, sino en un sentido ideal, en virtud del que diez mil personas pueden poseer una misma cosa.

John Lubbock.

EL SALÓN DE LA SEÑORITA CONTAT

I

¡El salón de una actriz!—dirán algunos—eso es una equivocación, habrá querido V. decir el camarín.

—No. Una actriz de gran talento podía en otros tiempos tener salón; para lograrlo, no necesitaba más que gusto por la buena sociedad. Pero si se piensa en todo el ingenio necesario para preferir las personas cuya categoría, educación, tono y modales, recuerdan muy á menudo lo que nos falta, á esos subalternos en las artes ó en la sociedad, cuya servil medianía se empeña en probaros vuestra superioridad innegable sobre todo cuanto os rodea; si se piensa en los obstáculos que las preocupaciones y las costumbres alzan contra la noble ambición de juntar la independencia del artista con la vida de la mujer de buena sociedad, otórgase tanto aprecio como admiración á la actriz que ha podido vencer dichos obstáculos.

El ejemplo de las señoritas Lecouvreur y Quinault, en cuyos salones reuníase la mejor sociedad de su tiempo, bastaba para animar á la señorita Contat á imitarlas. Hay que hacer esta justicia al antiguo régimen: era mucho más cortés que el actual para con los actores, y complacíase en vengarlos de la excomunión con una acogida honrosa.

Desde que la ley nivela las categorías todas, la sociedad las separa. La filosofía ha triturado las preocupaciones cuerdas ó absurdas; al punto, apodérase la sociedad de los heridos, los cura, los engorda y los vuelve á presentar en el gran mundo, donde son tanto mejor acogidos, cuanto más se teme perderlos.

Cuando los privilegios, el vestir y los usos distinguían por completo una clase de otra, se hacían mútuas concesiones para aproximarse. Pero hoy que hay el temor de ser tenido en menos de lo que se es, cada cual se conserva derecho en su sitio, como una estatua en su hornacina. De aquí proviene el que los actores sólo se tratan entre sí, como la nobleza antigua, los empleados del gobierno ó los restos del gran ejército; los millonarios son los únicos que entran en todas las camarillas.

¡Oh miseria del siglo! El hijo de un sirviente, que con la usura llega á ser millonario, verá sus áureos salones llenos de mujeres de pró. La víspera del baile que piensa dar, recibirá treinta esquelas firmadas con los nombres más linajudos de Francia, reclamando el honor de figurar en su lista de invitaciones; y esas mismas mujeres blasonadas se ruborizarían de asistir al salón de nuestra primera actriz. ¡He ahí lo que los grandes talentos han ganado con la Revolución!

Sin embargo, estaban en el derecho de esperar más, en vista de la sociedad que había conservado la señorita Contat al salir de la cárcel, donde se había encontrado con varias señoras de la corte. Su gusto por las personas distinguidas, su gratitud por el amor de un príncipe, á quien después hicieron ilustre el trono y el destierro, debían atraerla necesariamente las persecuciones de los reyes del Terror; fué encarcelada en las *Madelonnettes* con los entonces llamados aristócratas de la Comedia Francesa. Por poco hubo de costarle la vida un rasgo que manifiesta su ingenio y sus sentimientos. Antes de ser también prisionera, la reina quiso ver representar *La Gouvernante de la Chaussée;* hizo saber á la señorita Contat que deseaba verla en ese papel, que no era de su cargo. La señorita de Contat se aprendió en veinticuatro horas los quinientos versos de *La Gouvernante*, y luego escribió á la persona que le había comunicado el deseo de la reina:

Ignoraba yo cual era el asiento de la memoria; al presente, sé que está en el corazón.

Aquella carta, que fué publicada de orden de la reina, iba á ser el fundamento de una sentencia del tribunal revolucionario, cuando los sucesos del 9 de Thermidor pusieron en libertad á la señorita Contat.

No se la podía ver á menudo sin quedar seducidos por el encanto de su conversación, por cierta grandeza de maneras que, sin ser teatrales, tenían algo de imponentes. Su carácter, á la vez imperioso y vengativo, sensible y generoso, simpatizaba con el de las personas cuyas

cualidades y cuyos defectos son nobles; y el sentimiento de su propia superioridad la ponía al abrigo de la cortedad, del servilismo ó de la irreverencia propias de las clases que la sociedad rechaza. Hablaba con la marquesa de J. y la condesa de N. en el mismo tono con que estas damas hablaban entre sí, sin encogimiento como sin familiaridad.

El íntimo trato que una larga permanencia en la misma prisión, idénticas opiniones é iguales peligros habían hecho nacer por fuerza, continuóse por largo tiempo después de restablecerse el orden y las preocupaciones; lo cual hizo que el salón de la señorita Contat rivalizase con los mejores salones de París.

Un raro motivo me puso en relaciones con ella, y fué su gran semejanza con mi madre; era tan asombrosa, que al cabo de dos años del más triste luto de mi vida, cuando volví á entrar por primera vez en la Comedia Francesa, me acometió una crisis de lágrimas tan violenta, que me sentí mal y hubo que sacarme fuera de la sala. Renovándose esta cruel emoción siempre que intentaba yo vencerla, me resigné á no ir nunca á la Comedia Francesa los días en que representase la señorita Contat.

Eso era una gran privación para mí, que coloco en primer término entre los placeres del espíritu el de ver representar bien la alta comedia. Por una extraña terquedad de la suerte, aquella mujer, de quien huía yo como de un recuerdo desgarrador, vino á vivir en una casa medianera con la mía: era en un extremo de París, en la calle de La Rochefoucauld, barrio muy poblado hoy, pero entonces desiertísimo.

La estancia en prisiones produce avidez del aire libre; y la señorita Contat había elegido aquella habitación rodeada por un gran jardín, como propia para reemplazar, en rigor, á una casa de campo.

Una tapia muy baja separaba este jardín del mío. Por las ventanas de mi cuarto veíanse los arriates, el césped, la alameda por donde habitualmente paseaba la señorita Contat. Cuando lo permitía el tiempo, paseábame á lo largo de la pared que separaba nuestras calles de tilos, y escuchaba con delicia los acentos de aquella voz que hacía palpitar mi corazón; pues el tiempo obra de extraña manera sobre el dolor, y el recuerdo que hoy nos mata truécase más tarde en una triste y dulce voluptuosidad del alma.

No podría pintar lo que experimentaba yo al encontrar en un ser extraño á mí por completo las miradas, los ademanes, las inflexio-

nes á las cuales tenía por costumbre obedecer, la graciosa sonrisa que me recompensaba de todo. Con aquel parecido, exaltábase á veces hasta la locura mi imaginación. Permanecía horas enteras contemplando aquel hermoso rostro, siguiendo con la vista todos los movimientos de aquella mujer que me producía el efecto de una resurrección.

Era imposible que tal preocupación pasara inadvertida. La señorita Contat quiso saber el nombre de esa joven vecina que se pasaba mirándola todo el tiempo que estaba en el jardín.

—La conozco mucho—le respondió el vizconde de Ségur.

E hizo un retrato mío, favorecidísimo por su galantería proverbial. A sus ojos tenía yo el mérito de haberle recibido en un tiempo en que sus faldones en ala de pichón y sus ínfulas aristocráticas eran tan comprometedoras para sus amigos como para él mismo. Pero me gustan las gentes de valor, y érame grato ver el de arrostrar las iras del *descamisadismo*, conservando el vestir propio del antiguo régimen; me hubiera dado vergüenza tener miedo á lo que tan poco le asustaba. Este sentimiento me valió su coquetona amistad, porque en el señor de Ségur mezclábase á todo el coquetismo. Por más que hiciese la edad, tratábala como á la Revolución; y no sacrificaba por ella ninguno de sus hábitos.

Al salir de casa de la señorita Contat, vino á verme y me repitió la conversación que con ella había tenido á propósito de mí. Entonces, temiendo pasar por una vecina curiosa é importuna, le confesé la causa de mis contemplaciones, añadiendo que la señorita Contat no tendría por qué quejarse más de ellas.

—¡Pero, si no se queja lo más mínimo del mundo!—dijo el vizconde.—Antes al contrario, la encanta el gusto que tiene V. en mirarla. Pero, ¿por qué no se da V. ese gusto más á sus anchas? Están Vds. aquí como en una aldea, y en el campo siempre se intima con los vecinos.

—No me atrevo; además, ya sabe V. que he venido á vivir aquí en el retiro.

—Pues bien, hace V. mal; la señorita Contat recibe en este momento á todo lo què queda de la mejor sociedad de París; y dicho sea sin ofender á V., en su salón no se está expuesto á encontrar los talentos jacobinos que se hallan á menudo en el de V.

—¡Ah! ¿Jacobinos? Se engaña V.; son talentos nacidos durante la Revolución y que se aprovechan de las nuevas ideas.

—Para mí, es todo uno; odio igualmente á los que la han hecho y á los que la aprovechan.

Esto se refería á Talma, quien acababa de casarse con la chispeante Julia, aquella á la cual amaba todavía el vizconde de Ségur.

Pocos días después volvió el señor Vigée, íntimo de la señorita Contat, á proponerme de su parte que oyese la lectura que debía dar en presencia de ella uno de nuestros amigos comunes. Tratábase de *El mérito de las mujeres,* composición en verso en la cual había relatado Legouvé, con una sensibilidad conmovedora, parte de los rasgos de heroísmo y de generosidad de que tantas pruebas dieron las mujeres durante el Terror; había elegido los más célebres, pues tomos enteros no hubieran bastado para narrar los hechos sublimes que honraron entonces á las mujeres de todas las categorías. Aquella abnegación sin aparato ni esperanza, aquellas heroínas de que cada mujer podía ofrecer un modelo no son conocidas, por su misma multiplicidad. En Francia hay tal horror á lo común, que nadie quiere hablar de lo sublime en cuanto se ve por todas partes.

Algunas veces pregúntase uno cómo aquellas mujeres tan grandes, tan animosas y de tamaña abnegación descendieron tan pronto á todas las miserias de las almas pequeñas. Consiste en que las mujeres sólo tienen un defecto, la vanidad, el cual neutraliza todas sus virtudes; y habiendo la hoz revolucionaria nivelado todas las categorías sociales, destruido todas las pretensiones y adormecido el amor propio de todos, las mujeres de estos tiempos ya no se someten sino á los impulsos de su generoso corazón.

Al siguiente día recibí una de esas cartas que sólo la señorita Contat sabía escribir, en que la invitación más apremiante iba envuelta en hechiceras lisonjas, todo ello expresado con palabras sencillas, ligeras y picantes, en fin, con toda la gracia de una conversación ingeniosa. Este talento de tener chispa hasta en las cosas más insignificantes, hizo que la llamaran la *reina de la esquela.*

II

Al entrar en el salón de la señorita Contat estaba yo muy emocionada, pues temía perder algo de la ilusión que me impulsaba á quererla tanto. Era la primera persona de su clase á quien veía yo tan de cerca, y acometíame el temor de que su tono no correspondiese á la ele-

gancia de su talento. Pero sus modales distinguidos, su afectuosa cortesía, no me dejaron mucho tiempo con ese temor; en aquel salón, nada recordaba á la actriz, ni los invitados, ni la señora de la casa. Uno de los sofás estaba ocupado por la marquesa de J. y la señora Des... En otro estaban sentadas las señora Soulés, mujer del recaudador general de Rouen, y la célebre señora Lebrun. Junto á ellas encontrábanse las señoras de Beaufort, Legouvé y una joven de una belleza arrebatadora, la cual ganaba tanto con ser vista de cerca, que costaba trabajo reconocerla. En aquella época, era la única mujer del Teatro Francés admitida en casa de la señorita Contat; y todos cuantos de entonces acá han admirado la púdica gracia y el tono tan naturalmente distinguido de la señorita Mars, hallarán muy motivada aquella preferencia exclusiva.

En hombres, estaban las personas más escogidas de la buena sociedad, y ni uno solo de los grandes personajes de circunstancia. Salvo algunos jóvenes autores, la tertulia componíase de personas más ó menos perjudicadas por la Revolución y que esperaban olvidarla y anularla quizá, abandonando la política para entregarse como en otro tiempo á los encantos de la conversación ligera.

El conde Luis de Narbonne, el marqués de Jaucourt, el vizconde de Ségur, el marqués de Girardín, el marqués de Gontaut Saint-Blancar, los señores Vigée, Desprez y de Parny, representaban allí el ingenio, el regocijo, la galantería del antiguo régimen; y jóvenes de talento discutían allí acerca de las novedades dramáticas y literarias que aparecían diariamente. Porque, preciso es confesarlo, hoy no tenemos más que la caducidad del romanticismo: la época que vió nacer á *Atala*, *René*, *Pinto*, *Eduardo en Escocia* y *Cristóbal Colón*, ¿no es la cuna del poema romántico y del drama histórico? Las innovaciones de que hoy se tiene tanto orgullo, ¿han superado á la creación de Atala, del padre Aubry, y de aquel amor tan castamente incestuoso, que obtiene la conmiseración de los corazones más puros y ha hecho llorar tanto por la suerte de René?

Las más hermosas páginas de nuestros modernos prosistas, ¿son más elocuentes, más ricas en ideas y en melancolía que los fragmentos de Corina y las imprecaciones de Velleda? El adulterio dramático, tan reivindicado por nuestros días, ¿ha producido más efecto que en *La madre culpable*, en *Misantropía y arrepentimiento?* ¡Ah! Si se contaran los sollozos, ¡cuánto excederían los obtenidos por estas dos obras.

sobre el rendimiento en *lágrimas* de nuestros dramas adulterinos!

Presumiendo con verdad que todos los hombres que estaban en casa de la señorita Contat merecerían ser conocidos, rogué al señor de Ségur que me nombrase los más notables.

—Ese hombrecillo de los ojos bajos y de modesta actitud, que se esconde siempre en un ángulo del salón para que vayan á buscarle allí... es Collin d'Harville — dijo el señor de Ségur.—El triunfo que debe y que ha proporcionado á la señorita Contat, en su *Viejo célibe,* es lo único que podía decidirle á venir esta noche ; vive lejos del mundo, donde no produce efecto ; su pretensión es la dulzura, su ambición la modestia. Es la violeta del Instituto ; pero sus enemigos corren la voz de que esa violeta vive á la greña con toda su familia.

—¿Qué importa? No por eso ha dejado de hacer *El Inconstante, Los Castillos en el aire,* y ese papel de la señora Evrard, que parece un olvido de Molière.

—Admiro mucho todo eso—prosiguió el vizconde—pero aún más su soberbio odio contra el setembrista Fabre d'Eglantine, quien tenía más talento que él. ¡No había imaginado ese pícaro reemplazar el nombre de los santos en el calendario por nombres de hortalizas! He buscado el que ocupó el puesto de mi patrón, y resultó que me llamaba *Repollo.*

Me reí de esta salida, á la cual daba bastante carácter cómico lo rizado del vizconde ; luego le pregunté quién era un señor gordo y empolvado que hablaba con Collin d'Harville.

—Es Desfaucherets, autor de *El Matrimonio secreto,* á quien la señorita Contat creía buenamente deber un triunfo, obtenido en realidad por su hechicero modo de representar su papel. Aunque ya es muy viejo, tiene puestas ella sus esperanzas en el talento de él ; pero se equivoca. Su *Matrimonio secreto* parece ser la historia de su vida, y hasta una historia bastante mal escrita.

—Siempre es un mérito saber aprovecharse del más hermoso talento de su siglo.

—Sin duda : el árbol que no puede madurar en plena libertad, debe recurrir á la espaldera. He aquí uno que crecerá por sí sólo—añadió, mostrándome un hombre joven cuyo rostro expresivo prometía todo cuanto después ha cumplido.

—Le conozco, es el autor de *Agamemnón;* uno de sus amigos lo llevó á mi palco mientras el público le aplaudía y le llamaba con grandes gritos después de la primera representación de su tragedia. La manera

que tuvo de responder á las felicitaciones de que se le colmó, me han hecho formar una elevada idea de su ingenio. ¡Es tan raro ver el autor á quien se aplaude, tan exento de una presunción ridícula como de una hipócrita modestia!

—¡Ah!—replicó él.—Nada arriesga V. en creerle con todo el ingenio posible, porque sus mismas obras nunca tendrán tanto como él tiene.

Luego, después de haberme enseñado quién era el señor de Parny, *el amante de Eleonora*, el señor de Ségur me hizo saber que el sobrino del poeta erótico, prendado desde algunos años ha de la señorita Contat, dícese que acababa de casarse con ésta; pero que no haría público ese matrimonio hasta el momento en que ella abandonase el teatro.

Ese mutuo cariño no extrañaba á nadie; porque, á pesar de sus cuarenta años y de su obesidad, la señorita Contat aún era seductora, y el joven Parny unía al más hermoso rostro la más elegante gracia francesa; pero lo que duplicaba sus méritos es el poco caso que de ellos hacía. Jamás he visto en hombre alguno una hermosura más agradable y mejor perdonada.

—He aquí mi joven cómplice—continuó el señor de Ségur, señalando á Manuel Dupaty;—hemos hecho juntos *La Opera cómica*, esa piececita en un acto, puesta en música en la casa de campo de V. por *Della María*. Este querido Manuel es el más amable colaborador del mundo; en primer término, porque hace las tres cuartas partes de la obra; además, porque la siembra de lindas canciones y frases chispeantes; y después, porque dice unas cosas tan bonitas á las enamoradas y á las grandes coquetas, que éstas representan sus papeles con un celo muy particular. Siento mucho no haberle dado un lugar en mi *Coche amarillo* (1), pues no hubiera volcado con tanta fuerza. ¿Sabe V. la vejación que los republicanos de la puerta me hicieron sufrir ayer á la salida de Feydeau? Los tunantes se pusieron á gritar á voz en cuello.

—*¡El coche amarillo del señor de Ségur!*

Y sólo Dios sabe las risas por entre las cuales tuve que atravesar hasta que llegué á mi coche.

—¡Se va á caer de nuevo!—decían unos.

—¡Qué! ¿Se levantará en seguida otra vez?—decían otros.

Por fortuna, reíame yo más que nadie; y mi regocijo desconcertó sus burlas.

En efecto, nada igualaba á la franca alegría con que el vizconde de Ségur se sacrificaba por un buen

(1) Título de una opereta cómica, recién caída á silbidos.

chiste. Tenía su parte de ridiculeces, como cada cual; pero las conocía, las mimaba, las quería y las hacía amar, porque eran divertidas.

Por ejemplo: aquella noche, la señorita Contat recurrió á él para distraer á sus invitados del aburrimiento de aguardar á Legouvé, quien, como de costumbre, llegaba siempre demasiado tarde. Esto no era en él descortesía, ni cálculo para producir efecto; callejeaba al tuntún, y nada más.

Eran los tiempos en que imperaba lo *antiguo*, como hoy el *rococo*; la moda, esta hada despótica que metamorfosea á su antojo cosas y personas, con un golpe de su varita de virtudes había convertido los salones en *atrium*, las butacas en sillas curules, las faldas en túnicas, los cubiletes en copas, los zapatos en coturnos y las guitarras en liras.

Acababan de regalar una de esas liras á la señorita Contat; pero ninguno de los aficionados á la guitarra allí presentes quería tañerla, porque aquel pindárico instrumento obligaba á tomar una actitud ridícula. El vizconde de Ségur fué el único que tuvo el valor de aceptar la lira de manos de la señorita Contat y de acompañarse cantando una canción nueva.

El vestir antigriego del cantor, su peinar con sortijillas rizas y empolvadas, sus maneras de antiguo corte, sus cincuenta años, su vocecilla y su pronunciación según la moda de los ex-elegantes de Versalles, aquella lira puesta al estilo de Fidias, todo eso presentaba la imágen de un Apolo tan grotesco, que no pude menos de echarme á reir á carcajadas.

Entonces no tenía yo aún esa caritativa hipocresía que sabe gozar en silencio de las ridiculeces; por otra parte, profesaba grandísima amistad al señor de Ségur, y es muy frecuente no andar en miramientos con las personas á quienes se quiere. Mi carcajada dió pie á las de todos cuantos las estaban reprimiendo; entonces, el vizconde quiso tomar parte en el efecto que producía, para lo cual adelantó la silla de modo que pudiera mirarse en un espejo; rióse más que nadie de su apostura olímpica, y después cantó con gracia una de las más lindas canciones de su hermano: todos le aplaudimos sinceramente, con tanto gusto como habíamos tenido momentos antes en burlarnos de él.

Por fin anunciaron á Legouvé; venía de la Comedia Francesa, donde se había detenido en interés á los comienzos de su discípula la señorita Duchesnois, quien hacía retumbar la sala á aplausos cada vez que representaba el papel de Fedra.

Dispuestos estaban el vaso de

agua con azúcar y la mesa; y los que charlaban en el dormitorio entraron en el salón para oir la lectura. Entonces reparé en Alejandro Duval y me extrañó su presencia, pues creíale incomodado para siempre con la señora de la casa.

—¡Qué niña es V.—me respondió el señor de Ségur con aire de lástima—al creer que dos personas que tienen mutua necesidad una de otra puedan reñir de veras! Cierto es que en el último ensayo del drama que se prepara en este momento en la Comedia Francesa ha habido una pequeña discusión entre el autor y la actriz; que la señorita Contat, no pudiendo obtener de Duval el cambio que exigía en una escena, le ha tirado bonitamente á la cabeza el cuaderno de su papel; que después de haberlo recogido y tomado el manuscrito de manos del apuntador, salió Duval afirmando que la obra no se representaría sino en tanto que no se hiciese en ella cambio alguno. Es verdad que todos estos rumores corren por el teatro, sin saberse quién podrá más, la voluntad de la mujer ó la del bretón; pero como la obra promete un gran triunfo á la actriz, y la actriz no lo promete menor á la obra, de ahí el que su interés común no podía por menos de aproximarlos bien pronto.

Esta misma obra fué la que, por los aplausos del duque de Choiseul y los elogios del conde de Ségur, se hizo sospechosa para el primer cónsul y valió al autor una orden de destierro, que no hubo más remedio que acatar.

Idéntica suerte amenazaba á la misma hora á Manuel Dupaty. Hacía ensayar en la Opera Cómica una una obrita titulada *La antecámara*. De seguro que el autor no preveía que dos cortesanos de las Tullerías de entonces tuviesen la suma humildad de reconocer en *Picaros* y *Diego* y en la turba de criados que los engañan, á los candidatos de la naciente corte que muy pronto había de contar con reyes entre sus personajes.

Los innovadores son suspicaces; y el que pensaba ingertar una corte á lo Luis XIV en una tropa de soldados republicanos debía temer, con razón, ver entregados á la befa pública los burlescos ensayos de sus nuevos señores.

En aquella piececita tan alegre y que aún encantaría á los espectadores si hubiera en la Opera Cómica quien pudiese recordar el canto y la acción de Martín, porque Ponchard aún es un Diego perfecto, el lacayo disfrazado se pavoneaba ante un valiente de pega, de haber permanecido varios años en el *servicio*. Este equívoco inocentísimo fué denunciado al primer cónsul como un in-

sulto hecho al ejército; y en seguida el señor Dupaty fué preso por los gendarmes, metido en una silla de posta y llevado á Brest para encerrarle allí en un pontón, especie de calabozo acuático donde el aburrimiento, la mala alimentación y los miasmas pestilenciales no permiten envejecer á los presos.

Estos ejemplos, unidos á otras desgracias que los precedieron ó siguieron, sólo prueban que, con los gobiernos demasiado fuertes ó débiles en demasía, el ingenio y el talento son tratados igualmente como enemigos; lo cual, en concepto nuestro, vale mucho más que no ser ni protegido ni perseguido, porque el odio estimula y la indiferencia paraliza.

III

A los primeros acentos de la voz grave y sonora de Legouvé, cesaron todas las conversaciones. Al oir el título de *El Mérito de las mujeres,* los galancetes del salón soltaron algunas insulseces á guisa de prefacio, los picaruelos sonriéronse como quien dice «no me disgustaría conocerlo», y el señor de Ségur me dijo en voz baja riéndose:

—*¿El mérito de las mujeres?* ¡Ah, tanto mejor! No será largo.

En efecto, á nadie le pareció largo; los versos acerca de las hermanas de la caridad y sobre el heroísmo de la señora de Sombreuil hicieron derramar sinceras lágrimas. Con igual entusiasmo se aplaudieron los sentimientos y el talento del autor. Las pobres que se libraron del martirio general estaban aún tan llenas de horror por los verdugos, de lástima por las víctimas y de admiración por tantas nobles abnegaciones de mujer, que todos los pechos sintiéronse vivamente conmovidos con estos versos:

«En todas partes el Terror mandaba,
No había corazón, no había amigo;
Y el Francés por doquiera semejaba
Ser sólo del Francés el enemigo.
Todo el mundo á morir corría ansioso,
Mas nadie se aprestaba á la defensa.
Ellas no más, con ánimo ingenioso
Y rebosantes de ternura inmensa,
Para apartar con sus benditas manos
La espantosa amenaza de la muerte,
La cólera feroz de los tiranos
Supieron arrostrar con pecho fuerte», etc., etc.

Al escuchar estos versos bastante medianos (1), cada una de nosotras sentíase orgullosa, pues todas, cuál más, cuál menos, habíamos dado muestras de valor. Fijábanse los ojos en la señora Lebrun, á quien sus amigos habían expulsado, digámoslo así, de Francia en el momento en que iba á

(1) En francés aún son peores, que es cuanto decirse puede.—(N. DEL T.)

pagar con su vida el honor de haber dotado á nuestra historia con el más hermoso retrato de la reina mártir. Se recordaba la gratitud animosa que no había cesado de manifestar por sus augustos protectores; y aquella fidelidad de sentimientos, que había de resistir hasta las seducciones del Imperio, realzaba aún la admiración que su talento inspiraba. Jamás hubo mujer más espléndidamente dotada por el cielo. La señora Lebrun era, á la vez, hermosa y bonita, brillante y sencilla, ingeniosa y buena. Pintor del pensamiento tanto como del rostro, puso en sus retratos una verdad y un encanto de expresión que desafían á lo ideal; poeta en su talento, en su conversación y hasta en su modo de vestir, se le ha perdonado el ser original, porque nunca ha tenido pretensiones de serlo. Aquel día, el rostro de la señora Lebrun tenía todo el brillo de la juventud; y, sin embargo, sus triunfos databan de mucho antes de la Revolución. Pero era tan feliz al encontrarse en Francia en medio de las personas de ingenio y talento de que se complacía en rodearse, que los ojos la brillaban de gozo; y aquella expresión tan animada, su tez tan fresca, sus rubios cabellos tan admirables, engañaban acerca de su edad, porque tenía todo cuanto se apetece en una mujer joven.

Su hermano, el señor Vigée, hombre de chispa, era el autor de *La entrevista,* piececita fácilmente versificada, en que la señorita Contat y Molé representaban con tal perfección que creía uno ser testigo de una verdadera discordia doméstica. Este buen éxito por necesidad había de exaltar la gratitud del señor Vigée; por eso, su admiración por la señorita Contat le ha inspirado varias lindas composiciones en verso. Un tinte de pedantismo adquirido en el profesorado de los ateneos perjudicaba mucho al ingenio ligero y gracioso de Vigée, y daba á las lindas monadas que decía una pompa ridícula, por lo cual colmábanle de epigramas. Lebrun-Pindare le llamaba *Figé.* Arnault pretendía que explicaba lecciones en el vientre de su madre; y la misma señorita Contat le embromaba á menudo acerca de su solemne futilidad. Entonces se picaba, y reíanse aún más; lo cual no era obstáculo para que fuese bueno, ingenioso y afecto de corazón á todos los jóvenes talentudos de quienes se tenía por maestro.

Legouvé era de este número. No sólo le había animado, sino que le había hecho aplaudir; á consecuencia de los elogios y la recomendación de Vigée, decidióse la Comedia Francesa á representar *La muerte de Abel.* Ya se comprende cuán-

tos obstáculos habían de suscitar contra la obra del joven trágico la antigüedad del asunto y la novedad de los trajes; pero si el celo del amigo sirvió poderosamente á Legouvé en aquella ocasión, la pedantería del profesor le ha perjudicado en otras muchas. En el talento de Legouvé había pujos de esa libertad dramática, cuyo mismo abuso ha probado su necesidad; pero las tímidas audacias del joven autor eran reprimidas en el acto por el profesor rutinario. De los consejos de Vigée resultaba que Caín, trazado con arreglo á la Biblia, hablaba como el Orestes de Voltaire, Abel como Zaira, y la sencillez feroz del primer crimen del mundo desaparecía con el culto lenguaje del criminal y de la víctima. El autor veía mejor, y prueba de ello algunas hermosas escenas en que su talento arrostra la rutina y la férula de su amigo.

Había oído yo hablar mucho del conde Luis de Narbonne, de su antiguo amor á la señorita Contat, y sin haberle visto nunca, le hubiera conocido en seguida. Tenía tanto gusto y tanta gracia en los cumplimientos que dirigió á Legouvé, y tanta coquetería en lo que dijo acerca de *El mérito de las mujeres,* que adiviné en él al hombre más habituado á agradarlas. La amistad que conservaba con la señorita Contat hacía el elogio de ambos. ¡Es tan raro amar mucho y largo tiempo á quien se ha amado con exceso! Y luego, un hombre de moda que continúa siendo amigo de aquella que siente amor por otro, todo esto despertaba la idea de que el señor de Narbonne podía ser aún más que *amable;* lo cual ha probado suficientemente, si no mientras ha sido ministro, á lo menos por un gran número de actos nobles y animosos. A la cabeza de estos últimos debe ponerse la carta que escribió á la Convención nacional para justificar á Luis XVI, como se le acusaba, de haber descuidado los medios de poner el reino en estado de defensa. Sin embargo, este paso no bastó para lavar al señor de Narbonne á los ojos de los suyos del delito de haber abrazado el partido popular. A esta animosidad aristocrática debió el emperador un cortesano modelo, un embajador más activo que afortunado, y uno de sus más valientes ayudantes de campo.

El odio que excita la rivalidad entre dos *agradables* sobrevive con mucho al agrado y á los triunfos que lo han hecho nacer. Por eso el vizconde de Ségur, á la vez que hacía justicia al mérito del señor de Narbonne, tenía mucho cuidado en hacer resaltar sus desaciertos. Vituperábale, sobre todo, la complacencia con que se dejó acompañar

por la señora de Staël cuando, como ministro de la Guerra, fué á visitar todas las plazas fuertes de nuestras fronteras. A propósito de este viaje, el vizconde de Ségur me dijo una salida encantadora del barón de Staël, que vale por todas las de su mujer, y además tiene la ventaja de ser única y poco conocida.

Poco tiempo después de salir del ministerio, el señor de Narbonne, que no lo había aprovechado para rehacer su fortuna, vióse perseguido con encarnizamiento por sus acreedores. Un amigo indiscreto hace saber á la señora de Staël que el señor de Narbonne será reducido á prisión aquel mismo día si no puede conseguir al instante la cantidad de treinta mil francos. Entonces, dejándose llevar de un arranque de amistad apasionada, la señora de Staël se presenta á su marido, le pinta la horrible situación del conde Luis y le pregunta si no habrá algún medio de salvarle.

—¡Ah! Me llenas de gozo—exclama el señor de Staël.

Luego, sacando de una cartera la suma que debe asegurar la libertad del señor de Narbonne, se la entrega á su mujer y añade con tono conmovido:

—¡Figúrate mi satisfacción! ¡Yo que le creía tu amante!

Anunciaron que la cena estaba servida. El señor de Parny me ofreció la mano para pasar al comedor, y se colocó como dueño de la casa, de modo que no quedase ninguna duda acerca de su matrimonio con la señorita Contat.

Apenas nos habíamos sentado á la mesa, servida con esmero y elegancia, cuando anunciaron un mensaje de la Comedia Francesa.

La señorita Contat, muy contrariada al ver que la recordaban así el fastidio de su profesión en el momento en que lo olvidaba con tanto gusto, hizo responder que era demasiado tarde para ocuparse de asuntos de teatro, y que volviesen á la mañana siguiente.

—Pero, señora—replicó el criado—es el mismo señor Florence quien viene en nombre del comité para una cosa importantísima; no quiere irse sin hablar con la señora.

—Pues bien—dijo la señorita Contat con bastante mal humor—que le hagan pasar á mi gabinete y dentro de un rato me reuniré con él.

—¡Ah! Hágale V. entrar—exclamó la señora de J.;—permítanos ver á Florence como embajador; nunca lo hemos visto sino de confidente.

—Tiene V. razón; en eso es menos malo—dijo la señorita Contat—y les costaría á Vds. trabajo creer que el más mediano actor de la Comedia sea su mejor director. Tiene

una voluntad sorda y enmascarada, á la cual se obedece sin saber por qué. Sin embargo, tengo la presunción de arrostrar audazmente su voluntad en cuanto me contraría.

—No sé lo que viene á solicitar de ella—me dijo en voz baja Vigée—pero apuesto ciento contra uno á que lo obtendrá.

Llamado con aclamaciones por todos los convidados, apareció Florence y saludó á todo el mundo con ese aire humilde habitual en los confidentes y solicitantes. Reinó gran silencio, como cuando se presentaba á hacer un solemne anuncio en el teatro; en efecto, la situación era casi la misma, pues venía á noticiar que una repentina indisposición de su camarada Talma impediría la representación de *Manlius*, anunciada para el día siguiente, y en su apuro la *Comedia* suplicaba á la señorita Contat que se dignase representar *El misántropo* ó *Las falsas confidencias*, añadiendo con habilidad que sólo ella podía indemnizar al público y al cajero de la representación que la enfermedad de Talma hacía suspender.

La más rotunda negativa respondió á aquella verdad lisonjera; cualquier otro que no fuese Florence se habría desanimado por completo, pues no dejaba esperanza alguna la desdeñosa sonrisa y el tono imperativo que acompañaron á esta negativa. Sin embargo, insistió, abogó por los socios y por los abonos á palco por año, todo inútilmente. A este gorjeo de súplicas, respondió con impaciencia la señorita Contat:

—¡No quiero representar mañana; déjeme V. tranquila!

Como á un pobre importuno se le dice: ¡apártese, no llevo moneda suelta!

Después de haber agotado así en vanos ruegos su elocuencia de *semanero*, Florencio, que había permanecido en pie detrás de la silla de la señorita Contat, lo mismo que *Narciso* detrás de la de *Nerón*, dió luego algunos pasos como si fuese á retirarse, y acercándose de pronto después, dijo con acento de desesperación:

—En verdad, señora, que no tiene V. lástima de mí; ¿obligarme, á la hora que es, á ir á despertar á la señora Petit para rogarla que sustituya á V. mañana en *La madre culpable*, es una barbarie; porque también está enferma, y, sin embargo, representará el papel, estoy seguro de ello. ¡Es tan buena compañera!

Todo el talento del mundo no puede nada contra los achaques del amor propio, y me es imposible pintar el mágico efecto que en la señorita Contat produjo el nombre de la *señora Petit*, á propósito de

un papel en que esta última la sobrepujaba. Verdad es que era un drama, y siendo el tono de la alta comedia muy superior y muy opuesto al tono lacrimoso, no era extraño ver naufragar en él á la más perfecta Celimena que ha existido desde la que sirvió de modelo á Molière. Pero la perfección en el primer género no libra de las pretensiones de dominar también el segundo; y la señorita Contat no podía sufrir la idea de ver que un papel escrito para ella hiciese más efecto cuando lo representaba otra actriz que cuando ella misma se tomaba tanto trabajo por achicar hasta él su talento.

— Atención ahora — me dijo, riéndose, Vigée—comienza la escena.

En efecto, cambiando repentinamente de tono la señorita Contat, dijo con una especie de conmiseración:

—¡Qué es eso! Es más de media noche; ¿va V. á atormentar también á esa pobre mujer, para hacerla que mañana represente? ¡V. sí que no tiene lástima ninguna!

—Es verdad, cumplo con un penoso deber—repuso Florence—pero ¿qué vamos á hacerle?

—Pues bien, que suspendan las funciones por indisposición.

—Es imposible, señora; los romadizos han causado bastante daño este mes á las *partes*. No puede sacrificarse un solo ingreso.

—¡De veras! Al oir esto, cualquiera creería que de mí sola dependen la vida de los actores y la ruina de la Comedia Francesa. ¡Eso no tiene sentido común!

—Sin embargo, así es—replicó el semanero, con el aire satisfecho de un abogado que ve el buen éxito de su última treta; y disponiéndose á salir, añadió saludando á todo el mundo:

—Pero, señora, abuso demasiado de la paciencia de V.

El vizconde de Ségur, que fué de los primeros en advertir el cambio que el nombre de la señora Petit había producido en la determinación de la señorita Contat, vino en su ayuda vituperando con fingido calor su resistencia á los ruegos de la Comedia y á los deseos del público; adivinando la caritativa intención del señor de Ségur, unieron todos sus instancias á las lisonjas del regañón; y la señorita Contat, halagada al verse constreñida á hacer lo que deseaba, llamó á Florence para decirle:

—Puesto que todos se empeñan, mañana representaré *El misántropo* y *Las falsas confidencias*.

IV

Pocos años después, la señorita Contat alquiló el palacio de Ivry, próximo á París. La señora de Hautcourt, en otros tiempos propietaria del palacio, había hecho en él una bonita sala-teatro, que la señora de Parny quiso emplear en preparar los comienzos dramáticos de su hija.

Esta personita, de elegante talle, talento distinguido y excelentes modales, no era bastante linda para papeles de dama joven; tenía demasiado buen tono para los de doncella. Era fácil ver que no la habían educado para el teatro, y que á falta de la fortuna que tenía derecho á esperar, quería labrarse una con su talento. A pesar de la seguridad que debieran darle su memoria, su inteligencia y los consejos de su madre, era sumamente tímida; y para animarla y acostumbrarla un poco á la escena, fué por lo que la señora de Parny tuvo la idea de hacer que se estrenase en el teatrito de Ivry, ante un público de amigos indulgentes.

Señalóse para la representación el día de la fiesta onomástica de Luisa Contat. Como era natural, se eligió la obra maestra de Molière, y los mayores talentos de la Comedia se ofrecieron á secundar el comienzo de la joven Amalric. Mas, por un cálculo muy bien entendido, su madre quiso mezclar aficionados ingeniosos con profesores tan imponentes, y distribuyó los papeles de manera que cada cual se estrenase en el suyo. Esto era desorientar á las notabilidades de la compañía, y asegurar á la joven principiante una señalada ventaja sobre los talentos de sociedad encargados de los principales papeles.

El autor de *El seductor enamorado,* de *Mi tía Aurora* y otras varias obras llenas de chispa y regocijo, el señor de Longchamps fué elegido para representar *Tartufe.* La señorita Contat, imaginándose que el hombre que mejor leía la comedia habría de representarla lo mismo, confió el papel de Cléantis al señor de Chazet. He aquí cómo se repartieron los demás:

Sra. Pernelle.	Srta. Contat.
Elmira.....	Srta. Mars.
Dorina.....	Amalric Contat.
Orgon.....	Fleury.
Valerio.....	Armand.
Damis.....	Sr. de Ha...
Mariana.....	Srta. Fleury, hija del actor.
Sr. Loyal.....	Dazincourt.
Flipote.....	Emilia Contat.

Apenas fué conocido este proyecto de espectáculo, la señora Parny recibió de todas partes pedidos de invitación. Pero no las envió sino á personas de su conocimiento, por

miedo de intimidar á la joven Dorina.

La señorita Mars, tan adorable en los papeles de dama joven, aún no se había presentado en aquellos donde la señorita Contat se había hecho aplaudir siempre. Pasar de pronto de Victorina á Elmira, era dar un gran paso; y la perfección tímida de la señorita Mars hubiese quizá vacilado mucho tiempo en apoderarse del cetro de la alta comedia, si la señorita Contat no hubiese empleado tanta gracia como empeño en enseñarla cómo se reina sobre un público ilustrado.

Nada demuestra mejor la superioridad de alma de la señorita Contat como su tesón en desarrollar en la señorita Mars el talento que había de destronar al suyo. Y no es porque la señorita Contat, como todos los grandes poderes, no estuviese en guardia contra el presunto heredero; pero aquí su corazón vencía á todos los intereses de su amor propio. No sólo quería á la señorita Mars por sí misma, sino también por amor á su hija, quien adoraba á la hechicera dama joven. Porque la señora de Parny era buena madre, buena hija, buena hermana; y todas esas virtudes patriarcales tienen mucho más mérito en la actriz, á quien tantos triunfos y goces pueden distraerla de sus deberes de familia.

El ejemplo y los preceptos dramáticos de la señorita Contat, unidos á la exquisita naturaleza de la señorita Mars, tenían que producir el talento que aún logra justos aplausos de nuestros hijos, después de haberlos recibido de nosotros. Sin embargo, excepto en la pureza de dicción y en aquella correcta pronunciación del buen francés, cuya tradición se pierde de día en día, los talentos de las señoritas Contat y Mars no presentan semejanza alguna. La primera tenía más numen, la segunda tiene mejor gusto; la señorita Contat imperaba en la escena; su coquetismo imperioso, su picante alegría, la vivacidad de su ingenio, la autoridad de sus modales hacíanla ser una perfecta Celimena; en efecto, aquella era la señora de su casa, jovial y burlona, que pasa revista á todas las ridiculeces de sus amigos para impacientar al hombre que la quiere. Afirmaba Molé que, cuando en la escena del cuarto acto volvíase ella diciendo *¡Eso no me gusta á mí!*, era tal la ilusión, que él se quedaba yerto ante aquella potente voluntad, ante aquella profunda conciencia del imperio de una mujer, pérfida ó no, sobre un hombre apasionado.

La mirada que acompañaba á esta frase, ó más bien á esta sentencia de Celimena, justificaba por sí sola la debilidad de Alcestes. Esa

mirada despótica, ardiente de cólera y de amor, explicaba la fascinación que atrae á un alma franca bajo las garras de la coqueta; era preciso adorarla, obedecerla, creerla; infidelidades, mentiras, vituperios, perfidia, ¡había que pasar por todo, primero que perderla! Dominado por aquella fuerza invencible, Molé tartajeaba naturalmente los primeros versos de la réplica, lo cual producía un efecto superior á todos los que el arte solo puede engendrar.

Afírmase que ese gran actor debía su talento, tan lleno de calor y de alma, al amor que le había inspirado la seductora *Susana* cuando él representaba el *conde Almaviva*. Este amor, del cual pensó volverse loco, no era bien escuchado sino en las tablas; y se conciben todos sus esfuerzos por hacerle tan elocuente y tan atractivo como le era posible.

Para el talento de un autor es una gran fortuna la crueldad de la mujer obligada á oir cada noche en público sus confesiones y juramentos de amor, y hasta fingir corresponderlos. Vuélvese entonces la voz más rica en inflexiones persuasivas; desaparece el actor tras del amante, y la simpatía que nace de la verdad obra muy pronto en el ánimo de todos los espectadores. Quizá la indiferencia de la gran coqueta sea una condición indispensable para este efecto simpático, porque el amor ambicioso hace más milagros que el amor satisfecho.

Pero si la señorita Contat no ha tenido reemplazo en los papeles de Celimena y de Susana, ha sido superada con mucho por la señorita Mars en la noble reserva de Elmira y en la deliciosa imprudencia de la Silvia de los *Juegos de amor y de azar*.

Nunca han triunfado mejor de una situación escabrosa el buen gusto y las maneras naturalmente púdicas de la actriz. Jamás fué más patente lo odioso del carácter de Tartufe, puesto que ningún paso atrevido, ninguna mirada incentiva alentaron sus dichos corruptores; aquella mujer hermosa y honesta no mereció nunca el insulto de tal declaración, y nos movemos á lástima al ver el tormento que la impone la incredulidad de su marido. La casta turbación de *Elmira* comprime el picaresco regocijo del patio, tan bien provocado por las temerarias palabras de Tartufe y por la posición ridícula de Orgon. ¿Quien sería tan bárbaro que se riese del suplicio de aquélla? He aquí lo que la naturaleza y el talento de la señorita Mars le hacen fácil de pintar. Admirándola en este papel, ¡cuántas veces he pensado en el placer que hubiera sentido Molière al ver comprendidas

así sus intenciones más nobles y delicadas! Porque si él creó á *Elmira,* sólo nosotros la hemos visto.

Complacíame en referir una parte de la superioridad de la señorita Mars en este papel á las lecciones de la señorita Contat; y al felicitarla por ello, me respondió:

—V. me halaga; á lo sumo, la he enseñado á echar los codos un poco menos atrás y abandonar sus actitudes de jovencilla por las de una mujer de mundo; su inteligencia ha hecho todo lo demás. Le digo á V. que es un *diamante,* no engarzado aún como le corresponde, pero bien pronto lo verá V. con todo su esplendor.

Y el nombre de *diamante* se le ha quedado á la señorita Mars. ¡Por qué no podrá decir ella otro tanto de alguna de sus discípulas!

El día de la fiesta debía preceder al espectáculo un gran banquete; y todos los convidados estaban ya reunidos en el salón, cuando se presentó la señora de Parny para excusarse por haberlos hecho aguardar. Nos dijo que, obligada á dirigirse por la mañana á París para apadrinar con el señor de Chazet á un niño en la pila de bautismo, no había podido estar dispuesta para recibirles.

Al decir esto, fijáronse sus ojos en una rica canastilla de raso azul, llena de guantes, abanicos, cintas, flores artificiales, en fin, de todas esas chucherías ruinosas que un padrino generoso regala á su comadre. Habiendo preguntado la señora de Parny de dónde procedía esa canastilla, la respondieron que era el obsequio de su joven compadre. Entonces, dirigiéndose al señor de Chazet, dijo:

—Amigo mío, debía V. haberme prevenido acerca de esto, y hubiese pedido versos al señor Récamier.

El señor Récamier era el millonario del día; y Chazet, cuya familia todo lo perdió con la Revolución, no era más que un joven autor conocido por obras chispeantes y bonitos versos.

Aunque muy concurrido el banquete, fué muy ameno; la señora de Parny tenía el arte de generalizar la conversación, provocando el ingenio de cada uno sobre el mismo asunto; su voz, sus dichos agudos, tenían la virtud de deshacer todas las conversaciones particulares; sin advertirlo, todos los que mantenían diálogos íntimos dejaban de hablar para escucharla; y cuando había logrado concentrar la atención general en el ingenio de uno solo ó de varios de sus *proveedores de conversación,* dejaba que éstos se las compusieran como pudiesen, segura de que el placer de verse escuchados les daría medios de ser divertidos.

Uno de los más fuertes en esto era

un hombre destinado á obtener tres triunfos, los más diversos y ruidosos de su época. Ya se comprenderá que me refiero al autor de *La Vestal*, de *Sila* y de *El ermitaño de la Calzada de Antin*. Pues bien; su talento y su suerte en estas obras tan aplaudidas eran superados aún por su jocosidad ingeniosa, por la arrebatadora locura de su conversación. Particularmente en las discusiones literarias con su amigo el señor de Longchamps es donde su apasionada sinrazón le suministraba más frases cómicas y exageraciones fantásticas; y luego, cuando su cólera tan elocuente, inofensiva y regocijada, conseguía provocar estallidos de risa en todo el mundo, reíase también él de sí mismo y desconcertaba las burlas con su ingenio para replicarlas.

A los postres hubo canciones inocentemente alegres, en que todos los poetas amigos celebraban á Luisa sin insulseces. Al dejar la mesa, pasamos á la sala de billar para ver jugar una partida á Fleury, que era de segunda fuerza en este juego; pero, sin embargo, del gusto que tenía en hacer admirar su habilidad, la señora de Parny le recordó que se le esperaba en el teatro, y bien pronto vinieron á advertirnos que iba á comenzar el espectáculo.

Como la señorita Contat había permanecido casi hasta aquel momento haciendo los honores de su salón, creyóse que se habría limitado al papel de directora; y no es posible describir el efecto que produjo su salida á la escena, cuando se reconocieron sus hermosos ojos y aquel rostro aún tan fresco bajo las tocas de negro encaje de la señora Pernelle.

Antes de haberla visto en ese papel, no me figuraba yo el partido que de él puede sacarse. En efecto, era el fanatismo doméstico con todo su frenesí y su terquedad, era la mujer vieja y que habiendo sido demasiado bonita para su sosiego, quería rescatar sus pecados con las penitencias de su familia entera. Pronunció sus primeras sentencias con un tono tan imperioso, era tan marcado el despotismo de la fe, que el carácter de Orgon se explicaba naturalmente por la sumisión ciega y estúpida en que le había educado su madre.

Aquel ejemplo nos probó hasta qué punto es inconveniente entregar á *segundas partes* los papeles secundarios de las grandes obras, pues de su carácter bien definido se derivan la verdad del carácter principal y los hechos que resultan como consecuencia de sus manías ó de sus faltas.

Fleury estuvo excelente en Orgon, y necesitábase mucho talento para comunicar á su expresiva mi-

rada y á su voz tan insinuante, el aire de la credulidad y el tono de la hombría de bien.

Su hija pareció candorosa y linda en Mariana.

Amalric Contat dió pruebas de un talento bien educado, que no debía decaer ni sobresalir.

El señor Longchamps representó como un distinguido aficionado. Pero su amigo Chazet, aturdido al ver su juventud ahogada bajo una peluca de razonador y una vestimenta de padre noble, dió á su papel un carácter tan grande de tristeza, que la señorita Contat entre bastidores y yo en la sala nos reímos de él ambas, de una manera escandalosa. El autor chispeante vengó enseguida al actor intimado; y después de habernos reído de Cléantis, aplaudimos á rabiar la piececita de Chazet *El ramo improvisado,* proberbio de circunstancias que siguió á *Tartufe.*

El mayor interés de aquella velada, que quedará entre nuestros fastos dramáticos, fué el estreno de la señorita Mars en el empleo donde ha recogido desde entonces tantas coronas. Su hermosura, que no llamaba lo suficiente la atención con el traje tan sencillo de las damas jóvenes, pareció deslumbradora con el vestido de raso y la elegante toca de plumas blancas de Elmira.

En el teatro, la nobleza de las facciones y la gracia del rostro no bastan para producir un efecto *arrebatador* (como hoy se dice), sino que además necesítase que un tocado brillante y de buen gusto haga resaltar su esplendor. La uniformidad paraliza la admiración del vulgo y no da pie para nada en las conversaciones; por tanto, es preciso que una actriz halague á la inconstancia humana variando de vestidos y adornos; es ser dos veces bella el serlo bajo un aspecto nuevo, y la señorita Mars pudo convencerse de esto cuando representó el papel de Benjamín en el *José* del señor Baour-Lormian. Durante tres días no se habló más que de la túnica judía y el turbante árabe que la hermoseaban. Y no es que estuviera mejor con este traje que de ordinario, sino que estaba de otra manera; y entusiasmada la concurrencia, prorrumpió en aplausos para darle gracias por estar tan bonita. Nuestro pequeño público hizo lo mismo; y en nuestro entusiasmo por la joven Elmira vi engendrarse la resolución que tomó la señorita Contat de no representar ya nunca ese papel, y ceder bien pronto el cetro de la comedia á quien acababa de enseñar ella á llevarlo.

Después de esta representación escénica, el salón de la señorita Contat repercutió en elogios, me-

recidos por tantos títulos, á los profesores principiantes y discípulos graduados de maestros que habían contribuido al buen éxito de aquélla. Hablóse del talento de accionar, que no siempre tienen los grandes actores; con este motivo, la señorita Contat citó las atenciones que con ella tuvo en otro tiempo la señora Préville, diciéndonos:

—Estaba yo en actitud muy cortada; mi excelente memoria y mi atención en asimilarme las inflexiones que Préville hacía pasar por boca de su mujer para enseñármelas, me hacían fácil el diálogo; pero, no sabiendo qué hacer de mis brazos, incurrí en el defecto de los aficionados que multiplican sus ademanes, creyendo animar con eso su dicción, defecto que desluce en el mayor grado un papel. Para corregírmelo, la señora Préville me fijó los brazos colgando á cada lado como los de una momia, ordenándome que ensayará así sin moverlos. No me fué difícil en tanto que sólo tuve que hablar en verso; mas en cuanto la acción se hizo más viva y el diálogo más animado, mis brazos se movieron involuntariamente.

—¡Bravo!—exclamó entonces la señora Préville.—He ahí un ademán excelente, gracioso, vivo, natural. Hija mía, recuerde V. bien que en el teatro, lo mismo que en un salón, no hay buenos ademanes, sino los que no pueden menos de hacerse, y los demás hay que prohibírselos siempre á sí mismo.

Traigo á cuento esta lección porque me parece útil para los profesores, y, sobre todo, para los aficionados á representar.

La señorita Contat consideraba á Dugazon, el cómico, como el primer profesor del Teatro Francés. Sobresalía, más que nada, en formar buenos discípulos trágicos, y hasta tal punto poseía la tradición del famoso Le Kain, que la señorita Contat no podía oirle decir la entrada de *Tancredo* sin conmoverse hasta el punto de llorar (¡tanto la recordaba á ese gran trágico!); y eso, á pesar de la grotesca figura de Dugazon, de su voz cascada y de sus actitudes de payaso. Como nos confesase ella haber recibido de él un buen consejo acerca del papel de Susana, dijo Chazet:

—No podrá ser mejor que el que le dió V. últimamente.

Y nos refirió que, habiéndose impacientado el público durante un largo entreacto, Dugazon, que estaba de semana, hizo levantar el telón y salió á decir que no se podía comenzar *El matrimonio secreto* por el motivo de que la señorita Contat era la única que aún no estaba dispuesta. Al oir eso, alborotóse á silbidos la cazuela; comienza la fun-

ción, y se apacigua. Aparece la señora de Volmar, y se oyen de nuevo silbidos; sorprendida por un recibimiento tan extraordinario, la señorita Contat pregunta la causa de él, y se la dicen al instante.

Entonces, redoblando su gracia y su talento, obliga á la cazuela á aplaudirla con tanto frenesí como severidad tuvo en castigarla. Luego entra triunfalmente entre bastidores, y dice riéndose al antiguo terrorista:.

—Pero, señor Dugazon, ¿aún continúa V. denunciando?

«Al oir esta frase—añadió Chazet—daba lástima el pobre delator.»

Esta lección me recuerda otra dada también por la señorita Contat á un literato, quien, sabedor de su compasión por la desgracia, habíase dirigido á ella para que le socorriese en su triste situación. Al regreso de Inglaterra le habían detenido como emigrado y estaba en la cárcel de Amiens, falto de todo, excepto de agua y pan. La señorita Contat le envió al momento cincuenta luises en oro, lo cual (dada la depreciación de los asignados) era una cantidad importante. Dos meses después, un amigo de la señorita Contat la dijo:

—El Sr.... está libre; acabo de encontrarle.

—Es imposible.

—¿Cómo imposible?

—No está en París, le digo á V.

—Pero, señora, si acabo de hablar con él.

—Pura visión.

—Hasta me ha dicho que se hallaba aquí desde hace más de quince días.

—Nunca lo creeré.

A la postre, no comprendiendo nada de aquella tenaz incredulidad y no pudiendo conseguir de la señorita Contat su explicación, el amigo fué á pedírsela al mismo Sr.... Este le respondió que, sin duda, ella le guardaba tirria por no haber ido aún á visitarla; pero, en vez de reparar esta torpeza, sacó de su caja una talega con mil doscientos francos, escribió en la etiqueta «*Para la señorita Contat*» é hizo que se la llevase un criado.

Ofendida con este envío, que ni aun siquiera iba acompañado de una esquela ni de una tarjeta de visita, la señorita Contat escribió en el reverso de la etiqueta: «*Para los presos de Amiens*», y devolvió la talega por medio del portador.

Pocos años después de retirarse de la escena, la señora de Parny fué atacada por la misma enfermedad que me dejó sin madre; aquella conformidad en las facciones, en la voz y en la agonía me ha llamado tanto la atención, que desde entonces nunca he visto morir á alguien

sin temblar por la persona que se le parezca; y esta triste observación, ó más bien este presentimiento, nunca se ha desmentido.

El doctor Corvisart era el único que merecía confianza á la señora de Parny, pero estaba gotoso y ya no visitaba más que al emperador. La señora de Parny, después de haberle consultado varias veces, volvió un día en busca de la nota acerca del régimen que debía seguir. Corvisart había deseado entenderse con el doctor Hallé sobre los remedios que debieran intentarse, ya que no para salvarla, á lo menos para prolongar la vida de la enferma.

Aún estaba Corvisart en la cama cuando llegó la señora de Parny. Hiciéronla pasar al gabinete del doctor, y tomó asiento junto á la mesa donde éste acostumbraba á escribir; en dicha mesa había una carta empezada, y en ella veíase escrito varias veces en la página el nombre de la señora de Parny. No puede resistir el deseo de saber lo que Corvisart dice acerca de su estado al señor Hallé; y sus ojos se fijan en un párrafo que la condena á morir dentro de cuatro meses, y detalla los medios de suavizar los atroces sufrimientos de un cáncer imposible de curar por el estado de la sangre de la enferma.

En el momento en que aquella lectura acababa de cubrir con una palidez mortal la fisonomía de la señora de Parny, entró Corvisart; su mirada de águila trató enseguida de saber si la enferma había leído su sentencia. Pero la hechicera sonrisa de la señora de Parny, su ánimo de librar á su amigo del dolor de haberla entregado á todos los horrores de una muerte próxima, engañaron el miedo del doctor; no sospechó éste que la generosidad pudiese dar tanta fuerza. Pretextando lo necesario de que tuviera calientes los pies, obligó á la enferma á que se aproximara á la chimenea y arrojó al descuido su pañuelo sobre la comenzada carta. La señora de Parny contempló con húmedos ojos esos cuidados inútiles. Luego, llevándose la receta de una poción calmante que, según él dijo, había de proporcionarla una *buena noche,* dejó al doctor satisfecho de las engañosas esperanzas que habíala prodigado.

Aquella misma noche estaba su salón lleno de gente, y se notó que nunca había hablado con mayor encanto y con más libertad de espíritu. Nunca había parecido gozar hasta tal punto con las agudas jocosidades de sus amigos. ¡Ay! Hubiesen podido adivinar el horrible secreto que devoraba su alma, al verla esa noche dirigir á sus hijos una mirada compasiva y besar al

más joven con mayor frecuencia que de costumbre.

Tres meses después, aquel mismo salón estaba lleno de personas de las más distinguidas; pero el duelo había reemplazado á la alegría, y esas personas de sociedad de tan buena conversación, esos grandes artistas, esos oficiales cubiertos ya de gloria, esos autores ilustres no formaban sino un cortejo fúnebre. Era el último deber, el último homenaje que iban á tributar al corazón, al ingenio, al talento de la célebre actriz.

Sofía Gay.

CUENTO HISTÓRICO

(RECUERDOS DE UNA NOCHE DE VERANO)

El otro día, una visita matinal á la exposición del concurso de pintura para el premio de Roma despertó en mi alma reminiscencias ha mucho tiempo dormidas.

Los recuerdos, como ha dicho Jorge Sand, se parecen á los presidiarios que duermen amarrados á la misma cadena; basta despertar á uno de ellos para que toda la cuerda se estremezca y se ponga en pie.

A principios de Julio de 1866 había sido yo invitado para comer en Versalles en una casa amiga y hospitalaria, en que los artistas y los poetas eran cordialmente recibidos. «No deje V. de venir, me escribía la amabilísima señora de la casa; se encontrará V. rodeado de amigos entusiastas por la poesía, y además preparo á Vds., para postre, una sorpresa.»

Estaba yo seguro de que no me engañaban. A las seis encontrábame, por consiguiente, en Versalles, en una de las calles más tranquilas del barrio de San Luis, en el dintel de una casa blanca y agradable, casi rodeada por un jardín de árboles corpulentos y de rosales trepadores. La mayoría de los convidados había llegado ya; todos eran poetas y jóvenes todos. De ellos conocía yo á varios de nombre por haber leído versos suyos.

Uno de ellos, V..., pequeño de estatura, de color pálido, de aire un poco sombrío, de sonrisa algo sardónica y de mirar atravesado, era el más intransigente de los *impasibles;* para él sería un soneto intachable aquel en que se hiciesen entrar el mayor número posible de frases ingeniosas y epítetos extravagantes, sin sombra de emoción ni aun de idea.

Como yo me permitiese objetar

que tal poética produciría obras frías como el hielo, miróme él muy gravemente y me respondió con el tono solemne de un sacerdote egipcio: «Caballero, el mármol también es frío.»

Otro, Enrique C..., de mirada extática, de sonrisa delicada, muy ingenuo y muy entusiasta, nos recitó con entonación infantil versos que respiraban melancolía.

La señora de la casa, con sonrisa indulgente, escuchaba aquella poesía fúnebre sin dejar su tarea de adornar con flores la mesa que habían puesto en el jardín bajo los árboles; alrededor de ella estábamos sentados ya cuando apareció impetuosamente el último convidado. Recibiósele con cariñosos apretones de manos y me lo presentaron: «El Sr. Regnault (Enrique).» Desde el primer instante me impresionó favorablemente aquella individualidad enérgica, generosa, leal y honrada; en su cabeza altiva, de frente espaciosa coronada por un bosque de cabellos rizados naturalmente, en sus ojos investigadores, profundos y brillantes, en su voz bien timbrada, en una palabra, en todas y en cada una de las circunstancias de su persona había juventud y se advertía vigor.

Enrique Regnault llegaba de la escuela de *Bellas Artes*, donde trabajaba para las oposiciones hacía algunas semanas, y estaba sobreexcitado por la fiebre de la ejecución. Comiendo nos contó sus dudas y sus preocupaciones, con esa expansión y esa facilidad de palabra que caracterizaban su naturaleza comunicativa; habíase puesto con ardor á la tarea, pero la inspiración no venía; disgustábale la figura de *Thetis;* la encontraba vulgar, y no habiendo ya sino dos semanas para cerrarse el concurso, se desalentaba y lo consideraba todo perdido. Sin embargo, la juventud salía á la superficie de aquel desaliento mismo, y hacía alegremente los honores á la suculenta comida de nuestra *anfitriona.*

El vino de Borgoña había desatado las lenguas; las discusiones sobre el arte y la poesía habíanse reanudado con más animación, cuando un ruido de faldas de seda rozando con los arriates hízome volver la cabeza. Era la sorpresa anunciada para postres.

Vi adelantarse en el marco verde del bosque á una joven de diez y ocho años, quizá menos, de regular estatura, admirablemente formada, blanca, rubia y con ojos y pestañas negras. Ostentaba aquella hermosa aparición una frente ancha é inteligente, boca pequeña, rasgos enérgicos y puros, y un paso de diosa. En mis cuadernos de aquella época he visto versos escritos en

honra suya (todos se los escribimos entonces, porque todos nos enamoramos de ella de pronto); en aquellos versos había yo procurado reproducir fielmente la impresión causada en mi espíritu por aquella

«...Figura seductora,
De labio rojo y móvil, de pálida color,
De cabellos dorados, nariz encantadora,
Hermosos ojos negros, mirada abrasadora,
Boca de niño y frente de sabio pensador.»

La reconocí en seguida por haberme fijado en ella en los conciertos de Pasdeloup, donde aplaudía la joven con gran entusiasmo la sinfonía en *do menor* y el preludio de *Lohengrin*.

Mientras mis compañeros de mesa la saludaban y se apresuraban á rodearla, me refirió la señora de la casa, en pocas palabras, la historia de aquella interesante recién llegada.

Vivía en Versalles con su padre, un sabio viejo ya, que la había educado de una manera algo extravagante. Muy inteligente y de excepcionales aptitudes artísticas, solía componer melodías muy originales con letra que ella misma escribía. «Dentro de un rato la oirá V.—me dijo—y estoy segura de que ha de quedar V. encantado.»

Cuando hubimos tomado el café y fumado en el jardín, entramos todos en el salón y la joven se sentó al piano sin hacerse rogar.

Efectivamente, no habían sido exagerados los elogios de mi amiga. Por espacio de más de dos horas aquella hermosa joven nos tuvo hechizados con su extraña voz de contralto, ya sorda y casi enronquecida, ya extraordinariamente vibrante. Sus melodías tenían colorido muy singular; un ritmo arrogante, ora acariciador como el murmullo de agua corriente, ora áspero y violento como galope de potro bravío. Cantábalas la artista con aire inspirado, alzando la cabeza, ensanchando la nariz, con un fuego caprichoso semejante al que manifiestan las *gitanas* cuando ejecutan sus cantos peculiares. Recuerdo, sobre todo, una melodía que denominaba su autora *Canto del camellero*, en la que se repetían muy á menudo, á modo de estribillo, estos dos versos:

«Allí, donde el cielo arde,
Está la esfinge dormida.»

Cuando la artista atacaba este motivo de notas graves, parecíanos que nos transportaban á las regiones de Oriente. Experimentábamos todos la sensación del desierto infinito y abrasador donde los vigorosos perfiles de las palmeras se proyectan sobre un cielo de color de fuego, mientras que caen los camellos arrodillados y la voz del camellero se pierde en el silencio de la noche que llega.

Aplaudíamos con entusiasmo, con frenesí. Regnault especialmente hallábase como embriagado con esta música; sus ojos resplandecientes permanecían fijos en aquella artista hechicera, y en la exuberancia de su contentamiento no hacía más que gritar: «Es una diosa; es una Walkyria.» Cuando el piano cesó eran ya muy cerca de las doce; pero nos hallábamos todos en tal *tessitura* que no podíamos separarnos. Uno de nosotros, viendo el cielo prodigiosamente estrellado, propuso un paseo por los bosques de Satory, que se hallaban muy próximos á la casa; la proposición fué acogida con gritos de regocijo, y nuestros anfitriones, amables siempre, tuvieron la bondad de acompañarnos para no privarnos de aquella expedición y no dejar sin vigilancia alguna á la artista entre tantos literatos calaveras.

Cátanos ya saltando como locos por senderos de cabras hasta lo más espeso del bosque. La noche era templada, los rayos de la luna penetraban difícilmente á través del monte alto; los castaños en flor exhalaban sus embriagadores perfumes. De vez en cuando oíase una voz que cantaba ó bien se iniciaba una discusión sobre estética bajo el follaje oscuro. H. C..., con voz cavernosa, lanzaba imprecaciones líricas á los burgueses:

«Vivid, comed, dormid como animales,
Pero no profanéis nuestros caminos;
Son los poetas dueños inmortales
De lós rayos divinos.»

No respondo de que, en aquel momento, no pensase cada uno de nosotros ser un semidios por lo menos. Regnault, inquieto, nervioso, iba y venía de un grupo á otro grupo, hablaba de música, de poesía, de todo, y á lo mejor sumergíase en profundos silencios.

En un lindero del bosque vimos reaparecer las estrellas y comenzamos á hablar de astrología, y nuestra hechicera cantante propuso á Regnault decirle la buenaventura. Paréceme verla todavía, con la cabeza medio envuelta en un chal rojo, sosteniendo con gravedad la mano del pintor, que permanecía arrodillado, mientras el poeta V.... encendía un fósforo tras otro para que la adivina pudiese ver la línea de la vida y la línea de la fortuna.

Regresamos por la parte denominada de los Suizos, entrando en Versalles por las cercanías de la verja que da á la calle de l'Orangerie; los empleados del resguardo, examinando con ojos suspicaces aquella turba de paseantes trasnochadores, nos preguntaron si llevábamos algo que declarar:

—¡Llevamos poesía!—gritó uno de los más exaltados, y proseguimos nuestra marcha escandalizan-

do con carcajadas locas el dormido barrio.

Esto duró hasta el amanecer, y los primeros albores del día siguiente nos sorprendieron agrupados alrededor de V..., que recitaba en alta voz el monólogo de Hamlet.

¡Oh juventud, juventud! ¡Ah, hermosos tiempos de ilusiones siempre renovadas y de entusiasmos sin medida ni fundamento! Todos nosotros creíamos entonces que nos bastaría extender la mano para recoger la celebridad como fruta madura en los árboles de un camino. Con la cabeza llena de versos, de asuntos para dramas, de planes para poemas épicos, íbamos todos en busca de la gloria como fueron los Argonautas en busca del vellocino de oro. ¡Cuántos y cuántos han regresado con la cabeza baja, destrozados los pies y las manos vacías!

Pocas semanas después inaugurábase en la Escuela de Bellas Artes la exposición de los concursos al premio de Roma. Fuíme allí, y lo primero que llamó mi atención en el lienzo de Regnault fué la cabeza de Thetis, en la que reconocí la hermosa figura de nuestra artista de los bosques de Satory. Sí; aquellos eran los rasgos puros y altaneros, aquella era la actitud, el *incessu patuit dea* de la artista.

Al día siguiente de nuestro paseo á través de los bosques, el pintor había llegado casi febril ante su caballete, había cambiado casi del todo su cuadro, modificado la composición y reemplazado la Thetis vulgar é insignificante con aquella diosa llena de majestad y de juventud que se adelanta, levantando la cortina de la tienda, con la cabeza erguida y con una espesa cabellera de oro que cae sobre su espalda como abundante crin.

Regnault obtuvo el premio, y salió para Roma en 1867. Perdíle por entonces de vista, pero asistí siempre á sus rápidos y ruidosos éxitos en los salones en 1869 y 1870, y los aplaudí con toda mi alma. Debíamos, sin embargo, volver á encontrarnos otra vez en un bosque el día 19 de Enero de 1871 en Buzenval; pero esta vez, sin vernos, durante una noche sombría y helada de invierno, cuya oscuridad solía interrumpir el fuego de los fusiles, y cuyo silencio turbaban de vez en cuando el retumbar de los cañones.

¡Coincidencia extraña! Aquel siniestro bosque de Buzenval, donde Regnault, tendido en su lecho de hojarasca, expiraba herido por una bala prusiana, dista menos de dos leguas del monte alto de Satory, donde había yo escuchado al pintor lleno de juventud y de entusiasmo cantar al fulgor de las estrellas...

¡Ay! ¿Dónde son idas las glorias de ayer? ¿Qué ha sido de los

entusiastas compañeros míos en aquella poética noche de verano? Algunos de aquellos poetas del Parnaso que con más vehemencia declamaban contra el indiferentismo de los burgueses, son en la actualidad honrados y pacíficos padres de familia. La rubia música de Versalles, sin embargo, con una perseverancia, un tesón y una fuerza de voluntad nada comunes en los espíritus femeninos, ha proseguido su marcha en busca del vellocino de oro.

En el invierno próximo pasado y en el concierto de Pasdeloup, he oído una sinfonía heroica compuesta por nuestra adivina, que ha dado á conocer su nombre á un público numeroso é inteligente, y que ha sido muy aplaudida.

H. C. ha abandonado casi completamente la poesía por la medicina.

En cuanto á V..., que nos declamaba el monólogo de Hamlet—después de haberlo ensayado todo: drama, política, novela—por una singular ironía del destino ha debido su éxito más envidiable á uno de esos trabajos fríos *embolados* de encargo, que ahora están en boga. El fué el que escribió el monólogo denominado *Bilboquet,* que es uno de los mayores triunfos de *Coquelin menor.*

ANDRÉS THEURIET.

LOS LADRONES Y EL ASNO

I

Conozco un excelente muchacho, Ninón, que te sería muy antipático, pues León, que así se llama, es adorador de Balzac y no puede sufrir á Jorge Sand. El libro de Michelet por poco le hace caer enfermo. Dice á todas horas que la mujer ha nacido esclava, y no pronuncia jamás la palabra *amor* y *pudor* sin sonreirse incredulamente. ¡Cómo os maltrata! He llegado á sospechar que se pasa toda la noche meditando en todo lo que os va á mortificar al día siguiente. No creas que es un hombre hastiado de la vida; sólo cuenta veinte años.

La fealdad le parece un crimen, hasta el punto de que unos ojos pequeños ó una boca demasiado grande le ponen fuera de sí. Pretende que como no hay flores feas en los prados, todas las niñas deben nacer igualmente bellas, y cuando la casualidad coloca á su paso algún rostro repulsivo, maldice durante cinco ó seis días á todo aquel ser de cabellos escasos, pie grande, grosera mano. Cuando, por el contrario, la mujer es linda, sonríe maliciosamente y deja ver en su obstinado silencio un cúmulo de malos pensamientos.

Ninguna de vosotras halla en él piedad: rubias y morenas, jóvenes y viejas, gruesas ó deformes, á todas las envuelve en el mismo anatema. Y mira tú qué cosa tan extraña; en su sonrisa se ve impresa la ternura, su voz es dulce y acariciadora.

León vive en pleno Barrio Latino.

Aquí, Ninón, me encuentro muy perplejo y aún me dan tentaciones de callarme, maldiciendo la hora en que tuve el extraño capricho de comenzar este relato. Tus oídos curiosos nunca se han abierto al escándalo y no sé cómo introducirte

en un mundo donde no has posado nunca la planta de tus diminutos pies.

Ese mundo, alma mía, sería el paraíso si no fuera el infierno.

Abramos el libro del poeta, veamos el canto de los veinte años. Mira esa ventana colocada al Mediodía, esa buhardilla llena de flores y luz, tan alta, que muchas veces hasta se oye hablar á los ángeles. Como hacen los pájaros que escogen la rama más elevada para esconder sus nidos de las miradas de los hombres, los enamorados construyeron el suyo en el último piso. Así reciben la primera caricia de la mañana, el último adiós del sol.

De qué viven, ¡quién lo sabe! Tal vez de besos y sonrisas. Tanto se aman, que no se cuidan del alimento que les falta; tienen poco pan, y ese se lo echan á los gorriones. Al abrir su despensa vacía se ríen de su pobreza.

Datan sus amores de la época de las primeras violetas, de un día que se encontraron en el campo y se vieron por vez primera, aunque ya de antiguo se conocían. Tomaron el mismo sendero para entrar en la ciudad. El radiante de alegría, ella como una linda prometida, llevando un ramito sobre su seno, subió los siete pisos de la vivienda del mancebo, y tan fatigada llegó, que no pudo volver á bajar.

¿Tendría fuerzas para ello al día siguiente? Lo ignoraba; pero, entre tanto, descansó recorriendo la buhardilla, regando las flores, cuidando un mobiliario que no existía. Sentóse después á coser mientras el joven trabajaba, con las sillas tan próximas, que poco á poco y para mayor comodidad acabaron por sentarse ambos en una misma. Llegó la noche y aumentó su pereza.

¡Ah! ¡Cómo miente el poeta, Ninón, y qué seductora es su mentira! ¡Qué no llegue nunca á hombre el adolescente! ¡Que siga engañándonos cuando no pueda engañarse! Vino del paraíso para relatarnos cuentos de amor, y encontró allá arriba á Museta y Mimí, dos santas á quienes se esforzó por traer hasta nosotros. Pero en cuanto rozaron la tierra con sus alas, tornaron á su patria envueltas en el mismo rayo que las traía. Hoy los corazones de veinte años las buscan y lloran por no poder hallarlas.

¿Será preciso que te mienta también, vida mía, pidiéndolas al cielo, ó te confiese que las he encontrado en el infierno? Si aquí al lado del hogar, en esa butaca donde te meces, me escuchara un amigo, ¿con qué valor levantaría el velo de oro con que el poeta ha cubierto sus indignos hombros? Pero tú me cerrarás la boca con tu manita, te enfadarás, llamando mentira á la ver-

dad desnuda. ¿Cómo podrás creer en los enamorados de nuestra edad que beben en las fuentes cuando la sed les devora en la calle? ¡Cuál no sería tu cólera si me atreviera á decirte que tus hermanas las jóvenes amantes arrojan de su cuerpo los encajes que las cubren y sueltan sus despeinados cabellos! Tú vives sonriente y serena en el nido que he construido para ti, é ignoras cómo camina el mundo; carezco de valor para confesarte que las flores encierran veneno y que los corazones que hoy laten mañana morirán.

No tapes con tus manitas tus oídos, amada mía; no tendrás de qué sonrojarte.

II

León vive en pleno Barrio Latino, y su amistad es buscada por todas partes, gracias á la franqueza impresa en su rostro, que le proporciona un amigo en cada transeunte.

Las mujeres, no atreviéndose á perdonarle el odio que les manifiesta, rabian de ira por no poder confesar que le adoran al par que le detestan.

Antes de los hechos que voy á referirte, nunca le conocí una amante; alardeaba de aburrido y hablaba de los placeres mundanos como lo hubiera hecho un trapense á haber podido romper su largo mutismo. Gustábale comer bien, le horrorizaba el vino malo, usaba finísimas camisas de holanda y vestía con exquisita elegancia.

Deteníase á contemplar las vírgenes de la escuela italiana con singular arrobamiento, y las buenas esculturas causábanle largos éxtasis. Por lo demás, León llevaba la vida de un estudiante, trabajando lo menos posible, paseándose al sol, no desperdiciando ningún diván que hallase al paso para tumbarse y declamar sus más punzantes injurias contra las mujeres, hasta cerrar los ojos para saborear el placer inaudito de alguna visión imaginaria después de tanto maldecir lo real.

Una mañana de Mayo le encontré con todo el aspecto de un hombre aburrido, sin saber qué hacer, corriendo en busca de aventuras. Las calles estaban enfangadas y lo imprevisto no se presentaba ante el paseante más que bajo la forma de alguna manga de agua. Tuve lástima de él, y le propuse un paseo por el campo para ver brotar las primeras florecillas.

Durante una hora me vi precisado á sufrir largos discursos de filofía para probarme lo efímero de nuestras alegrías, mientras dejába-

mos atrás las casas y se veían en los dinteles de las puertas algunos sucios chiquillos revueltos en el suelo con grandes perros. Ya en plena campiña, León se detuvo bruscamente delante de un grupo de niños que jugaban al sol y acarició al más pequeño, confesándome que le encantaban los cabellos rubios.

Ya sabes que siempre me han gustado esos estrechos senderos ocultos entre hileras de arbustos, por donde las carretas no pueden pasar ni destrozar su terreno, en donde los rayos del sol penetran dulcificados á través de las ramas, cuyo suelo cubierto de fino césped es tan cómodo como el terciopelo de mullida alfombra. Por ellos se anda entre el misterio y el silencio, y cuando dos enamorados se pierden en sus revueltas, los espinos de los lados obligan á la amante á oprimirse contra el pecho de su adorado. Nos internamos en uno de esos senderos ocultos en que los besos sólo son escuchados por las currucas, y allí, la primera sonrisa primaveral dió fin á la misantropía de mi filósofo compañero, haciéndole sentir tiernas emociones á la vista de cada gota de rocío.

El estrecho camino parecía interminable; las hayas se elevaban cada vez más frondosas, y aquella especie de aprisionamiento é ignorancia del sitio donde nos hallábamos aumentó nuestra alegría.

Poco á poco la senda se estrechó obligándonos á marchar uno detrás de otro, y los espinos formaban caprichosas revueltas que transformaban el camino en laberinto.

Entonces, en lo más espeso del sendero escuchamos un ruido de voces, y al cabo de unos instantes tres personajes surgieron de la sombra. Dos hombres jóvenes marchaban delante apartando las ramas con sus manos; una mujer les seguía.

Me detuve y saludé; el joven que venía delante me imitó, y ambos nos miramos frente á frente. La situación era delicada, puesto que los espinos y zarzas nos rodeaban más espesos que nunca, y ninguno de nosotros parecía estar dispuesto á retroceder. Entonces León, que estaba detrás de mí empinándose sobre las puntas de los pies, divisó á la joven, y sin pronunciar palabra se introdujo audazmente por entre las punzantes ramas, que desgarraron sus vestidos é hicieron brotar algunas gotas de sangre de su mano. Al ver su arrojo le imité.

Los hombres pasaron dándonos gracias, y la joven, para recompensar á León su sacrificio, se detuvo indecisa y le contempló un segundo, fijando en él sus hermosos ojos; fué la primera vez que no vi

impresa en los labios de mi amigo su maliciosa sonrisa.

No bien hubo desaparecido, salí de entre las zarzas, dando la galantería á todos los diablos, pues una espina me había herido el cuello, y mi sombrero, enredado entre las ramas, me hizo trabajar mucho para sacarle de allí. León puso en orden su desarreglado traje, y como vió mi saludo á la bella desconocida me preguntó si la conocía.

—Ya lo creo—le respondí—se llama Antonieta, y ha sido mi vecina durante tres meses.

Volvimos á reanudar nuestro paseo; él callado, yo hablando de la joven.

Era una muchachita muy fresca, muy mona, de mirada medio burlona medio cariñosa, de gestos decididos, de bello é incitante aspecto; en una palabra, una linda muchacha que se distinguía de sus compañeras por una franqueza y una lealtad raras en el mundo en que vivía. Se juzgaba á sí misma sin vanidad y sin modestia, diciendo simplemente que había nacido para amar, para burlarse de una multitud de fórmulas sociales y vivir á su antojo.

Durante tres largos meses de invierno la vi, pobre y aislada, vivir de su trabajo sin hacer alarde de ello, sin pronunciar la palabra *virtud,* sola y exclusivamente porque aquel había sido su capricho del momento. Mientras manejó la aguja no la conocí ningún amante; era un buen camarada para los amigos que la visitaban; les tendía su mano y reía con ellos, pero les cerraba su puerta á la primer amenaza de un beso. Confieso que intenté hacerla la corte, mas un día que la llevaba una sortija y unos pendientes de oro:

—¡Ay, amigo mío!—me dijo—guarde V. esas alhajas; cuando yo me entrego, lo hago sólo por una flor.

Cuando amaba, volvíase perezosa é indolente, los encajes y la seda reemplazaban al percal, borraba cuidadosamente de sus manos las picaduras de la aguja, y de obrera se transformaba en gran señora.

Aun en sus mismos amores guardaba su libertad de griseta; el hombre á quien amaba lo sabía pronto, tan pronto como cuando dejaba de concederle su amor. No era, sin embargo, una de esas bellas caprichosas que cambian de amante á la menor ocasión; poseía un juicio claro y un gran corazón. Pero la pobre chica se engañaba muy á menudo, y al ver colocadas sus manos sobre otras indignas, las retiraba llena de fastidio. Así es que estaba cansada de aquel Barrio Latino en que todos los jóvenes parecíamos viejos.

A cada nuevo naufragio su rostro se enternecía; decía rudas verdades á los hombres, se quejaba de no poder vivir sin amar, y por último se encerraba en su casa como en un claustro hasta que su corazón volvía á romper sus rejas.

Yo la había visto el día anterior á nuestro encuentro, y vi impreso en su rostro un gran pesar producido por un amante que acababa de abandonarla poseyendo aún su amor.

—Ya sé—me dijo—que ocho días más tarde le hubiera dejado yo misma, porque es un mal hombre; pero aún recibía sus caricias con gusto: son por lo menos treinta besos perdidos.

Añadió que desde aquella ruptura la perseguían dos enamorados, asediándola con sus ramos, pero que les había dicho: « Amigos míos, no amo á ninguno de los dos, y seríais muy locos en disputaros mis sonrisas. Sed buenos amigos y continuaremos siendo tres buenos compañeros, pero á la primer disputa os abandono.»

Los pobres muchachos se dieron un apretón de manos de la peor gana del mundo; eran sin duda los que acabábamos de encontrar.

Tal era Antonieta, pobre corazón amante, perdido en un país de libertinos; dulce y encantadora muchacha que arrojaba las migajas de sus ternuras á todos los gorriones ladrones del camino.

Di á León aquellos detalles, que escuchó sin mostrar interés, sin provocar mis confidencias. Al terminar me dijo:

—Esa chica es demasiado franca; no me gusta esa manera de comprender el amor.

Y al cabo, después de tantos esfuerzos, se pintó en sus labios su maliciosa sonrisa.

III

Al fin salimos de entre las zarzas y los espinos. El Sena corría á nuestros pies, y á la otra orilla un pueblecillo bañaba sus pies en la corriente. Nos hallábamos en país conocido; mil veces habíamos paseado por los islotes que interrumpían á trechos la corriente.

Después de un descanso bajo una encina, León me declaró que se moría de hambre y de sed, precisamente cuando iba á confesarle que me moría de sed y de hambre. Celebramos consejo, y la decisión fué tan unánime, que nos levantamos para dirigirnos al pueblo y procurarnos allí una gran cesta repleta de provisiones, platos y botellas,

para ganar luego los tres (la cesta y nosotros) la orilla opuesta.

Veinte minutos después sólo nos faltaba encontrar una lancha. León marchaba delante pidiéndosela á cada pescador; pero todas se hallaban en el río, y ya iba á proponer á mi compañero comer en cualquier sitio, cuando nos indicaron un hombre que podría servirnos.

El pescador habitaba en el extremo del pueblo una choza construida en el esquinazo de dos calles, y he aquí que al dar la vuelta á aquel ángulo topamos de nuevo con Antonieta, seguida de sus dos pretendientes. El uno, como yo, inclinado bajo el peso de una enorme cesta; el otro, como León, con el aire preocupado de un hombre que busca un objeto sin hallarle. Miré piadosamente al pobre diablo que tanto sudaba, al mismo tiempo que León pareció darme las gracias con la vista por haber aceptado un fardo de tanto volumen, cosa que hizo reir algo malignamente á la muchacha.

Se hallaba el barquero en el dintel de su puerta fumando. Desde hacia cincuenta años había visto miles de parejas venir á alquilarle sus remos para buscar el desierto, y profesaba gran simpatía á aquellas enamoradas rubias, que al partir con coquetones atavíos regresaban un poco ajadas y con sus adornos en el mayor desorden.

El buen hombre se acercó á nosotros al ver las cestas.

—Señores—dijo—sólo tengo una lancha; los que tengan más hambre pueden comer bajo aquellos árboles.

Aquella frase era bien imprudente, puesto que nadie se atreve delante de una mujer á confesar que tiene hambre.

Guardamos silencio, indecisos, sin atrevernos á rehusar la barca, hasta que Antonieta, siempre burlona, tuvo piedad de nosotros y dijo dirigiéndose á León:

—Estos caballeros nos han cedido el paso esta mañana, justo es que ahora se lo cedamos nosotros.

Miré á mi filósofo amigo, que dudoso y balbuciente no se atrevió á expresar su pensamiento, y cuando vió mis ojos fijos en él dijo con viveza:

—Señores, el sacrificio es inútil aquí, puesto que una sola lancha puede bastarnos; estos caballeros harán el favor de dejarnos en la primera isla y de recogernos á la vuelta. ¿Aceptan Vds. el trato?

Antonieta aceptó, y las cestas fueron cuidadosamente depositadas en el fondo de la barca. Me coloqué muy cerca de la mía, procurando estar lo más lejos posible de los remos, mientras Antonieta y León, no pudiendo sin duda hacer otro tanto, se sentaron juntos en el

asiento vacío. En cuanto á los dos pretendientes, luchando siempre en un pugilato de buen amor y galantería, cogieron los remos en fraternal acuerdo.

Ganaron la corriente, y allí, como quisieran dejar descender la barca río abajo, Antonieta pretendió que en la parte más alta del río las islas eran más desiertas y más sombrías. Miráronse los remeros desconcertados, hicieron virar en redondo á la lancha y empezaron á luchar penosamente contra la corriente, rápida en aquel sitio. Existe una tiranía pesada y dulce á la vez, y es la de un tirano de sonrosados labios, que puede en uno de sus caprichos pedir el mundo entero y pagarlo con un beso.

La joven, inclinándose, mojó su mano en el agua y la retiró chorreando para contar las perlas líquidas que se escapaban de sus dedos. León la miraba, hallándose violento por estar tan cerca de una enemiga. Dos veces le ví dispuesto á abrir los labios para decir alguna tontería, pero volvió á cerrarlos al ver mi sonrisa. Por lo demás, ni ella ni él pensaban en hacer gran caso de su vecino; hasta se volvían algo la espalda.

Antonieta, cansada de humedecer los vuelos de su manga, me habló de su último pesar, diciéndome que aunque se había consolado, permanecía triste porque en los días del estío no podía vivir sin amor. No sabía qué hacer mientras llegase el otoño.

—Busco un nido—añadió—pero le quiero de seda azul. Se debe amar más tiempo cuando los muebles, las alfombras y las colgaduras son del color del cielo. Pero busco en vano; ¡los hombres son tan malos!

Llegamos á una isla, y en el momento en que decía á los remeros que arrimasen á ella la barca para bajarnos, Antonieta se opuso, hallando la isla fea y sin sombra, declarando que no consentiría en abandonarnos en semejante lugar. León no se había movido de su asiento; volví á sentarme y continuamos remontando el río.

La joven, con una alegría de niña, empezó á describir el nido soñado: una habitación cuadrada, de techo elevado, cuyos muros tapizados de blanco lucieran lindas florecillas azules, unidas por cintas del mismo color; á los cuatro ángulos cuatro jardineras cubiertas de flores, y en medio un velador inundado también de ellas. Una marquesita pequeña para que cupiesen dos personas, pero muy juntitas. Nada de espejos que distrajeran la mirada en una coquetería egoísta; alfombras y cortinajes muy espesos para apagar el ruido de los besos. Flores, sofá,

alfombras y colgaduras habían de ser azules. Ella vestiría del mismo color, y no abriría los cristales de los balcones los días en que el cielo tuviese nubes.

Quise á mi vez adornar algo la habitación, hablando de chimenea, reloj, armario de luna.

—Pues yo encuentro ese armario ridículo: ¿me cree V. tan tonta que lleve hasta mi nido las míseras necesidades de la vida? Quisiera vivir libre, sin cuidados, no siempre, pero sí algunas horas cada día. Los hombres, aunque fueran ángeles, se cansarían hasta de Dios mismo; ya los conozco, y por eso yo seré quien tenga la llave del paraíso en mi bolsillo.

La segunda isla se destacaba ante nosotros; Antonieta palmoteó alegremente, exclamando que aquel era el más encantador desierto que un Robinsón de veinte años pudiera soñar. La orilla, algo elevada, estaba orlada de grandes árboles entre los cuales crecían los escaramujos y juncos. Un muro impenetrable se construía espontáneamente cada primavera; muro de hojas, de ramas, de musgos que crecían mirándose en el agua. Por fuera, un enrejado de enlazadas ramas, por dentro, lo desconocido. Aquel misterio, aquella cortina de verdura que oscilaba al soplo del viento sin descomponerse jamás, hacían del islote un encantador retiro que el pasajero poblaba en su imaginación de blancas ninfas acuáticas.

Remamos alrededor de aquel enorme ramo de hojas antes de hallar un puerto; parecía no querer por habitantes más que á los libres pájaros. Al fin hicimos pie en la maleza. Antonieta nos vió bajar.

Uno de los remeros, que sostenía la barca agarrado á una rama, se escurrió, y entonces la joven, sintiéndose arrastrada, tendió sus brazos, y asiéndose á su vez á una débil rama, se tambaleó y pidió socorro. Después, cuando los remeros amarraron la lancha, saltó sobre el césped y se reunió con nosotros, asombrada de su arrojo.

—No temáis, amigos—nos dijo—no quiero molestaros; si deseáis ir hacia el Norte... iremos hacia el Mediodía.

IV

Cogí la cesta y empecé á explorar el terreno para buscar un sitio donde la hierba estuviese menos húmeda. León me seguía, y á él Antonieta y sus pretendientes. Recorrimos toda la isla, y al volver al punto de partida me senté, decidido á no dar un paso más. Antonieta

dió unos cuantos, pareció indecisa y concluyó por colocarse frente á mí. Entonces León halló el sitio encantador y juró que no hallaríamos otro igual.

Sin saber cómo, las cestas se encontraron juntas, y las provisiones se mezclaron tan perfectamente cuando se extendieron sobre la hierba, que no pudimos reconocer cuáles eran las de cada grupo. Por espíritu de justicia partimos por igual los víveres.

Apresuráronse los dos enamorados á tomar sitio al lado de la bella, á adivinar sus más pequeños deseos, hasta el punto de que, cuando pedía una cosa, casi siempre obtenía dos. Comía Antonieta con gran apetito.

León, por el contrario, no probaba bocado y permanecía mudo, dirigiéndome una mirada burlona cada vez que Antonieta sonreía á sus compañeros. Como aceptaba finezas de ambos lados, alargaba las manos á derecha é izquierda con igual complacencia, dándoles gracias con dulce voz y haciéndome señas con los ojos, que yo no comprendí.

Decididamente la joven estaba aquel día muy coqueta. Medio oculta entre la hierba, podría comparársela por un poeta á una gran flor que tuviera el don de la mirada y la sonrisa. Ella, tan natural de ordinario, adoptaba movimientos provocadores, inflexiones mimosas en la voz, desconocidas para mí. Los pretendientes, confusos con tal proceder, se miraban con aire de triunfo. Yo, asombrado de aquella repentina coquetería, me preguntaba, sin perder de vista su maligna sonrisa, cuál de nosotros transformaba aquella sencilla muchacha en astuta cortesana.

Reíamos más que hablábamos.

León cambiaba de sitio á cada instante, sin encontrarse bien en ninguno. Había vuelto á adoptar su aire escéptico, y temiendo un discurso suyo, supliqué con la vista á nuestra compañera me perdonase por tener un amigo tan desagradable. Ella era transigente, y un filósofo de veinte años, por serio que fuese, no la desconcertaba.

—Caballero—dijo á León—está V. triste y nuestra alegría parece serle importuna; no me atrevo á seguir riéndome.

—¡Oh! No, señora—respondió; —si me callo es porque no sé, como esos caballeros, hallar palabras chistosas.

—Eso quiere decir que no es V. adulador. Entonces hable V., le escucho; me muero por oir verdades.

—A las mujeres no les gustan, señora. Además, cuando son jóvenes y bellas, ¿qué mentira puede decírselas que no sea verdad?

—Vamos, ya veo que es V. tan cortesano como los demás. Quiere V. avergonzarme. Cuando estamos ausentes, nos critican los hombres sin piedad; pero en cuanto cualquiera de nosotras aparece, no hallan Vds. saludos bastante profundos ni frases bastante tiernas. Eso se llama hipocresía; soy franca, y digo: los hombres son malos, no saben amar; vamos, sea V. también franco, ¿qué dice V. de las mujeres?

—¿Puedo hablar con libertad?

—Ya lo creo.

—¿No se enfadará V.?

—¡Quiá! No, me reiré.

León tomó actitudes de orador, y como yo ya conocía el discurso por haberle oído ya más de cien veces, me entretuve para soportarle en echar chinitas al Sena.

—Cuando Dios—exclamó—se apercibió de que faltaba un ser en la creación después de agotado todo el fango, no supo de dónde tomar la materia necesaria para reparar su olvido. Fuéle preciso dirigirse á las criaturas, y quitó un poco de carne á cada animal; de esas segregaciones hechas á la serpiente, al lobo y al buitre creó la mujer. Así, los sabios que tienen conocimiento de este hecho, omitido en la Biblia, no se asombran viendo á la mujer caprichosa, presa sin cesar de encontrados sentimientos, fiel imagen de los diversos elementos que la componen. Cada ser la ha dado un vicio, el cual esparcido por la creación se ha reunido en ella; de ahí sus caricias hipócritas, sus tradiciones, sus desenfrenos...

Mi amigo parecía recitar una lección; Antonieta aplaudía.

—Las mujeres—continuó el orador—nacen ligeras y coquetas, como nacen rubias ó morenas. Se entregan por egoísmo, sin cuidarse de escoger según el mérito, y basta que un hombre sea fatuo y posea la hermosura de los necios, para que se le disputen. Que sea sencillo y afectuoso, que se contente con ser hombre de talento, sin proclamarlo al son de una bocina, les importa poco, ni sospechan que existe. Siempre les son precisos los juguetes que brillan, trajes de seda, collares de oro, pedrerías, amantes perfumados y pretenciosos. En cuanto á los resortes de la divertida máquina, ignoran si funcionan bien ó mal; prescinden del alma. Se ocupan de los cabellos negros, los labios rojos, sin tener la menor curiosidad por los asuntos del corazón. Por eso se arrojan entre los brazos del primero que se presenta, confiando en su buena presencia; le aman porque les gusta, y les gusta porque sí. Llega un día en que aquel hombre las olvida, las maltrata, y entonces se hacen las

mártires, exclamando que los hombres sólo se ocupan en destrozar corazones. ¡Las muy locas no buscan nunca la flor del amor donde se cría!

Antonieta volvió á aplaudir. El discurso que yo conocía había terminado, pues León le pronunció todo seguido como teniendo prisa por llegar al final. Dicha la última frase, miró á la joven con notable interés; después añadió:

—No he tenido más que una verdadera amiga cuando yo tenía doce años y ella diez, y esa me hizo traición por un perro dogo que se dejaba atormentar por ella sin mostrar sus dientes jamás. Lloré mucho por tan cruel olvido, jurando no volver á amar, y he sido fiel á mi juramento, no esperando nada bueno de las mujeres. Si amara, sería celoso é impertinente, querría con pasión, me haría aborrecible, me engañarían y moriría de dolor.

Guardó silencio, y trató en vano de sonreir para ocultar algunas lágrimas detenidas entre sus párpados. Antonieta no se reía; habíale escuchado con profunda atención, y levantándose de su sitio sin dejar de mirar á León, colocó sobre su hombro una de sus manos, exclamando sencillamente:

—Es V. un niño.

V

Los últimos rayos del sol poniente se reflejaban en el río: las cestas fueron transportadas á la lancha, y nosotros, tendidos á placer sobre la hierba, esperábamos la aparición de las primeras estrellas para regresar, siguiendo la corriente, al fresco de la noche.

Antonieta y León, sentados bajo un espeso arbusto que extendía sobre sus cabezas las frondosas ramas, lloraban ó reían, hablando en voz baja que no llegaba hasta mí. Yo escogí una explanadita cubierta de fino césped, sobre la que me tendí, contemplando á la vez el cielo y la alfombra que se extendía bajo mis pies. Los dos pretendientes de la joven, apreciando sin duda el encanto de mi posición, vinieron á echarse el uno á mi izquierda y el otro á mi derecha.

Abusaban de su respectiva situación para hablarme simultáneamente.

El que estaba á mi izquierda me tocaba ligeramente en el brazo cuando veía que no prestaba atención á sus palabras.

—Con dificultad—me dijo—puede hallarse una mujer tan caprichosa como ésta, cuya cabeza gire

al menor soplo de aire. Para probarlo, basta decir á V. que cuando nos encontramos esta mañana íbamos á comer á dos leguas de aquí; pero apenas desaparecieron ustedes de nuestra vista, nos hizo volver pies atrás. ¡Es cosa de perder el juicio! Yo me muero por las cosas que tienen su razón de ser; pero esto...

El que estaba á mi derecha decía al propio tiempo, obligándome á escucharle también:

—Deseo desde esta mañana hablar á solas con V., porque tanto mi compañero como yo le debemos una satisfacción. Hemos notado su gran simpatía por Antonieta, y sentimos vivamente estorbarle en sus proyectos, y crea V. que á haber conocido su amor un poco antes, nos hubiéramos retirado para no causar el menor disgusto á un tan cumplido caballero; pero ya es tarde; hoy no nos sentimos con ánimos para consumar tal sacrificio. Además, quiero ser franco hasta el fin. Antonieta me ama. Le compadezco á V. y me pongo á su disposición.

Me apresuré á tranquilizarle; pero aun cuando le juré que no había sido ni sería nunca amante de Antonieta, no dejó de prodigarme los más tiernos consuelos. Le era muy dulce pensar que me había arrebatado mi querida.

El otro, picado por la atención que demostré á su compañero, se inclinó hacia mí para obligarme á hacerle caso, y me hizo la siguiente confidencia:

—Deseo ser franco con V.: Antonieta me ama, y crea V. que me inspiran lástima todos sus demás adoradores.

En aquel momento un ruido singular, que provenía del sitio en que León y Antonieta se ocultaban, llegó hasta nosotros. Ignoro si era un beso ó el grito de una tórtola asustada.

Mientras tanto mi vecino de la derecha sorprendió al de la izquierda diciéndome que Antonieta le amaba, y levantándose con aire amenazador, dirigióse hacia él con los puños levantados. Me evadí como pude y les dejé frente á frente.

Escogí un sitio admirable desde donde veía á Antonieta y á León, que seguían disputando, pero cada vez más cerca uno del otro. En cuanto á los pretendientes, se hallaban tan lejos de mí, que no podía escuchar su palabra, pero sí apreciar sus furiosos gestos. La joven les volvía la espalda.

—Se ha portado V. muy mal—decía el uno—pues hace dos ó tres días que ha debido retirarse. ¿Pues no ha notado V. que es á mí á quien prefiere Antonieta?

—En efecto—respondía el otro—no he sido listo para conocerlo; pero

V. ha tenido la necedad de creer dirigidas á su persona las sonrisas y miradas dedicadas á mí.

—Esté V. seguro, pobre amigo mío, de que Antonieta me ama.

—Convénzase V., desdichado, de que Antonieta me adora.

Miraba yo á Antonieta, y decididamente creía que no debía haber existido ninguna tórtola en el arbusto.

—Me he cansado de esta anómala situación—replicó uno de los contendientes.—¿No opina V. que es preciso que uno de los dos desaparezca?

—Iba á proponerle lo mismo.

Alzaban la voz y gesticulaban con tal cólera, que la joven, atraída por el ruido creciente de la querella, volvió la cabeza. Vi el asombro pintado en su rostro; después sonrió, llamando la atención de León sobre los dos jóvenes y diciéndole al oído algunas palabras que le hicieron reir.

Levantóse mi amigo y se aproximó á la orilla, conduciendo á su compañera. Ahogaban por precaución sus carcajadas mientras continuaban andando, procurando evitar el hacer el menor ruido. Creí adivinar que intentaban ocultarse para obligarnos á buscarlos después.

Los dos jóvenes gritaban con más furia, y á falta de espadas preparaban sus puños. Mientras tanto León llegó á la lancha, hizo entrar en ella á Antonieta, soltó la amarra y saltó al bote.

En el mismo instante en que uno de los adversarios levantaba el brazo sobre el otro, vió la lancha en medio del río, y estupefacto, olvidando su ira, la mostró á su compañero.

—¡Eh, eh!—gritó, corriendo á la orilla.—Me parece una broma muy pesada.

Todos me habían olvidado detrás de la maleza. La dicha y la desgracia vuelven á las gentes egoístas. Me levanté.

—Señores—dije á los pobres muchachos, compungidos y asombrados;—¿recuerdan Vds. cierta fábula? Esta burla quiere decir que les roban la mujer que creían haber robado.

—La comparación no es muy galante—me gritó León desde la lancha.—Según tú, esos caballeros son ladrones, y esta señora un...

Aquella *señora* le besó, y aquel beso hizo que no oyéramos la grotesca frase.

—Hermanos—añadí, volviéndome hacia mis compañeros de naufragio;—henos aquí sin víveres y sin techo donde resguardarnos. Construyamos una choza y comamos peces del río mientras llega un navío que nos pueda sacar de esta isla desierta.

VI

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Yo no sé. Me preguntas demasiado, Nineta. Hace ya más de dos meses que Antonieta y León habitan el nido color de cielo. Ella sigue siendo una linda muchacha; él sigue maldiciendo de las mujeres con más gracia que nunca. Lo cierto es que se adoran.

EMILIO ZOLA.

LA SOMBRA

(TRADUCCIÓN POR M. CARO.)

Firmeza no hay en mí, ni peso leve,
Ni vida. Solicitan los pintores
Mi inanidad, á par de los colores,
Que mágica á los cuerpos da relieve.
Quien nada ve, me ve. Quien no se mueve,
No me mueve. Nací con los fulgores
Del sol; mido sus pasos voladores;
Hermana de la luz, la mato aleve.
Soy tuya y no soy tuya; voy contigo,
Mas si asirme pretendes, yo ligera
De tus burladas manos me desligo.
Impalpable y fugaz, muda y severa
Páraste, y me detengo; andas, y sigo;
Yo te acompaño; mi mansión te espera.

D. LUDOVICUS, S. I.

EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA

He formado empeño decidido en ofrecerle mis apuntes acerca de la Exposición Española, amigo Sr. Lázaro, porque así de algún modo he de pagar las repetidas y finas atenciones que V. me guarda y presta.

»Escribo en un lenguaje que no es el mío, me obliga á ser de expresión seca y á veces incorrecta, aunque mis ideas claramente se entiendan.

»Permítame amigo mío, dirigirme sin otros preámbulos, al lector y espere que con regularidad le remitiré mis artículos.

NICOLAO STURMALOF.»

Dejé las orillas del Neva buscando en Madrid una temperatura más benigna, al mismo tiempo que el deseo de visitar la Exposición Histórica me arrastraba hacia España.

Dedicado con afición y ahinco al estudio de las bellezas del arte y por mi profesión llamado á tan compleja tarea, me he visto en medio de un caudal inagotable de tesoros que abren á la historia del arte una era nueva.

Los que pertenecemos al arte oriental ruso y que guardamos riquezas de la Edad Media llenas de una monotonía abrumadora, parecemos pasar á nueva vida al contemplar los objetos colocados en las salas del palacio español de las Exposiciones.

Colón descubrió un nuevo mundo: y la multitud de preciosidades artísticas y bibliográficas que he examinado descubren también horizontes nuevos para que el estudioso y el inteligente se dediquen con afán á dar cima á la historia del arte español.

No sé qué podrán decir en su día los verdaderamente poseedores del secreto del arte americano precolombino. Hasta ahora no he leído trabajo alguno, ni español ni extraño á la península ibérica, que me haya satisfecho, porque en lo poco que conozco publicado en Madrid, no hallo ni solidez científica ni criterio sabiamente formado. Son más bien escaramuzas ó ensayos de

arqueólogos incipientes que se contentan y quedan satisfechos con recordar á sus lectores lo que otros, con mejor fortuna, redactaron y con mejor conocimiento de causa.

No quiero penetrar en el campo del arte español sin antes ofrecer, en apretada síntesis, lo que opino de la Exposición Americana.

La he visto, en general, bien instalada, merced al celo de tan inteligentes delegados como los que Colombia, Méjico y los Estados Unidos han elegido hábilmente para tan delicada empresa, juntamente con los que otras naciones con acierto seguro han designado.

Si confesaré que los catálogos, en su mayor parte, no me han servido de guía para nada; más bien parecen informes listas de los objetos, que indicadores para el estudio y examen de los objetos expuestos.

A su vez, he tropezado con ejemplares de muy dudosa autenticidad: un vaso que por maya corría en la sección de Guatemala, y, sobre todo, la extraña libertad de aceptar como sello indígena americano un escarabajo de estilo egipcio, á toda prueba de manifestación. Como se alcanzará, datos de tal género sirven de prueba del muy poco celo ó de la probada insuficiencia de valer científico de los encargados oficialmente en España de elegir y clasificar las piezas arqueológicas y artísticas en la Exposición Americana, si bien la prensa periódica ha dado sus golpecitos de atención. Pero en España, por sostener á cualquier político inhábil, se pisotea á todos los hombres de ciencias y estudio.

¿Qué ha contenido la Americana Exposición? Si la pregunta se limita al número de objetos, habrá que responder que un número crecidísimo de ellos, difícil de ser examinado ni aun en muchos años. La prueba queda hecha permanente ante la falta del catálogo oficial y lo imperfecto de los particulares.

Pero si tomamos otra senda para ofrecer contestación airosa y decisiva, no se puede negar que se ha ofrecido un tesoro arqueológico de singular valía. Me habré de explicar. Las Exposiciones como la Histórico-Europea y Americana, no llevan por fin único ni principal hacer alarde ni de riquezas ni de habilidad artísticas. Buscan otra cosa. Se trata de presentar adelantos frente á adelantos, civilizaciones frente á civilizaciones.

El arte es un lenguaje, y habla, no sólo á los ojos sino al alma; y los que en los objetos arqueológicos y en los de puro orden artísticos se atienen á lo externo, y se paran á entregar al análisis la materia compuesta, la dirección de las líneas, las ondulaciones más ó menos sinuosas de los paños, la índole de la expresión, sin descender al fondo del asunto, á lo que la obra representa y quiere significar, serán siempre inocentes observadores de los medios de expresión siempre necesarios en nuestro procedimiento cognoscente que empieza por los sentidos, pero que son nada más que medios expresivos que debe regular muy bien el artista

para explicar su pensamiento. Este, el pensamiento, es lo que ante todo deben poner ante la inteligencia de los demás el arqueólogo y el historiador y el crítico de Bellas Artes. Lo restante corresponde, especialmente, al hombre de ciencia.

No he de negar que tamaña empresa requiere una preparación abrumadora. Las costumbres y los usos de los pueblos los ha de tener al dedillo el escritor. Las lenguas de cada uno de los pueblos le han de ser de uso corriente. La ciencia etnográfica, y en especial la antropología, contando con hondas raíces en el expositor, ha de explanar todas sus líneas.

Así comprendo yo las exposiciones, usos, costumbres religiosas, constituciones políticas y jurídicas, lenguajes, las ciencias todas, en inquebrantable escuadrón ordenadas, son los instrumentos del arqueólogo y del historiador del arte. Dirigir sus pasos por tan escabrosa senda sin tan esenciales compañeros conduce al descrédito de quien sin contar con la resistencia de sus hombros ruega á los demás que le echen sobre ellos aplastante carga.

SÍNTESIS DE LA EXPOSICIÓN AMERICANA

Época prehistórica.—Digan cuanto les venga á la pluma los que suponen que el hombre ha dejado sus restos en los yacimientos del terreno plioceno, terciario superior. No negaré que en capas así clasificadas y nominadas se hallen huesos humanos. Pase por concedido. Mejor he de admitir que en los niveles inferiores del terreno cuaternario tengamos homogéneos hallazgos.

Pregunto ahora: ¿las osamentas humanas que se han visto en la Exposición Americana braquiocéfalas, ó dolicocéfalas en sus cráneos, de mayores ó menores dimensiones, y en los huesos restantes, prueban incontestablemente alguna diferencia esencial respecto del linaje humano en Europa, Asia, Africa y Oceanía? Quien las haya encontrado que las señale. No hay raza alguna en América que no tenga riquísima representación en las restantes partes del mundo.

Esto en cuanto á los elementos constitutivos corpóreos del hombre. Ya sabemos que en cuanto al espíritu (el materialista es un mico perfecto) ningún sabio establece diferencias.

Dentro de la teoría evolucionista habría que comparar, sirviéndonos de reglas los cánones de la antropología comparada, lo menos perfecto con lo más perfecto, osteológicamente. Lo menos perfecto indicaría más antigüedad, y siempre sin apartarnos del *ex-simio* mono llegado á su mayor altura de perfeccionamiento. ¿Los huesos fosiles americanos llevan el sello de prioridad?

Hable quien pueda. Yo lo niego rotundamente.

Un paso más. Los ejemplares prehistóricos de formas elementales y rudas acaso sirvan de medios comprobatorios. En efecto, así es. Utensilios de uso doméstico, instrumentos de guerra, mobiliario religioso y político é indumentaria de todos los órdenes, ¿revelan

marca alguna que no se vea, fuera de lo puramente local, algo que no posean los viejos continentes? ¿En dónde se guarda?

Las hachas, si se diferencia por su materia, (no en todas partes se dan las mismas producciones) la forma no varía. Punzones, estiletes, flechas, saetas, etc., etc., siempre son las mismas: las lanzas corroboran nuestra manera de pensar. El modo de tejer y bordar en nada se diferencia, habida en cuenta la materia textil; y la riquísima cerámica y la misma escultura aprietan más y más en favor nuestro. ¿No es cierto?

Hasta ahora me he encerrado en una extensión anterior á todo periódico glosológico, es decir, anterior á todo lenguaje conocido, suponiendo que lo admitido como prehistórico no sea por lo menos sincrónico con alguna lengua actualmente conocida, acerca de lo cual habría mucho que hablar y escribir; pero que concedo tal separación para utilidad de mi exposición, porque desde el instante en que hay símbolos y signos escritos que sirven para indicar sistemáticamente ideas, cambia por completo el modo de investigación. Los datos ya son seguros. Lo que hace falta entonces será el conocimiento de tal lenguaje para romper con seguridad por el enmarañado bosque de lo antiguo. Donde hay escritura no hay ya época prehistorica. Nuestra falta de conocimientos la pondrá en categoría tan de hacia atrás, pero entitativamente no lo será. Por ello los artículos que publica una ilustrada revista española acerca de Méjico, llevan el esceptisismo al que la lea. Nada creerá, porque faltan la unidad de criterio y de sistema, pruebas inequívocas de no poseerse la materia cual debe ser poseída cuando hay que entregar escritos al confiado público.

¿Qué ha demostrado la americana Exposición?

Que nada se presenta que no tenga su fundamento en Asia, en Europa y en Africa. Las cuestiones antropológicas se reducen á lo mismo que entre nosotros. Las arqueológicas, fuera de las condiciones puramente locales y de materias propias del terreno, no suministran particularidad que no se conociera, aunque revestida de otra forma.

Usos, costumbres, civilización, arte, industria, todo tiende al mismo fin. Las mismas religiones bajo ropajes más ó menos complicados.

La Exposición europea ya significa otra cosa.

De ella voy á tratar, no con mucha extensión, pero sí con algún cuidado. Es el arte cristiano en su gran desenvolvimiento. La manifestación hecha por España ha superado todas las esperanzas, y eso que no han salido más que los objetos de menor cuantía, en muchas ramas del arte.

¡Qué asombro no causaría al mundo la nación española, si en un tiempo dado, reuniera en el mismo palacio las mejores alhajas que guardan las catedrales y las iglesias! Ahora que empieza el buen tiempo acudirán muchos extranjeros, sólo que me temo ver en la Exposición un centro que sirva más para que los políticos coloquen á sus

paniaguados que á los hombres de ciencia que deben estudiarla. Con seguridad se verán más burócratas que arqueólogos y artistas.

Lo que conviene es que nosotros nos aprovechemos de tanto monumento y los españoles que se coman sus cuartos, aunque no entiendan de arte ni de arqueología, los que como artistas y arqueólogos cobren buenos dineros.

TAPICERÍA

La riqueza en esta rama de las artes suntuarias arranca gritos de alegría al que con verdadero sentimiento artístico cruza por las veinte y siete salas de la Exposición. ¡Qué maravillas! El que por vez primera contempla, antes en conjunto y después uno á uno, los tapices desarrollados en los muros, se ve perplejo y desorientado. La historia de la tapicería anda en manos de los sabios y curiosos y vendedores. Pero sin verse uno al pie de los tapices, queda su estudio sin ser entendido.

Figuraba entre todos por su argumento el que en su primer cuadro representa la Creación del mundo, y termina con asuntos del Nuevo Testamento: pieza de primer orden de regulares dimensiones. Estaba en la sala XXII. La Reina Regente quiso hacer un regalo al Sumo Pontífice en su Jubileo del mes pasado, y comprando tan importantísima pieza textil á precio reducidísimo, porque el vendedor que la habría comprado muchísimo más barato, no conociera su excepcional importancia, la ha remitido á Roma para que campee entre las riquezas del Vaticano (1). Hago historia para que se conozca la procedencia. Ahora los arqueólogos romanos podrán estudiarle. No es ya de la Exposición europea, aunque trataré después de tan valiosa prenda.

Los tapices de Zamora y de Zaragoza llenan unas páginas brillantes de la historia del arte. Calculo que los de la ciudad primera pertenen á la primera mitad del siglo xv. Representan asuntos históricos y ambos de la Edad Antigua: el uno contiene la toma y destrucción de Troya, y el otro el reinado de Tarquino Prisco.

Las dimensiones de ambos son extraordinarias. Tanto el uno como el otro explican sus argumentos con leyendas muy extensas de carácter paleográfico de la época y de la región de Arras; dándose en el tapiz de argumento griego la particularidad de sus leyendas rimadas (con muy pocas excepciones) en francés antiguo arriba, y en latín abajo. El tarquiniano sigue la narración de Tito Livio, aunque en los epígrafes se aparta del texto; así como en la propiedad de las representaciones que son anacrónicas, en trajes, hechos, armas cabalgaduras y arquitectura, es todo de carácter flamenco.

Sinón aparece montado en el gran caballo de madera (bronce, dice la inscripción) armado como un guerrero del siglo xv. Avisa por medio de una luz para que los griegos de fuera, ya

---

(1) El tapiz indicado, juntamente con otro, muy bueno, de la *Pasión*, costó 24.000 pesetas, es decir, el cuarto de su valor, á lo más.

rota la muralla y dormidos los de Troya, entren en la sorprendida ciudad. Pirro entrega á la muerte á Príamo y á Polixena; Príamo sucumbe al pie del altar de Apolo. Toda la ciudad arde, y la muerte se ceba en los infelices troyanos.

En el correspondiente á la historia de Roma, Lucumón, llegado al pie del monte Janículo en compañía de su mujer Tanaquil y de los suyos, se ve sorprendido por un águila que le arrebata el gorro. Quédase sorprendida toda la concurrencia.

En la sección segunda, votado ya rey por los romanos, se le representa en el momento de la coronación; y en la tercera aparece guerreando contra los latinos en sus últimas guerras, los cuales, vencidos, con sus riquezas dieron medios al nuevo rey de Roma para construir las murallas y las cloacas, y de ésta se ve la comenzada fábrica en el primer término de la tela (sala VI).

Semejantes á estos son otros tres tapices de la catedral de Zaragoza, que si bien varían en cuanto al argumento, respecto de la técnica son iguales. El argumento no es otro que la historia de Ester, según el mismo libro contenido en el Antiguo Testamento.

Las leyendas explican el contenido y son en un todo iguales paleográficamente á las de los tapices anteriores. El primer tapiz de tan valiosa y rica colección entraña excepcional importancia arqueológica, porque al ser representado el banquete que Asuero dió á los príncipes, vemos admirablemente representada toda la vajilla de principios del siglo XV aparte de muy delicados detalles en otras materias. Como mis artículos son de forma sintéticas no puedo descender á más pormenores.

Empiezan las representaciones en los tres tapices con el ya indicado banquete y terminan con la desgracia de Amán y el triunfo de Mardoqueo.

El estado de conservación no es tan bueno como el de los tapices de Zamora.

Desgraciadamente para los que no podemos revisar los archivos de las catedrales españolas por falta de tiempo y de orden en los mismos archivos, tengo sabido que en casi todos no hay ni catálogos conocidos, no se conocen datos históricos acerca de los objetos que han remitido las catedrales. Lastimoso sería si faltaran revelando incuria en el caso de estar durmiendo entre los legajos cabildarios.

Los tapices que después llaman la atención y deben llamarla, son los de estilo italiano en la composición y dibujo aunque tejidos en Flandes. Representan la Pasión de Jesucristo y su Resurrección. Sus dimensiones son grandes. El primer pasaje es la *Oración del Huerto*, y el último *La bajada al seno de Abrahám*. El segundo tapiz empieza con la ida al Gólgota.

Hay detalles muy curiosos: Jesús entra en Jerusalén sentado sobre una *borrica*; lleva al lado la cría. Los ladrones no aparecen clavados sino sujetos con cuerdas. Los soldados se reparten las vestiduras de Jesucristo á cuchilladas. En la indumentaria predominan el manto y la túnica. Los nimbos se ofrecen en forma de anillos circulares

adornados de preciosas piedras. El estilo recuerda la escuela de Giotto.

¡Qué obra maestra relativamente, y aun en la técnica, el cuadro de la Crucifixión! Dos ángeles asisten al Salvador del mundo. Un ángel lleva el alma del Buen Ladrón, un demonio arrastra la del perverso recalcitrante y ciego.

Otros dos tapices del mismo género conozco: uno permanece en la Exposición, el otro estará en Roma cuando estas líneas se publiquen. Comprende el primero tres secciones. La primera acaso sea la disposición de los escribas y fariseos y sacerdotes de perder al Justo. La segunda nos manifiesta la Cena, y el prendimiento de Cristo se halla en la tercera. El continente arquitectónico pertenece al gusto italiano de principios del siglo xv, época de las telas que doy á conocer, campeando en un friso correspondiente y superior á un arco rebajado, la ornamentación de palmetas. Las columnas son cilíndricas y revestidas de bandas ornadas de piedras preciosas, y en la espiral que se ve entre el espacio que dejan las bandas colocadas, el decorado es muy rico y clásico italiano. Cierto es que en un todo se ve el gusto y el carácter de las construcciones italianas.

Los capiteles de las columnas parecen recordar los de las construcciones antiguas de Venecia, apareciendo colocados sobre ellas, como si fueran repisas, dos personajes de luenga barba y amplio manto. La crestería de la cornisa también revela el gusto ornamental del renacimiento en Italia.

En la escena de la izquierda, es la primera, acaso se haya querido representar algo de la entrada en Jerusalén de Jesucristo, en el domingo llamado después Domingo de las Palmas. No es más que una fracción de todo el acto. En el segundo cuadro está la manifestación de la Cena. Además de Jesús, de nimbo discoidal y crucífero, ornado de piedras preciosas, se encuentran doce personajes, diez de nimbos discoidales y con piedras, como el del Maestro, y uno que no le lleva y que está arrodillado, y no como los demás en actitud sedentaria.

A no fijarse mucho, no se advierte que San Juan está casi oculto debajo de las manos de Jesús, recostado sobre la mesa. No se distingue en su cabeza el nimbo.

Todos visten túnica ceñida y manto. Santiago el Mayor, patrón de España, lleva preciosa y característica escarcela y un gorro de carácter veneciano y de reminiscencias frigias. El Cordero Pascual no aparece sobre la mesa. Los Apóstoles con el Señor, según el tapiz, comieron en aquella memorable noche tres pescados.

A lo que se desprende, Judas será el que, puesto de rodillas, usa un muy amplio manto, sin los distintivos de los otros discípulos.

El tercero y último cuadro comprende lo siguiente: la Oración del Huerto, beso de Judas y prendimiento de Cristo y San Pedro envainando la espada después de caído Malco. La riqueza de detalles en indumentaria, armas y otros objetos, llamará poderosamente la atención de cuantos puedan estudiar

tan riquísima pieza. ¡Qué semejanza con la de Zaragoza, y en lo que se diferencia, qué particularidades tan ricas! La sola armadura de Malco merece un estudio aparte.

Aún sorprende más el segundo tapiz, tal vez el más importante, y sin tal vez, en su clase, por su argumento especialmente. Para mí le tengo por un tapiz de carácter teológico, porque opino que nos pone ante los ojos la creación del Cosmos y el origen de la gracia. Figúrese el lector un anillo circular formado de entremezcladas nubes. Del seno de las mismas se desprenden, arriba el sol, abajo la luna, y entre ambos cuerpos estelares, á partir de derecha á izquierda, Júpiter, Marte (Luna), Venus, Saturno, Mercurio (Sol). Se ven además varias estrellas dentro del anillo, las aves vuelan hacia lo alto, los peces nadan en el nivel inferior y los animales terrestres corren y se cobijan entre los árboles, en el centro, y también Adán y Eva.

El Creador domina en la parte superior, revestido á la usanza de los emperadores, de barba muy larga y en actitud de bendecir, y colocado bajo un arco rebajado, asistido de ángeles que se extienden á ambos lados entre otros medios arcos que se apoyan á manera de arbotantes sobre los cubos sobrepuestos á los capiteles de las columnas en que el primero se apoya. Abajo otros ángeles, todos vestidos de largos ropajes, sostienen la Creación.

En la segunda sección vése representado el bautismo de Jesucristo. Angeles guardan las vestiduras del Salvador. Tanto Jesús como el Bautista tienen nimbo. El del segundo, rayado dentro á modo de concha. Arriba está la imagen del Padre entre nubes, después el Espíritu Santo, Jeremías é Isaías en los extremos: y en el centro San Pedro y San Andrés.

Ya estarán en Roma ambas telas. Han sido vendidas á muy bajo precio, por quien se dedica á comerciar con tan admirables prendas sin comprender su mérito y su valor.

Bien están los tapices en Roma; así, son para el estudio de todos los artistas, y España está de enhorabuena porque sus reyes los han entregado al supremo representante de Jesucristo.

Del mismo género que los zaragozanos de estilo italiano, se encuentra otro tapiz en la sala diez y nueve y pertenece al señor marqués de Castroserna. Se da en él sola la representación de Cristo crucificado entre los dos ladrones, sujetos con cordeles á las cruces.

En la parte inferior también se reparten, á cuchilladas, los soldados las vestiduras de Jesucristo.

Otra colección muy hermosa es la que se compone de dos piezas, y trata del Triunfo de la Santa Cruz.

Cosroes se apodera de Jerusalén y de la Cruz de Jesucristo, y dueño de ella, se coloca en un trono de riquísima construcción, presentándose á manera de Padre Eterno. La Cruz á su derecha y un gallo á la izquierda, trata de que los suyos le tomen como la primera persona de la Santísima Trinidad.

Entregado el mando de su reino á su hijo, éste es derrotado, y entonces Heraclio le lanza del trono (aquí empieza el segundo tapiz), y aparece el tronco de Cosroes al pie, mientras que el gallo, desde la parte alta, le mira á medio ojo. Heraclio, dueño de la Cruz, la lleva en triunfo á Jerusalén; pero como iba con toda la pompa real, fué preciso que se despojara de las insignias reales y vistiera humilde saco. Así pudo entrar en donde la Cruz debía ser colocada.

Numerosas inscripciones exponen el argumento.

Se hallan estas telas algo deterioradas, y, sobre todo, el color ha perdido bastante de su viveza. Pero á pesar de todo, son telas interesantísimas dentro de la historia del arte.

En esta clase de objetos que pertenecen al siglo xv, no hemos visto hasta ahora más que argumentos del Antiguo y Nuevo Testamento, y de la historia eclesiástica.

Después de lo tocante á Grecia y Roma, también la ciencia tiene su representación, y por cierto dentro del dominio de la Astronomía.

Toledo, que tanta preciosidad, aunque no muchas en número, ha remitido á la Exposición, es también la poseedora del tejido al que hago referencia. Está expuesto en la sala VI. La primera potencia y la agilidad primera mediata é inmediata, ponen al mundo en movimiento por medio de un manubrio. Atlas le sostiene, Virgilio, Abrachis, la Geometría, la Aritmética, etc., presencian el girar del mundo. Las constelaciones, cada una tiene su propia representación. Merece un estudio muy detenido de parte de quienes se dedican á la historia de las ciencias.

El artista también encontrará detalles de gran valor, y, sobre todo, en la figura que viste transparente gasa.

Yo quisiera haber encerrado en un artículo todo cuanto á la tapicería corresponde. Es imposible. De todos modos, he de contenerme entre tres ó cuatro artículos para toda la síntesis de la Exposición europea, pues como el lector conoce, más me ciño á las ideas que á su explanación.

No quiero terminar el artículo primero sin reconocer lo que mi amigo, el escultor Sax, me había recomendado. El citado artista y compatriota, que conoce muy bien el origen y hasta el modo de ser hecho el bordado que reproduce el cuadro del artista español Pradilla, me había encargado, al ver y estudiar la Exposición que no dejara de fijarme en tal obra, si era cierto que en las salas de la Exposición se hallaba, según noticias que tenía.

Le he visto. Le he examinado, y la obra revela ser de una mano maestra. Con razón me decía: «Es una obra única en su clase.» Lo confieso. Supongo que el gobierno español pondrá de su parte cuanto posible fuere para que figure en la Exposición de Chicago. Allí también llamaría la atención de un modo admirable. Pero en España se suele hacer poco caso de lo que no es política doméstica.—Nicolao.

San Petersburgo 12 de Febrero de 1893.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Clausura temporal de la Exposición Americana.—Banquete oficial de despedida.—Discursos.—Saludo á las carabelas.—Medallas.—La tarea de Ruth.—Espigas filipinas é indianas.—Entre col y col...—Sellos.—Clamor universal.—Monumento políglota.—Sentencia del Centenario anterior.—Libros.—Mr. Harrisse en acción.

Es esta la de vámonos? Parece que lo indican los salones de la Exposición Americana de Recoletos, pocos días ha tan galanos, ahora reservados á los obreros que empaquetan y encajonan objetos de los escaparates, separando los destinados á Chicago y los que tomarán en dispersión otras rutas; sin embargo, ni es definitiva la clausura, ni todas las colecciones salen del edificio en que han lucido. Otras de diversa procedencia reemplazarán en parte á las primeras, continuando á vista del público las de la Exposición histórico-europea, mientras el cambio se verifica, y si bien

«volverán las oscuras golondrinas»,

con aquellas sensibles diferencias que nuestro poeta notaba, volverán ciertamente á franquear las puertas de la planta baja del palacio, en la estación primaveral, que haga soportable su temperatura.

El 2 de Febrero invitó la Junta directiva del Centenario á los delegados americanos á un banquete de despedida, que elocuentemente sintetizó, presidiendo, el ministro de Fomento, señor Moret. Todos los presentes respondieron con expresiones de afecto, que daban á la reunión agradabilísimo espíritu de familia, y el único que en lengua española no lo hizo, el almirante Luce, representante de los Estados Unidos de América, terminó notable discurso con estas palabras:

«Las tres carabelas de Colón, navegando por desconocidos mares, llegaron un día á las costas vírgenes de un Nuevo Mundo. Las tres carabelas que bien pronto saldrán de tierra de España, descubrirán otro mundo también, pero no como el que maravillaba al

navegante genovés. Los intrépidos marineros españoles verán en él la febril actividad, la energía y el espíritu emprendedor de un pueblo, cuyo rápido progreso y extraordinario desenvolvimiento, más que realidad parecen fabulosos cuentos.

»Esas tres navecillas, á semejanza de las que condujo el genio de Colón, descubrirán para España un nuevo mundo industrial, y establecerán con él cambio de ideas é intereses, tan beneficioso bajo el punto de vista material, como sólido y duradero bajo el punto de vista de las relaciones morales entre ambas naciones.»

Por consecuencias finales ha hecho el Jurado la designación de recompensas, reservando para los gobiernos el diploma de honor, pero sin escatimar los otros á las corporaciones ni á los particulares que tan merecida tienen la significación de aprecio, y separadamente se ha distribuido la medalla de conmemoración, obra artística del señor Maura, premiada en concurso y dada á conocer por los periódicos ilustrados. Tiene setenta milímetros de diámetro: en el anverso, Colón, sobre el alcazar de la *Santa María*, muestra la tierra que en el horizonte se descubre, á los tripulantes conmovidos: la leyenda, alrededor, en letra gótica, dice: *Cristóbal Colón descubrió el Nuevo Mundo el doce de Octubre de mil cuatrocientos noventa y dos, reinando en Castilla y Aragón Doña Isabel y Don Fernando.* En el reverso, los reyes Católicos en pie, bajo el dosel del trono, reciben al navegante que les presenta las primicias de las Indias Occidentales. En el exergo se lee: *Cuarto Centenario. M.dccc.xcii.* B. Maura. Madrid, 1892.

Asimismo ha repartido el municipio de Barcelona su medalla recordatoria, de igual diámetro que la anterior, pero de más complicado dibujo. El anverso presenta dentro de una corona de laurel el busto del Almirante, la cabeza descubierta, mirando á su izquierda. El espacio que queda entre el laurel y la gráfila ofrece, en cuatro divisiones, la representación de Colón en la Rábida, ante la junta de Salamanca, en el acto de tomar posesión de la tierra nueva y al llegar á Barcelona. Entre los cuatro cuadros, tres matronas sentadas figurando á Castilla, León y Aragón, y el escudo de armas de Barcelona. Arriba dice: *Barcelona á Colón*; abajo la firma, Arnau, M.° El reverso es igualmente nutrido: una matrona con corona mural, en pie sobre las gradas de las columnas de Hércules, tiene en la diestra mano el pendón real y alarga con la izquierda un ramo de laurel. Se ve á su derecha el león de España; en el fondo Montjuich y el obelisco erigido al Descubridor; repartidas las leyendas, *IV Centenario del descubrimiento de las Américas.—Al gran navegante MDCCCXCII*, y las firmas Arnau, ft. y Solá y Camats gbo. Castells.

Cerrada la Exposición, la tarea del cronista del Centenario ha de parecerse á la de Ruth, cuando buscaba en la heredad de Booz las espigas olvidadas por los segadores, saltando de surco en surco. En uno de los más lejanos,

al Oriente, se ha recogido sazonada y repleta la que tiene por nombre *Paralelo entre la conquista y dominación de América y el descubrimiento y pacificación de Filipinas*, por el P. Fr. Evaristo Fernández Arias, del sagrado Orden de Predicadores, catedrático de la Universidad de Santo Tomás de Manila, ex Prior del convento de Santo Domingo de la misma ciudad. Memoria laureada en el certamen celebrado en la capital de Filipinas con motivo de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Agotadas cuatro ediciones en el archipiélago, ha hecho á su costa y sin permiso del autor, una de cien ejemplares, muy elegante, D. W. E. Retana (1), para obsequiar á personas que los han de tener en gran estima, porque abraza el paralelo las diferencias esenciales que entre el sistema de colonización de los españoles y el de otros pueblos descubre el examen.

Por el opuesto hemisferio encuentra el rebuscador un *Montevideo-Colón*, número único publicado por la Comisión del centenario con esplendidez como alarde de las bellas artes reunidas (2) y á la otra margen del Plata *Los Dominicos y Colón, homenaje de los Dominicos de Buenos Aires al descubridor de América*, formado por el laborioso señor R. Monner Sans (3) que antes dirigió un número ilustrado semejante al de Montevideo.

Una de las repúblicas de América Central hace la descripción de su territorio como parte de los que exploró por sí mismo el navegante genovés, que lo creía diez jornadas distante del Ganges, reproduciendo tipos de indios guatusos, de Talamanca y de Cartago que conservan los rasgos observados por los descubridores (1), mientras en las contiguas se rinde culto á la poesía (2).

En Cuba suena todavía la lira inspirada por el genio del marinero (3) y por manos juveniles pulsada con entusiasmo. Academia poética semejante á la que celebraron en Chamartín de la Rosa los alumnos del Colegio de Jesuítas, tuvieron en la Habana los de allá, y han superado á sus compañeros en el programa y publicación de la ofrenda, en tomo lujoso, titulado *Corona poética que á la eterna memoria del gran Cristóbal Colón ofrecen en el IV Centenario del descubrimiento de América los alumnos del real Colegio de Be-*

(1) Madrid, Viuda de M. Minuesa, 4.°, 62 páginas.

(2) Montevideo. Imp. de *El siglo ilustrado*, 12 Octubre 1892, gran folio, 126 págs. grabados, fototipia, música, etc.

(3) Buenos Aires. Imp. «La Argentina», 8.° 59 páginas.

(1) *Geografía de Costa Rica*, por Francisco Moreno Barrantes, *obra escrita por comisión del gobierno de la República para las Exposiciones Histórico-Americana de Madrid y Universal de Chicago*. Barcelona, tip. de José Cunil Sala, 1892, 4.°, 250 páginas, con grabados.

(2) *Cristóbal Colón*, poema por José Joaquín Casas. Bogotá, 1892.

A Colón en el cuarto Centenario del descubrimiento de América (poesía), por Samuel Velázquez. Medellín, 1892.

(3) *A Cristóbal Colón, Oda*, por D. Francisco de Más y Otzet. Santiago de Cuba, 12 de Octubre de 1892.

lén (1). Al prólogo y discurso preliminar, dirigido al capitán general de la isla, que presidió la fiesta, siguen tres partes: Colón en Europa; Colón en el mar; Colón en América, con las siguientes composiciones:

Primera parte.—El sueño de Colón.—Colón en la Rábida.—Columbus in Seville. A tradition.—Colón en Salamanca, fragmento épico.—Colón é Isabel.

Segunda parte.—Mundu berrira; Agur España. (Vascuence.)—Al partir de Palos.—As carabelas. (Gallego).—Dolci ricordi della patria.—Trois jours encore.—Tierra.

Tercera parte.—Colón y América.—Colón y Cuba.—Prima Hostia. (Latín.)—A las cendres de Colón. (Catalán.)—Von Kof zu Kof.—Ante el sepulcro de Colón. (Griego.)—Plus ultra. (Castellano.)—Epílogo. (Castellano.)

Forman á continuación corona epigráfica, trece inscripciones latinas que adornaron el local de la Academia y descríbese por final la corona artística que los mismos alumnos dedicaron al genio enaltecido. Consta de dos ramas de laurel, altas de 1m, 60, arqueadas y entrelazadas por el pie con un hermoso rosetón de plata, teniendo éste en el centro el escudo de armas de la Compañía de Jesús, de oro. Arrancan del tronco del ramo, en grupos de á cinco, las hojas y bayas correspondientes, siendo de oro los cuatro primeros grupos, mas todas las hojas del centro en los grupos restantes: el peso total es de siete libras. Cada hoja, primorosamente cincelada, lleva escrito el nombre de un alumno, y en el lazo que une las dos ramas se lee: *Al inmortal Cristóbal Colón, en el IV centenario del descubrimiento de América, el Real Colegio de Belén.* Se depositará en el mausoleo comenzado en la catedral.

He visto anunciada otra obra infantil que podrá ser la misma indicada en la crónica anterior, pero el título difiere; el de ésta es *Historia de Colón, por los autorcillos de escrituras libres, niños de nueve á doce años, educandos de Angel Bueno.* Madrid, 1892, 8.° mayor, *con retratos, láminas y dibujos en el texto, por los mismos autorcillos.*

No por esta dislocación dejemos todavía á las Indias de Occidente; quedan por señalar ofrendas del gobierno de Méjico (1) y de la Universidad de

(1) Habana, Imp. «La Universal», 1892, 4.°, 113 págs., portada con oro y colores.

Cuba á Colón. Publicación consagrada á conmemorar en la Gran Antilla el cuarto centenario del descubrimiento de América. Habana, 12 de Octubre de 1892, folio 16 págs., en prosa y verso. Dirigida por el Sr. Novo, editada por los Sres. Torroella y López.

El regreso de Colón, cuadro histórico dramático en un acto y en verso, original de D. Manuel María Sama. Escrito expresamente para la gran velada que en honor de Colón celebró el Casino de Mayagüez el 12 de Octubre de 1892, para conmemorar el cuarto Centenario del descubrimiento de América. Mayagüez. Tip. Comercial.

(1) *Obras históricas de D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, publicadas y anotadas* por Alfredo Chavero. *Se hace esta edición por acuerdo del señor Presidente, general Porfirio Díaz, para presentarla como un homenaje de México á Cristóbal Colón en el cuarto Centenario del descubri-*

Santiago de Chile (1), aparte de la de una Sociedad de los Estados Unidos que al quemar incienso al héroe de los mares no desperdicia la ocasión de recomendar sus intereses. El *Boletín de la Mutua, compañía de seguros sobre la vida*, periódico ilustrado de Nueva York, ha destinado, como cualquier otro, un número escepcional al descubridor de aquella tierra, intercalando entre elogios en prosa ó verso, á la par de retratos y pensamientos, música ó fototipia, liquidaciones, certificados y avisos de que será inmortal, como Colón, cualquiera que asegure su vida en las oficinas de la compañía.

La Dirección general de Correos de los Estados Unidos ordenó oportunamente la estampación de tres mil millones de sellos colombinos que han de circular durante el año. Un periódico de aquella república los describe de este modo:

Un centavo.—«Colón al divisar tierra.» Tomado de un cuadro de William H. Powell. A la izquierda, una india con su hijo, y á la derecha un indio con plumas y adornos en la cabeza. Color azul.

Dos centavos.—«Desembarco de Colón.» De un cuadro de Vanderlyn que está en la rotonda del Capitolio de Washington. Color marrón.

Tres centavos.—«Carabela de Colón.» La *Santa María* en medio del Océano, de un grabado español. Color verde claro.

Cuatro centavos.—«Flota de Colón.» Las tres carabelas *Santa María*, *Pinta* y *Niña*, tomado de un grabado español. Color azul marino.

Cinco centavos.—«Colón pidiendo ayuda á la reina Isabel.» De un cuadro de Brozik que está en el Museo Metropolitano de Artes. Color chocolate oscuro.

Seis centavos.—«Llegada de Colón á Barcelona.» De uno de los entrepaños de las puertas de bronce del Capitolio de Washington. A cada lado hay una hornacina, en una de las cuales está una estatua de Fernando el Católico y en la otra una de Boabdil. Color púrpura real.

Diez centavos.—«Colón presentando á los naturales del país descubierto.» De una pintura de Luigi Gregori, que está en la Universidad de Notre Dame, en South Bend (Indiana). Color castaño oscuro.

Quince centavos.—«Colón anunciando su descubrimiento.» De un cuadro de Balaca, existente en la actualidad en Madrid. Color verde oscuro.

---

miento de América. México, tip. de la Secretaría de Fomento, 1891-92, dos tomos 4.°.

Discurso y poesía leídos en la inauguración del monumento erigido en Méjico á Cristóbal Colón por la Junta Colombina, nombrada por el señor Presidente de la República para organizar la participación de Méjico en la Exposición de Madrid. Autor del discurso, el Ldo. D. Joaquín Baranda, y de la poesía D. Justo Sierra. Méjico, imp. de F. Díaz de León.

La Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, por D. Andrés Lamas. *Revista Latino-americana.* Méjico, 15 Enero 1893.

(1) *Anales de la Universidad de Chile. Número extraordinario para conmemorar el cuarto Centenario del descubrimiento de América.* Santiago, imp. Cervantes, 1892. Sobresale un estudio de D. Diego Barros Arana: *El Proyecto de canonizar á Colón.*

Treinta centavos.—«Colón en la Rábida.» De una pintura de R. Maso. Color siena oscuro.

Cincuenta centavos.—«La llamada de Colón.» De un cuadro de A. G. Heaton, en el Capitolio de Washington. Color azul carbón.

Un peso.—«La reina Isabel empeñando sus joyas.» De una pintura de Muñoz Degrain, existente en Madrid. Color rosa salmón.

Dos pesos.—«Colón encadenado.» De un cuadro de Lentze, que está en Providence (Rhode Island). Color rojo mineral.

Tres pesos.—«Colón describiendo su tercer viaje.» De un cuadro de Francisco Jover. Color amarillo verdoso.

Cuatro pesos.—«Retratos en círculos de Isabel y de Colón.» Color carmín.

Cinco pesos.—«Perfil de la cabeza de Colón.» El perfil está en un círculo, á cuya derecha se vé América representada por una india con una corona de plumas, y á cuya izquierda figura la Libertad. Color negro.

En la patria del Almirante ha aparecido un Album de alabanzas entonadas en el Universo; una colección á que han contribuido poetas y artistas, ejercitando no ya solo las lenguas vivas, comprendidas las orientales, árabe, hebreo, chino, japonés, mahrata, armenio, sirio, persa, bengalí, sino también las muertas, sin olvido del sanscrito, del asirio cuneiforme y del egipcio geroglífico; un ramillete colosal de pensamientos en que sólo se echarán de menos los idiomas americanos; algún que otro soneto en otomí, en quichua, en maia, que parangonar con la admirable composición del ilustre Mahamahopadhyaya Kaviraga Syamaladasa, poeta cesáreo de la corte del rey de Udaipur, ó con la profunda sentencia, escrita con los caractéres que usaba Nabucodonosor, por el doctor Bruto Telani, de la Biblioteca Laurenciana de Florencia, y que se sirve traducir así:

«Quien recorre el camino del sol esplendente es seguido por la sombra; los calumniadores van al lado de todo el que busca la gloria.»

Por lo demás, aunque no falten en el monumento polígloto erigido *per cura* de Angel de Gubernatis y de Cecilio Vallardi (1) conceptos *sobrados*, entre las 708 composiciones á que asciende el total, las hay realmente notables, correspondiendo al crédito de los firmantes. Entre los españoles figuran D. Carlos de Borbón y D. Manuel Ruíz Zorrilla, Castelar y Campoamor; Valera y Núñez de Arce; Zorrilla, el vate llorado, Melchor de Palau y el rector de la Universidad de Salamanca, que juntamente con los decanos ha querido dé la vuelta al mundo la famosa inscripción de San Esteban, enviando trasunto. Sensible es que á ninguno haya ocurrido copiar también como recuerdo de impresiones del Centenario anterior, las del duque de Almodóvar:

«Deben conservarse intactos los laureles de Colón, pero no se han de aña-

(1) Milán, Vallardi, 1892; 4.° mayor, 406 páginas.

dir á éstos los que no le toquen, robándolos á otros beneméritos (1).

Mons. Rocco Cochia, obispo que fué de Santo Domingo, ha dado á la estampa nueva explicación de sus actos en el descubrimiento de los restos que olvidados estaban en la catedral con tantas inscripciones por fuera y por dentro de la caja, y con aquella bala que por sí sola acreditaba al contenido. Es de presumir sea esta obra la que en manuscrito ofreció al municipio de Génova al empezar las fiestas (2).

Se ha impreso también en Italia un libro de estudio, el de los primeros pasos de la ciencia náutica (3), interesante para formar juicio de los elementos con que iban á penetrar en el mar desconocido los tripulantes de las carabelas; pero no es italiano el autor: el Sr. Gelcich dirige la escuela náutica imperial austriaca de Lussimpiccolo, y este trabajo es continuación de muchos de investigación científica.

Al mismo orden de ideas pertenece la *Monografía de una carta hidrográfica del mallorquín Gabriel de Valseca* (1439), por D. José Gómez Imaz, capitán de navío, jefe de la Comisión hidrográfica de España (1), trabajo serio que honra al autor y á la marina en que sirve, sobresaliendo entre los pocos que se ocupan aún de la conmemoración.

Uno de ellos aboga por la naturaleza de Colón en Cogoleto, conforme con los datos aducidos por Paolo Interiano (2); otro censura, si con viveza, justamente, los dislates piadosos enderezados á Colón por D. León Carbonero y Sol (3); un tercero excomulga á la comisión creada por el ministerio de Marina, «que ha procedido con poco ó ningún acierto construyendo la *Santa María*, en el supuesto de que fuera una verdadera nao, según expresa la Memoria oficial». Se equivocó Colón, sin duda, en el Diario; los Reyes Católicos se equivocaron en la redacción de su Cédula á Juan de la Cosa; yerra el Sr. Torres Asensio al traducir las *Décadas* de Pedro Mártir, y no es mucho, porque Pedro Mártir hubo de equivocarse también al establecer diferencias entre las naves de la escuadrilla descubridora, diciendo que era una de ellas *onerarium... alia dua... quæ ab hispanis caravelæ vocantur...* Seguirá, pues, en

(1) *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*, por Eduardo Malo de Luque, tomo v. Madrid, por Antonio Sancha, 1790. Pág. 115.

(2) *Cristoforo Colombo e le sue ceneri*. Chieti, 1892, 8.°, xvi; 376 páginas.

Es de citar entre estas obras *I tre celebri navigatori italiani del secolo decimosesto* (Colón, Vespucci, Doria), dal Sig. Giuseppe Civelli. Roma, 1892, 4.°, 69 páginas.

(3) *I primi passi della scienza nautica*, per Eugenio Gelcich, direttore dell'I. R. scuola nautica di Lussimpiccolo. Roma, 1892, 8.°, 90 págs.

(1) Madrid, tip. de R. Alvarez, 1892, 4.°, 111 págs. Memoria dedicada por la Dirección de Hidrografía al IV Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

(2) *¿Colón fué el verdadero descubridor de América? ¿Dónde nació?* Por D. J. Brunet y Bellet. Barcelona, *L'Avenç*, 1892.

(3) *Homenaje á Cristóbal Colón... por cuenta y á costa ajena. D. Fernando Colón, ¿hijo natural ó legítimo? (Polémica.)* Por D. J. López Valdemoro, conde de las Navas. Madrid, Ginés Hernández, 1892, 8.°, 26 págs.

error cualquiera que no conciba y declare por ende que tan carabela era la *Santa María* como las otras; así parece al Sr. D. Pelayo Alcalá Galiano, autor del opúsculo (1), y aunque exprese en el exordio que ninguna autoridad tiene, y adelante refiera la vacilación en que le ha puesto la idea de que pocas veces segundas partes fueron buenas, ha de entenderse que aquello es modestia, y que esta segunda es digna de la parte primera. Lo único sensible es que reserve, en este instructivo trabajo, cómo debió proceder la Comisión arqueológica para cumplir satisfactoriamente su cometido; la enmienda de los planos sería útil.

Despréndese del opúsculo, que el autor ha tenido la fortuna de encontrar la *Historia del Almirante D. Cristóbal Colón* escrita por su hijo D. Fernando (descubrimiento importantísimo que le hará acreedor al reconocimiento de los bibliógrafos), pues en la demostración filológica que intenta, opone á las palabras de mano propia del P. Las Casas, *las propias de Colón relativas al mismo hecho*, y no cabe admitir que, mostrándose tan escrupuloso en la traducción que de Pedro Mártir ha hecho el señor Torres Asensio, diera sin más ni más por *propias de Colón* las que tradujo Barcia de la traducción hecha por Ulloa de un manuscrito que nadie ha visto y cuya legitimidad y aun existencia se ponen en duda.

Pasando á otra cosa, tampoco hace gran bulto la recolección de espigas en Francia, reducida á folletos de impresiones ó de asuntos en otra forma tratados anteriormente (1). Por dicha atrae, como siempre, la atención, la firma de Mr. H. Harrisse, en nuevo artículo crítico presentado á guisa de intermedio mientras sale el de los académicos.

Bien hice al rechazar indignado los ataques feroces de la maledicencia, previniendo al propio tiempo escozores de personas que pudieran sentirse lastimadas (2): el insigne literato americano ha encontrado al fin, en España, algo que elogiar, en los *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América*, publicados por la duquesa de Berwick y Alba, condesa de Siruela (3). Verdad

---

(1) *Nuevas consideraciones sobre las carabelas de Colón*, por D. Pelayo Alcalá Galiano, brigadier de infantería de marina. Madrid, 1893, tip. de Ricardo Alvarez, 8.°, 33 páginas.

(1) *La commemoration de Christophe Colomb en Italie et en Espagne*, par M. Ludovic Drapeyron. París, 1893, 8.°

Les Colomb au service de la France, par le V.te O. de Poli. París, 1892, 8.°, 71 págs.

Christophe Colomb. Discours prononcé á la Cathédrale de Rouen, le 12 Octobre, 1892, par le R. P. Didon. París, 1892, 28 págs.

Amerriques, Amérigho Vespucci et Amérique, par Jules Marcou. París, 1892, 8.°, 56 páginas.

En la isla de San Miguel ha aparecido *Os Açores a Colombo (Livro do centenario de Colombo no archipielago açoriano)*, publicado sob a direcçao de Joaquin de Araujo e Gabriel d'Almeida. Tip. editora do *Campeao popular*. Ponta Delgada, 1892, fol., 39 págs.

(2) *La ciencia del Sr. Pinheiro Chagas y la arrogancia del Sr. Harrisse*, por D. Luis Vidart. *La Ilustración nacional*, 26 de Diciembre de 1892 y 6 de Enero de 1893.

(3) De este libro dió cuenta con elogio LA ESPAÑA MODERNA, volumen de Octubre 1892.

es que tiene por delante averiguado haber recibido la autora del libro educación en el extranjero, formándose en la socidad de hombres científicos de Francia, de Alemania y de Italia, sin lo cual la belleza, la distinción, la cuna, no la dieran, ni la aptitud ni las excepcionales aficiones que ilustra en este país, tan escasamente ilustrado; más sea como se quiera, no pudiendo disputarse que española es, resulta que ha formado, impreso y generosamente distribuido más de un libro de interés histórico, y que el de los autógrafos de Colón que existen en el archivo de su noble casa tanto vale, que en opinión del sabio Mr. Harrisse librará hasta cierto punto á los académicos, á los políticos, á los periodistas y á la nación en conjunto, del espantoso ridículo á que la condenaban los demás escritos del Centenario.

Tanto se necesitaba para que el ocupado censor emitiera juicio de la obra de una dama que ni es académica ni conferenciante del Ateneo siquiera, y para que en la obligación ineludible de iluminar la historia colombina, hiciera conocer al mundo un dato más de viceversa: *Il incombait a la* REVUE HISTORIQUE *de le signaler* (1).

Cuéntanos, por antecedente de no menos interés, «que cuando se ocupaba *benévolamente y con candor sin ejemplo* (1) en preparar un *Corpus* de documentos para la Comisión real italiana», no existían más de veinte y tres autógrafos del Almirante, número que, gracias á la duquesa de Alba, se ha aumentado en un más de un tercio, y esto por de pronto parece indicar que ha prescindido de los servicios del insigne y benévolo crítico aquella comisión, desconociendo los verdaderos intereses del asunto, porque mucho será que sin su dirección ó concurso al menos, logre hacer cosa de provecho.

¡Cómo ha de ser! Consuélase el señor Harrise mostrando hasta dónde conoce las vicisitudes de los papeles y de los restos mortales del descubridor de las Indias, prestando al libro de la condesa de Siruela adornos de precio sacados de su erudición, antes de examinar los documentos nuevos, que son campo más extenso para las galas de aquélla. Así, desde el primero, adivina y suple la fecha olvidada; descubre que Colón tenía por nulo el tratado de Tordesillas, por haberse ajustado entre las coronas de Castilla y Portugal sin su intervención y consentimiento; que los privilegios le daban derecho á la mitad y algo más (0,55) de las utilidades obtenidas en las Indias; que en nueve meses del año 1499 al 1500 percibió unos 17.228 francos con valor diez á doce veces mayor del que tiene actualmente el oro, de forma que excedió á 200.000 francos su renta.

Admiran y encantan las interpreta-

(1) Henry Harrisse: *Autographes de Christophe Colomb récemment découverts*, *Revue historique*. París, Janvier-Février, 1893, páginas 44-64.

(1) *Bénevolement et avec une naïveté a nulle autre pareille*, pág. 46.

ciones y aclaraciones que el entendido colombista da á cada párrafo oscuro. De este modo es como se aprecian los diplomas, no á la manera que la Academia de la Historia ha publicado el tomo primero de pleitos de Colón, sin notas, aunque acaso (piensa el señor Harrise) valga más que no las tenga, no sabiendo con ellas enseñar.

Un fragmento de carta de Miguel Muliarte, reproducido en la colección de la duquesa, ofrece al candoroso analítico oportunidad de poner en acción las obras de misericordia, y lo hace con la mejor voluntad, trayendo á colación otro documento en que la mujer de Muliarte, cuñada de Colón, se menciona.

«Briolanja Muñiz se llamaba (dice) (1) y no Violante, como escribe M. Duro, el especialista de la Academia de la Historia que, no buscando nunca los orígenes, sigue servilmente la copia, clara, pero adulterada, de Vargas Ponce, lo cual es fácil. El texto de que yo me sirvo es del Archivo de Indias (aquí la signatura), y el nombre está corroborado en el testamento que otorgó Diego Colón en 1509, donde se lee: *á mi tía Brigulaga Moniz.*»

Es asunto de suma gravedad: ¡un académico que escribe un nombre por otro, siquiera sea copiando á Vargas Ponce... y que no se toma la molestia de acudir á las fuentes!

Con sólo la de volver la hoja del libro en que el Sr. Harrisse ha encontrado el cuerpo del delito (2), observaría (él, víctima de plagiarios) que allí se encuentran las observaciones que ahora le ocurren respecto al concuñado del Virrey, y que también se nota estar escrito el nombre de la mujer en el testamento de D. Diego Colón que publicó el Sr. Harrisse, y en la instrucción que dejó el Almirante á su hijo, con las variantes Brigulaga, Briolanja, Violenta y Violante, variantes familiares portuguesas que corresponden á un solo nombre como en castellano corresponden al mismo las de Yolant y Yolanda. Observaría de paso, á favor del profundo conocimiento que en nuestro idioma y en nuestra paleografía le distinguen, que su lección benévola asciende á la categoría de *plancha*, si bien prueba que los escritos del referido académico son *buenos para el carnero*, usando de la frase del archivero antiguo de la casa de Alba, que con tamaña exactitud interpreta el abogado norte americano, por *buenos para echar al canasto* (panier).

Buscando, por rareza, orígenes, el especialista de la Academia de la Historia ha encontrado que en las crónicas manuscritas del bufón del emperador Carlos V, Francesillo de Zúñiga, hay notable diferencia con la impresa en la Colección de autores españoles de Rivadeneyra. En esta se lee: «ruego á Dios que Gutiérrez no carezca de papel, porque escribe más que Ptolomeo y que Colón, *el que descubrió las Indias*», frase tan del gusto de Mr. Harrisse, que, á fuerza de repetirla, como en el artículo de la *Revue historique*, por vez última, nos ha hecho creer proverbial la

(1) Página 57.
(2) *Nebulosa de Colón*, págs. 22 al 24.

fecundidad de la pluma de D. Cristóbal. En los códices consultados sólo dice: «*escribe más que Ptolomeo y que Colón*», y la omisión del resto, evidentemente añadido, hace entender que Francesillo, tan dado á los símiles y tan exacto en ellos, aludía á su contemporáneo don Diego Colón, el picapleitos; al que consumía resmas y resmas de papel en memoriales ajustados y sin ajustar, en pedimentos, agravios, consultas, misivas; al que aburrió á los tribunales y á la corte con la persistencia de gestiones que duraron tanto como su vida, y más.

El autor de la *Vetustissima* se encuentra en su verdadero elemento al tropezar en el libro de la duquesa con privilegio impreso, pieza única cuya existencia no sospechó ningún bibliógrafo. Las señoras, por ilustradas que sean, no sirven para considerar con el detenimiento necesario estas joyas de la imprenta, y no es de extrañar que la Excma. Doña Rosario no se cuidara de mirar el papel al trasluz. Gracias á la benevolencia de Mr. Harrisse y al cuidado del amigo á quien encomendó la comisión, está subsanada la falta, descubriendo (no es grano de anis) que la marca de fábrica del papel consiste en una mano abierta, sin manga, con flor de cinco pétalos en prolongación del dedo medio. La marca es abundantísima en el tiempo. Al lado de esta mano y de esta flor poco importa el asiento de haberse expedido el privilegio *sin chancillería y sin derechos por mandado de sus Altezas*, siquiera muestre las consideraciones que á los Reyes Católicos merecía el Almirante.

¡Con que discernimiento penetra nuestro crítico que Ojeda y Roldán hubieron de ponerse de acuerdo para conspirar contra el Virrey! ¡Con qué claridad ve que Berardi fué reembolsado de las sumas que aprontó por el octavo correspondiente á D. Cristóbal! ¡Y cómo resuelve que puede ser veraz y efectiva la relación del viaje de Vespucci en 1497-98! Para leído con admiración, no para extractado, es todo esto, que rasga las tinieblas de la historia.

Pero si no de lo que dice, buena por curiosidad será alguna indicación de lo que calla el aprovechado Mr. Harrisse al describir y juzgar el libro fructífero. En su página 39 se halla la carta de SS. AA. para Bobadilla, y al pie sigue:

«En xv días del mes de Setiembre de MD. años se notificó esta cédula de sus Altezas originalmente en faz e presencia del señor Almirante. Testigos, Pero Lopez Galindez e Francisco Velazquez e Sebastian Docampo e Juan Perez de Najar e otros muchos.

»El señor Almirante respondió que él tiene cartas de sus Altezas al contrario desta; por ende, que pide por merced al señor Comendador e requiere le guarde las dichas cartas... Testigos los dichos.»

El documento es capital: confirma plenamente la actitud de que los frailes Franciscanos dieron cuenta en sus cartas á Fr. Francisco de Cisneros; no obstante, ha debido considerarlo el señor Harrisse como papel de los *buenos*

para el carnero; pues que lo pasa en claro cual si no existiera, y como quiera que en anteriores artículos ha sostenido haber sido encadenado Colón sin oirle ni aun verle, y haber sufrido dos meses en un calabozo; como ha increpado duramente á los que en el Ateneo examinaron el proceder del comendador infamado, resalta la buena fe, la sencillez *(naïveté)* con que persigue el hombre de ley á la verdad histórica y el desembarazo con que ejercita la crítica *mississipiana.*

A fe que del libro de la Duquesa hay pocos ejemplares, y no todos los afortunados que los poseen se paran en menudencias. Aténganse á lo que Mr. Harrisse les dice.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Oriente.—Dramas dinásticos en Servia y en Rumanía.—Política central europea.—El istmo de Panamá en Francia.—Escandaloso camino tomado para el atajo y cura de tantos males.—Gentes heridas.—El Panamá italiano.—Los conflictos que sus últimas publicaciones han traído al ilustre publicista Bonghi con el gobierno y con la corte.—La ley referente á Irlanda en el Congreso británico.—Gloria de Gladstone.—Grandeza moral de las ceremonias últimamente celebradas en el Vaticano.—Conclusión.

Empecemos nuestra crónica internacional por Oriente, donde han sucedido catástrofes naturales que han amenazado con tronchar Zante la hermosísima, esa flor de Grecia. Junto á estas catástrofes del Universo, desarróllanse por allí dramas domésticos, trascendentes desde su relativa modestia y pequeñez á toda la humanidad. Hace poco se hablaba mucho de las aventuras del rey Milano y del dolor de la reina Natalia, reinantes uno y otro sobre la vieja Servia. Desde los tiempos de Catalina y Enrique VIII jamás habíase vuelto á ver entre monarcas un matrimonio tan mal avenido y un divorcio tan escandaloso. Algo repulsivo el rey, mientras la reina muy atractiva, todos los buenos corazones habíanse inclinado á ésta, y sentido grande indignación á las complacencias serviles de un clero que autorizaba conyugal separación por ningún motivo civil ó canónico autorizada, y á las brutalidades de una policía que separaba violentamente la madre del hijo y perseguía como un grave crimen la primera entre todas las virtudes: el amor maternal. Llegados los dos al destierro, mientras el marido se holgaba en fiestas y recreos ó malgastando su vida, la mujer se recluía en solitario retiro á devorar sus lágrimas. Contaban y no acababan de la hermosura que distingue á la reina, como contaban y no acababan de su caridad, reluciendo así más sus buenas obras que los destellos de sus ojos y los brillantes de sus diademas. Y aun aparte los motivos de orden privado, generadores del mutuo desvío y del oficial apartamiento entre los esposos, contábase que había Natalia sentido grave menosprecio por el Rey cuando le vió volver desdichado y roto de su guerra con Bulgaria, y añadíase que nunca pudo transigir con inclinaciones austriacas suyas, cuando ella es por la sangre de sus venas y por los compromisos naturales de sus gentes perfecta y acabada moscovita. Pero el tiempo lo crea y lo destruye todo, así como lo cambia y lo transforma: cooperador mudo y perdurable á la obra divina del Eterno. Ha debido pues cambiar la voluntad mutua de los dos esposos, cuando él abandona sus recreos parisienses y corre presuroso al retiro vacío en que vive tristísima ella, para invitarla con palabras y juramentos de todas clases á una reconciliación indispensable. No sabemos á cuál género de móviles obedece la determinación tomada, ni con cuál género de condiciones se ha hecho la reconciliación; lo que sabemos es su efectividad certificada por telegráficas comunicaciones del padre al hijo y recibidas por éste con el júbilo consiguiente, deseoso de vivir en paz y en compañía de los apar-

tados y contrarios seres á los cuales debe primero la vida y luego la corona.

Otro drama en Rumanía. Esta tierra, donde latinos orientales acampan desde los tiempos de Trajano para libertarse de sus dos plagas, el yugo musulmán de un lado y la preponderancia moscovita de otro, magüer muy republicana, se constituyó en monarquía, y magüer muy de romano abolengo, escogió monarca en ese vivero de dinastías extrañas que se llama Germania. Cinco familias alemanas proveen de reyes padres á todos los tronos, desde Bucarest hasta Lisboa, y desde Atenas hasta Sofía: la familia de los Daneses, la familia de los Coburgos, la familia de los Batembergs, la familia de los Hohenzollern, posesoras de Bulgaria, de Grecia, de Bélgica y hasta de Inglaterra. Hohenzollern es el monarca rumano, y el monarca portugués. Y á pesar de haber entrado en pueblo tan latino, el viejo latinismo no ha entrado en él, y entre gentes de sangre hispánica y romana, su flema de alemán prevalece, rubio, colorado, de mirar vaguísimo, de silencio profundo, como aquellos emperadores últimos que, llegados á la cabeza de tribus irruptoras, cogían la púrpura y el cetro de los Césares, pero no su color, no su temperamento, no su espíritu. Con poca vocación para el matrimonio, este príncipe necesitó casarse á causa de su oficio, el cual pide mujer é hijos por fuerza, bien al revés del sacerdocio católico que pide la castidad perpetua por voto irrevocable y el celibato. No buscó en la compañera de su vida y de su trono el rey, ni la hermosura, ni la riqueza, ni el abolengo; buscó un corazón de verdadera ternura y un genio de dulce poesía, como si fuese aquel un matrimonio de las almas. Carmen Sylva se trasladó desde un castillo del Rhin, pobre y antiguo, á una corte oriental de boyardos ricos, armados á guisa de albaneses, y envanecidísimos de su histórica ralea. Poetisa, literata, historiadora, la reina, en los primeros días, reconoció que las emociones causadas por la novedad mantenían bien templados sus nervios, y la satisfacción de reinar, contentísima su alma. Pero bien pronto hubo un desequilibrio entre los ambientes de antaño y los ambientes nuevos, entre la vulgaridad irremediable del marido muy linfático y el genio de la mujer muy exaltada. Susceptible Carmen y el esposo indiferentísimo; nerviosa ella y linfático él; ella muy afluente y él muy callado; pagada ella del ideal y pagadísimo él de las realidades, la desavenencia llegó bien pronto, aunque acallada por el interés mutuo de conservar la común corona y envolverse quizá en el manto real como los bombyses en sus telarañas de seda. Pero así como entre la reina y el rey de Servia hubo una separación de cuerpos, entre la reina y el rey de Rumanía hubo una separación de almas. Necesitada Carmen de amar, el cielo vino á verla, enviándole, bajo la forma de una hija, verdadero ángel del cielo, que la sostuviera con sus alas; y en una joven, inteligente amiga, también devota de las letras, que la siguiera y acompañara en el mundo. Mas esta joven fué tentada por el demonio de las ambiciones que le mostró desde la montaña mágica de los ensueños febriles el sitio mismo por Carmen ocupado en la tierra, el trono de Rumanía. Con efecto, no habiendo tenido sucesión varonil el regio matrimonio rumano, y perdida toda esperanza de tenerla, llamóse al príncipe Hohenzollern, que subigue en edad á su hermano monarca, y se le declaró con aparatos litúrgicos sucesor de él, conjurándole á que buscase mujer de sus condiciones para cumplir el ministerio de prolongar y perpetuar la dinastía. En esta obligación se puso á buscar novia; y el ascendiente de la reina Carmen sobre su ánimo y el carácter de la joven amiga de Carmen, inteligentísima y hermosa, hiciéronle fijarse con amor en ésta y preferirla entre todas las mujeres.

Mas no contaba con la huéspeda. Fuélo en este caso la nobleza territorial convenida en que nunca designarían reyes y reinas de las familias nacionales por evitar oligarquías conducentes al retroceso y guerras conducentes á la ruina. Así, mientras Carmen á su predilecta ofrecía su corona de laurel con su corona de oro, y mientras el Príncipe le daba su joven enamorado corazón, llegó la política en forma de protesta y turbó tal gozo interponiendo entre los seducidos y alucinados por tanta ilusión infranqueables vetos, contrarios á sus respectivas venturas. El tremendo trance tomó proporciones épicas. La novia estuvo casi loca en Milán y la reina casi moribunda en Venecia. El Príncipe se conformó con el destino adverso penetrado por las dolorosas enseñanzas, aprendidas en los afines y congéneres, de que un mortal destinado á reinar debe sacrificarse hasta posponer al cetro el corazón, y unirse, no con la mujer de su preferencia; con la razón de Estado. Pero estos dramas nunca se desarrollan en toda su magnitud sin promover muchos escándalos; y estos escándalos no se promueven sin que los escandalizadores caigan en ruinas y escombros al golpe de los escandalizados. La joven amiga de Carmen, ésta y su esposo, el Príncipe heredero de la corona, salieron maltrechos de tantas murmuraciones como suscitaron y de tantas calumnias como cayeron sobre sus heridas personas. No había más remedio que proveer pronto al matrimonio y cerrar así el curso de los múltiples cuentos que despedazaban el respectivo renombre de los enredados en tales incidencias enmarañadísimas, dentro de cuyas mallas iban quedándose todos presos y malheridos. Y con efecto; el matrimonio impuesto por la razón de Estado acaba hoy de celebrarse con pompa y aparato en castillo donde los Brandeburgos, aliados al imperio de Alemania, tienen uno de sus viejos hogares, en feudal y sombría mansión, cuyos salones parecen rellenos de fortaleza, calabozos de prisión, garitas de centinela, nido de águilas alimentadas para la guerra y la conquista. El Príncipe destinado á heredar la corona de Rumanía se ha casado con una hija de los duques de Edimburgo, pertenecientes á la familia real de Inglaterra y á la familia cesárea de Rusia. La boda, en realidad, ha sido espléndida; pero los novios, al dirigirse á la capilla nupcial, han debido sentir que pisaban tiernos corazones, y ver alrededor suyo los fantasmas de bien horribles y sombríos remordimientos.

Más dejemos el Oriente, y volvámonos al resto de nuestra Europa. Las acciones y las reacciones del mundo político trascienden también al mundo económico. Los flujos y reflujos oceánicos de la riqueza desde los tiempos casi prehistóricos están simbolizados en las vacas escuetas y las vacas gordas de los libros santos. Nadó el pueblo francés en abundancias que le hicieron casi olvidarse de sus derrotas, y creyo posible lo imposible á su vara mágica de oro puro. Había, en menos prósperas condiciones económicas, prosperado el planeta, rompiendo un istmo embarazante al comercio universal y juntando las separadas aguas de vecinos mares, con todo lo que rendía servicios inapreciables al movimiento de los humanos productos. Cuando se le daba en rostro por sus émulos con la escasez de grandes hombres, respondía Francia mostrando el nuevo Hércules con el istmo de Suez roto á sus plantas y Europa puesta en contacto con Africa y con Asia, por el esfuerzo, casi mitológico, de tan hercúleas empresas. ¿Quién podía oponerse á un propósito de Francia tras tanto logro? ¿Quién podía negarle su concurso, cuando había vencido á la omnipotente Inglaterra en proyectos, que parecían privativos de este, como las comunicaciones marítimas? Cual se abrió el istmo de Suez, abriríase también el istmo de Panamá. En vano mostraban los previsores é inteligentes la diferencia entre una oposición como aquella de In-

glaterra con que tropezó Lesseps en Egipto y ésta de América con que debía tropezar Lesseps en Colombia; entre un clima como el clima de Suez, á que nuestras razas mediterráneas están adaptadas, y un clima, como el clima de Panamá, que todo lo destruye y devora; entre las fuerzas juveniles del Hércules, al comenzar el primer trabajo en su edad madura, y sus fuerzas gastadas al comenzar el segundo trabajo en su decrepitud; entre las facilidades ofrecidas por una empresa y las dificultades opuestas por la otra: ni Lesseps, ni Francia, escucharon observación alguna y se metieron á la obra del temerario proyecto con una sublime ceguera, de la cual no se han curado, sino en las profundidades ya del deshonor y de la ruina. El caso era que habían para montar su empresa necesitado del capital francés, y para granjearse auxilio tanto habían á su vez necesitado valerse de medios violentísimos y muy rayanos en la corrupción ó en el cohecho. Y, como en proyectos de tal monta, piensa recurrir á los poderes públicos demandándoles autorizaciones legislativas para la emisión de valores, tan cuantiosos cual pudiera emitirlos un Estado; casi todos los estadistas se han hallado metidos en la desgracia, trocada para muchos de ellos en deshonra. Desde que comenzó el proceso Wilson anuncié yo las vías de perdición en que los franceses entraban, por no haber tenido sus ministros la energía indispensable para ocurrir á estos males y atajarlos en su origen y nacimiento, por los medios propios del poder ejecutivo y sin necesidad alguna de apelar á escándalos tales como procesos y condenas. También anuncié, al caer Constans, cómo no había que haberle dejado tomar tantos vuelos, ó no había que haberlo despedido con tanta ignomia, de igual modo que ví el cabecilla de las venideras conjuras y de los frustrados pronunciamientos en el general Boulanger, al observar, cuando sólo era ministro de la Guerra, como le iban entrando por las mientes el golpe de Estado y la dictadura pretoriana. Pero lo cierto es que hoy, entre las maniobras de Wilson, los rencores de Constans, las venganzas transmitidas á sus herederos y sucesores por Boulanger, las conjuras de Andrieux y las protervias de Reinach y Artón y Hertz, que han querido coger en sus redes á los repúblicos franceses, preséntanse maltrechos y malheridos casi todos; éstos por haber dado la Legión de Honor al agente de los valores evaporados; aquéllos por haber dicho en sesión parlamentaria que apelaron á la caja de sus amigos en demanda y requerimiento de préstamos para los fondos secretos; los de más allá por haber en pública confesión acusádose á sí mismos de intervenciones personales en la distribución á los periódicos del capital consagrado á publicidad; y hasta los más avanzados, porque Hertz aporta hasta dos millones al arca de sus diarios que la echan de puritanos y radicalísimos: inmenso y terrible hospital, donde las lacerias morales huelen peor que todas las lacerias materiales, gangrenando las almas y sus conciencias, destruyendo algo superior á la vida como son la fama y la honra. ¿Nos extrañaremos de que Francia esté así en crisis?

Y no hablemos de aquellos que han salido con las manos en la cabeza, ora por causa del proceso increíble, ora por causa de las sentencias implacables. Eiffel, que levantó una torre comparada por su atrevimiento con la torre de Babel, queda herido por haber en sus arcas entrado para trabajos ístmicos veintiocho millones, y sacado tan sólo cuatro, con lo que nunca tendrá ya, ni crédito, ni autoridad. Baihaut era ministro de trabajos públicos en aquellas peligrosas ocasiones, cuando se dió una de las más importantes leyes, ampliando las emisiones de títulos. Quinientos mil francos le valieron sus manejos desde la gobernación pública en estos peligrosísimos asuntos. Una historia del corazón se mezcla

con la historia del bolsillo. Había tal prevaricador enamorádose de la esposa legítima de un amigo y consocio suyo. Prevalido de la ley Naquet sobre divorcios, disolvió el matrimonio y se casó con la mujer codiciada en lazo nuevo. El abandonado no perdonó la infame acción, y ha ido persiguiendo á quien creía raptor hasta hundirlo en la deshonra y en la cárcel. Pasemos de largo sin convertir los ojos á la desgracia de Lesseps. Con lágrimas debíamos escribirla y cada letra debía lanzar un sollozo. Mas contemplad cómo se contagia todo el mundo, con aquello que por Francia pasa; contempladlo. Desde que la nación de los figurines y de las modas adolece de un mal tan molesto, como su gran Panamá, todos los pueblos europeos quieren tener á su vez un Panamá para sí, grande ó pequeño, como si fuera esto algún honor y algún holgorio. Ya lo tiene Italia. Ya se ha descubierto que se había, el cajero de la Banca napolitana, comido unos tres millones de francos, y que la Banca romana por su parte había emitido sin autorización y sin derecho sesenta millones de liras, falsas en realidad, por haber traspasado de un modo fraudulento, en cantidad tan enorme y extraordinaria, el necesario límite puesto por las leyes á su emisión de billetes. El efecto, sobre la opinión de semejantes malandanzas ha resultado inmenso; mas, en las neurosis congruentes á tales desgracias, ha tenido Italia mayor calma que Francia. Mientras ésta rompió toda consideración, instituyendo sobre los crímenes cometidos en el Panamá una comisión parlamentaria, cuyas atribuciones lo mismo perturbaban el poder ejecutivo que el poder legislativo, sin traer ningún resultado práctico y tangible; Italia se dominaba con grande imperio á sí misma y huía de tal escándalo baldío, encomendando al poder judicial, único en verdad competente, las informaciones que ilustran la conciencia pública y los castigos que á la vez corrigen y enmiendan. Sólo una desafinación se ha conocido y era en hombre superior como Bonghi. Hace tiempo ya, descubríamos los lectores asiduos, como yo, de sus escritos, un estado nervioso, irregular, que se patentizaba en expresiones muy exaltadas y por ende muy ajenas del antiguo temperamento conservador, así como juicios contradictorios á veces con el antiguo muy observado y muy seguido sistema suyo. En los últimos días háse agravado este mal. Ministro ayer, consejero ahora de Estado, repúblico eminente de suyo, publicista de muy mesurada complexión; todas estas ventajas le imponían reservas y mesuras, de las cuales no se ha creído nunca en el transcurso de su larga historia desasido y le ceñían al deber de no habérselas con los reyes aliados de Italia, y con su propio rey italiano en guisa de cualquier periodista independiente. Así, con extrañeza universal, Bonghi ha escrito en una revista literaria de Roma y en un diario político de París dos artículos, arguyendo, en el primero de sobrado constitucional á Humberto, y en el segundo de sobrado inquieto al emperador Guillermo, por los cuales se ha visto sin la correspondiente invitación al baile último de la corte, so pretexto de haber maltratado á un amigo de la monarquía italiana; y luego se ha visto sometido á un expediente del mismo alto cuerpo á que pertenece ahora, en investigación de si quienes ejercen dignidades tan sublimadas como la suya, pueden escribir del rey constitucional y de sus obligaciones con cierta irrespetuosa irreverencia é incitando á golpes y actitudes cesarísticas contradictorias en todo á la naturaleza del poder supremo en las monarquías constitucionales y á los derechos que la Constitución concede al Parlamento y al ministerio. ¿Qué se propone con todo esto Bonghi? Nadie lo sabe.

Lo que sí sabemes son unas cinco noticias recientísimas, á cual más interesante. La primera, que ha buscado

y obtenido el ministerio francés un voto de confianza, necesario tras sus innumerables duelos y quebrantos. La segunda, que ha, por fin, el príncipe de Bulgaria, correspondido á la reforma constitucional, cuyas disposiciones excusan á los jefes del Estado de la obligación de profesar el dogma griego y ortodoxo, al pedir y obtener la mano de una princesa legitimista, como María de Parma, pariente del conde de Chambord y de D. Carlos, con lo cual se mezclará la sangre del guillotinado Luis XVI con la sangre del guillotinador Felipe Igualdad, y se marcará un trono revolucionario, moderno, fundado sobre la voluntad nacional, con esa heráldica flor de lis, que representa las viejas castas privilegiadísimas y las horribles tradiciones absolutistas. La tercera, que ha caído el gobierno portugués de Díaz Ferreira; la cuarta, que toma orientación extraña la República francesa con el nombramiento de Ferry para la presidencia del Senado. Y la quinta, que Gladstone ha presentado el *bill* relativo á Irlanda, en larguísima lectura, cortada por elocuente discurso, á la Cámara de los Comunes. Detengámonos al acercarnos á un hombre tan ilustre, para ofrecerle de grado los tributos de nuestra constante admiración por su persona y por su verbo, admiración rayana en verdadero culto. Apenas pueden referirse los progresos llevados por el inmortal orador á la patria. En pueblo alguno las ventajas progresivas duran tanto como en Inglaterra; pero en pueblo alguno cuestan á su vez tanto. Y Gladstone abolió los privilegios nobiliarios en el ejército; amplió los derechos electorales hasta llevarlos á las fronteras del sufragio universal; desarraigó del suelo celta la vieja Iglesia y el viejo clero anglicanos impuestos á Irlanda por la conquista feudal y por la intolerancia religiosa. Digámoslo en puridad, aunque lleguen á los oídos todos, entre himnos de alabanzas que aturden los sentidos y ensordecen los aires, el discorde acento de feroces calumnias y terribles calificativos, digámoslo en puridad, si únicamente tuviera en su historia la consecución de este progreso, ¡él!, que tiene tantos triunfos alcanzados en los combates con la superstición, ¡él!, contaríamoslo entre los redentores más santos del oprimido, tan escaso de auxilios, y entre los impulsores del planeta nuestro, tan vacilante y tardo en la carrera y órbita del derecho. Así Dios le ha dado la vida de los antiguos patriarcas, y le ha permitido asistir á la milagrosa multiplicación de bienes que han traído á su patria tantos y tan dichosos progresos como su pensamiento ha formulado en reveladoras palabras, y luego sus esfuerzos se han cumplido y encarnado en la rebelde realidad. Gladstone ha querido llevar la iniciación de su pueblo en este recientísimo progreso como si tratase de iniciarlo en algunas viejas liturgias. Así, ha guardado el secreto con tal reserva y silencio, que nadie ha podido traslucirlo, á pesar de la inquisición fundada por los reporters á la usanza de los yankees en la puerta de todos los gobiernos europeos para saber cuanto quieren éstos callar y comunicarlo á campana herida por los cuatro puntos cardinales del aire. Y sin embargo, su plan había de resultar por fuerza el consiguiente lógico y necesario de todos aquellos muy sabidos y muy divulgados antecedentes puestos por el gran estadista en los proyectos de ley, concebidos y formulados siete años hace y á cuya indeclinable aparición los viejos partidos ingleses á una se levantaron en tropel contra la justa innovación y dieron prontamente con ella en el suelo. Así, hay en la novísima fórmula fundamentalmente aquello mismo que había en la vieja y sabida: un Parlamento dividido á la manera británica en dos Cámaras y un representante del poder imperial con veto suspensivo. Hay el señalamiento de la parte, con que debe contribuir á los gastos comunes del imperio británico Irlanda, y hay la distribución del ejército y de la fuerza pública en tér-

minos de que no pueda nunca dañar su empleo y ejercicio á la integridad y conservación del territorio nacional. En todo esto el plan reciente de Gladstone se asemeja cual una gota de agua á otra gota de agua, por completo al antiguo y ya sabido plan. Donde hay, sin embargo, una innovación, é importantísima, es en la presencia de los diputados irlandeses en el Parlamento nacional. Antes había Gladstone propuesto el excluirlo; y como tacharan tales exclusiones de verdadera separación, ahora están incluidos á fin de no romper la unidad del Estado en que deben á una entrar consustancialmente Inglaterra, Escocia é Irlanda como entran las tres hipóstasis divinas en la Trinidad cristiana. Pero la entrada no parece difícil, ni mucho menos. Lo que parece imposible casi es la clasificación de aquellos asuntos que deben por su índole deferirse al Parlamento británico en su totalidad, y aquellos asuntos que deben tan sólo deferirse á los diputados de Inglaterra y Escocia y Gales, sin presencia ni participación de los diputados de Irlanda. En este punto se halla la brecha del proyecto; porque, á decir verdad, en lo que al resto respecta, los mismos torys han llegado á un acuerdo con los wighs en la necesidad urgente de hondas y perentorias medidas. En las palabras dichas sobre tal asunto por Gladstone, reina una exactitud verdaderamente algebraica, encerrado en fórmulas de una precisión maravillosa. No existe, no, término medio entre las concesiones y la represión. O hay que resistir, ó hay que ceder. Imposible para Inglaterra oponer á Irlanda resistencia de ningún género, imposible de todo punto. Un Estado como el Estado moscovita, puede resistir á un pueblo como el pueblo de Polonia. Pero un pueblo soberano de sí mismo, como el pueblo inglés, no puede contrastar las grandes aspiraciones de otro pueblo, como el pueblo irlandés al gobierno propio y al propio derecho. Necesítase darle una participación en la soberanía. Y no basta con el gobierno local ideado por los conservadores, necesitase un gobierno nacional. Y este gobierno nacional no puede organizarse, sino en el proyecto presentado por Gladstone, que muchos denominan proyecto de traición, y es, en realidad, un proyecto de paz y de concordia.

Pocas, muy pocas cuestiones han tenido en los quince días últimos una tan grande importancia como la cuestión religiosa, relegada por los superficiales pensadores materialistas de hogaño al número de los ensueños hipnóticos, y que, sin embargo de tal menospreciativo anatema, surge á cada minuto con fuerza renaciente y se impone á cada hombre con imperio verdadero, mostrando cómo su dominación perdurará mientras perduren aquí abajo los misterios de la muerte y los deseos y esperanzas de la inmortalidad. Primeramente, tras largo espacio de silencio, el Pontífice ha reunido un consistorio, y en el consistorio ha proclamado grande número de cardenales, nombramientos de suma trascendencia para lo porvenir, pues deben designar sucesor al por cien motivos irreemplazable León XIII. Después, lo mismo en la capilla de nuestro palacio real de Madrid, que en la capilla del palacio presidencial de París, con ocasión de la entrega de los birretes por cada jefe del Estado, se han dirigido mutuas palabras de amistoso afecto los dos viejos poderes en pugna eterna, el civil y el religioso, como para demostrar cuán lejos nos hallamos de la batalladora Edad Media, y cuán cerca de una compenetración entre la realidad y el ideal, á cuya virtud y eficacia se haya más práctico éste y aquélla más espléndida. Además, con ocasión de las festividades religiosas, hánse pronunciado palabras por uno de los extremos exagerados y violentos de la política en los congresos católicos, encaminadas á restaurar el poder temporal de los Papas, y palabras por otro de los extremos en los congresos laicos, encaminadas á romper toda relación de la Iglesia

con el Estado y á quitar los embajadores acreditados en la corte pontificia. Detengámonos un tanto en presencia del uno y del otro caso, que merecen meditación y estudio. Con efecto, en Viena se ha celebrado ahora un Congreso de católicos austriacos, muy semejante al que celebran los ultramontanos alemanes en Fulda todos los estíos, y al que celebrarán esta primavera los católicos españoles en Sevilla. Y parece que el arzobispo de Viena se ha permitido decir y asegurar que no podía ejercer el pontífice romano su autoridad suprema, si el mundo católico no le ofrecía un territorio donde se hallara sin subrogación á poder otro alguno que le sobrepujara y eclipsara. Nada en esto de maravilloso. Así hablan todos los prelados. Pero no con las circunstancias agravantes que concurren en el prelado vienés, por su influencia sobre la corte del imperio de Austria y por hallarse allí presente cuando las decía el heredero de este grande imperio. Y mientras tal cosa en Viena sucediera, en París sucedía lo contrario. Uno de esos radicales rutinarios, llamado M. Hubbard, á quien posee una especie de hidrofobia, en cuanto vislumbra el agua bendita, se ha levantado en la Cámara francesa con motivo de la discusión del presupuesto. Y ha pedido la extirpación de las partidas propuestas allí al pago de la embajada mantenida en la corte vaticana. Digámoslo en honor del sentido común de nuestro continente: ni las palabras dichas por los ultramontanos en Viena, ni las palabras dichas por los ultraradicales en París, han tenido resonancia de ningún género, porque ni pueden restaurarse ya los poderes temporales de la soberanía pontificia, ni pueden suprimirse las embajadas mantenidas al lado de quien para todos, y con especialidad para los pueblos católicos, representa y significa la mayor espiritual autoridad existente hoy bajo el cielo. Pero á todos, á los unos y á los otros, contesta la tierna ceremonia celebrada en San Pedro y la numerosa peregrinación allí reunida en celebridad natural de fecha tan fausta como la que señala el transcurso de medio siglo ya en el desempeño de la autoridad episcopal en nuestro venerando y veneradísimo Pontífice. Cuanto se diga, es poco. Detengámonos, aunque sea un minuto, en presencia del sublime León XIII y del escenario donde en conmemoración de tal fecha se ha celebrado, pues nada que pueda interesarnos á los latinos en el mundo como el Pontificado católico, la Ciudad Eterna y la Basílica madre. Los filósofos de pacotilla que creían apagado el sentimiento religioso al soplo de sus ideas, habrán de ver ahora cómo crece purificándose por sí mismo este efecto connatural á la humana especie, y los ultramontanos, que creían abandonado el Papa de los fieles si le faltaba su poder temporal, habrán visto cómo nunca hubo Papa en la tierra tan venerado y querido como este Papa sin cetro y sin corona terrestres. ¡Loor á la libertad!

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

La actividad política, exacerbada estos días con motivo de la proximidad de las elecciones, se ha apoderado con tal fuerza de todos los españoles que tienen ó debieran tener uso de razón, que á estas fechas no se habla de otra cosa si no es del triunfo más ó menos probable de este candidato cunero, de los desafueros de aquel gobernador ó de las maniobras de tales ó cuales ministros. Todo cede ante el encasillado, y ni aun las últimas elecciones de la Academia han tenido poder bastante para distraer los ánimos, fijos casi, sin excepción, en los preliminares de la lucha que se avecina. Poco es, de todos modos, lo que la literatura nos ha ofrecido en estos últimos días; todo ello puede reducirse al drama *Gerona*, representado en el Teatro Español, á la novela del austriaco israelita, Max Nordau, titulada *El mal del siglo*, y vertida al castellano con no mucha pureza de lenguaje y á la colección de novelitas titulada *Para todos* de E. Sellés.

Gerona es una tentativa poco afortunada hecha por Galdós para convertir en drama uno de sus justamente famosos episodios nacionales. Como toda obra cuya forma genuina se desnaturaliza, la última producción dramática de Galdós, al pasar de la novela al teatro, no ha adquirido ni la fuerza sintética, ni la sobriedad, ni el interés individual, que son elementos esenciales de las composiciones escénicas. Es muy difícil, si no imposible, que la obra concebida por el autor como drama, se trueque después en novela, ó al contrario, que la novela se convierta en drama. En arte, como en todo, cada cosa es según la semilla de que procede; querer contrariar esta ley natural, es, perdóneseme lo vulgar de la expresión, pedir peras al olmo. Hay, sí, en *Gerona*, destellos de un entendimiento superior, escenas conmovedoras que hacen sentir al espectador el escalofrío de lo sublime. Aquellos chiquillos, hijos de héroes, héroes ellos también, que cantan y bailan mientras estallan las bombas; aquel pueblo diezmado y hambriento, compuesto de lisiados y enfermos, que prefiere morir antes que rendirse; aquella *Junta* intrépida y varonil, cuya

aparición en el primer acto evoca la visión trágica del asalto; aquellos escombros humeantes, aquellos tambores que tocan marcha de honor, en el momento de la capitulación, á los fieros defensores de la ciudad mártir, todo aquel resplandor de la gloria patria hace brotar en el corazón santos afectos, grandes ideas en el cerebro y lágrimas de entusiasmo en los ojos. Viendo aquello, viene á la memoria la hermosa frase de Tácito: *majores et posteros cogitate.*

Pero en medio de este cuadro, cuya sublimidad pertenece principalmente al hecho histórico, ¡qué pobre y desprovista de interés resulta la acción inventada! Creo que es un aforismo de Hipócrates lo de que «un gran dolor quita otro menor». En el orden moral es tan verdadera esa afirmación como en el orden físico. Ante una ciudad derruida, ante un pueblo casi aniquilado, en presencia de tantas viudas, de tantos padres sin hijos, de tantos hijos sin padre, en medio de todos aquellos horrores, ¿cómo han de conmovernos las penas de Nomdedeu y la locura de su hija? Es más; aquellas lamentaciones del médico y su mismo amor paternal le empequeñecen á los ojos del público: el pueblo de Gerona podría decir al lacrimoso Nomdedeu lo que Guatimocín dijo á su ministro que lanzaba gritos de dolor cuando ambos eran abrasados á fuego lento. ¿Qué, estoy yo por ventura sobre un lecho de flores? Los heridos, las mujeres, los niños... la multitud entera gerundense es más grande, que Nomdedeu. Todos han sufrido y sufren angustias parecidas ó mayores que las del doctor, y todos menos él quieren mejor que la rendición la muerte. Por eso decía antes, y ahora repito, que lo único que nos interesa es lo colectivo, *el episodio nacional;* lo individual, lo que propiamente pertenece al drama, no sólo carece de interés, sino que entorpece además la acción principal, la acción histórica.

Decía Schiller, con la profunda sagacidad de su delicado entendimiento, «que en todo arte la perfección estriba en saber traspasar los límites específicos, sin sacrificar al mismo tiempo las ventajas particulares de cada una de las formas artísticas». Galdós ha intentado traspasar los límites del drama, dando cabida en él á la acción épica ó novelesca; pero ha sacrificado en absoluto las condiciones dramáticas. Se ha dicho también que todo lo que cabe en la epopeya y en la novela, cabe en el drama; aun concediendo esto que sólo puede admitirse con muchas restricciones, habrá que convenir de acuerdo con todos los críticos, desde Hegel hasta Mad. Staël, desde Schlegel hasta los modernos estéticos, que en la epopeya, lo que nos interesa, es la colectividad; en el drama, el individuo, el hombre. Cuando falta, como en *Gerona*, el interés individual, la obra dramática languidece y cansa.

Un hermosísimo pasaje, que casi pasa inadvertido, hay en la última producción de Galdós: me refiero á la entrada en escena de Badoret y de sus amigos después de haber enterrado á Gasparó. Es una pincelada de mano maestra, pero que por las razones apuntadas más arriba, no se destaca del fondo del cuadro, como no se destacaría en un lienzo negro una primorosa figura pintada con color negro.

Otra razón contribuyó también al éxito poco afortunado de *Gerona*. Ya hizo notar Moratín lo inoportuno que es mentar el hambre en el teatro. Claro es que nada más natural que muera de inanición una mujer que no ha probado bocado en cinco días; no es menos natural que en un sitio como el de Gerona ó el de Viena, coma la gente

estropajos y correas, y hasta que tenga por manjares exquisitos las más repugnantes sabandijas; pero tales cosas, que no solamente son verosímiles sino verdaderas, pugnan con las condiciones de la representación, en la cual no cabrían tampoco otros muchos episodios que son admisibles en la novela como la escena de la ambulancia en la *Débâcle* ó las de la peste en la obra de Manzoni. Lo horrible y lo repugnante no han tomado todavía carta de naturaleza en el teatro. Quizá andando el tiempo, cuando se dé con los nuevos moldes, podrán acaso los poetas deleitar al público con alguna que otra ejecución en garrote vil, imitada con la posible verosimilitud, con escenas de hospital ó con la representación de una autopsia, exornado todo ello, con el aparato que tan palpitantes asuntos exigen. ¿Quién sabe hasta dónde habrán de llegar los innovadores del teatro? Por de pronto ya puede citarse *El hijo de D. Juan* y *Les revenants* como primeras tentativas del drama hospitalario. Víctor Hugo, hablando de las inmundicias que encierran las cloacas de París, demuestra que todo aquello que tan nauseabundo es y tan inútil parece, representa una riqueza incalculable. Tal vez en las cloacas sociales fermentan ahora los tesoros de la dramática del siglo XX.

Volviendo ahora al drama de Galdós, es lo cierto que el público del Español, lejos de acongojarse con el hambre de los gerundenses, soltaba la carcajada cada vez que uno de los personajes hablaba de su apetito y refería los repugnantes bocados con que habían intentado matar el hambre. Lo que prueba, á mi entender, como tres y dos son cinco, que no está el público todavía en condiciones de aceptar los *nuevos moldes*.

Con ser nulo ó casi nulo el interés propiamente dramático, lánguida y deshilvanada la acción, excesivamente gárrula la locura de la hija del doctor, impropios de la escena varios episodios de la obra, antiteatral lo del hambre, poco feliz lo relativo á los amoríos de las petimetras y la escena del cesto, aún tuvo *Gerona* otros enemigos mayores, sin contar los franceses. Los verdaderos destructores de *Gerona* fueron los actores que *la ejecutaron*. ¡Qué retahilas las de aquella loca! ¡Qué lamentos los de Vico! ¡Qué Paquita, qué Perrín y qué D. Alvaro! Ejecuciones como la del drama de Galdós se han visto pocas. Sólo la señora Mantilla, que desempeñó de un modo aceptable su papel de Badoret, y la señora Rodríguez, verdadera heroína de *Gerona*, estuvieron á la altura que exige ó debiera exigir el primer teatro de España.

***

Sea porque el pensamiento alemán—y al decir alemán, me refiero al que se vale como medio de expresión del idioma germánico—propende con preferencia á toda otra dirección, al estudio austero y reflexivo de las graves cuestiones científicas, ó bien porque las investigaciones metafísicas hayan ahogado en aquel país la afición á la psicología, elemento principalísimo de toda creación novelesca, ó porque la novela carece de medios para expresar las nebulosas vaguedades germánicas, ó, finalmente, á causa de esa multitud de elementos que Taine considera como componentes de lo que llama clima moral, los cuales impiden que en un terre-

no cualquiera se den tal ó cual especie de producciones, es indudable que la novela alemana ocupa puesto muy inferior en comparación del que corresponde á las novelas de otros países de Europa. Desde que Gœthe que en el *Werter*, *En las afinidades electivas* y en el *Wileim Meister*, del mismo modo que en cuanto puso mano de su genio poderoso enriqueció el arte con obras maestras, nada ha vuelto á producir en el género novelesco la literatura del otro lado del Rhin que pueda compararse con las creaciones de los grandes novelistas europeos. Los nombres de Spielhagen, Conrad, Bleibtreu, Zugler (austriaco), Freytag, Heyse y Fontane, si han pasado las fronteras de los Imperios de Alemania y Austria, no son conocidos del gran público, de ese que devora á las pocas horas de haber salido de las prensas, las novelas de Zola, Bourget, Daudet, Maupassant, y que ha admirado y sigue admirando á Balzac, Dickens, Jorge Elliot, Tolstoy, Turguenef y Dostoyuski. En España, de los novelistas alemanes modernos, no recuerdo que sean conocidos más que Auerbach y Ebers.

En las novelas germánicas que se apartan de los modelos franceses, domina el elemento científico. Unos escritores como el ya citado Ebers en *La hija del rey de Egipto*, en *Taylor*, en *Antinoo*, y Félix Dhan en su *Lucha por Roma*, han cultivado la novela arqueológica; otros, como Spielhagen en su *Naturalezas problemáticas* y *El yunque y el martillo*, se proponen el estudio de problemas sociológicos, y Karl Bleibtreu, en *La locura de las grandezas*, trata de implantar en Alemania la novela patológica. También el carácter científico es el sello de la novela *Mal del siglo*. Su autor, Max Nordau, cuyas *Mentiras convencionales*, á pesar de las paradojas que contienen, ó tal vez á causa de ellas, han sido leídas y saboreadas en España, goza no sólo en su patria, Austria, sino en Alemania, en Italia y en Francia, merecida y envidiable celebridad. Su nombre, pues, y el expresivo del título del libro, son estímulos bastantes á despertar la curiosidad de los lectores.

¡El mal del siglo! En ninguna nación como en la patria de Werter se ha manifestado con mayor intensidad esa negra tristeza, verdadera epidemia de los espíritus que crece á medida que el progreso material aumenta. ¡Triste cosa es que conforme va siendo la vida material más cómoda, menos ruda la lucha con la naturaleza y más suaves las costumbres, vayan invadiendo los espíritus intranquilidades angustiosas, esperanzas insensatas, anhelos irrealizables, un malestar interior que toma mil formas diversas y que en vano busca el reposo que encontraba antes el alma en medio de los más rudos combates y de las luchas más azarosas! No es ocasión esta de enumerar las causas que producen tales efectos, ni menos señalar su origen. Basta con consignar el hecho, que por otra parte no necesita comprobación, por lo mismo que es universalmente sentido. Además de estos motivos generales, que tan dolorosa influencia ejercen sobre todos los pueblos civilizados, existen en Alemania otros varios que Max Nordau nos presenta en su novela. Desde los tiempos de Kant el pensamiento germánico hállase empeñado en la tenaz porfía de arrancar á la realidad su más atractivo é impenetrable secreto. La *cosa en sí* es la tremenda esfinge que interrogan en vano los filósofos alemanes como antes los sabios de todos los pueblos. Para explicar el indescifrable problema se han inventado toda especie de sistemas

y se han construido los más atrevidos é ingeniosos mecanismos. Pero ni Fichte con su famosa teoría del *yo* y del *no yo*, ni Hegel con su *venir á ser*, ni Schopenahuer con su *Metafísica de la voluntad*, han conseguido dar un paso más allá de los que anduvo en el camino de lo desconocido el gran filósofo de Koenisberg. El *noumeno* permanece inalterable sin que ningún mortal haya levantado el velo que le cubre. Pero esta ansiedad, este anhelo transmitido de generación en generación, ha producido en las almas pensadoras, en aquellos que más influyen sobre las de sus conciudadanos cierta desviación malsana que, apartándolas del mundo real, las precipita en el vértigo de las ideas aventuradas. Para estos espíritus superiores vale más el por qué de la vida que la vida misma, y semejantes al niño que por averiguar el mecanismo de su juguete acaba por destruirlo, así ellos esterilizan la existencia en su afán insaciable por estudiarla y conocerla. Estas lucubraciones, nacidas en las cimas de la inteligencia, se han difundido en todas direcciones merced al libro, al periódico, á la explicación oral, á los mil medios que hoy posee el pensamiento para extenderse y generalizarse. Merced á esta difusión, no hay cerebro que se vea libre de las oscilaciones de la duda y de las vacilaciones de la conciencia.

A este estado general de los espíritus han contribuido, en proporción no escasa, las circunstancias históricas por que ha pasado Alemania durante los últimos veinte años. La unidad germánica era el ideal de este gran pueblo; veíase en ella algo como la tierra prometida con todas sus soñadas bienandanzas. La noble aspiración latía en todos los corazones é inflamaba todos los ánimos. Llegó la guerra; cubriéronse de gloria los ejércitos germánicos, hízose la unidad apetecida; pero al volver á sus hogares los vencedores de Sedán, echaron de ver que el ideal conseguido y los laureles conquistados distaban mucho de ser la felicidad. La misma victoria engendró males sin cuento, tales como las suspicacias del gobierno, el espionaje, el desarrollo del socialismo, y, lo que es peor, la falta del ideal colectivo y grande. El desencanto fué mayor que había sido la esperanza; la negra filosofía de Schopenahuer y Hartmann hizo presa en los espíritus y la voluntad, agitada en distintas direcciones, falta de un fin determinado á que encaminarse, huérfana de creencias, viendo brotar el mal de aquello mismo que creyó incomparable bien, dejóse caer desfallecida y desesperada como el viajero que engañado por el espejismo del desierto encuentra, al cabo de penosa marcha, que los verjeles que imaginó ver en el confín del horizonte no eran más que mentirosas ilusiones del deseo.

Tal es el fondo del cuadro en que Max Nordau ha trazado su novela. Figura principal de ella es el doctor Guillermo Eynhardt. Hermoso de cuerpo, de espíritu cultivado y de exquisita delicadeza moral, nos le presenta el novelista en el momento en que, separado de sus antiguos condiscípulos, se dirige á Hornberg, pintoresco pueblo enclavado en un rincón de la Selva Negra. El exterior severo y melancólico de Eynhardt nos revela ya algo de su alma, demasiado reflexiva para ser feliz. Hospédase en la misma fonda que Guillermo un matrimonio berlinés, cuya hija, Loulou, cautiva desde el primer día el alma del joven doctor. La poesía de tan hermosos lugares y la ley del amor, tirano de la vida, enlazan aquellos corazones juveniles. Es ternísimo y delicado aquel idilio impregnado del aroma de los bosques. Pero la *musa*

del análisis marchita en el alma de Eynhardt los comienzos de su amor. Estúdiase á sí mismo y estudia á Loulou, y, poco á poco, va comprendiendo que la futilidad y la ligereza forman el fondo del carácter de su amada, carácter á la verdad admirablemente trazado. La vida elegante que hace la joven en Berlín, las fiestas de su casa, el convencionalismo que en ellas domina, y, sobre todo, los gustos y aficiones de Loulou, son incompatibles con la severidad ó austeridad más bien del doctor alemán. Esto no obstante, no se decide á romper sus amores, aunque bien se comprende que aquella flor, nacida en el valle del Guttach, se ha secado en los espléndidos salones de la señorita de Ellrich.

Estalla la guerra, y Guillermo parte á cumplir los deberes que la patria le impone. Un interesante episodio da á conocer nueva fase del carácter de Eynhard. Es en Dijón; el regimiento á que el joven pertenece recibe la orden de tomar un edificio defendido fieramente por unos cuantos centenares de franceses. La tropa alemana acomete con brío al enemigo; pero el valor germánico se estrella contra aquellos muros heroicamente defendidos. Varias veces se interrumpe el ataque y varias veces se reanuda la lucha, hasta que el regimiento alemán queda poco menos que aniquilado. «La bandera desaparece entre un montón de muertos; manos valerosas la enarbolan por breves momentos; vuelve á caer para flotar de nuevo y hundirse nuevamente para no alzarse más. —Hijos míos, grita el coronel, es preciso sacar á flote la bandera de debajo de los muertos... ¡Adelante los valientes! —Los diez ó doce hombres que restaban del destruido regimiento se lanzan á una muerte heroica: El capitán y Guillermo eran los únicos oficiales que quedaban con vida. Al emprender el ataque, el capitán dirije á Eynhardt una mirada de censura, y gritando ¡Adelante!, cae á los pocos pasos herido por las balas francesas. Guillermo, que hasta este momento había permanecido contemplando aquel cuadro de horror, avanza tranquilamente bajo una lluvia de proyectiles, coge en brazos á su compañero herido y le saca de la pelea...» Al explicar su conducta decía: «el capitán era un hombre, la bandera no es más que un símbolo». Condecorado con la cruz de hierro, que es en Alemania lo que en España la cruz laureada de San Fernando, la rechaza. «No merece premio, dice, quien cumple tan sólo con su deber.»

Terminada la guerra vuelve á Berlín y rompe sus amores con Loulou, renuncia á un duelo á que le provoca un pretendiente de la joven y es expulsado del ejército á causa de su renuncia. Nada altera la inquebrantable firmeza de su carácter. Guillermo se propone vivir conforme á su conciencia, y desprecia todas las convencionales preocupaciones del mundo. Siente algo parecido á aquel anhelo que nuestro poeta expuso en admirables versos.

> Vivir quiero conmigo,
> gozar quiero del bien que debo al cielo,
> á solas sin testigo
> libre de amor, de duelo,
> de odio, de esperanza, de recelo.

Como se ve, el carácter de Eynhardt carece de humanidad, el joven doctor es más bien una abstracción que un hombre, por cuya razón la novela interesa poco como tal novela, aunque estimula la curiosidad y la atención desde el punto de vista filosófico.

A partir de aquí, la acción entra en

una segunda etapa. Guillermo, asociado por los lazos de una amistad sincera con Heber y Schreter, representación viva, aquél de la actividad práctica y éste del buen sentido filosófico robustecido por la experiencia que dan los años, asiste á las diferentes evoluciones porque atraviesa después de la guerra la sociedad alemana. Ni las ideas pesimistas representadas por Dœrfling, quien se suicida el mismo día que termina la impresión de su obra acerca de la *liberación* del hombre, ni el movimiento socialista influyen sobre el alma de Guillermo, atento sólo á su propio interior perfeccionamiento. La suspicacia de la policía le hace salir desterrado de Berlín, y desde este momento la novela cambia de dirección y el protagonista de carácter.

El amor carnal bajo la forma de una española, sevillana por más señas, y de vida bastante irregular, se apodera del severo filósofo y hace que se olvide por una larga temporada de sus filosofías. En los brazos de la hermosa condesa se funde el hielo de su severidad germánica, y el bueno de Guillermo llega hasta aceptar el desairado papel de favorito de la dama viviendo á mesa y mantel en casa de la fogosa andaluza. Huye al fin de los encantos de esta Dido, quien se suicida, si no como la amante de Eneas clavándose una espada, valiéndose de inyecciones de morfina, y por su parte el doctor, con el cual el novelista no sabe ya qué hacer, se ahoga por salvar de la muerte á un hijo de su amigo Heber, en cuya casa se ha refugiado después de su ruidosa calaverada.

¿Y el mal del siglo? preguntará el lector. De las palabras con que el doctor Schroter pone fin á la novela, parece desprenderse que el mal del siglo consiste en la falta de energía, de la voluntad, como resultado del desfallecimiento en que se encuentra el alma á causa de su impotencia para conocer la cosa eterna en sí. De aquí el desdén hacia el fenómeno del mundo, el desprecio á la vida, tan manifiesto en la existencia de Eynhardt. En su primer amor no ve más que un capricho engañoso de su fantasía, en la idea de patria un convencionalismo sin realidad, en las costumbres preocupaciones, en el amor por la gloria humo y vanidad, en el amor de la carne hastío y vergüenza. Imaginado así el mundo, la vida se hace insoportable y el alma ó se abisma en el mar sin olas del Nirvana ó se consagra al culto místico del *yo*, ó, finalmente, busca la liberación como Dœrfling por medio del suicidio. Es, pues, el mal del siglo, según Max Nordau, la carencia de ideales objetivos, la indiferencia completa á todo lo que no es el *yo* solitario en medio de un universo incomprensible. La verdad es que si á estas conclusiones conduce la filosofía, no tiene grandes motivos la humanidad para estarle agradecida.

Con lo dicho puede comprenderse que en *El mal del siglo* el valor artístico está supeditado con exceso á la tendencia científica; el carácter del protagonista es más bien una abstracción que un ser humano, y aunque abundan en el libro episodios hermosos perfectamente expuestos y pintados con brío, no produce el conjunto de todos ellos la impresión estética propia de las composiciones literarias. El filósofo estorba al novelista. Sin embargo, la novela de Max Nordau es un libro que merece ser leído por cuantas personas busquen en la literatura, no sólo un placer fugitivo, sino motivos de meditación grave y severa.

* * *

Poco espacio me queda para hablar de un libro notable, la colección de novelitas que con el título de *Narraciones* acaba de publicar Sellés. Lo que en otra parte he dicho de la última obra del autor del *Nudo Gordiano,* he de repetir aquí: no hay que buscar en el estilo de Sellés, ni imágenes deslumbrantes, ni oropeles, ni lentejuelas. Como su fuerza está en la *buena calidad* del pensamiento, el autor sólo se preocupa de que el lenguaje sea claro, ceñido, transparente, á fin de que no se pierda ni desfigure ninguna de las perfecciones de aquél. Encanta y maravilla leer las páginas de *Narraciones;* no hay en ellas ni una frase que huelgue, ni un vocablo ripioso y que no esté en su sitio. El pensamiento se vacía en el lenguaje, como el bronce derretido en el molde de la estatua. Hay algo superior á la precisión: la exactitud. El estilo de Sellés es más que preciso, es exacto: el escritor dice lo que se propone decir, ni más ni menos, cosa tanto más de admirar cuanto que, por regla general, los autores españoles, algo perezosos en el pensar, suelen escribir como el artista del cuento pintaba sus retratos, los cuales resultaban de San Antón ó de la Purísima, según que salían con barbas ó sin ellas.

El estilo de Sellés tiene, además, otro gran mérito: es castizo. Habla, salvo las accidentales modificaciones que las nuevas ideas comunican al lenguaje, como hablaban nuestros abuelos; de aquella manera sencilla y sabrosa que tanto nos deleita en los buenos escritores del siglo XVI. Ha leído mucho nuestros clásicos, se ha empapado en su modo de pensar y de decir, les ha tomado lo que pudiéramos llamar su aire de familia, y los imita hasta en el empleo de las sentencias que, á guisa de epifonema, solían ellos emplear como resumen ó comentario de sus relatos. Muchas de éstas, á modo de breves disertaciones filosóficas, que el autor intercala en sus *Narraciones,* valen tanto por lo que se refiere al fondo, como por la varonil gallardía de su forma.

No sólo es castizo el autor de *Narraciones* en el lenguaje y en el estilo; lo es en la elección de los asuntos, en los caracteres, en las costumbres... No se encuentra en ninguna de aquéllas ni sombra de extranjerismo: son españolas netas, del noble solar á que pertenecen en lo antiguo las novelas de Hurtado de Mendoza y las escritas por la gloriosa pléyade de sus contemporáneos y sucesores, y en los tiempos modernos, las de Alarcón y Pereda.

*
* *

No pondré fin á estas cuartillas sin dedicar aquí un recuerdo á la eminente escritora doña Concepción Arenal, cuya muerte ha dejado en el mundo de las letras un vacío que difícilmente habrá de llenarse en mucho tiempo. Varias veces se ha honrado LA ESPAÑA MODERNA con la publicación de trabajos notabilísimos de la inolvidable autora de *El visitador del preso.* Sus *Cartas á los delincuentes, Las colonias penales, El derecho de gracia ante la justicia,*

las *Cartas á un obrero*, las *Cartas á un señor*, *La mujer del porvenir*, *El derecho de gentes* y otra multitud de libros, opúsculos, discursos y artículos, pregonan bien alto la profundidad de pensamiento, la asombrosa erudición y el claro discernimiento de la ilustre publicista, cuyo nombre figura y figurará siempre entre los más esclarecidos pensadores de nuestra patria.

Con razón se ha dicho que con la muerte de doña Concepción Arenal ha perdido España uno de los más legítimos representantes de la ciencia moderna.

Francisco F. Villegas.

ÍNDICE

Páginas.

La dirección de las almas en el siglo XIX, por E. Caro..... 5
Un idilio durante el sitio (conclusión), por Francisco Coppée..... 36
Garibaldi según sus memorias, por Enrique Ferri..... 74
Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, por César Lombroso..... 106
La riqueza, por John Lubbock..... 119
El salón de la señorita Contat, por Sofía Gay..... 123
Cuento histórico (recuerdos de una noche de verano), por Andrés Theuriet... 149
Los ladrones y el asno, por Emilio Zola..... 155
La sombra (poesía), por D. Ludovicus, S. I..... 169
Exposición histórico-europea, por Nicolao Sturmalof..... 170
Reseña crítica del centenario, por Cesáreo Fernández Duro..... 179
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 191
Impresiones literarias, por F. Villegas..... 199

AP
60
E8
año 5
no.49-51

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY